Plus Ultra

(67)

VENDIDO POR
CASA PARDO
LIBRERO ANTICUARIO
CALLAO 377
BUENOS AIRES

JORGE • III • CVANDO • ERA
PRINCIPE • D • GALES
OLEO • DE • ESCVELA • INGLESA • DEL • SIGLO XVIII
RETRATO • DE • WILLIAM • DEECHEY • 1753-1839
PINTOR • D • LA
REINA • CARLOTA
MIEMBRO • D • LA
R • A • D • LONDRES

D • LA • COLECCION • D
DON • LORENZO
PELLERANO

En Harrods

La EXPOSICION DE PLATERIA

instalada en los salones del Tercer piso, exhibe una magnífica colección de COPAS y TROFEOS PARA PREMIOS, en cuyo conjunto se brindan todos los estilos en boga, como así nuevos y artísticos modelos en plata inglesa, sellada, creados exclusivamente para HARRODS.

147 A. — **Hermoso modelo de copa,** en plata inglesa, sellada, artísticamente labrada, estilo de alta distinción; altura, sin la base: 645 mm.
$ 2.000

135 A. **Regia copa,** en plata inglesa, sellada, con tapa, adornada con altorrelieve acanalado; altura, sin la base: 505 mm.
$ 1.100

119 A. — **Copa,** en plata inglesa, sellada, con tapa, modelo apropiado para premios deportivos; altura, sin la base: 375 milímetros.
$ 680

136 A. **Modelo muy nuevo de copa,** en plata inglesa, sellada; altura, sin la base: 348 milímetros.
$ 1.150

126 A. — **El trofeo señalado para un valioso premio.** En plata inglesa, sellada, repujado en altorrelieve, dibujos de gran originalidad; altura, sin la base: 555 mm.
$ 2.100

111 A. — **Novedoso estilo de copa,** en plata inglesa, sellada, con tapa, relieves labrados; altura, sin la base: 623 mm.
$ 2.200

LIBRARY
FEB 6 1969
UNIVERSITY OF TORONTO

TODOS los amantes de la buena música: «amateurs» y profesionales, distinguen, elogian y prefieren los pianos expuestos por **HARRODS,** en su DEPARTAMENTO DE MÚSICA (Primer piso), de prestigiosas marcas mundiales, como ser:

Collard & Collard
Bechstein
Schiedmayer
(Pianofortefabrik)

que constituyen de por sí un testimonio intergiversable de superioridad.

CALLES:

Florida, Paraguay, San Martín y Córdoba

RELIQUIAS ARGENTINAS

Por una ley sencilla, que a muchos desagrada, que muchos viven gozándola en sus consecuencias, cuanto las ciudades de la república están más distantes del gran foco de progreso y avance que representa Buenos Aires, por una falta comprensible de irradiación, más conservan su sello de coloniaje y algunas de ellas hasta la influencia misma de la conquista.

Tal sucede con las ciudades del norte del país, donde es común, para la mayoría de los argentinos, encontrarse sorprendidos por el hallazgo de edificios bien antiguos, obras del arte indígena influenciada sobremanera por el arte español fogoso, rico, sutil y a veces magnífico.

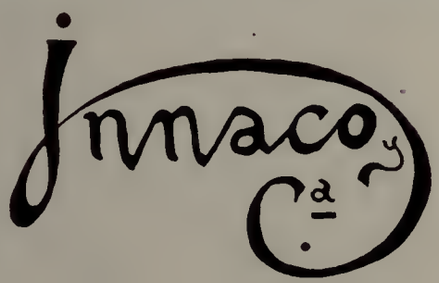
Igual que en las demás artes, en la literatura americana, aun en sencillos elementos del «folklore», encontramos a cada paso la influencia hispana, transmitida de generación en generación.

Tal la ermita dominicana, con su portada de una magnificencia de ara preciosa, con sus columnatas y capitel primorosos.

La voluta española modificada por la característica flor de cinco pétalos indígena; la columnata breve, sobria, rematada por motivos indígenas.

Del siglo XVII, su arquitectura primitiva nos habla con elocuencia del esfuerzo español, del espíritu tenaz de la raza empeñada en imponer su sello a todo.

RAÚL W. DE ALLENDE.



MUEBLES
Y DECORACIONES

ESPECIALIDAD
EN MUEBLES DE
ESTILO ANTIGUO

576 - SUIPACHA - 586

Unión Telef., 3773, Rivadavia. Cooperativa, 2388, Central.

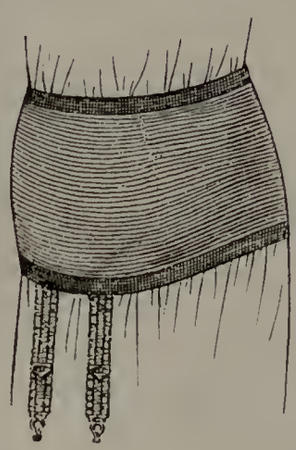
NOCERA UMBRA
FUENTE ANGELICA
LA REINA DE LAS AGUAS MINERALES
PARA LA MESA

En Italia los profesores doctores: De Giovanni, Molescott, Mantegazza, Marchiafava, Cantani, Semmola y otras lumbreras de la ciencia médica la hicieron popular con sus escritos y la recomiendan a sus enfermos.

En la República Argentina profesores ilustres como: Señorans, Larguía, Molina, Obejero, Llobet, Gandolfo, Botto, etc., reconocen sus excelentes propiedades higiénicas y al mismo tiempo que la declaran la **mejor de las aguas de mesa,** la dicen muy buena para las afecciones del estómago, del hígado, de la vejiga y de los riñones.

El profesor Dr. Pedro N. Arata, Jefe de la Oficina Química Municipal, con certificado N.º 35129 declara ser el ácido carbónico que contiene de proveniencia natural y **no agregado artificialmente.**

CONCESIONARIOS EN LAS REPÚBLICAS ARGENTINA, URUGUAY Y PARAGUAY:
JOSÉ PERETTI & CÍA. - RIVADAVIA, 1914 - BUENOS AIRES



FAJAS ABDOMINALES
PARA SEÑORAS Y HOMBRES.
OBESIDAD, RIÑÓN MÓVIL, ESTÓMAGO, etc.

Como el modelo, tejido liviano, para persona algo gruesa, muy cómoda, de 70 a 120 centímetros,

ancho:	21	23	26	31 cms.
	$ 21.00	23.00	27.00	32.00

Medias elásticas de todos tamaños.
Vendas elásticas de $ 1.30 y 1.50 metro.

SE REMITE CATÁLOGO AL INTERIOR

CASA PORTA PIEDRAS, 341 BUENOS AIRES

Studebaker

Lujo y Confort

LA elegancia y armonía de líneas y la suntuosidad en general de los hermosos automóviles STUDEBAKER, se aúnan con el admirable confort que ofrecen especialmente para satisfacer las exigencias del espíritu más refinado.

EL lujo interior de la carroceria llama justamente la atención por sus mullidos y espaciosos asientos ricamente tapizados, sus asientos plegadizos que desaparecen completamente cuando no son necesarios, su alumbrado eléctrico y otros complementos del más exquisito confort. Poseen también resortes especiales que amortiguan las sacudidas en los malos caminos, tornando suave y cómoda la marcha.

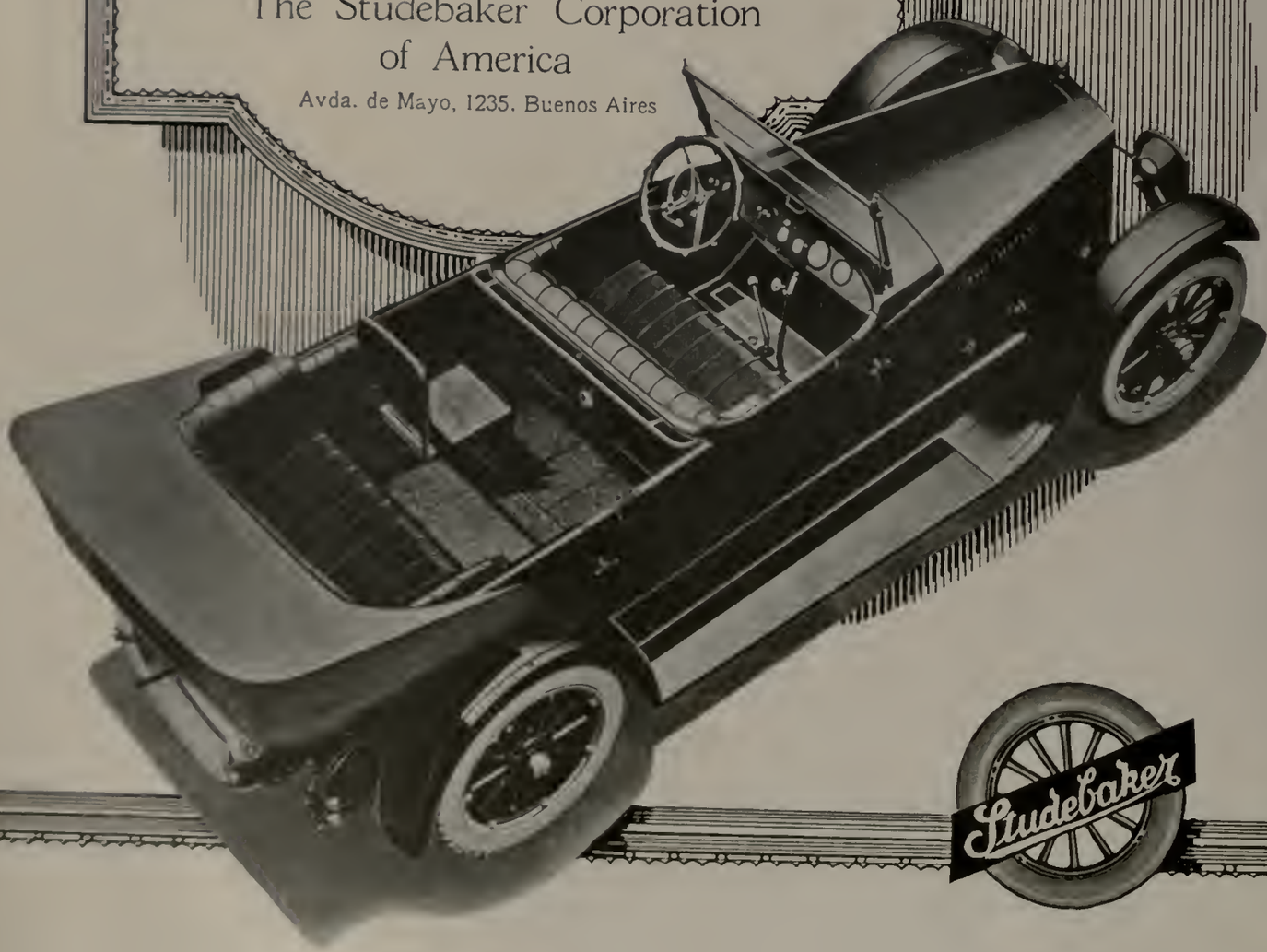
A pesar de ello y en vista del creciente aumento de las ventas, la Compañía Studebaker se complace en anunciar la siguiente reducción de precios:

SEIS GRANDE (7 pasajeros)	antes	$ 8.500,	ahora	$ 8.000
SEIS ESPECIAL (7 pasajeros)	»	$ 7.150,	»	$ 6.650
SEIS ESPECIAL (5, 4 y 2 p.)	»	$ 7.000,	»	$ 6.500
SEIS LIVIANO (5 pasajeros)	»	$ 6.000,	»	$ 5.500

The Studebaker Corporation of America

Avda. de Mayo, 1235. Buenos Aires

Todos nuestros modelos están provistos de Neumáticos Cord y Magneto de Alta Tensión



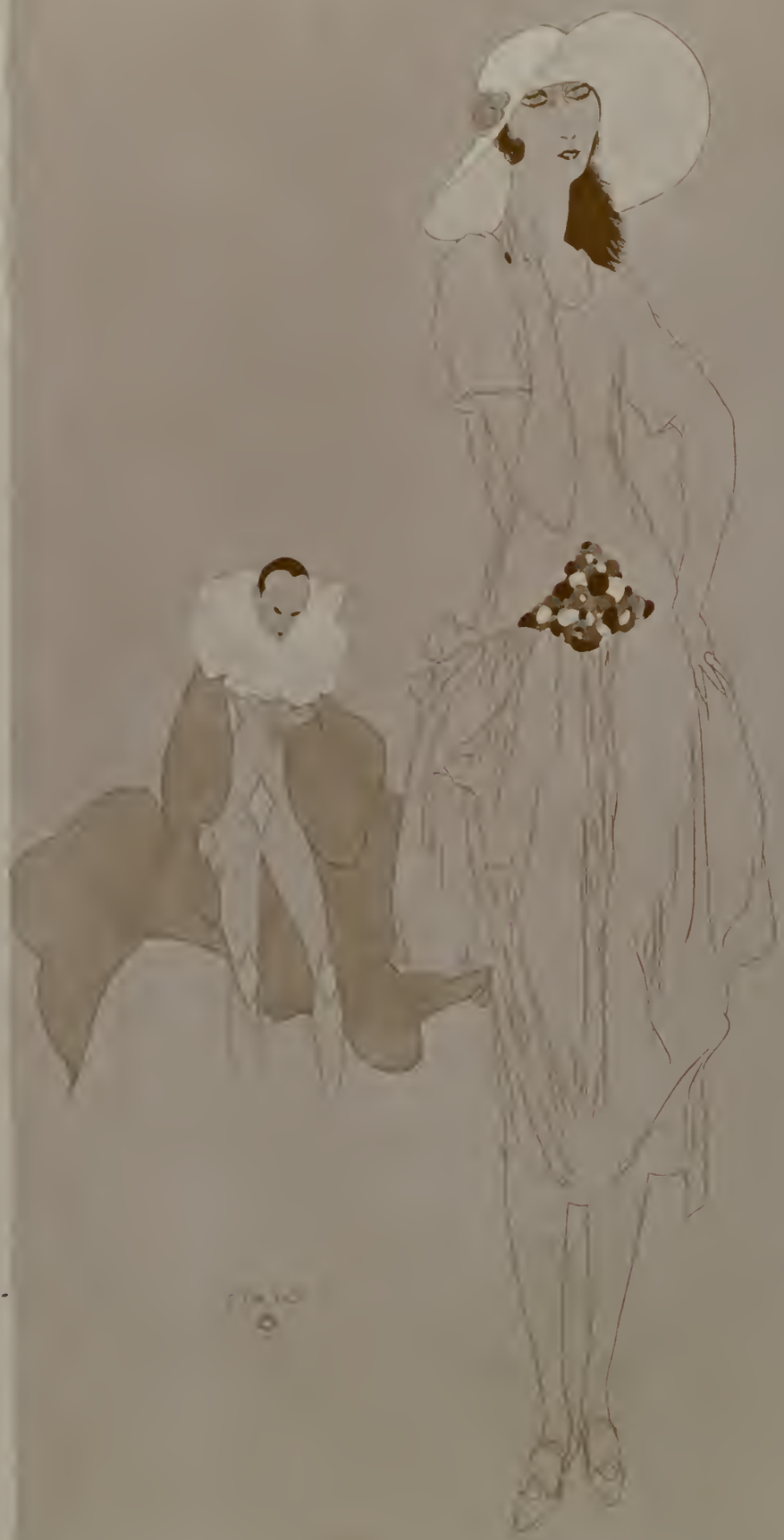
Studebaker

AÑO VII
NÚM. 69

Plus Ultra

ENERO
DE 1922

Señora
Clara Beci de Baillrich



IMPRONTU

A toi, fleur, lune, Amour,
Songe éternel!...

I Que este álbum simbolice
Primavera, yo deseara:
Primavera azul y clara
que envidiase Berenice.
Berenice y Cloe y Bice:
una lámpara y un ara,
un coloquio de ilusiones...
Primavera de bombones,
exquisita,
dulce
y rara!...

II Rosa de las maravillas
dulces, raras y sencillas
de un país de nebulosa!
Suspiros en traje rosa,
bajo una tarde ojerosa,
besándote de rodillas...
Y mientras, gime un violín
de terciopelo y satín...
y un excéntrico Arlequín
pálido, a melenas de oro,
diciendo un chiste y al fin
vertiendo lloro y más lloro,
inacabable,
incoloro,
de esplín!...

III ¡Oh Julieta,
¡Oh Divina
Mariposa vespertina
hecha de luna y neblina!
Taciturna violeta
loca de ensueño,
extrafina!
Ave mística y secreta
de tu místico Poeta
a quien le has robado el sueño!...
¡Oh la tres veces Divina
perla fina,
la peregrina
Julieta!
la tres veces Parisina
que interpreta
a Chopín y a su Poeta!

Graba este «improntu» halagüeño
a manera de blasón
en tu inquieto corazón
junto al nombre de tu dueño,
entre una postal y un sueño,
y una perla
y un
bombón!...

JULIO HERRERA Y REISSIG

PLVS VLTRA
EN ITALIA

Los Alpes

POR

RAFAEL SIMBOLI

MENOS altos y menos macizos que las grandes cadenas de los Andes y del Himalaya, los Alpes son célebres por el grandísimo número de sus cumbres y por la variedad y belleza de sus paisajes. Se ha dicho con razón que en los colosos de la América del Sur y de la India, lo más grandioso es el pedestal, y en el coloso de Italia, la estatua. Las cumbres alpinas tienen la más fantástica variedad de formas. A veces lanzan al cielo agujas agudas como la del Monviso; torreones aislados como el Cervino; masas como el Monte Blanco; dorsos que se suceden como las olas en la tempestad; y a veces, ventisqueros enormes, inmensos, llenos de soledad, como los del Adamello, de los

Y LA GUERRA TRAZÓ SUS SENDEROS ROJOS EN LA CÁNDIDA NIEVE.

A LA CONQUISTA DEL TERRENO ALTO.

cuales se ha dicho con palabras de inspiración grandiosa y ferviente:

Esce nel sole l'aquila e distende in tarde ruote digradante il nero volo solenne . . .

En algunos sitios los Alpes ofrecen al asombro del viajero murallas inmensas, lisas, que se alzan perpendicularmente, como los Dolomitas, que los siglos, las aguas y los vientos han dejado desnudos, como esqueletos de montañas. Pero en los montes que parecen muertos, centenares y millares de arroyos recogen el agua que desciende rumorosa y espumosa de los ventisqueros y de los numerosos, pintorescos, estupendos lagos alpinos, y la llevan a los grandes valles de abajo.

Hay pequeños lagos aun a más de dos mil metros de altura, y los viajeros no pueden dejar de detenerse a contemplar el maravilloso espectáculo. El viento, atacando a las nubes que a veces parecen océanos de niebla, abre huecos inmensos que permiten ver los picos blancos e inmaculados que al principio no se veían.

De alguna de esas cumbres se destaca una pequeña avalancha que crece rápidamente, y rodando al borde de los precipicios se lanza a veces al abismo arrastrándolo todo. De lejos no se oye sino el sordo mugido del monstruo invisible que se precipita...

¿Cuántas víctimas han hecho los Alpes? Millares y millares; pero su número no logra amenguar ni el atrevimiento ni la imprudencia de los alpinistas. Hay allí todo un cementerio cosmopolita; allá van los temerarios de todo el mundo. Un día es el huracán que los arrastra; otro día, el hielo que se rompe. A veces, en la soledad de los ventisqueros, no se oyen los últimos gritos que imploran socorro. Pero nadie contesta: sólo las águilas con sus gritos burlones...

Un alpinista, cuyo cadáver fué encontrado enterrado bajo una montaña de hielo, había escrito antes de morir, en una libreta de apuntes, todas las impresiones de su larga agonía...

NIDOS DE ÁGUILAS, NIDOS DE «ARDITI».

TAMPOCO LA GUERRA INDUSTRIAL HA RESPETADO LA NIEVE.

Los guías, los robustos y vigorosos guías alpinos que el duque de los Abruzzos quiso llevar en su excursión polar y en su expedición al Himalaya, han muerto, y seguirán muriendo también en gran número, frecuentemente por querer salvar a los que no tuvieron la prudencia de seguir sus consejos. Giocosa dice de ellos: «Cuando escondida, la muerte se los lleva «enteros y gallardos, robándoles cincuenta años «de salud. Cuando se deja ver y amenaza, los «encuentra luchadores impertérritos y prudentes.»

Si sabe que en alguna aldea hay baile, el alpino camina tranquilamente veinte o veinticinco kilómetros por la montaña para tomar parte en la fiesta. A veces camina para llevar edelweis a su novia. ¡Oh! La terrible flor, que a juicio de algunos sería tan fácil hacerla en casa, con algunos trozos de franela blanca!

Los dramas del edelweis son innumerables. Por tenerlo, ha habido casos en que diez o quince personas han caído a abismos de cuyas profundidades no volvió ninguna!

Los guías conocen bien al alpinista verdadero, que desea escalar la montaña para gozar, para admirar, para sentirse libre y fuerte, en medio de la libertad y de la fuerza de la naturaleza; el alpinista que en sitios de pura serenidad y de belleza salvaje, entre el rumor de las selvas y el murmurar de las fuentes, ante tanto candor de nieve, siente su alma presa de embriagueces y delirios que azotan la sangre ante horizontes infinitos; los montañeses saben comprender y distinguir al que ama el alpinismo como humana y simpática forma de deporte, del mero curioso que no aspira sino a llegar a una cumbre para dejar en ella su nombre escrito en pergamino y encerrado en un tubo de plomo, y del deportivo vanidoso que no quiere sino ganar un *record*.

¡Qué diferencia, en cambio, con los apóstoles del paisaje alpino: Juan Segantini, Emilio Longoni, Carlos Cressini, G. Carozzi, César Maggi,

AUTORRETRATO DE SEGANTINI.

J. Ciardi! Vivieron mucho en los Alpes y reprodujeron en sus telas los paisajes más sugerentes. Segantini fué el jefe de la escuela, porque el arte de las cumbres alpinas nació con él. Fué llamado el Nansen de los Alpes; la montaña fué su reino; estudió el rocío, la nieve, los arroyos, los ventisqueros, y entendió el significado de todo. Preguntó a las flores de la montaña lo que es la belleza universal, y las flores le contestaron perfumando su alma con amor!

En septiembre de 1899 Segantini salió de su casita de Maloia para subir al Schaafberg, con el propósito de concluir el tríptico destinado a la Exposición de París de 1900; pero lo agarró la tormenta, enfermóse y murió el 28 de ese mes, dejando inconcluso su último cuadro.

Hoy no se puede hacer una excursión alpina sin recordar a ese gran pintor, cuyas huellas han seguido otros de menor fama, pero de igual entusiasmo y de igual amor. Los artistas italianos son excelentes en la reproducción de los paisajes alpinos, porque saben presentar en un admirable concierto de luces y colores las bellezas reales e ideales de las cumbres alpinas, que otros artistas, suizos, franceses, austriacos, no logran reproducir con tanta eficacia.

Los apóstoles artísticos de la montaña deben multiplicarse también en la Argentina, y PLVS VLTRA, que está siempre a la vanguardia de toda manifestación artística, no dejará de apoyar a todos los que tengan voluntad y méritos.

Tres grandes, solemnes monumentos fueron obsequiados por la naturaleza a la Argentina: la pampa, el Plata y los Andes, que son para los artistas nacionales tres campos inagotables de trabajo fecundo.

El futuro pintor de los Andes se hará célebre como se hizo célebre Segantini. Jóvenes resueltos al trabajo: vivid entre la nieve y en los ventisqueros y trasladad a la tela el sentido de la soledad, la grandiosidad del paisaje, la fiereza de las blancas y majestuosas cumbres.

POEMAS DEL HOGAR

LA LAMPARA

Bendita sea mi lámpara. No me humilla, como la llamarada del sol, y tiene un mirar humanizado, de pura suavidad, de pura dulcedumbre.

Arde en medio de mi cuarto. Es su alma. Su apagado reflejo hace brillar apenas mis lágrimas, y no las veo correr por mi pecho.

Según el sueño que está en mi corazón, mudo su cabezuela de cristal. Para mi oración, le doy una lumbre azul, y mi cuarto se hace como la hondura del valle (ahora que no rezo desde el fondo de los valles). Para la tristeza, tiene un cristal violeta, y hace a las cosas padecer conmigo.

Más sabe ella de mi vida que los pechos en que he descansado. Está viva de haber tocado tantas noches mi corazón. Tiene el suave ardor de mi herida intima, que ya no abrasa, que para durar más se hizo suavísima...

Tal vez al caer la noche los muertos sin mirada vienen a buscarla en los ojos de las lámparas. ¿Quién será este muerto que está mirándome en ella con tan callada dulzura?

Es silenciosa. Otra compañera creería preciso hablar. ¡Ella sabe que ya tengo el cansancio de todas las palabras!

Si fuese humana, tal vez se fatigaría antes de mi pena, o bien, enardecida de solicitud, querría aún estar conmigo cuando la misericordia del sueño llega. Ella es, pues, la perfección.

Desde afuera, no se adivina, y mis enemigos me creerán sola. A todas mis posesiones, tan pequeñas como ésta, tan divinas como ésta, yo voy dando su claridad imperceptible, para defenderlas de los robadores de dichas.

Basta lo que alumbra su halo de resplandor. Caben en él la cara de mi madre y el libro abierto. ¡Qué me dejen solamente lo que baña esta lámpara, de todo lo demás pueden desposeerme!

Yo pido a Dios que en esta noche no falte a ningún triste una lámpara suave que amortigüe el brillo de sus lágrimas.

EL CANTARO DE GREDA

¡Cántaro de greda, moreno como mi mejilla, tan fácil que eres a mi sed! Mejor que tú el labio de la fuente, abierto allá abajo, en la quebrada; pero está lejos y en esta noche de verano no puedo descender hacia ella.

Yo te colmo cada mañana lentamente, religiosamente. El agua canta primero al caer; cuando quedas en silencio, con la boca temblorosa, beso el agua, pagándole su servicio.

Eres gracioso y fuerte, cántaro moreno. Te pareces al pecho de una campesina que me amamantó, cuando rendí el seno de mi madre. Y yo me acuerdo de ella mirándote, y te palpo con ternura los contornos. Ella ha muerto; pero tal vez su seno te esponjó, para seguir refrescándome la boca con sed. Porque ella me amaba...

¿Tú me ves los labios secos? Son labios que trajeron muchas sedes: la de Dios, la de la Belleza, la del Amor. Ninguna de estas cosas fué como tú, sencilla y dócil, y las tres siguen blanqueando mis labios.

En las noches, te dejo bajo el cielo, para que caigan en tu cuello las gotas de rocío, por si también tuvieras sed. Y es que pienso que como yo puedes tener la apariencia de la plenitud y estar vaciado.

Como te amo, no pongo nunca a tu lado una copa. Bebo en tu mismo labio, sosteniéndote con mi brazo. Si en tu silencio sueñas con el abrazo de alguien, te doy la ilusión de que lo tienes. ¿Sientes en todo esto mi amor?

En el verano pongo debajo de ti una arenilla dorada y húmeda, para que no te tajee el calor, y una vez te cubrí tiernamente una quebrajadura con barro fresco.

Fuí torpe para muchas faenas, pero siempre he querido ser *la dulce dueña*, la que coge con temblor de dulzura las cosas, por si entendieran, por si padecieran como yo.

Mañana, cuando vaya al campo, cortaré las hierbas buenas para traértelas y sumergirlas en tu agua. ¡Sentirás el campo en el olor de mis manos!

Cántaro de greda: eres más bueno para mí que muchos que dijeron ser buenos.

¡Yo quiero que todos los pobres tengan como yo un cántaro fresco para sus labios con amargura!

EL BRASERO

¡Brasero de pedrerías, ilusión para el pobre!, mirándote él no desea las piedras preciosas.

Voy gozándote a lo largo de la noche los grados de tu ardor: primero la brasa, desnuda como una herida; después una veladura de ceniza, que te da el color de las rosas menos ardientes, y al acabar la noche, una blancura leve y suavísima te amortaja.

Mientras ardías, se me iban encendiendo los sueños o los recuerdos, y con la lentitud de tu brasa se iban en mi alma velándose, muriéndose.

Eres la intimidad: sin ti existe la casa, pero no sentimos el hogar.

Unes a los míos mejor que mi ternura. Tú me enseñaste que lo que arde congrega a los seres en torno de su llama, y mirándote cuando niña, pensé hacer así mi corazón, e hice en torno mío el corro de los niños.

Las manos de los míos se juntan sobre tus brasas.

Aunque la vida nos esparza, nos hemos de acordar de esta red de las manos tejida en torno suyo.

Para gozarte mejor, te dejo descubierto; no consiento que pongan otra cosa sobre tu rescoldo maravilloso.

Te dieron una aureola de bronce, y ella te ennoblece, ensanchando el resplandor.

Mis abuelas quemaron en ti las buenas hierbas que ahuyentan a los espíritus malignos, y yo también, para que te acuerdes de ellas, suelo espolvorearte polvos de hierbas fragantes que crepitan en tu rescoldo como muchos besos.

Mirándote, viejo brasero del hogar, voy diciendo: Que todos los pobres te enciendan esta noche, para que sus manos tristes se junten sobre ti con amor.

ILUSTRACIONES DE SIRIO

GABRIELA MISTRAL

BAIGNEUSES

PASTEL DE E. RENE MENARD
DE LA COLECCION DEL DR. LLOBET

DEBILIDAD

Hoy me emociona todo:
llegó una carta
de mi hermana
en que—con lágrimas—
me habla
de nuestra madre,
de nuestra vieja casa.
Pasan los años, pasan...
Y el corazón, sensible,
entre las cuatro paredes
del ajetreo de la vida,
no cambia.
Está puro, está limpio,
como aquella semilla
que luego de mil años,
de dos mil, no esperaba
sino un poco de humus
para ser planta,
flor y espiga.
Me avergüenza,
me aniña,
esta sensibilidad
que debo esconder
porque da sensación
de enfermiza.
¡Qué débiles somos!
¿Y nuestro gran sueño
de amor y armonía?
¡Qué laurel,
qué batalla
ganaremos en esta impía
lucha terrible,
con el solo escudo
del corazón,
frágil y tembloroso
como una avecilla!...
¡Qué débiles somos,
Señor Jesús,
con la amorosa palabra
y la voz conmovida!...
¡Qué débiles somos,
Señor Quijote,
estrellándonos
contra la muralla de la risa!
¡Qué pobre guerrero
éste, que por una carta
vacila
y que ahora que escribe
sus versos,
siente empapado en
lágrimas
corazón, ojos y alma!

E

Y es sólo una carta,
unas palabras, unas líneas...

MONTIEL BALLESTEROS

ILUSTRACIÓN DE DELUCCHI

SOMBRERO DE ENCAJES ESTILO ESPAÑOL.

CAPA NEGRA Y BLANCA Y GRAN SOMBRERO.

Plus Ultra CREACIONES de la MODA

En Viena ENCAJES Y FLECOS

LONA SCHMIDT, LLEVANDO UNA CAPA DE FLECOS CON GOLA DE CINTA CIRÉ.

Los encajes y los flecos juegan hoy principal papel en las *toilettes* de nuestras elegantes, por la variedad de las combinaciones a que se prestan y el chic y alegría que comunican a los vestidos.

Los encajes llamados «encaje español», cuyos tejidos ligeros y grandes dibujos artísticos son en este momento tan apreciados, guarnecen no solamente los vestidos sino también las capas y sombreros. Este año la moda parece haber buscado su inspiración en España. Ella nos ha impuesto los encantadores boleros, las amplias mantillas de encaje que con tanta gracia han sabido adoptar nuestras damas.

Para acompañar a la toilette española se escoge un sombrero que armonice con el estilo; por la tarde se prefieren las tintas obscuras, como el negro, el marrón o el azul profundo; y la toilette de visita debe tener también su carácter especial.

Los encajes son generalmente de tonos claros, en rosa, beige, gris, marrón, y se llevan sobre crèpe georgete.

Algunas veces se confecciona la falda enteramente con estos vaporosos encajes, dispuestos en capas superpuestas; en otros modelos el encaje se emplea tan sólo en las mangas amplias que envuelven vagamente los brazos, comunicando a la toilette la gracia y ligereza tan necesarias para los primeros días de esplendente sol.

Los encajes teñidos en los mismos tonos que la seda o lana de los vestidos, reemplazan a los ligeros tejidos que antes se usaban.

Estos trajecitos obscuros de un solo tono están muy en boga en-

LA ESTRELLA LISSA KAPTOWICH LUCIENDO UN TRAJE DE ENCAJE BEIGE.

tre nuestras elegantes, y se llevan de tarde y para reuniones íntimas de noche. El negro es hoy el color de moda, y las damas saben perfectamente que es el tono que más favorece y que el traje negro es siempre el que más viste.

Tan lejos se ha ido este año en tal sentido, que hasta las alhajas deben ser blancas o negras; así a los diamantes se les rodea de ónix negro y a falta se le reemplaza con ébano, en el cual se incrustan los brillantes. Actualmente se hacen sortijas de ébano guarnecidas con diamantes.

Los flecos, como dijimos al principio, gozan también este año de los favores de la moda. Largos flecos de seda, generalmente negros o blancos, guarnecen las capas; ellos completan asimismo el chic de un vestido de crèpe de China, y adornan los sombreros, guantes, zapatitos y sombrillas.

La moda de los flecos es también oriunda de España; pero nuestras mujeres la emplean con tal gracia y originalidad, con un sello tan personal, que este adorno nos parece completamente nuevo e inédito.

Los flecos se emplean en todas partes, allí donde pueden contribuir a realzar el chic de la toilette, o completar un vestido.

En Viena tenemos especial sensibilidad para presentir las modas; aquello que la francesa rechaza, la inglesa ni repara, la vienesa lo acepta, arregla y acomoda en tal forma que llega a ser la novedad típica y característica del año, y aunque la creación haya sido francesa la vienesa sabe imponerla con nuevo carácter al mundo.

El fleco es una prueba de ello: las modistas francesas ensayaron en vano sacar partido de este adorno; no encontraron público. Al llegar a Viena el fleco conquistó el corazón de nuestras mujeres, quienes pronto supieron imponerlo, volviendo la moda a Francia, donde encontró esta vez sus admiradoras.

Así, pues, encajes y flecos son la última palabra de la moda para nuestras elegantes. Ambas realzan la belleza, el chic y la gracia y permiten a la mujer comunicar a su toilette esa nota tan buscada: la personalidad.

CLARA PATEK

L. SCHMIDT EN TRAJE CRÈPE CHINA BLANCO, PLECOS Y FAJA NEGRA DE TUL.

EL RESPONSO DEL AGUA

Hay en Mendoza un canal a veces caudaloso y otras completamente bajo hasta el punto de dejar descubiertas las brillantes piedritas de su lecho. Le llaman el Zanjón, y separa con sus aguas a la capital mendocina del vasto pueblo de Guaymallén.

Es atravesado en varios puntos por anchos puentes de materiales sólidos, y en otros por frágiles puentecillos de madera que nunca resisten el embate de las crecientes que bajan a menudo en la época de los deshielos.

Era, años atrás, uno de los parajes más pintorescos vecinos a la pequeña ciudad. En sus riberas crecía una enorme diversidad de árboles. Trechos había en los que soñaban los sauces sobre las turbias aguas, como encantados del murmurar continuo de la corriente. A ellos íbamos cuando niños y, haciendo trenzas con sus ramas, nos columpiábamos sobre la tierra y el agua, a riesgo de tomar un baño sin querer.

Más allá, terminando el sauzal melancólico, se levantan los álamos escuetos, con cierto aire de sutil elegancia y delicadamente femeninos, con sus pequeñas hojas en forma de corazón. Luego el cañaveral compacto, casi imposible de atravesar, donde el viento, como un sátiro invisible, se entretenía más que en parte alguna para cantar una música extraña entre sus hojas delgadas y largas.

El cañaveral era el sitio preferido para desnudarse y dejar las ropas cuando, en las silenciosas siestas del verano, buscábamos la grata frescura del agua.

Tampoco faltaban en las amplias orillas del canal pintoresco los árboles frutales: pues que había vetustos ciruelos y altísimos perales y algún duraznero gentil, que en la anhelada estación de los frutos maduros nos daban la oportunidad de poner a prueba nuestra agilidad de trepadores y nuestra puntería en tirar piedras, con el imprevisto blanco hecho en la cabeza de algún compañero que estallaba en gritos intempestivos, privándonos del dulce placer de saborear la fruta del cercado ajeno.

Pero un lugar había que era el más grato entre todos. Era un larguísimo trecho todo lleno de rosales silvestres, puesto que nadie conocía el buen jardinero que los había plantado. Era una enorme profusión de rosales, altos y espesos en ramas, que al llegar el tibio mes de octubre se cubrían de flores de un suave tono rosa pálido, pero en una abundancia tal, que parecía increíble, como si la naturaleza hubiera dejado caer en ese punto de la orilla una larga lluvia de rosas.

Una oleada de perfume envolvía al viajero cuando se acercaba a ese sitio. Era una atrayente nota de color entre el verde prieto de los árboles, así como una gran franja rosada distendida sobre un fondo esmeralda. Eran rosas frágiles, casi efímeras, pues no duraban en su plenitud más que brevísimos días, como si su misión no fuera otra que la de alegrar un poco a los sauces y a los álamos con su perfume y su color; y pasar... Así, que al menor soplo de viento era aquello un revuelo de pétalos que daba la impresión de una milagrosa bandada de avecillas diminutas, revoloteando hasta alfombrar de rosas la orilla dormida, o alejarse sobre la mansa ondulación del agua.

Terminaban las rosas, pero quedaban los álamos y los sauces, los durazneros y los cañaverales, hasta que el otoño llegaba cubriendo de tristeza el delicioso paraje.

Entonces se experimentaba una profunda pena al ver las ramas rígidas desprenderse de sus últimas hojas para quedar como enormes manos descarnadas implorando la misericordia de la nueva primavera.

Los pájaros abandonaban la orilla donde sólo se oían los murmurios monótonos de las hojas marchitas movidas por las últimas caricias del viento.

Y entre tanta desolación, entre tanta tristeza, quedaba una nota de color representando a la vida: el cañaveral, con su verdor profundo y su extraña música eólica.

El canal se hacía más triste; ¡hasta bajaban sus aguas, como si pensaran que ya no eran tan útiles como en el mejor tiempo del año!

¿Y en la primavera? ¡Nuevo verdor y murmurio, nuevos trinos y nuevos perfumes! ¡Y la canción alegre y fresca de las aguas!

Pero hoy el canal está más triste que nunca, más desolado que nunca.

Ya no hay rosales en sus riberas, y sólo uno que otro sauce sueña aislado a la distancia.

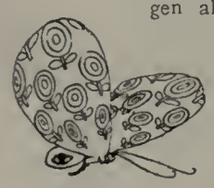
El hacha del leñador se ha hundido una y mil veces en el tronco de los árboles hasta arrasarlo todo para dar paso al futuro. Y donde ayer había rosas y durazneros en flor, hoy vive y trabaja el hombre.

¡Pero, entre tanto, el vetusto canal de siempre, gime un hondo responso por el alma de todos los árboles, de todos los pájaros y de todas las rosas!...

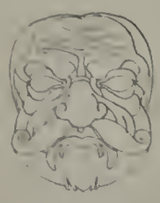
Alfredo · R · Bufano

ILUSTRACIÓN DE ÁLVAREZ

Así: «como las mariposas», aunque a primera vista la frase tenga un dejo de cursilería. Tibio y cobarde resulta el madrigal cuando no se atreve a rendir atrevidos símiles en holocausto de la mujer. Y ya que es difícil la invención de nuevas comparaciones madrigalescas, elijamos entre las antiguas la que mejor siente al eterno femenino porteño. ¿Gacela?... ¿Paloma?... No, mariposa. Tiene mucho de vuelo el pasito breve y rápido con que las muchachas recorren la metrópoli. Las que se dirigen al trabajo o vuelven de él caminan apremiadas por el horario, y a veces sus andares se transforman en una franca carrera hacia el magazine impaciente o el tramway descortés. Las que salieron de compras marchan rápidas hostigadas por la distancia, y en las bocacalles, a través del tráfico aglomerado, coches, automóviles y tranvías suelen asustar a verdaderos enjambres de mariposas que huyen del peligro. Solamente en la calle Florida y sus alrededores, a las horas consagradas a ese ceremonioso pasear de retreta provinciana, la mujer camina solemne, pero siempre entre ellas pasan muchas en pleno vuelo mariposil. Mariposas obscuras, útiles como abejas; mariposas claras y brillantes que vuelan en



vacaciones por la ciudad, de tienda en tienda, de visita en visita: todas son mariposas, flores aladas. Mariposas, recreo de los mariposones y de los entomólogos más o menos platónicos, ¡cómo voláis una a una, en parejas, en enjambre, tiñendo de colores fugitivos y alegres la ciudad gris. A nuestro paso se abre la flor del piropo y crece el calor de las miradas. Por vosotras, mariposas parlanchinas y risueñas, hay encanto en las calles uniformes; por vosotras se puede vivir. Acechando al abrigo de los muros, con la red preparada los entomólogos os esperan, pícaros u honestos cazadores de mariposas que casi siempre terminan cazados. Llevar agarrada del brazo una mariposa, deslizarle al oído palabritas dulces: he aquí el bello ideal de la juventud. Y esas parejas que caminan lentamente hacia el tranvía sin acordarse de que viven en este mundo son también alegría y envidia del espectador viejo o desafortunado en amores... Tal vez las antiguas porteñas se pareciesen más a las mariposas que las porteñitas de estos tiempos; pero no vivían así. El mariposeo actual se debe al cosmopolitismo que ha traído, para adoptarlas, reformándolas a la criolla, costumbres extranjeras.



MARÍA PADÍN.

ARTURO MARIO.

TEATRO CHILENO EN BUENOS AIRES

Un soñador... un lírico andariego, concibió un día la empresa, quijotesca sin duda, pero hermosa por su patriótica y artística inspiración, de alzar el vuelo con un grupo de simpáticos faranduleros, trasponer los Andes y venir a nosotros para levantar en el suelo argentino la carpa del Teatro Nacional de Chile.

La empresa, para mal de la Razón y la Justicia, resultó en realidad quijotesca, pues no anduvieron juntas esta vez la Fortuna y la Fama, pero el poeta, que como tal, sólo perseguía en su bella quimera de soñador un ideal de arte, logró su objeto, y nos dió a conocer en toda su frescura juvenil el teatro hermano.

Fue el poeta de esta singular aventura artística el escritor Víctor Domingo Silva, una de las personalidades literarias de más sólido prestigio intelectual de Chile, y fueron sus compañeros de correrías los actores y actrices chilenos cuyas fotografías adornan estas planas.

A través del corto número de representaciones que nos ofrecieron hemos seguido con interés las diversas expresiones, el temperamento artístico de cada uno de los autores de aquella tierra, y en cada una de las obras, cuya crítica hicieran oportunamente los aristarcos de la prensa diaria, hemos observado un deseo encomiable de hacer obra sana, de reflejar las modalidades del espíritu chileno, de llevar a las tablas los aspectos del alma nacional, de trasladar, en fin, al escenario, en dramas intensos, en comedias apacibles y reidoras, o en sainetes de sabor y colorido admirable, la vida, el sentir y el pensar de una sociedad... de un pueblo viril y fuerte.

El teatro chileno, según uno de sus historiadores, nació a la vida con el estreno, en el año 1850, de una obra original de don Carlos Bello,

DALY BARRIOS.

EVARISTO LILLO.

ANA NOVELLA, DALY BARRIOS, LUISA OTERO Y UMBERTO ONETTO.

ALEJANDRO FLORES.

VICENTE ESPÍ E ISAURA GUTIÉRREZ.

EVARISTO LILLO Y UMBERTO ONETTO.

hijo del gran don Andrés Bello. Titulábase la comedia, o drama, no dicen las crónicas su clasificación escénica, «Los amores del poeta». Tanto este primer ensayo teatral, como los que posteriormente realizaron Luis Rodríguez Velazco, Daniel Caldera, Daniel Barros Grez, Juan Rafael Allende y Román Vial, casi todos ellos escritores costumbristas, obtuvieron éxito lisonjero.

Durante los treinta años de «reinado» del género chico español, en gran boga en todo Chile, surgieron espontáneamente algunos actores nacionales y se operó el curioso fenómeno de que tuviese la escena nacional chilena primero a los intérpretes que a los productores.

Puede decirse, en verdad, que a partir del año 1917 el teatro chileno fué una realidad; había autores, había obras y había público. Si fe tuvieron en el porvenir los autores y actores, no menor fué la fe que en ellos tuvo el público.

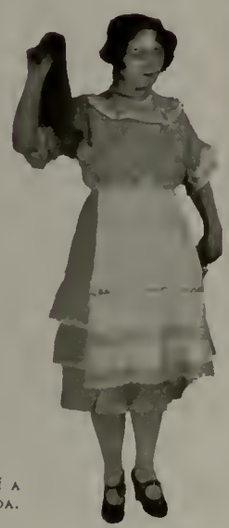
E. DUPUY

Y más tarde, cuando ya de norte a sur de la república habían cosechado aplausos obras e intérpretes nacionales, cupo a un actor y a una actriz argentinos dar impulso y forma definitiva al teatro hermano.

Arturo Mario y María Padín, dos estimables figuras de nuestra farándula, fueron los embajadores artísticos que primero dieron a conocer en la vecina tierra el teatro argentino; allí, vinculados al ambiente, reunieron a su alrededor a las más destacadas figuras del naciente teatro chileno y se dedicaron a cultivarlo con el mismo entusiasmo y amor con que entre nosotros dedicaron su juvenil entusiasmo al teatro nacional argentino.

Y hoy han coronado su carrera artística trayéndonos el teatro de allende los Andes, y compartiendo con el grupo de actrices y actores chilenos de su compañía los aplausos que les prodigó el público y los elogios que no les escatimó la crítica.

DE LOME



MARÍA QUESADA.

PILAR MATA.

ALBERTO MERY.

LAS NOVIAS DE MI AMIGO

POR ENRIQUE M AMORIN

DE DELUCCHI

Ayer he viajado con Pablo Astier, y hoy me dispongo a relatar la vida de «nuestro hombre vulgar». Nunca crei poder aplicar un calificativo mas cierto, más apropiado, como llamándole a Pablo Astier «el hombre vulgar». Cuando le conocimos, los amigos jamás pensamos hallar en Pablo una cordialidad; ni tampoco dudar de su amistad fina y de caballero simpático. Mis compañeros, como yo, jamás se atrevieron a indagar e interesarse por las «cosas» de Pablo. Confidencias, seguramente, ninguno de nosotros entregó al «hombre vulgar». Pero esto no significa que negásemos la mano bien amiga, estrechándosela con calurosa protesta de cariño. ¿Malo?... ¿Bueno?... No le conociamos ni un gesto, ni una palabra fuera de lugar. Por otra parte, no podemos recordar, ni agradecer, ese «algo» que debemos a menudo a los amigos.

Pablo Astier nunca nos sorprendió con una idea osada; vivía al margen de nuestras discusiones, y no era por ello un prudente y tímido, capaz de exaltar nuestra nerviosidad de bruscos.

El único «misterio» de su vida era su trato con las mujeres, a quienes cautivaba por su pulcritud, refinamiento y atención, propias de hombre ciudadano y varonil.

Interesaban a los amigos «las novias» de Pablo, aquellas a quienes después de un trato más o menos largo abandonaba, para entusiasmarse con otra, de quien no hablaría a sus amigos sino lo necesario, dejando, por cierto, mucho en el tintero.

Mayormente no fué la preocupación de sus amigos aquellas novias de Pablo, que sucedíanse unas tras otras, después de las formalidades y exigencias de estos casos, en el medio donde actuaba el amigo Astier.

Preocupábanos lo singular de aquellos desenlaces ante la conformidad de las abandonadas, quienes hablaban tan bien de Pablo como si nada hubiese sucedido. Dejaba clavada en cada corazón la espina sutil de alguna insinuación bien dicha. De lo que se adivina o se presiente, o no se ha dicho todavía, como debe decirse.

Ayer he viajado con Pablo Astier desde el pueblito donde reside, Olivos, hasta la estación Retiro.

Conozco la casa de nuestro «hombre vulgar» y en sus habitaciones no he hallado el sello de su personalidad; el lugar donde se le puede encontrar durante la ausencia. Un día, definiendo su cuarto de estudio, díjome que era una órbita vacía cuando él no lo habitaba, y las ventanas, aunque estuviesen abiertas de par en par, durante su ausencia eran párpados secos... — El paisaje no entra en mi cuarto, si yo no estoy en él — me dijo abriendo las ventanas, aquella mañana de mi visita.

No tenía estampas en las paredes, ni retratos, ni cuadros. Conservaba las paredes limpias.

La misma mañana de mi visita, le pregunté la razón de aquella soledad.

— Yo creo me he hallado, amigo — díjome; — me he encontrado, por eso no busco nada, ni a nadie, en cuadros o estampas... yo estoy conmigo mismo.

No sé ciertamente si esto fué lo dicho, pues mi atención es limitada para con los «hombres vulgares» y no me permite aseverarlo.

Ayer, dije hace un momento, viajé con Pablo Astier de Olivos a Retiro. Discurrimos siempre teniendo en cuenta el lugar donde estamos más que comprendiendo a quienes nos rodean o nos escuchan. Así por ejemplo, un hombre viajando por agua no discurre de la misma manera que otro hombre, en iguales condiciones intelectuales y psíquicas, que ha quedado en tierra. El factor emoción producido por el paisaje da su pincelada en nuestro espíritu, transformando, en parte, nuestra manera de discurrir. Nunca, claro está, fundamentalmente la manera de pensar.

Algunas veces he visto el mundo y he pensado en mí, mientras corría en un automóvil o me esforzaba en una bicicleta, y, ¡cuán distinto era mi procedimiento al discurrir!

Le encontré en la estación de Olivos mientras miraba pasar, con una curiosidad extraña, los vehículos por la carretera. Se sorprendió al sentirme a su lado.

— Cuento los coches del desfile y quiero contarlos hasta el momento que la locomotora vaya en busca de los vagones... catorce, quince, diez y seis... — y siguió contando hasta cuando la máquina se puso en movimiento; después continuó:

— Ocurrencias... Si no lo hago, seguramente me irá mal...

— ¿Supersticioso? — insinué yo.

— Caprichoso, más bien... Pero ¿qué hace usted por aquí?

Seguimos y allá en un vagón desierto nos instalamos, Pablo Astier cerca de la ventanilla y yo a su diestra.

No bien partió el tren me percaté que algo había sucedido y de suma importancia en la vida de nuestro «hombre vulgar». Sus ojos eran otros. Más inquieto y nervioso. Menos parco y medido.

Corría ya el tren cuando pasó por cerca nuestro, muy apresurada, una mujer mal vestida, de feo aspecto, pintarrajeada y cubierta de pieles sucias. Le miró a Pablo y éste le hizo una seña obligándola a alejarse. Comprendiendo, ella y yo nos miramos, y él dijo:

— Le extraña, se extraña ¿eh?... antes yo no conocía esta clase de mujeres... — Y mientras yo ponía cara de indiferente, él continuó: — Después de mis tres últimas novias, conozco tantas mujeres de éstas!... Y, ahora, casi nunca pienso en mis novias; las tres últimas las recuerdo de cuando en cuando... A ninguno de mis amigos se le ha ocurrido preguntarme por qué terminaban tan inesperadamente mis noviazgos...

— Francamente, usted jamás encaminó una conversación por ese camino; casi, casi, usted evitó el momento... — argüí yo sin mayor interés.

— Voy a contarle las tres historias... ¡Vea cuántos hermosos lugares!... Me siento distinto y mejor al emocionarme. Este viaje es una emoción. Ahora verá usted como matamos el tiempo recordando... ¿Usted conoció a Ida, a Ida Turbis? — Hice un gesto de afirmación. — Una noche al volver de su casa, apunté mis impresiones en un pedacito de papel. Al día siguiente busqué como un loco mi apunte y no pude hallarlo; sólo recordaba la impresión experimentada al conocer

la madre de Ida. Era una mujer un poco vieja y muy parecida a mi novia. Tenía sus mismos ojos tristes, el encanto mayor de Ida, pero la boca de aquella mujer era horrible, fea, tenía el labio inferior caído y se entreveía un diente, completando la fealdad de aquella boca. Y, sin embargo, era igual, igual a la de Ida. Aquella pequeña y graciosa caída del labio inferior de la boca de mi novia — ¡me seducía y gustaba tanto! — estaba allí, en la boca de su madre.

Parecióme enternecido y continuó: — No se imagina cuánto hice por besar aquella boca, aquel labio... Tenía esta mujer un raro sentimiento de pudor.

El primer beso me lo dió ella, con su boca húmeda, mientras hablaba de cosas tontas y superficiales, envolviendo aquel beso con un relato de lo más trivial, y me besó muchas veces, mientras decía cosas que nada embellecían el encuentro de nuestras bocas ni fortificaban nuestro amor. Palabras y palabras escondiendo aquel acto, pues a ella se le antojaba un pecado horrible. Palabras envolviendo el *pecado* suyo, como se envuelve un pedazo de cobre descuidado, entre pétalos frescos. Como el rezo trivial en el momento del pecado. Hablaba de cosas sin sentido mientras me besaba, y yo pretendía encaminar la plática por el cauce amatorio.

La misma boca, del beso y del pecado, era aquella, la horrible boca de la madre... Esto fué poco a poco obsesionándome, y comencé por no besarla. El labio inferior de aquella boca fea de la madre exageraba, como una caricatura, el encanto de los labios de Ida... Tenía la impresión de que alguien me gritaba su defecto, haciéndolo resaltar, para enfermarme de desprecio... Pero una noche, no pudiendo más, trituré en mi boca una palabra desagradable, sostuve un gesto de repugnancia y besándole las manos — porque nunca había observado las de la madre — salí, y aquella fué la última noche.

Miró el paisaje. Hundió la mirada en la espesura de un boscaje y continuó el relato de la penúltima novia, con una sonrisa forzada. Pasando su brazo por el respaldo, se tornaba más confidencial.

— El padre de Alba, la penúltima, usted sabe cuánto era de antipático con su mirar equívoco y su desdén eterno. Siempre me extasiaba ante los ojos de Alba, tan extraños para mí, tan raros. Me miraban en forma tal, enigmática y desconocida, que más de una vez me sentí inferior al no poder comprenderla.

Una noche, después de cenar, discutimos acaloradamente con aquel señor tan antipático. Sus gestos y ademanes — pude observar — correspondían con los de Alba. Ya sus movimientos afirmativos o negativos de cabeza; ya sus ademanes violentos. Eran los mismos, exagerados por su condición masculina, pero yo advertía y comparaba. Allí, cerca de su padre, Alba estaba como dominada por la discusión. Le avasallaban las palabras y las miradas, pues todo su cuerpecito se echó para atrás, mientras vivía intensamente en sus ojos grises, con dos puntos verdes en las pupilas... Atisbaba los gestos y parecía afirmarlo todo. El padre se exaltó más y hasta llegó a la amenaza en un momento. Alba juntó las cejas con sorpresa, con ira y con curiosidad. Vi sus manos crisparse y erguir su busto, hasta el punto de apreciar la ola contenida en su bata de seda.

El padre se puso de pie y me miró clavando sus miradas en mis retinas, como para decirme con los ojos otro insulto a más del formulado por sus labios. Entonces yo vi, en los ojos de aquel hombre, otros ojos, metidos allí dentro, como incrustados en sus mismas pupilas...

Me insultó con palabras insolentes, y en aquellas miradas, tan solapadas y perversas, estaban las miradas de Alba, las de mi novia, estaban sus ojos, ¡iguales, iguales, iguales!... Vi los ojos de Alba en sus originarios; comprendí sus miradas; me dió miedo y asco por aquel parecido, por aquellas miradas del hombre. Eran las de Alba exageradas... Y, aprovechando el altercado, no volví por su casa.

Tiró al suelo una colilla y con el pie la deshizo, haciéndolo de una manera como experimentando una rara fruición. Yo le miré interrogándole; comenzaba a interesarme vivamente.

— La última novia se suicidó... Mi noviazgo, que casi no llegó a ser tal, se llevó a cabo en casa de los abuelos de Encarnación... la de las manos pequeñas y frías, tan frías que nunca pude calentarlas con mi tibieza de amor... Una tarde de invierno nos pusimos a releer un libro querido, sentados en el hall de su casa, en donde por vez primera pisaba a instancias de la vieja abuela.

Corría un viento helado por la calle, y llegaba hasta nosotros cuando pasaba alguien olvidando de cerrar la puerta que conducía al zaguán. Pasaban unos y otros. Encarnación les gritaba al pasar: *¡cierren la puerta!* con aquella

vocecita cristalina, a veces, pues casi siempre estaba ronca.

¡Cuántas veces pensé en una Encarnación enferma! ¡Esto era para justificar mi cariño, teniéndole lástima y amando a una enfermita a quien debía tratar con la ternura de un hermano mayor!... Me acariciaba dulcemente la idea de sentirme su enfermero, de besarla cuando tuviese fiebre...

A veces el amor necesita de estas cosas: de la compasión y la protección queremos más, más tiernamente cuando se interpone entre nosotros y el cariño la mano perfumada de la caridad. Muchas veces pensé en una Encarnación tuberculosa, a quien lógicamente amaría mejor.

Se sucedieron algunas llamadas de mi novia, rogando que cerrasen la puerta. De pronto oí un grito horrible, ronco, formulado por Encarnación. Me sorprendí; era aquello como si fuese dicho para caer en un abismo, para ser gritado en una soledad inmensa.

Por una extraña percepción se me ocurrió que solamente a un ciego se le podía gritar así, *pues no ve los gritos*, pensé... Dándome vuelta vi un ciego cuyos párpados encarnados y húmedos diéronme asco... Le miré, y ella le hizo acercar, conduciéndolo de la mano: *¡Un hermano mío!*, dijo. Miré al ciego con atención, con curiosidad, y tenía la misma boca, la misma frente, el mismo perfil, las mismas facciones conservadas y jóvenes de Encarnación. Era la cara de mi novia, sin ojos, con unos párpados rojos y unas cejas iguales, idénticas!

Dominándome, aventuré mi acecho. Miré a ambos con desagrado: ella me parecía el ciego con ojos: él, ella sin ojos, con las órbitas vacías y los párpados rojos, húmedos de sangre... Casi hube de confundir las dos visiones, pues miraba a uno y me parecía ver al otro.

Tomé una mano de Encarnación y estaba fría. Todo lo que no pude decirles a Ida y Alba y a todas las demás, se lo dije a ella y se tornaron más frías sus manos. Con aquellas manos levantó la copa con veneno hasta sus labios, y no sé si en mi exaltación exigí el sacrificio!

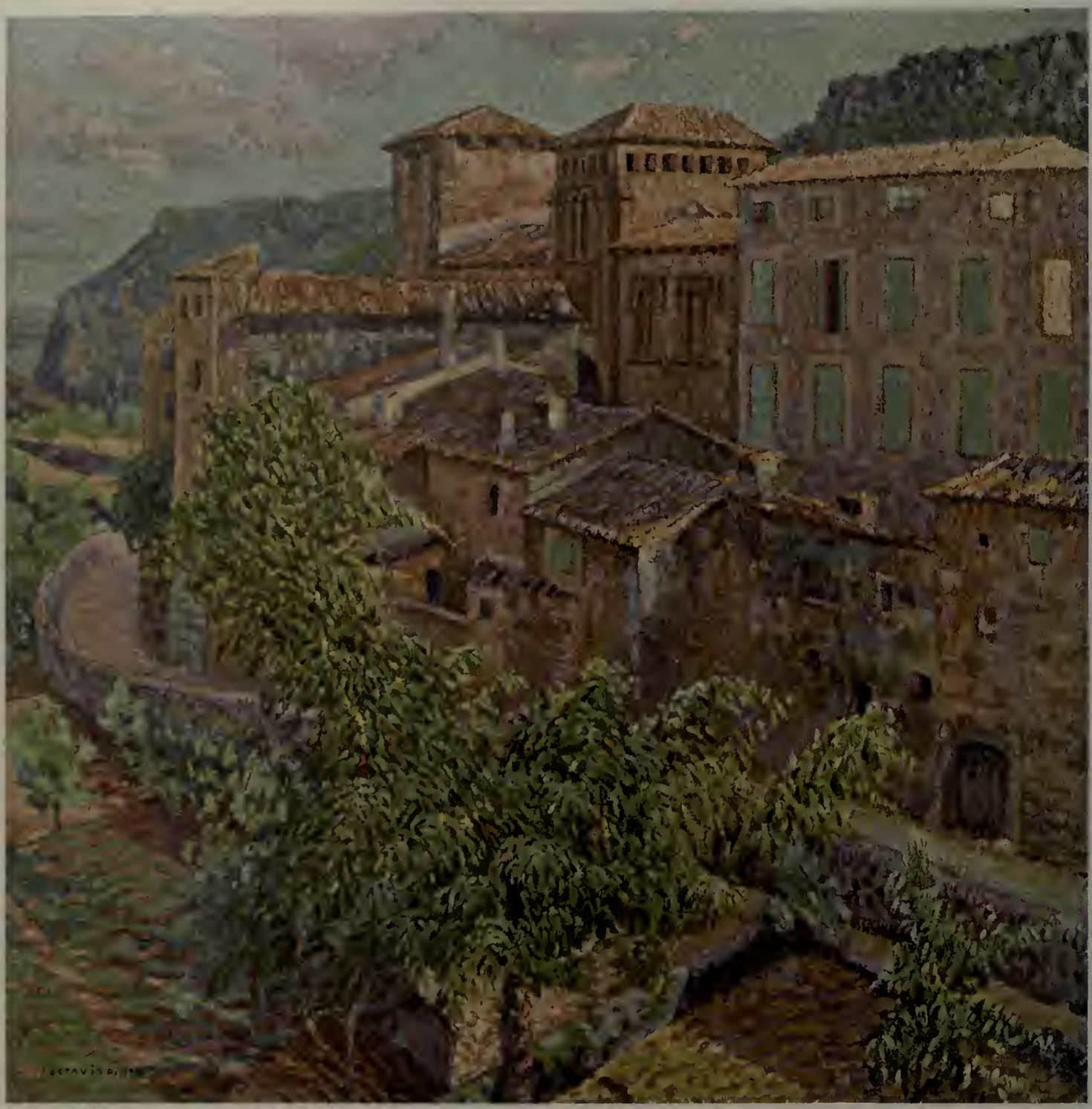
Desde entonces me he llenado de supersticiones. Yo me las creo y vivo con ellas. ¡Aquellas manos frías levantaron la copa con veneno!... Con ella suicidáronse todas mis novias.

Llegábamos. A medida que el tren iba deteniéndose cambiaba la expresión de Pablo Astier, hasta ser la misma de antes del relato.

Nos escurrimos apresuradamente entre la muchedumbre siguiendo la línea serpenteada, entre la gente, por Pablo llamada «la caravana de los apresurados», como una víbora entre la muchedumbre lenta y pesada.

Pablo tomó del brazo a una mala mujer y me dijo:

Estas son únicas... sin madre... sin padre... sin parecidos... — y sonrió dándome la mano. Dejaba de ser un hombre vulgar.



LAS TORRES DEL REY DON PEDRO

OLEO DE OCTAVIO PINTO

MESA DEL SEÑOR ANTONIO DE LA VEGA.

FAMILIAS DE CARLOMAGNO Y NISEGGI.

Fiesta Social en el Club Belgrano

La velada de fin y principio de año ofrecida por esta institución a las familias de sus asociados fué una fiesta que tuvo interesantes proporciones. Numerosa y distinguida concurrencia de damas, señoritas y caballeros congregóse en la terraza y en el jardín del club, que la comisión organizadora había, como de costumbre, adornado primorosamente, donde pasó agradables horas. Después de la alegre despedida y recibimiento hechos al año que moría y al 1922 naciente, cuando mayor era la animación, sobrevino la lluvia que puso inesperado punto final al simpático «reveillon».

EL PRESIDENTE DEL CLUB, DR. MAGLIONE, E INVITADOS.

FAMILIAS DE RAMOS, BERZURA, POMBO Y HAEDO.

EL "CHARRO" Y EL "JARABE"

LA "CHINA" EN MEJICO

LAS CLÁSICAS MUJERES TEHUANAS.

INDIECITA DE TEHUANTEPEC.

EL «charro» es el tipo del criollo mejicano; corresponde al gaucho argentino; pero a un gaucho con sangre andaluza y azteca al mismo tiempo. El «charro» es alto, musculoso, morocho, de bigote negro y, a veces, pelo ensortijado.

Viste pantalón ceñido a la pierna y encima unas «chaparreras» de cuero cerradas con botonadura de plata; chaleco y chaquetilla de gamuza con alamares y adornos también de plata así como los del sombrero de anchas alas y copa pronunciada. Anuda al cuello corbata roja de seda que forma, al frente, amplia mariposa bermeja.

Luce sobre el hombro un poncho de vivos colores admirablemente matizados, calza espuelas de plata trabajadas a martillo en Amozoc, pueblo famoso por ellas, fuma habano fino y lleva en la mano látigo flexible y decorado con simpáticas labores.

Con tan gallardo talante no es raro que sea mujeriego, amigo de pendencias y valiente. Usa lenguaje pintoresco, se deja matar por una mujer y tiene para su «china» los más lindos versos que pueda improvisar un hombre acompañado de la guitarra, inseparable amiga de sus horas de soledad en el rancho.

La «china» es criolla como él. Su rostro moreno recuerda siempre al de una Virgen mejicana que ha llegado a ser símbolo de la nacionalidad, aparecida, según cuentan las crónicas, a un pobre indio a mediados del siglo XVI. Los ojos de la «china» son negros y profundos, el rostro ovalado y sereno, los dientes blancos y finos, «el pie chiquito y el talle gentil», como reza un viejo cantar. Viste zagalejo o pollera de castor rojo adornado de lentejuelas y abalorios, sobre cinco o seis enaguas de colores vivos; cubre su busto una simple camisa de lino bordada de seda, calza zapatillas de raso verde y en sus hombros se cruza el clásico «rebozo» mejicano tejido en seda y terminado en cumplidos flecos. Para que el «rebozo» sea bueno es menester que pase por el breve espacio de un anillo.

En las fiestas pueblerinas el «charro» y la «china» se encuentran, y miman su eterna comedia de amor. El «charro» requiebra a la «china» a los acordes de una orquesta sumaria. Un zapateado difícil inicia la acción; la «china» hácele reverencias al «charro», tomando con las puntas de los dedos su zagalejo rojo; el «charro» tira el sombrero, y sobre aquellas alas, la «china» danza un paso complicado y ágil de baile.

Suelen acompañar el taconeo de los bailarines cantos que improvisan los concurrentes, melancólicos unos, alegres y picantes otros, sabrosos todos. Por ejemplo:

Buscando donde acostarme
Se me apagó la linterna;
La fortuna que encontré
Los ojos de mi morena.

Esta pantomima coreográfica tiene una frescura indecible y, al mismo tiempo, una importancia dramática considerable. Lo estimó así Mme. Pavlowa e incorporó el «jarabe» a su repertorio de bailes típicos internacionales. Adolf Bolm siguió el ejemplo iniciando su tem-

EL «JARABE TAPATÍO».

DANZA NACIONAL MEJICANA.

porada de clásicos europeos en un teatro de Boston con el graciosísimo «jarabe» mejicano, típico y pintoresco como el que más en la América latina.

FIESTA CHARRA EL «JARIPEO»

En las tardes domingueras se reunen en los corrales de las estancias o en las plazas de los pueblos los «charros» de la comarca a ejercitar su destreza en la doma de potros o en el volteamiento de reses.

Se improvisan tablados y desde ellos las «chinas» se encienden en amor con las proezas de sus galanes.

Son verdaderas justas de agilidad, valor, entereza de ánimo.

«Charros» y «chinas» visten sus mejores galas y compiten en aderezo ellas, como en valor sus enamorados.

Los caballos ostentan ricos jaeces: sillas con chapetones de plata, pretales, frenos y estribos de lo mismo, cuero repujado en las «cantinas».

El «charro» dibuja en el aire con el lazo figuras complicadas y con precisión absoluta inmoviliza al toro o al caballo para después jinetearlo en medio del entusiasmo llevado al delirio del concurso. Ahora voltea a un novillo quebrando la cola entre la pierna del jinete y la silla del caballo. Actitudes todas de plasticidad estatuaria que, pidiendo el bronce, han sido fijadas con arte incomparable en barro por los alfareros indios, de perfil de águila. A la luz de las estrellas los «charros» conducen a las «chinas» a la grupa de los caballos, mientras de las chozas que bordean el camino se escapan coplas de noble arte ingenuo que tiemblan en la noche a la par de los luceros y de las estrellas.

ALFARERÍA DE JALISCO.

CERÁMICA DE GUADALAJARA.

LAS PINTORESCAS «TEHUANAS»

Las mujeres del istmo de Tehuantepec tienen fama de ser las criollas más lindas de Méjico. En pleno trópico, sus ojos arden con llama vivísima. Son fuertes, duras y bien hechas; un par de trenzas negras encuadra un rostro moreno de contornos perfectos. Visten telas blancas, siempre limpias y cuidadosamente planchadas. Sobre la falda una camisola de colores vivos bordada de flores amplias y luminosas.

Aman las joyas, y en los pueblos de la región se trabaja cuidadosamente el oro y la plata para proporcionar a estas mujeres de andar onduloso sortijas y aros de filigrana que engarza rubíes, esmeraldas y zafiros.

Las tehuanas se bañan en los ríos más caudalosos de la república y duermen la siesta en hamacas tendidas en árboles de maderas preciosas y se abanican con anchas hojas de banano.

Para ser más inquietantes aún rodean su cabeza de una gran toca en forma de resplandor, hecha de encajes o de tiras bordadas.

ALFARERIA INDIGENA

Pero el arte nacional mejicano tiene otra forma más duradera, sencilla y popular. De la vieja civilización indígena lo único que se conserva con carácter verdaderamente artístico es su cerámica. Los indios eran ya dibujantes, estilizaban los modelos con

EL «JARIPEO», LA TRADICIONAL FIESTA CHARRA QUE LOS MEJICANOS CULTIVAN PATRIÓTICAMENTE. LLEGADA A LA PLAZA DE LAS REINAS DE LA FIESTA.

habilidad prodigiosa, y el indio de nuestros días ha heredado de sus antepasados la destreza sorprendente de modelar el barro y decorarlo con figuras de dibujo único. Flores estilizadas, pájaros curiosos, grecas, toda la flora ornamental simplificada y preciosa.

Es que el artista indio no puede usar un objeto sin embellecerlo previamente, herencia de una civilización de decadencia, extraordinariamente original y decorativa.

MONOS DE GUADALAJARA

Pero no es la fabricación de objetos usuales de repostería o de cocina lo que ha hecho famosos a los alfareros indígenas, sino el modelado de pequeñas, de minúsculas estatuas de barro coloreadas. Estas figuras representan aspectos de la vida rural: Un «charro» que derriba a un toro, un caballo que salta la tranquera, el aguador con sus ollas de agua al hombro, la pareja que baila el «jarabe»...

El escultor que trabaja el barro de Guadalajara tiene predilección por los toros, y reproduce escenas de lidia, banderilleros, matadores que pasan de muleta, picadores que sufren tumbos.

Nada puede reprocharse a los muñecos de los imagineros indios: la expresión es perfecta, la actitud adecuada, la indumentaria propia. Con ello, el escultor indígena, desde el fondo de su choza, reivindica para sí la representación del arte más genuinamente popular de Méjico.

¡Y cuán honrosa estirpe tiene este humilde arte en el mundo!

J. JIMÉNEZ RUEDA

NO HAY JINETE TAN HÁBIL COMO EL «CHARRO» MEJICANO. BASTE DECIR QUE ES EL MAESTRO DE LOS CÉLEBRES «COW-BOYS», CENTAUROS QUE EL CINE POPULARIZÓ.

APUNTES DE UN PUEBLO HUMILDE

GOLONDRINAS DE CUELLO BLANCO

A lo largo de la calle silenciosa vuelan desde esta mañana unas golondrinas de alas parduscas y blanco cuello. Toda la noche ha llovido mansamente — última llovizna del invierno — y aun el cielo está gris como un viejo cromo de plata. La tierra, empero, no presenta charcos y sólo tiene una monotonía turbia en la que se esfuman las alas pardas de las golondrinas. Cuando éstas cortan el aire y se alejan en fugaces ondulaciones, la vista las sigue con marcada inquietud. ¿Será porque anuncian que se va el invierno o será porque llega la primavera?

A ratos, las infatigables viajeras quieren ser más expresivas y pían; pero su canto sin variaciones remeda malamente los ensayos de cualquier pichón hambriento... Parece que de tanto vagabundear de un país a otro, siguiendo la rotación de los días luminosos y floridos, las golondrinas se han olvidado de las canciones nativas.

Algunas baten las alas hasta lo alto de un sauce enorme que da sombra a la acequia pueblera, y se posan en una débil rama seca. Allí esponjan las plumas y se aduermen largas horas, muy cerca unas de otras, amparando sus cuerpecitos de la humedad flotante. Y luego, cuando el primer rayo de sol rompe la gris monotonía del cielo, revuelan alocadamente todas las golondrinas, y en colonia, piando desafinadamente, se van a lo largo de la calle, lejos, muy lejos, a ver si encuentran de nuevo la emoción de su cantar olvidado...

Como aun no hemos salido del pueblo, vemos pasar después por la calle, con rumbo desconocido, un hombre silencioso, jinete en un rocín montañés y terciada la vihuela a la espalda.

Tiene, por extraño destino, alma andariega de gitano, y en sus ojos apenas si el más avisado puede descubrir una vislumbre acerada que hiende la sombra de las anchas alas del sombrero. Este hombre — a nadie preocupa cómo se llama — es un cantor que va diciendo sus coplas de rancho en rancho, de baile en baile. Sin recordar cómo ni dónde las aprendió — lo que tampoco preocupa — sabe todas las canciones regionales con su sabor aborigen y su perfume de leyenda, y las va desgranando en la algarabía de las fiestas lugareñas, con pena o con malicia, que de todo hay en su arte.

Es también infatigable viajero; mas no abandona nunca la tierra de origen. Acallado el bullicio de las fiestas, da un gran rodeo por el valle y se vuelve a su casa de piedra.

Supone la gente que allí se da a pensar, un poco apesadumbrado, en la suerte de un amor que se hizo precursor de esperanzas en otros hombres como las golondrinas son precursoras de primaveras en todos los países. En un amor que, al decir de la gente sencilla, se hizo o fué simplemente inconstante.

Y no debe ser así, porque año tras año se enriquece el acervo de sus cantares. Sin duda en su retiro — hombre sencillo él también — lejos de torturarse con mujeriles inconstancias, renueva la emoción del romancero tradicional, cumple sosegadamente su destino y es su gloria que al conjuro de sus canciones florezca amor en los demás...

NUESTRA ESCUELA

¡Si vieras, compañero, cómo está la casa de nuestra escuela, la casa del patio enorme en que tú sentiste conmigo la tentación de la primera travesura complicada con algo que aprendimos en los libros!

Esta mañana nos ha despertado el bullicio de los chicos que pasan con la indisciplina inocente y alegre de las últimas clases y del postrer examen del año reflejada en los rostros y confiada espontáneame te al desorden de la charla. La inquietud del estudio, del saber o no saber, los ha tornado expansivos y ante la inminencia de las preguntas finales, definitivas, del maestro, parecen esperar mucho de la suerte y mucho de la claridad del día.

¡Admirable bandada que rejuvenece con sus ensueños!

Muchas veces en las ciudades hemos visto colegios enteros que pasan en los tranvías y que se alejan cantando, sin saber dónde van ni por qué cantan, y hemos sentido también remozada la vida.

Aquí sí sabemos donde van los chiquillos y por qué arman esa algarabía, y seducidos por ellos hemos venido otra vez a la escuela.

¿Te acuerdas de aquella muchachita condiscípula que tanto nos llamaba la atención porque era rubia y hacendosa como una abeja? Se ha diplomado de maestra y enseña con noble vocación. Al reconocernos nos ha tendido la mano fina, gentil, y ha sonreído evocando buenamente quién sabe qué pretensiones que nosotros tuvimos en la adolescencia. Y en su compañía hemos recorrido la casa: las aulas nuevas, el patio embaldosado, el laboratorio y hasta una biblioteca con su correspondiente sección de mapoteca.

Ante la transformación que se advierte por doquiera, experimenta nuestro espíritu una sensación extraña, mezcla de sorpresa y desencanto, pese a lo cual confesamos que se han cumplido nuestros temores. Sólo queda en su sitio, sin causa conocida, la vieja campana con que nos

llamaban a clases; la vieja campana que un día de invierno que nevó en demasía se rompió con fragilidad de cristal.

Lo demás resulta aquí extraño puesto que es vulgar y común a todas las escuelas. Quisiéramos, sin duda con acentuado egoísmo y únicamente por el placer sentimental de sentirnos niños otra vez, ante el recuerdo de las mismas cosas que vimos y nos rodearon cuando éramos chicos, que nada hubiese cambiado en el aspecto de nuestra escuela. Por eso nos desconcierta la maestrita rubia que, conocedora de nuestra impresión por pocas palabras que hemos pronunciado con desaliento, responde sencillamente:

— También ustedes están muy cambiados...

Al decir esto, ella baja la vista y sus largas pestañas dan una sombra triste a las ojeras. Cohibidos y no obstante pretensiosos de nuevo, nos aventuramos a suponer que ella ha evocado los días lejanos de compañerismo y ha dejado escapar, con su observación anterior, un ligero reproche porque ya ni nos acordamos de haber aspirado a su preferencia.

¡Vanidad que ojalá ella nunca sorprenda!

Sin embargo, se acentúa en nosotros la desilusión por las reformas arquitectónicas de la vieja casa. Y sólo comprendemos la sin razón de nuestra nostalgia cuando inopinadamente golpeamos la antigua campana, cuyo bronce roto y herrumbrado lanza un sonido seco, lastimosamente destemplado en el ambiente bullicioso del último recreo.

De lejos, un chico nos mira con visible curiosidad, mientras el tañido inarmónico de la campana cae bruscamente sobre nuestro egoísmo y abre camino al aplauso para todo lo que es nuevo en la casa que fué de nuestra escuela.

EL AMIGO DE LAS VIBORAS

De pronto ha surgido en la conversación el recuerdo de este extraño protector de las víboras.

En la rueda de amigos, viejos y mozos, todos le conocemos; pero hasta ahora ninguno de nosotros se detuvo a pensar en las características de su personalidad. Ha sido necesario que un hecho reciente, una nueva hazaña suya venga a incitar nuestra curiosidad aletargada.

A medio día, este hombre taciturno se ha paseado hoy por la plaza acariciando una víbora de movediza cabeza chata y se ha sentado con ella a la sombra del mismo sauce en que esponjan sus plumas las golondrinas. Las ramas lánguidas del árbol en cuyas guías se insinúan tiernos brotes, apretujados y verdes, cristalinamente verdes como incipientes racimos de uvas, lo han invitado con su frescor a quitarse el sombrero, que él ha colocado a su vera, con aparente descuido. Después, sin moverse de su sitio, ha cortado algunas hojas, las más nuevas, y con ellas ha formado en el sombrero mullido lecho para su viscosa amiga.

Adormilado ahí el reptil, su extraño protector se ha quedado mirando largo rato un punto lejano del horizonte, allá por las abras montañesas donde el choque de los vientos levanta vertiginosos remolinos en cuya cresta, según la conseja que en la siesta sirve para amedrentar a los chicos, cabalga frecuentemente el mandinga.

Como siempre, el hombre esquivo apareció con su fascinada compañera, concluído el trabajo matinal, del fondo de las viñas en que él distribuye con admirable maestría el agua de las acequias. Nunca en el pueblo el encantador de víboras tuvo confidentes. Ha vivido, más bien, alejado de los hombres y a veces en riña con ellos. Cuando corren como ahora los meses calurosos, se le ha visto muchas veces enjugar gruesas lágrimas porque los peones compañeros de su faena o los muchachos parlanchines que alegran la vendimia mataron una víbora, cuya libertad, con destino exclusivo a la muerte, le fué ordenada por la dueña de la heredad. Entonces él se ha ocultado resignadamente, con paso tardo y doliente, en un rincón cualquiera de la casa, y se ha quedado triste, profundamente conmovido, mascullando incomprensibles rezongos. Acabada la fiesta de la ejecución, que fué para él una burla mordaz, ha recogido los despojos sangrantes y se los ha llevado para cumplir sin duda diabólicos ritos en el aquelarre donde las viejas más viejas aseguran que alterna con las últimas brujas. Pero al día siguiente ha fascinado otra víbora. Al divisarla en los parrales, la diafanidad de sus ojos garzos se ha tornado iridiscente y la luz opalina ha reflejado en el fondo, primero con leve temblor y en seguida muy fijamente, dos puntos negros, redondos, perfectos: los ojos de la víbora. Ha acariciado suavemente la cabeza astuta del animal enroscado en algún sarmiento, y siguiendo las rítmicas contorsiones ha extendido después la caricia de su mano callosa a lo largo del cuerpo frío, repugnante y rastrero como una calumnia. La ha envuelto luego en un puño y le ha brindado el calor de su cuerpo robusto pero tembloroso cual un arbolillo azotado por el zonda. Y ocultando su presa encantada se ha marchado sin rumbo preciso, porque parece olvidado de que poco después ha de llegar, fatalmente, nueva orden de sacrificio...

En la rueda de amigos, mozos y viejos, nos hemos quedado pensando, irresistiblemente sugestionados, en la vida de este hombre extraño que no hace mal a nadie y sólo demuestra cariño a las víboras. Y no hemos podido descifrar su destino ni el misterio de sus ojos garzos que suelen tornarse luminosos, iridiscentes...

ADOLFO LANUS

ILUSTRACIÓN de FORTUNY

VENECIA

No es la Venecia suntuosa y bullanguera del Canal Grande, la Venecia que los artistas han consagrado a pinceladas y que la fotografía reproduce sin descanso. No es la Venecia magnífica recorrida procesionalmente por el dux y el Bucentauro. Cerca y lejos de los palacios señoriales este «rio» donde sólo pasan las góndolas pequeñas, este canal Ducci es un recoveco de una Venecia desconocida y modesta.

Estamos en la «fondamenta» Zarzi, frente al «sottoportico» Marin. Mientras la turbamulta de los turistas pasa y repasa por ante los monumentos, una pareja de viajeros más enamorada mutuamente que enamorada de la gran ciudad huyó del bullicio en una góndola diminuta y ligera como un esquife. Por la Venecia de palacios, por las callejuelas acuáticas de una villa única para el arte y el amor, oculta su cariño. Así en aquellos tiempos de amores celosos y aventuras trágicas bogaban cautelosamente las embarcaciones llevando a las parejas incógnitas. Allí, al paso, se sorprende el movimiento de la Venecia modesta y humilde: cantos familiares, ruidos de vajillas, gritos, risas y llantos de niños, órdenes. Y veis a la buena gente que echa ojeadas curiosas a los raros visitantes, y en las miradas que os dirigen por encima del parapeto de la «fondamenta» advertís la ágil y graciosa malicia veneciana.

Todos los «ciceroni» os han pregonado que el encanto mayor de la ciudad lacustre está en su fastuoso lujo artístico. Los libros de viaje y las guías lo repiten tanto, que Venecia la grande os resulta ya conocida al visitarla por primera vez. Pero los distraídos turistas de las lunas de miel prefieren esta ciudad oculta al abrigo de la otra, cercana y lejana de San Marcos, olvidada por los artistas, la madeja enmarañada de los «rii» casi solitarios donde vive la gracia popular de la inimitable y hermosa Venecia.

Retrate, feche y titule con la

Kodak Autográfica

No se conforme con coleccionar las fotografías de sus viajes. Al hacer la fotografía puede escribir con su Kodak Autográfica y película Autográfica, en pocos segundos, la inscripción que indique fecha, título u otro informe, la cual quedará permanentemente en el margen del negativo.

Soliciten el nuevo Catálogo Kodak
de los comerciantes del ramo, o de

KODAK ARGENTINA, Ltd.
Corrientes 2558, Buenos Aires

UN BANQUETE ORIGINAL

MISS CORRINE POTH, LA JOVEN Y FAMOSA «ECUYERE» NEOYORQUINA, HA FESTEJADO EL 22 DE NOVIEMBRE DE 1921 LAS HAZAÑAS REALIZADAS POR SUS CABALLOS FAVORITOS OFRECIÉNDOLES UNA COMIDA EN EL «NEW YORK WINTER GARDEN».

AL CELESTE IMPERIO

WONG LEE & CÍA.

C. PELLEGRINI, 500 — ANEXO: LAVALLE, 1023

U. TELEF. 2539, LIBERTAD

GRAN NOVEDAD

LICHEE
LICHEE
LICHEE

Deliciosa fruta china, que encierra en su interior un bombón.

CAJA, DESDE **3.50** PESOS.

PRUÉBELA Y SE CONVENCERÁ DE SU SABOR DELICADO.

IMPORTADOR: VONG LEE & CÍA.

Crane's Linen Lawn

(EL PAPEL PARA LA GENTE DE GUSTO)

Después de placer de dar expresión a sus sentimientos, está el de expresarlos de modo adecuado. Las mejores ideas, los más sublimes pensamientos, resultan vanos si se escriben en papel estrafalario, de mala calidad. El papel es el ropaje de la idea.

Escribir en Papel *Crane's Linen Lawn* es emitir las ideas en un ambiente de dignidad, de buen gusto, de distinción. Se fabrica este papel blanco y de bellísimos y delicados matices, y los sobres de diversos y elegantes estilos.

SOLICÍTELO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y PAPELERÍAS.

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCION
EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	$ 3.—m/n
Semestre (6 »)	» 6.— »
Año (12 »)	» 11.— »
Número suelto	» 1.— »

EXTERIOR

Año	$ oro 5.—
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la Administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

CASA FORTUNATO

CORRIENTES, 760 U. T., 7143. AV. BUENOS AIRES

EL CALZADO IDEAL
DEL MUNDO ELEGANTE

Esta singular creación de la casa Fortunato representa un exponente de arte y estilo clásico, tal y como lo exige el refinado buen gusto de su clientela distinguida.

UNA VISITA A NUESTRA EXPOSICIÓN
ES UN MOMENTO AGRADABLE.

ESPECIALIDAD EN CALZADO SOBRE MEDIDA.

SOLICITE USTED NUESTRO CATÁLOGO DE LUJO.

Thompson Muebles Lda

quiere contribuir de continuo a que el mundo elegante renueve sus moblajes de acuerdo con los preceptos de la última moda y ajustándose siempre a los dictados de la mayor distinción y belleza. Y en tal propósito, se inspira y orienta la labor constante de su Estudio Artístico.

FLORIDA 833 BUENOS AIRES

Buenos Aires, enero de 1922. Talleres gráficos de Caras y Caretas

RETRATO de la PRINCESA GRAZIOLI
Oleo de Lenbach
DE LA COLECCIÓN

Harrods

por su inveterada distinción, acrece constantemente su concepto de CASA DE CALIDAD, y se señala, por definición estética, como el centro predilecto de "todo Buenos Aires" artístico y social.

RICO COFRE en bronce cincelado, estilo bizantino, reproducción del Museo de Cluny, de París.

SALON DE ARTE

Magnífica colección de objetos para regalos, cerámicas, mármoles, bronces, ceras perdidas, obras auténticas, y reproducciones.

Selección exclusiva **HARRODS** en artículos indicados para obsequios a profesionales, acontecimientos sociales, bodas, etc.

SALONES DE EXPOSICIÓN
TERCER PISO.

DEPARTAMENTO DE MÚSICA

PRIMER PISO

Señala **HARRODS**, con exclusión de todo otro argumento, la preferencia de profesionales y «amateurs», hacia este Departamento, como el testimonio unánime de la bondad de sus pianos, autopianos, instrumentos, fonógrafos, accesorios, y ediciones musicales.

PIANO BECHSTEIN. El preferido por los grandes artistas para sus conciertos. El más perfecto como mecanismo y de voces más puras. Se exhiben todos los modelos verticales y de cola.

PLATERIA HARRODS

Juegos de cubiertos, vajillas de mesa, copas y trofeos para premios, artículos para regalos, en plata inglesa, sellada, o en "Alexandra Plate", exclusividad **HARRODS.**

SALONES DE VENTA
TERCER PISO.

FINO JUEGO DE CAFE, compuesto de 6 tazas, en porcelana de la mejor fabricación inglesa; bandeja, cafetera, azucarera y cucharillas, en plata inglesa, sellada.

DEPARTAMENTO DE CRISTALES Y PORCELANAS

Los juegos de porcelanas que **HARRODS** presenta en sus salones del Tercer piso, de genuina procedencia inglesa, comprenden todos los estilos en boga y se imponen por su riqueza y calidad.

Entradas y Vidrieras:

FLORIDA, PARAGUAY, SAN MARTIN y CORDOBA

LA ENSEÑANZA DEL HOGAR

NO SE TRATA DE UNAS AMIGAS REUNIDAS PARA COSER ROPAS CON FINES BENÉFICOS. ESTA ARTÍSTICA FOTO REPRODUCE EL INTERIOR DE UNA CLASE NORTEAMERICANA DE LABORES. EN LAS ESCUELAS DE TODOS LOS PAÍSES LAS FUTURAS MAESTRITAS NORMALES COSEN, TEJEN Y BORDAN EN LAS MISMAS AULAS DONDE ESTUDIAN PEDAGOGÍA O ARITMÉTICA, CASI SIEMPRE APROVECHANDO LOS MISMOS PUPITRES. LOS AUTORES DE ESTA INICIATIVA QUIEREN LOGRAR QUE LAS DISCÍPULAS, AL MISMO TIEMPO DE APRENDER LOS TRABAJOS DE LA AGUJA, APRENDAN A TENERLE CARIÑO AL HOGAR. POR ESO LE QUITARON A ESTA ORIGINALÍSIMA CLASE TODO CUANTO PUDIERA HACERLA SEMEJANTE A AULA.

NOCERA UMBRA

FUENTE ANGELICA

LA REINA DE LAS AGUAS MINERALES PARA LA MESA

En Italia los profesores doctores: De Giovanni, Molescott, Mantegazza, Marchiafava, Cantani, Semmola y otras lumbreras de la ciencia médica la hicieron popular con sus escritos y la recomiendan a sus enfermos.

En la República Argentina profesores ilustres como: Señorans, Larguia, Molina, Obejero, Llobet, Gandolfo, Botto, etc., reconocen sus excelentes propiedades higiénicas y al mismo tiempo que la declaran la **mejor de las aguas de mesa**, la dicen muy buena para las afecciones del estómago, del hígado, de la vejiga y de los riñones.

El profesor Dr. Pedro N. Arata, Jefe de la Oficina Química Municipal, con certificado N.º 35129 declara ser el ácido carbónico que contiene de proveniencia natural y **no agregado artificialmente.**

CONCESIONARIOS EN LAS REPÚBLICAS ARGENTINA, URUGUAY Y PARAGUAY:
JOSÉ PERETTI & CÍA. - RIVADAVIA, 1914 - BUENOS AIRES

Modelo "Dr. Glenard".

Fajas sobre medida

para Señoras y Hombres

Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para embellecer el cuerpo como para cualquier defecto del mismo. Se aplican en las fajas placas pneumáticas, legítimas, para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc. con receta médica. Medias y vendas elásticas, braguerc, etc.

PIDAN PRECIOS

Casa PORTA

341, Piedras, 341 Buenos Aires

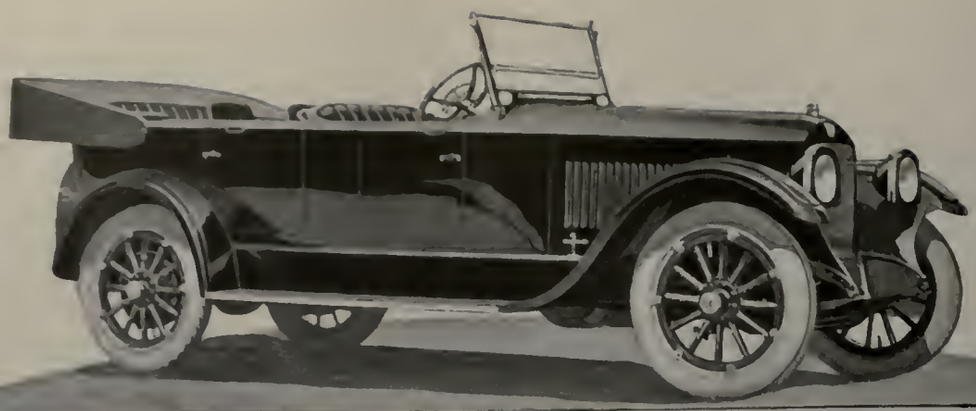
Crane's Linen Lawn

(EL PAPEL PARA LA GENTE DE GUSTO)

Después del placer de dar expresión a nuestros sentimientos, está el de expresarlos del modo adecuado. Las mejores ideas, los más sublimes pensamientos, resultan vanos si se escriben en papel estrafalario, de mala calidad. El papel es el ropaje de la idea.

Escribir en Papel *Crane's Linen Lawn* es emitir las ideas en un ambiente de dignidad, de buen gusto, de distinción. Se fabrica este papel blanco y de bellísimos y delicados matices; y los sobres de diversos y elegantes estilos.

SOLICÍTELO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y PAPELERÍAS.



Studebaker

1852 — 1922

DESDE hace 70 años el nombre STUDEBAKER es sinónimo de CALIDAD, CONFIANZA y SATISFACCIÓN. Hace 70 años que STUDEBAKER está considerado como uno de los GRANDES FABRICANTES del mundo, conservando desde entonces el cetro de la dirección en cuanto se refiere a los complejos problemas del automovilismo.

POCOS son los fabricantes que hayan gozado un período tan largo de experiencia y prosperidad cada vez mayores.

ESTO se debe: 1.º A la fabricación de un auto de calidad superior; 2.º Al ejercicio de métodos comerciales de la más irreprochable base moral, y 3.º A la prudente y sana política financiera.

ESTA es la mejor garantía que puede ofrecerse al comprador de un STUDEBAKER. Además, todos nuestros coches son vendidos por una sucursal de la Studebaker Corporation of America, establecida en Buenos Aires desde hace seis años, es decir, son vendidos directamente por sus fabricantes.

HAY en la Argentina más automóviles STUDEBAKER que de cualquier otra marca, a excepción del Ford.

ES mejor adquirir un STUDEBAKER que arrepentirse de no haberlo comprado.

TRES MODELOS DIFERENTES

NEUMÁTICOS CORD — MAGNETO DE ALTA TENSIÓN

THE STUDEBAKER CORPORATION OF AMERICA

Salon de Ventas
Av. de Mayo 1235
Rivadavia 1238
U.T. 5935 Riv.

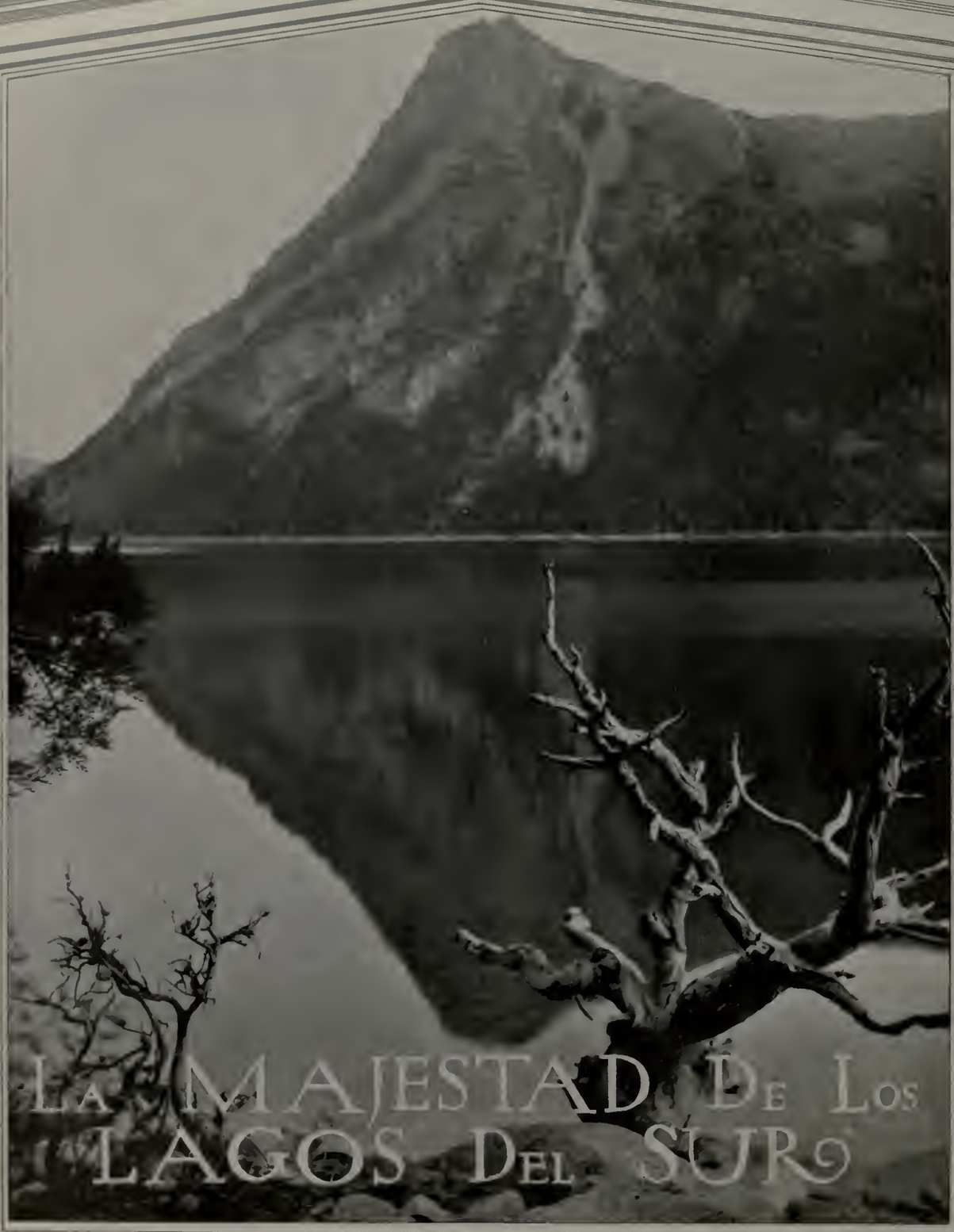
Talleres
Av. Quintana 59
U.T. Juncal 835
Buenos-Aires

AÑO VII
NÚM. 70

Plus Ultra

FEBRERO
DE 1922

SEÑORA ELENA SEÑA DE
ELZAGA INZUÉ
ELIA DE ELZAGA INZUÉ



LA MAJESTAD DE LOS LAGOS DEL SUR

PANORAMAS FOTOGRÁFICOS DE PABLO MAUGE.

MUCHO SE HA ESCRITO SOBRE LA MÁS HERMOSA REGIÓN DE LA REPÚBLICA; SU BELLEZA AUGUSTA Y MAJESTUOSA HA INSPIRADO PÁGINAS NOTABLES A LOS QUE HAN LLEGADO HASTA ELLA EN PROCURA DE SENSACIONES DE EMOCIÓN Y DE ARTE. «PLVS VLTRA» PRESENTA AQUÍ ALGUNOS PAISAJES DE ENSUEÑO Y DE MARAVILLA, Y LA PLUMA DE EMILIO B. MORALES DESCRIBE SOBRIA Y MAGISTRALMENTE SUS IGNORADOS SECRETOS. POCOS, ES VERDAD, PUEDEN HACERLO COMO MORALES, CONOCEDOR PROFUNDO Y ADMIRADOR CULTO Y ENTUSIASTA DE LA MUY BIEN LLAMADA «SUIZA ARGENTINA»; MORALES HA RECORRIDO MINUCIOSAMENTE LA REGIÓN DE LOS LAGOS SERENOS, DEDICANDO, CON CARIÑO DE ARTISTA, PARTE DE SU VIDA A REVELARNOS LOS TESOROS DE ENCANTO ALLÍ ENCERRADOS.

Lejanas prominencias cierran el cuadro multicolor del majestuoso lago Nahuel Huapi, sobre cuyas márgenes los coihues y radales se estrechan y confunden luciendo la esbeltez de sus copas sazonadas de verdor. Por entre los intersticios de la lujuriosa frenda, que trepa escalonada cubriendo pedriscos y laderas, se perfilan en el horizonte las agujas montañosas del Catedral y Traful hurgando las blancas nubes que pasan encadenadas como gigantescas lenguas del espacio.

Las horas de la madrugada y de la tarde se suceden con delicadas transiciones, trazando poliedros espejismos sobre la azulada superficie del embalse, o sacudiendo con arrebatos tempestuosos las profundidades líquidas de los prehistóricos glaciares. El lago Nahuel Huapi, cuya extensión abarca 76 kilómetros, exorna la nota más hermosa de la topografía andina.

Sus fjords, nevados y cascadas pueden ser cantados en galanas estrofas de poética inspiración. La naturaleza ha ofrendado así su magna obra, para satisfacción y orgullo de la nacionalidad argentina.

Cuando se tiende la vista por aquel inmenso escenario de las aguas y los montes, la imaginación se remonta al recuerdo de los primeros conquistadores españoles que, al trasponer los mares, forjaron la visión de la ciudad encantada de los Césares Araucanos que idealizó uno de los sobrevivientes de la triste y célebre expedición de don Simón de Alcazaba en el año 1535.

La zona de Nahuel Huapí, dividida por los territorios de Río Negro y Neuquén, cuya línea cruza desde la embocadura del río Limay hasta puerto Blest, culmina desbordes primorosos de selvas milenarias. La flora se expande alegremente bordeando arroyuelos que nacen en heleros superiores, los cuales al precipitarse en cascadas bañan los negros peñones de la costa. Descontando la magnitud del lago, otra característica de esplendor le rodea: una sucesión de lagos más pequeños, pero no menos armoniosos e interesantes. Muchos de ellos se comunican entre sí: el Correntoso, Traful, Falckner, Machónico, Villarino, Hermoso, Filohahuen, Meliquina,

LA REGIÓN ENCANTADORA DEL TRAFUL, TALLADA EN FIRME BASALTO.

INFINITOS SON LOS ADMIRABLES PAISAJES DEL NAHUEL HUAPÍ, EL GIGANTESCO LAGO ARGENTINO.

Espejo, Cántaros, Frías, Frey, Canquenes, Morales, Moreno, Gutiérrez, Mascardi, Guillelmo, Fonck, Hess, Steffens, Martín, Gormaz y otros que se extienden hacia el sur en dirección al Rivadavia.

Dominando el inmenso circuito de las aguas y las cumbres, el imponente Tronador eleva sus penachos de blancura en el límite argentinochileno, volcando sobre el territorio vecino los caudalosos ríos Peulla y Blanco que desaguan en el pintoresco lago Esmeralda, y sobre la Argentina el Manso y Frías, que entran al Mascardi y Huapí, respectivamente. Haciendo «pendant» con las blancas y verdosas cumbres del oeste, otras cadenas rocosas e imponentes surgen por la extremidad opuesta del nordeste, ofrendando sinuosidades y elevaciones laminadas por el transcurso de los siglos.

Los montes que encajonan el Limay, donde desemboca el violento río que nace en el lago Traful, ofrecen contrastes y dibujos originales con el conglomerado de monolitos, columnas basálticas, grutas, torreones, pirámides; obscuros y gigantescos peñones que parecen monumentos y castillos derruídos de la antigüedad; perfiles de cúpulas y arcos con figuras extrañas e incrustaciones que simulan papiros egipcios. En aquellos solitarios lugares, donde hace meditar la salvaje naturaleza, el intrépido caminante se detiene absorto ante los pedestales de granito que, con el rodar de los siglos, han soportado la acción destructora de los elementos encadenados al través de edades primitivas. En el centro de aquellos torreones y columnas fantásticas aparece la silueta misteriosa de la Gruta del Diablo, cuya gótica portada, surmontada por triangular frontón, dice, con gráfica elocuencia, lo que la naturaleza puede en sus violentos arranques de secretas concepciones. Sobre el flanco izquierdo, la cabeza de Satán se dibuja con soprendente realidad.

El camino accidentado que parte de Bariloche para el lago Lacar serpentea por las márgenes del Limay; cruza los ríos Traful, Filohahuen, Calcufú y Pilpil, dejando a retaguardia la pintoresca fuente del Meliquina. Los pasos de Ipela y el de la cumbre en el Traful, a pesar de sus pendientes y escabrosidades, presentan panoramas de alternadas perspectivas. El anfiteatro del Limay —tan acertadamente calificado— constituye sin duda alguna la nota admirativa más descollante de la travesía. Las aguas

DESDE CUALQUIER PUNTO DE VISTA EL POTÓGRAPO PUEDE REALIZAR VERDADERAS OBRAS DE ARTE.

EL NAHUEL DESDE LAS

SORPRENDENTES REPLEJOS EN EL LAGO TRAFUL.

ALTURAS NEVADAS.

describen amplio óvalo con borduras de arbustos y flores, dejando en el centro pequeñas isletas de pregonantes coloraciones y espejismos vibrantes que se alargan como artísticos caireles de «broderie». Por ambos lados las barrancas, cubiertas de verdor, llegan suavemente al nivel de las aguas con el imponente aspecto de gradería, cuyos asientos se dijera que esperan a los espectadores para admirar aquel conjunto suntuoso de los escenarios naturales y al aire libre, que tanto amaron y cantaron los griegos.

A corta distancia, e incrustada a paredes de granito, aparece una Gruta Pehuenche, por cuya entrada se desprende rumorosa cascada. En su interior se observan signos indescifrables y bifurcaciones primitivas que sintetizan recuerdos históricos de aborígenes, donde indómitos caciques ejercieron el poder de tribus que más tarde cayeron vencidas por el ejército de la civilización.

Los que llegan a esas regiones, atraídos por el prestigio del ambiente sano y delicado de los lagos y las selvas, confortan el espíritu abatido por la vorágine de la vida material. Nutren la mente y el corazón con sucesivas impresiones que despiertan la topografía andina, pletórica de contrastes en bellezas naturales.

Bariloche es el punto obligado de concentración para interesantes excursiones. Un mes de permanencia modifica por completo el organismo. Con animosa disposición, las horas y los días resultan insuficientes para investigar y apreciar la voluptuosa inmensidad de sus fuentes y jardines.

Isla Victoria con su esplendente flora; península Beatriz;

E M I L I O B.

LA IMPONENTE CORRENTADA DEL PASAJE DEL TRAFUL.

LAS FANTÁSTICAS PIEDRAS DE LA COSTA DEL LIMAY.

EL NAHUEL HUAPÍ VISTO DESDE A BORDO.

puertos Manzano, Sabanah, Blest, Rincón, Tigre, Pañuelo, y Moreno; golfo de la Tristeza; lagos Moreno, Gutiérrez y Mascardi; sierras de la Ventana, Catedral, López, Ottoshoe, y el pintoresco camino de la costa que conduce al cerro Campanario, único punto desde donde se domina toda la extensión del lago, son lugares que, por su galanura, mitigan los efectos de la displicencia y la neurastenia.

Si entre las caravanas figuran turistas intrépidos y decididos, se pueden realizar ascensiones al Peñón de las Argentinas, desde donde se abarca toda la grandiosidad del cerro Tronador con extensos campos de blancura. La picada Morales arranca a pocas cuadras del lago Frías y llega por estrecho sendero a 3.200 metros de altura.

M O R A L E S

El recorrido se hace en un día, cómodamente y sin mayores tropiezos. El espectáculo que se abarca en círculo colma el anhelo de quienes llevan el propósito de conocer de cerca los macizos helados de nuestro Monte Blanco americano.

Los hombres de gobierno, los que bregan por el adelanto del país, los políticos, estudiosos, artistas y pensadores tienen en la inmensa cordillera la mejor panacea que vigoriza el humano temperamento. Allí se nivelan las alteraciones diarias del organismo, se quiebran las exaltaciones inherentes al carácter y se confortan energías con el ambiente de los lagos y selvas. No existe otro tratamiento más saludable y positivo que el de la propia naturaleza, con sus horas primaverales y los majestuosos panoramas que por momentos se perfilan en el extenso radio del Nahuel Huapí y sus montañas.

EL TRONADOR DOMINANDO EL LAGO NAHUEL HUAPÍ.

REVELACIÓN

ILUSTRACIÓN DE ÁLVAREZ.

SU GENEROSO CORAZON

LA LLUVIA, ESENCIA CONDENSADA DEL CIELO, CON SUS GOTAS BIENHECHORAS, RIEGA CON UNA INEFABLE BONDAD LOS CAMPOS Y LOS VALLES, LOS MONTES Y LOS PRADOS, Y CON LA SAVIA INVISIBLE DE SU AMOR TRANSPARENTE, DEVUELVE A LA TIERRA SEDIENTA, FLORACION, NUEVA VIDA, FRESCURA Y BIENESTAR.

Y DICE LA AMADA:

YO QUIERO DE MI AMADO LA INEFABLE DULZURA DE SU CORAZON, QUE CUAL GOTAS BIENHECHORAS DEVUELVAN A MI CORAZON SEDIENTO NUEVA VIDA Y ALEGRE BIENESTAR.

YO QUIERO DE MI AMADO LA DULZURA DE SU GENEROSO CORAZON.

SU DADIVOSO CORAZON

LA TIERRA CON LA PLENITUD DE SU FECUNDIDAD, DE SUS ENTRAÑAS Y DE SU CORAZON, DASE EN UNA CONTINUA COSECHA, EN UN CONTINUO AMOR.

Y DICE LA AMADA:

YO QUIERO DE MI AMADO LA PLENITUD EXCELSA DE SU CORAZON, PARA QUE COLME MI CORAZON HAMBRIENTO CON LA AMOROSA DADIVA DE SU INMENSO SEMBRAR Y DE SU CONTINUA COSECHA.

YO QUIERO DE MI AMADO LA PLENITUD DE SU DADIVOSO CORAZON.

LA VICTORIA DE SU ETERNO CORAZON

EL SOL, ESTE HEROE DE MIRADAS ARDIENTES CUAL FLECHAS DE ORO, ENLOQUECE LA TIERRA DE AMOR, QUE CUAL UNA COROLA AMOROSA BAJO SUS BESOS SE ABRE, VIVE Y RENACE.

EL SOL BRILLA Y EXISTE SOLO PARA ELLA DESDE LA CREACION DE LOS MUNDOS HASTA LOS CONFINES DE LA ETERNIDAD.

Y DICE LA AMADA:

YO QUIERO DE MI AMADO EL FUEGO DE SU PASION INMENSA QUE CUAL LAMPARA VOTIVA ALUMBRE E INFLAME EL MUNDO DE NUESTROS CORAZONES, Y EN UN ESTALLIDO DE ESPLENDOR BRILLE LA VICTORIA DE NUESTRO AMOR A TRAVES DE LA VIDA Y MAS ALLA DE LA MUERTE.

YO QUIERO DE MI AMADO LA VICTORIA DE SU ETERNO CORAZON.

NIÑAS DE SANTA MARÍA
OLEO D JULIO ROMERO D TORRES
DE LA COLECCION DE D. ANTONIO DEL CASTILLO

Bien sabemos que la plaza de San Marcos, en Venecia, es una de las más decorativas del mundo, y sin discusión la más original. A la vez grave y cómica, con austeridades católicas y perfiles coránicos, su primera impresión es desconcertante. Colocado en un ángulo, el famoso *Campanile* — vulgar y pesadísima fábrica de ladrillos con que los tiempos modernos afearon la suprema poesía de este clásico rincón veneciano — da a la plaza, de trazado cuadrangular, un aspecto lamentable de palmatoria. En cambio su suelo enlosado y los soportales del magnífico palacio de mármol — obra de los siglos XV y XVI — que cierra sus lados norte, este y sur, la visten de señorío y la infunden una melancolía dulce, íntima y callada, de viejo claustro o de patio andaluz, mientras a poniente la basílica, con sus cinco cúpulas bizantinas y sus mosaicos dorados, que por las tardes fulgen como llamas ante la agonía del sol, vierten sobre ella los reflejos amarillos y rojos del alma de Bizancio.

Pero no es la iglesia que guarda los restos del Evangelista, patrón de la ciudad, ni la triple fachada del soberbio palacio de *Las Procuraciones*, ni el *Campanile* infamante, ni tampoco el amable, misterioso e intraducible espíritu de esa plaza donde la Cruz y la Media Luna parecen haberse dado una cita y una tregua, lo que primero detiene la errante atención del turista: lo que más llama a sus ojos y pone en seguida en sus labios una sonrisa, son las palomas que viven allí libres y descienden de aquellas que antiguamente los fieles acostumbraban lanzar al paso de la procesión del Domingo de Ramos. Hace muchos años que cierta señora, rica y sentimental, acordóse de ellas en su testamento, e instituyó una manda para que las diesen de comer, una vez al día. De su manutención también se preocupa el Ayuntamiento, y más que nadie los forasteros. De setecientas pasan las que hay ahora. Son mansas, inteligentes, afectuosas, y discurren sin miedo entre los pies de los paseantes: cuando vuelan lo hacen en tropel, y su recio aleteo levanta en la plaza rumores de ráfaga, y si alguna se remonta solitaria, la blancura de su cuerpo parece suspender sobre el templo, con apariencias de mezquita, la emoción de un Espíritu Santo.

El cronista no participa, sin embargo, de la simpatía que el pueblo veneciano, acaso por tradición, dedica a las palomas de la plaza de San Marcos. Prefiero los ariscos gorriones de El Lido, o la docena de palomas que viven solitarias en el campo de Santa María dei Frari, y de las cuales nadie se ocupa. Las palomas de San Marcos, por lo rutinario de sus costumbres, merecían usar librea. Pecan de demasiado célebres. Son aves

D E · L A · V I D A
I N Q U I E T A

RINCONES VENECIANOS.

Por

E D U A R D O
Z A M A C O I S

«oficiales», con un lugar en el capítulo de gastos del Excelentísimo Ayuntamiento; pájaros «de tarjeta postal», sostenidos para «el fomento del turismo»; pájaros burgueses, con rentas fijas y habituados a exhibirse y a retratarse.

Por las mañanas y también por las tardes, inmediatamente después de almorzar, las turistas inglesas y las yanquis acuden a la plaza de San Marcos «a dar de comer a las palomas»; las sorprende su docilidad, la gracia de sus pechugas tornasoladas, la confianza con que se aproximan zureando, y se posan en los hombros y en las manos de sus protectoras. Esta escena de carácter bucólico nunca deja de conmover a las mujeres, siempre inclinadas al enternecimiento. Dando de comer a las palomas, se sienten mejores y más niñas; una emoción inefable de bondad, de piedad, las estremece dulcemente. ¡Qué alegría hay en repartir alegría!... Y piensan: «Si todos los hartos, si todos los felices diesen las sobras de sus banquetes a los pobres, no existiría el dolor».

Un fotógrafo callejero las aborda:

— ¿La señorita quiere retratarse?...

Sí, «Ella» accede a retratarse; y «posará» arrodillada o de pie, en aquel ambiente de égloga virgiliana que seguramente ha de añadir a su belleza un prestigio nuevo. Estas fotografías irán después a América, a Londres, a España... y harán vibrar de amor al novio que espera: y así las celebradas palomas de la plaza de San Marcos, sin salir de su retiro medioeval, recorren el mundo.

Pero de estas caridades «para la exportación», de estos fáciles arrebatos de una misericordia que llamaremos epidérmica o de «Bazar», no es cuerdo fiarse, pues poco o nada dió quien hizo donación de lo que no necesitaba. Nuestro corazón está plagado de contrasentidos odiosos, de egoísmos que sólo le permiten inclinarse hacia aquellos dolores que podemos socorrer sin trabajo. ¿Un ejemplo?...

Al siguiente día de salir de Venecia fuí a Desenzano para cruzar el lago de Garda, en cuyas orillas magníficas Gabriel D'Annunzio ha buscado un refugio. En el embarcadero, junto al vaporcito que había de llevarnos, y metido en un carretoncillo tirado por dos perros, un mutilado de la guerra, al que la explosión de una bomba arrancó ambas piernas, tocaba un acordeón. Su cabeza fuerte y la robustez de su tórax daban a comprender que había sido un hombre alto. Todavía vestía el traje militar; representaba treinta años; ¡la flor de la vida!... En el reposo azul de la tarde, y sobre la superficie verde, apacible, rutilante, del lago dormido, la canción del instrumento pedigüeño resonaba doliente. Apareció un grupo de turistas, entre los que venían aquellas mismas inglesitas que días atrás gastaban su dinero en alimentar a las palomas de San Marcos. Uno de los excursionistas, provisto de un Kodak, juzgó interesante para sus recuerdos de viaje una fotografía del mendigo, y lo retrató. Hecho lo cual, le dió una limosna insignificante; los demás viajeros no le dieron nada. Aquel hombre sin piernas, el horrible espectáculo de su juventud rota, el esfuerzo con que sus dedos se ahincaban sobre aquel acordeón, que en tal momento tenía una emoción de pupila que llora y de mano que pide, no sugirieron a los circunstantes ningún movimiento de piedad y, sin embargo, allí había italianos, franceses, ingleses, americanos.., mujeres y hombres, en fin, pertenecientes a todas las naciones que alimentaron la gran hecatombre; y, por lo mismo, obligados a considerar que aquel mutilado era un «compañero» de armas que peleó con ellos y por ellos, y contribuyó con su cuerpo destrozado a la paz actual.

— Si podemos viajar hoy — debieron decirse — es gracias a los mutilados y a los muertos de ayer...

Pero no lo pensaron... o no quisieron pensarlo, y alegremente siguieron su camino.

Lector: ¿qué abismo negro hay en nosotros para que así, tan fácilmente, el hombre se olvide de su hermano?... ¡Pobres hombres que por todos los medios tratan de estar juntos... y nunca lo están!...

HOMENAJE AL SOLDADO DESCONOCIDO

ENTRE los horrores de la espantosa guerra mundial que ha desolado la humanidad durante cuatro años y tres meses, alcanzando a la cifra de *quince millones de cadáveres* y montañas de riquezas destruídas; enlutando a cincuenta millones de habitantes (estragos nunca observados en la historia del mundo), han sobresalido también gallardamente potencias colosales, heroísmos brillantes, energías indomables para defender los más caros tesoros de la civilización contemporánea: la moral, la justicia, el derecho, la libertad, la cultura civil, sobre toda compresión dogmática o pretoriana, y el triunfo de la democracia representativa sobre autocracias y oligarquías anacrónicas.

Para alcanzar tan soberbio triunfo contra los mayores peligros y asaltos formidables de elementos destructores, en la tierra, en el agua, en los aires o debajo de los mares, se ha presenciado un concurso magnífico de factores enormes y eficacísimos; de millones y millones de guerreros, de todas las razas y continentes, dirigidos por generales eximios, bajo comando de un capitán de genio, que ira a la cabeza de los grandes guerreros de la historia; se han aportado las montañas de oro y de finanzas requeridas; el talento de los primeros estadistas; transportes interminables de materiales de guerra y alimenticios; escuadras colosales; parques para todas las líneas de fuego, y esfuerzos industriales gigantescos, para hacer frente a todas las necesidades de la paz y de la guerra.

Las naciones victoriosas en esta guerra de titanes glorificaron con sobrada razón los esfuerzos determinantes de su triunfo y los numerosos rasgos de hermoso heroísmo de los combatientes, exaltando el rango, la distinción y el reconocimiento para con todos los bizarros directores de la victoria. Pero hicieron algo más justiciero y magnífico, omitido en todas las grandes guerras de la humanidad, aun en las más proficuas para los pueblos, y ha sido erigir altares y monumentos imperecederos en los sitios consagrados a la inmortalidad de los primeros hombres del mundo: al *soldado desconocido*, al *héroe anónimo*, a la *carne noble de cañón*, al *átomo* de los ejércitos inmensos, que siempre ha concurrido, anónimamente, a dar brillo, consistencia y esplendor al genio que monopolizaba la gloria y los honores de las jornadas felices de la estrategia vencedora.

Por primera vez en la historia del mundo el soldado anónimo tiene monumentos de su inmortalidad en la guerra gigantesca que ha salvado el derecho y la civilización, antes que *Foch*, que *Joffre*, que *Douglas Haig*, que *Alberto I*, que *Pershing* y que *Díaz*. ¿Y en qué escenarios? ¡En el *Arco de Triunfo* de París! En la *Abadía de Wéstminster* de Londres! ¡En el *Panteón* de Roma! ¡En la *Patria* de Wáshington!... ¡En las naciones más poderosas, más libres y más civilizadas de la Tierra!

Esta sublime y justiciera innovación de glorificar el heroísmo de los humildes, ¿no será un anticipo de solucionar con humanidad, armonía y derecho los trascendentales problemas obreros, la economía industrial del mundo, favoreciendo a la masa consumidora, a los capitalistas y a los trabajadores, al nivel de la pacificación de los pueblos, de la magna obra de justicia internacional encomendada a la Liga de las Naciones? Sería el más digno y trascendental corolario de la victoria de los aliados el transformar en beneficio humano las angustias de un lustro.

A pesar de lo tocante, bello y grandioso del homenaje al héroe anónimo, a que han concurrido las grandes potencias vencedoras con sus elementos más representativos y populosos, no se ha producido todavía en prosa ni en verso la página literaria inmortal que transmita a la posteridad tan justiciera glorificación del heroísmo, en todos los inmensos campos de batalla, en tierra, en el mar, en el aire y debajo de las aguas.

Así como respecto al káiser alemán cupo el honor de la flagelación poética a nuestro compatriota Almafuerte, en su célebre *Apóstrofe*, cabe a la inspiración de un joven literato argentino el alto honor de un bello canto AL HÉROE ANÓNIMO, con versificación elegante, profunda y sublime, en armonía con la estética y la elevación moral del tema, de tanta belleza, humanidad y justicia histórica. El *doctor Delio Panizza*, poeta de Entre Ríos, es el autor de esta creación literaria de alto vuelo, como también lo fué su famoso *Canto a Urquiza*, glorificando al libertador y organizador constitucional del país.

Es de esperar que su hermoso canto AL HÉROE ANÓNIMO tenga mucha resonancia en el idioma de Cervantes, en inglés, en italiano y en la bella lengua de Racine, donde se ha glorificado dignamente al obscuro soldado raso, decisivo factor de la victoria de la libertad y de la civilización. Es honroso para las letras argentinas que desde el Nuevo Mundo, desde nuestra patria, se hayan entonado poemas tan bellos y potentes como aquella flagelación digna de Juvenal, y este hosanna de Panizza que glorifica al soldado desconocido.

F. A. BARROETAVEÑA.

AL · HEROE · ANONIMO

La lumbre de la gloria,
tu postrera visión en la batalla,
proyéctase sobre tu huesa anónima
y, a los conjuros del amor, la agranda...!
La lumbre de la gloria,
que será tu quimérica mortaja,
cae sobre tu huesa florecida
al calor inefable de las lágrimas
y entona como un himno imponderable
al quebrarse en la piedra inmaculada,
donde pondrán su beso muchos labios
y dirán su responso muchas almas
porque ella encierra, religiosamente,
jirones de la gloria de las razas...!

La humanidad doliente
sangrando aún la desgarrada planta,
al rendir su tributo a tu heroísmo,
ha de pasar en larga caravana
junto a tu muda tumba misteriosa,
como pasan los vientos y las aguas
sobre el peñón marino que se encumbra
dominando los mares y las playas...
Cruzará junto a ti la interminable
caravana ofrendaria,
sin sospechar siquiera cual ha sido
tu nombre y tu lugar en las batallas;
pero segura siempre
de que al pasar con la cabeza baja
y religiosamente ante tu huesa,
rinde homenaje a la virtud humana,
reverencia el valor y el heroísmo,
se inclina ante la sombra de la Patria!

Se alzará como un faro
de salvación, tu huesa solitaria;
ella dirá al obscuro caminante,
anónimo también, sin esperanzas,
que detenga su paso en tu presencia
y descubra su testa atormentada
saludando tu gloria, que el abismo
de misterio que guarda
escondido como un tesoro inmenso
tu lápida blanquísima, sin mancha,
es toda la virtud de lo ignorado
que por el bien humano se desangra,
la grandeza de todo lo pequeño
que muere por la gloria de la raza,
la heroicidad de la hoja que se pudre
para dar vida a gigantesca planta,
la inmensidad sin par del sacrificio
ofrecido sin otras esperanzas
que el triunfo del ideal o del ensueño
que se llevan metidos en el alma!

Y así, el triste y obscuro caminante
recibirá emociones y enseñanzas
de la tumba sin nombre
que en lo más claro del camino se alza;
y en el interrogante
que su misterio receloso guarda,
verá el índice mismo del destino,
indescifrable como el alma sacra
de la esfinge que espía en el sendero
el momento propicio a su mirada
para extender su mano irremediable
y echar la noche eterna sobre el alma!

Frente a la tumba anónima
que tus despojos ignorados guarda,
pasarán, silenciosas,
los millares de madres enlutadas
ansiando percibir en su silencio
una sola palabra
que pueda serenar su incertidumbre...
Y acariciando la ilusión dorada
de tu inmensa apoteosis,
de tu apoteosis imposible y magna,
recibirán un poco de consuelo,
endulzarán alguna de sus lágrimas...
y acaso, y sin acaso, sea ese
tu fin más noble, tu misión más alta...!

¡Pobre despojo anónimo!
¡Imagen fiel del pueblo que batalla
por conseguir la paz de sus ensueños,
por percibir la luz de su esperanza!
Que las almas florezcan
siempre sobre tu huesa solitaria,
que la voz de los pueblos
no cese de rodar sobre tu lápida,
que las santas pupilas de las madres
no dejen de mojarte con sus lágrimas:
porque tú eres la imagen
del anónimo pueblo que desgarra
su corazón por alcanzar la cumbre
de la hermandad humana!

Y mientras van las flores
formando en tu homenaje una montaña,
mientras murmura en torno de tu huesa
la infinita marea de las almas,
mientras atruene el aire
el bronce con su estruendo y con su diana:
llegue amorosamente
el ala de una brisa americana
hasta tu tumba anónima y entone
en tu loor el himno sin palabras
que surge desde el fondo de los pechos
como un murmullo mágico del alma
y que sólo se entona
cuando la voz del corazón lo manda!

Que lleguen sin alardes;
pero lleguen altivas, soberanas,
la voz de mis llanuras
y la voz de mis selvas entrerrianas,
y que en la noche quieta,
cuando vigilan las estrellas blancas,
cuando el silencio reine
en torno de tu lápida sagrada:
sean ellas las diosas del recuerdo
que mantengan el óleo de tu lámpara,
alejen los fantasmas del olvido
y renueven los himnos y las palmas...!

DELIO · PANIZZA

Artistas Españoles

En el estudio de Sotomayor

Los pintores ya no cultivan la bohemia, son demasiado ricos. Los lienzos y los retratos alcanzan respetables precios, que permiten a un pintor de renombre llevar una vida muy semejante a la de un burgués. Y allí en las novelas antiguas o en los escritores mal documentados veremos describir el estudio de un pintor como un desvanecimiento donde las sillas rotas y las telarañas.

El estudio, por ejemplo, del señor Alvarez Sotomayor es una magnífica estancia tan espaciosa como elegante. Al entrar, mientras el sirviente marcha a avisar al artista, mis ojos pueden recorrer en una rápida mirada el lujoso y al mismo tiempo sencillo taller. Todo indica que una inteligencia experta ha dirigido su construcción. El techo alto, la luz amplia y frontal, las paredes tapizadas en tonos neutros; y después las comodidades de una buena calefacción, con la añadidura de algunos cortinones y el indispensable diván en un ángulo recatado de la estancia.

Pero ahí entra el propio Sotomayor, con su aire normal y su absoluta carencia de «pose».

— Maestro: estaba pensando en lo ricamente que se ha instalado usted. Le envidiarían los más concienzudos burgueses.

— ¿Y qué hacer, amigo mío? Pintamos para los burgueses. Además, el gesto de bohemia ya no se usa en ninguna parte.

— ¿Ha padecido usted antes el sarampión de la bohemia?

— Nunca. Ni siquiera a los diez y ocho años caí en la debilidad de dejarme crecer el pelo. No he usado corbata de pintura. El fumar en pipa me resulta absurdo y desagradable. Y a esta altura de mi vida ¿para qué voy a ensayar actitudes fantásticas y de fantoche?

— Verdaderamente, no tiene usted *tipo* de artista, según la imagen convencional que se ha formado el vulgo...

— En verdad. Y créame que no me entristece la falta de *tipo*. Cierta vez vino a visitarme un pintor de Venezuela, que había pasado por algunos estudios de Montmartre y poseía, lo aseguro, un estupendo *uniforme* de artista. Traje de terciopelo obscuro, sombrero de alas anchas, pelo largo, pero nada le faltaba para ser un gran pintor. Fué gracioso cuando aquel caballero venezolano se empeñó en tomarme a mí por el mayordomo o servidor del señor Sotomayor... Me costó bastante trabajo convencerle de que el señor Sotomayor, «el glorioso artista», era yo en persona. Para cierta gente el *tipo* es lo más importante en el arte. Pero resulta, al revés, que los mejores pintores suelen tener un *tipo* de artista estupendo, y los grandes pintores parecen con frecuencia honrados tenderos.

— Completamente de acuerdo. ¿Y qué obras tiene usted entre manos?

— Esta...

El señor Sotomayor hace girar un caballete de cara a la luz y me muestra de pronto un gran lienzo sin concluir. Es un retrato del rey Alfonso. Está el monarca de pie, vestido con traje de caza, en un paisaje serrano de hermosas encinas. Por la densidad del fondo, por la severa grandeza del paisaje verdaderamente madrileño, el cuadro tiene una franca orientación velazqueña del mejor y más noble período. He ahí un retrato magnífico, logrado dentro de una difícil sinceridad y al margen de los pueriles rebuscamientos que hoy se usan.

— Como éste, me dice el artista, tengo otro encargo; se trata de la reina Victoria, a la cual me propongo retratar con uniforme de coronel de caballería, y montada, naturalmente, a caballo.

— Será un lindo retrato.

— Pondré todo mi afán en que lo sea.

— ¿Vende usted muchos cuadros?

— Sí, bastantes; vendo todo lo que puedo pintar. En América es muy solicitada mi pintura. Además, los encargos de retratos no me permiten el menor reposo. Trabajo a cualquier hora del día, aprovechando todos los momentos.

— ¿Hablaba usted de bohemia?... No soy bastante rico para permitirme esos lujos.

— Y de todos los temas pictóricos ¿cuál es el que prefiere usted? ¿Los asuntos gallegos, no es así?

— En efecto. Aunque soy andaluz de raza, en Galicia nací y en el ambiente gallego me he criado. Los tipos de mujeres de aquella dulce región me encantan, y especialmente las muchachitas rubias, que allí tanto abundan. Vea usted esa chica; la he pintado hace unas semanas. ¿Verdad que parece una holandesa, con ese claror blando de las pupilas y ese rubio tierno y lacio del pelo?

— Sin embargo, usted ha vivido lejos de su país natal y lejos de sus modelos amados.

— He dirigido durante algunos años la Escuela de Bellas Artes de Santiago de Chile. Allí me vinculé con lazos de amistad y de gratitud a una sociedad que me hizo ligera la expatriación. Yo me esforcé por pagar esas bondades poniendo en mi obra educadora la voluntad y el entusiasmo más grandes. Ignoro si lo conseguí. Los chilenos lo afirman, y esta es una gran prueba de amistad.

— ¿Se detuvo usted en Buenos Aires?

— Muy pocos días. Apenas tuve tiempo de visitar con calma los museos y las muestras de arte. Saqué una impresión algo confusa. Buenos Aires, visto a la carrera, aturde y perturba. ¡Espléndida ciudad! Me dicen que el arte hace allí rápidos e increíbles progresos. Pero... ¿Me permitirá usted que corrija los apuntes de mis discípulas?

— ¿Se dedica usted a la enseñanza?

— Sí. Doy lecciones de pintura a las señoritas de la aristocracia. Parece que les gusta el profesor. Y yo estoy encantado, aunque el oficio de pedagogo artístico me roba un tiempo precioso. Venga usted conmigo. Es en un taller adjunto.

Atravesamos, efectivamente, un corredor que conduce a un local grande, lleno de luz y algo vacío de muebles y de adornos. Una docena de jovencitas, ataviadas con una blusa de trabajo, manejan muy a conciencia sus pinceles. Están interpretando un modelo que yace sentado y visiblemente aburrido, sobre una silla alta. Es un pobre viejete. Al entrar nosotros, una de las discípulas, la más traviesa, y también la más linda de todas, se ocupa en burlarse del soñoliento modelo.

— Bueno, Carmencita, sea formal. A ver ese trabajo...

Y el maestro va de un caballete a otro dejando caer al paso la observación certera o la rápida corrección oportuna.

Antes de salir le pregunto:

— ¿Qué piensa usted de las nuevas escuelas de arte?

— Nada. No tengo tiempo para dedicarme a inventar teorías estéticas.

Me fijo, en efecto, en un cuadro recién concluído. Es un busto de chica pescadora, frente al puerto atiborrado de goletas y quechemarines. Honradez, calidad, maestría, fuerza, emoción: he ahí lo que distingue a la pintura de Sotomayor. Y me digo al marchar: esto gustará siempre; esto sobrenadará sobre modas efímeras; ahora y siempre, será una gran pintura.

JOSÉ Mª SALAVERRÍA

Aves del mar

Aves del mar
Graznando en vuestro vuelo solitario,
¿Qué alma perdida al revolar llamáis?
¿Decís adiós a las perdidas naves,
O a aquellos que se ahogaron en el mar?
¿O en vuestra visión surge, blanco y triste,
Un recuerdo espectral?

Aves del mar,
¿Contempláis las sirenas en la espuma,
Entonando su lúgubre cantar,
Tejiendo las mortajas transparentes
De viajeros que nunca volverán?
¿O advertís a los pobres navegantes:
«Más allá... Más allá...»?

Llevad mi canto al tormentoso cielo,
Decid mi ensueño al agitado mar,
Cantadle a los espíritus del viento
Esta canción que al horizonte va,
Esta canción que canta ante las olas,
Un alma en libertad!

Hector Pedro Blomberg

ILUSTRACIÓN DE ALVAREZ

MRS. CARRIE CHAPMAN CATT, PRESIDENTA DE LA ALIANZA INTERNACIONAL DE SUFRAGIO FEMENINO.

LA PROXIMA CONFERENCIA

Una fecha que ha de figurar con letras de oro en la historia de la emancipación femenina es la del próximo mes de abril, en que, en la ciudad de Baltimore, estado de Maryland, Estados Unidos de Norte América, se realizará la Conferencia Panamericana de Mujeres, en relación con la Tercera Convención anual de la Liga Nacional de Mujeres Votantes organizada por sus miembros, y a la que han sido invitadas las agrupaciones femeninas de todos los países americanos. Hasta nosotros ha llegado la voz de las hermanas del norte, y en respuesta a la nota enviada por Mrs. Maud Wood Park, presidenta de la Liga Nacional al Consejo Nacional de Mujeres de la República Argentina, que preside la señora Julia Moreno de Moreno, se nombró delegada de nuestro país a la conferencia panamericana a la esposa del embajador de la República Argentina en Estados Unidos de Norte América, señora María Pereyra de Le Bretón. Y para asistir a dicha conferencia, en su condición de miembro de la difundida asociación argentina, emprenderá viaje para Estados Unidos la señora Leonor L. de Dickinson.

Son muchas las mujeres que en la Argentina luchan por el mejoramiento de su sexo, en todas las esferas en que la mujer está llamada a actuar, y aun cuando todavía son grandes los obstáculos para llegar a un fin ventajoso para el sexo débil, es mucho lo que se ha adelantado en poco tiempo. El feminismo argentino es, en su mayor parte, y afortunadamente, un feminismo que más bien podría llamarse «femenino». La mujer que milita en los centros políticos y que se convierte en oradora callejera o en miembro del parlamento, o que pierde su natural suavidad arrostrando situaciones que fueron creadas para el sexo fuerte, no es la verdadera feminista; el feminismo nuestro no es el que llevará a la mujer a las urnas, sino el que la defenderá contra los hombres; no es el que la arrastrará a pleitear con el sexo opuesto en cuestiones de gobierno, sino el que le dará leyes que le permitan tener absoluta independencia de acción, sin que las trabas de las leyes actuales la despojen del fruto de su trabajo o la obliguen a humillarse ante el marido tirano, licencioso y disipado.

Es por eso que tiene tan trascendental importancia en este país la emancipación discreta y suave, diremos, de la mujer, y el llamado de las feministas norteamericanas para tratar temas eminentemente femeninos, como son la puericultura, la educación de las mujeres en las industrias, el estado civil de la mujer y la higiene social, ha tenido un eco de simpatía en el seno de la más importante agrupación femenina del país: el Consejo Nacional de Mujeres, rama del Consejo Internacional, la institución mundial que cuenta con millones de asociadas, y cuya presidenta honoraria es la duquesa de Aberdeen.

Durante los días 20, 21 y 22 de abril un grupo caracterizado de mujeres norteamericanas cambiará impresiones sobre temas de trascendental interés para la sociedad.

Los puntos a tratar serán los siguientes: *Bienestar del niño*, tema que desarrollará la señorita Grace Abbott, jefe del buró de niños del Departamento del Trabajo de Estados Unidos; *Educación*, que tratará la señorita Julia Abbott, del Departamento del Interior del citado país; *Las mujeres en la Industria*, sobre el que disertará la señorita Mary Anderson, jefe del buró de Mujeres del Departamento del Trabajo; *Preven-*

CONSUELO MORENO

SRA. MARÍA PEREYRA DE LE BRETÓN, DELEGADA DEL CONSEJO N. DE MUJERES AL CONGRESO PANAMERICANO DE SEÑORAS.

MRS. MAUD WOOD PARK, PRESIDENTA DE LA LIGA NACIONAL DE MUJERES VOTANTES.

MRS. RICHARD EDWARDS, VICEPRESIDENTA PRIMERA DE LA LIGA NACIONAL DE MUJERES VOTANTES.

MRS. MABEL WALKER WILLEBRANDT, SUBPROCURADORA GENERAL DE ESTADOS UNIDOS.

ción del Tráfico en las Mujeres, a cargo de la doctora Valeria H. Parker, secretaria de la Junta de Higiene Social interdepartamental de Estados Unidos; *Estado Civil de las Mujeres*, que desarrollará la señora Mabel Walker Willebrandt, auxiliar de la Fiscalía General del departamento de Justicia de Estados Unidos, y *Estado político de las Mujeres*, tema importante que tendrá a su cargo la presidenta de la Alianza Internacional del sufragio femenino, señora Carrie Chapman Catt.

A invitación del gobernador de Maryland, el 23 de abril todos los asistentes a la Conferencia Panamericana se congregarán en Annápolis.

En la reunión magna, que se efectuará el mismo día, el tema general será *Las mujeres más avanzadas en el progreso del mundo*, y en esa ocasión pronunciarán discursos las delegadas panamericanas. Presidirá esta reunión la señora Helen H. Gardener, comisionada del Servicio Civil de Estados Unidos.

El lunes 24 habrá un gran banquete. El tema elegido para desarrollar en esa ocasión será: *Amistad*, y sobre él disertarán las oficiales de la Liga Nacional de Mujeres Votantes y las oficiales de Maryland. Durante los días 25, 26 y 27 de abril habrá reuniones ordinarias de la Convención Anual de la Liga de Mujeres Votantes, y en estas reuniones las delegadas panamericanas tendrán todos los privilegios posibles en una reunión, menos el voto. Se llamará «Día de Wáshington» al 28 de abril. Habrá ese día visitas al Capitolio, al Palacio de la Unión Panamericana y otros sitios de interés.

Por la noche se realizará en la misma ciudad una reunión magna, cuyo tema general será: *Lo que pueden hacer las mujeres de las tres Américas para promover amistosas relaciones.*

Serán oradores en esta ocasión el secretario de Estado, señor Hughes; el director de la Unión Panamericana, doctor L. S. Rowe y las delegadas a la conferencia.

Pronto llegarán, pues, transmitidas por el cable las informaciones sobre la Conferencia Panamericana de señoras, en que tendrá preferente sitio nuestra embajadora, la señora de Le Bretón, delegada del Consejo Nacional de Mujeres de la República Argentina.

Este Consejo, al que se hallan adheridas en la actualidad la casi totalidad de asociaciones de caridad del país, es un lazo de unión entre las mujeres del mundo entero; esta unión espiritual ha traído en los últimos tiempos un acercamiento considerable entre el sexo femenino.

La mujer, el eje principal del mundo, está llamada a regir los destinos futuros de la humanidad, ya que los hombres han demostrado que sólo saben gobernar por la fuerza y hacer valer sus derechos a sangre y fuego.

Tenemos las mujeres la misión más grande y sagrada que le fué destinada a ningún ser humano: ser madres. Y debemos serlo en la concepción más amplia de la palabra, formando los corazones masculinos, los de nuestros hijos, en la rectitud, en la humanidad y en la confraternidad. Seamos madres universales, trasmitiendo a los hombres del porvenir, en todas aquellas esferas en que el destino les llame a actuar, los sentimientos más nobles y más desinteresados, enseñándoles a luchar por los altos ideales de las naciones libres, y éste será el mejor «feminismo», el imperecedero, y el que dará los más gloriosos lauros a la mujer.

DE DUPUY DE LOME

SRA. JULIA MORENO DE MORENO, PRESIDENTA DEL CONSEJO NACIONAL DE MUJERES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA.

PANAMERICANA DE SEÑORAS

MISS GRACE ABBOTT, DIRECTORA DE LA OFICINA DE NIÑOS DEL DEPARTAMENTO DEL TRABAJO, DE ESTADOS UNIDOS.

MRS. WILLIAM H. HUBERT, SECRETARIA DE LA CONFERENCIA PANAMERICANA DE MUJERES.

DOCTORA VALERIA PARKER, SECRETARIA EJECUTORIA DE LA JUNTA DE HIGIENE SOCIAL INTERDEPARTAMENTAL DE ESTADOS UNIDOS.

MISS MARY ANDERSON, DIRECTORA DE LA OFICINA DE MUJERES DEL D. DEL TRABAJO.

BENEDICTO XV

Ansiando la paz universal ha muerto el Sumo Pontífice Benedicto XV. Elegido en septiembre de 1914 todo su reinado fué una continua plegaria en pro de la humanidad, entregada a los furores bélico y revolucionario.

Giácomo Della Chiesa, hijo del marqués del mismo título y de la marquesa Migliorati, abrazó la carrera eclesiástica donde supo distinguirse, como se hubiera distinguido en otra profesión, porque fué un gran cerebro y un alma piadosa. Y es fama que su padre, a pesar de ser un ferviente católico, se opuso a la temprana vocación del futuro Pontífice.

El día 21 de diciembre de 1878 recibía las sagradas órdenes, pasando a la Academia de Nobles Eclesiásticos y de allí a la Secretaría de Negocios Eclesiásticos. Subordinado y discípulo del cardenal Rampolla, el joven sacerdote hízose notar por sus dotes intelectuales. Unido siempre al célebre purpurado, cuya política siguió con todo entusiasmo, su carrera fué brillantísima. La Iglesia le tenía por uno de sus más prudentes y hábiles diplomáticos.

En 1907 su antecesor el Papa Pío X le otorgó el arzobispado de Bolonia, el 25 de mayo de 1914 el capelo cardenalicio. Antes de cumplirse los cuatro meses el conclave lo elegía para ocupar la silla de San Pedro.

Benedicto XV se ha distinguido por su ecuanimidad, defendiendo tenazmente el dogma y los intereses materiales de la Iglesia Católica. Pero lo más sublime de su misión estuvo en el celo con que predicaba ante las naciones el ideal pacifista. Y aunque predicaba en el desierto de la ira, su elocuente y cristianísima palabra consiguió mucho, arrancando numerosas víctimas al odio.

PALACIO EN ROMA
[illegible] DE ENERO 1922

LA TRADICIONAL ESPERA DE LA MULTITUD DURANTE LAS ELECCIONES.

PIO XI

Lo mismo que su antecesor, el nuevo Pontífice fué elegido al poco tiempo de recibir el capelo. Aquiles Ratti nació en la villa de Desio el 31 de marzo de 1857. Desde muy joven dedicóse a estudios de bibliografía y filológicos, materias en que brilla por su sabiduría. Estos conocimientos le valieron pasar de la catedral de Milán, donde ocupaba el cargo de canónigo, a dirigir la Biblioteca Ambrosiana y luego la del Vaticano.

El Papa le nombró en 1918 visitador apostólico de Polonia, Lituania y Finlandia, concediéndole luego la misión de representar al Vaticano como nuncio en el primero de dichos países.

Esta nueva nación le debe un ejemplo de energía, pues monseñor Ratti continuó al frente de la nunciatura durante los días en que Varsovia estaba amenazada por los ejércitos del soviet ruso.

La empresa diplomática asignada al nuevo nuncio en aquel país de honda tradición católica, pero trastornado a consecuencia de la guerra, era sumamente difícil. Sin embargo, el sabio sacerdote supo realizar admirablemente su cometido.

Nombrado cardenal-arzobispo de Milán en 13 de junio de 1921, ocupó su cargo en septiembre del mismo año. El 6 de febrero fué elegido Pontífice.

Benedicto XV le profesaba singular afecto y reconocía todas las grandes cualidades intelectuales y espirituales de monseñor Ratti, en quien tal vez veía a su futuro sucesor, según afirma la conocida anécdota que atribuye al difunto pontífice aquellas palabras pronunciadas durante el acto de la imposición del capelo: «Entre tanto rojo veo algo blanco». Pío XI, indudablemente, cumplirá las esperanzas de piadoso Vicario de Cristo.

ELEGIDO SUMO PONTÍFICE EL 6 DE FEBRERO 1922.

EL SOLEMNE MOMENTO DE LA PROCLAMACIÓN DE LOS NUEVOS PONTÍFICES.

SHACKLETON

LA PROA DE LA NAVE EXPEDICIONARIA

ABRIÉNDOSE PASO ENTRE LOS HIELOS.

Su invencible enemigo le hirió mortalmente en el pecho. Veterano de generosas guerras contra lo desconocido, capitán sin ambiciosa tarea, Shackleton, el sabio héroe, vivió a pesar de su corazón, fuerte de energía y aventura inmensas. Su heroico corazón se ha matado en plena gloria.

La vida del célebre explorador es un prodigio de voluntad y de exito. Puede compararse a la de los grandes conquistadores científicos y supera a la de los conquistadores sanguinarios. Alejandro caramente se jugaba el todo por el todo; él, capitán y soldado, arriesgó su existencia día a día. Hernán Cortés quemó sus naves en un momento de angustia. Él llevaba siempre su barco al mortífero bloqueo del hielo. Entre esos terribles campos de hielo hay lugares libres de peligro; allí no, el blanco desierto encierra a todos sin posibles distinciones. Asalto, asedio, naufragio y retirada son las fases, esto es el combate cotidiano contra el enemigo desconocido. No existe precedente mayor. Shackleton peleaba por la ciencia que le ayuda resolver problemas grandes. Estas investigaciones, por ahora, no tienen un fin práctico, no conducen a ningún lucro. Sublimemente ideal resulta la empresa a la que el alto representante de una raza utilitaria, según creencia de los vulgos, sacrificó su vida. Pero tal vez estas exploraciones sean algún día salvadoras para la humanidad. En el presente peligro de los hielos vive el germen de un remoto peligro que la ciencia puede conjurar cuando posea los suficientes fundamentos. Sir Ernesto Shackleton era además de un sabio un gentleman cuya bondad corría parejas con su valor. Solidario con sus hombres, veía en ellos camaradas heroicos a quienes trató como hermanos, como hijos. Y fué siempre amado, admirado y obedecido ciegamente.

Tenía derecho al descanso, porque el caudal de sus descubrimientos y conquistas se lo otorgaba; mas su sed insaciable de saber y su larga preparación de sufrimiento le han obligado a continuar en la lucha. Su muerte es un envidiable ejemplo. Todos los hombres de corazón, sabios o ignorantes, han sentido la pérdida universal. Esta unanimidad en el dolor y en la admiración enaltecen a la estirpe humana cuyo pensamiento hállase ahora concentrado sobre la humilde iglesita de la Georgia del Sur, tumba heroica de un superhombre, honra de la ciencia moderna.

SIR ERNESTO SHACKLETON, EL ILUSTRE EXPLORADOR.

El cuento sin argumento.

En la simbólica mañana de julio en que los pájaros ascienden hacia las nubes rosadas, y la red impalpable de una bruma sutil mantiene prisionero el sol; quiero que el alma mía — «sentimental, sensible y sensitiva» — se me vaya toda por los poros — ¿no somos acaso y sólo ánforas de barro? — como un vago perfume ancestral, como una melodía «d'autre fois», como un simple suspiro que substituya al ritmo, tardo en venir, con sus imposibles arabescos y sus volutas ideales.

¿Cuál es el cuento del alma? ¿Aquella libre invención de imágenes que para nosotros significa el mundo, el mundo real, tan diverso del de todos los días, ese mundo que recordamos cuando se cierran los ojos y canta en el perfumado silencio el pajarito azul?

Es como para los niños el cuento de nunca acabar: «Entró por un caminito y salió por otro, para que tú me cuentes otro». Nadie escribe en realidad lo que siente, sin falso pudor y coqueterías anímicas. La educación es una cosa terrible. Ella nos fija normas y pautas comprensibles, consideraciones de estilo y sobre todo respeto al sentido común que, como dragón celoso, guarda la entrada de la gruta maravillosa donde la Fantasía, inmortal Penélope, teje con rayos de luna su encaje de ensueño:

Et je te donnerais,
ce qui vaut plus que gloire et fortune,
ma robe tisúe de rayons de lune...

Gústame, en definitiva, ese dulce fantasma que Vielé Griffin celebra en su «chevauchée d'Yeldis»:

— Es un vagabundear admirable de los caballeros que han partido en pos de la inaccesible y espléndida princesa. Persíguenla por todos los caminos del mundo, y la propia luz que dora sus espaldas recorta sobre la arena mágica del recorrido una sombra ideal y fugitiva, que es la única que alcanza a la princesa.

Y era una... y era una... y era una
sola sombra larga...
y era una sombra larga...

Cumplen los caballeros sus posibilidades y al volver de una ruta, al vadear de un torrente, al atravesar de un bosque rumoroso, van perdiendo uno a uno la Yeldis de sus sueños, desparramada como la luz de un prisma roto en el sublime panteísmo del paisaje viviente. Sólo uno — y ese hombre pálido triunfará de la muerte — dará alcance a «la belle creature a la crinière faune». Darále alcance al borde mismo de la noche y, al hundirse en la inmensa alegría solitaria del beso nupcial, colocará sobre sus cabellos de oro viejo la diadema lunática donde brilla, corazón inconsútil, la gloria triste de un ópalo escondido...

Así persiguen la Vida nuestros cinco caballeros ideales, cuyas lanzas fraternas suelen quebrarse o cejar en la lírica empresa.

«The many fail, the one succed».

Pero un sol imprevisto desgarra como una metáfora feliz la bruma del momento, llenando de reminiscencias orientales el alma dócil y vagabunda. Y ya que entre caballeros anda el cuento, diremos aquí otra leyenda, la del Caballero Victorioso, la de ese «Uno que triunfa entre mil»...

Bajo las murallas de Jerusalén duermen las huestes de Godofredo de Bouillón, condestable del rey de Francia. El ángel del Señor las visita para fortalecerlas y sobre ellas va volcando desde la altura su místico copón de ensueño. A su dulcísimo imperio levántase de las arenas del desierto la arquitectura ideal de la Jerusalén libertada; y el romance de cada uno va colgando su nido de los maravillosos capiteles.

El bravo Godofredo por su parte, sumido en la infinita certidumbre de su fantasía, sueña un amor, un amor imposible y casto lleno de ruiseñores del norte.

La gótica doncella de su enamoramiento sonríele desde lo alto de la torre almenada, como lo hiciera otrora la bella Aude con el inmortal Rolando.

Busca Godofredo la forma de llegar hasta ella, pero detiénenle las piedras inflexibles y tristes.

— Si me amas, ¡oh noble caballero! — dice la princesa lejana — vé a la montaña azul del heroísmo, y allí hallarás, entre las zarzas del sacrificio, una pequeña flor, roja como un corazón. Ella brotó de la herida de San Jorge, cuando el héroe divino combatía el inmundo dragón. Con ella tocarás el pie de esta torre que me aprisiona y podrás llegar hasta mí.

Vese luego el audaz caballero cabalgando por la montaña sagrada. Asáltanle los monstruos de la desesperanza y de la duda, hiérenle las crueles espinas del descreimiento y la debilidad, y desde el pedestal de la noche el pájaro de Tous le arroja su grito helado: «¡Malheur, Malheur!...»

¡Pero no importa! En lo más intrincado del monte siente como una música dulcísima, mientras que un perfume inefable llena su corazón.

Es el perfume de todas las horas bellas de su vida. Apéase el caballero, y frente a él, como un rubí que brilla en el terciopelo de la sombra, ve la divina flor.

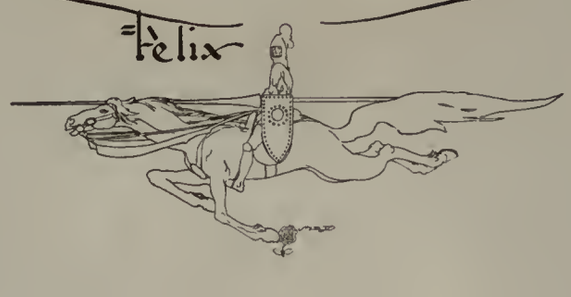
No bien la corta transmútase la trágica escena. Cabalga nuevamente el caballero «sur son cheval tout noir a la criniére rousse» y en un instante llega al pie de la torre, que corona la sonrisa fiel de la doncella. Tocar el muro con el delicado pétalo y derrumbarse la torre es todo uno. Contempla Godofredo a la hermosísima doncella en la fiera y al par amable prisión de sus brazos; y mientras diseminadas por el valle las obscuras piedras de la torre van trocándose en árboles y flores, escucha el suave acento de su corazón.

— ¡Oh! amado mío, tú fe me ha salvado...

Y aquí la historia: Al amanecer de aquella noche inefable nueva aurora de la cristiandad, «Le chevalier au bras de fer» requiere su espada y su corcel y preséntase solo al pie de las murallas de la ciudad sitiada. En lo alto de un alminar, símbolo delicado y eterno, posa una blanca paloma. Indiferente a la lluvia de saetas que provoca el tremolar de su níveo penacho, el caballero cristiano desciende de su cabalgadura y paséase a lo largo del foso, «a solas con su Dios». De pronto lanza un grito de júbilo, y es que en el intersticio de unas piedras viejas abre su regazo a la caricia del sol naciente una rosita de Jericó. Córtala Godofredo, y volviendo a su tienda ordena el asalto a las murallas por aquel sitio. Ese mismo día los clarines cristianos proclamaban bajo el cielo azul la toma de Jerusalén.

Y aquí, volviendo al querido desorden de este cuento sin argumento, invito a cada uno a proseguir su leyenda sobre un camino esmaltado de puntos suspensivos...

Fernán Félix de Amador.



Retour de chasse

Oleo de

Ferdinand Roybet

De la colección de

Müller

LAS PRIMERAS LECCIONES DE

Plus Ultra en Mar del Plata

NATACIÓN DE LA TEMPORADA.

UNA LOBITA DE MAR.

TRÍO INFANTIL.

SIN MIEDO AL OCÉANO.

AL AMPARO DE LA SÓLIDA CUERDA.

TRES ESCENAS DE PLAYA: EL PIBE INGENIERO, LAS BAÑISTAS INDECISAS Y EN PLENA RETIRADA.

El verdadero balneario está en la playa, según diría Pero Grullo si tan lógico personaje viviera y fuese a Mar del Plata. Con más talento que el citado filósofo, cualquiera de los numerosos veraneantes del Biarritz argentino incurre en la equivocación de creer que el verdadero balneario está en la Rambla y otros sitios de esparcimientos. La Rambla es, sin embargo, una continuación de Buenos Aires y sus protocolos mundanos.

Por eso, en desagravio de la humanidad bañista, consagramos estas páginas a la playa y al mar donde se tonifica la gente, se yodiza y se divierte con las olas. Resulta un lindo espectáculo, una nota llena de colorido y sorprendente animación. Aferradas a las cuerdas las damas reciben golpes de las

BAJO LA CUSTODIA DE LOS BAÑEROS.

ondas, masaje natural de positivo beneficio salutífero. Otras, más temerarias, desafían el oleaje bajo el patrocinio de los bañeros, maestros sabios de natación. Los niños corretean diableando por la arena, bajo la lluvia luminosa del más grande de todos los médicos: el doctor Sol. Y los partidarios del régimen seco toman sus baños de oxígeno yodado y se dedican a sus entretenimientos visuales.

Para los cultores decididos del mar y de la playa es el veraneo marplatense. Ellos saben disfrutar con el cambio de vida y recibir el gratísimo regalo de energía que el mar ofrece a las señoras, señoritas, niños y caballeros de buena voluntad, regalo que sigue siéndolo a pesar de costarles su dinero, porque los hombres nada pueden regalar.

LO MÁS SEGURO DE TODO ES LA PILETA, DONDE NO HAY ROMPIENTES PELIGROSAS.

Los Signos Fatales

CUÁNTO DOLOR QUE NO SE DICE,
CUÁNTA AMARGURA QUE SE CALLA,
CUÁNTA CONGOJA QUE SE OCULTA
EN LA INQUIETUD DE SU MIRADA!

CÓMO ADIVINO EN SUS SILENCIOS,
QUE NO SE LLENAN CON PALABRAS,
TODA LA ÍNTIMA TORTURA
QUE HA DE MORDER SU POBRE ÁNIMA.

DE LA CASITA SOLARIEGA
QUE HABÍA DE ESTAR EN LA MONTAÑA —
TODA CON RUMBO AL SOL LEVANTE
PARA QUE FUESE ASÍ MÁS SANA.

DE LOS IDILIOS DEL CREPÚSCULO
LLENOS DE UNCIÓN Y DE ESPERANZA —
(SU CABECITA EN MI CABEZA
Y SUS DOS MANOS EN MIS FALDAS).

DEL LEÑO ROJO DE LA ESTUFA
QUE LA MIMASE Y LA ABRIGARA
PARA QUE EL FRÍO DEL INVIERNO
NO SE ATREVIERA A TORTURARLA...

NO VA QUEDANDO YA A ESTAS HORAS
MÁS QUE UNA LUZ QUE SE ME APAGA:
HAY TOSECITA POR LAS NOCHES,
HAY PALIDEZ POR LAS MAÑANAS,
Y HAY UN MURCIÉLAGO FATÍDICO
QUE LE HACE SOMBRA CON SUS ALAS...

Luis María Jordán.

Motivos Femeninos

El hilo

COMPAÑERO inseparable de mi amiga la aguja, hebra larga y delgada, de valor inapreciable por las mil utilidades que reportas; sin ti no sería posible formar, preparar, unir, tejer, añadir, bordar, crear notas de arte y de belleza.

Hilo frágil, en tus vueltas y más vueltas entonas en cada día la canción silenciosa, la canción sin palabras del trabajo.

Apareces y desapareces en el constante hundir de la aguja, en el enlace de los puntos, como aparece y desaparece fugazmente la esperanza en los días de angustia o de peligro.

Hilo amigo, hilo bueno, obscuro propulsor del progreso de los pueblos; simple como los grandes genios, humilde como la bondad que se exterioriza sin heraldos en múltiples formas, hilo amigo, tú también tienes historia. ¿Recuerdas? ¿Recuerdas?... Ariadna te dió a Teseo para que encontrara el camino del Laberinto. Teseo por ese medio mató al monstruo.

Hilo amigo, ¿por qué fuiste el medio? ¿No sospechaste que Teseo dos veces vencedor robaría a Ariadna enamorada y la abandonaría ingrato y maldecido en las riberas de la isla de Naxos?...

Dime, hilo amigo, dímelo quedamente, ¿verdad que en tu larguísima existencia muchos Teseos encontraron las juveniles manos que te acogían diariamente en la primorosa labor con que distrajeron sus ocios o se ganaron el pan?

Hilo con que fabrica la infatigable araña su tela semejante al ñanduty; hilo que el gusano de seda necesita en la elaboración de su capullo; hilo que sigues el curso ordinario de la vida; hilo tan tenue que, al gual de la existencia humana, basta un breve corte para que se interrumpa, para que tenga término; ¡cuántas cosas sugieres, cuántas enseñas!

Dice el hombre muchas veces: «Sigo el hilo». Sigue el hilo de la idea, del discurso; sigue el hilo de la trama o del enredo y descubre la verdad, y asiste a desenlaces no esperados.

¡Ve *el hilo* y le muestras el principio de una cosa para que conozca el resto y llegue al fin. ¡Hilo, amigo tan finito y tan frágil, haces bien en el silencio, haces bien!...

Ahí estás en mi costurero envolviendo los carretes, siempre pronto, siempre ansioso de ser útil. Ahí estás formando ovillos y madejas, y te veo ya de lino, ya de lana, ya de seda o de cáñamo, y te admiro en hermosa policromía que recuerda de las flores de verjeles primorosos.

¡Y, de todos tus colores, yo prefiero el del blanco inmaculado, porque blancas son las hebras veneradas que cubren en dos alas la cabeza de mi madre!

Después, el azul claro viene en pos, porque azul fué la flor que el Ensueño puso en mi alma, y bella y lozana creció en ella, pero vino el Desengaño y sin piedad se la llevó.

Hilo amigo, hilo bueno de color amarillento por el tiempo transcurrido que sostienes en unión las flores ya marchitas de un amor, que murió como los lirios. Yo te quiero y proclamo tu excelencia, hilo frágil, compañero infatigable de la aguja que te envuelves en carretes, como envuelven mi alma los hilos mágicos de una voz dulce que me habla de vida, de venturas y de amor.

Las Tijeras

UTILES sin duda alguna las tijeras, útiles para el bien y para el mal. Son sus hojas dos cuchillas, dos cuchillas asesinas que separan, que quitán, que desgarran. Están trabadas por un eje en mitad de sus dos hojas, como es eje la persona o la cuestión con quien la lengua malediciente se ensaña sin reparo y acosa con ahinco, impasible ante el mal que consciente ella produce.

Instrumento de trabajo y de exterminio: al remate dos anillos fueron hechos para servirse mejor; y el manejo se hace fácil, y las hojas impertérritas a la presión de los dedos se introducen en el paño a dividir.

Dos anillos que nada dicen de alianza, porque jamás fueron hechas las cuchillas para enlace en el humano vivir. Dos anillos que evidencian el afán siempre laudable de los hombres a perfeccionar cuanto tocan, cuanto usan.

¡Oh!, ¡tijeras! Eres como esas almas malas que ni el amor las redime... ¿El amor? ¡Qué digo! ¡Ellas no saben de amor! ¿Cuándo se hará la poda de esas almas? En manos de un genio inmortal es preciso que se entreguen las tijeras que han de proceder al corte.

Es una poda que se impone y que el mundo reclama para bien. Para bien es que, en manos del podador impasible van las tijeras desgarrando la parra y a cada golpe parece que un gemido le acompaña. Para bien, porque en la estación florida los tiernos brotes nazcan.

A los golpes de tijeras caen las ramas de los árboles, para que en la primavera nuevos retoños les salgan.

Y a los golpes de tijeras se corta y acorta la tela de ajena reputación... menoscabando la vida.

Necesarias para el bien y para el mal, las tijeras eliminan lo que sobra, deshacen, descosen lo que se quiere enmendar y forman rápidamente las aberturas.

Mis tijeras de labor han servido esta mañana para cortar las margaritas reunidas en un gran vaso colocado sobre el altar de un sepulcro que en la penumbra de la tarde recoge una tenue luz difundiéndola en una mancha blanca semejante a una cosecha de pequeñas hostias de corazón ardiente; dulces y tímidos susurros corren en ese altar, soplos errantes de la vida que han quedado unidos a las formas, palpitaciones del alma universal que transporta en un único vuelo amores y dolores de los hombres, belleza y fragilidad de las cosas...

Utiles sin duda alguna son las tijeras, útiles para el bien y para el mal.

El dedal

INSTRUMENTO pequeñito de metal o de marfil, que en la mano femenina laboriosa siempre luces; instrumento pequeñito de cilíndrica figura siempre igual. Desde tiempos medioevales te ha elegido la mujer para no herirse al coser; porque ella advirtió el riesgo, con palabra cariñosa pidió al hombre te creara.

Instrumento pequeñito cerrado o no por casquete, que su forma tomara de la esfera: los árabes hicieron de ti creaciones primorosas y los honores recibiste del museo.

En la cesta coquetuela de una dama linajuda, hecho en precioso metal, ostentas en artístico consorcio unas piedras de valor, que la vanidad, siempre despierta, sobre ti acumulara. Pero ocioso, te enmoheces y suspiras anheloso de otras manos, de otras épocas, en que no te desdeñaron las princesas y las reinas.

Eran tiempos más hermosos. Eran tiempos de sin par galantería. En las horas de las noches invernales dedicadas a la aguja, al temblor de unos violines y al sonido de una voz, la tímida doncella se asomaba a la ventana y al saludo con su diestra agradeciendo el poético homenaje, te llevaba puesto al dedo.

Y al calor de sus sonrojos que dos flores de granado dibujaban en el rostro, y al sonreir imperceptible de una boca de carmín, dos hoyuelos se formaban, dos hoyuelos que retrataban fielmente los que llenan tu redonda superficie.

Instrumento pequeñito sirves siempre puesto junto a la extremidad, y coraza de mi dedo vas empujando a la aguja sin temor a que me hiera.

Tú no tienes vanidad. Y realizas tu misión en la mano de la obrera que incesante te maneja noche y día; en la de la dulce joven de los ojos soñadores que se inclinan sobre sedas; en la de majestuosa matrona de nevada cabellera; en la de la bendita mano de la artista; en la de aquella que cediendo a sentimientos o anhelos amontona las palabras en las páginas en blanco, y en la criatura que, ignorando aún el mal, comienza vacilante sus primeros puntos en fina tela que feliz a sus manitas se somete.

Instrumento pequeñito: Si a buscar yo fuera emblema de un blasón, sólo a ti elegiría y a la aguja que es mi amiga más antigua y más leal.

Adelina Sro Carlo
Ilustraciones fotográficas de Baldomarotta

Cisne es una palabra intensamente blanca. Y, sin embargo, hay cisnes negros, cisnes de ébano bruñido, tan gráciles como los níveos cisnes. Ningún poeta cantó a los cisnes enlutados, ningún poeta hizo de ellos un símbolo. Todo fué y será para los descendientes del cisne que remolcara la caballeresca barquilla de Lohengrin, para el cantor mentido de la agónica melodía. ¿Es que el hombre lleva hasta sus nobles luchas poéticas humanos prejuicios de raza? ¡Quién sabe! Todos los que, según el cuento genial de Andersen, pasaron de «patitos feos» a cisnes no encontrarán un símil mejor que el cisne de ébano. Porque siempre les persiguirá en el mundo de los cisnes el desprecio y las burlas que sufrieron en la tribu de los patos. Al pasar la bandada reveladora, cuando el patito feo dice: «¡Anch'io so cigno!» y se une a ella, casi siempre tiene que vestir de luto su corazón. Porque la lucha entre los verdaderos hermanos será tan cruel como aquella otra. Cisnes de ébano, cisnes negros, ¿no es verdad?

Lleve una Kodak consigo

La Kodak Autográfica, de uso fácil y atractivo, suministra diversión interesante en cualquier tiempo. Al placer que se experimenta al tomar las fotografías se une la satisfacción permanente de poseer gratos recuerdos de los más hermosos episodios de nuestra vida.

No sólo por la simplicidad de su operación se distingue la Kodak sino también por ciertos distintivos exclusivos, tales como la innovación autográfica con la cual, al mismo tiempo de tomar la exposición, se pueden agregar a la película la fecha y el título.

Soliciten el nuevo Catálogo Kodak
de los comerciantes del ramo, o a

KODAK ARGENTINA, Ltd., Corrientes 2558, Buenos Aires

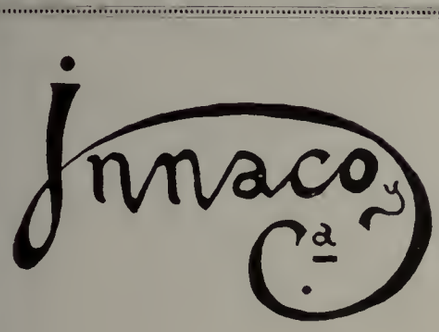
CARLOS DE AUSTRIA DESTERRADO

El infortunado sucesor de Francisco José hállase actualmente recluido en la isla Madera, bajo la vigilancia del gobierno portugués. Quizás el ex emperador, que quiso recobrar dos veces el trono húngaro, haya comprendido lo inutil de sus ambiciones; tal vez acaricie aún su ensueño de soberanía. Los ingleses le llaman «El Napoleón de Madera», simil humorístico que no deja de tener gracia aunque no se la haga al fracasado Rey.

A la ex emperatriz Zita se le ha permitido realizar un viaje, e indudablemente obtendrá permiso cuantas veces lo desee, asi como sus hijos. La isla de Madera solamente es una Santa Elena para Carlos de Austria.

En medio de su desgracia el ex emperador tiene la satisfacción de hallarse rodeado por una bellisima y simpática prole, en lo que gana al gran Napoleón separado de su hijo.

GRANDE
MAISON DE BLANC
6, BOULEVARD DES CAPUCINES
PARIS
LONDON CANNES
MANTELERIA DE MESA
Y DE CAMA
LENCERIA - BONETERIA
DESHABILLÉS - AJUARES
LA GRANDE MAISON DE BLANC NO TIENE
SUCURSAL EN AMERICA



MUEBLES
Y DECORACIONES

ESPECIALIDAD
EN MUEBLES DE
ESTILO ANTIGUO

576 - SUIPACHA - 586

Unión Telef., 3773, Rivadavia. Cooperativa, 2388, Central.

CON sus vastos talleres, los más grandes de Sud América, THOMPSON está en condiciones de responder con todo éxito a los indudables deseos y propósitos de asegurar en todas las obras la mayor perfección de detalle y la más exacta pureza de estilo.

Por lo demás, conviene no olvidar que el Estudio Artístico contribuye, a simple solicitud, con todo el brillo que permite la larga experiencia de sus expertos, a facilitar la delicada tarea que supone una decoración encuadrada dentro de los dictados de la moda y del gusto probado de nuestro mundo elegante.

Thompson Muebles Ltda

FLORIDA 833
BUENOS AIRES

Buenos Aires, febrero de 1922. Talleres gráficos de Caras y Caretas

RETRATO
OLEO DE
SIGALL

En Harrods

Artículos de genuina fabricación europea, cuya importación exclusiva para HARRODS, justifica su nombradía de CASA DE CALIDAD Y DISTINCION POR EXCELENCIA.

SALON DE ARTE

TERCER PISO

Centro privilegiado para los «amateurs» y cultores de las bellas artes.

Exhibición de obras auténticas y celebradas reproducciones de artistas contemporáneos.

Objetos para regalos de distinción.

«L'Homme passe et la science reste».

BRONCE
POR E. PICAULT

PLATERIA

TERCER PISO

JUEGO DE CUBIERTOS.

Variedad de estilos en plata inglesa, sellada, o en «Alexandra Plate», de exclusividad HARRODS.

Cuchillos en acero inoxidable.

Con o sin estuche.

Los estuches se pueden obtener en caoba o roble ahumado.

PORCELANAS

TERCER PISO

RICO JUEGO, en porcelana Limoges, con filetes de oro incrustado, compuesto de 145 piezas. Selección de modelos. Artículo de gran presentación.

ARTÍCULOS PARA VIAJES

Departamento recientemente creado, exhibe, en sus salones del Segundo piso, un selecto surtido en artículos prácticos para viajes, como ser: mantas, baúles, valijas, monturas, sillas para señoras, y arneses en general para equitación.

TODOS SON DE IMPORTACIÓN DIRECTA.

Entradas y Vidrieras

Florida, Paraguay, San Martín y Córdoba

EL MATCH GAUDIN-NADI

GRANDES DISCUSIONES HA PRDVOCADO EL TRIUNFO RECIENTE DE LA ESGRIMA FRANCESA, REPRESENTADA POR EL MAESTRO GAUDIN, SOBRE LA ITALIANA, A CARGO DE NADI. ESTAS DISCUSIONES ORIGINARÁN, SIN DUDA, OTROS ENCUENTRDS ENTRE ESGRIMISTAS DE TAN CÉLEBRES ESCUELAS.

SAISON D'HIVER - 1922

La **MAISON CARRAU**

1093, ARENALES, ESQ. CERRITO UNIÓN TELEF. 2013, JUNCAL

a l'honneur de vous communiquer qu'elle montrera des modéles de:

Chanel, Doeuillet, Ch. Drécoll, Georgette, Jenny, Madeleine, Patou, Renée, Reboux, Talbot, Worth, etc.

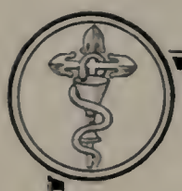
et une collection de robes specialement destinées á la jeune fille dans la

2eme QUINZAINE D'AVRIL

UNICO AVISO

EL HELICOPTERO PESCARA

CON UNA TENACIDAD ADMIRABLE, QUE EL TRIUNFO LENTAMENTE PREMIA, PROSIGUE EL MARQUÉS DE PESCARA LOS ENSAYOS DE SU HELICÓPTERO. ÚLTIMAMENTE CONSIGUIÓ ELEVARSE A CINCUENTA CENTÍMETROS, Y EN LA ACTUALIDAD ESTUDIA LAS REFORMAS QUE DEBE INTRODUCIR EN SU MÁQUINA.



Si Vd. tiene canas...

no se las tiña, use el Agua de Colonia "LA CARMELA", loción perfumada que devolverá a sus cabellos el color original. Se aplica al peinarse como cualquier loción.

Precio del frasco: $ 8.
Solicite nuestro folleto P.

J. L. CONDE Y CÍA.
C. PELLEGRINI, 426 - Bs. As.
U. T. 5877, Rivadavia.

AGUA DE COLONIA "LA CARMELA"

Modelo "Dr. Glenard".

Fajas sobre medida

para Señoras y Hombres

Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para embellecer el cuerpo como para cualquier defecto del mismo. Se aplican en las fajas placas pneumáticas, legítimas, para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc. con receta médica. Medias y vendas elásticas, bragueros, etc.

PIDAN PRECIOS

Casa PORTA

341, Piedras, 341 Buenos Aires

CASA
ANDRÉS CONTE
CORRIENTES 760
BUENOS AIRES

ACTUALMENTE EN PLENA LIQUIDACION DEL
CALZADO FORTUNATO
A MITAD DE SU VALOR
POR ELIMINARSE DICHA MARCA DE LA CASA.
OPORTUNIDAD UNICA

EL OTOÑO CON SUS PRIMEROS FRÍOS PUEDE PERTURBAR SU EXISTENCIA

A fin de afrontar cualquier emergencia es una excelente precaución munirse de un pomito

"NASYL" AL MENTOL, CONTRA RESFRIOS Y GRIPPE

POMO OLIVA ESTERILIZADO A BASE DE VASELINA BÓRICO-MENTOLADA

Tratamiento racional y enérgico de las enfermedades de la nariz, coriza, catarro naso-faríngeo, preventivo contra el catarro tubo-timpánico y la otitis.

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS

UNICOS REPRESENTANTES: A. SAMENGO Y CAMPONOVO
JUNCAL, 2002 - Buenos Aires — Unión Telefónica, 2544, Juncal
REPRESENTANTE EN MONTEVIDEO: F. GRECO, CALLE RECONQUISTA, 539

¿Cuando podré ser como papá
para tomar antes de cada comida y... cuando quisiera una copita de KALISAY?

Estimula el apetito, da vigor y fortalece este gran producto nacional. Es el mejor aperitivo vino-quinado que recomiendan los médicos.

Señora: si desea tener buen apetito, y por lo tanto, salud, tome usted y déle a sus niños una copita del delicioso KALISAY.

LAGORIO, ESPARRACH Y CÍA.
BUENOS AIRES

KALISAY

Crane's Linen Lawn

EL PAPEL DE ESCRIBIR DE MODA

Este papel da a las cartas ese sutil encanto que toda mujer quiere dar a su conversación y a sus modales. Es un papel distinguido para gente de gusto refinado. Se fabrica de bellísimos colores y los sobres de los más novedosos estilos.

SOLICÍTELO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y PAPELERÍAS

AL CELESTE IMPERIO

司公利宏

WONG LEE & Cía.
C. PELLEGRINI, 500-ANEXO: LAVALLE, 1023
UNIÓN TELEFÓNICA 2539, LIBERTAD

CASA ESPECIAL EN OBJETOS ARTÍSTICOS PARA COLECCIONISTAS.

GRAN COLECCION DE MARFILES Y PORCELANAS.

PIDAN CATÁLOGOS.

Buda de terracota encontrado en las murallas de Cantón, trabajo del siglo XVII.

La Verdad es Potente e Inevitablemente Triunfará

LA aceptación universal de los automóviles STUDEBAKER se ha comprobado una vez más por el hecho de que los negocios de la Studebaker Corporation fueron mayores en el año 1921 que en cualquier otro periodo de su historia.

A pesar de que el número total de todos los automóviles vendidos en 1921 (menos el Ford) mermó en un 40 % comparado con el volumen de ventas en 1920, el promedio total de las ventas de coches STUDEBAKER fué 29 % mayor que en el año 1920, y en el Canadá 64 % mayor que en 1920.

La totalidad de los coches STUDEBAKER vendidos en 1921 tanto en la ciudad de Nueva York como en el municipio de esa misma capital sobrepasó a la de cualquier otra marca exceptuando solamente el Ford.

STUDEBAKER es el fabricante más grande del mundo, de automóviles de seis cilindros.

La inmensa popularidad de los coches STUDEBAKER sólo se puede explicar por su alta calidad, su construcción sólida, y los resultados altamente satisfactorios que rinden a sus propietarios. El hecho de que nuestras ventas de piezas de repuesto en el año 1921 fueron menor en un 12 % comparado con las de 1919 atestigua la resistencia de nuestro producto bajo todas condiciones de uso, y esto a pesar de que en los años 1920 y 1921 fabricamos e hicimos distribuir 118,000 coches nuevos. Tomando como base la cantidad de coches STUDEBAKER en circulación durante el año 1921, vendimos al propietario de cada coche un promedio de $ 16 de repuestos, inclusive las reparaciones motivadas por accidentes.

Tanto los materiales como la mano de obra empleados en la fabricación de los coches STUDEBAKER pertenecen a la más alta categoría conocida en la industria, y es imposible conseguir por ningún precio un mayor rendimiento o que compense más ampliamente el dinero invertido. Es pueril y ociosa la tesis que invocan ciertos fabricantes y según la cual los precios altos son sinónimos de coches finos, por cuanto los precios no se gobiernan por el valor real y efectivo de la mercadería sino por los costos de producción del fabricante respectivo, y que varían de acuerdo con la habilidad y facilidades fabriles que posee cada uno. Es evidente que los elevados costos de producción, respondiendo inevitablemente a la incompetencia o la falta de facilidades fabriles, no señalan tan sólo precios altos sino coches que en realidad son inferiores.

Con $ 70.000.000 oro americano de activo real, inclusive $ 36.000.000 oro americano invertidos en fábricas y maquinarias modernas, STUDEBAKER surge sobresaliente en pericia y recursos para *la fabricación económica*, y ofrece *el mayor valor real* por su precio.

Este es Otro Año Studebaker.

The Studebaker Corporation of America

Avenida de Mayo, 1235 **U. T. 5935 Rivadavia** **Buenos Aires**

AÑO VII
NÚM. 71

Plus Ultra

MARZO
DE 1922

FILOSOFÍCULA
LOS · CIEGOS · DE · JERICÓ

Los dos ciegos que al salir de Jericó para Jerusalem, curó Jesús devolviéndoles la vista, siguiéronlo acto continuo, dice el capítulo XX de Mateo en sus versos 30.º al 34.º donde está narrado el prodigio.

Pero esa noche, cuando Jesús se retiró a Betania para descansar, porque ya era visible la hostilidad de los sacerdotes contra él, notó la ausencia de los mendigos.

—Quedáronse, sin duda, en Jerusalem por cobardía, insinuó Judas, que era intransigente porque era malo. Y añadió: ¿Quién no conoce la ingratitud de la canalla?

—La gente es ingrata y cobarde, repuso Jesús, porque se halla envilecida. Pero sólo haciéndole el bien se ha de sacarla de la vileza. Aceite de suavidad, que no vinagre, ponemos en la llaga enconada. Yo no devolví a esos míseros la vista para que me siguieran, sino para que, dueños de sus ojos, tomaran el camino de su elección.

Entonces llegó un publicano diciendo:

—Uno de los ciegos, que cuando vidente fué ladrón, púsose ya a aprovechar del milagro para sus infames tragines. El otro no ha tardado en irse tras el encanto lascivo de las cortesanas.

—¿Qué mucho, compadeció el rabí, si el hambriento se harta voraz, puesto de golpe ante los manjares? ¿Y no sabéis que la hermosura de la mujer motivó al principio de los tiempos la caída de muchos ángeles de luz? ¿Quién condenaría, pues, a esos pobres ciegos por el abuso de sus ojos recobrados? Dejadlos gozar un momento aunque sea en la culpa. Que ésta la asumiré yo, por haberles devuelto la vista de que abusaron.

—¡Entonces, Maestro, es menester perdonarlo todo!...

—Mejor es todavía hacer siempre el bien. Triunfaría, por cierto, el mal, si la bondad del perdón no fuese más grande que la maldad de la culpa. Cada vez que perdonáis, lo que hacéis es compadecer a un ciego. Proceded como habéis visto que hice con los mendigos de Jericó: Para sus ojos tuve la luz, para sus faltas tengo el perdón.

LEOPOLDO · LUGONES

ILUSTRACIÓN DE ÁLVAREZ

ESPEJISMO JAPONES

EL arte rivaliza con la naturaleza creando espejismos. Quizá sea éste su único fin: darnos la sensación viva de cosas pasadas o lejanas, imposibles o difíciles de alcanzar. El espejismo es una aproximación mentida que en pleno desierto, en plena mar, ofrece a los peregrinos momentáneas visiones del lejano descanso. Por eso los espejismos del arte, más sólidos y tangibles, superan a los otros.

Una salita cuidadosamente amueblada a la japonesa constituye un espejismo artístico que influye sobre nuestro espíritu. Toda la lógica sentimental que creó aquellas costumbres y aquellos muebles viene a poner dulce beneficio en el vivir de las criaturas occidentales factoras del espejismo. Un Buda dorado de extática y bondadosa sonrisa, un hombre-dios que derramó verdades y mansas rebeliones, preside el rinconcito donde florece tanto arte exótico. Y los muebles policromos cuyas lacas, marfiles, nácares, purpurinas, sedas, bronces, dibujos y tallas proclaman todo el primor de una cultura legendaria, se ordenan formando un santuario, una capilla del Buda piadoso y altruísta.

Un poco de ensueño, un poco de espejismo para distraer la mente fatigada. Ningún refugio artístico lo brindará mejor que la salita japonesa ordenada por una suave mano de mujer espiritual. Por eso la moda de reproducir estas salitas va extendiéndose. Mas es necesario comprender estos refugios que ofrece la fiel evocación de un pueblo artífice.

EN EL RINCONCITO DONDE FLORECE TANTO ARTE EXÓTICO, HOJEA PÁGINAS PERFUMADAS LA SEÑORITA MARÍA ROSA CHRISTOPHERSEN LEZICA.

El «boudoir» de María Luz de Torre Hermosa, la preciosa heredera de los acaudalados Torre Hermosa, era una maravilla de lujo y «confort». Nada de cuanto el refinamiento ha inventado para la comodidad de las muñequitas de carne y hueso faltaba en él. Estaba este instalado en una amplia pieza, con gran puerta balcón que abría sobre el jardín del palacio, que tal era la mansión de los padres de María Luz, por ella penetraba la luz a raudales y un airecito fresco que impregnaba el ambiente de olor a flores, a verdura, a primavera, haciendo olvidar la tristeza del invierno que, menos crudo que otros, tocaba a su fin.

Las paredes tapizadas con «gobelinos» — legítimos — que representaban las cuatro estaciones del año, imprimían un carácter de suntuosidad a la habitación, que se disipaba con la presencia de los muebles y objetos que la adornaban, casi todos ellos sencillos y femeniles. En un ángulo un diván, cuya colocación en ese sitio más se adivinaba que se veía, por la profusión de cojines que, diseminados en el suelo y sobre él, lo ocultaban casi por completo. Los había de todos tamaños, colores y formas: ese rincón hacía pensar en una sultanita muy linda y perezosa. Haciendo frente, en el otro ángulo de la pieza, una biblioteca, atestada de libros, desmentía ese pensamiento, pues los volúmenes que contenía eran todos obras de indiscutible mérito: clásicos ingleses, franceses y españoles demostraban la cultura de su dueña. En un costado una «toilette» llena de frascos, objetos de plata y demás bagatelas que la coquetería exige para mantener la hermosura. En el centro una gran mesa de nogal obscuro, soberbiamente tallada, que debía servirle de escritorio, a juzgar por el tintero y demás útiles que sobre ella descansaban. Su presencia chocaba un poco en ese ambiente de tan refinada feminidad; al lado de los otros muebles que completaban el ajuar de la pieza — sillas, biombos, confidentes, etc., — todos de laqué blanco, parecía un señor grave y severo que quisiese imponer su seriedad. Esa mesa y el único cuadro al óleo que adornaba la pared frente a la «toilette», y que se reflejaba en el espejo de ésta, eran lo más querido de su dueña de cuanto contenía la habitación. Ambos eran herencia de su abuela materna, de quien llevaba ella el nombre, y con la cual tenía un sorprendente parecido, como lo atestiguaba el cuadro que la representaba a los veinte años, meses antes de morir. María Luz tenía sus mismos ojos luminosos, grandes, rasgados, con la expresión soñadora y tierna de las apasionadas, los que sombreaban largas pestañas destinadas a ocultar las emociones que en ellos se reflejasen, velando como con diáfano tul su excesivo brillo; era su misma nariz delgada y recta, su misma frente amplia, coronada por abundantes cabellos de color único e indefinible, ni oscuros ni claros, con pinceladas rojizas que recordaban las vírgenes del Tiziano; era su mismo óvalo delicado y hasta el hoyuelo en la barba que daba cierto aspecto picaresco a esa cara romántica de dulcísima mirada. Un solo detalle hacía que esas dos fisonomías no fuesen semejantes como lo son dos gotas de agua entre sí, modificando un tanto su expresión: las bocas eran distintas. La de la abuela, pequeña y bien delineada, como la de la nieta, era de labios más delgados que los de ésta, dando a su cara un aspecto de firmeza y energía que sus demás facciones no hacían sospechar siquiera. La de la nieta, en cambio, era una preciosa boca de labios carnosos, frescos, húmedos, como fruta en sazón. Era una boca de tentación...

Sin duda esa otra María Luz, muerta en la flor de la edad, rodeada de tanta poesía, a pesar del empeño de presentarla a los ojos de la nieta como una víctima de su desobediencia, había sido todo un carácter; ¡cuántas veces había escuchado su historia María Luz de Torre Hermosa! Ese día, sentada ante su «toilette», afirmada de codos en ella, con la cara apoyada en la palma de sus pequeñas manos, contemplando su imagen y la de la abuela, reflejadas en el espejo, pensaba en la historia de aquélla mil veces escuchada. — «Hija única, habían querido casarla con un joven de acaudalada fortuna, de altos abolengos, pero ella había rehusado ese partido, huyendo de su casa y casándose con el hombre que amaba. Sus padres la desconocieron desde ese día, pues el hombre que les robaba a su hija era un artista, un pintor, que comenzaba su carrera y que fuera de su cariño no tenía nada que ofrecerle. Algunos decían que era «segundón» de una noble casa española; pero se sabía de cierto que era un bohemio, un infeliz, que la haría morir de miseria. Efectivamente, había muerto al cabo de dos años, al dar

a luz su hija, y el artista, perdida su compañera, su única inspiradora, se había suicidado dejando a la nenita sola en el mundo. La muerte redime las peores faltas, y los padres que no quisieron perdonar a la hija, acogieron a la nieta, la educaron y casaron como correspondía a una descendiente de los Del Valle. Y así había nacido ella, esa segunda María Luz, tan soñadora y poco convencional como la otra. Y queriendo profundizar más aún esa historia, saber el misterio de esa alma, María Luz escudriñaba en vano en ese retrato que la representaba próxima a la partida, la huella de los dolores con que la amenazaron; en vano quería descubrir en sus labios el pliegue de amargura del desencanto; sus ojos nada decían de penas, miraban con ternura profunda; en esos labios nada había de amargo, vagaba en ellos una dulce sonrisa. ¿Entonces, qué? ¿Mentían los que la dijeron infortunada? ¿Había encontrado en el amor de su pintor la dicha que pretendía? ¿Era su energía la que la hacía disimular, para no confesarse derrotada? ¿Era su voluntad?... ¿Esa poderosa voluntad que la ayudó a dar el paso que la conduciría al hombre obscuro que adoraba, renunciando así a todos y a todo por él, la que seguía sosteniéndola y dándole fuerzas para ocultar sus desencantos y dolores? No, eso era imposible, todo sufrimiento deja su huella imborrable, y en esa fisonomía tranquila y serena nada hacía sospechar luchas interiores, renunciamientos, desencantos...

Un golpecito en la puerta turbó la meditación de María Luz, volviéndola a la realidad presente. Maquinalmente contestó: «Adelante, entre»... La puerta se entreabrió y apareció en el marco de ella el rostro enjuto y arrugado de miss Kate, su antigua institutriz, quedada en la casa para acompañarla en sus paseos matinales, al tennis y demás salidas en que la presencia de su madre no sería indispensable.

— Darling, su mamá pregunta si estará lista para salir a las cuatro y media

Sin invitarla a entrar, María Luz interrogó:

— ¿Qué hora es, miss?

— Las cuatro, Marylight.

La inglesa adoraba a su discípula, todo en ella a su juicio era perfecto; en su pasión queriendo darle los más afectuosos nombres había llegado a bautizarla en su idioma. ¡Para los ingleses, lo mejor es siempre lo suyo!...

— Diga a mamá, por favor, que estaré pronta a esa hora.

— All right, dear.

La puerta se cerró, pero a pesar de la promesa que acababa de hacer, la niña no se movió de su asiento, y dos minutos más tarde ya se había olvidado de ella absorta nuevamente en sus pensamientos.

Esa tarde debían presentarle al elegante y codiciado joven a la moda, al insinuante Ricardo de Castro, que manifestaba su entusiasmo por ella, siguiéndola al cine, a los paseos, a todas partes, como si una casualidad le colocara siempre en su camino. No se escapaba a María Luz la importancia de esa presentación, pues sabía que su padre gustaría de ese enlace que uniría dos de los nombres más ilustres, las dos fortunas más poderosas de la República. Pero, ¿y ella? ¿Qué haría de su corazón, de sus sentimientos? ¿Qué le importaba que Ricardo tuviese los más hermosos caballos de carrera, los autos más modernos, que fuese el primer bailarín en sociedad, que las chicas se peleasen por sus miradas, por una palabra suya? ¿Qué le importaba a ella, que tenía su corazón lleno del amor de Pedro Vélez, el joven escultor que había conocido en la estancia de sus amigas las de Rodríguez, que gustaban rodearse de gente de arte aunque no fuesen ricos ni patricios? ¿Cómo renunciar a él, a él que amaba con todo el vigor de su alma joven y sentimental? ¿Cómo confesar ese amor sin atraerse una tormenta mayor aún que la provocada años atrás por esa linda abuelita que la miraba fijamente, sin turbarse, inmóvil en su marco, insensible a su congoja? ¡Ah! ¿por qué, junto con legarle su fisonomía, no le había legado también su energía? ¿Por qué ella se sentía desfallecer a la idea sola de tener que manifestar a los suyos el deseo de unirse al que amaba? ¿Por qué su amor tan grande no le infundía ánimos?... ¿Qué le importaba el decir de las gentes, ni su lujo y comodidades? Y sin embargo sentía que la voluntad de su padre firme y poderosa la dominaría; que sin fuerzas para luchar, se dejaría casar con Ricardo de Castro, u otro... el que le eligiesen; y como todos los seres débiles, con lágrimas y pensando en morir, estaba pronta a esquivar la lucha que se presentaría, imponiéndose a ella si quería defender su cariño. Entre sollozos murmuró: «Abuelita, tú que supiste de penas de amor, ten compasión de mí, llévame contigo ya que no podré ser de Pedro...» Pero ni el eco le respondió y la abuela en su placidez, parecía decirle: «Yo luché y fuí feliz».

Una campanada del reloj en la pieza vecina la hizo estremecer. Era la media de las cuatro. «Es la hora, pensó, y a mamá no le gusta esperar». Precipitadamente terminó su tocado, y momentos después, convertida en la muñequita de lujo que era para los demás, envuelta en pieles, la huella de las lágrimas disimulada con un poco de polvos y una ligera sombra en los ojos, abrió la puerta y respondió al llamado de su madre con un: «voy mamá...» apenas trémulo. Antes de salir se volvió hacia el retrato, el que iluminado por un débil rayo de sol parecía animarse, tomar vida, y, como para agradecerle una resolución que la inspirara, con la punta de sus deditos enguantados le envió un beso.

Eran las cinco de la tarde cuando madre e hija llegaron en su lujoso auto a Palermo. Gustaban en los días de sol, antes de ir a cumplir con sus deberes mundanos, dar una vuelta por las avenidas de ese paseo eternamente nuevo y hermoso en medio de su verdura, que reposa el alma de las huellas y dolores de la vida diaria. La señora de Torre Hermosa, muy joven aún y que conservaba en toda su esplendidez la belleza que le conquistara el calificativo de divinidad con que la designaban, poseía un sentimentalismo que los veinte años de matrimonio al lado de un hombre frío y calculador como su esposo no habían conseguido destruir. Para contrarrestar la «perniciosa herencia», como decían sus abuelos, la habían casado a los quince años con Héctor de Torre Hermosa, que mayor diez años que ella y muy poco dado a romanticismos, sabría hacerle apreciar la vida bajo su verdadera faz. Ella, la sensitiva y tierna Diana, se había inclinado ante la voluntad de sus abuelos, segura de antemano, por haberlo escuchado mil veces, que sería inútil protestar. La habían calificado de sin juicio, porque manifestaba su entusiasmo por la naturaleza, su pasión por las flores y las aves. ¿Qué no dirían si confesaba que quería casarse por amor, y aunque fuese con un desconocido? Esa su primera sumisión trajo consigo las demás: su marido lo resolvió todo por sí mismo, sin consultarla para nada. Ella habló y hasta se esforzó por no pensar sino aquello que él le trasmitía. En una palabra, renunció a su personalidad, sintiendo que ambos eran tan distintos como el día y la noche, deseosa de tener paz, ya que las cosas no tenían remedio. Se replegó en sí misma, y cuando las lágrimas la ahogaban y su ser se rebelaba contra esa injusticia del destino, corría adonde estaba su hijita, y en ese amor infinito, inmenso como ninguno, ahogaba sus vanas quejas y hallaba su compensación. Pero esos años habían pasado, su nenita crecía y sería preciso educarla; en esa educación tampoco había podido tomar parte, pues su marido, juzgando pernicioso para la niña los excesivos mimos de la madre y sin tomar en cuenta la ofensa y el dolor que significaría para ésta, había hecho venir una inglesa — esa misma miss Kate — que reemplazaría a la madre al lado de la hija y que se ocuparía de su instrucción. Separadas ambas por ese medio, ni la una ni la otra tuvieron ya días de alegría. La madre se replegó más completamente en sí misma, y la niña, por más excelente que fuese su institutriz, aprendió a no confiarse. La frialdad británica heló sus manifestaciones de entusiasmo, y cuando alguna exclamación viva se le escapaba, un «schoking» severo de miss Kate, la hacía enmudecer. La hija creció tan distante de la madre que jamás se le hubiese cruzado por la mente recurrir a ella en busca de amparo. Lo que es instintivo en todos los seres, para ella fué un sueño. Sin embargo la adoraba. María Luz nunca habría pensado en culpar a su madre de abandono; sin explicárselo bien, comprendía ese alejamiento aparente de ambas; la veía tan débil y sumisa con su padre, ella misma experi-

mentaba con tanta violencia esa voluntad subyugadora e indomable, que no imaginaba siquiera que pudiesen ser distintas. Y así cuando ambas necesitaban desahogar sus corazones desbordantes de ternura, ávidos de cariño, agitados por emociones y anhelos insatisfechos, pensaban en la muerta que no conocieron y que les legó su sensibilidad... La madre lloraba su orfandad real, que la condujo a esa vida tan distante de sus aspiraciones; la hija lloraba la orfandad impuesta que sin sostén la llevaría también a ella a otra vida que la con que soñaba. Y la abuelita hermosa y joven se idealizaba en sus imaginaciones, sin que ninguna de las dos consiguiese substraerse a su suerte teniendo la valentía de imitarla.

Por orden de la señora de Torre Hermosa, el chofer había tomado por la solitaria avenida de los sauces, alejándose del bullicio y tráfico de las otras más concurridas a esa hora. El auto seguía avanzando lentamente; la tarde declinaba y la noche venía envolviendo en suaves tonalidades el paisaje. Allá lejos se oía el murmullo de la gran ciudad; acá era la paz augusta de la naturaleza que se entrega al reposo... En el cielo algunas pálidas estrellas empezaban a enviar su luz. Embebidas en sus pensamientos, madre e hija callaban!... ¡Era la bendita hora de la calma en que el alma sueña y espera contra toda esperanza! ¿Hay algo más hermoso, que encierre más honda poesía que el atardecer? ¡Es la hora en que dormido el pensar, todo nuestro ser se recoge e impregna con la dulzura del ambiente!... ¡Es la hora en que las almas se buscan, en que las manos se unen en una leve y conmovedora caricia!... ¡Es la hora del silencio y del amor! ¡Desdichados aquellos que no han sentido la profunda emoción, que no han experimentado la bienhechora influencia del atardecer!...

La madre, habituada a desprenderse de los momentos de romanticismo para obedecer las órdenes de su marido, fué la que rompió el encanto.

— Creo que es hora de volver, nena...

Un ruego apenas expresado le respondió:

— Ya... mamita.

— Sí, hijita. Tenemos que llegar a casa de las Tillier antes de las seis y media.

— ¿Y si... no fuésemos?

— ¿Qué diría tu padre?

— Es verdad... volvamos.

Y sumisas a esa voluntad que hasta desde lejos las dominaba, emprendieron el regreso. Poco a poco el auto volvió a mezclarse con el inmenso desfile de coches que volvían del paseo, dejando atrás las silenciosas avenidas, las emociones y deseos que éstas inspiraron. Ya estaban nuevamente en el bullicio, en medio de ese mundo en el cual se movían, ellas, las hijas del sentimiento, las desheredadas del amor, como autómatas, como frívolas mujeres, como si fuesen incapaces de sentir y desear otra cosa que aquello que la fortuna les brindaba.

¡María Luz, que había hecho el propósito antes de salir de confiar a su madre sus angustias, al ver su amor en peligro de zozobrar, nada había dicho!... ¡Se había disipado el encanto!... ¡Ese instante de ensueño, allá en la poética avenida de los sauces, se había esfumado llevándose la emoción que hiciera vibrar sus almas! Ese momento de quietud que les diera la ilusión de la felicidad y que invitaba a las confidencias había pasado... ¡Y cuando, media hora más tarde, entraron en el salón de las de Tillier, no quedaba de la impresión resentida más huella que un mayor brillo en sus ojos, y un nuevo dolor de renunciamiento en el alma!...

.....

¡El triunfo de Pedro Vélez estaba plenamente consagrado! ¡Los periódicos lo comentaban llenos de elogiosos conceptos para el joven escultor que tan rápidamente llegaba a la gloria! ¡Hacía apenas cinco años que había partido a Roma a perfeccionar sus conocimientos, y volvía consagrado maestro de donde sólo conquistan laureles los genios! Los aplausos llegaban más moderados y discretos hasta la valiente y bella compañera que, intrépida y sin temor, le había acompañado alentándole con su fe en el éxito y con su amor. María Luz leía y releía esas líneas que hablaban de su «primero y único amor» y una emoción extraña la iba embargando. Todo el pasado resurgía en su mente evocado por ese hecho innegable y que la desconcertaba, haciendo acudir las lágrimas a sus ojos: ¡Pedro Vélez triunfaba, y empujado por el amor de otra!... ¿Y ella? ¿No le había amado acaso también? No podía negar su amor sin negar su vida, pero, ¡cuán débil y mezquino le aparecía ahora ese su sentimiento al lado de ese otro que no había desdeñado ni la lucha ni el sacrificio!... ¡Cuán orgullosa se sentiría esa mujer que lo había acogido con toda su ternura cuando, loco de dolor por su rechazo, había estado a las puertas de la eternidad! Ella había sabido todo por Elvirita Rodríguez. Sin valor para luchar contra la voluntad de su padre que deseaba casarla con Ricardo de Castro, y sin resolverse tampoco a decir adiós a Pedro después de haberle jurado que sería de él o de nadie, había encontrado en su abandono de ser débil el medio de substraerse a uno de estos dolores. El más fácil de evitar era cortar con Pedro, e inconsciente del horrible daño que haría, deseosa al mismo tiempo de atenuar el golpe, escribió unas cuantas líneas en las que le manifestaba que habiéndose interrogado creía que no podría hacerle feliz. El pobre muchacho, al recibir esa carta fría e indiferente cuando más lleno de esperanzas e ilusiones estaba, vió derrumbarse su vida en ese instante. Una fiebre espantosa le acometió y durante días y días sólo repetía en su delirio: ¡María Luz, María Luz!, con el ansia de un niño que al borde de la tumba clama por su madre. Los médicos que le asistieron desesperaron de salvarle, y jamás creyeron que si libraba su vida conservaría la razón. En ese terrible trance le cuidó con incansable solicitud, velando día y noche a su cabecera, disputándole a la muerte con toda su energía y su cariño, la que hoy era su esposa: Magdalena de Sevry. Hija de franceses venidos a menos en tiempos de la revolución, vivía con su madre inválida, a quien sostenía con su trabajo, en el departamento contiguo al de Pedro Vélez. La simpatía, afabilidad y corrección del mozo la habían enamorado, sin que nunca él, demasiado absorto por los encantos de María Luz, reparase en su linda vecina. Pero Magda, como la llamaba su madre, era de las que saben sufrir y luchar. Conocía la indiferencia de su vecino, y sin saber la causa que la motivaba estaba cerca de adivinarla por los bruscos cambios que sufría el carácter de Pedro, ora alegre y comunicativo, ora silencioso y triste. Debe estar enamorado, se decía, ¿pero de quién? Sin duda de alguna que será incapaz de apreciar su talento. Y esa idea la hacía querer más a Pedro y le daba ánimos al suponer inferior a la rival para luchar y conquistarle.

Es muy posible que nunca hubiese conseguido su objeto si esa misma rival no se encargara de facilitar la tarea renunciando al artista. ¡Cuánto le amaba ella!... Y cómo repetía viéndole morirse por la ingrata: «Insensato, pobrecito mío, morirse por esa que no le quiere estando yo con todo mi amor para él».

¡Y el milagro que la ciencia sola no habría realizado, lo obtuvieron unas manos blancas que curaban, unos ojos bellos que daban ternura, un corazón que sabía amar! ¡Y Pedro salvó, y Pedro volvió a la vida, y Pedro, que en un momento de locura maldijo el amor, volvió a querer con todas sus fuerzas!... Y ella, María Luz, se casó con el novio que le eligieron, y continuó encerrada en un círculo de hierro; su vida árida de sentimientos, toda de ostentación, miserable como ninguna, pues su miseria no se cubre con harapos sino con seda, no tiene el derecho cual el pobre de tender la mano y solicitar un mendrugo; ella ¿a quién pediría una limosna de cariño? ¿Qué habían sido esos cinco años de matrimonio? Emociones compartidas, luchas, vida, amor, para el hombre que rechazó por su pobreza. ¿Para ella? ¡Desencanto, monotonía, tristeza!...

Quería ver, necesitaba conocer las obras que despertaban la admiración de cuantos las contemplaban. ¡Era preciso que ella visitase la exposición de Pedro Vélez; una irresistible fuerza, una curiosidad invencible la empujaba hacia allá, donde tendría que sentir más punzante su soledad, con la demostración hecha arte, del amor triunfante! Pero quería ir a una hora en que nadie la interrumpiese, en que el público ávido de novedades que comentar, no llenara las salas con su charla superficial. Ella no quería «mostrarse»; quería «ver»; y sin darse cuenta casi de lo que hacía, dominada por el impulso que la arrastraba, pidió su coche y se hizo conducir a la exposición.

Eran las diez y media de la mañana cuando entró en la primera sala. Estaba desierta. Tranquilizada por la seguridad de que nadie la importunaría, empezó lentamente a recorrerla. En un ángulo, un poco en la penumbra, se divisaba un pequeño mármol, cuyas formas no alcanzaba a distinguir, y por eso que parecía querer ocultarse resolvió comenzar su visita de investigación. Cuando se halló ante él, apenas si consiguió contener un grito. Esa «Quimera» era ella, ella idealizada por el artista, pero ella sin lugar a dudas. Se inclinó y leyó la fecha en que había sido esculpida: 19... ¡El año en que habían dejado de verse, después de «su» enfermedad! ¡Cuánto la habría amado! ¡cuán profundamente grabada la tendría en su mente! ¡cuán presente estaría en su pensamiento para que ni un detalle faltase que permitiera confundirla!... ¡Qué nombre le había dado! ¡Quimera! ¡Sí, tenía razón, ella había sido «su quimera»! ¡Con cuánta propiedad e hidalguía la había simbolizado: una hermosa mujer perdida entre nubes! ¡Esa era ella perdida para él!... Unos pasos que se alejaban en la sala vecina, la recordaron que muy pronto no tendría libertad para contemplar las otras obras sin testigos; y haciéndose violencia se arrancó de ese sitio en que veía su imagen embellecida por un sentimiento grande y noble, que cobardemente desechó! Lágrimas de fuego arrasaron sus ojos. Se alejó de esa «Quimera» que ponía ante ella con toda su crudeza la amargura y desencanto de su vida. Quería conocer a la «otra» a esa Magda que la había reemplazado en el corazón de Pedro y se dirigió hacia las otras esculturas que adornaban la sala. Primero una «Appassionata», representada por una mujer de hermosura cautivadora, en cuya fisonomía se reflejaba una pasión tan intensa que fascinaba. Con los brazos extendidos, la cabeza un poco hacia atrás en espera de la caricia que vendría, era maravillosamente real de expresión. María Luz sintió al mirarla como si un puñal de hoja muy fina y afilada le penetrara en el corazón. Volvió, herida, la vista más allá. Seguía a la «Appassionata», «Maternidad», con la misma modelo, pero con una dulzura en el semblante que la anterior no tenía: la otra pedía protección y amor, con todo su ser tendido vibrando ya de la caricia que vendría; ésta le daba ese amor al pequeño que contemplaba entre sus brazos.

Un «Luchador», «El Pensador», una copia del «Moisés», una «Bacante» y «La bailarina con antifaz», completaban esa sala. Pero estos últimos, aunque todos poseían la perfección de la línea y la expresión que caracterizaba las obras de Pedro Vélez, se notaba que habían sido «trabajados» y no «inspirados» como los tres primeros. Sin duda las había hecho durante los meses en que su amada Magda no podía posar, porque su estado se lo impedía antes del nacimiento de su hijo. ¡María Luz volvió otra vez a extasiarse ante esa «Maternidad» que expresaba tanta tranquila felicidad, tanto orgullo justificado! Esa era la «otra» recompensada plenamente... Sintió un nudo en la garganta, como si una garra le destrozase el corazón. Extendió los brazos para alcanzar ese pequeño que debiera haber sido suyo y éstos cayeron pesadamente. ¡Anhelo vano! Ese hijo del amor tenía madre. ¡Ella ni siquiera un hijo del deber tenía que endulzara su soledad! ¡Silenciosamente las lágrimas corrían por sus mejillas; ya no pensaba en que vendría gente, en que la podrían ver abatida, en que debía ocultar su dolor!...

Un murmullo de voces muy suaves la hizo volver la cabeza. ¡A su lado, frente a la «Appassionata» Vélez y su mujer, ajenos a todo, muy juntos el uno al otro, miraban en esa obra su pasado de amor! Su presencia fué demasiado cruel para María Luz; no pudo resistir la visión de esa dicha que jamás alcanzaría, y sollozando con la amargura de lo irreparable, huyó de ese sitio en que tanto ella como su felicidad estaban simbolizadas por la «Quimera»...

CARMEN TAGLE

POR PABLO DELLA COSTA (HIJO)

El mes pasado tío Juan, desde su pueblo, me escribía:

«Entre los chacareros hay ahora mucho interés por automóviles de segunda mano. La cosecha se presenta bien. Cómprame unas carrindangas, fletalas, y gira.»

Me puse, pues, en campaña: visité las casas del ramo, y luego contesté a tío Juan:

«Me he ocupado de tu asunto. Yo ya tenía mis nociones sobre esto de los automóviles de segunda mano, pero las he rectificado y restaurado en tu obsequio, de modo que sean conducentes a tu negocio. Desde ya debo prevenirte que, a juzgar por la forma sencilla y perentoria en que me haces el encargo, tu no entiendes nada del negocio. Absolutamente nada, te lo aseguro. Muy suelto de cuerpo me ordenas: *compra carrindangas;* agregas un fin inadmisible: *para vendérselas a los chacareros;* y concluyes con una razón absurda: *porque la cosecha será buena.*

Esto me demuestra, querido tío Juan, que todavía tú, como yo antes, crees, iluso, que la adquisición de carrindangas no ultrapasa los previstos límites de otra vulgar operación de compraventa, y que aun supones que una tal operación pueda tener relaciones o afinidades con la locomoción mecánica, así urbana como rural.

Como, de persistir en semejante error, tu quiebra sería segura, voy a ilustrarte.

El eje de toda la cuestión gira alrededor de una pequeña diferencia, es una *nuance* tan tenue que pocos la aprecian a primera vista.

Un coche nuevo es aquel respecto del cual puede formularse tímidamente la suposición optimista de que, mientras se le mantenga en relación masónica con cierto y determinado mecánico que guarda celoso el secreto de su funcionamiento periódico, será capaz de trasladarse de un punto a otro, por sí mismo, o por la favorable intercesión de una yunta de bueyes. Ahora bien, tratándose de un coche de segunda mano, semejante suposición no sólo sería ajena, pero hasta contradictoria del interés final de la operación comercial, y el presunto comprador debe anticiparse a desecharla de plano si no quiere que sufran su orgullo, su giro mundano y la reputación de su buen gusto artístico. Prácticamente, el coche nuevo y sin *pedigree* responde a la demanda vulgar del burgués, del filisteo y del *nouveau riche;* por la carrindanga sólo alcanzan a interesarse el refinado de nervios de seda, el hombre de clase, el esteta. El primero se ofrece en venta así: 60 caballos, 20 litros por cien kilómetros, cojines tapizados de búfalo, elásticos de doble suspensión y amortiguadores, 90 millas por hora, 7.000 pesos. Al segundo se le coloca así: Perteneció al descuartizador Ernst, sesos de Conrado en el radiador, cojines manchados de sangre, no anda, 14.000 pesos. Esa es la *nuance.*

En principio, toda carrindanga constituye una reliquia sentimental, social, financiera o criminosa. Allí donde claves la vista entre los muchos autos del depósito, ten la certeza de que te encontrarás con «aquel coche que Fulano le regaló a Fulana antes de la convocatoria de acreedores» o con «aquel en cuyo interior Mengano se hizo saltar la tapa de los sesos, cuando supo lo de la hija que, según dicen, era lo de la señora».

Para que aprecies el verdadero papel sentimental que desempeña el coche de segunda mano, supongamos, querido tío, que tú te hubieses enamorado de La Maravilla, La Goya o La Imperio que viste en las tablas, o de Pearl White, Ethel Clayton o Bebé Daniels que viste en la pantalla; y que las tres primeras porque conocían tu gusto en la elección de corbatas y las tres últimas porque lo ignoraban, no te hubiesen dedicado la menor de sus sonrisas, dejando así en tu pecho sensible un vacío que no aciertas a llenar ni con el auxilio de la bolsa de oxígeno. Ya nada te distrae: si vas a las carreras, sufres; si vas al teatro nacional, lloras; piensas si no será preferible acabar de una vez y frecuentar la barra de la Cámara de Diputados. Por fin, providencialmente, tu planchadora te presta las memorias de cualquier bailarina o esposa de primer ministro europeo, y lees allí esta sentencia sibilina: «Quién me quiere a mí, quiere a mi perro». ¡Estás salvado! Corres a la casa de automóviles de segunda mano, pides el coche de la que sea tu tormento, y te lo dan al punto y sin recargo de precio, lo mismo que si fuese nuevecito. ¿Aprecias el consuelo? ¿Te das cuenta de la pichincha? Sin necesidad de trasladarte a Barcelona o San Francisco, que siempre sería irte a California, respiras su ambiente y hasta el de su *chauffeur,* y cuanto te apabullas entre los almohadones, con las tuyas propias reconstituyes, sobre el asiento muelle, las más graciosas de las formas amadas.

De esto tengo constancias. Un caballero comprador dudó de ello. Y quedó aplastado. Pretendía el escéptico que en el interior del coche que había comprado como de Gloria Swanson predominaba un perfume de *tripe a la mode de Caen* que, si bien despertaba el apetito, adormecía a la ilusión. El vendedor, hombre de mundo, lo dejó que se despachase a su gusto, y cuando el quidam insistía sobre lo del mondongo le soltó a quemarropa esta prueba irrefragable: «¿Pero es posible, señor, que usando usted camisetas de tejido celular, ignore todavía lo que hubo el año pasado entre Gloria y Tripitas?... ¡Vamos, hombre!...» Y el quejoso se retiró humillado hasta la camiseta.

Pero como no quiero abrumarte con ejemplos innecesarios, dadas tus largas vistas comerciales, me limitaré a presentarte una clasificación de los artículos.

Los coches carrozados en *voiturette, baquet, country club* y *coupé* de dos asientos, fuerza entre 10 y 25 caballos, han pertenecido siempre a un joven calavera o a una joven *pelandruna.* Si se hallan en venta, es porque, casos previstos, él ha ido a la estancia a regenerarse con las gringuitas puesteras, o ella se ha vuelto a París a casarse con el millonario yankee que tenía un café de apaches en la calle Talcahuano.

Los automóviles de tipos doble faetón con canasta de picnic, grand sport con bastonera de mimbre, convertible y *brougham,* de 8 a 12 cilindros, fuerza entre 60 y 300 caballos, distintivo del Automóvil Club de Francia sobre la perilla del radiador, pueden haber pertenecido indistintamente al aviador que se mató hace dos años, cuando se mataron algunos, o al miembro conspicuo del Mercado a Término que veranea en la Penitenciaría, o al autor nacional que, como va a casarse, se deja de «mostrador» y quiere comprarse una quintita por los alrededores.

Las *voitures de ville* y *limousines,* entre 25 y 60 caballos, 6 cilindros y no más, 7 a 9 asientos, calefacción, teléfono, cama-jaula y cocina económica, han sido siempre traídas a la venta particular por un cónyuge supérstite, a saber: la viuda anciana que acaba de casar a su última hija fea; la viuda joven que desea cambiar este coche por otro de la clasificación anterior, pues estima más deportiva la posición del árbol del volante directa hacia el conductor, o, por último, el viudo ex chauffeur de la dama sexagenaria que sufrió la fractura del espinazo a consecuencias de una falsa maniobra de su perito esposo, afortunadamente ileso en el accidente.

A esta altura ya habrás comprendido que los coches de segunda mano están imbuídos de mayor fuerza ejemplarizadora que «Las Vidas» de Plutarco o «El Carácter» de Smiles. Así sucede que, cuando uno entra en cualquiera de las casas que los expenden, el empleado no le pregunte: «¿Qué desea, señor?» sino: «¿Qué le pasa, compañero?» Y esto con voz de simpatizante y gesto solidario. El interesado oye la historia de cada coche, contempla la suya propia, y se decide por el que más se adapta a su caso o condice con sus proyectos. Entonces comienza el análisis de la prenda:

— ¿Ustedes repondrán este cristal del parabrisa, que está roto?...

— De ninguna manera, señor. Ello desmerecería infinitamente el valor histórico y político de vehículo. Figúrese usted que esa perforación se debe al revólver del Tamberito, que en la pasada elección festejó de ese modo espontáneo el triunfo de sus ideales, frente al comité del partido contrario.

— ¿Y esta abolladura?

— Un afortunado choque con el automóvil que sirvió para el robo del Habilitado de la Aduana. Además, el carburador está especialmente arreglado...

— ...¿para disminuir el consumo de nafta?...

— No, caballero; eso denunciaría un amarretismo impropio por parte del propietario; el carburador está especialmente arreglado para producir, a voluntad, una contra-explosión y el consiguiente incendio del coche en cualquier desfile militar, fiesta patria u otra ocasión brillante de espantar a la multitud anónima.

— ¿Hay repuestos disponibles?

— No hacen falta; este coche no es capaz de descomponerse más de una vez, y después hay que tirarlo.

— ¿Al cajón de la basura?

— ¡Si cupiese!... Pero un gentleman de buen gusto puede desbarrancarlo en la bajada de la Quinta de Halley a la hora de mayor tráfico por la Avenida Alvear, y el efecto sería sorprendente. También puede echársele al río desde un puente de ferrocarril, y aun esta solución fué últimamente innovada con acierto por uno de nuestros sportsmen más distinguidos, que tuvo la inspiración de tripular el vehículo con su señora suegra, y la precaución de bajarse a empujarlo en el momento oportuno.

— ¿Y aquel chassis negro y descascarado?

— Una primicia, señor. Es La Mataniños. 200 kilómetros por hora, pero vuelca desde los 100. Doce conductores muertos, todos de la aristocracia, sin contar un chauffeur loco y otro paralítico por traumatismos de segundo grado. Si usted estuviese por casarse con alguna niña rica, le convendría regalar esta joya, sucesivamente, a cada uno de sus cuñados.

— Me intereso, en efecto, por un faetoncito para mi novia...

— ¡Ah, Landrú!... Ha hecho usted bien en hablarme con franqueza. Pues le hallaremos un modelito muy liviano, y fragilísimo.

— ¡Pero no, hombre!... si quiero un coche de paseo, simplemente...

— ¿Habla usted en serio?...

— Y tres o cuatro carrindangas para verdérselas a los chacareros.

— ¿Carrindangas? ¿Chacareros? ¿Y se ha creído usted que yo tengo reunidos aquí desde el 60 H.P. de Napoleón I, hasta el furgón autobús de los fusilados por el Soviet, para entregarme a negocios sucios con sus chacareros? ¡No, señor mío, usted se ha equivocado! Vaya, si le parece, a buscarse por ahí un coche nuevo. Y no vuelva a ponerme los pies en el depósito. ¡Gato!...

Ya ves, tío, que nosotros no entendíamos nada, pero absolutamente nada, de este negocio.»

ILUSTRACIONES DE MACAYA.

EL CAITERO

OLEO DE

CARLOS TREIS

EL AEROPLANO NOS OFRECE UN ESPLÉNDIDO PANORAMA DE LA HERMOSA CIUDAD, DESDE EL CERRO SAN BERNARDO AL CAER LA TARDE.

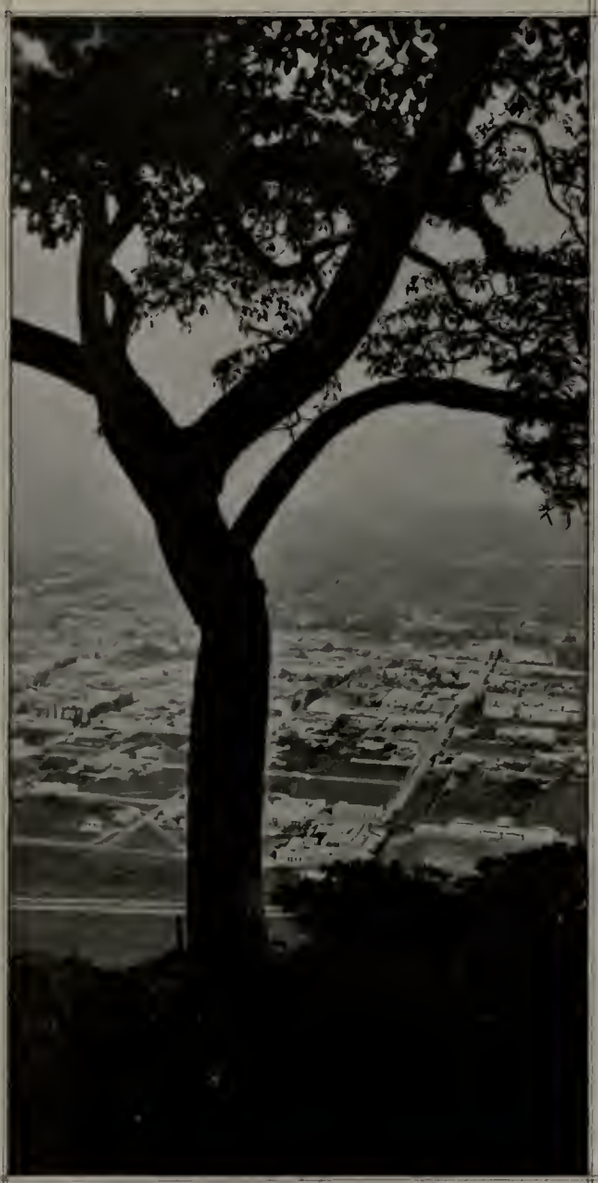
LA mirada se fija en el oriente. Allí se alza el San Bernardo como un recio murallón orlado de algarrobos y churquis. En su cumbre, blanca y nítida en la tarde, abre sus brazos una cruz compañera del Cristo Redentor que allí ha colocado la devoción local de este pueblo meditativo para que siempre, a toda hora, le esté recordando que hay una vida más alta y menos efímera que esta de nuestras diarias pequeñeces.

A paso lento, sin ningún apuro, asciendo por el cerro hasta ganar la cumbre, al pie del Cristo. El panorama que desde allí se alcanza es bellísimo. Tendidas en el valle, aquí cerca, las blancas casas de la ciudad se acuestan como cándidas ovejas salpicadas a veces de verdes manchones. Más allá, suaves lomadas que van ascendiendo gradualmente hasta diluirse en el azul de la distancia, en la fina y quebrada línea de los cerros.

Volviéndome hacia el sur, ¡cuánta placidez encuentro en ese largo valle que se extiende entre los cerros como una vega plena de árboles y sembradíos regada por el Arias, interrumpida en lontananza por un tímido cerrito que yace, más corto que el valle, como una sierpe mitológica y ondulada!

Al contemplar todo esto después de tantos años, cómo acuden a mí los dulces recuerdos de la infancia. Sí, es la calle Caseros al centro, larga, larga hasta perderse en las lomadas del ocaso. Allí, cerca, el viejo convento de los carmelitas descalzos. El parque San Martín con su lago que semeja una límpida pupila entre las verdes y tupidas arboledas. Más allá, siempre a la izquierda, el templo de La Candelaria con sus cúpulas que semejan las de mezquitas árabes, esas claras mezquitas de los cuentos de Alá.

¿Y aquí, al centro? Pues la fina y elevada torre de San Francisco; el recio Club 20: las agujas medioevales de La Merced que se alzan en eterna aspiración de más allá; las casuchas que se pierden luego al pie de las lomas. Y la plaza 9 de Julio que se alza en el centro mismo de la ciudad, con sus altos edificios que la rodean. Allí está la Catedral levantada piedra sobre piedra por las mujeres de Salta, perdurable testimonio del esfuerzo de un pueblo cuya alma no abatieron nunca los reveses. Y mientras lenta cae la pacífica



VISTA ARTÍSTICA DE LA ESTATUA QUE LA CIUDAD LEVANTÓ AL GENERAL ALVARADO.

ADMIRABLE PAISAJE SALTEÑO EN LAS ORILLAS DEL CORRENTOSO RÍO ARIAS.

DE TIERRA ADENTRO

SALTA

EL RÍO ARIAS EN LAS AFUERAS DE LA CAPITAL.

PAISAJE DE LOS LAGOS (PARQUE S. MARTÍN).

tarde sobre la dulce ciudad, mientras se detiene el sol sobre las doradas cumbres de los cerros lejanos yo sigo mirando esta ciudad de mis afectos donde duermen el eterno sueño los seres queridos de mi corazón; donde piensan y se inquietan y se esfuerzan los hombres numerosos de mi estirpe. Allí están mis amigos, allí mis esperanzas, allí mi pequeña.

Contemplo estos blancos edificios que a mi derecha, aquí cerca, al pie casi de este cerro forman el Club de de Gimnasia donde tantos niños se hacen hombres y donde tantos hombres fortalecen el cuerpo y vivifican el alma en una firme aspiración de inmortalidad. ¡Cómo se desliza apresurado el humito de los trenes en la vía que se tiende más allá de las arboledas del Seminario, entre aquellos altos árboles que forman un verde manchoncito! ¿Y aquellos blancos hangares que semejan allá, al fondo, lejos, los cuarteles de las tropas nacionales? ¿Y el campo que se extiende hacia las lomas? ¿Y los cerros que siempre más allá, más allá se desenroscan en interminable sucesión de cumbres?

El corazón se abre punto por punto a la paz maravillosa de la noche, como esos focos eléctricos que uno a uno van encendiéndose allá, en la ciudad, semejando rojas estrellas de la tierra. Pero todo esto no son sino sueños; yo, con esta cumbre, voy sumiéndome en las sombras, como apartándome del mundo cuando más cerca de él, cuando más en su seno quiero estar. Y a paso lento abandoné la cumbre.

OTRO ASPECTO DE SALTA, VISTA DESDE LA TORRE DE S. FRANCISCO.

C I R O T O R R E S L O P E Z

PLUS ULTRA

EN ESTOCOLMO

El entusiasmo viajero de la gente latina no suele resistir las bajas temperaturas. La moda, que es una continua excepción, ha puesto excepciones a esta regla: las visitas a los Alpes, una rápida asomada al nebuloso Londres o un invierno en París son empresas que el latino acomete fácilmente. Pero hablarle de Suecia, Noruega y otros sitios es como proponerle una expedición a los polos. Y si el viajero pertenece a la estirpe criolla, peor todavía aunque sea vecino de Bahía Blanca, Santa Cruz u otros lugares donde el frío está barato. La gente latina es friolera y, además, poco dada a seguir otras rutas que las impuestas por la moda. Hace falta que el destino la empuje irrevocablemente por una senda desconocida. Entonces emprenderá la marcha a regañadientes, sintiendo nostalgias de su país y de los otros países donde vivió cómodamente. En cambio, puesta ya en marcha es capaz de las mayores y más audaces tentativas. Acuérdase de que pertenece a la raza de los Colón, Balboa, etc., y arremete

LA ENTRADA A ESTOCOLMO POR EL MAR BÁLTICO.

EL MUSEO, EL ESTADIO Y EL CONGRESO, EN ESTOCOLMO.

UN TRÍPTICO DEL INVIERNO SUECO. A PESAR DE LA NIEVE QUE SE AMONTONA, EL FRÍO SECO ES MENOS TERRIBLE DE LO QUE PARECE.

impávida desafiando el intenso frío. Yo sé de alguien que, por una imposición de la suerte, supo convertirse en un humano producto de frigorífico. Y ahora, recordando sus paseos por el Estocolmo de fines de invierno, de primavera y estío, siente un placer muy grande y desea relatar sus excursiones al margen de unas fotografías, resumen de sus excursiones por Suecia.

Nunca he podido explicar a los suecos que estudian el idioma castellano el origen y alcance de esta frasecilla proverbial. Hacerse el sueco es, según el vulgo, no hacer caso de lo que se dice, con el deliberado propósito de salirse uno con su gusto. Resto de algún chascarrillo que tal vez tuviera gracia, la frase resulta sin explicación satisfactoria, pero la usamos a menudo en sentido irónico. Hoy, lector, la oyes aquí empleada en distinto sentido. El héroe del dicho se haría el sueco en tierra española; el protagonista de esta aventura tuvo la originalidad de hacerse el sueco en plena Suecia, una vez que la suerte le llevó allí.

Para un hombre sano el aprendizaje es menos dificultoso de lo que puede suponerse. Algunos de mis lectores, los más, sentirán un frío de muerte a la sola enunciación de tal empresa. Sin embargo, a la baja temperatura sueca le sucede lo que a otras cosas de este mundo donde el hecho de sacarse una muela es un confite después de los miedos que se pasan antes de la extracción.

LOS NIÑOS RESULTAN INFATIGABLES Y BRAVOS CULTORES DEL «SKIS».

EL PUENTE DE SKURU, DE CEMENTO ARMADO, EL MAYOR EN SU GÉNERO.

LA CASA DEL CÉLEBRE ARTISTA ANKARSTRONA, EN TALLBERG.

Mucha nieve se amontona sobre el hielo suelo, mucho humo nuestra respiración y bastante frescura delante la punta de la nariz. Estamos durante el invierno no se parece al Sahara; en cambio, es un oasis del desierto helado.

Los deportes y el hogar: he aquí los dos sabios maestros que enseñan rápidamente y sin cobrar sueldo.

Puede decirse que los deportes son el rudo trabajo físico de la gente que no vive de su trabajo físico. La moda ha puesto también excepciones a esta definición. Hay obreros que tras seis días de ruda labor emplean el descanso dominical en los trabajos del football u otras labores. En Suecia tales excepciones constituyen casi la regla general. Los deportes a base de nieve baten la sangre encendiéndola para resistir el frío.

El «skis» y otros aparatos de deslizamiento abren caminos en la helada

DURANTE LA ESTACIÓN DE LAS FLORES. ESCENAS CAMPESTRES

LA CATEDRAL DE WISBY Y EL PALACIO REAL SUECO.

EL CASTILLO DE WADTENA, OBRA DEL REY GUSTAF WASA.

superficie usados por casi todos: señoras, señoritas, caballeros y niños. Son las cotidianas olimpíadas de la nieve, y en ellas la cordialidad, el buen carácter y la educación del pueblo sueco llevan sobre la álgida pista esa sombra del hogar que se llama vida social. Allí veis la alegría de ese país sano y culto, una alegría que parece perfectamente latina, meridional. Los gritos y las risas deslízanse sobre la nieve e invaden el picante aire. Ese gozo infantil es calor del corazón y aliciente poderoso de la fraternidad.

El hogar sueco tendrá sus dolores, sus angustias, mas no para el huésped. Aunque el mío era un hospedaje, no sentí esa odiosa animadversión que se siente en los hogares de alquiler propios de otras tierras. Formando parte de la familia, mimado por toda ella, junto al fuego pasé días y veladas que no se borrarán nunca de mi memoria. Y es dulce, muy dulce, hacerse el sueco de esta manera, al lado de ancianos que os miran paternalmente y de jóvenes en cuyas almas sentís la confraternidad.

Sobre todo, hay en la casa sueca más que en otras de semejantes latitudes un hecho humano que D'Amicis no veía posible: la amistad de polos contrarios entre una niña y un muchacho. Hedda fué mi compañera, milagro que yo no concebía antes de verlo patente. Y no es que Hedda fuese despreciable. Al contrario: no he visto una linda muchacha más parejera con mis justas estéticas y mis aficiones. Pero como ya tenía un novio, el cariño no pasó de amistad ardiente y bien avenida.

En compañía de la novia sueca recorrí la ciudad. Acostumbrados a las acostumbradas visitas a esas ciudades que todo el mundo alaba, no comprenderéis la graciosa belleza de Estocolmo. La fama la ha llamado Venecia del Norte. No intento describiros la gran capital porque me faltan arte y espacio. Además de su hermosura tiene para los latinos el mágico adorno de la originalidad. Todo en ella es para nosotros extremamente nuevo. Tiene los esmaltes policromos de esas porcelanas nórdicas que parecen húmedas por lo relucientes. Y sus extraños días y noches añaden belleza sobre belleza al conjunto.

La industria de sus laboriosos y hábiles pobladores va rápidamente aumentando este tesoro. Estocolmo camina hacia un espléndido porvenir.

Verdadero prodigio es la irrupción victoriosa de la primavera. En esa época en que toda Suecia huele a pinares vale la pena ir allá.

VISTA DE LAS MURALLAS QUE CIRCUNDAN A WISBY.

ATAÚD DONDE SE GUARDAN LOS RESTOS DE STA. BIRGITTA.

RAUL P. OSORIO

LOS INTERIORES MODERNOS

POR CLARA INTER

REJEPA Y SUPERIOSA FACHADA DE UN PALACETE EL-

TRAMODERNO DEL PROFESOR JOSÉ HOFFMANN.

Al arreglar la casa se procura no solamente ponerla tan bonita como sea posible sino también dar a la personalidad del que la habita un marco conveniente. El arquitecto encargado de instalar una casa estudia ante todo el carácter del que va a vivir en ella; una vez que conoce su personalidad, empieza su tarea y se empeña por dar un carácter personal a cada pieza que amuebla. Sin el conocimiento de esa personalidad, el más hábil arquitecto no podría crear algo armonioso y al mismo tiempo original. Y en el arte de los interiores modernos, en el que desde hace mucho tiempo se distingue nuestra escuela de Viena, que tiene toda una serie de artistas notables, muy conocidos en el extranjero, y que por sus ideas nuevas y creaciones originales han provocado la dmiración en todas partes. Los más célebres de esos artistas son los profesores José Hoffmann, Ernesto Lichblan, Struad y Peche.

EL NUEVO ESTILO A QUE SE ADAPTA ESTE COMEDOR RECIBE EL NOMBRE DE «BLANCH-NOIR».

El profesor José Hoffmann, aunque está todavía en la flor de la edad, es desde hace tiempo el jefe de los artistas de interiores modernos. Su poderosa individualidad y sus esfuerzos incesantes para crear siempre algo nuevo y unir lo bello y lo práctico, han hecho escuela. Su supremo cuidado, antes de empezar la construcción y el arreglo interior de una casa, es estudiar la personalidad del que va a habitarla. Todos los hábitos, las particularidades, las aptitudes y el temperamento del habitante, deben ser conocidos por el arquitecto. La es-

UNO DE LOS MÁS ORIGINALES «HALLS» PLANEADOS POR HOFFMANN.

ELEGANTE GABINETE, MODELO DEL ARQUITECTO STRUAD.

cuela de Viena, siguiendo sus enseñanzas, ha reunido la utilidad, la belleza y la poesía, y sobre esa base crea interiores que asombran por la sencillez de la línea, la belleza de las formas, y también por la utilidad. La condición principal de un mueble es que sea no sólo bonito sino también práctico. A nuestros artistas les gusta producir contrastes de colores. Luz, mucha luz: esa es la consigna de nuestros artistas; cada rincón debe ser alumbrado por una lámpara, y muchas lámparas, aplicadas en las paredes, deben enviar sus rayos a toda la habitación. Los escritorios cerrados hacen el efecto de arcas artisticamente trabajadas, que adornan la pieza, y los huecos de las ventanas invitan a la conversación. Las vitrinas se encuadran en los rincones de la pieza para no interrumpir la línea; las mesas se colocan cerca de los asientos; los armarios se hacen de manera que no alteren la armonía de las líneas y a menudo se ven en los rincones divanes altos y *capitonés*.

Para el salón de recepción se usan muebles de madera de peral, negra y barnizada; los muebles de las piezas íntimas son de laca blanca o de trianón gris. Si se emplea la madera de encina o de nogal, se la barniza también, porque la madera mate haría sombría la pieza. En cuanto a tapices, se emplea el gobelino, la seda roja recamada, cretonas con dibujos de flores, o cuero de Suecia negro, con bordados en colores. Los divanes invitan a sentarse y las cortinas, artisticamente arregladas, ocultan los huecos. El buen gusto no permite otros ornamentos. Sólo en los *boudoirs* o en las salitas de señoras se tienen muebles de formas caprichosas; allí reinan la fantasía y la poesía; sin embargo, esos mismos muebles deben ser escogidos con discreción, no perdiéndose nunca de vista la belleza de las líneas y de la construcción. Practicando estos principios, se combinan habitaciones originales y hermosas, en las cuales uno se encuentra cómodo y feliz.

SALÓN DE MÚSICA, SOBRIA MUESTRA DE LA ARQUITECTURA MODERNA.

NO DEBE CASARSE NUNCA EL QUE NO SEPA LLEVAR A SU MORENA A LA GRUPA.

Plus Ultra en España

GAUCHOS ANDALUCES

Lectoras ricas o acomodadas, pero siempre bellas, que en los carnavales, en funciones caritativas o en otros festejos vestís cándidas ropas de pasanita; lectores bien o regular que os disfrazáis de gauchos antiguos o de gauchos contemporáneos: comprended fácilmente este atavío de las andaluzas y andaluces adinerados. *Todo el año es Carnaval*, decía Larra con ingenioso y duro pesimismo, fórmula repetida por la gente en trances desengañadores. Pero la cotidiana mascarada tiene su lado ingenuo, amable, artístico.

Mientras bailáis el pericón nacional, o asistís de riguroso chiripá a una hierra ningún pesimista os puede poner tilde. En aquellos instantes de mimetismo popular rendís culto a una honda tradición. Hablando de copleros ha dicho el eminente escritor don Francisco Rodríguez Marín: *El poeta erudito, cuando escribe coplas, se hace en realidad de verdad hombre del pueblo: «se desposee de su personalidad y pensamientos propios, consiguiendo por esta razón el fin artístico que se propuso»*. Estas lindas palabras pueden aplicarse

FOTOGRAFÍAS DE VIDAL

EN EL CAMINO DE LA ERMITA ES NECESARIO HACER ALGUNOS DESCANSOS.

PREPARÁNDOSE PARA EMPRENDER LA MARCHA SE PIERDE MUCHO TIEMPO.

a nuestro tema. He visto muchas de estas comparsas ecuestres; sólo he gozado de una. Todas deben saber lo mismo a las gentes de bondadoso o mediano corazón. Por eso aliñaré mis añoranzas de un verano inolvidable de mi juventud.

Fué en los montes de Málaga por las sendas bordeadas de verdes viñas. Íbamos a un cortijo cuyo dueño ofrecía una fiesta típica. La casualidad hábilmente guiada por unas piadosas amigas hizo que yo llevase a la grupa de mi prestado caballejo una niña por quien yo suspiraba demasiado. Enseñad el dialecto andaluz a la más graciosa de las porteñas, vestidla primorosa y sencillamente, y veréis cómo era mi compañerita de excursión.

El idilio en la reja, el idilio en el baile son dulces; pero el idilio ecuestre resulta dulcísimo. Tiene algo de baile y es el que da mejor la sensación del ansiado matrimonio. Sentís y veis la dulce mano sobre vuestro pecho; comprendéis que una grave responsabilidad pesa sobre nosotros. Se necesita llevar a buen puerto aquel adorable cuerpecito; atendéis al cuidado del caballo desconocido, de quien hay que recelar mil mañas. Sobre vuestra nuca sentís a veces un suave hálito de juventud femenina, y si el animal trota, vienen a empeorar la situación leves y cálidos roces que martirizan deliciosamente vuestras espaldas. A todo esto debéis y queréis conversar, y conversar de cariño. El tira y afloja de una charla idílica con una niña y a caballo es asunto dificilísimo y grato. Y añadid a todo esto las pullas y las coplas alusivas que las muchachas y los muchachos de la cabalgata os dirigen, y las miraditas socarronas que los verdaderos paisanos os lanzan. Indudablemente: no hay reja ni baile ni comida que os dé una noción tan anticipada y clara del matrimonio como la gratísima y dificultosa tarea de mantener un «filo» a caballo.

DIME A DONDE QUIERES IR, — QUE YO MANDO EN MI CABALLO — Y TÚ ME MANDAS A MÍ.

Todas estas parejas que aquí veis, lectoras y lectores, todas estas parejas que me traen una carga de nostalgias sentirán lo mismo, lo mismito que yo sentí.

Son ocasiones ansiosamente esperadas que la juventud amorosa trata de menudear. Lucirse llevando los trajes más característicos, los mejores jaeces, los caballos más briosos para ofrecerse y ofrecerlos a la niña predilecta, que es precisamente la más hermosa, la más bien vestida, la reina...

Los gauchos andaluces de este carnaval galante imitan así en romerías, excursiones, cacerías, hierras y otros regocijos a los gauchos de verdad, a los que trabajan empeñosamente la tierra andaluza. ¡Ojalá todos los disfraces fueran tan nobles, tan sanos, como los vestidos del pueblo!

E D U A R D O D E L S A Z

AMAZONA

ÓLEO DE FRITZ ERLER

HUACO

HUACO es este pedazo de tierra circuído de cerros que ahora traigo a esta página desde el fondo de mis recuerdos de adolescente. Pequeño el río que lo cruza, conduce agua suficiente para irrigar el valle. ¡Esos valles andinos, que surgen de vez en cuando entre tales empinadas soledades del planeta!

Para llegar a Huaco por primera vez hay que tener resolución, mucha más resolución que la que ha menester un niño para trepar a un algarrobo y bajar un nido de coperotes. Huaco podría ser, también, una fortaleza de guerra, y es seguro que los aborígenes sentaron allí, hace trescientos años, el último reducto contra la invasión conquistadora, y que no fueron exterminados sino que transaron, amodorrados, un día, viniendo así, con el tiempo, a diluirse su bravía sangre roja en la sangre azul de los bravos hispanos. Partiendo de la villa de Jachal yo llegué a Huaco en un anochecer.

Mi compañero Flavio era ya baquiano por aquellos caminos, como que los había trajinado otras veces; pero con todo, me dijo que había que pasar la quebrada con luz del día. Esta sola advertencia me puso en guardia. Luego nos dimos a conversar sobre los tiempos en que por allí asaltaban a los caminantes y de las noches, no menos temibles, en las que se hacía sentir la salamanca. La cosa era como para que a uno se le pusiesen los pelos de punta y la piel de gallina. Andando, andando — al paso de los caballos — nos encontramos de pronto... ¿en la selva dantesca? No; nos encontramos en un punto que parecía ser el punto final de la vida. A un lado, la peña abrupta irguiéndose como un torreón en el cerro; al otro lado, el precipicio a cuya sima el río va canturreando las endechas de la soledad; en frente, una rampa de fuerte pendiente, como trabajada quién sabe por qué picapedreros de antaño. Sobre la rampa de granito había que deslizarse en cuatro pies.

Mi compañero se apeó, tomó la rienda, y el caballo en sus cuatro patas y el caballero en sus cuatro pies, se largaron. Perder el equilibrio era perder el bautismo. Caballo y caballero llegaron salvos y sanos a la base de la rampa: como cuatro varas bien calculadas. Flavio se incorporó entonces, como un vencedor, sobre sus extremidades inferiores y, sonriente, me dijo que me aguardaba. ¡Yo lo hubiera querido ver a Juan Facundo, acosado por el tigre, en semejante pináculo! Y en verdad que para arriesgarse a la quebrada debía uno estar confesado y comulgado.

El hecho es que salí con vida, para contar el cuento. Ya estábamos en pleno Huaco. Valía la pena el sacrificio. Esa vega pletórica de vegetación es una delicia. Las higueras empiezan a dar brevas en noviembre, para anunciar el verano, y tres meses después brindan una carga de higos que se cosecha por arrobas para venderlos en el invierno, hechos pasas, a real los tres almudes. Las ciruelas son de miel. Los membrillos, tamaños como que apenas cabe uno en cada manaza de don Julián, un señor que explotaba una huerta con fines comerciales. Las uvas... pero si estas uvas podrían ser el adorno y el deleite en una mesa de cardenales. Y los olivos: los olivos son la quinta maravilla. Hay en Huaco olivos centenarios, en plena producción. Estas plantas viven inmunes a la mosquilla, al diablo a cuatro y a toda peste. Un andaluz diría que cada aceituna es más grande que un huevo de martineta, y no habría puesto gran cosa de su cosecha. Yo no he probado el aceite de esos olivos, pero tengo por cosa cierta que ha de ser el aceite más exquisito del mundo.

Y más allá las sementeras constituyendo una promesa de bendiciones, o los alfalfares a modo de una verde alfombra matizada por el suave azul de sus florecillas, o los trigales a medio segar o emparvados ya, todo ello alternando con parcelas de suelo quebrado y montuoso que esperan la decisión de muchos brazos.

Valía la pena, ciertamente, el sacrificio de galopar ocho leguas y de cruzar la quebrada aquella satisfacción de ver con los propios ojos tan dulce nido de amor.

¿Qué más hallé de bueno en Huaco? Paso por alto pormenores acerca de la vida sencilla de la población, de su fauna garrida, de su clima paradisíaco, para concretar en una persona mis observaciones de orden psico-sociológico. Conocí a Ricardo Dojorti. Tenía interés en tratar a esta persona, porque me habían dicho que era la platita labrada de Huaco, queriendo con ello señalar al hombre más civilizado del lugar. Hablé con él a la luz de la luna. Su casa tenía el aspecto de cualquier antigua casona de campo; y así su esposa, que era una magnolia, resultaba obsequio en vulgar cacharro. De la conversación con Ricardo pude sacar en limpio que este mocetón era un espíritu iluminando una torre de marfil, que era su propia morada. Cuando chico, sus padres lo habían mandado a Buenos Aires, donde actuara con lucimiento; pero él dejó los oropeles de la resonante urbe y tornó al silencio de Huaco. Por un dejo de pronunciación porteña de la «ll» y de la «y» advertíanse sus pasadas andanzas.

JUAN ROMULO FERNANDEZ
PAISAJE DE SIRIO

Tornó a Huaco, construyó su hogar y a la sazón labraba su heredad. Sabía Ricardo, al salvar el recodo de los treinta abriles, de Rousseau, de Tocqueville, de Alberdi — creo yo — lo que no todos saben en una facultad universitaria, y cuando no andaba arando la tierra, sembrando o trillando, estaba en la casa con un viejo librote en la mano, y tan abstraído en remotos mundos que no sentía ni cuando iban a avisarle que la mesa estaba puesta. Junto con estas cosas que fuí conociendo poco después, me hacía esta consideración: difícil comprender por qué este hombre no está en el parlamento o en un ministerio; y es sin duda — pensaba yo — que en los parlamentos y en los ministerios están los oropeles, mientras que aquí, en el campo, no están todos los que son.

— ¿Y todos son aquí felices? — pregunté a Dojorti. — Y él me respondió:

— Trillan con yeguas y no tienen vencimientos en los bancos.

— Bien; pero lo que no comprendo — argüí seguidamente — es por qué no son todos ricos.

— Debe haber en eso un poco de cuestión de ambiente — replico.—A un muchacho que trabajaba a mis órdenes lo mandé un día a la leña. (En Huaco nadie compra leña, sino que se manda a traerla «del campo»). Bueno; en el camino Pancho vió una bolsa llena de algo, y entre queriendo y no queriendo inclinó el cuerpo hacia un lado, apoyándose en el estribo derecho y deteniendo un poco la marcha (una marcha que hay allí como para mandar en busca de la muerte), deteniendo un poco la marcha de la cabalgadura, que era un pollino medio chúcaro, golpeó con el cabo del rebenque sobre la bolsa dándose cuenta, por el sonido, que la bolsa contenía piezas de metal. — «Esta es una bolsa de plata... que debe haber perdido algún arriero volviendo de vender la hacienda en Chile» — se dijo para sí. Pancho estuvo a punto de bajarse y cargar la bolsa, pero luego pensó: — «Buena es una bolsa de plata y hasta podría hacerle parte al patrón, que es tan laido... pero ¡qué diantres! yo voy a buscar leña; leña es lo que ahora se necesita; mañana vendré por la bolsa.»—Al día siguiente por la mañana Pancho me contó el caso, e inmediatamente nos pusimos en marcha, por la misma senda. — «No galopee tanto, patrón — me decía — que es güeno tener bestia pa volver.» — Y se quedaba atrás, sin sacar al pollino de su marcha (la de cementerio). — «¡Cómo son los hombres pa la plata... ni que juera a buscar una medecina en caso e parto» — iba refunfuñando este mal escudero. Llegamos. Llegamos, pero la bolsa no estaba. Colgar a Pancho de un árbol habría sido poco...

— ¿Y usted, señor, está seguro de haberse puesto en marcha inmediatamente?...

Ricardo comprendió la intención y me dijo, con gesto displicente:

— Es cuestión del ambiente, don.

Cuando me alejaba de Huaco pensaba yo en las últimas palabras de Ricardo. Es que el amor, me decía yo para mí mismo, no suele andar del brazo con la fortuna, y como Huaco es un nido de amor... sacale molde, alazán, díjele a mi caballo al par que le hacia sentir las espuelas en los ijares incitándolo a penetrar en los hondones del cerro. Huaco estaba ya solamente en mi espíritu.

ALICIA ZARÁUZ.

AZUCENA E. CUCCARESE.

Majas Infantiles

El disfraz infantil deja de ser un pequeño crimen cuando la mascarita tiene edad suficiente para sentirse admirada. La prueba psicológica de esto nos la da el objetivo: si el disfrazadito sabe adoptar una pose ante la máquina fotográfica sin echarse a llorar desesperadamente, resulta indudable que conoce las satisfacciones de la vanidad. Entonces, sólo entonces, puede decirse que la máscara hállase preparada para dar a sus progenitores y deudos cariñosos un indescriptible placer sin pagarlo con lágrimas, gritos y otros excesos lamentables.

Porque en la vida carnavalesca existe esa quisicosa llamada metempsicosis. El mamoncito disfrazado es una oruga; el que ya camina, dejando más o menos rastro, es una crisálida, y el que saborea su disfraz es mariposa, mascarita completa.

Para estas mariposas del Carnaval son verdaderamente los

LOLITA LÓPEZ.

MARÍA M. D'ERRICO DORLY.

TERESA DÍAZ.

corsos y concursos. Amontonadas sobre las capotas de los autos y de los coches disfrutan de los días carnavalescos, derrochando serpentinas. Visten diversos disfraces, desde la convencional indumentaria zingaresca a las sublimidades de los atavíos fantásticos.

Nosotros preferimos entre todos los militares, hadas, baturros, ángeles, gauchos, etc., el disfraz goyesco de las majas, moda impuesta por las tonadilleras en combinación con músicos y copleros. Tal vez esta preferencia sea arbitraria, pero el sentimiento hace poco caso de la lógica. A nosotros nos gustan las majitas ingenuas que durante los carnavales andan por la metrópoli remedando el vestir y la gracia de aquellas «majas aristocráticas».

Aunque abunda ese disfraz, no todas las niñas poseen las condiciones requeridas para portarlo dignamente. Dentro del pomposo vestido hay casi siempre algo de niña prodigio. La majita, en el noventa por ciento de los casos, reveló sus facultades después de aquella noche memorable en que viera y oyera a la cupletista tal o cual. Ante los papitos y las tiitas absortos parodió los ademanes y los cantos de la tonadillera. Luego la tía, profesora de piano, supo ensayarla eficazmente, y la artista en pimpollo surgió para encanto de la familia.

Nosotros preferimos las majas infantiles que se limitan a copiar los ademanes. Pocas entre las que cantan merecen nuestro aplauso. Es que la imitación tiene sagradas fronteras. La imitación es más plausible cuanto menos reste las gracias candorosas infantiles. Una majita que tropiece y se caiga vale por ciento de las mejores cantoras de «El relicario», «El gitanillo» y otras tonadillas.

Resulta encantadora y digna de ser besada la femenil niñez cuando mima con gracejo intuitivo miradas, andares y gestitos mujeriles.

Vedlas ante la máquina adoptando las poses que ensayaron en el hogar. Unas triunfan espléndidamente; otras, un poquito asustadas, no consiguen del todo el efecto buscado. Hasta ese fracaso encierra un atractivo más, aunque otra cosa crean las personas exigentes. Siempre niñas, como es bueno que lo sean aun en la juventud y en la edad madura, porque el carácter que no conserve hasta la ancianidad un perfume de infancia vale poco o nada.

NÉLIDA E. PÉREZ.

PIEDAD GÓMEZ.

FLORINDA R. GURUCHAGA.

CARNAVALESCA

¡Paso a la vieja farándula! ¡Paso a esa cuerda locura que ha marcado su día en el almanaque! ¡Paso a los locos que han decidido divertirse. paso!

Como un estruendo cada vez más lejano se escuchan tus sones, Carnaval de otros siglos, desbordamiento de pueblos contenidos... Se necesitaba, para mantener vivo el fuego de tu existencia, la ingenuidad de otras generaciones más sencillas que la nuestra; se necesitaba también una libertad más restringida para que en un día dado se expandiera la locura universal...

Hoy sólo los niños te esperan con ansia. Para ellos es hoy tu paraíso de misterio, tus ridículos sones de trompeta y de cascabeleo. Sólo ellos aguardan impacientes tu clarinada de alerta: «Aquí está Momo, el que protege todas las locuras, el que permite la ilusión de transformarse en lo que se desearía ser. ¡Aquí está Momo!...»

¡Y al mirar la híbrida comparsa que hoy pasa por las calles, descolorida, torpe, como un rebaño que no tuviera columna vertebral, ¡quién no evoca los cuadros magníficos que describieran Balzac, Dumas padre, Gautier, o con el lápiz Gustavo Doré, Gavarni, Daumier!

¡Los bailes de la Opera de París!

Su renombre ha cruzado los océanos, ha resplandecido en todas las capitales del mundo como foco de magnífica locura. ¡Cuánta espiritualidad, cuánta graciosa alegría han derrochado allí generaciones enteras! ¡Cuántas citas de amor, cuánto misterio en la aventura de sus mascaradas! El arte, el comercio, la nobleza, la burguesía y el pueblo mezclaron en democrática alegría los esparcimientos de sus almas contagiadas de la fiebre bufonesca.

Bajo la arcada galante de sus pórticos cuántas princesas saciaron su sed de capricho... hartas del ceremonial de la corte, hartas de una clase de seres siempre iguales, ceremoniosos siempre. Las princesas buscaban la locura más allá de su círculo... Así como lo hizo en noche de escapada la humanísima Helena, la princesa Bebé de Benavente... ¿La recordáis? Es aquella que tenía abierto el corazón a todas las sensaciones, es aquella que jamás se sintió capaz de arrastrar el cadáver de ningún amor muerto, es aquella que decía: «Yo no sé rezar sin fe ante ningún altar»... Pero no la recordemos, que su irreverencia sentimental y convencional la han proscripto de los escenarios, por demasiado humana...

Y, sin embargo, ¡cuántas mujeres quisieran parecerse a ella! Cuantas envidian el valor que hace decir: «Esta es la vida, no cerrar los ojos a nada, comprenderlo todo, simpatizar con todo» o exclamar como ella: «Si la pasión, si la locura no pasaran alguna vez por las almas... ¿qué valdría la vida?»

Y no era en noche de Carnaval, era en momentos en que nadie más que ella tenía la responsabilidad de sus actos y de su vida, no era la broma cobarde que se lanza desde atrás del antifaz... ¿pero a qué recordarla, a qué recordarla, si está proscripta?

Hablábamos de los bailes de la Opera de París... esa fiesta que sobrevivió a las catástrofes, a las revoluciones y a las guerras, esa institución que como pocas ha tenido sus tradiciones, sus costumbres y hasta su lengua especial. Cada máscara, como dice el cronista del *Mercure Galant*, era recibida allí mediante el pago de un escudo. A este título se adquiría el privilegio de bailar o de entretenerse con las mujeres más distinguidas y más bonitas de Francia. Cualquiera que tuviera condiciones de espiritualidad y de gracia podía, favorecido por su disfraz, hacer fortuna. El regente en persona los frecuentaba asiduamente; una entrada particular daba acceso de su palacio a ese lugar. Más tarde María Antonieta cedía a la inocente curiosidad de asistir durante una hora a recrearse, disfrazada de panadera, cosechando homenajes de admiración, entre los cuales se conserva uno muy familiar y respetuoso, de un desconocido: *Gentil panadera — que el don de una diosa — con mano graciosa — conviertes en pan; — panadera hermosa, por ser tú quien eres — con el don de Céres, — que tus manos dan — nos haces vivir. — Pero crueles luego — tus ojos de fuego — nos hacen morir...*

La Restauración, el reinado de Luis Felipe, el segundo Imperio vieron la apoteosis de esa magnífica fiesta. Fué esta la época de las cuadrillas desatinadas, de los «galops», de los cancanes epilépticos... El renombre del baile famoso brilla a través del mundo. A él acuden los extranjeros de todas partes, ingleses, rusos, ávidos de derrochar su prodigalidad. Desde lo alto de sus palcos lanzan a los bailarines puñados de luises. Las actrices a la moda se encuentran en el avant-scéne del jockey admirablemente ornado de flores. La prensa, la novela y el teatro le conceden una enorme importancia a estas cosas frívolas.

Escritores ilustres no desdeñan meditar largamente sobre ellas. ¡Cuántas comedias y vaudevilles, desde *Henriette Marechal* hasta *Francillon*, giran alrededor de una intriga anudada entre dos dominós en el foyer de la Opera de París!

Después de 1870, la decadencia comienza... Las fiestas nocturnas de la Opera, transportadas al nuevo edificio de Charles Garnier, pierden la alegría y el brillo de antaño. Los trajes son pobres, mal llevados, feos... Los fracs se aburren... Muchos han conservado un nublado recuerdo, desmintiendo la alegría y la gracia de otros tiempos; pero, ¿quién es el que no ha experimentado esta decepción al asistir al primer baile de máscaras? Quien que haya leído la maravillosa página de «Grandeza y miseria de las cortesanas» de Balzac, ese capítulo donde figura un torbellino de changadores espirituales y de falsas lecheras bulliciosas. Supónese uno ingenuamente que la realidad se asemeja a este cuadro; supónese el que se inicia que va a descubrir intrigas, a escuchar la voz riente que responderá en seguida a los arrumacos hechos con voz insinuante, supónese que las chispeantes frases se desplegarán delante de una mesa delicadamente servida. Y avanza el novicio lleno de ardor, con una llama de conquista en los ojos... Poco a poco extínguese la fiebre, cayendo el novicio desde lo alto de sus ilusiones. Todas las mujeres verdaderamente lindas e interesantes que le hubiera gustado acompañar están ya acompañadas. Y solamente las feas o las de aspecto vulgar y aire apagado quedan libres...

¡Id a desflorar madrigales a los pies de una comadre que huele a agua de pomitos! Debajo del antifaz, largo, discreto, descubre el novicio una boca sin frescura. Bajo el guante frotado con bencina apercibe una mano enrojecida por el trabajo doméstico... ¡Horror! El joven rechaza sus veleidades de galantería y se retira solitario y desengañado a tomar una taza de caldo, jurando no reincidir...

Para divertirse en un baile de máscaras no hay que tener el corazón sentimental de Coelium, sino el buen humor de Octavio. No hay que ser exigente. Levantad, si es posible, el espíritu previamente, con un buen rocío de champagne o de Oporto y no tratéis de descubrir debajo del disfraz una princesa extraviada. Dejad que vuestros ojos se embriaguen de luz y vuestros oídos de carcajadas, de murmullos y de músicas lejanas. No pidáis a este placer mediocre más que un momento de olvido...

¿Pero no es una pretensión extravagante dar consejos a la juventud? Ella obedece a sus instintos, a la necesidad de movimiento y de alegría que es de todos los países y de todos los tiempos.

¿Qué muchacha resiste al misterio encantador de disfrazarse para ir a un baile? ¿Y qué fino observador no ha hecho la psicología de las mascaritas? Las hay de todos los tonos y de todos los gustos. Desde la mascarita experimentada y desenvuelta que tiene la llave del éxito en «petit comité» hasta la tímida niña vestida de mariposa, y cuyos atavíos la abruman de responsabilidad, pues al entrar en la sala ha olvidado todos los movimientos aprendidos delante del espejo. Y menos mal si por fortuna tropieza con un torbellino de muchachos alegres que la arrastran en loca farándola, porque entonces su propia juventud la defenderá del ridículo, su gracia natural le hará mover las alas y el cascabeleo de sus carcajadas bastará para que muy pronto el joven que está junto a ella sienta nacer el instinto de la caza que todo hombre lleva en sí desde niño... Y le tienda sus redes. Si ella cae, se aprestará a cumplir el eterno destino de las Evas; si no logra atraparla habrá esgrimido sus armas de coqueta y habrá aprendido a hacerse amar...

Existe también la mascarita de éxito ruidoso, la que demasiado joven y demasiado plena de locura audaz ha decidido «hacerse ver». Esta suele vestirse de Odalisca o de Scheherezada, lo oriental la deslumbra aunque no tenga el tipo ni la molicie de sus movimientos.

Riéndose a grandes carcajadas inexplicables como un contrasentido avanza a pequeños pasos de fox-trot. Y es tan original y llamativa que pronto se hace a su alrededor un círculo de curiosos que lanzan pequeñas bromas como bardos inocentes; no se atreven con ella...

Por fin, después de luchar toda la noche en vanos y desesperados esfuerzos para mantener despierta la atención de su círculo, se encuentra aburrida, extenuada, no ha logrado un solo compañero constante; todos son fugitivos como lo efímero de su llamarada de originalidad... Y se va, derrotada, decepcionada íntimamente de sí misma. Ha descubierto que no es irresistible...

La verdadera mascarita espiritual no se ve, la tienen sitiada los afortunados que han logrado la dicha de disfrutar de sus gracias y de su conversación brillante y amena. Si no cuenta más que con las gracias de su espíritu, lo cual es muy frecuente, va generalmente vestida de dominó, sencillamente; hará durar la broma hasta lo infinito y no se quitará el antifaz hasta muy tarde... Al revés de las bonitas que no saben resistir a la tentación de mostrar que son mucho mejor de lo que se adivina. Si la mascarita espiritual une a su chispa el ingenio, es muy frecuente verla vestida de gitana, prediciéndole a cada cual su suerte con un acierto que difícilmente tienen las gitanas legítimas, primero porque sabe más de la vida individual de cada uno, y segundo porque por lo menos conoce siempre la psicología de los rasgos fisonómicos y también la del nudo de la corbata. Con estos detalles y otros como el lenguaje del calzado y de las uñas — signos elocuentísimos para la verdadera mujer observadora — resulta fácil deducir si el moreno será un marido fiel o si se la pegará a su mujer con demasiada frecuencia; si el rubio es tímido o pusilánime; si el de labios carnosos tiene buen carácter e inclinaciones sentimentales; si, por el contrario, el otro que tiene la boca cortada como una herida es agudo, mordaz, y hasta perverso; si aquel de manos blancas y pulidísimas uñas es pueril en su espíritu y descolorido en su vida íntima, o el que usa desprendidos los últimos botones de su bota es inspirado y ardiente en sus pasiones... Intrigado el varón por el acierto, y hostigado por la vanidad de sentirse observado, despliega entonces sus galas, luce su imaginación o su talento, descuella como conversador elegante y lleno de recursos de salón.

Y he aquí que de pronto, en algún rincón aislado de la sala, como pequeño paraíso de escogidos, puede observarse el fenómeno de que una mujer menos brillante, pero de más quilates, hace jugar a su alrededor, como si fuera un eje de encantamiento, a una rueda de hombres que muchas otras cuentan en el número de los «inatrapables», y frente a ella, única diosa de un torneo de amor, disputan todas sus armas.

Acostumbrada, dueña del campo, segura de su éxito, la mujer espiritual entonces se despide con una carcajada. Está cansada, pero se va a dormir contenta: ¡Se ha divertido!.....

.....

Y ahora silencio... que ya empieza
a escucharse la fanfarra de Momo.
Callen las reflexiones y las filosofías, paso al torrente de
locura que deja circular,
libre, sin riesgos, la
mascarada universal.....

LOLA PITA MARTINEZ

JUVENTUD · SOBERANA

Peón de la quinta,
jornalero,
sobre la tierra
doblado el cuerpo...

Peón de la estancia
que bregas recio
con la caballada
cerril del potrero...

Hombre de trabajo,
joven y apuesto
y de mal pergeño,
sucio y sudoroso,
por toda gala
el pañolito colorado al cuello...

Con todo y con ello
y, pese
a tu mal pergeño,
por su juventud, descubre
la lozanía tu cuerpo,
como en la primavera
el tallo tierno...

Hombre de trabajo,
joven y apuesto:
eres
de natural desenvuelto...
te manifiestas
de tu valer satisfecho...
y, como en nadie confías,
en ti confías contento...
Trabajas
alegre y dicharachero,
la flor en la oreja,
la flor en el pecho,
la flor en la boca,
la flor en la cinta del sombrero...

Mozo sano
y contento,
sobre el arado, sobre la azada,
sobre el caballo inquieto...
Bajo tu pobre ropa destrozada,
se marca tu cuerpo
igual que en madera tallado con brío,
airoso y esbelto...

Mozo, llevas
hinchado el pecho
de gritos cordiales
y en humildes afanes deshecho...

Mozo, llevas la frente
erguida al aire fresco,
libre de tormentosos
pensamientos...
¡la frente despejada
como limpio de nubes el cielo!...
La nubecilla, acaso, del pan de cada día
es la que sueles ver en tu firmamento...
Poco alcanzar esperas
y es, en razón, así, poco el tormento...

Eres pobre,
pero
tienes tus juveniles
anhelos...
¡y tienes, por delante,
el tiempo!...

Eres pobre,
pero
son de oro fino
tus esperanzas y tus sueños...

Y por eso:
porque eres joven,
por eso,
pobre y dasharrapado, me pareces
un señor disfrazado de siervo...

Porque eres joven,
por eso,
un canto de triunfo parece tu canto
de vencido y prisionero...

Por eso arrogante pasas,
bracero,
alegre
y dicharachero,
a la vida
sonriendo,
por toda gala
el pañolito colorado al cuello,
la flor en la oreja,
la flor en el pecho,
la flor en la boca,
la flor en la cinta del sombrero...

VICENTE · · · MEDINA

DOS HUERFANOS

LA ORFANDAD LOS HIZO HERMANOS. FORMAN PARTE DE LA PROLE INNÚMERA QUE LAS SOCIEDADES ADOPTAN. OTROS HERMANITOS VIVEN EN EL MUNDO DESMADRADOS. ÉSTOS SIQUIERA HÁLLANSE BAJO EL AMPARO DE UNA SOMBRA MATERNAL, INSPIRAN UN CARIÑO, ALIENTAN UN DEBER HUMANITARIO. LA ORFANDAD LOS HIZO HERMANOS, LA INGENUA SIMPATÍA DE SUS ALMAS INOCENTES ESTRECHÓ MAS ESTAS RELACIONES FRATERNALES. MUTUAMENTE PREDILECTOS AMBOS VIVEN UNIDOS ESTA VIDA QUE LA CARIDAD LES OFRECE. POR ESO SOPORTAN MEJOR LA AUSENCIA DE LAS MADRES. LA VECINDAD DE LAS CAMAS, DE LA MESA Y DE LA CLASE PROVOCARON EL MUTUO AMOR. UNO DE ELLOS, EL MÁS FUERTE DE ESPÍRITU DIRIGE AL OTRO, LO PATROCINA. EN SU AFECTO FRATERNO HAY ALGO DE CARIÑO PATERNAL. ES UN PULGARCITO QUE EN LUGAR DE SIETE HERMANOS TIENE MILES, Y DEDICA AL HERMANITO PREDILECTO TODA LA ENERGÍA, LA PRUDENCIA Y LA ASTUCIA DE SU ALMA. YA PUEDE VENIR EL OGRO AL GALOPE DE SUS BOTAS DE SIETE LEGUAS. PULGARCITO DEFENDERÁ A SU HERMANO. SON ENTERNECEDORES LOS ASILOS QUE LA VERDADERA CARIDAD INSTITUYE; PERO DENTRO DE ELLOS EXISTE ALGO MÁS CONMOVEDOR: EL CARIÑO INOCENTE DE ESTAS PAREJAS BIEN AVENIDAS, DE ESTOS HERMANOS CUYA COMÚN TERNURA LES SIRVE PARA HERMOSEAR LA EXISTENCIA QUE LA DESGRACIA QUISO MARCAR CON INFORTUNIOS PRECOCES.

FOTO DE BALDISSEROTTO.

Las bellezas del campo invitan a su

KODAK

y con el *aditamento autográfico,* un distintivo exclusivo de la Eastman, puede inscribirse el título y la fecha al mismo tiempo que se toma la fotografía.

KODAK ARGENTINA, Ltd.

Corrientes 2558, Buenos Aires

LA MADRE DE S. S.

MONSEÑOR RATTI, EN COMPAÑÍA DE SU HERMANO FERMO.

EL PADRE DE S. S.

EL NUEVO PONTIFICE

LOS OPERADORES CINEMATOGRÁPICOS ESPERAN LA BENDICIÓN PAPAL.

LA CASA DONDE NACIÓ EL PONTÍFICE.

EL MINISTRO ARGENTINO, GARCÍA MANSILLA, Y SU ESPOSA DIRIGIÉNDOSE AL VATICANO.

La proclamación de Su Santidad Pio XI produjo gran júbilo en toda la cristiandad, pero el foco más ardiente de entusiasmo fué Desio, lugar natal de monseñor Aquiles Ratti.

Cuéntase que al recibir el telegrama del senador Tittoni comunicando a la familia el fausto acontecimiento, los parientes del Papa quedaron aturdidos por la sorpresa. Momentos después Desio estaba toda embanderada y los habitantes locos de júbilo. Al día siguiente llegó la invasión de fotógrafos, periodistas, etc., comenzando el asedio de la familia Ratti, que soportó resignadamente los gajes de la celebridad. Componen esta familia un hermano del Pontífice, el señor Fermo Ratti, comerciante en seda, y dos hijos de éste: el ingeniero Franco Ratti, héroe durante la pasada guerra, y María.

Entre los más satisfechos hállase un zapatero de Desio llamado Gussani Tommaso, condiscípulo de escuela de Pio XI, con el cual solía el joven Aquiles Ratti pasear por las montañas. No se cansa de narrar aquellas aventuras.

LOS PARIENTES DEL PAPA ASALTADOS POR LOS PERIODISTAS Y AMIGOS.

MUEBLES
Y DECORACIONES

ESPECIALIDAD
EN MUEBLES DE
ESTILO ANTIGUO

576 - SUIPACHA - 586

Unión Telef., 3773, Rivadavia. Cooperativa, 2388, Central.

GRANDE
MAISON DE BLANC
6, BOULEVARD DES CAPUCINES
PARIS
LONDON CANNES
MANTELERIA DE MESA
Y DE CAMA
LENCERIA - BONETERIA
DESHABILLÉS - AJUARES
LA GRANDE MAISON DE BLANC NO TIENE
SUCURSAL EN AMERICA

CARAS Y CARETAS
EN PARIS

Para subscripciones y ejemplares de
CARAS Y CARETAS y PLVS VLTRA
en París, dirigirse a

L. MAYENCE y Cía.
9, RUE TRONCHET, 9

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA

PLVS VLTRA

SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).... $ m/n 3.—
Semestre (6 »).... » » 6.—
Año (12 »).... » » 11.—
Número suelto ..... » » 1.—

EXTERIOR

Año..... $ oro 5.—
Número suelto..... » » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la Administración.

EL FURGÓN QUE LLEVÓ AL CEMENTERIO EL CADÁVER.

ULTIMOS MOMENTOS DE LANDRÚ

M. MORO GIAFFERRI PRONUNCIANDO SU ELOCUENTE DISCURSO.

LANDRÚ HABLANDO CON SU DEFENSOR DURANTE LA VISTA.

Metropol Bazar
F. Staropolski
Suipacha 585
La casa que siempre ofrecerá las ultimas novedades del mejor gusto al menor precio.
El Metropol Bazar es la exposición permanente de porcelanas y cristales

[illegible] que confirma el [illegible] del Estado Artístico de THOMPSON [illegible] Sud América en virtud de los [illegible] como ésta.

Thompson Muebles Ltda.

FLORIDA [illegible] BUENOS AIRES.

SANTA ACUEDA

Essayez nos Nouvelles Voitures
C'est vous qui nous en direz les qualités.
Renault
Billancourt (Seine)
Agents exclusifs
pour la République Argentine
E. Abal & Cie
Lavalle 1202
Buenos Aires
DRAGEM

Artefactos de Estilo
evidencian el gusto personal de Vd.
Conviene, pues, a Vd. reemplazar sus artefactos antiguos por otros que armonicen con el conjunto artístico y elegante de su hogar.
Una visita a nuestros amplísimos salones facilitará a Vd. la elección, pues acabamos de traer un magnífico surtido de arañas de estilo, de los principales centros de fabricación, así como las últimas creaciones en Cristal de Baccarat.
Heinlein & Cía
MUEBLES
ARAÑAS
BAÑOS
Buenos Aires
Avenida de Mayo 1402-1500

DE TIERRA ADENTRO

En el corazón de la patria, tierra adentro, la agricultura lucha contra los innumerables obstáculos que el suelo virgen, la falta de comunicaciones, la carencia de agua oponen a las actividades varoniles. Allí está la futura grandeza de la Argentina que elevará a incalculable altura la actual grandeza. Un experto e inteligente viajero, cuya misión es la de propagar entre los colonos de diversas regiones los métodos técnicos modernos, un colaborador de PLVS VLTRA nos remite estas fotos, obra suya, que reproducen paisajes y costumbres de las estancias y chacras del interior. Hay en esas páginas gráficas gran sabor de verdad y de arte, y al mismo tiempo una enorme impresión de esperanza. Andando el tiempo todas estas penosas tentativas actuales se convertirán, para bien del país, en establecimientos agrícolas de enorme importancia y rendimiento.

UNA TROPILLA DE GANADO VACUNO BAJANDO DEL MONTE A LA REPRESA Y BEBEDERO, EN UNA MAÑANA DE OTOÑO. VISTA TOMADA EN LA GRANJA EXPERIMENTAL DEL FERROCARRIL CENTRAL ARGENTINO EN LA PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO.
Foto de Hugo Miatello (hijo).

Cada una de nuestras esmeradas confecciones lleva este sello característico, exponente de la más alta selección de flores y plantas naturales.

Florida 199 *U. T. 2081 Avenida*

En Harrods

Creaciones exclusivas en pieles para Señoras

Suntuosas notas de elegancia, impuestas por su

DISTINCION Y CALIDAD

93 A (bis).—Precioso saco, modelo de gran actualidad, en piel de taupe, de muy fina calidad, forrado en seda de inmejorable clase.

$ 750.—

555 A — Bonito modelo de saco, última moda, en piel de loutre australiano, de muy buena calidad, cinturón de lo mismo, con rico forro en seda floreada.

$ 490.—

SALONES DE EXPOSICION Y VENTA: PRIMER PISO

561 A — Práctico modelo de tapado en piel de loutre extrafina, con un riquísimo cuello forma chal; forrado en seda de muy rica calidad.

$ 55.0—

91 A Elegantísimo modelo de capa, en piel de taupe escocés, extrafina, con precioso forro de satín; estilo de reciente creación.

$ 1.700.—

Entradas y vidrieras:

Florida - Paraguay - San Martín - Córdoba

Studebaker

El Triunfo

en las elecciones

de automóviles corresponde siempre a los coches STUDEBAKER, debido a que ellos satisfacen las exigencias del gusto más refinado por las inapreciables ventajas que ofrecen, su aspecto de soberbia belleza, el suntuoso confort con que están interiormente equipados y la elegancia de su atrayente diseño.

Es pueril y ociosa la tesis que invocan ciertos fabricantes y según la cual los precios altos son sinónimo de coches finos, por cuanto los precios no se gobiernan por el valor real y efectivo de la mercadería sino por los costos de producción del fabricante respectivo, y que varían de acuerdo con la habilidad y facilidades fabriles que posee cada uno. Es evidente que los elevados costos de producción, respondiendo inevitablemente a la incompetencia o la falta de facilidades fabriles, no señalan tan sólo precios altos sino coches que en realidad son inferiores.

Con $ 70.000.000 oro americano de activo real, inclusive $ 36.000.000 oro americano invertidos en fábricas y maquinarias modernas, STUDEBAKER surge sobresaliente en pericia y recursos para la fabricación económica, y ofrece el mayor valor real por su precio.

Precio del coche que ilustra esta página, $ **12.000** (con ruedas de madera)

Tenemos 11 tipos de coches cerrados, desde $ **6.300.**

The Studebaker Corporation of America

AVEN. DE MAYO, 1235. — U. Telef. 5935, Rivad. — BUENOS AIRES

AÑO VII
NÚM. 72

Plus Ultra

ABRIL
DE 1922

Señorita Lucrecia Labougle

FOTOGRAFIA DE WITCOMB

JUDAS EL SUGESTIONADO

CÓMO ERA DE HERMOSA LA LEYENDA DEL PUEBLO DE ISRAEL EN LOS LABIOS DE JESÚS DE NAZARETI... EL PUEBLO ENTERO, AGOLPADO CONTRA LA MURALLA VETUSTA, IBA A OIRLE Y AL FIN DE SUS HISTORIAS LOS SABIOS DECÍAN QUE OYENDO A JESÚS SE EXPLICABAN LA EXTRAÑA DEFINICIÓN DE LA BELLEZA HECHA POR PLATÓN. EL DISCÍPULO DE SÓCRATES ESCRIBIÓ UN DÍA: «LA BELLEZA ES LA FLOR DE LA VOZ».

ELEGANTE EN SUS MANERAS DE DECIR, COMO LO ERA, EN SU ANDAR, A TODOS PERSUADÍA EN BIEN, JESÚS. PERO LO QUE FUÉ EN UN PRINCIPIO UN ATRACTIVO DE SU ESTILO, FUÉ LUEGO VERDAD LUMINOSA A PARTIR DEL DIA AQUEL EN QUE JESÚS, DECIDIDO A MORIR, DENUNCIÓ QUE ERA EL HIJO DE DIOS.

FRENTE A LOS DOCE APÓSTOLES, COMO ANTE DOCE ESPEJOS, HIZO SUS MILAGROS. ERAN BIENAVENTURADOS POBRES DE ESPÍRITU Y JESÚS LES OFRECIÓ, EN CAMBIO DE LA MISERIA QUE CONOCÍAN EN LA TIERRA, «EL REINO DE LOS CIELOS».

CUANDO JESÚS, ANTE EL ÚNICO PAN, DIJO «COMED», CADA CUAL VIÓ EN SU ESCUDILLA APARECER UN PAN. EL MAESTRO LOS HABÍA SUBYUGADO A SU VOLUNTAD COMO UN BOTÓN DE BRILLANTE JUNTA Y RETIENE LAS DOCE VARILLAS DE UN ABANICO.

LA NOCHE AQUELLA, EN LA CENA DE BETLEM, CUANDO FUÉ NECESARIO QUE JESÚS SE SACRIFICARA PARA SALVAR SU DOCTRINA, SE IRGUIÓ EN LA MESA Y DIJO, QUERIENDO DEPARAR EL TÍTULO MÁS ALTO DE GRATITUD QUE PODÍA DAR EN LA TIERRA A SUS DISCIPULOS:

— DE CIERTO OS DIGO QUE UNO DE VOSOTROS ME HA DE ENTREGAR.

LOS DOCE APÓSTOLES CONMOVIDOS POR LA GRACIA OFRECIDA MIRARON TIERNOS A JESÚS, Y AUNQUE TODOS ENTRISTECIERON POR LA PRÓXIMA MUERTE DEL JUSTO, DOCE ANHELOS SE PREGUNTABAN AL UNÍSONO:

— ¿SERÉ YO?

JESÚS LOS BESÓ UNO A UNO, ACREDITÁNDOLES LA MISMA CONFIANZA AL ACERCARSE A PREGUNTARLE:

— ¿SOY YO, SEÑOR?

PERO AL ÚLTIMO DE ELLOS, QUE SE SENTABA EN EL EXTREMO DE LA MESA CONSIDERÁNDOSE EL MÁS MISERABLE, LE RESPONDIÓ:

— TÚ ME HAS DE VENDER.

Y VELANDO EL IMPERIO QUE ENCERRABAN SUS PALABRAS, AGREGÓ OBLICUAMENTE, COMO EN OTRA OCASIÓN:

— TÚ LO HAS DICHO.

JUDAS ISCARIOTE ERA EL MÁS CIEGO DE LOS DISCÍPULOS DE JESÚS. NUNCA VIÓ MÁS OBSTÁCULOS QUE LOS QUE LE SEÑALABA EN EL CAMINO JESÚS. NUNCA DIJO: NO. NUNCA VIÓ MUJER MÁS HERMOSA QUE LA SAMARITANA A QUIEN LLAMÓ «HERMOSA» EL DE NAZARET.

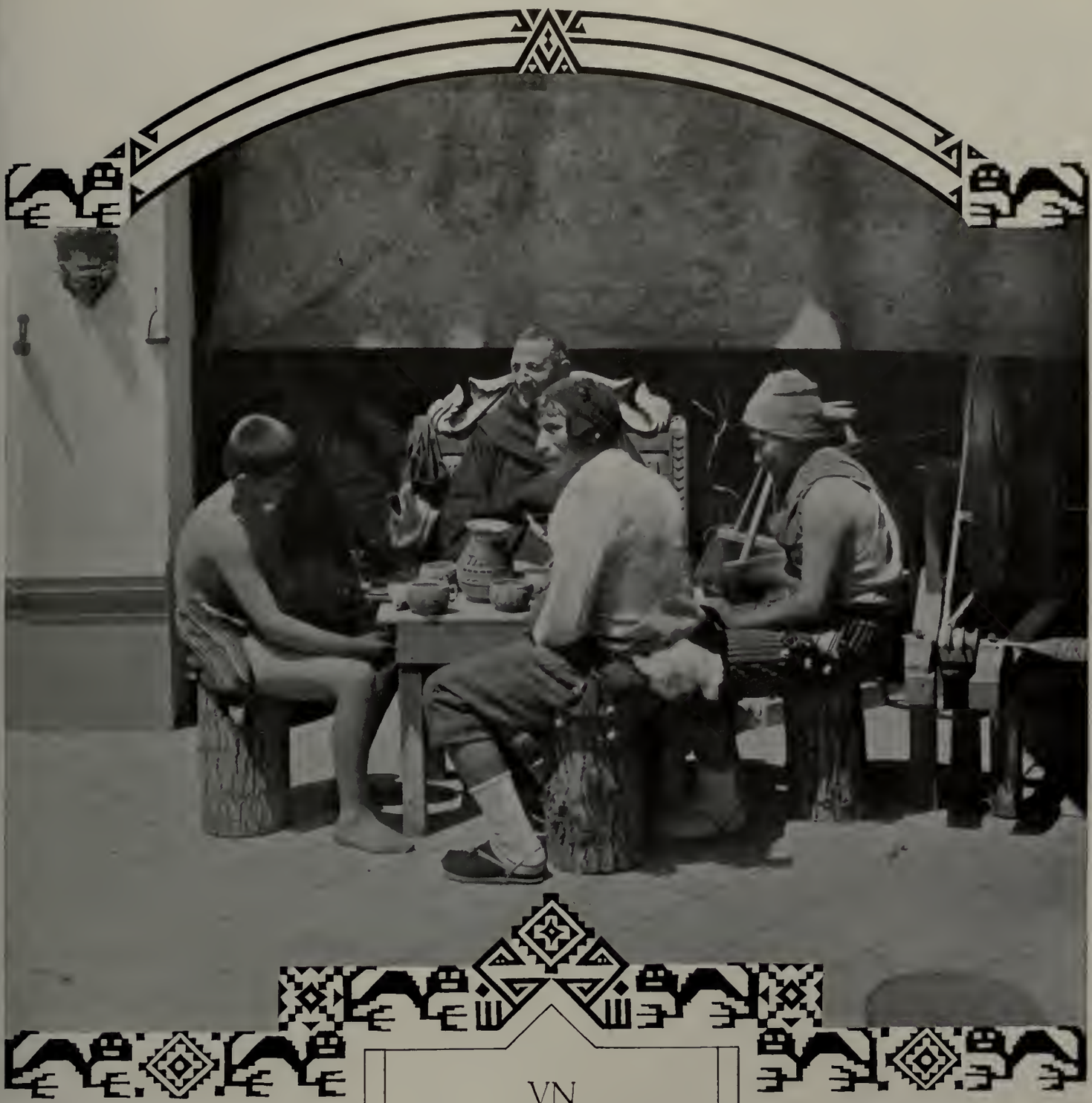
AL IR A ENTREGAR EL HIJO DE DIOS AL PUEBLO INFIEL, SE SINTIÓ SOLO COMO UN CORDERO ENTRE LOS LOBOS Y SE PREGUNTÓ:

— ¿POR QUÉ, SI JESÚS ES TAN BUENO, ME HA SEÑALADO A MÍ PARA REQUERIR SU MUERTE, SIENDO YO QUIEN HA DE LLORARLO, INCONSOLABLEMENTE, MAÑANA?

SE DETUVO FRENTE A UNA PIEDRA QUE NO DA SOMBRA EN JUDEA. BAJÓ LA CABEZA COMO UN BUEY PUEDE BAJARLA AL YUGO. AL RATO, AUTÓMATA QUE ERA, SIGUIÓ SU ÁSPERO CAMINO DICIENDO CON TODA CONTRICIÓN:

— EL SEÑOR LO QUIERE. POR MI BOCA LO DICE.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI
ILUSTRACION DE LARCO



AL TERMINAR EL ALMUERZO HABÍA GANADO YA LA SIMPATÍA DE LOS INDÍGENAS.

UN FILM HISTÓRICO

EL MISIONERO DE ATACAMA

—Quise—chapurreó el señor Onelli—proporcionarme un film a mí mismo, harto de los perfiles de enorme mandíbula de los «cow-boys», que siempre ponen al pecho el revólver; harto también de las estrellas de la pantalla, eternamente rubias, eternamente con ojos claros y en blanco, y eternamente violentando la estética femenina hasta prodigarla y vulgarizarla por veinte centavos la sección.

Esta cinta es bien nuestra — prosiguió; — tan nuestra que me ha sido facilísimo reunir los elementos necesarios para desarrollarla; viejas tallas de la época colonial, toscos cacharros conventuales y hasta tres indígenas de una misteriosa raza casi extinguida, cuyos restos viven en la Puna de Atacama; todo lo he tenido a mano. Me resultó algo difícil conseguir un franciscano auténtico que se prestara a representar en la instructiva película. Conseguida la importante colaboración, confirmé al simpático reverendo imponiéndole un nombre que viste mucho gracias a su sabor colonial: Fray Diego de Figueredo.

En esta colección de postales — nos dijo el señor Onelli — entresacadas del film falta la escena culminante. Apenas durante un segundo pude repetir el milagro del seráfico hermano de Asís con las fieras del bosque. El puma encargado de este papel estuvo muy parecido al lobo de que nos habló Rubén Darío. Parecía repetir, mientras mostraba los dientes y las zarpas, el verso:

«Hermano Francisco, no te acerques mucho».

Por lo cual el fraile tenía recelo de acariciarlo. En fin; el puma no estuvo del todo bien en su papel colonial, de cuando los españoles le llamaban «amigo del cristiano».

Después nos detalló la película en estilo de epígrafe. Es un argumento sin amores, intrigas ambiciosas ni peripecias policiales. Fué hecha para ayudar a la enseñanza de la historia argentina proporcionando el elemento gráfico. La reconstrucción cumple un fin justiciero: poner de relieve la parte buena de las misiones. Y es una joya del «folk-lore» nacional que nos muestra con realismo artístico una fase de la «civilización de indígenas a principios del siglo XVIII».

Cuadro I. — Un fraile pasea por el claustro de un convento español, rezando el breviario. Llega un monaguillo

EL DOCTRINERO ENSEÑA A PINTAR A UN INDIO.

y le alcanza un papel. Es la orden de «la obediencia» que destina a fray Diego, del convento de Palos, a las misiones del Tucumán. El epígrafe dice:

En 1707 los pocos Franciscanos de la Custodia del Tucumán pedían a los conventos del Virreinato del Río de la Plata doctrineros para civilizar indígenas de Atacama. El pedido fué pasado a los conventos de España.

Cuadro II. — Una iglesia en Europa con la puerta entornada. Sale el monaguillo llevando una bolsa y una arca, el pobre bagaje del fraile. Suben la escalera del templo algunas mujeres, mientras sale de la iglesia el fraile encapuchado: le besan la mano para despedirlo y entran en la iglesia.

Cuadro III. — Un buque a vela de la época en alta mar (se supone que es la nave donde navega el misionero).

Cuadro IV. — En medio de la pampa el fraile viaja en la carreta colonial tirada por bueyes.

Cuadro V. — Un patio de convento pobre en una quebrada de Atacama. Una vieja criolla trabaja en la rueca: dos indígenas de Susques sentados a su manera en el suelo hilan lana de vicuña en la pascana. Llega al patio una llama cargada con dos petaquitas: eso llama la atención de los indígenas que se incorporan mientras entra al patio el fraile doctrinero.

Cuadros VI y VII. — El mismo patio con una pobre mesa con cacha-

EL FRAILE Y EL ALCALDE DE PRIMER VOTO, LAS AUTORIDADES COLONIALES.

PRAY DIEGO DE PIGUEREDO EN VIAJE A LA MISIÓN.

rros españoles de la época: el fraile, los dos indígenas y un chico comen unos choclos sancochados. Durante este frugal almuerzo fray Diego se gana la simpatía de los mansos indios, quienes le obsequian pieles, el intransigente puma y unos ídolos. Relativo fracaso de las caricias franciscanas a la fiera.

El reverendo mira tristemente los ídolos; después con dulzura los esconde en una alforja. Llega un viejo señor español de poncho. Es el alcalde de primer voto que saluda y conversa con el fraile el cual le indica la alforja. Después el fraile le enseña a los indígenas tres vigas entalladas (año 1708) para puerta de una iglesia; los indígenas cargan con ellas como para ir a terminar una capilla.

Cuadro VIII. — En la puerta del convento. El fraile enseñando a los neófitos a cultivar el terruño. De este modo consigue que la alimentación no sea únicamente de maíz.

Cuadro IX. — En el patio conventual un chico sentado en un tronco cerca de una tinaja deletrea en un libro; cerca una mujer criolla desgrana maíz, la otra criolla sigue hilando y el fraile con un pincel en la mano y de pie retoca un cuadro de la Visitación (tela colonial de la época) en el que está trabajando uno de los indígenas ya mejor vestido, mientras el otro, sentado, toca el instrumento indígena la «ísusa».

Fray Diego ha conseguido — dice el epígrafe — *que los indígenas sepan leer, que moderen sus bailes y sus músicas, y que un indígena de Susques pinte el cuadro de la Visitación para la nueva capilla.*

Y así prosigue la película, sin más amores que el amor cristiano, hasta llenar quince agradables e instructivos minutos.

Don Clemente Onelli llevó a su nuevo arte de «supervisionista» todo el saber, la iniciativa y la tesonería que pone en todas las múltiples empresas por él acometidas, desde la formación de un Zoo modelo a la captura de un animal misterioso. Es un romano acriollado con energías norteamericanas, pero sin los millones que necesita para hacer una proteica y fecunda obra de cultura nacional.

Mucho se habló del cinematógrafo escolar, muy poco se ha hecho relativamente, porque la película didáctica rinde ganancias limitadas. Los films teatrales, pergeñados con escenas cursis y resobadas, proporcionan mayor utilidad metálica. Sin embargo, las cintas en las que se presentan usos y costumbres históricas o actuales darían para el porvenir rendimientos espiritual y pecuniario, perfeccionando las inteligencias infantiles.

AZADA EN MANO, EL REVERENDO PREDICA CON EL EJEMPLO LABRANDO LA TIERRA.

... No se os exige que seáis bellas... sed tristes...

De la tristeza viene la somnolencia del misterio; y del misterio la concepción del Ideal... La tristeza forma una aureola en vuestros rostros: la tristeza trae el enigma, y comunica a los seres una luz problemática...

Hay en todos nosotros una desconocida impenetrable a quien amamos; pero no la amamos en la risa; la amamos en la meditación. Los rostros que viven entre sombras se rodean de crepúsculos y viven en el amor. El cielo es bello por sus crepúsculos, y si le amamos es porque sus crepúsculos son tristes...

Si queréis ser bellas... sed tristes...

Son cuatro hermanas, las tristes, las pálidas, las hijas de Shakespeare; sombras nostálgicas que representan en la tragedia figuras albas. Con besos y lágrimas, con ensueños y suspiros, forjaron corona de inmortales para el creador de Romeo, de Hamlet, del viejo Lear y de Otelo. Son las Ideales agradecidas; y en sus agonías cantaron la apoteosis del gran trágico.

Julieta da la mano a Ofelia: la bella virgen de catorce años que soñó con el canto del ruiseñor y rechazó la luz del día en el acento de la alondra; besa apasionadamente la casta frente de la rubia soñadora, que cierta tarde recoge manojos de tiernas flores para regar el sendero de su próxima muerte... Cordelia da la mano a Desdémona: la hija rechazada, vuelta espíritu ante el demente anciano que tiene sed de consuelos y caricias, besa candorosamente a la esposa inocente, que en sus luchas ha recordado la Canción del Sauce... Julieta ama a Ofelia como la aurora ama la luz. Cordelia ama a Desdémona como el céfiro ama lo azul. Y la aurora, la luz, el céfiro y lo azul se aman porque son tristes... Ofelia es la casta; murió sin que sus labios temblasen apoyados en otros labios; sin que empañase su frente el roce de un aliento extraño; sin que sus cabellos ondulasen en el fuego del placer. La ironía de Hamlet convirtió aquella sonrisa en llanto, y aquel dolor en risa... Desdémona es el sollozo; es algo que nos aflige y nos desvela. Todavía no le hemos perdonado al infame negro que dudara de aquel lirio. El moro no ha llegado a ser absuelto, ni aun después de derramar la propia sangre con sus manos heroicas.

PEDRO CÉSAR

PEDRO CESAR DOMINICI
ESCRITOR Y DIPLOMATICO

—«Yo traigo ante todo—me dice el doctor Dominici y con ello confirma opiniones expresadas anteriormente — una misión espiritual de mi pueblo para el pueblo argentino. Una misión del alma de Venezuela para el alma de esta joven república, y aspiro a cumplirla con positivos beneficios en el afianzamiento de un tradicional sentimiento de hermandad...»

Escritor y diplomático — pienso, — las inclinaciones naturales de su espíritu han de facilitarle, sin duda, la realización de tan alto anhelo. Así trabajó ya en España, en Londres, en París, donde representó a su patria antes de venir a Buenos Aires, ciudad que le encanta principalmente por su fisonomía parisina. Muy joven, apenas obtenido su título universitario, el doctor Dominici abandonó la tierra de origen y se fué a vivir a París, pensionado por su señor padre.

La bohemia literaria de la gran capital ganó por algún tiempo su temperamento aventurero, y el que había de ser, andando los años, sesudo diplomático, ordenado en su trabajo y hombre, a la postre, con aspecto bondadoso, reposado, perdió en su mocedad muchas noches ilusionado, como tanto poeta obscuro, por unos labios artificiosamente frescos...

Pero el ambiente bullicioso, intranquilo y con frecuencia doloroso de los trasnochadores intelectuales, maduró, por extraña virtud, su vocación de escritor ya iniciado con fortuna en las lides del periodismo combativo. De tal manera, se hizo o fué al mismo tiempo que parroquiano inquieto del café de concurrencia alegre, artista pensativo, estudioso, serenamente reflexivo... En esa época escribió «Dionysos», libro admirable que bastó para darle gloria y renombre universales...

Cuatro años de labor necesitó la preparación de ese libro en que las visiones helénicas se suceden con fluidez y galanura propias del medio y de la civilización que reflejan.

Todo en él: personajes, escenas, historias de amor, cultos paganos, tiene la serenidad que fué gala de la Grecia filosófica y la elegancia de aquella tierra de artistas.

De «Dionysos» se han hecho muchísimas ediciones que valieron a su autor ser conocido simultáneamente y comentado con elogio en los más diversos y apartados pueblos.

— Yo compré «Dionysos» — le digo al ministro venezolano, evocando recuerdos — hace seis o siete años en...

— ¿Dónde? — me interrumpe casi con indiferencia que desaparece súbitamente cuando continúo:

— ...Lo compré en el Chaco... perdido en la estantería de un negocio de imprenta...

Se diría que la leyenda un tanto fantástica de aquel territorio argentino le da, en su concepto, singular valor al hecho de que su mejor libro se vendiese también allí a la vez que en Madrid, en Nicaragua y en Chile...

— Sí... — añade entonces satisfecho. — Tuve la suerte de encontrar un editor que sabía hacer propaganda de las obras que él editaba. Me pagó poco, una miseria, es cierto; pero declaro que jamás aspiré a ganar dinero ni siquiera renombre con mi pluma... Escribo por vocación y sólo cuando realmente siento lo que escribo. Por eso escribo poco.

Después, el doctor Dominici me habla con entusiasmo de su patria que ha entrado ahora, serenadas las pasiones políticas que tanto la agitaron, en un período de franco progreso y de intenso crecimiento industrial. Habla de los principales productos del comercio y de las manufacturas, y al hacerlo pone de manifiesto el convencimiento de que entre su país y el nuestro ha de entablarse prontamente una estrecha vinculación, en todos los órdenes de la vida. Confía para ello en la buena predisposición que desde su arribo se le ha exteriorizado en Buenos Aires, y confía también en su acción inicial de primer ministro de Venezuela en la República Argentina. Y a fe que lo conseguirá sin mayores esfuerzos. La comunión de origen y sentimientos simplificará sus tareas, y de las dificultades que pudieran surgir se descuenta que han de triunfar, como ya triunfaron en otros países, su tacto de diplomático y su refinado espíritu de literato. ¿Qué más puede decirse, ante la perspectiva del artículo suyo que da mérito a esta página y que él, gentilmente, ofrece para FLVS VLTRA?...

RAUL DORIA

Otelo necesitaba muchas vidas para expiar su crimen... Cordelia es el destello. Después que Lear interroga en medio del bosque la tempestad: «¿Por qué me odiáis? ¿Por qué me perseguís? ¿Sois acaso mis hijas?...» Aquel ángel olvidado presentóse al padre ingrato; y fué su guía, y fué su sostén, y volvió al loco la razón para morir por él. El viejo amaba la luz; y al morir la hija, quedó entre tinieblas, y murió buscando el destello que había partido... Julieta es la Primavera, es la diosa del ideal de amor. A cada hombre no le es dado poseer sino una Julieta, que se va sin regresar nunca; y que luego llámase Nostalgia, Desengaño, Melancolía... Julieta es la preferida de los tristes, la novia inmortal de todos los corazones. No es Cleopatra, no es la egipcia lasciva de desnudez diabólica que embriagó a Antonio con néctar de voluptuosidad; no es la seducción vestida de aire y fuego, la serpiente del viejo Nilo, como dijo el poeta inglés. Cleopatra es la amante, es la pasión sensual irresistible y palpitante. El amor que obligó al triunviro romano a atravesarse con su propia espada, y a la reina de Egipto a abrazar el áspid contra el pecho y soportar sonriente la mordedura del reptil venenoso; no es la que obligó a Romeo a apurar el tósigo, y a Julieta a herirse con el puñal del heredero de los Montescos. Desde el sepulcro de los Ptolomeos no se contempla el sepulcro de los Capuletos. Los amantes paganos están muy lejos de los amantes cristianos...

En la peregrinación de la Belleza y el Amor no se admiten las niñas alegres. Venus dió a Psiquis por compañeras la Tristeza y la Soledad; y desde entonces, los que cantaron el amor han cantado a las Tristes...

Si queréis ser amadas... sed tristes...

No es la poesía lo que os hace amar la inmensidad y lo azul; no es el misticismo lo que os hace solicitar las religiones: es la tristeza. Las plegarias que en vuestras creencias enviáis al cielo son vuestras tristezas que anhelan santuario. Si vais a los templos, si el sonido de las campanas os hace pensar, si os arrodilláis ante el altar, es porque sois tristes... En el fondo del vivir palpita inagotable fuente de tristezas. Amor que ríe lleva en sí germen de olvido...

Si queréis ser bellas... sed tristes...

DOMINICI

Mysgrima Julia

ACUARELA DE

Jorge Larco

PLVS VLTRA
LA CORONACIÓN

AGUARDANDO LA BENDICIÓN DEL NUEVO PONTÍFICE. FOTO ESPECIAL PARA «PLVS VLTRA».

La coronación de un Papa es un suceso trascendental... Llego, al alba, a la plaza de San Pedro. Masas obscuras de gente se mueven, se empujan, chocan y desbordan unas en otras. El templo está ya casi lleno. La atmósfera es sofocante. La escalera Braschi está congestionada. Sólo los diplomáticos y los cardenales pueden pasar con facilidad. Aire húmedo y frío. Hay gentes que comen frutas, galletas, bombones, y no faltan las que beben. En realidad, la basílica de San Pedro, llena de tan inmensa multitud, da miedo. La más pequeña alarma podría tener consecuencias trágicas...

De pronto, un murmullo que va acentuándose hasta convertirse en algo así como un trueno sordo:

¡El Papa! ¡El Papa!

Una tempestad de aplausos. Suenan las trompetas de plata. Miles y miles de pañuelos, de billetes de entrada, se agitan en el aire nerviosamente, desesperadamente.

—¡Viva el Papa! ¡Viva el Papa de la paz universal!

Lentamente, apenas oscilante, tanto es el religioso cuidado con que sus portadores la llevan, avanza la silla gestatoria con el Papa. Pío XI bendice con mano enérgica, segura, resuelta; pero sus bendiciones cesan pronto. El Papa está conmovido, y la emoción de

EL IMPONENTE CORTEJO PONTIFICIO DESFILA POR EN MEDIO DE LA MUCHEDUMBRE.

EN ROMA DE PÍO XI

la cosmopolita multitud, más visible todavía que la suya, aumenta la intensidad. Cuando Su Santidad pasa frente a la tribuna en que están sus parientes, los ojos le brillan. El momento es conmovedor. El hermano de Pío XI, el industrial señor Fermo Ratti, está inmóvil como una estatua; quiere dominarse, pero de pronto empieza a llorar. Su esposa se santigua incesantemente. La hermana del Papa, la señorita Camila, oculta la cara en las manos profundamente emocionada...

LA ENTUSIASTA MUCHEDUMBRE AGLOMERÁNDOSE EN LA GRAN PLAZA DE SAN PEDRO.

Pío XI se sienta en el trono, y el cardenal Merry del Val, arcipreste de San Pedro, pronuncia breves palabras de saludo al jefe de la cristiandad. Entretanto, se forma el cortejo, un cortejo triunfal, que no tiene igual en ninguna parte del mundo. Es un espectáculo grandioso, imponente, que se renueva a través de los siglos y al cual contribuyen los pueblos y las naciones con sus costumbres, sus tradiciones, su fe. Mientras desfila lentamente el imponente cortejo, el maestro de ceremonias, con el ritual del caso, recuerda al nuevo Pontífice que las glorias de este mundo son perecederas: *sic transit gloria mundi.*

Momento solemnísimo es cuando el cardenal Vanutelli quita de la cabeza de Su Santidad la mitra y le pone la tiara diciendo: «Toma

PÍO XI IMPARTIENDO LA BENDICIÓN APOSTÓLICA «URBI ET ORBE» DESPUÉS DE PROCLAMADO.

S. SANTIOAD LLEVADO PROCESIONALMENTE EN LA SILLA GESTATORIA.

LAS BOLILLAS BLANCAS Y NEGRAS QUE SIRVIERON PARA LAS VOTACIONES DEL CONCLAVE.

la tiara adornada con las tres coronas y no olvides que eres el padre de los príncipes y de los reyes, el conductor del mundo, el Vicario del Salvador, nuestro Señor Jesucristo, honrado y glorificado por la continuidad de los siglos. Amén».

Millares de personas lloran, y las lágrimas corren también por las mejillas del Papa.

La tiara que el cardenal decano ha puesto en las sienes de Su Santidad es un joyel maravilloso. De fieltro muy fino, está cubierta de un tejido de malla de plata y lleva tres coronas muy livianas. Cada corona no es sino un haz de oro, adornado con piedras preciosas y dos hilos de perlas: noventa perlas por hilo, lo que hace un total de quinientas cuarenta.

La primera corona tiene además diez y nueve rubíes, tres esmeraldas, un jacinto, una aguamarina, un zafiro y ocho puntas de oro con cinco granates y dos rubíes.

La parte superior de la tiara está cubierta con una lámina de oro en la cual hay ocho rubíes y ocho esmeraldas. Encima, una esfera de oro esmaltado de azul, coronada por una cruz resplandeciente con ocho brillantes magníficos.

ELEGIOO EL PAPA PUERON BAJADOS TODOS LOS DDSELES CARDENALICIOS, EXCEPTO EL SUYO.

Las dos bandas que

LOS CARDENALES Y OBISPOS ESPERANDO LA LLEGAOA DEL PONTÍPICE.

FACSÍMILES DE LAS BOLETAS DONDE SE CONSIGNABA EL VOTO DE LOS CARDENALES ELECTORES.

penden de la parte posterior de la tiara, y en la cual se ven las armas del nuevo Papa, ostentan también topacios, esmeraldas y rubíes de gran valor.

La ceremonia de la coronación, larga, interminable, continúa. El premio de la resistencia física debería corresponder al Sumo Pontífice, que se viste y se desviste un número inverosímil de veces. La ceremonia del beso, por sí sola, ocupa mucho tiempo. Algunas personas deben besar el pie al Papa.

En la plaza esperan, desde las primeras horas de la mañana, más de cien mil personas. ¿Quién piensa en ellas? Pensaremos nosotros, dice el Papa a uno de sus íntimos que se atreve a hacerle esa pregunta, y después de la ceremonia, a la una y diez y siete minutos, Pío XI se asoma al balcón central de la basílica para bendecir a la multitud, que cae de rodillas gritando:

—¡Viva el Papa!

Y Pío XI queda un momento inmóvil ante esa enorme multitud, compuesta por hombres de todas las nacionalidades y de todas las clases sociales, ricos y pobres, creyentes y no creyentes, que lo aclaman como a Vicario de Jesucristo en la tierra...

EL PRIMER RETRATO OFICIAL DE PÍO XI HECHO POR EL FOTÓGRAFO PONTIFICIO COMM. FELICI.

LA ORATORIA AL ALCANCE DE TODOS

Entre las muchas vanidades del hombre puede ponerse como la más universal la vanidad oratoria. En ninguna actividad espiritual hace tanto hincapié el amor propio. Pocos hombres cifran su orgullo en obrar bien; ninguno deja de cifrarlo en hablar de una manera plausible y triunfante. Pero no es fácil parlar brillantemente, aunque el contenido sea insustancial. Aparte de las condiciones meramente físicas — buen timbre en la voz, dicción pura, bellos gestos — requiérese fluencia verbal y dominio del léxico para envolver en ropaje elegante las banalidades.

Este problema lexicográfico para uso de oradores de ocasión lo da resuelto Mr. Doriac en su admirable libro «Discours Modéles». Contiene el volumen todo género de oraciones aplicadas a todas las circunstancias en que un individuo se ve obligado — o así lo desea, que es lo más frecuente — a tomar la palabra. En el manual hay discursos para candidatos a cualquier puesto público, para los electos y para los derrotados, aunque estos no es probable que utilicen la oración del manual, porque, una vez derrotados, ¿para qué hablar más?

Trae el libro modelos de peroratas con motivo de una boda, un bautizo, un funeral, un concurso, una inauguración. Contiene alocuciones de toda especie, brindis, «espeech» para toda clase de banquetes, por variados que sean los motivos, y composiciones oratorias apropiadas para reuniones sociales, fiestas de familia, aniversarios, bodas de plata, de oro, etc., etc. Todo lo abarca el manual de Mr. Doriac, desde la más resonante vida pública hasta la más discreta existencia privada.

El editor recomienda la obra diciendo que cuantos tengan que tomar la palabra hallarán en este libro una cantidad de discursos admirablemente trazados, «donde la banalidad está excluida y la forma es irreprochable». «Poseer y utilizar este libro — añade — es economizar tiempo, evitarse preocupaciones y ganar seguramente el auditorio». Debo confesar que no he leído el libro de Mr. Doriac. Me he limitado a verlo en los escaparates de las librerías. Pero la circunstancia de no haberlo leído no es obstáculo para recomendarlo con tanto o mayor calor que el propio editor. Alguna vez he ensalzado libros después de leerlos, y quiero declarar que no fué ello acto de mayor justicia que recomendar éste sin haberlo leído. Por otra parte, necesitan leer el manual de Mr. Doriac los que han de hablar, no los que han de escribir. Para hablar es imprescindible el manual; pero se puede escribir sobre él sin él. De aquí su doble ventaja de imprescindible y prescindible. No es necesario leer la obra de Mr. Doriac para notar su utilidad manifiesta. Se trata, como dice el editor, de «economizar tiempo y evitarse preocupaciones». Y esto es siempre recomendable.

Nietzsche, en su «Aurora», colección de aforismos deslumbrantes, publica uno que titula: «El medio de ser despreciado en seguida». Refiérese a ciertos oradores políticos de fácil y abundante palabra; oradores a la manera española y sudamericana. «El hombre que habla muy de prisa y mucho — dice — decae extraordinariamente en nuestra estimación, tras las relaciones más breves y aun concediendo que hable sensatamente; y no sólo decae en la misma medida en que nos importuna, sino mucho más abajo. Es que adivinamos que ha importunado ya a muchas personas, y al desagrado que nos causa sumamos los demás desagrados que suponemos ha causado antes». En lenguaje más llano podríamos decir que ello es el efecto irritante de la acumulación de las latas. El remedio contra este efecto deplorable está en el manual de Mr. Doriac, «donde la banalidad está excluida y la forma es irreprochable». Este manual es como un aristón o como una pianola en que las tocatas son perfectas. Los políticos que aspiran a dirigir a los pueblos con el timón de su laringe deben utilizar el manual, pues en él Mr. Doriac ofrece las recetas oratorias de la felicidad social con una precisión a que no puede llegar el espontáneo verbalismo de los Parlamentos.

Mr. Doriac ofrece discursos para defender ideas de la izquierda, de la derecha y del centro; ideas liberales, conservadoras, mixtas y neutras. Laboulaye fué en esto un gran precursor de Mr. Doriac. El eminente pensador francés escribió un libro, «Le Prince Caniche» que es la más divertida crítica del parlamentarismo. En este libro figura como principal personaje Mr. Pieborgue, abogado y primer ministro del fantástico país de los Gobernouches, donde reina el príncipe Caniche. El país está muy revuelto, sacudido por dos tendencias, una conservadora y otra radical. No sabe el monarca cual cuenta con la mayoría de la opinión. Esto se verá en una gran asamblea que va a verificarse. El monarca quiere estar con la mayoría. Para tranquilizarle, Mr. Pieborgue, el jefe del gobierno, pronuncia, en consejo privado y a manera de ensayo, dos discursos, uno conservador y tradicionalista, y el otro liberal progresivo. Según se manifieste la ola popular y parlamentaria, así echará mano de unos u otros argumentos. Los dos discursos son igualmente notables como muestras de la facultad ergotista del orador político. La materia de ambas oraciones es vaga, generalizadora y abstracta, insusceptible de comprobación evidente.

Para defender los principios conservadores como para sostener los ideales liberales y aun revolucionarios, Pieborgue ofrece a su rey un arsenal de silogismos igualmente eficaces. La fuerza dialéctica es la misma en los dos discursos. Pieborgue triunfa con la sonoridad, con el acento y el gesto. La oratoria es un bello ejercicio físico. Así pensaba de ella su propio padre, Demóstenes, cuando se iba a la orilla del río a meterse cantos en la boca para corregir los defectos de dicción en que le hacía incurrir la deplorable contextura de sus mandíbulas. El príncipe Caniche quedó maravillado de la facundia verbosa de su primer ministro, puesta lo mismo al servicio de los ideales estáticos que de los dinámicos, del tradicionalismo que de las reformas, de que el mundo marche como de que se esté quieto. Con el mismo aparato doctrinal — ya que hay doctrinas para todo — defendía Pieborgue que era mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer, como que era mejor aspirar a lo bueno por conocer que atenerse a lo malo conocido. Con el estudio de «Le Prince Caniche» y de este manual de Mr. Doriac se puede ser un perfecto orador político, ya de la derecha, ya de la izquierda, ya del centro.

La elocuencia, aunque no sea el arte de la persuasión, como la definían los griegos, es siempre un bello espectáculo. No quiere esto decir que el hablar mal no sea también en ocasiones, muy útil. De ello nos ofrece Chamfort una prueba en sus espirituales y cínicas anécdotas. Cuenta que un desmañado predicador le decía en una oportunidad: «Cuando el padre Bourdalone (que era muy elocuente) predicaba en Ruen, causaba allí un gran desorden: los obreros abandonaban sus tareas para oirle; los médicos, sus enfermos; los abogados, sus pleitos, etc. Yo prediqué un año después y todo lo puse en orden». En cuanto comenzaba a hablar, todo el mundo salía del templo. He ahí cómo la mala oratoria puede ser útil, metiendo la vida en quicio y haciendo volver a las gentes a sus habituales faenas.

Los oradores se han definido en dos grupos: en oradores que dicen lo que creen y en oradores que creen lo que dicen. Hay, sin embargo, un tercer grupo: los que no dicen lo que creen, ni creen lo que están diciendo. Y quizá, en fin, el mayor de todos los grupos sea el compuesto por aquellos que hablan por comezón, por necesidad física, hablar por hablar, a quienes, según Gracián, «la facundia les es mortífera». Para éstos, el estimulante no está en las razones íntimas, sino en el espectáculo externo del auditorio. Pertenecen a esa clase de oradores cuyos discursos, como le decía Platón a Antístenes, «los componen los que oyen». Pero a los que mayores servicios puede prestar el admirable manual de Mr. Doriac es a los que, no teniendo costumbre de hablar en público, se ven forzados a tomar la palabra por cualquier circunstancia: un banquete, una boda, un aniversario, un funeral. La edad, las condiciones sociales, las relaciones de parentesco, la jerarquía, etc. pueden poner en este trance al hombre exento de condiciones oratorias.

Trance peligroso. Porque hay hombres muy sensatos, muy juiciosos, muy avisados, que discurren con singular tino en la conversación familiar. Un buen día estos hombres tienen que hablar en público y pierden en un instante la consideración que gozaban de excelentes razonadores. Metidos a oradores ocasionales sólo sueltan palabras incoherentes, absurdas, exentas de sindéresis. Otros, en medio de un balbuceo pedregoso, no pueden coordinar un par de superficiales conceptos. Unos y otros producen angustia a los oyentes más piadosos y risa a los irónicos y exentos de todo sentimiento de benevolencia.

¿Qué ha pasado? ¿Qué se hizo de aquella razón serena, clara, certera? Ha naufragado en la alteración emocional que produce la aparatosidad de la oratoria. El sistema nervioso, en lugar de un aliado, se ha convertido en un enemigo, como diría William James. En unos, en los que sólo logran balbucir, el exceso de tensión del espíritu ha paralizado los movimientos del cerebro, helando, digamos así, la corriente de las asociaciones ideológicas. Voluntad, espíritu, acción discursiva, todo queda obstruído por aquella trabucante emoción. Se quedan mudos, o, por lo menos, tartamudos. Los otros, los incoherentes, logran romper la trabazón, dan a su voluntad embargada un movimiento precipitado y estallan en un montón de simplezas y extravagancias. La razón, su buena razón, no les asiste, porque su cerebro se ha convertido en un turbión en medio de aquellos esfuerzos para libertar el espíritu y la voluntad de las influencias inhibitorias que destruyen el libre fluir de las ideas. El hombre, habitualmente sensato, sale de estas pruebas muy disminuído en el concepto de las gentes. Ya no podremos verle sin recordar aquel apuro y reirnos un poquito del hombre respetable. Si somos banqueros — pase la hipótesis — quizá le restrinjamos el crédito, pensando que su cabeza no es tan firme como creíamos. Si era nuestro consejero, no hemos de atenernos ya con tanta confianza a sus indicaciones, convencidos de que hay en él cierta propensión a la locura.

Todo esto puede evitarse con el manual de Mr. Doriac, «Discours Modéles», obra maestra «donde la banalidad está excluída y la forma es irreprochable». Allí están previstas todas las ocasiones de hablar, así en los festivales como en los «meetings» ante los electores. Por lo que toca a los banquetes, el manual contiene una gran variedad de brindis; es la materia en que mayor cuidado ha puesto Mr. Doriac, a juzgar por el índice, del cual no hemos pasado, pero pasaremos, si un día las circunstancias — no lo permita el destino — nos ponen en trance de pedir la palabra.

Este manual debe usarse sin escrúpulos de plagio. Nadie debe detenerse en esto. El encargado de un discurso o de un brindis no debe pensar en que, utilizando esta obra admirable, no sería él quien hablara sino Mr. Doriac. El argumento es débil. Vale más hablar bien por cuenta de Mr. Doriac que mal por iniciativa propia. La originalidad puede ser fatal al original y, desde luego, a los oyentes.

Así como se repiten por insuperables los salmos y los versículos en los oficios divinos, se puede en los actos mundanos repetir los brindis y los discursos de esta biblia de la oratoria, «donde la banalidad está excluída y la forma es irreprochable»...

LA ESTACIÓN DE PUENTE DEL INCA DURANTE EL INVIERNO CORDILLERANO.

EN LA FRONTERA NEVADA

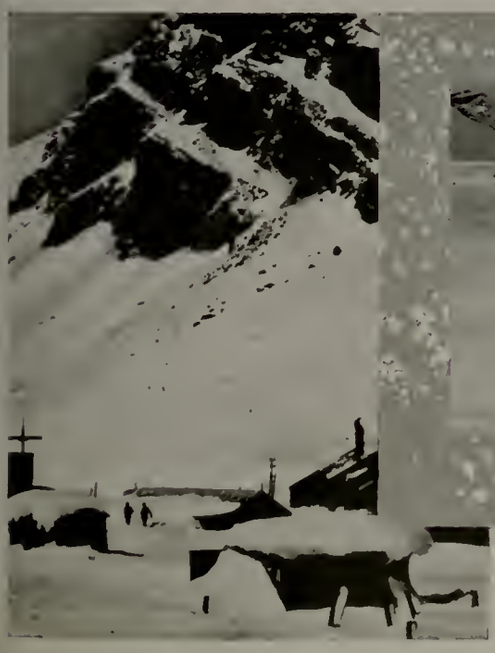
El blanco tapiz que eternamente cubre las altas cimas se ha corrido sobre toda la cordillera. La nieve parece bajar de las cumbres, y no del cielo, en un alud suave. El fenómeno anual esperado sorprende la admiración del hombre como un gran hecho milagroso.

«Ha nevado en la cordillera», dícese por las ciudades de ambas repúblicas, noticia que sólo tiene importancia comercial. Porque la caída de la nieve es un atentado de la naturaleza contra el tráfico internacional. El cándido tapiz impide o dificulta la marcha de personas, bestias y trenes, tráfico muy necesario para la vida mercantil. Y por eso la lucha contra la nieve invasora adquiere caracteres de verdadera batalla. Es necesario despejar las vías entre nevada y nevada para que los convoyes pasen por las entrañas de la cordillera afianzando las relaciones de dos pueblos.

Si ese continuo y abundante nevar sólo tuviera importancia artística ahorraríanse los dineros empleados en barrer y perseguir la nieve. Cuanta más cantidad y de más limpia blancura mejor para los pintores y los turistas que la desafían con el fin de perpetuarla sobre el lienzo y en la memoria. Pero como no sólo de arte vive el hombre resulta fatal y necesario ese combatir incansable.

La nieve, obstinada como Penélope, blanquísima y hecha y deshecha como su célebre tejido, desafía al hombre dándole grandes trabajos. Y esta misma labor sirve para afianzar más los lazos amistosos.

El continuo despejo de la frontera helada tiene la fuerza de un símbolo.



TODO QUEDA CASI SEPULTADO BAJO LA NIEVE: LOS DEPÓSITOS DE LOCOMOTORAS, EL CEMENTERIO Y LAS VÍAS.

Porque llevas amor en tu pecho

Por Vicente Medina

Mujer de la pobre ropa destrozada
Y arruinado el cuerpo,
con el hijo en brazos
como si llevaras a Dios mismo en ellos;
resplandece tu cara de madre
lo mismo que el cielo,
por eso:
porque llevas amor en tu pecho.

Hombre que a tu casa
vuelves del trabajo dichoso y contento
y los brazos abres
a tu hijito que sale a tu encuentro;
tu pobreza olvidas
y fatiga no siente tu cuerpo,
por eso:
porque llevas amor en tu pecho.

Muchacha que cantas
igual que un jilguero,
aunque lavas ropa
un día de invierno,
mostrando tus carnes moradas de frío
mal tapadas por un vestidito
viejo,
y por toda gala
una rosa encendida en el pelo;
tú no tienes penas y miras la vida
con una sonrisa de reina en su reino,
por eso:
porque llevas amor en tu pecho.

Marinero...
marinero bizarro que luchas
con el mar y el viento;
surcas los abismos,
al peligro ajeno,
y estando a las mismas puertas de la muerte,
tu vida y tu alma pones en el puerto,
por eso:
porque llevas amor en tu pecho.

Soldado que sueles
aguerrido avanzar bajo el fuego,
y en gritos de triunfo
estalla tu pecho,
cuando acaso una bala certera
te impondrá para siempre silencio;
tú no ves la muerte;
tú ves la victoria y el dulce regreso.
y en la tierra empapada de sangre
caerás sonriendo,
por eso:
porque llevas amor en tu pecho.

Redentor de esclavos,
guiador de pueblos
que a los hombres trazas
los caminos nuevos...
apóstol de ideas
que vas al destierro;
expatriado sueñas,
de tu patria glorias y engrandecimientos,
por eso:
porque llevas amor en tu pecho.

Canción de la cárcel,
que se escapa a traves de los hierros...
canta la esperanza
más que el prisionero...
penado que cantas
limando los duros años de tu encierro,
ya que no los hierros...
esperas y cantas,
y esperas y cantas por eso:
porque llevas amor en tu pecho.

Estudiante que ciencias estudias
y otras cosas sales después aprendiendo,
porque ante los ojos y más que otros libros,
este de la vida lo tienes abierto...
estudiante alegre: más que en otros libros,
tú lo aprendes todo en éste, por eso:
porque llevas amor en tu pecho.

Artista que sueñas y en obras divinas
cuajas tus ensueños;
son divinas tus obras,
por eso:
son eternas tus obras,
por eso:
porque pones amor en tus sueños...
¡porque llevas amor en tu pecho!

PLUS ULTRA EN BUDAPEST.

PEQUEÑOS AGRICULTORES.

TRANSPORTANDO LA COSECHA.

UNA CARRETA MAGYAR.

POR LAS LLANURAS DE HUNGRIA

A fines del siglo noveno ocuparon los magyares estas llanuras que sus descendientes han conservado por medio de la guerra y de la industria. Venían del Asia impelidos por la necesidad, y luego de recorrer media Europa hallaron la *pusta*. La palabra pusta equivale al vocablo pampa.

Da nombre a una llanura en la que abundan tanto los trozos de buena tierra negra, como los de árida arenisca. Los magyares, hasta entonces nómadas, conquistaron la

DOS PAISANOS HÚNGAROS VISTIENDO SUS TÍPICOS TRAJES DE CAMPO.

LOS SEGADORES Y LAS GAVILLADORAS MAGYARES SON MODELOS DE LABORIOSIDAD.

DURANTE EL DESCANSO DE MEDIODIA

ALMORZANDO EN PLENA PUSTA.

EMPARVANDO LAS GAVILLAS DE MIES.

CAMPESINOS DIRIGIÉNDOSE A LA LABOR.

pusta, y la pusta a su vez los ha convertido rápidamente en pastores sedentarios y en agricultores.

Durante mucho tiempo alternaron los magyares los antagónicos usos de la espada y el arado. Jinetes audaces, batieronse con los pueblos vecinos, llegando a veces hasta tierras francesas e italianas. Convertidos al cristianismo volvieron sus armas contra los turcos invasores. El magyar es un hombre bien batido por la lucha y el trabajo.

Aunque toda la pusta cabría en un rincón de la pampa, viene a ser una estepa de grandes proporciones rodeada por altas montañas donde también vive el magyar. La pusta es casi perfectamente llana, salvo algunos montículos, y lo bastante extensa para que se pierda en el horizonte rodeando al viajero durante horas y horas de camino.

En las partes arenosas que la agricultura no pudo dominar viven los caballos en estado salvaje, siendo uno de los pocos sitios europeos que se asemeja en esto a nuestra pampa.

También el campesino magyar tiene mucha semejanza con el gaucho por sus habilidades ecuestres por su cariño a la libertad y por sus sobrias costumbres. Cerca de medio millón de magyares abandonaron su país, desde fines del pasado siglo hasta ahora para venir a tierras americanas. Muchos de ellos continúan, con el nombre de austriacos, en la llanura argentina sus labores agrícolas.

Aunque en algunos distritos los grandes terratenientes introdujeron maquinarias agrícolas, por lo general el campesino húngaro cultiva el terruño a brazo partido, según la tradición. Hay en esto de las labores de la agricultura una especie de culto religioso que no abandonan los pueblos nunca. Las espigas cortadas con guadaña, el trigo trillado con caballerías le comunican al pan un sabor que prefiere el campesino.

Y los artistas tienen igual parecer. La pusta trabajada por medios mecánicos dejaría de ser una de las tierras más pintorescas del mundo, a donde van los pintores y los literatos en busca de modelos. Pocos campesinos pueden presentar trajes más típicos y vistosos que los del pueblo magyar. Su indumentaria de trabajo y sus atavíos domingueros abundan en colores brillantes y bien concertados. Sus danzas, cantares, leyendas y usos familiares y públicos tienen un encanto «sui generis», lleno de dulce emoción.

Un viaje a través de la pusta en la época de la cosecha y de la vendimia es algo que merece la pena. Actualmente, el bravo campesino magyar lucha contra la miseria procurando arrancarle al suelo las mieses que salvarán a su país.

C O N R A D O S C H U L T Z

IMPRESIONES DE AYER Y DE HOY

MALA MEMORIA

Al atardecer viajé largo rato con la vista abandonada en los campos. De trecho en trecho una laguna o un riacho quebraban la monotonía de la tierra arada y de los nacientes plantíos.

Desfilaron algunos pueblos con sus casitas blancas y sus casitas amarillas. Asomaban silenciosos, como pintados en el horizonte, y se desteñían a la distancia, entre el humo de la locomotora y las sombras que iban subiendo de la tierra. Sentía los ojos doloridos de mirar siempre lo mismo, y una desconocida sensación de ausencia me oprimía.

Cuando cayó la noche y brillaron sobre los pastos algunas lucecitas andariegas, el tren se detuvo. En la casa de la estación, sobre la pared de ladrillos ennegrecidos pestañeaba un farol y, a lo lejos, otro farol, el de un empleado ferroviario, marcaba oscilaciones de péndulo luminoso.

El viento trajo de pronto una fragancia de flor abierta en la noche, y entonces adiviné que aquel pueblo era tu pueblo.

En otros sitios, junto a ti, había aspirado muchas veces ese mismo perfume que no venía como en esta ocasión del campo, sino de tu cuerpo suave y fresco cual una flor recién abierta.

¡Qué extraña turbación me dominó!

¡Tu pueblo!... Hundí mis ojos en la obscuridad y con el mismo abandono de la tarde me quedé mucho tiempo con la vista perdida en las sombras. Hasta que nimbada para mi admiración surgiste tú y avanzaste confiada y quedamente.

Había en tu andar alardes de señoril herencia y tenía tu cuerpo la airosa delgadez de un lirio. La armonía de tus movimientos revelaba una alta serenidad espiritual. Ostentaba tu porte, con rítmicas ondulaciones, la distinción altiva de otras edades y te mostrabas así, sin sospecharlo acaso, un poco ufana de tu lozanía y otro poco orgullosa de tu juventud.

Pero tus ojos, de suyo tranquilos, que se esforzaban por escudriñar también entre las sombras, se agrandaron con una expresión de inmensa bondad. Y toda tu altanería se desvaneció en la infinita dulzura de tus miradas...

Seguiste avanzando. Caminabas pausadamente y parecías gloriarte de que tu esbeltez hendiese la noche como una estela...

Torpe, el arrancar del tren destrozó el ensueño. Y proseguí mi viaje, ahondada la sensación de soledad, sin saber cómo era tu pueblo ni buscar sosiego para mis inquietudes en la amorosa paz de tus ojos.

Al correr del tiempo volví por allí. Habíate vencido la costumbre del pueblo, la de todos los pueblos, y en fila de amigas paseabas por los jardines de la estación.

Te saludé desde el tren. Tú te sorprendiste un poco y disimuladamente deslizaste algunas palabras al oído de tu amiga más íntima, que me miró con marcada familiaridad, como si fuera también íntima amiga mía...

Bajé a los jardines y te tendí la mano. Me presentaste a nuestra amiga. Y con largas pausas en la conversación, tú y yo sólo dijimos una serie de cosas triviales que no eran siquiera para nosotros...

Reanudé otra vez el viaje, pero al despedirme creí sorprender una vaga tristeza en la serenidad de tus ojos. Una vaga tristeza que me llenó de alegría...

Recuerdo solamente que después te vi partir de regreso al pueblo en compañía de nuestra amiga y que en mi desasosiego floreció una esperanza de amorosa quietud...

Desde entonces tanto ha mudado mi condición que me asalta el temor de que tú no sepas siquiera cuántos años han pasado...

SEAMOS OPTIMISTAS

Desde hoy, compañero, y pese a los temores que me asaltan, seamos optimistas. Desde hoy, para siempre, amemos la vida y busquemos la dicha de vivir en constante renovación de esperanzas...

Que el regustillo amargo del descreimiento que comenzó a vencernos se convierta en savia tonificante cuyas virtudes animen nuestra dormida aspiración. Que sea, ni más ni menos, la gota de veneno que fortalece la sangre de los enfermos...

Piensa que del más profundo abismo de abandono se yerguen las voluntades. Basta la frescura de una brisa que nos traiga como otrora el recuerdo de un perfume, la ilusión de un nombre, la inquietud de un beso... Todo eso que puede ser, en nuestra intimidad, formal promesa de remozamiento. Piensa que una caída hoy, la de ayer, la de mañana, por bruscas que sean, por culpables que seamos, no pueden acumular tanta fuerza de abatimiento como para aniquilarnos definitivamente. Cuando mucho, su enseñanza nos hará más parcos o más cautelosos: vale decir que tendremos mejor intuición del porvenir y habremos comenzado a comprender la inapreciable virtud de la serenidad. Cuando mucho, será así un poco triste nuestra alegría...

Quizá al principio experimentemos ligera nostalgia por aquellas expansiones fáciles y bulliciosas de nuestra característica; pero a poco andar convendrás tú conmigo que ahonda más y mejor sus raíces la planta que crece sin artero apresuramiento, la que ha de dar flor o ha de dar fruto, y tal vez ambas cosas y aún semilla, sólo cuando sea cumplido el tiempo de la cosecha sazonada o florida...

Sin presunción de penetrar su sentido filosófico aceptemos complacidos, como un inesperado estímulo y como una real confirmación de esto que estamos diciendo y a punto de convenir, el pensamiento de Kant:

«De todo lo que se puede concebir en el mundo y aun en general fuera de él, no hay más que una sola cosa que sin restricción se puede tener por buena, y esta es una *buena voluntad*.»

Antaño los campesinos del país montañoso en que agitaron mi espíritu las primeras emociones, solían atrapar, de tarde en tarde, algún cóndor que por audacia o por hambre llegaba en sus incursiones a perseguir a los críos más nuevos del ganado en el mismo corral aledaño de los ranchos. Fuera por habilidad de cazadores o por santa paciencia, dolorosa paciencia que les enseñaba a aguardar inmóviles hasta que el cóndor terminase su festín, lo cierto es que el carnicero señor de las sierras caía al fin en las garras de aquellos hombres taciturnos y primitivos.

Ruda venganza ejecutaban con él los vaqueros montañeses. Ruda venganza en que había algo de leyes y costumbres ancestrales. Bien asegurado el prisionero, el más sanguinario o el más agraviado de los peones le saltaba los ojos con certero pinchazo, y de resultas de aquella crueldad el animal quedaba ciego.

Ciego pero libre. Con sus enormes alas caídas encarnaba una negra figura de la derrota. Pero luego, lentamente, Dios sabe con qué esfuerzo y con cuánto dolor, comenzaba a erguirse levantando la cabeza manchada por dos lágrimas sanguinolentas. Ensayaba después algunos pasos vacilantes, corría un poco y alzaba el vuelo. Y subía en armoniosas espirales más allá de las cumbres, por encima de las nubes, en procura de nueva luz para sus ojos ciegos, hasta que el negro plumaje se esfumaba en la altura y se desvanecía bajo el combo techo azul...

Nunca he pensado cuál sería después la suerte del ave montañesa, víctima de una costumbre que los lugareños llamaban sencillamente «remontar el cóndor»... Sólo sé que el cóndor cumplía el destino de sus alas cuando volaba buscando un poco de luz en las alturas... Esto es, que aunque momentáneamente, luchaba para sobreponerse a la eterna noche de sus pupilas...

¿Qué más? Si estuviéramos nosotros muy anonadados buscaríamos también, desde hoy, sobreponernos y vencer todos los temores. Porque como ya somos optimistas y no hay lugar para dudas, seguramente piensas lo mismo que yo. Piensas que por quebrantados que salgamos, por cambiados que regresemos, al final de nuestras andanzas habrá siempre alguien que nos diga:

— ¡Qué importa! No bajes la frente... ¡Si yo te quiero lo mismo!...

ADOLFO LANÚS

ILUSTRACIONES DE SIRIO

PERSPECTIVA
DEL VATICANO

OLEO · DE · ESCVELA · ITALIANA
DE · AVTOR · DESCONOCIDO

ROBERTO DESCONFÍA Y PONE ESTA CARA CUANDO LE VAN A LEER UNA OBRA EN TRES ACTOS, BUENA Y ORIGINAL...

NUESTROS ACTORES
ROBERTO CASAUX

Casaux debería ser a estas horas el formal subgerente de un banco importante. En el Banco Francés había comenzado su carrera bancaria como telefonista, y pronto lo hicieron pasar a los gruesos libros de contaduría. Su rostro sugería gran simpatía al gerente del Banco, quien opina que la seriedad facial de los empleados da una gran tranquilidad a los depositantes... Pero Casaubon — ese es su verdadero apellido — frecuentaba el camarín de Parravicini y allí todas las noches los éxitos del gran bufo le hacían olvidar la devoción al Debe y al Haber. De tal manera trabajaba en su cerebro la idea de dedicarse al teatro que más de una vez algún cliente del Banco creyó en su locura viéndolo sobre las hojas del diario ensayando los más pintorescos gestos... Una noche Parravicini representaba una comedia en la que cantaba un gallo y ese gallo cambia el destino de Casaux. Al revés de lo que ocurre a los tenores, que por un gallo dejan los escenarios, Casaux entra a ellos por un gallo. Se ofrece para hacer entre bastidores una imitación del alado animalito, y tan bien lo hace que un chusco de la platea grita: «¡Que el gallo haga bis!»

Parravicini insiste en aconsejarle que debute, pero Casaubon no se atreve. Su familia le señala la senda formal. A los quince años de actuar honesta y devotamente en un banco, puede llegar a ganar 600 pesos, ser considerado por las personas formales y conseguir que le hagan dos trajes sin garantía. En cambio en el teatro... El teatro es sitio de corrupción que conduce a todas las decadencias. Y Casaubon sigue su carrera bancaria hasta que una noche en el año 1909, estando de visita en el camarín de Parravicini, falta el actor que hace el rol del francés. El cambio de cartel era inevitable y, lo que era peor para todos, era inevitable la devolución de los pesos de las entradas. Entonces Casaubon se ofrece a reemplazar al ausente y experi-

EN SU ADMIRABLE Y APLAUDIDA INTERPRETACIÓN DE «UN GRAN SEÑOR» CASAUX SE SIENTA CÓMODAMENTE, COMO CUMPLE A QUIEN TIENE GRANDES CAPITALES. SIEMPRE CUIDA MUCHO ESE DETALLE. DICE QUE LOS POBRES SE SIENTAN EN LAS ORILLAS DE LOS SOFÁS PORQUE TEMEN QUE LOS ECHEN...

MASCARA CÓMICA.

EL PROTAGONISTA DEL ÚLTIMO ÉXITO DE CASAUX RECUERDA LA FIGURA DE UN CONOCIDÍSIMO CRÍTICO ITALIANO. PERO SE TRATA DE UN PARECIDO CASUAL.

MÁSCARA CUASI TRÁGICA.

menta por primera vez el placer del aplauso. Tan bien ha trabajado que al día siguiente Parra lo contrata y Casaux escribe al gerente de su Banco: «Muy señor mío: estoy cansado de las entradas y salidas de sus libros; me interesan más las entradas y salidas a escena». — «¡Pobre muchacho — dijo el gerente golpeándose el corazón en el lado derecho del pecho como hacen los tenores — no hará reir ni a su tía... ¡Paz en su tumba!»...

No ocurrió así afortunadamente. En marzo de 1910 Casaux obtiene un buen éxito en «Aniceto el Gallo» de Gerardo López; luego consigue figurar en el cartel, pues se organiza la compañía Casaux-Petray. Ya Casaux podía abandonar sus estudios, ser fatuo, tirano. ¡Era primer actor de cartel! Pero Casaux es muchacho sensato y no se marea como tanto compañero suyo, que al tercer aplauso lo trata de tú a Novelli. Sigue estudiando y progresando. En 1911 va a Montevideo contratado por Arellano; el 12 y el 13 trabaja otra vez con Parravicini y el astro de nuestros actores graciosos no lo obscurece. Casaux puede decir como el personaje italiano: «Anche io sono attore...!» Hay en ese año un momento nefasto para nuestro teatro. Los empresarios — ¡siempre matadores de todo escrúpulo a la tercera entrada floja! — hacen género libre por doquier. Casaux cae en la marejada, mas como es un artista de veras, bien pronto repudia eso y se va a un elenco hispano-criollo formado con Perdiguero. Luego lo contrata Angelina Pagano, y en esa temporada, a raíz del retiro de la inteligente actriz, obtiene Casaux el primero de sus éxitos de resonancia: «El distinguido ciudadano». El año 1916 se forma el elenco Casaux-Rosich-Mary y se hace el hallazgo de «El movimiento continuo» donde personifica un tipo de catalán tan admirablemente que el sainetón llega a las 200 representaciones. Y tan personal es el éxito que la obra no consigue brillar en ninguna parte sin su interpretación. En 1917 se organiza la compañía con Lola Membrives, una buena idea y un mal negocio. No hay producción para ellos. Se hacen, como de costumbre, arias coreadas y allí se necesitaban dúos... Y Casaux se emancipa definitivamente diciendo con su sorna habitual: «Mejor solo que «bien» acompañado»... Acierta en 1918 con «El pariente político»; en el año 1919 con «El dotor Carricoche»; luego con «El Profesor Muller» del señor Hicken. En 1920 pasa del Apolo al Politeama. Todos decretan entonces su epílogo artístico y la obra del debut, «El campeón del kilómetro» del señor Saldías, parece un epitafio. Pero afortunadamente no es así, y Casaux toma en seguida su revancha con «El vasco de Olavarría»; luego con «Kolosal mujer» y ahora lo tenemos, a despecho de tanto agorero, triunfando en el Argentino con «Un gran señor», donde vuelve a acreditar la eficacia de sus graciosas «macchiettas». Está en pleno período ascendente.

Casaux merece la suerte que tiene. Es el cómico estudioso, enamorado de su arte. No es de los que salen a escena confiado en sus cualidades de improvisador, ni en el apuntador, ni en la bondad del público. Casaux es el artista tesonero que sabe que el estudio es el complemento del talento, y cuando sale a escena, sale con el aplomo de quien sabe lo que hace. Ha estudiado perfectamente el tipo de su comedia. Ningún detalle del texto se le escapa. Es un observador admirable de tipos, y tan bien los copia de la realidad que a cada uno de sus éxitos la gente va al camarín a decirle: «¡Qué bien imita usted a Fulano!». Y no copia sólo detalles exteriores, el léxico o los tics de un tipo. Asimila admirablemente el acento, la carcajada, el bostezo, la manera de sentir. Tan minucioso es en su estudio que constituye una de sus preocupaciones algo que olvidan la mayoría de los actores: la manera de caminar. La edad, la nacionalidad y los oficios dan a cada tipo una particular manera de andar. La mayoría de nuestros actores, sin embargo, siempre caminan igual, sean italianos o alemanes, zapateros o carteros, cuarentones o sesentones. Casaux no: camina como alemán, como italiano; de acuerdo a la edad del personaje que representa y a sus ocupaciones. Tiene entre sus virtudes otra igualmente digna de elogio: el respeto por el texto del autor y por el público. Es morigerado, no confunde el escenario con la pista del circo y no cree que ha llegado a ser tan «personaje» que todos los despotismos y licencias le estén permitidos.

Por eso es un artista del que aun hay mucho que esperar. Disciplinado — hace seis años que tiene a Joaquín Vedia de director — ama su arte y estudia, y ni el dinero ni el aplauso, lo han mareado. Es para muchos de sus colegas no sólo un ejemplo como cómico sino un ejemplo como conducta. Los éxitos no han alterado sus cualidades de buen muchacho y apenas sale del escenario es el gordito formal y afable que tan buena carrera, hasta los 600 pesos mensuales, iba a hacer en el Banco Francés...

CASAUX DICE QUE A GRAN SEÑOR GRAN ESTORNUDO Y GRAN PAÑUELO-SÁBANA.

JULIO F. ESCOBAR

RETRATO DE JOVEN.
ANTONIO M. ESQUIVEL.

UN LITERATO ROMÁNTICO.
VICENTE LÓPEZ.

RETRATO DE SEÑORA.
VICENTE LÓPEZ.

EL ARTE EN ESPAÑA

UN MUSEO ROMÁNTICO

EL marqués de la Vega Inclán, ese prócer benemérito que tan útiles servicios está prestando al turismo artístico de España, se ha propuesto últimamente crear un *Museo Romántico* en Madrid, donde se reunan todos los objetos posibles relacionados con aquella época inquieta, dramática, sentimental y extraordinariamente fecunda, que abarca el período entre dos guerras memorables: desde la «francesada» (guerra contra Napoleón) hasta la campaña de Africa de 1859.

Con el tiempo podrá reunirse sin duda un número considerable de cuadros, grabados, esmaltes, miniaturas, camafeos, joyas, trajes, muebles, retratos, autógrafos y demás objetos que sirvan para fijar y resaltar el carácter de una época tan reciente y ya un poco olvidada. Por el momento no se ha reunido una gran riqueza de materiales. Se limitan éstos a unas docenas de cuadros, casi del todo adquiridos a sus expensas por el propio marqués de la Vega Inclán. Ellos servirán de matriz al futuro *Museo Romántico*, el cual, una vez nutrido de obras, será una nota interesantísima y educativa en alto grado.

Los cuadros hasta ahora reunidos estaban en poder de particulares. Tienen el mérito de ser variadísimos, y esto les da un valor pedagógico y anecdótico muy estimable. En efecto, más de treinta y dos firmas diferentes constan en esta exhibición. Algunos de los cuadros pertenecen a pintores obscuros y poco descollantes. En cambio hay obras de artistas que cada día adquieren mayor estimación en el mundo de los entendidos. Tales Alenza, Esquivel, El Panadero, Lucas, verdaderos pintores románticos, con el costumbrista Valeriano Domínguez Bécquer, hermano del poeta, y contando a los grandes pintores clásicos, «académicos»: Vicente López, el impecable retratista, y Madrazo, otro magistral pintor de retratos.

¡Qué prestigio tiene para nuestras imaginaciones aquella época que llenó de pasión, de arbitrariedad y de fantasía a un mundo que salía como despavorido de las convulsiones revolucionarias y napoleónicas! La palabra «romántico» se ha introducido en los idiomas como la voz explicativa de algo que sin duda ya existía en el hombre, pero que no halló hasta entonces expresión verbal. Crear una expresión así, tan profunda y voluminosa, es ya un mérito que justifica el paso de un período histórico.

El hombre sabía nombrar el valor, el desprendimiento, el sacrificio, la sentimentalidad, la tristeza, la melancolía, la nostalgia, el anhelo vago, el ensueño, el idea-

LA NODRIZA.
VALERIANO D. BÉCQUER.

AJUSTICIADO.
EUGENIO LUCAS.

RETRATO DE UN ARTILLERO.
ANTONIO M. ESQUIVEL.

RETRATO DE MUJER JOVEN.
RAFAEL TEGEO.

RETRATO DE UN CABALLERO.
PRATS.

lismo, la fantasía, el culto por las edades pasadas, el afán por los países exóticos, la atracción por lo pintoresco, el raro placer de llorar, la visión dulce de la muerte, las pesadillas macabras, los paseos a la orilla del lago, las imprecaciones a la luna, el amor sin esperanza, la desesperación maldiciente, el arrebato revolucionario, el arrepentimiento religioso, la oración inmediatamente después de la blasfemia.

Todo esto lo conocía el hombre, y sabía nombrarlo aislada y particularmente. Pero faltaba la palabra que sirviera para expresar precisamente el conjunto confuso, caótico tal vez, de todo ese mundo ideológico y emocional.

Cuando la sociedad fué sacudida por aquella gran tormenta que arranca de los finales del setecientos y llega hasta la mitad del ochocientos, diríamos que la propagación de una forma de neurastenia a través del mundo civilizado hizo indispensable, para expresar un rictus especial de la psicología, la creación de un nuevo concepto: Romanticismo.

Vino en aire de guerra. Contra el despotismo político, contra la frialdad clásica y contra la sequedad de sentimientos emprendieron batallas implacables los románticos. Cuando se ignoraba el sentido exacto del nuevo movimiento, siempre quedaba en último caso la adivinación de lo que aquello quería decir, o sea: rebeldía. El romántico no estaba a veces muy seguro de a dónde y con qué lógica le llevaban sus ideas; tampoco muchas veces tenía seguridad en sus ideas; y con frecuencia un mismo hombre manifestaba un fogoso entusiasmo por la revolución destructora y una melancólica nostalgia por las costumbres, por los amores, los odios, los combates y los castillos feudales de la Edad Media.

Sólo en cuanto a la necesidad de la rebelión tenía el romántico una idea clara y firme. Con el mismo coraje que empleaba en combatir al «ogro clásico», acudía a las barricadas a batirse en favor de la Constitución, de la República, del Pueblo; sin renunciar, no obstante, al derecho a la elegancia (era el tiempo del fino zapato, los chalecos bordados, los enormes sombreros de copa, los fraques azules, las entalladas y pomposas levitas, las opulentas corbatas, el bastoncillo en mano, y una minuciosa preocupación por las patillas rizadas y las perillas hidalgas enmarcando la palidez aristocrática del rostro).

Pero el positivismo filosófico se disponía al ataque, y el incremento de la experimentación científica aplicada a fines inmediatamente prácticos o utilitarios fué desviando el interés de los hombres hacia otro género de actividades intelectuales. Pronto llegó el naturalismo, que materialmente aplastó las fugas románticas con su pesado zueco de porquero.

Los que fuimos educados, y no voluntaria sino forzosamente, en la torpeza del positivismo científico y filosófico y en el bajo vuelo de la literatura naturalista, nunca hemos renunciado a una íntima protesta y a una secreta nostalgia por el romanticismo. Era una corriente espiritual arbitraria, contradictoria en sí misma, con excesiva dimensión del *gesto* tal vez; pero cuando como ahora en este *Museo Romántico* de Madrid nos vemos rodeados y empapados por su ambiente, todas nuestras potencias de emoción se dejan arrastrar con espontáneo gozo por la virtud de encanto de aquella ráfaga idealista.

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA.

RETRATO DE JOVEN.
ANÓNIMO.

CABALLERO DE SAN HERMENEGILDO.
MIRANDA.

AUTORRETRATO.
JOAQUÍN M. PERNÁNDEZ CRUZADO.

Era en el país maravilloso donde no anochece nunca. El sol encendía los techos de las casas, que brillaban relucientes como láminas de oro; y las sombras contemplaban desde tierras extrañas el resplandor eterno que reflejaba en el cielo la supuesta dicha de la ciudad siempre despierta. De cuando en cuando la tiniebla ponía sobre el horizonte una faja negra de amenaza, pero otra azul se superponía ondeando en la brisa como una serpentina.

La princesa Griselidis, en su ventanita verde, pedía un poco de luz para los ojos ciegos de su pueblo, y para los suyos propios, que se apagaban como dos lamparitas sin aceite, gastados por el sol del país donde no anochece nunca. La muñeca no la distraía; los cuentos más bellos o los payasos más raros eran cuentos o payasos de ciego, y no pudieron jamás hacer revolotear sobre sus labios la mariposa de una sonrisa.

El viejo rey se escurría, pegado a los muros, entre aquella corte de autómatas y palpadores como murciélago en un polvoriento desván abandonado, mientras las gentes de la corte, en actitudes orantes, extendían los brazos alargados y macilentos en busca del infalible punto de apoyo.

Era la luz eterna con la noche eterna. Era la noche no turbada en el sueño de los ojos por un rayo de sol... Y así la tierra se agrietaba como una cáscara seca, los árboles plegaban sus hojas, y el rocío no pudo nunca poner sus gotas de esmeralda o de amatista sobre los pétalos rojos del hibiscus.

Un extraño fuego ardía en las piedras de los caminos, las llamas del incendio mordiendo en lenguas de hemiciclo las hierbecillas muertas, se apagaban sobre las carnes tostadas de las bestias, y los arroyos alargaban el tajo tortuoso y ardiente de sus lechos míseros.

—¡Dios mío! —dijo Griselidis— haz que los ciegos vuelvan a la luz de sus ojos... haz que las plantas vivan, que los hilos de agua vuelvan a murmurar la canción de los bosques...

La frase cobró forma, como una pequeña flor extraña, y una golondrina vagabunda, tomándola en su pico y girando, girando, la llevó hasta la ciudad del Ensueño donde vive la Luna y tiene su castillo la Esperanza. Perdióse la golondrina para luego aparecer como un puntito entre las nubes que se deslizaban como inmensos copos de nieve, ora sonrosados como una doncella, ora rubios como los trigales, o divinamente grises como los pájaros viajeros.

Griselidis puso toda su atención sobre el puntito vago, que apenas apercibían sus ojos tristes y enfermos. El sol brillaba como nunca y en las cavernas más profundas, en los huecos más solitarios o en las galerías subterráneas y sórdidas, penetraban sus rayos ardientes escudriñando hasta el menor e inapercibido resquicio abandonado por la sombra.

Una voz suave como un murmullo dijo al oído de Griselidis: «Toma esta cajita; en ella encontrarás el ala de la noche, un haz de rayos de luna y el corazón de un poeta del país del Ensueño...» Era la palabra milagrosa de la golondrina del castillo de la Esperanza, la que después de cumplir con la encomienda del ruego se alejó perdiéndose a lo lejos como un papelito.

Dejaba en manos de Griselidis los tres símbolos más admirables en el triángulo eterno de la armonía: contrapeso a la brutalidad, buscando en la luz discreta la mayor luz por contraste; necesidad del dolor para confortar el corazón humano y hacerlo hipersensible a la felicidad relativa.

Sólo el viajero de tierras de amargura, el que se apoya en una rama del árbol de lo imposible, conoce los momentos en que la mirada vuélvese hacia los recónditos pozos, «heridos como por un pedrusco por el reflejo de una estrella». Sólo los que sufrieron mucho valoran el momento infinitesimal que les depara un descanso antes del descanso supremo...

Griselidis tomó la pequeña caja. Su voz corrió por las salas polvorientas, su alegría desbordóse como una esperanza por el desván de los murciélagos, y el tropel de las gentes encabezado por el viejo rey del país de los ciegos siguió a la princesa llevando en cada corazón el dolor de sus ansias.

Las puertas de maderos resecos iniciaban un leve saludo, recordando sus orígenes, en el tronco rugoso del sándalo o de los pinos de Arabia. Las horas disminuían su marcha de fatalismo a la espera de un milagro que las libertara de la cadena de Cronos. Y a lo lejos un murmullo de selva, una gritería ensordecedora, una congoja planeando sobre la ciudad condenada, seguía como por intuición el camino de la princesa.

Cruzó Griselidis la gran sala de los Suplicios, la del Sol y de la Muerte. Detúvose un instante, y abriendo la cajita dijo: «Vuela mi ala de terciopelo, vuela por los ámbitos de la tierra, y para todos trae el divino vaso de agua fresca. Va mi pequeño haz de rayos de luna; irisa el cielo y vence a la tiniebla; mírate en el arroyo y guarda en mi ventana el amor que protejes. Y tú mi corazón, corazón de poeta, canta en la fronda, en el secreto de la placidez nocturna, entre las ruinas de la ciudad que florece, cuando los seres descansan y el alma de tu princesa te comprende.»

El crepúsculo caía como un manto gris fuera y dentro del palacio. La penumbra anuncióse con su paso de seda, y la sombra amiga llegó con el descanso para los hombres y las bestias.

De pronto una canción suave y extraña dijo con el ruiseñor la tristeza de la vida, la fe y el ensueño; y Griselidis comprendió que sobre la felicidad segura de su padre y de su pueblo quedaba, para ella, el romanticismo y el amor llegados en una cajita, con el ruiseñor y con el poeta.

Plus Ultra

Baile Ruso

ACVARELA DE JORGE LARCO

6

Lleve una

Kodak consigo

Kodak Argentina, Ltd., Corrientes 2558, Buenos Aires

EL OTOÑO CON SUS PRIMEROS FRÍOS PUEDE PERTURBAR SU EXISTENCIA

A fin de afrontar cualquier emergencia es una excelente precaución munirse de un pomito

"NASYL" AL MENTOL, CONTRA RESFRIOS Y GRIPPE

POMO OLIVA ESTERILIZADO A BASE DE VASELINA BÓRICO-MENTOLADA

Tratamiento racional y enérgico de las enfermedades de la nariz, coriza, catarro naso-faringeo, preventivo contra el catarro tubo-timpánico y la otitis.

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS

UNICOS REPRESENTANTES: A. SAMENGO Y CAMPONOVO

JUNCAL, 2002 - Buenos Aires — Unión Telefónica, 2544, Juncal

REPRESENTANTE EN MONTEVIDEO: F. GRECO, CALLE RECONQUISTA, 539

KALISAY

ES EL APERITIVO

vino-quinado que se ha impuesto en los hogares por sus cualidades como reconstituyente y su aromático y delicioso sabor.

20 AÑOS DE ÉXITO CRECIENTE

SON SU MEJOR GARANTÍA.

Lagorio, Esparrach y Cía. — Buenos Aires

GRANDE MAISON DE BLANC

6, BOULEVARD DES CAPUCINES

PARIS

LONDON — CANNES

MANTELERÍA DE MESA Y DE CAMA

LENCERIA - BONETERIA

DESHABILLÉS - AJUARES

LA GRANDE MAISON DE BLANC NO TIENE SUCURSAL EN AMERICA

AL CELESTE IMPERIO

司公利宏

WONG LEE & Cía.

C. PELLEGRINI, 500 - ANEXO: LAVALLE, 1023

UNIÓN TELEFÓNICA 2538, LIBERTAD

Esta casa acaba de recibir el más variado surtido de

Mantones de Manila

de la mejor seda de la China, de todos los colores, con bordados de flores y figuras de chinos.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Gran surtido en objetos de jade, marfil y porcelana para coleccionistas.

PIDAN CATÁLOGOS.

METROPOL BAZAR

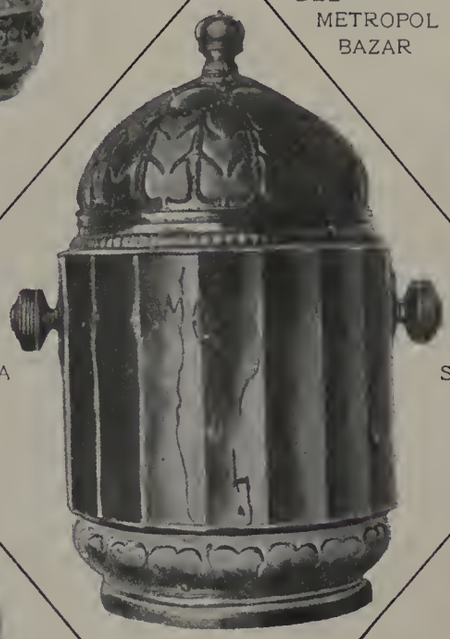
585 585

F. STAROPOLSKI — **Suípacha** — **U.T. 3363 RIV.**

EXCLUSIVIDADES DEL METROPOL BAZAR

SUIPACHA 585

SUIPACHA 585



SUIPACHA 585

UNICAMENTE ARTÍCULOS DE CALIDAD

—

REGALOS DE MODA

SUIPACHA 585

PORCELANAS
CRISTALES
BRONCES

CADA PIEZA UNA OBRA DE ARTE

METALES AMARILLOS

—

COBRE

—

LOS PRECIOS DEL METROPOL BAZAR NO ADMITEN COMPETENCIA

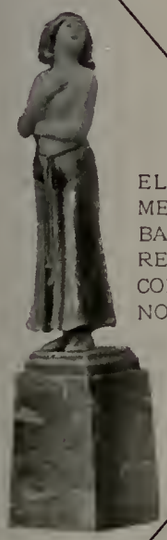
SUIPACHA 585

LA CASA PREFERIDA DE LOS QUE TIENEN GUSTO ES EL METROPOL BAZAR

NO OLVIDE SUIPACHA 585

585 SUIPACHA

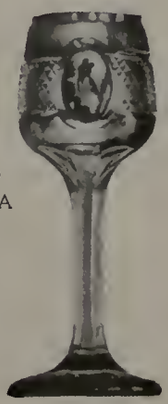
VISITAR AL METROPOL BAZAR ES VISITAR A UN MUSEO



ADORNOS PARA EL HOGAR

EL METROPOL BAZAR RECIBE CONTINUAMENTE NOVEDADES

EL SURTIDO REPRESENTA OCHENTA FÁBRICAS



METROPOL BAZAR

SUIPACHA 585

SUIPACHA 585

ESTE es un proyecto ejecutado en contadas horas en el Estudio Artístico de THOMPSON. Han bastado, como se vé, ligeros trazos para dar a este delicioso rincón todo el encanto y majestuosidad del estilo jacobino. Y si en esta ejecución, exenta del detalle meticuloso, se aparta THOMPSON de su manera común de presentar todos sus proyectos, es también innegable que le permite exteriorizar el conocimiento profundo y la técnica vigorosa que han caracterizado y distinguido siempre a todas sus ejecuciones.

Thompson Muebles Ltda.

FLORIDA 833 BUENOS AIRES

MARQUESA DE MONTPENSIER

Oleo de Federico Madrazo

De la coleccion del Sr. Justo Bou

VINO ESPUMANTE
50 CENTAVOS
CHAMPAGNE TIRASSO
DEMI SEC
Champagne
TIRASSO
Insistimos que se pruebe, no solamente por
que es argentino, sino porque es tan bueno
como las mejores marcas extranjeras.
Haga Ud. mismo la comparación.

RULOS PIERRETTE CON FOLVOS DE PLATA.

LOS PELUQUEROS RODEADOS POR EL PÚBLICO CELEBRAN EL PELIAGUDO CERTAMEN.

EROS Y PSYCHE EN UN NUEVO NIDO.

COMBINACIÓN DE CABELLOS CASTAÑOS Y COSTOSAS «AIGRETTES».

CONCURSO DE PEINADOS

Los peinadores de señora berlineses realizaron hace poco tiempo un interesante concurso. Tratábase de premiar a los que mayor gusto y fantasía pusieran en la invención de peinados. Reunidos en una gran sala todos los artistas del ramo pusieron mano a sus respectivas obras maestras. Junto a la fotografía del original certamen publicamos los edificios pilosos premiados sintiendo no conocer los nombres de sus sabios autores.

PEINADO EN FORMA DE PAVO REAL QUE OBTUVO PRIMER PREMIO.

RENAULT

«Cada vez más atrayente y perfeccionado, el "Renault" se mantiene fiel a sí mismo.

Por sus magníficas líneas y su exclusiva concepción mecánica, él representa en todo el mundo el genio, la tradición y el exquisito gusto francés.

Sobreponiéndose a las alternativas de la moda en lo referente a tipos y calidades de automóviles, el "Renault" predomina siempre con sus características propias de elegancia y belleza consagradas.

A esto se debe la preferencia, jamás desmentida, que en todos los paises ha conquistado.»

(Extracto de un artículo de "Le Temps" sobre la Industria Automovilística).

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA REP. ARGENTINA:

E. ABAL Y CÍA.

LAVALLE, 1202

BUENOS AIRES

LA MINIATURISTA CHARLOTTE MOHOR

EL DIFÍCIL ARTE DE LA MINIATURA TIENE UNA NOTABILÍSIMA CULTORA EN MADAME CHARLOTTE MOHOR, CUYOS LINDOS TRABAJOS SE DISTINGUEN POR LA FIDELIDAD DEL PARECIDO. VENTAJOSAMENTE CONOCIDA EN VARIOS PAÍSES, ESTA DISTINGUIDA ARTISTA SUIZA HA CONSEGUIDO ADQUIRIR GRAN CRÉDITO.

Modelo «Dr. Glenard».

Fajas sobre medida

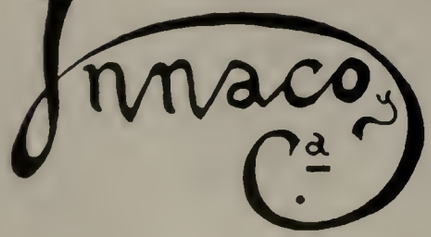
para Señoras y Hombres

Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para embellecer el cuerpo como para cualquier afección del mismo. Se aplican en las fajas placas pneumáticas para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc. con receta médica. Medias y vendas elásticas, bragueros, etc.

PIDAN PRECIOS

Casa PORTA

341, Piedras, 341 Buenos Aires



MUEBLES

Y DECORACIONES

ESPECIALIDAD EN MUEBLES DE ESTILO ANTIGUO

576 - SUIPACHA - 586

Unión Telef., 3773, Rivadavia. Ccoperativa, 2388, Central.

8 hermanos
Proveedores de la Real Casa
Concesión de S. M. el Rey Don Alfonso XIII
FREIXAS y Cía. BUENOS-AIRES

EN HONOR DE PORTUGAL

EL CONSEJO NACIONAL DE MUJERES, CULTA ASOCIACIÓN CUYAS INICIATIVAS FUERON SIEMPRE DICTADAS POR SU ESPÍRITU GENEROSO DE FRATERNIDAD Y PROGRESO, REALIZÓ EL DÍA 20 DE MAYO UN HOMENAJE A PORTUGAL, ALCANZANDO EL ÉXITO QUE PLENAMENTE MERECÍA.

Cada una de nuestras esmeradas confecciones lleva este sello característico, exponente de la más alta selección de flores y plantas naturales.

Florida 199 *U. T. 2081, Avenida*

DESPUES de poner Vd. la inteligencia de su cerebro, el afecto de su corazón, la ingenuidad de su alma, en una carta, ¿le gustaría que ésta no surtiese el resultado apetecido?

Cuando Vd. escriba hágalo en papel y sobre que den mérito al contenido de la carta en vez de quitárselo.

Escriba en papel

EATON'S HIGHLAND LINEN

(EL PAPEL DE ESCRIBIR DE MODA)

Lo hay de diversos estilos y de muy bonitos colores.

SOLICÍTELO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y PAPELERÍAS

Vauxhall

El auto superexcelente

$ 21.500

SOLO un automóvil de línea inconfundible, de armonioso y elegante trazado, de veloz e insensible deslizamiento, como es el **VAUXHALL**, puede destacar su individualidad, en forma tal, que constituya una nota suntuosa y exclusiva en el tráfico de la metrópoli.

Así es cómo el paso de un **VAUXHALL** provoca unánime simpatía, que se traduce en admiración a poco que el examen visual recorra la carrocería, observe la terminación fina y escrupulosa de todas sus piezas, y contemple su funcionamiento suave y rápido con una dirección de ajuste perfecto.

De genuina fabricación :: inglesa. ::

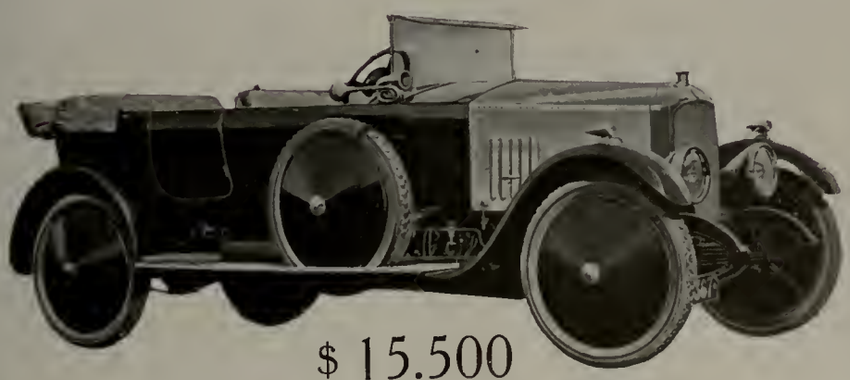
Únicos representantes en la República Argentina, Uruguay y Chile:

Harrods Bs. As. Ltd.

Departamento de Automóviles y Accesorios

SAN MARTIN esq. TRES SARGENTOS

(Nuevo edificio Harrods)



$ 15.500

Creaciones exclusivas Harrods para la temporada.

1602- **UNIFORME para Chauffeur,** compuesto de chaquetilla, breeches y gorra, en casimir whip-cord o paño-cuero, de calidad extra; modelo muy chic,

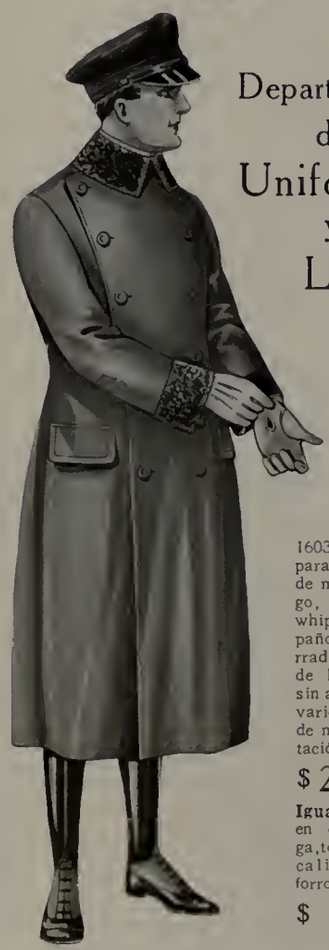
$ 200.—

IGUAL MODELO, en paño garbicord,

$ 180.—

IGUAL MODELO, en casimir-sarga de lana, a

$ 160.—



Departamento de Uniformes y Libreas

—

Planta baja

1603 - **CAPOTE** para chauffeur, de mucho abrigo, en casimir whip-cord o en paño-cuero, forrado en tartán de lana, con o sin aplicaciones varios modelos; de mucha aceptación,

$ 220.—

Igual modelo, en casimir-sarga, todo de lana, calidad extra; forros de lana,

$ 190.—

Harrods

PRO HAMBRIENTOS RUSOS

SOCIAS DE LA SUCURSAL EN WÁSHINGTON DEL COMITÉ CENTRAL AMERICANO DE SOCORROS RUSOS, DEL QUE MRS. ROBERT LANSING, ESPOSA DEL ANTERIOR SECRETARIO DE ESTADO, ES PRESIDENTA. ESTE COMITÉ SE REUNE PARA TRABAJAR EN LA EMBAJADA RUSA.

Mueblería y Tapicería

Amado Roche

Sarmiento, 757

BUENOS AIRES

Visiten sus salones de ventas
SURTIDOS EN MUEBLES FINOS
COMEDORES - DORMITORIOS
:: SALONES - HALLS ::

SURTIDO COMPLETO EN ESTILOS DE GRAN VOGUE

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA

PLVS VLTRA

SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151 155 — Buenos Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre (3 ejemplares).... $ m/n 3.—
Semestre (6 »).... » » 6.—
Año (12 »).... » » 11.
Número suelto..... » » 1.

EXTERIOR

Año..... $ oro 5.—
Número suelto..... » » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la Administración.

CON motivo de la reciente fiesta patria se puso una vez más en evidencia la bondad insuperable de nuestro esmerado servicio de lunchs.

EN númerosos clubs, instituciones y casas de familia donde se conmemoró la magna fecha, nuestros lunchs presentados con toda elegancia, exquisito gusto y fina atención, fueron objeto de comentarios altamente elogiosos.

ESTOS servicios, con mantelerías, cubiertos, porcelanas y cristales de rico valor, se cotizan a precios razonables.

Antes de dar una fiesta consulte Vd. nuestros precios.

CONFITERIA
"LOS DOS CHINOS"
DE CONTARETTI HNOS.

CONFITERIA "LOS DOS CHINOS"

ALSINA ESQ. CHACABUCO — LOS DOS TELÉFONOS — BUENOS AIRES

Gabinete de Laca Roja de China ricamente incrustada con jade, lapis lázuli y otras piedras preciosas.

SIGLO XVIII. ALTURA: 60 cms.

By Appointment to H.R.H. The PRINCE of WALES.

By Appointment to H.M. KING GEORGE V.

By Appointment to H.M. QUEEN ALEXANDRA.

El más hermoso y selecto surtido en Europa de

Jade Oriental
Laca roja antigua de China
Esmaltes cloisonné y porcelana
Obras de marfil japonesas

Retratos y paisajes ingleses del Siglo XVIII

Se agradece toda consulta. Pueden enviarse fotografías de muestra.

Todos los objetos antiguos garantizados con testimonio escrito.

SPINK & SON LTD.

Establecidos en el año 1772.

LONDRES: 5, 6 y 7, King Street, St. James's

Dirección Cablegráfica: JADEITE, PICCY, LONDON

Studebaker

Un automóvil suntuoso y práctico

El STUDEBAKER es entre los automóviles lo que el "pure sang" entre los equinos, y como tal se destaca en el conjunto de sus similares hasta por su apariencia distinguida y fina.

Elegante y lustroso por sus cuatro costados, y siempre listo, arranca como un relámpago debido a la notable docilidad de su dirección, marchando a cualquier velocidad con una regularidad y una gracia incomparables.

El modelo que ilustra esta página es un precioso coche tipo Cabriolet — especial para la actual estación — que puede fácilmente transformarse en coche abierto, de turismo. Su interior es lujoso y confortable. Sus asientos son amplios y mullidos. Su rica tapicería revela un gusto exquisito. Posee una instalación eléctrica completa y otros detalles de valor.

Su precio es de $ **12.500** con Neumáticos Cord y Magneto de Alta Tensión.

Tenemos 11 tipos de coches cerrados, desde $ **6.300**

The Studebaker Corporation of America

AVENIDA DE MAYO, 1235
U. T. 5935, Rivadavia
Buenos Aires

Studebaker

Studebaker

RENDIR CULTO A LA ESTÉTICA DE LA TRADICIÓN FUÉ LA IDEA INICIAL DE ESTA OBRA.

LA CASA COLONIAL

DEL ARQUITECTO MARTIN S NOEL

O escapará al espíritu de quien observe con asiduidad y complacencia las cosas de nuestra tierra, que van éstas definiéndose cada vez más, hasta adquirir en el despertar de la conciencia colectiva un relieve propio, que ha de

PACHADA PRINCIPAL DE LA CASA Y PUERTA INTERIOR DEL LUJOSO VESTÍBULO.

darnos mañana, cuando se estabilicen, ese sello de personería espiritual que afirma la verdadera grandeza de las naciones.

TAL vez el forzoso confinamiento impuesto por la tragedia europea fué causa de que volviésemos nuestros ojos puertas adentro, para valorizar por fin el olvidado patrimonio, siguiendo en lo colectivo, aquel grave precepto de Bhagabat: «dirigi mi espíritu sobre esta alma residente dentro mi propia alma».

ASÍ hemos descubierto muchas cosas, entre otras, y no ha de ser la menos preciada: que tenemos una tradición que, aunque tergiversada y maculada por el utilitarismo cosmopolita, perdura latente y brilla a poco que se escarbe.

PARA entrar desde luego en el mundo que frecuentamos y sobre el cual discurrirán estas líneas, diremos que no bien rehabilitada la tradición, el arte argentino, aunque incipiente vigoroso, trató de desentrañar de ella el secreto de su estética. Ya no era trabajar según fórmulas transplantadas y como en tierra extraña, sino en el propio solar y con instrumentos propios. De aquí la eclosión inusitada pero espontánea de una flora ideológica, que esclarece una vitalidad insospechable, volcada en viejas formas maravillosas.

UNA de las primeras entre las artes en sentir la reacción admirable fué la arquitectura. Quizá por haber sido ella misma, otrora, la primer piedra de escándalo en la confusión de nuestros valores.

CORRESPONDE a un arquitecto argentino, don Martín S. Noel, el honor de haber escrito los prolegómenos de esta renovación arquitectónica, mediante el estilo de la colonia, reanudando el hilo de nuestra vida espiritual, un tanto descaminada, diremos, dentro de la propia heredad.

COMPRENDIENDO la necesidad apremiante de un arte propio frente a la invasión continuada de formas ajenas e inadaptables, es que Noel se apresuró a confesar públicamente su anhelo por lo que él llama «la estética de la tradición». No es esta empresa anacrónica, ni infiere negación de la vida moderna; muy por el contrario, «ese salto atrás tan indispensable — dice Noel — busca la adaptación desde

JARDÍN ANDALUZ Y CAPILLA. — EL FRENTE QUE MIRA AL JARDÍN.

un punto de vista particular de los elementos de la antigüedad a las necesidades de la época». Y agrega en otra oportunidad, previendo las objeciones: «El ideal nacionalista, basado en la estrecha relación de la historia y de la arquitectura, lejos de conducirnos a un arte localista, sin trascendencia, como pudieran temerlo *quienes no estén poseídos por la misma fe que nosotros*, puede transformarse, por el contrario, como lo sospechó la ley individualista de la teoría hegeliana, o ya como lo afirman las más modernas de la filosofía intuitiva, en una estética que atesorando en grado supremo el alma nativa en su expresión más genuina, adquiera la unidad y el equilibrio que la hagan comprensible en todos los idiomas del universo, poniendo así en huída a todas aquéllas, las insulsas alegorías de los ideales abstractos e incoloros».

He aquí claramente afirmados los fundamentos de la «estética de la tradición», por la que aboga, en palabra y obra, este lírico apóstol de la arquitectura colonial, que revive en tierras de América la indecible pasión de los viejos maeses renacentistas o hispanos que, como Bruneleschi o Churriguera, confiaran a la eternidad de la piedra un ideal infinito de humanidad y de misticismo.

Uniendo la vascongada tenacidad ancestral a esa exquisita valorización del carácter, que sólo da Francia, junto con la prontitud y agilidad en la percepción, este arquitecto de gran escuela, antes de reproducir su castillo interior en la tierra nativa, fuése peregrino a escuchar atentamente la voz de la raza, que duerme en las carcomidas piedras españolas.

Y allí aprendió, hojeando aquellas eternas «biblias del pueblo» que son las catedrales de Toledo, Segovia, Sigüenza, Gerona, Salamanca, San Juan de los Reyes y Cartuja de Miraflores, junto con el arte supremo de la mística castellana, la vigorosa palabra cuyo eco vibra remozado en los anchurosos valles de la América hispana, transformándose bajo la caricia del sol y sobre la feracidad del suelo en la risueña canción de las arquitecturas coloniales. Aunando voz y eco, es como el sagaz artista llega a comprender el recóndito espíritu de su raza, y como consecuencia: la estética de la tradición.

INTERIOR DEL ESTUDIO Y VISTA DEL CORO. — RECIBIDOR DEL PISO ALTO.

PASANDO del gran vuelo místico de las catedrales al discreto aleteo del tejado familiar, el artista, que sabe recordar a tiempo, descubre que: «allegándose ya a lo más íntimo, a lo más nuestro, la casa de la hacienda peruana, la del fundo chileno, la de la estancia argentina, ¿no son acaso las traducciones americanas, con múltiples matices lugareños y arcaicos, del cortijo andaluz, del caserío vascongado y de la heredad castellana?

Qué mayor testimonio — exclama para sí — que esos patios comunes a todas nuestras viviendas, desde aquel que aposentó el estrado de adobes y al aljibe de rústico *horcón*, hasta aquel otro del rumoroso surtidor cercado por las flores bermejas del emparrado!»

Así, poco a poco, respondiendo a la varita mágica de la evocación histórica, van surgiendo en la obra de nuestro arquitecto las viejas formas coloniales donde cristalizó el espíritu de la patria; formas austeras y nobles, que al prestarse a la adaptación de la casa moderna la dignifican y elevan, quitándole ese aspecto efímero de las piedras, que no tienen alma.

MUCHAS son las obras que ha hecho Noel de acuerdo con su estética de la tradición, y todas ellas abo-

EL SENCILLO Y TÍPICO COMEDOR. — UN DETALLE DEL CORO CON LOS FRAILEROS.

nan, por su belleza, la verdad de sus afirmaciones. Ya sea la venerable casa capitular en la Villa de Nuestra Señora de Luján, «ese joyel que atesora el germen espiritual de la arquitectura de nuestra pampa», tan admirablemente restaurado por el arquitecto; los oratorios aldeanos como el de Chillar o Durango, cortados en el sayal de San Francisco: las estancias tradicionales del Tandil o de Córdoba; las casas solariegas como la de los señores de Achábal, y sobre todo la que aquí reproducimos, su propia casona de la calle Suipacha, que sorprende al viandante, con la evocación imprevista de esa vieja ciudad colonial de nuestros abuelos, donde la vida era interior y profunda como un remanso.

El mismo Noel nos dice que quiere ser un «continuador de la historia». Nosotros diremos más aún: es un restaurador de la tradición, dentro de la cual su estética, como tenemos dicho, se define y se afirma, sin vacilaciones ni extranjerismos.

Viene a corroborar nuestro aserto el reciente fallo de la Real Academia de San Fernando, al otorgar el premio de la «Fiesta de la Raza» al libro de don Martín Noel intitulado «Contribución a la historia de la arquitectura Hispanoamericana». No resistimos aquí

al agrado de transcribir, por lo que ello significa para la afirmación de la estética tradicionalista del arquitecto, estética que por hacerla nuestra, en tantas oportunidades hemos defendido, unas cuantas palabras entre las muchas admirables que fundando su dictamen escribiera el erudito historiador de la arquitectura hispanoárabe don Vicente Lampérez Romea: «Triunfa allí — dice refiriéndose a las monografías que componen el libro — el vuelo libérrimo de un pensador pleno de fantasía que, indómito a las trabas del método, derrama sus impresiones sobre la arquitectura hispanoamericana con notas de filosofía, de arte, de política, de sociología y de costumbrismo». Y termina diciendo: «la tesis del señor Noel tiene un corolario de la mayor trascendencia, ardientemente demostrado en su libro: *que el estilo «hispanoamericano» debe constituir el ideal nacionalista de la arquitectura moderna en las naciones de habla española.* Volviendo a la realización de este ideal estético diremos que fué así que uniendo prédica y obra, para mostrarnos hasta que punto el propio convencimiento se afincó en su alma soñadora de raro temple toledano, es que construyó como un símbolo y alzó como un oriflama esta su noble casona colonial, que empinada sobre el barranco del Retiro parece atalayar el horizonte lejano, allí donde el pasado y el porvenir se dan armonioso abrazo.

Más que casa de artista es esta verdadera casa de apóstol y sus recios muros enjalbegados, sus arcos escarzanos, sus pórticos monacales, columnas carolíticas y suntuoso enrejado de forja, donde pone sin embargo su ósculo de vida el clavel moruno y propaga su filosofía complaciente el granado; todo nos habla de un ideal definido y preciso, que puede concretar el espíritu de nuestra raza, fuerte y soñadora a la vez, capaz de todas las energías, pero también — salvando corrientes utilitaristas — hoy como ayer, capaz de todos los romanticismos.

FERNAN & FELIX DE AMADOR

INTERIOR DEL ESTUDIO.

EL ARQUITECTO M. S. NOEL.

JUDIT·CON·LA·CABEZA·DE·HOLOFERNES

OLEO DEL TINTORETO

1512-1594

DE LA COLECCION DEL SEÑOR M. SINDE

EL PLESIOSAURIO SINTÉTICO

Por ENRIQUE M. RUAS

Si la expedición que ha ido a la Patagonia en busca del plesiosaurio no ha fracasado ya, debe estar fracasando. Ella traerá de allá cualquier cosa, menos el plesiosaurio. Pero por eso no hay que afligirse. ¿El plesiosaurio no existe? Bueno, pero puede hacerse. Cuestión de un poco de paciencia. Hagamos, pues, un plesiosaurio.

Pero antes de poner manos a la obra, resolvamos una duda gramatical: ¿Plesiosauro o plesiosaurio? En las repúblicas federales donde es fácil conseguir dinero para ir a buscar plesiosaurios en la Avenida de Mayo, plesiosaurio se escribe y se pronuncia como mejor le parezca al operador. Pero hagamos un plesiosauro... o saurio. Hagámoslo.

¿Ha oído el lector hablar del caucho sintético? En lugar de ir al Brasil con un tarrito, y poner el tarrito debajo de una higuera, y aguardar a que se llene del caucho que gotee de ella, y luego ir con el tarrito a Pernambuco y tomar el vapor para Europa, se hace una cosa más sencilla: se averigua de qué está hecho el caucho y cómo está hecho; se compran los ingredientes en la botica, se mezclan en una ollita de barro, se ponen media hora al baño maría (teniendo cuidado de revolver bien con un revólver) y después se deja una noche al sereno. Resulta un caucho magnífico, químicamente puro, y mucho más saltarín que el otro. Eso es el caucho sintético.

Pues bien, así como se hace caucho sintético ¿no se podrían hacer plesiosaurios sintéticos? ¡Quién lo duda! ¡Y mucho más saltarines que los otros!

Supe una vez que un químico húngaro había logrado hacer leche vacuna sintética. La materia prima eran los porotos. Posteriormente supe que en una oficina técnica norteamericana también habían conseguido hacer leche sintética, y que empleaban por materia prima los manís, maníes y manises. Dado a probar el producto a un tierno mamón, lo prefirió al de su propia madre.

Pues bien, lector amado y respetuoso: ya que se hace la leche ¿por qué no hacer también la vaca? No es más que una cuestión de iniciativa. Veamos cómo.

¿Quién no ha visto la máquina norteamericana de hacer chorizos? Es más conocida que la bicicleta. Se pone el chancho vivo (nota bene: vivo) en un embudo de que la máquina está dotada, se da vuelta a una manija, y empiezan a salir los chorizos por un canuto.

Alabo la inventiva de los yankis. ¿Qué es lo que ellos no inventaron? El barco de vapor, la máquina de coser, los tacos de goma: todo lo inventaron los yankis. Honor, pues, al pueblo yanki. Pero si ellos tienen inventiva ¿qué es lo que puede igualar al ingenio de los argentinos? Los yankis inventaron la máquina instantánea de hacer chorizos, pero ¿quién sino un argentino — por más señas genovés de la Boca — la perfeccionó a tal punto, que hoy, para que salgan por el canuto chorizos de chancho, ya no es menester echarle en el embudo un chancho vivo, sino cualquier animal muerto? La trascendencia de este perfeccionamiento es incalculable, porque gracias a él no hay caballo ni perro ni gato que se pierda. Todo sirve para hacer chorizos de chancho; y si existiese el plesiosaurio, también él serviría.

¿Cómo es posible? — preguntará el lector. Muy fácil. ¿Ha oído el lector hablar de la transmutación de los elementos? Es quizás la parte más entretenida de la química industrial. Consiste en cambiar el plomo en oro, el zinc en plata, el agua en fuego, la sequedad en humedad, etc., etc. Todos los alquimistas saben cómo se hace. Se ponen dos o tres puñados de plomo en un mortero; se le machaca hasta el rojo vivo, y entonces se le sumerge repentinamente en agua alcanforada a la temperatura de 4 grados centígrado. Ahora bien, en el invento norteamericano perfeccionado por los argentinos se operan transmutaciones internas, íntimas y secretas, de carne de caballo, de perro, de lagarto, de langosta, etc., en carne de chancho. A esto se reduce el misterio. Como siempre, el huevo de Colón.

Y esto del huevo de Colón viene aquí muy a propósito. Si para hacer chorizos de chancho basta echar cualquier cosa en el embudo y darle vuelta a la manija, ¿cómo se hace para hacer el chancho sintético? Primero se hacen los chorizos; después se da vuelta a la manija al revés, y los chorizos son reabsorbidos por el canuto, y a las pocas vueltas empieza a salir un chancho vivo por el embudo. ¡El huevo de Colón, quiero decir, el chancho sintético!

¿Comprende ahora el lector la posibilidad de hacer vacas sintéticas... y plesiosaurios sintéticos? Una máquina transmutadora con su correspondiente manija y su correspondiente embudo, y un peón para darle vuelta a la manija. Eso es todo.

Pero ¿se fabrican plesiosaurios sintéticos? Ayer mismo recibí un telegrama que dice así:

«Insula doctoris Moreau. Oceanus Pacificus. — Plesiosauros sinteticus fabricatus est. — Firmatus: Prendick.»

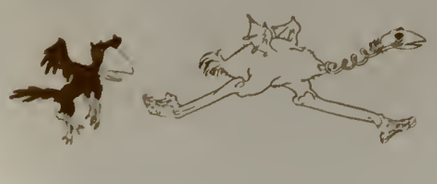
He aquí la traducción española de este telegrama:

«Isla del doctor Moreau. Océano Pacífico. — Señor don Fulano de Tal. Buenos Aires. — Muy señor mío y de mi mayor respeto y consideración y aprecio: Desearé que al recibo de la presente se encuentre gozando de perfecta salud, como para mi deseo. Por aquí, todos buenos, a Dios gracias, y siempre y completamente a sus órdenes. Sabrá como siguiendo las instrucciones de Vuestra Excelencia, y con el dinero, los productos y los elementos que tan generosa y desinteresadamente Vuestra Excelencia puso a mi disposición — por cierto que sin exigirme siquiera recibo, lo cual habla muy alto de la nobleza, la caballerosidad y el abolengo de Vuestra Excelencia — he conseguido por fin, gracias a vos, Excelentísimo señor, fabricar el plesiosaurio sintético, cuya idea sólo a vos se debe (porque Prendick, a veces, me trata de vos), y cuya gloria, por lo tanto, a vos os corresponde exclusivamente. Saludo a Vuestra Excelencia (¡rataplán!) con la expresión mayor de mi consideración más distinguida (¡plan, rataplán, plan, plan!) y me suscribo su muy atento y seguro servidor, que le besa la mano y verle desea — Prendick.»

Prendick es un protegido mío. Como él lo dice en su carta, yo soy, pese a mi modestia, el inventor del plesiosaurio sintético. Se hacen separadamente carne sintética de plesiosaurio, sangre, pasta encefálica y demás ingredientes que entran en la composición del plesiosaurio, y después de estar todo bien sintetizado, se echa en el embudo y se le da vuelta a la manija, rociándolo al mismo tiempo con un poco de agua salada. Una vez lo encontré — ahora hablo de Prendick — en la Avenida de Mayo, le expliqué la idea, le dí dinero, le compré ropa, le dije cómo se construía la máquina, le dí la receta para hacer la carne sintética, la sangre sintética, etc., le advertí lo del agua salada, y lo envié por mi cuenta a la isla del doctor Moreau, en el Océano Pacífico. Ahora él me comunica que los trabajos han tenido pleno éxito, y que todo se me debe a mí. Esto halaga mucho mi nunca desmentida modestia.

Pero si el lector me permite una confidencia, aquí lo del plesiosaurio es lo de menos. Se puede hacer todo lo que se quiera, inclusive el buey Apis. Yo creo que el gran golpe sería fabricar fenómenos y animales y seres fabulosos, para exhibirlos en el Paseo de Julio. Se podrían fabricar sirenas y medusas, terneros de tres patas, dragones chinos y unicornios ingleses, serpientes de tres colas, avestruces con cabeza de pejerrey, etc. Creo más todavía: creo que se podrían fabricar los dioses del Olimpo, puesto que también eran de carne y hueso. Sería un negocio colosal. Fabricábamos los dioses del Olimpo, constituíamos con ellos una compañía cómico-lírico-dramática, y les hacíamos representar obritas con milonga, que son las que tienen más éxito.

Y en cuanto al plesiosaurio, me ratifico en lo dicho, porque está bien dicho. No es más difícil hacer un plesiosaurio que un mono o que un conejo. Al contrario, es más fácil, sólo que se necesita mayor cantidad de materia prima. Pero aun esto no es un inconveniente porque ¡gran ventaja! el plesiosaurio sintético puede hacerse del tamaño que se quiera.



EL LAUREADO ARTISTA CARLOS REIS.

SU HIJO JOAO REIS.

MLLE. MANUELA GOMES.
RETRATO. CARLOS REIS.

LOS PINTORES PORTUGUESES CARLOS Y JOÃO REIS.

D.ª ADELAIDA LIMA CRUZ.
RETRATO. CARLOS REIS.

«PUESTA DE SOL».
PREMIO PARÍS 1900. CARLOS REIS.

CONMOVIDO por una obra de Carlos Reis escribía el formidable maestro Eça de Queiroz: «Es un lindo pedazo de naturaleza, admirablemente sorprendido, no sólo en su verdad exterior, sino en aquel no sé qué que habita en las formas de la naturaleza inerte y muda, como una alma que les es propia y que las torna expresivas. ¡Todo está admirable y superiormente traducido en su cuadro, sobre todo lo que era más difícil de traducir: la melancolía, la soledad, el silencio de la floresta, de la nieve y del ocaso!» Y termina la carta manifestando que fué escrita «a

«EN FAMILIA».
ÓLEO. CARLOS REIS.

INTERIORES DE LA CASA DE LOS ARTISTAS EN LISBOA.

«RETRATO DE NIÑO».
JOAO REIS.

ALLÍ HAN REUNIDO VALIOSOS OBJETOS DE ARTE.

prisa, dejando mucho por decir». Esto es un justo elogio.

Las consideraciones que Eça de Queiroz se dejó en el tintero andan esparciendo cálida belleza por las hojas de sus libros. Toda la finísima ironía del gran escritor se vuelve acariciadora cuando se habla de la tierra portuguesa. Por eso el cuadro aludido, igual que otros donde Carlos Reis pinta paisajes y tipos portugueses, inspiraría a Eça de Queiroz bellos pensamientos patrióticos.

Ved esa tela delicadísima y fuerte que se llama «Los gaiteros», cuadro digno del mejor de los museos. Hay en aquel pedazo de castizo Portugal un amor a las tradiciones populares que emociona.

Lo mismo podemos decir de telas como «Rayos de sol ardiente», «La feria», «Las planchadoras», «La puesta del sol» y otros cuadros donde el pincel rico y potente acarició paisajes y personas

«RESIGNACIÓN».
CARLOS REIS.

«LOS GAITEROS». CARLOS REIS.

Respecto a Carlos Reis como retratista, dijo Francisco Alcántara en un diario:

«Tentado estaba de decir que el tal doctor tiene cara de vinagre si no fuese porque, al través de tales apariencias, se adivina una persona bondadosa, como ocurre con muchos de esos cetrinos verdinegros que parecen dispuestos a comerse los niños crudos y luego son la bondad misma. Cuando un retrato pictórico o escultórico suscita la ideología que he insinuado en los renglones antecedentes, ese retrato es una obra de arte.»

Digno continuador de esta manera es Joao Reis, hijo del notable artista. Sus cuadros «El molinero», «Confidencia», «Lavanderas»« Gracinda» y sus retratos de los señores Eduardo Andrade y J. Rezende, señorita F. C. y niño M. Sabugosa son obras bien dibujadas y de hermoso colorido en las que hay sinceridad y amor al terruño.

«INTERIOR DE SU ATELIER».
CARLOS REIS.

NO QUEDA NADA

POR

D. GONZALEZ APRILI

— Yo creo que al irnos, todos dejamos algo en este mundo... — dijo el optimista.

— Nada, no dejamos nada — afirmó con voz suavísima, como si no tuviera ningún interés en que se pusieran de acuerdo con él los demás, el escéptico.— Nada... ni la belleza en el mármol, ni el color en la tela, ni la armonía en el pentagrama, ni la luz de una idea en la página — y todo eso es lo más perdurable — deja el hombre en el mundo... Lo mejor dura apenas unos años... Sólo tenemos memoria, y para eso debemos esforzarnos en aprenderlo de los pesados eruditos, de lo que han hecho, de lo que han dejado los hombres de hace dos mil años; dos mil años, como quien dice, los sesenta minutos que pierde cualquiera de nosotros al lado de una mesa de café...

— Yo creo firmemente que algo queda — insistió calurosamente el optimista. — Si no quedara nada, como tú dices, ¿estaríamos nosotros en la vida? ¿No somos rastro dejado por *aquéllos?* Tú mismo, ¿no eres prueba indiscutible de que dejaron en el mundo recuerdo de su paso los que, en lejanísimas generaciones, gozaron y sufrieron lo mismo que sufrimos y gozamos nosotros?...

—¡Ah! Sobre eso discutiríamos el pro y el contra días enteros sin que llegáramos a nada concreto, a nada definitivo... Lo cierto, créeme, lo cierto es que no queda nada, y, si tú quieres, te concedo aquello de que no queda nada porque la Nada vuelve al Todo, de donde proviene...

— ¡Queda entonces! La Nada que tú dices vuelve al Todo y, en conclusión, el *Todo* y la *Nada* es siempre la misma cosa: el mundo, la Vida, nosotros...

— ¡Optimista!

— ¡Escéptico!...

Se cruzaron tales palabras como enormes reproches, que no lastimaron sólo porque la vieja amistad los resguardaba bajo su caparazón.

— Mira — dijo mucho después el optimista — lo bello que deja detrás de sí un artista podrá perderse materialmente, pero una sola partícula de su belleza que persista en los espíritus de las generaciones venideras, eso queda... No me negarás tú que queda... El gesto de Jesús no se ha perdido, ni se perderá, aunque se borrara por completo su historia de las páginas de todas las Historias... Y el gesto de Jesús es belleza pura...

— Vendida a plazos por los...

— Lo que quieras, pero es belleza...

Volvieron a callar. El silencio era penoso y se estiraba lentamente.

— El otro día, conocí en el «estudio» de un fotógrafo amigo a una mujer — dijo mucho después el escéptico. — Era una mujer cualquiera, de esas que se encuentran en racimos por la calle... Tendría treinta o cuarenta años y coqueteaba con su vestido de luto, porque eso es lo lógico... Pedir otra cosa, por ejemplo: que una viuda de treinta o cuarenta años no coquetee con sus crespones, sería ser optimista, demasiado optimista... Pues bien, la viuda coqueta traía en su carterita de mano un retrato, una cartulina pequeña y medio amarillenta y borrosa, donde se distinguían las caras de tres hombres sobre un fondo de jardín zoológico... Una de esas tres caras, la del centro, perteneció al que había sido esposo de aquella viuda. Y ella quería que de allí, reproduciendo la figura amarilla y borrosa de la vieja cartulina, le hiciera mi amigo el fotógrafo un retrato grande... Decía la coqueta enlutada, que aquello era el único recuerdo que le quedaba del marido desaparecido... ¡Ya ves! Una cartulina con un trocito de papel sucio era el *único recuerdo* dejado por un marido a su esposa... Cuando la ampliaran e hicieran con aquello uno de esos tiesos y estirados fantasmones negros, llenos de lápiz y de carbonilla, y, recuadrado por un marco dorado, fuera a quedar colgado de una de las paredes de la sala o del comedor de la casa de la viuda, eso, simplemente eso será *todo* lo dejado por el muerto en el mundo, y *eso* durará por lo menos hasta que se case de nuevo la enlutada y el flamante marido mande esconder el retrato de su antecesor para evitarse malos pensamientos... ¡Ya ves tú!...

— Sí, así será... pero no sería así si el muerto hubiera dejado hijos... La viuda no podría entonces decir que aquel retrato era el único recuerdo dejado por su marido...

— Igual, igual sería andando el tiempo, porque los hijos se mueren de la misma manera que los padres, y vuelven a la Nada unos detrás de los otros, sin dejar más memoria que un retratito amarillento que después se hace ampliar «al carbón» y que cualquier nieto, cuando mucho, se encarga de destruir... Un día pregunta uno: «Y ese carbonero tan estirado y relamido, ¿quién es?». Y le contesta, como al descuido, algún miembro de su familia, bien informado de su genealogía: «Ese fué el abuelo de tu padre». «¡Vaya una cosa!» responde el primero, y descuelga el telarañoso retrato y lo hace desaparecer... Porque es así. De nosotros no queda nada para el mundo, y para nuestros descendientes, cuando queda un retrato siempre viene un biznieto y lo hace añicos... porque a la tercera generación, aun dentro de nuestra misma casa, desaparecemos definitivamente... irremediablemente... ante la frase breve y dura, despectiva y cortante, pronunciada por cualquier mequetrefe irreverente que no sabe — y hace bien — mirar hacia el pasado:

— ¿Quién es éste? ¡Un abuelo!... ¡¡Vaya una cosa!!... — y así terminamos todos...

ILUSTRACIÓN DE LA RCO

PÁGINAS FEMENINAS

PIELES Y TERCIOPELOS

CAPA DE CHINCHILLA

ÚLTIMA CREACIÓN.

El tapado y la capa desempeñan actualmente un papel importantísimo en la toilette de la mujer vienesa. Estas prendas realzan y completan su atavío durante los grandes fríos. La moda, nunca desprovista de lógica, indica la capa como una suave transición entre los trajes ligeros y las pieles.

Las ideas del lujo se apoderan del mundo en tal forma, que se ha relegado el uso del traje sastre exclusivamente para los *deportes*, y lleva la sugestiva y elegante capa para las fiestas mundanas, las visitas y la calle. La novedad de la presente estación son las capas de paño negro guarnecidas de pieles. Se hace notar la predilección por los tapados ablusados en la espalda.

En los trajes, la nota original y atrayente son las mangas, enormes en su amplitud, y los altos cuellos confeccionados con riquísimas pieles. La capa generalmente preferida por nuestras damas es de terciopelo de lana, guarnecida de lujosas pieles, de una elegancia irreprochable. Con frecuencia el traje hace juego con la capa adornándose las mangas con la misma piel que en las grandes aberturas para las manos lleva la capa. Una de nuestras fotografías nos muestra un modelo donde se ve que la capa y el vestido forman un todo homogéneo.

El color marrón obscuro ornado de cibelina ofrece combinaciones de gusto exquisito. El marrón, color de invierno, favorece tanto a las rubias como a las morochas; por ello se ha impuesto.

Desde luego hay que advertir que la capa debe ser tan amplia que permita envolverse por entero en sus pliegues y defenderse así confortablemente de los rigores del frío.

Para el paseo de tarde y las visitas es preferible la capa de liberty negro forrada de *duveteen*, forro originalísimo a la par que abrigado y que ofrece la ventaja de poder usar la capa por los dos lados.

La piel de mono se emplea en todos los trajes elegantes de tarde y tanto en las capas y tapados como bordeando el sombrero.

El furor de la danza impera en todas partes y se ha hecho tan necesario el baile que casi no se comprende un te elegante sin el shimmy, el foxtrot y el two-step.

El sombrero es de rigor para estas reuniones

TAPADO DE «BREITSCHVANZ» CON PIELES DE CHINCHILLA.

CAPA DE «BREITSCHVANZ» GUARNECIDA CON PIEL DE MONO.

CAPA DE TERCIOPELO.

SUNTUOSA CAPA-TRAJE ÚLTIMO MODELO.

pero ha de ser el sombrero pequeño como para no estorbar en nada los movimientos del baile. Se confeccionan de terciopelo de peluche y de seda en formas de toca o gorra y adornados de azabaches y cadenitas de perlas de varios tamaños.

Las modas de invierno son las más bonitas pero también las más costosas. Exige para las capas y los abrigos que resguardan del frío a nuestras delicadas damas, pieles tan valiosas como la cibelina, el *breitschvanz* y la chinchilla. Esta última es la favorita; es la reina de las pieles por ser la más escasa. El precioso animalito que nos da su piel está por desgracia llamado a desaparecer de la faz de la tierra, y tal vez debido a este trágico porvenir las damas le tributan su postrer homenaje, cooperando a su pronta extinción.

La piel cibelina, que no cede en nada en belleza a la de chinchilla, tiene la ventaja sobre ésta de no ajarse con el correr de los años. Sus rayas obscuras, si se combinan artísticamente, son de un efecto encantador en las capas forma kimono.

La chinchilla y la cibelina se usan con preferecia de noche; para las toilettes de día son más adecuadas el *breitschvanz* y el topo. Ligeras y suaves como el terciopelo chiffon estas pieles se prestan para las más complicadas confecciones.

Un tapado de talle ablusado, tan en boga aún, puede resultar liviano y flexible si se hace de *breitschvanz* con franjas de chinchilla en el borde. Las pieles favorecen mucho la delicada tez de nuestras damas, haciendo resaltar la belleza de sus blondos cabellos. Se adaptan admirablemente al cuerpo, tanto que en su porte se adivina la gracia y gentileza de talle de quien las lleva.

La moda ha lanzado estos costosos caprichos para interesar a las damas y anonadar a los hombres con sus precios fabulosos. La moda es tiránica, pero hay que reconocer que en realidad la necesitamos. Una vez abolido el chic y la elegancia, ¿no desaparecería el amor? ¡Qué vida entonces tan insípida la nuestra! La moda es pues indispensable tal como hoy está constituída la sociedad.

CLAIRE PATEK

TAPADO DE PAÑO NEGRO ABLUSADO, CON AMPLIO CUELLO Y BOCAMANGAS DE PIELES.

VESTIDO DE TERCIOPELO NEGRO, SIN MANGAS, GUARNECIDO CON ROSAS EN LOS LADOS.

EZEQUIEL P. PAZ Y SU SEÑORA CELINA ZALDARRIAGA QUE CELEBRARON SUS BODAS DE PLATA EL 1.º DE MAYO.

BODAS ARISTOCRÁTICAS

CRUZAR el camino de la vida siendo dos los compañeros de viaje, es la única manera de evitar las asperezas y de salvar los obstáculos que se interponen para dificultar la marcha. Cuando se van señalando etapas en ese camino, cuando cada aniversario sirve para recordar tantas emociones experimentadas al calor de ese compañerismo, único en la existencia, va haciéndose más indisoluble el lazo de unión, más hondo el sentimiento de afecto, más completa la fusión de los espíritus que saben comprenderse, y que saben valorarse.

Por eso, cuando un matrimonio llega a celebrar el 25.º aniversario de su unión, esa fecha marca un acontecimiento trascendental que en nuestra sociedad se hace extensivo, no sólo a los miembros de la familia íntima, sino a las amistades.

Este año son muchos los matrimonios aristocráticos que han celebrado y celebrarán sus bodas de plata.

En el mes de mayo próximo pasado los dos acontecimientos de esa índole que mayor repercusión han tenido en los círculos mundanos, fueron los de los dos matrimonios cuyos retratos engalanan estas páginas.

El 1.º de mayo celebraron sus bodas de plata el señor Ezequiel P. Paz y su señora Celina Zaldarriaga.

Pocos hombres habrá en nuestro país cuya personalidad sea mundialmente conocida como la del señor Ezequiel P. Paz, director de «La Prensa», todo un carácter y una figura de perfiles difíciles de igualar. Al servicio de la patria puso siempre «La Prensa» sus ideales y sus convicciones, sus juicios serenos y rectos y su norma de conducta irreprochable, y es que fué hecha siempre «La Prensa» a imagen y semejanza de los hombres que rigieron sus destinos: ayer, José C. Paz, el fundador y encarrilador de la obra; hoy, Ezequiel P. Paz, que ha hecho de «La Prensa» su segundo hogar, en el que un sinnúmero de «hijos espirituales» lo quieren, lo respetan y se desviven por colaborar en la obra que se engrandece cada día bajo su dirección inteligente. ¿Qué hemos de decir en estas páginas de la «dulce señora de Paz», como la llamó Francisco Grandmontagne, que no sepa la sociedad entera de

DOCTOR HORACIO CALDERÓN Y SU SEÑORA ESTHER RACEDO, QUE CELEBRARON SUS BODAS DE PLATA EL 5 DE MAYO.

ELVIRA CASTRO SOTO.

JOSEFINA MORENO DE HUNTER.

Buenos Aires? La modestia, la bondad, la sencillez, se encarnan en ella, y se funden en el corazón, para asomar al rostro sereno por sus bellísimos ojos. La belleza de la señora de Paz es el complemento de sus excepcionales condiciones, que la colocan en la sociedad porteña entre las figuras femeninas de mayor prestigio.

El 5 del mes de mayo celebraron también sus bodas de plata el doctor Horacio Calderón y su señora Esther Racedo. La actuación política del doctor Calderón, tan destacada y tan apreciada en lo mucho que vale, no sólo por sus partidarios sino, además, por los elementos contrarios, es la mejor ponderación que puede hacerse del distinguido jurisconsulto. El ministerio del doctor Calderón puso de manifiesto sus dotes de hombre recto y de cultivada inteligencia, y al abandonar su cargo no hubo más que una opinión unánime de respeto para él. Su esposa, doña Esther Racedo, bella, inteligente, llena de encanto, no ha conquistado en la sociedad porteña más que afectos y admiración. Madre perfecta, formó una hermosa familia. Sus descendientes recibirán como preciosa herencia el ejemplo de su bondad y de su cultivado espíritu.

INICIAN su nueva vida, rodeadas de todos los halagos y con un porvenir lleno de promesas, tres novias de hoy, esposas de mañana, pertenecientes al núcleo social más aristocrático, después de haber sido adorno de los salones mundanos donde su actuación fué destacada y de donde se alejan ahora momentáneamente, conducidas por la ilusión...

Perduran aún los ecos del enlace de Josefina Moreno, la joven de altiva belleza, tradicional en su familia, con Marciano Hunter, quien a sus cualidades intelectuales une sus condiciones caballerescas y su cultura.

Fué consagrada la unión a comienzos de mayo, en la basílica de la Merced, y la figura llena de serena majestad de Josefina Moreno parecía más bella aún con el atavío de novia, cubierta de regios encajes y ostentando alhajas de gran valor, como una desposada de cuentos de hadas, que hubiera recibido todos los dones divinos... Una admiración sincera despertó a su paso por el templo, mientras irradiaba a su alrededor el perfume de los azahares de su ramo de novia.

Fué, en suma, aquella ceremonia una de las que hacen época en los anales de la vida mundana por el brillo y el buen tono de que estuvo revestida.

En el mes de junio se realizarán, entre otras muchas, dos bodas que darán margen a verdaderos acontecimientos sociales.

La de Elvira Castro Soto con el doctor Alberto de Gainza Paz, y la de María Julia de Bary Brinkmann con el doctor Eduardo Bidau.

Elvira Castro está adornada con tan hermosas prendas morales, que mayor es el encanto espiritual que de ella emana que su belleza física, delicadamente candorosa. Alberto de Gainza Paz es una promesa del futuro: no se apoderó de él la vanidad, aunque motivos sobrados habría tenido, porque su corazón está templado por la más bien orientada de las inteligencias. Sea cual fuera la esfera en que deba desenvolverse, el equilibrio de que está dotado su espíritu lo hará descollar... La nueva pareja partirá para Europa por una temporada.

María Julia de Bary Brinkmann realizará su unión con el doctor Eduardo Bidau a mediados de junio. Es ésta otra pareja que lleva consigo la simpatía y el afecto de propios y extraños. La «Nena», como familiarmente la llaman sus íntimas, es el prototipo de la jovencita de otros tiempos... Su sencillez ingénita, detrás de la que se oculta preciosamente su inteligencia cultivada, y un encanto personal muy poco común en la época actual la hicieron acreedora al sitio preferente que ocupó en nuestros salones, donde su silueta distinguida y fina se destacó siempre con inconfundibles perfiles.

Heredó el doctor Bidau el talento que dió tanto prestigio a su padre, y se espera de él una actuación brillante que prometen su cultura y su inteligencia.

MARÍA JULIA DE BARY BRINKMANN.

R O X A N A

EZEQUIEL P. PAZ Y SU SEÑORA CELINA ZALDARRIAGA QUE CELEBRARON SUS BODAS DE PLATA EL 1.º DE MAYO.

BODAS ARISTOCRÁTICAS

CRUZAR el camino de la vida siendo dos los compañeros de viaje, es la única manera de evitar las asperezas y de salvar los obstáculos que se interponen para dificultar la marcha. Cuando se van señalando etapas en ese camino, cuando cada aniversario sirve para recordar tantas emociones experimentadas al calor de ese compañerismo, único en la existencia, va haciéndose más indisoluble el lazo de unión, más hondo el sentimiento de afecto, más completa la fusión de los espíritus que saben comprenderse, y que saben valorarse.

Por eso, cuando un matrimonio llega a celebrar el 25.º aniversario de su unión, esa fecha marca un acontecimiento trascendental que en nuestra sociedad se hace extensivo, no sólo a los miembros de la familia íntima, sino a las amistades.

Este año son muchos los matrimonios aristocráticos que han celebrado y celebrarán sus bodas de plata.

En el mes de mayo próximo pasado los dos acontecimientos de esa índole que mayor repercusión han tenido en los círculos mundanos, fueron los de los dos matrimonios cuyos retratos engalanan estas páginas.

El 1.º de mayo celebraron sus bodas de plata el señor Ezequiel P. Paz y su señora Celina Zaldarriaga.

Pocos hombres habrá en nuestro país cuya personalidad sea mundialmente conocida como la del señor Ezequiel P. Paz, director de «La Prensa», todo un carácter y una figura de perfiles difíciles de igualar. Al servicio de la patria puso siempre «La Prensa» sus ideales y sus convicciones, sus juicios serenos y rectos y su norma de conducta irreprochable, y es que fué hecha siempre «La Prensa» a imagen y semejanza de los hombres que rigieron sus destinos: ayer, José C. Paz, el fundador y encarrilador de la obra; hoy, Ezequiel P. Paz, que ha hecho de «La Prensa» su segundo hogar, en el que un sinnúmero de «hijos espirituales» lo quieren, lo respetan y se desviven por colaborar en la obra que se engrandece cada día bajo su dirección inteligente. ¿Qué hemos de decir en estas páginas de la «dulce señora de Paz», como la llamó Francisco Grandmontagne, que no sepa la sociedad entera de

DOCTOR HORACIO CALDERÓN Y SU SEÑORA ESTHER RACEDO, QUE CELEBRARON SUS BODAS DE PLATA EL 5 DE MAYO.

ELVIRA CASTRO SOTO.

JOSEFINA MORENO DE HUNTER.

Buenos Aires? La modestia, la bondad, la sencillez, se encarnan en ella, y se funden en el corazón, para asomar al rostro sereno por sus bellísimos ojos. La belleza de la señora de Paz es el complemento de sus excepcionales condiciones, que la colocan en la sociedad porteña entre las figuras femeninas de mayor prestigio.

El 5 del mes de mayo celebraron también sus bodas de plata el doctor Horacio Calderón y su señora Esther Racedo. La actuación política del doctor Calderón, tan destacada y tan apreciada en lo mucho que vale, no sólo por sus partidarios sino, además, por los elementos contrarios, es la mejor ponderación que puede hacerse del distinguido jurisconsulto. El ministerio del doctor Calderón puso de manifiesto sus dotes de hombre recto y de cultivada inteligencia, y al abandonar su cargo no hubo más que una opinión unánime de respeto para él. Su esposa, doña Esther Racedo, bella, inteligente, llena de encanto, no ha conquistado en la sociedad porteña más que afectos y admiración. Madre perfecta, formó una hermosa familia. Sus descendientes recibirán como preciosa herencia el ejemplo de su bondad y de su cultivado espíritu.

INICIAN su nueva vida, rodeadas de todos los halagos y con un porvenir lleno de promesas, tres novias de hoy, esposas de mañana, pertenecientes al núcleo social más aristocrático, después de haber sido adorno de los salones mundanos donde su actuación fué destacada y de donde se alejan ahora momentáneamente, conducidas por la ilusión...

Perduran aún los ecos del enlace de Josefina Moreno, la joven de altiva belleza, tradicional en su familia, con Marciano Hunter, quien a sus cualidades intelectuales une sus condiciones caballerescas y su cultura.

Fué consagrada la unión a comienzos de mayo, en la basílica de la Merced, y la figura llena de serena majestad de Josefina Moreno parecía más bella aún con el atavío de novia, cubierta de regios encajes y ostentando alhajas de gran valor, como una desposada de cuentos de hadas, que hubiera recibido todos los dones divinos... Una admiración sincera despertó a su paso por el templo, mientras irradiaba a su alrededor el perfume de los azahares de su ramo de novia.

Fué, en suma, aquella ceremonia una de las que hacen época en los anales de la vida mundana por el brillo y el buen tono de que estuvo revestida.

En el mes de junio se realizarán, entre otras muchas, dos bodas que darán margen a verdaderos acontecimientos sociales.

La de Elvira Castro Soto con el doctor Alberto de Gainza Paz, y la de María Julia de Bary Brinkmann con el doctor Eduardo Bidau.

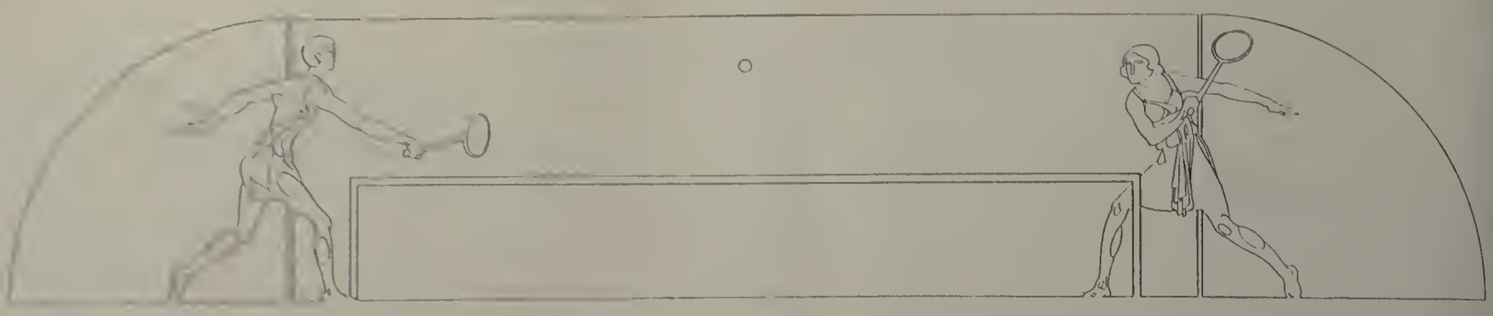
Elvira Castro está adornada con tan hermosas prendas morales, que mayor es el encanto espiritual que de ella emana que su belleza física, delicadamente candorosa. Alberto de Gainza Paz es una promesa del futuro: no se apoderó de él la vanidad, aunque motivos sobrados habría tenido, porque su corazón está templado por la más bien orientada de las inteligencias. Sea cual fuera la esfera en que deba desenvolverse, el equilibrio de que está dotado su espíritu lo hará descollar... La nueva pareja partirá para Europa por una temporada.

María Julia de Bary Brinkmann realizará su unión con el doctor Eduardo Bidau a mediados de junio. Es ésta otra pareja que lleva consigo la simpatía y el afecto de propios y extraños. La «Nena», como familiarmente la llaman sus íntimas, es el prototipo de la jovencita de otros tiempos... Su sencillez ingénita, detrás de la que se oculta preciosamente su inteligencia cultivada, y un encanto personal muy poco común en la época actual la hicieron acreedora al sitio preferente que ocupó en nuestros salones, donde su silueta distinguida y fina se destacó siempre con inconfundibles perfiles.

Heredó el doctor Bidau el talento que dió tanto prestigio a su padre, y se espera de él una actuación brillante que prometen su cultura y su inteligencia.

R O X A N A

MARÍA JULIA DE BARY BRINKMANN.



UN · POCO DE · FILOSOFÍA E · HISTORIA DEL · DEPORTE

POR · LOLA · PITA MARTINEZ

ILUSTRACIONES · DE · SIRIO

Mucho ha protestado nuestra latinidad contra la invasión sajona en nuestras costumbres, pero es la verdad que mucho le debemos. Sin apartarnos de que conviene a nuestro espíritu conservar la línea sentimental e intelectual que caracterizó a las pasadas generaciones de nuestra sangre, surge de la amalgama de estos pueblos tan mezclados el tipo que participa de todas las razas, híbrido al principio por la propia extensión de sus aptitudes, perfeccionado después, perfecto acaso mañana.

El criticismo moderno ha esgrimido, con la misma intolerancia que emplea para el arte, sus armas contra las nuevas generaciones de América, sin pensar que el arte es viejo como el mundo y que tiene por viejo la obligación de ser perfecto. América es una especie de niño prodigio, que da, para sus años, la maravilla de un adelanto enorme que tiene además la fuerza de un coloso, pero como todos los pueblos, refina primero el músculo, después el alma. Por lo pronto este siglo que corre se llamará en la historia el siglo de América. La hegemonía del mundo es una herencia que los pueblos se vienen legando siglo a siglo. Desde el lejano XVI, siglo de Felipe II en España, pasó el cetro del mundo por las manos de Francia en el siguiente XVII bajo el reinado del solemne Luis XIV. El XVIII correspondió a Inglaterra, el XIX a Inglaterra y Alemania y el XX es el siglo de América. Puede decirse que los vencedores de esta última guerra han sido dos: América y las mujeres. América desplegando frente al viejo mundo su fuerte vitalidad de pueblo nuevo, henchido de promesas, y convirtiéndose en tierra prometida de todos los ambiciosos; las mujeres conquistándose por derecho de abnegación y de inteligencia la admiración universal y alzando el nivel de sus derechos sociales y políticos a la altura que el hombre.

Este es el elemento que se prepara para la civilización de mañana y tiene todo el derecho de esperar que sus frutos serán perfectos, porque la mezcla de razas en que se funde es el crisol que lo reune todo.

Prepara el cuerpo porque el alma es un producto que se forja por la labor lenta de los siglos.

La personalidad, en los frutos de su inteligencia, apunta apenas sus pálidos ribetes de originalidad. Seducida hoy con una, mañana con otra, el alma de América se encuentra tan dispersa como los jovenzuelos que por primera vez se encuentran frente a la vida galante; pero el cuerpo, que no tiene más que una orientación, porque es el instrumento de que nos valemos, tiene que estar bien preparado, bien educado, y es esa educación, tan amada y cultivada hoy por nuestra juventud, el mejor producto que debemos a los sajones. La forma masculina va adquiriendo ahora una gracia que nunca tuvo; en vano han existido modas que delineaban perfectamente el talle, la esbeltez del cuerpo, la forma de las piernas; ahora ya no es la forma solamente, es la soltura, es la agilidad al mismo tiempo fuerte que viriliza y da gracia a los movimientos. Y afortunadamente en esta aspiración se va mezclando cada día de manera más decidida la tendencia femenina. Poco a poco, como una valentía ayer, hoy ya con naturalidad, la mujer participa de esos torneos de gracia y de destreza que embellecen la forma y armonizan la vida. El deporte ha substituído la inutilidad de la horas perdidas en un vano paseo de carruajes. A veces, recordando la ciudad antigua aunque no muy lejana, lamentamos la perdida costumbre llena del encanto y la poesía de lo viejo... pero ¿está bien llorar a los muertos en menoscabo de los vivos?

Ha cambiado el espíritu. Las dificultades de la vida nos han dado la verdadera noción del valer del tiempo y las horas ociosas ya no se las regalamos a los demás sino que las aprovechamos para el cultivo y esparcimiento del propio Yo. Nos hemos dado cuenta de que en la vida, la mitad del triunfo es cuestión de músculo; sabemos que la inteligencia sola desfallece si no está sostenida por la energía interior, y a nadie se le oculta la correspondencia que existe entre la tonicidad psíquica y la muscular... Por eso, los campos de deporte están llenándose no solamente de los que acuden por snobismo, sino de los que, conscientes, quieren recuperar en un resto de juventud esa energía vital que es la llave del triunfo. Y jamás más presente aquello de «nunca es tarde...» Es interesantísimo ver la aplicación con que se dedican al deporte estos viejos alumnos, ¡cómo se esfuerzan por recuperar, con una asiduidad cotidiana, la habilidad que los otros adquieren paulatinamente como producto de larga educación!

Es evidente que el deseo de adiestrarse físicamente no es una preocupación de hoy. Además, el deporte, concienzudamente analizado, parece ser el producto de un largo estudio filosófico. Fundémonos en la célebre teoría estética que explica el arte por el placer del juego, en el cual empleamos el excedente de nuestra energía nerviosa. Esta teoría, tan combatida por Guyau, empeñado en demostrar el carácter serio del arte, puede sin embargo explicar cómo se ha concertado tan hábilmente la gimnasia, que de por sí es poco amena, con el juego que es todo lo contrario, de cuya combinación ha nacido el deporte.

Existe pues en esta resultante un principio de utilidad, lo cual, según Guyau, es un factor de belleza. «Por ejemplo, dice, en las funciones de nutrición, el sentimiento de la vida reparada y renovada, constituye una armonía verdadera y profunda que no carece de belleza». Verdad es que por este camino llega Guyau a afirmar el carácter estético del arte culinario y de la perfumería, pero, sin inmiscuirnos en digresiones tan apartadas de nuestro tema, podemos dejar aquí sentado el argumento de que el origen del deporte tiene un fundamento filosófico. En efecto, la aplicación de la disciplina gimnástica al juego hace pensar que se ha especulado con la diversión para darle un valor utilitario, máxime si consideramos lo especialmente atrayentes que se hacen los lugares en que se cultiva. No parece sino que se ha intentado hacernos concebir la pasión deportiva a través de todos los sentidos. El traje, el ambiente, el arreglo del lugar, la concurrencia de ambos sexos, todo está hecho para agradar profundamente. ¡Y bienvenida sea la especulación, el utilitarismo introducido en el juego si con ello habríamos de obtener tantos partidarios del deporte!

Que sean muchos, que sean todos, es lo que hay que desear. Que no veamos ya por la calle el triste espectáculo de mujeres jóvenes que tienen para andar la torpeza de las viejas. Que las nuevas generaciones sean ágiles, fuertes, decididas; que no sean unos prematuros fracasados por inconsistencia física, y no creo que nadie tenga nada que lamentar si este ideal se cumple, como puede esperarse, en todos los ámbitos de la sociedad argentina, y no sólo en el hombre sino también en la mujer.

Ya está, afortunadamente, muy anticuado el concepto aquel de que el principal encanto de la mujer consiste en su languidez enfermiza, en su

debilidad, en su gracia desarmada. ¡Torpe del hombre que hoy proclama estas teorías! ¡Sólo una sensualidad muy inconsciente, muy pedestre, hace que cierta legión de hombres continúe prefiriendo ese tipo de mujer que nada más que por tener sabor de esclava les es más apetecible, sacrificando a este deseo toda conciencia de que no es ese el tipo-madre, el tipo-compañera, la mujer que mañana sabrá infundirle alientos al vencido, soportar las asperezas de la vida, dirigir bien al hijo!

En cuanto al hombre, ha comprendido este beneficio para sí desde los tiempos más remotos y, salvo en Esparta, siempre se ha reservado el privilegio de ser él el único que se educara de esta manera.

Actualmente el deporte es la causa de que no exista el Atlántico, vale decir que así como Luis XIV dijo aquello de «Il n'y a plus de Pyrénées», en nuestra época puede decirse: «Il n'y a plus d'Atlantique». Hay siglos que devoran las montañas y otros que se beben los océanos. Los pueblos más lejanos hacen frecuente intercambio de sus campeones; los europeos vienen a América por un «match» y los americanos van a Europa por un desafío, y los resultados de los «matches» corren a lo largo de los cables o vuelan de nube en nube esperados por millones de seres sinceramente ansiosos.

El box y el tennis no son los únicos causantes de estas mutaciones; todos los deportes tienen en todos los países sus campeones corredores del mundo. Pero volvamos al tennis. ¿De dónde viene el tennis? Esta es una cuestión que los profesionales discuten desde hace mucho tiempo: unos dicen que de Francia, otros que de Inglaterra... El primer cronista deportivo, Homero, dará la clave del enigma mostrando en el sexto libro de la Odisea a Nausica jugando a la pelota con sus compañeras, tirando la pelota al río, dando un grito y despertando a Ulises. La pelota era ya, pues, conocida en esta época y se dice que Sófocles encontró en este juego la inspiración para una tragedia hoy perdida.

Los griegos, tan enamorados de la vida del cuerpo como de la vida del espíritu — dos cosas indisolubles por lo demás, — jugaban con pelotas de varias clases. Naturalmente los romanos «mens sana in córpore sano») imitaron a los griegos y tuvieron las mismas leyes de juego y la misma elección de lugares.

Los historiadores y letrados han hecho muchas veces estudios sobre la esferística de los antiguos. La esferística era el código de los deportes (se daba este nombre a la parte de la gimnástica griega que comprendía el juego de pelota). En esta época no era cuestión todavía de raqueta ni de pala; estas invenciones aparecen después, en el transcurso de los siglos.

La Edad Media, parlera en teología, lo es menos en deporte. Solamente a fines del siglo XIV encontramos como verdaderos aficionados a Luis X, Carlos V y Du Guesclin. Esto nos prueba que el juego de pelota no ha debido apagarse con el imperio romano, sino que ha continuado su ruta, indiferente a la política. Carlos V lanza en mayo de 1369 un edicto contra todos los juegos incluso la pelota, pero la prohibición se limita a los villanos; los gentileshombres pueden dedicarse al noble ejercicio, convertido en ejercicio noble. En el siglo XV encontramos como diestros jugadores primero a Luis XI, después a Carlos VIII.

Se dice que en los fosos del castillo de Amboise había instalado un juego de pelota y que Ana de Bretaña asistía muy complacida a los partidos interesantes.

Nosotros vamos también a asistir a un accidentado partido entre los duques de Orleáns y de Lorena en presencia de varias damas y señores: «Entablóse una discusión a propósito de un golpe dudoso y la concurrencia erigida en árbitro comisionó a Mme. de Beaujen para dar el fallo definitivo. Esta juzgó en contra del duque de Orleáns, que encolerizado dijo que había mentido, acompañando esta aserción con una frase mal sonante,

y entonces la dama, ofendida, volvióse hacia el de Lorena su primo y le increpó: «¿Cómo es que me dejáis injuriar?» Hostigado, dió el de Lorena una sonora bofetada a su contrario, con lo cual quedó disuelta la reunión».

Hay que creer que los edictos y las leyes no tienen ningún poder contra las costumbres y los gustos de un pueblo, pues el edicto de 1369, que limitaba el juego de pelota para la nobleza, cayó en el año 1427.

Se jugaba entonces a mano limpia; un poco más tarde algunos, para hacerse menos mal, se ponían guantes dobles, hasta que por fin los jugadores más finos, para tener ventaja sobre sus contrarios, usaron cuerdas y tendones para arrojar la pelota con mayor empuje.

Francisco I jugaba ya con raqueta. Según parece este instrumento apareció en Italia en la época del Renacimiento. Las pelotas se hacían entonces de estopa de lana, recubiertas de cuero. El caucho fué conocido sólo en el siglo XVIII, existiendo en los anales del deporte este relato de unos viajeros europeos:

«Los salvajes de Venezuela y de Méjico jugaban a la pelota con pelotas hechas de una especie de resina, llamada «caucho», y la más ligera impulsión las hacía saltar a la altura de un hombre.»

Volvamos a Francisco I.

Loys Guyon, relata un pequeño hecho que puede probar que un talento vale a menudo más que una virtud. «El rey jugaba contra dos favoritos. Su compañero, un monje, dió con su raqueta un acertado golpe que decidió el partido.

— «¡Vaya un golpe de monje! — exclamó el rey.

— «Señor, será un golpe de abad, cuando vos lo queráis.

«Y como justamente había una abadía vacante, le fué otorgada.»

A Luis XIV no le gustaba más que el billar. Reconozcamos, sin embargo, que sabía admirar una buena partida de pelota y que tal vez, si no hubiera estado bajo la influencia pesada de Mazarino, tanto él como la corte, acaso hubiera preferido estos deportes a los juegos de azar que el italiano había importado a Francia.

La pelota bajo el reinado de Francisco I, el billar en tiempos de Luis XIV, el bridge o el tango en nuestros días, cualquiera de estas cosas basta para orientar el destino de un hombre o desorientar el corazón de una mujer.

El duque de Beaufort tenía una gran reputación de jugador en todo París, y un día que las mujeres del mercado estaban haciendo gran ruido en la puerta del club, el duque las hizo entrar. La partida continuó y como una de ellas lo mirara «con demasiado buenos ojos», le dijo el duque: «¿Y bien, os divierte verme jugar y verme perder mi dinero?»

«Señor de Beaufort, repuso la mujer, jugad tranquilamente porque mi comadre y yo hemos traído 200 escudos para pagar por vos, y si hace falta iremos por más». Y parece que todas las demás hicieron inmediatamente el mismo ofrecimiento.

Con estas y otras anécdotas llegamos a la conclusión de que a través de todos los tiempos el hombre se ha preocupado siempre de adquirir destreza y fuerza, y que el juego de pelota, madre directa del moderno tennis, ha llegado a merecer hasta los honores de la tesis en medicina y el elogio en verso.

En efecto, en 1745 fué sostenida por un médico célebre la tesis de que «La pelota es un preservativo contra el reumatismo», y más tarde M. Bajot, oficial de la Legión de Honor, publicó la siguiente poesía cuyas últimas estrofas dicen así:

La raquette est pour vous le sceptre d'Esculape.
— De votre corps fumant chaque coup qu'elle frappe — Chasse une maladie et détourne le cours —
De la source de maux qui fondraient sur vos jours...—
C'est le catarrhe affreux, c'est la goutte cruelle, —
Le fréquent rhumatisme, aussi terrible qu'elle. —
Fléaux qu'en votre sein entassait sourdement —
Des stagnantes humeurs le dangereux ferment.

PROFECIAS DE DANIEL

PINTADO AL OLEO SOBRE COBRE

ESCVELA FLAMENCA

El despacho de un hombre de buen gusto. Mobiliario sobrio. Un gobelino. Dos cuadros. Una cabeza de Hermes en mármol.

Al levantarse el telón, Alfredo Stumer, financista, y Douglas Niort, su secretario, hablan en voz baja siguiendo con igual interés el texto de una carta que tienen bajo sus ojos. Stumer es un hombre de negocios tentaculares. A un monopolio, sigue otro. Está en tren de poseer conjuntamente con las minas de carbón, las empresas de luz y de navegación del país, la prensa en el comienzo de su elaboración, los bosques que dan la materia primera del papel, las fábricas que lo preparan y las imprentas donde lo imprimen. Sus negocios se confunden y prosperan en ese mutuo apoyo, en esa correlación calculada.

Stumer firma la carta aquella y Douglas Niort se retira.

Elvira Stumer penetra en el despacho de su esposo. Se siente un poco más de ruido en aquel silencioso y elegante rincón de un hombre de acción reconcentrada. Se imagina, el espectador, que más allá de esas paredes está la selva y Stumer, el tigre, de este lado, entre los juncos agazapado.

Elvira llega de improviso, contra su costumbre. Ha llegado al escritorio de su esposo en busca de un poco de afección, como si viniera a pedir un cheque. Stumer da la sensación de estar siempre detrás de la ventanilla.

Dos timbres suenan. Una visita que llega; el otro, un llamado al teléfono. El hombre de negocios acude al receptor telefónico como quien se dirige hacia algo preciso a la par que rápido.

El criado trae una tarjeta sobre bandeja de plata. Roberto Rauch, amigo de la casa le sigue. Se excusa de la hora de su visita; en plena hora de negocios un negocio es casualmente lo que lo trae. Las campanillas continúan sonando. Del teléfono, previo un rápido apretón de manos al recién llegado. Stumer pasa a las otras oficinas de su vasta dirección.

ELVIRA. — ¿Negocio? (*pregunta afectuosamente*).

RAUCH. — Si... un poco tarde, pero, todos debemos pasar por ahí... Tú sabes mejor que nadie, Elvira, que si yo no fuí marino, si malogré muchos años de mi vida, fué por aquel amor que tuve por ti... Stumer me ganó el negocio... Era más hábil. Te sacó de entre mis manos. Tengo que reconquistar ese tiempo.

ELVIRA. — No he dejado de ser una mercaderia, yo tampoco... En esta casa se siente ese estado más que en cualquiera otra... Sobre todo cuando la mercadería ha pasado de moda...

RAUCH. — Hoy vengo a pedirle a Stumer su apoyo... Pero antes tengo que pedírtelo a ti. De la ayuda de ustedes depende mi porvenir. Yo puedo adquirir sin gran esfuerzo un diario. Necesito una persona que me sirva de garantía, a la que entregaría desde ya, para asegurarse, la parte administrativa de la empresa.

ELVIRA. — Nunca le he pedido nada, pero me ofrezco a pedirle a Stumer lo que solicitas. Fiate en mí... Tú mereces, cuando menos, que no te olvide.

RAUCH. — ¿Prometido?

ELVIRA. — Palabra de honor.

RAUCH. — Entonces, me retiro. Espero en casa el resultado de tu gestión. Un golpe de teléfono... (*de pie*) ¿No sé cómo agradecerte lo buena que eres?... (*Melancólico*) Ya no te puedo besar... he perdido ese derecho.

ELVIRA (*le ofrece la mejilla*). — Besa. (*Rauch la besa ceremonioso y se retira*).

Algunos momentos después Stumer vuelve.

STUMER (*a Elvira*). — ¿Y Rauch?

ELVIRA. — Se ha ido... Venía a pedirte algo.

STUMER (*indiferente*). — ¿Qué?

ELVIRA. — Un diario se vende... un gran diario...

STUMER. — Ya lo sé: «The Graphic».

ELVIRA. — ¿Lo sabes?... bueno. Rauch, quisiera comprarlo si tú lo ayudas.

STUMER. — Ya lo sabía a Rauch mi único competidor... Acabo de comprarlo.

ELVIRA. — ¿Cuándo?

STUMER. — Aprovechando que estaría retenido por ti, que llegaría tarde... Ya he firmado el cheque (*saca el reloj*). Ya estará depositado.

ELVIRA. — No es nada correcto lo que has hecho...

STUMER. — Los negocios no tienen rostro. No bajan nunca los ojos.

ELVIRA. — Pero estás aún en tiempo de darle una compensación... Encárgale la dirección.

STUMER. — No me interesa.

ELVIRA. — ¡Alfredo!... Hace mucho que debes una reparación a Rauch.

STUMER. — ¿Lo quieres aún?

ELVIRA. — Te interesaría tan poco a ti saber la verdad... Si fuera el estado de una sociedad anónima, el curso de una moneda o la cotización de un título... pero de mí... Yo te pido que seas... ¿cómo diré?... cristiano.

STUMER. — Rauch puede venir a nuestros salones... muy bien. En este escritorio no tiene nada que hacer.

ELVIRA. — ¿Y si yo te lo pidiera? Es la primera y la última cosa que te pediría. Vuelve sobre tu manera de pensar.

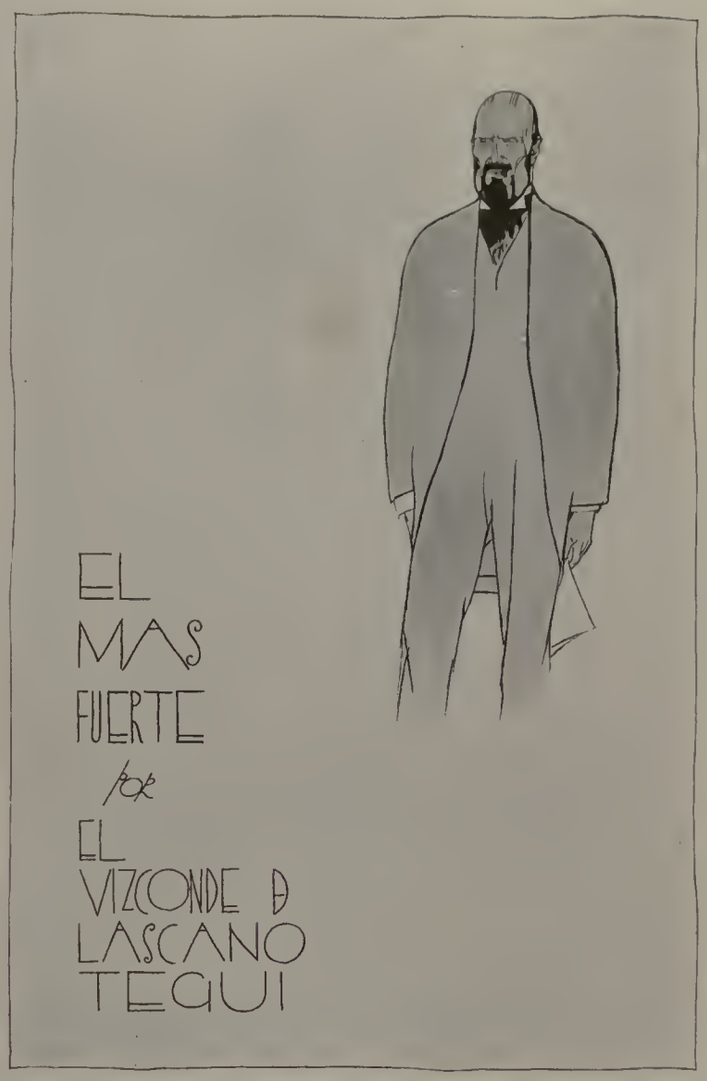
STUMER. — Yo no soy mujer. Yo no me arrepiento jamás de lo que hago.

ELVIRA. — Pues si es así, yo me arrepiento. Tú me das ese derecho.

STUMER. — ¿De qué?

ELVIRA. — De haber hecho un tan mal negocio con mi alma. Por eso te la retiro.

El telón cae lentamente. En el rostro de Stumer se siente el esfuerzo que hace para compenetrarse de la cantidad de verdad que encierra la última frase. Quiere saber si es cierto que Elvira ha dejado de ser su mujer; si ha dejado, al menos de ser el tesoro femenino que poseía en sus cajas.



ACTO SEGUNDO

Varios meses después. El mismo escenario. Stumer entra nervioso. Ve sentada, en uno de los sillones que le sirven para imaginar negocios, a Elvira, que lee un diario.

STUMER. — Eres la primera persona a quien veo leer ese pasquín.

ELVIRA. — Se escribe, antes de todo, para mí...

STUMER. — ¿Te hallas contenta de ver arrastrar tu apellido en el barro?

ELVIRA. — El tuyo.

STUMER (*recalcando las sílabas últimas*). — Elvira STUMER.

ELVIRA. — No, Elvira. Stumer es una marca de comercio.

STUMER. — Pero poca vida tiene ese pasquín... (*Con energía*). Mañana a estas horas... no saldrá más.

ELVIRA. — Todo está previsto... el despecho del señor, sobre todo. Mañana, en estas páginas saldrá a luz tu hermoso negocio... el de las mercaderías japonesas.

STUMER. — Tengo documentos para defenderme.

ELVIRA. — Los tiene, tal vez, Rauch (*con doble sentido*).

STUMER. — ¿Rauch? (*Se dirige a la caja de hierro, la abre, busca en un cajón los papeles y no los halla*). ¡Me han robado!...

ELVIRA (*con ironía*). — Robado... o tomado.

STUMER. — ¡Tú!

ELVIRA. — Yo o algún otro...

STUMER. — ¡No!... a pesar de todo... a mí no me toman desprevenido... Tengan todos los documentos del mundo... mañana no aparecerá... Ese diarucho no saldrá más.

ELVIRA. — ...Si tú decides arreglar... A dar a Rauch...

STUMER. — ¡No! (*Stumer se retira violentamente. Un silencio. Elvira llama a un criado*).

ELVIRA. — Haga pasar aquí al señor que espera en mi gabinete. (*Momentos después Rauch, procurando adoptar la actitud que convenga, entra preocupado en el escritorio. Elvira le tiende un rollo de documentos y le dice*): He hecho toda la comedia. No hay nada que hacer... Es inquebrantable. Toma. Esto es decisivo. Publícalo mañana.

RAUCH. — ¿Y tú?

ELVIRA. — Yo me voy de esta casa esta misma tarde.

RAUCH (*la voz de Rauch bajo el peso de una gran emoción*). — ¡Elvira!

ELVIRA. — Seremos más felices... que lo que fuimos hasta hoy...

Rauch se retira por donde vino. Stumer vuelve, al parecer, de la calle.

STUMER. — ¿Rauch ha vuelto a esta casa? Acaba de salir, me han dicho.

ELVIRA. — Es cierto... Ahora sólo falta que yo le siga.

STUMER. — ¡Era usted la mujer honesta!...

ELVIRA. — Lo fuí... mientras no me forzó usted a ser negociante... a comerciar con todo lo respetable: amistad, honor, virtud... Quiero mostrarle que sus alumnos progresan.

STUMER. — Usted es mi esposa y me debe el ser honesta.

ELVIRA. — Yo no le pertenezco... Le retiro todo... Voy a entregarle a Rauch lo que usted tuvo la maña de sacarle. Hay cosas que no se poseen por millones que se tengan.

STUMER. — ¡Muerta antes que dejar esta casa! (*Stumer se retira en busca de un arma posiblemente. Elvira se va, tranquila, a sus departamentos*).

La escena vacía. Un silencio. El secretario entra al mismo tiempo que Stumer. Este trae en la mano un revólver que disimula.

STUMER. — ¿Qué hay?

NIORT. — Algo grave... El señor Rauch ha entrado en esta casa en su ausencia. Estamos vendidos... Aquí le han dado, tal vez, papeles comprometedores.

STUMER. — Lo sé... es mi mujer.

NIORT. — Hay algo más... El gobierno está decidido — aquí está la ficha que me comunica nuestro agente secreto — a hacerle un proceso a base de las acusaciones de Rauch. Todos sus enemigos esperan la más leve oportunidad para terminar con usted.

STUMER. — ¿El diario de Rauch saldrá mañana?

NIORT. — No saldrá. No tiene papel... No tiene crédito... no tiene corriente eléctrica para las máquinas.

STUMER (*con una sonrisa*). — Entonces...

NIORT. — Su mujer lo ha vendido... Ya me lo suponía.

STUMER. — Sé lo que merece...

NIORT. — Usted hará lo que haría un hombre en ese caso.

STUMER (*guardando el revólver*). — No tengo que ofrecer ninguna ocasión para que ese asalto de mis enemigos se produzca. Es necesario que parezca la víctima... Me conviene más.

El telón cae.

ACTO TERCERO

Varios meses han pasado. Elvira ha abandonado la casa de Stumer. Este continúa triunfando, torciendo a sus enemigos, eliminándolos de la ruta. Se habla de ofrecerle la presidencia del Consejo de Ministros. El diario de Rauch no sale más. Elvira no tiene con qué vivir, porque le ha suprimido todas las entradas. Sin embargo, es ella o su recuerdo lo único que le saca del escenario árido de los negocios y lo hace sentir. En este acto Stumer está en su dormitorio. Sobre los muebles se siente la ausencia de la mujer. Toma un retrato de ella y lo mira largo tiempo. Elvira, que ha vuelto de improviso, lo sorprende en esa actitud.

STUMER (*cohibido*). — ¿Usted aca?

ELVIRA. — Vengo a buscar lo mío, lo que me pertenece... Unas monedas. Mi felicidad no puede ser comprometida al pie de una mala operación matemática.

STUMER. — ¿Tu felicidad?... No... No la necesito, pero no te la entrego... Es necesario que sufras... que parezcas arrepentirte... Sólo en ese hermoso estado decorativo de arrepentimiento me interesas... e interesas a la sociedad que me compadece.

ELVIRA. — ¡Verdugo!

STUMER. — Si te diera dinero... si te ayudara, aparecería inferior ante el concepto de los otros. No...

ELVIRA. — Todavía te sirves de mi dolor para parecer menos infame.

STUMER. — Si desaparecieras del todo... Pero no tienes esa pasta...

ELVIRA. — Quiero darle una satisfacción mayor. (*Elvira se retira altiva. En la pieza vecina se oye un tiro*).

STUMER (*corriendo a mirar por la puerta*). — ¿Se ha suicidado?... (*Douglas Niort acude. Un sirviente cruza la escena*).

STUMER (*a través de las cortinas*). — Un médico.

NIORT. — Aquí, en el otro piso.

Se oye el murmullo de toda la casa sorprendida por la detonación. Luego unas voces. Al rato, el médico, Douglas y el mucamo traen el cuerpo de la suicida y lo ponen sobre el lecho. El médico examina la herida. Stumer se ha quedado a distancia y ensimismado en una esquina de la habitación. Douglas y el sirviente se han retirado. El examen se prolonga. El médico retiene la sangre que mana de la herida abierta en el blanco seno de Elvira.

Douglas, el secretario, hace irrupción. ¿La policía, tal vez? No. Es el presidente de la república. Viene a ofrecer a Stumer la formación de su ministerio vacante.

NIORT. — ¿Qué hago?

STUMER. — ¿Doctor?... ¿Hay para mucho tiempo?

EL MÉDICO. — No... cinco minutos, a lo más.

Stumer se vuelve a Douglas y refiriéndose al presidente, responde:

— Que me espere...

Douglas se retira... El telón cae y Stumer inmóvil, cree oir, tal vez supersticioso, el último suspiro de la pálida moribunda.

ILUSTRACIÓN DE ÁLVAREZ

La Deseada

— ¡Ah, consejero, mire que ya empieza a hablar en verso!

— No hay hombre que no tenga una lira en su corazón, a menos de no ser hombre. No digo que esa lira haya de vibrar en todo momento y a todo propósito; pero si de cuando en cuando y con ocasión de alguna reminiscencia particular... ¿Sabe usted por qué yo parezco poeta, pese a las ordenanzas del reino y a mis canas? Pues porque estamos pasando por delante de «la gloria», muy cerca del Ministerio de Estado. Mire la célebre colina... Un poco más allá hay una casa.

— Y luego...

— Luego... Divina Quintilia. ¡Todas esas casas que se ven son nuevas, pero me hablan de ese tiempo remoto, como si fuesen las mismas de antes! ¡Vibra la lira y la imaginación pone lo demás, oh divina Quintilia!

— ¿Pero se llamaba Quintilia? Cuando yo frecuentaba la escuela de medicina conocí a una señorita muy linda que se llamaba así. Tenía fama de ser la muchacha más hermosa de la población.

— Sin duda era ella, pues tenía esa fama. ¿Delgada y alta?

— Así mismo. ¿Qué ha sido de ella?

— Murió en 1859. El 20 de abril. Jamás olvidaré esa fecha. Voy a contarle un caso interesante para mí y creo que para usted también. Mire..., esa es la casa... Vivía con un tío suyo, militar retirado, el cual poseía otra casa en Cosme Velho. Cuando conocí yo a Quintilia..., ¿qué edad cree usted que tenía ella cuando yo la conocí?

— Si era en 1855...

— En 1855.

— Tendría entonces veinte años.

— No; treinta.

— ¡Treinta!

— Treinta años. No los representaba, y ni siquiera sus enemigas le echaban esa edad. Ella era quien se ufanaba de tenerlos. Una de sus amigas afirmaba, por el contrario, que Quintilia no pasaba de los veintisiete. Sólo que decía eso para hacerse pasar por más joven, pues habían nacido las dos el mismo día.

— ¡Bah, no gaste usted ironías; la ironía no se aviene bien con la melancolía de los recuerdos.

— Pero, ¿qué es esa melancolía, sino una ironía del tiempo y la fortuna? ¡Vaya, ya me estoy poniendo sentencioso! Treinta años; pero en verdad que no los representaba. Recordará usted que era delgada y esbelta; tenía unos ojos que, como decía yo por aquel tiempo, parecían recortados del manto de la noche última, pero que, a pesar de su brillo nocturno, no tenían ni misterios ni abismos. Su voz era muy dulce, con un ligero dejo de São Paulo, su boca grande, y al hablar los dientes dábanle un aire risueño. Reía también, y su risa fué, al par que sus ojos, lo que la hizo sufrir mucho durante algún tiempo.

— ¡Pero si sus ojos no tenían misterios!

— Tan no los tenían, que yo llegué a imaginarme que eran la puerta abierta del castillo, y su sonrisa, el clarín que llamaba a los caballeros. Hacía algún tiempo que la conocíamos yo y mi compañero de bufete, Juan Nobrega, novatos ambos en el foro y amigos hasta más no poder. Pero jamás habíamos pensado en hacerle el amor. Ella era hermosa, rica, elegante y de la aristocracia más linajuda. Mas un día, en el antiguo teatro provisional, en un entreacto de los *Puritanos*, mientras paseaba arriba y abajo por el pasillo, oí a un grupo de pollos hablar de Quintilia como de una fortaleza inexpugnable. Dos de ellos confesaron sus tentativas inútiles; todos hacíanse cruces de la inexplicable soltería de la muchacha. Y decían a ese propósito mil sandeces: explicaba el uno aquel celibato diciendo que se trataba de un voto, que se había propuesto engordar; otro, que esperaba a la segunda juventud de su tío para casarse con él, y un tercero, que sin duda tendríale encargado algún querubín al portero del paraíso. Aquellas vulgaridades me dieron náuseas, pareciéndome de una proseria sin nombre en labios de quienes confesaban haberla amado o cortejádola. Mas todos coincidían unánimes en reconocer su extraordinaria belleza. Sobre ese particular mostráronse entusiastas y sinceros.

— Sí, ¡me acuerdo todavía!... ¡Era muy hermosa!

Al otro día, al ir al bufet, en espera de pleitos que no llegaban, referíle a Nobrega la conversación de la víspera. Nobrega se echó a reír a lo primero, pero luego se quedó pensativo, y después de dar unos pasos, paróse frente a mí y miróme de hito en hito, sin decir palabra.

— Apuesto cualquier cosa a que estás enamorado de esa chica — le dije.

— No — me respondió; — ni tú tampoco; ¿verdad? Bueno; pues se me ocurre una idea: ¿quieres que intentemos el asalto a la fortaleza? Perder, no podemos perder nada. O nos manda enhoramala, cosa con la que ya contamos, o acepta las relaciones con uno de los dos; y miel sobre hojuelas para el otro, que habrá de ver la felicidad de su amigo...

— ¿Pero hablas en serio?

— Y tan en serio que más no puede ser.

Añadió Nobrega que no era la hermosura de la muchacha su único aliciente. Ha de hacer usted cuenta que mi amigo se las echaba de hombre práctico, aunque, en realidad, era un visionario que se pasaba la vida leyendo y edificando sistemas políticos y sociales. A juicio suyo, los pollos a quienes yo oyera en el pasillo del teatro evitaban hablar de los caudales de la joven, que constituían uno de sus hechizos y una de las causas probables de la tristeza de los unos y los sarcasmos de los otros. Y me decía:

— Escúchame; no hay que divinizar al dinero, ni tampoco despreciarlo. No nos hagamos la ilusión de que el dinero lo sea todo. Pero reconozcamos que algo y aun algos. Luchemos, pues, por nuestra Quintilia, ya haya de ser tuya, ya haya de ser mía, aunque lo más probable es lo segundo, puesto que soy mejor mozo que tú.

— Consejero, la confesión es grave; de suerte que fué así como por broma...

— Sí, señor; como por broma, y recién salidos de los bancos de la Universidad, nos empeñamos en aquella grave aventura, que podía no haber parado en nada, pero que tuvo tan serias consecuencias. Fué aquello un capricho de la poca edad, casi una distracción de chicos, a la que le faltaba la nota sincera; pero el hombre propone y la especie dispone. Conocíamos a Quintilia, por más que sólo la viéramos de tarde en tarde; pero desde que nos aprestamos a una acción común, terció en nuestra vida un elemento nuevo, y al cabo de un mes ya habíamos reñido.

— ¿Reñido?

— O poco menos. No habíamos contado con ella, que nos embrujó a ambos. Al cabo de una semana, hablábamos muy poco y con indiferencia de Quintilia; tirábamos a engañarnos mutuamente y a disimular nuestros sentimientos. De ese modo fué acabándose nuestra amistad, hasta terminarse al cabo de seis meses, sin rencor, lucha ni demostraciones, pues todavía nos hablábamos cuando por casualidad nos veíamos. Pero ya habíamos puesto cada uno un bufete aparte.

— Ya estoy viendo venir su poquito de drama.

— Drama no, tragedia; pues al cabo de algún tiempo, ya fuera que ella le desengañase francamente, o que desesperase él de la victoria, dejóme Nobrega el campo libre. Pidió que le nombrasen juez municipal, y allá, en la soledad de Bahía, enfermó y murió en menos de cuatro años. Y le juro a usted que no fué el espíritu práctico de Nobrega lo que nos separó; él, que tanto ponderaba las excelencias del dinero, murió de pasión, como un simple Werther.

— Menos el revólver.

— También el veneno mata. Y el amor de Quintilia era como un tósigo. Ese amor fué lo que lo mató, y aun hoy día me apena su muerte...; pero por sus palabras, veo que las mías le aburren.

— Le juro que no. Fué una simple broma. Siga, consejero; habíamos quedado en que le dejaron el campo libre.

— No había tal campo libre con Quintilia. Y no lo digo por ella, sino por ellos. Muchos iban allí a beber una copita de esperanza y se iban a cenar a otra parte. Ella los trataba a todos por igual. Pero era amable, graciosa, y tenía un modo de mirar que sacaba de quicio a quien era un poco celosillo. Sufría yo celos amargos y a veces terribles. Todo cobraba a mis ojos proporciones descomunales. Al fin acostumbréme a reducir las cosas a su justo valor. Algunas amistades nuevas infundíanme más recelos, pues veía en ellas la mano de amigas interesadas y casamenteras. Tres negociaciones hubo de esa índole, pero sin resultado. Quintilia declaró que no daría paso alguno sin consultarlo con su tío, y éste aconsejóle que dijese que no; lo que de antemano estaba previsto. El vejete no miraba con buenos ojos las visitas de hombres, pues temía que su sobrina se echase un novio formal y se casase con él. Estaba tan acostumbrado a tenerla siempre junto, como una muleta para su caduca alma lisiada, que temía perderla del todo.

— Y, ¿era esa la razón de las calabazas que la joven dábales a todos sus pretendientes?

— Ya verá usted como no.

— Pero observo una cosa, y es que usted se obstinaba más que los otros en conseguir su empresa.

— Yo vivía de ilusiones al principio, pues Quintilia me prefería a todos sus pretendientes y hablaba conmigo más largo rato y con más intimidad, hasta el punto de esparcirse la fama de que íbamos a casarnos en breve.

— Pero, ¿de qué hablaban ustedes?

— De cosas de que ella no hablaba con los demás; resultando asombroso que una muchacha tan aficionada a bailes y paseos, y tan risueña siempre, se mostrara en mi compañía tan seria y grave y tan otra de lo que solía ser o aparentar.

— La razón es clara; sin duda la conversación de usted parecíale más interesante.

— Gracias. La causa de esa diferencia era más profunda, y sus efectos acentuábanse de día en día. Cuando la vida del centro de la población enojábala demasiado íbase a vivir a Cosme Velho, y allí nuestros paliques eran más frecuentes y largos. No podría decirle, ni usted podría comprender, las horas que pasé allí, fundiendo mi vida con la que de sí emanaba ella. Muchas veces quise darle a entender lo que sentía; mas tenían miedo las palabras, y quedábanseme en el corazón. Escribíale cartas y más cartas; pero todas parecíanme frías, difusas o altisonantes. Además, ella no me daba pie; tratábame como a un amigo antiguo. A principios del año 1857 cayó enfermo mi padre en Itaborahy;

corrí a su lado y encontrélo moribundo. Ese acontecimiento túvome alejado de Río unos cuatro meses. Volví allí a fines de mayo. Recibióme Quintilia triste a causa de mi tristeza, y vi claramente que mi duelo se reflejaba en sus miradas.

— Pero, ¿qué era eso sino amor?

— Tal imaginaba yo, y lo dispuse todo pensando casarme con ella. Entretanto, cayó su tío gravemente enfermo. Quintilia no había de quedarse sola, pues aparte gran número de parientes que tenía acá y allá, vivía con ella, en la casa de la calle de Cattete, una prima suya, viuda, llamada doña Ana. Pero el cariño principal había de faltarle, y en esa transición de la vida presente a la futura podía yo encontrar el logro de mis deseos. La enfermedad del tío fué breve y, secundada por la vejez, llevóselo al otro mundo en dos semanas. Debo decirle que esa muerte hizo que recordase yo la de mi padre, siendo casi tan intenso el dolor que me causó como el que acababa de experimentar. Vióme Quintilia sufrir, comprendió el doble motivo de mi sufrimiento y, según me dijo después, consolóse un tanto con la coincidencia de aquel doble golpe. Sus palabras pareciéronme una invitación al matrimonio. Dos meses después creí llegado ya el momento de declararme. Doña Ana seguía viviendo con ella y ambas se hallaban pasando una temporada en Cosme Velho. Fuí allí y encontrélas en una terraza muy cerca de la montaña. Eran las cuatro de la tarde de un domingo.

Doña Ana, que nos consideraba como novios, dejónos el campo libre.

— ¡Por fin!

— En la terraza, lugar solitario y hasta agreste, proferí la primera palabra. Mi plan consistía precisamente en atropellar por todo, por temor a que se me acabasen los bríos en cinco minutos de conversación. Pero, aun así y todo, no puede usted figurarse los apuros tan grandes que pasé; hubiera preferido una batalla, y eso que no tengo nada de marcial. Pero aquella mujercita fina y delicada me intimidaba como ninguna otra me ha intimidado, ni antes ni después...

— Y, ¿en qué quedó la cosa?

— Por la emoción que se dibujaba en mi rostro adivinó Quintilia lo que yo iba a decirle y me dejó hablar, con la mira de preparar la respuesta. Esta fué interrogativa y negativa. ¡Para qué casarnos! ¿No era mejor seguir siendo amigos? Respondíle yo que hacía mucho tiempo que no era mi amistad sino la simple centinela del amor. No pudiendo guardar por más tiempo el secreto, se lo descubría. Quintilia sonrió de la metáfora, lo cual hízome sufrir sin motivo; al observarlo ella, púsose seria y probó a persuadirme de que era preferible que no nos casáramos. «Yo soy ya trancona — me dijo — voy a cumplir treinta y tres años».

— Pero, ¡si yo lo quiero así! — repliqué, y añadí un montón de cosas que me sería imposible repetir ahora. Quintilia recapacitó un instante; luego insistió para que nuestro trato continuase como hasta allí, en un tono de sencilla amistad; díjome que por más que yo fuese más joven que ella tenía la gravedad de un hombre ya maduro y que ella fiaba en mí más que en nadie. Yo, desesperado, dí algunos pasos; pero luego volví a sentarme y se lo conté todo. Al saber ella mi rivalidad con mi antiguo condiscípulo y nuestra separación pareció apenarse o enojarse. Nos censuró a ambos. ¿Por qué entregarse a esos excesos?

— Habla usted así porque no comparte mis sentimientos.

— Pero, ¿entonces se trata de un delirio?

— Paréceme que sí; lo que puedo asegurarle es que si fuera menester volvería a reñir con mi amigo cien veces más, y hasta creo poderle afirmar que otro tanto haría él.

En aquel momento quedóseme mirando estupefacta, como se mira a una persona que ha perdido el juicio; luego movió la cabeza y repitió que habíamos hecho mal, que «la cosa no valía la pena».

— Seamos amigos — díjome, tendiéndome a mano.

— Imposible; me pide usted una cosa superior a mis fuerzas; jamás podré considerarla como a una simple amiga. Además yo, al fin y al cabo, nada exijo. Es más; ni siquiera insisto, pues no podría aceptar ahora otra respuesta.

Cambiamos todavía algunas palabras y me retiré.

Míreme la mano.

— Todavía le tiembla...

— Y eso que aun no se lo he contado todo. No le he referido mis contrariedades, ni el dolor y despecho que sentí. Arrepentíme amargamente de no haber provocado aquella decepción al principio de cortejar a Quintilia; la culpa de todo teníala la esperanza, planta parásita que usurpa el puesto del buen grano. A los cinco días de eso salí para Itaborahy, donde me llamaban los asuntos de la testamentaría de mi pobre padre. Al volver a Río tres semanas después encontréme en casa una carta de Quintilia.

— ¡Oh!

— Díme prisa a abrirla; tenía cuatro días de fecha. En ella hacía referencia a los últimos acontecimientos y me decía cosas tiernas y graves. Asegurábame Quintilia que todos los días habíame esperado, no pasando a creer que yo fuese tan egoísta que no volviese a visitarla; y me escribía para rogarme que formase con mis sentimientos personales, faltos de eco, una página de historia, perfectamente rematada: ¡que sólo el amigo fuera a ver a la amiga! Y terminaba con estas palabras singulares: «¿Quiere usted una prenda? Pues le juro no casarme nunca». Comprendí que un lazo de simpatía moral uníanos a ambos, con la diferencia de que lo que en mí era pasión específica, no pasaba de ser en ella simple elección de carácter. Eramos dos socios que entrábamos en el comercio de la vida aportando a él capitales diferentes; yo, cuanto poseía; ella, apenas un óbolo. Respondíle en ese sentido; declaréle que eran tales mi obediencia y mi amor, que aceptaba, aunque a regañadientes, pues habiendo ocurrido aquello entre nosotros, había de sentirme humillado. Taché la palabra ridículo, que al principio escribiera, por no incurrir en esa situación; con la otra bastaba.

— Apuesto a que llegó usted al mismo tiempo que la carta. Otro tanto hubiera hecho yo; pues o mucho me engaño o la chica moríase de ganas de casarse con usted.

— Deje usted quieta su psicología usual; el caso que le refiero es particularísimo.

— Ya adivino el desenlace; el juramento es un anzuelo místico; aparte de que usted tenía el poder de levantárselo en su provecho. De todos modos habíamos quedado en que corrió usted a verla.

— No; dejé pasar dos días antes de visitarla. En el intervalo respondió ella a mi carta con una cariñosa esquela que terminaba con este pensamiento: «No hable de humillación, puesto que no hubo testigos».

Volví a verla una y muchas veces y reanudamos nuestras relaciones. No hablábamos jamás de nada de lo pasado; al principio costóme trabajo parecer el mismo de antes; luego, el demonio de la esperanza volvió a alojarse en mi corazón, y, sin decir nada, pensaba en mi interior que algún día, tarde o temprano, se casaría ella conmigo. Esa esperanza rehabilitóme a mis propios ojos, en la situación en que me encontraba. Todo el mundo hablaba de nuestro casamiento; yo lo negaba con toda formalidad y sin sonreír; ella reía y se encogía de hombros. Aquella fase de nuestra existencia fué la más apacible para mí, salvo la aparición de un diplomático austriaco o de no sé qué país, buen mozo, elegante, rubio, con unos ojazos muy seductores y que, además, era noble de raza. Quintilia dispensóle tales finezas, que el pollo creyóse preferido y se excedió. Creo que un gesto inconsciente de mi parte o algo de la sagacidad que el cielo concediérale a Quintilia hicieron que el desencanto entrara sin tardar en la cancillería austriaca. A poco de eso cayó Quintilia enferma; entonces fué cuando más estrecha hízose nuestra intimidad. Siguiendo el consejo de los médicos resolvió Quintilia no salir de casa hasta no estar del todo bien. Yo me pasaba todos los días muchas horas a su lado. Jugábamos o leíamos; aunque la mayor parte del tiempo no hacíamos sino hablar. Tuve entonces ocasión de conocerla más a fondo. Observando sus lecturas, vi que los libros puramente de amor resultábanle incomprensibles, y que en tratándose de pasiones violentas tiraba lejos de sí, aburrida, el volumen. Y no procedía así por ignorancia; tenía una vaga noción de las pasiones y había asistido en más de una ocasión a sus peripecias en los demás.

— ¿Y qué enfermedad era la suya?

— Padecía de la médula. Decían los médicos que la enfermedad databa de hacía ya mucho tiempo y que se aproximaba a la crisis. En esta situación llegamos a principios de 1859. En el mes de marzo agravóse la enfermedad y estúvose algunos días estacionada, y ya a fines de mes perdimos toda esperanza de salvar a la enferma. Jamás vi criatura más enérgica ante una catástrofe inminente; estaba tan flaca que parecía diáfana y casi flúida; reía, o por mejor decir, sonreía dulcemente, y al ver que yo ocultaba mis lágrimas, estrechábame las manos agradecida. Un día, encontrándose a solas con el médico, conjuróle a declararle la verdad. Iba a mentirle el galeno; pero ella díjole que sería inútil, pues sentíase ya perdida.

— Perdida no — murmuró el médico.

— Júremelo.

Vaciló el médico y ella le dió las gracias. Segura ya de su fin, ordenó lo que a sí misma se prometiera.

— ¡Seguro que se casó con usted!

— No me recuerde esa triste ceremonia; o más bien déjeme que la recuerde, para que aspire en ella una ráfaga del pasado. No quiso aceptarme ninguna excusa. Tuve que casarme con ella al filo de la muerte. Fué el 18 de abril de 1859. Los dos últimos días, hasta el 20 de abril, pasélos al pie del lecho de mi agonizante novia, y díle el primer beso cuando ya no era sino cadáver.

— ¡Qué cosa más rara!

— No sé qué pensará de esto la fisiología que usted profesa. La mía, que es la de un profano, me persuade de que esa joven sentía por el matrimonio una repulsión puramente física. Desposóse medio muerta, en los umbrales de la nada. Llámela usted monstruo si quiere, pero añada el epíteto de divino.

Machado de Assis

Ilustraciones de Victorina

Próximamente aparecerá en la colección de monografías de artistas españoles que publica en Madrid el señor Blanco Fombona la dedicada al escultor Juan Cristóbal. Para muchos más americanos tal vez suene este nombre a algo nuevo y desconocido. No ha habido tiempo aún de que pase las fronteras y el mar y llegue hasta aquí a ocupar el puesto que le corresponde en la admiración y el aplauso. Solamente cinco años hará que en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid le otorgaron segunda medalla por su torso desnudo en mármol. El tenía entonces menos de los veinte años. Y a los catorce aquel muchachito premiado, aquella revelación de gran artista era recadero en el Centro Artístico y Literario de Granada. ¡Admirable principio de biografía que recuerda a muchos grandes artistas clásicos!

Juan Cristóbal es una de las más sólidas esperanzas de la escultura moderna española. Vivienda Julio Antonio, aquella magnífica sociedad que la muerte se llevó antes de que diese todo su fruto, Juan Cristóbal era su gemelo en la atención de los entendidos. Tenía Julio Antonio la ventaja de una visión más madurada y profunda de la vida; pero Juan Cristóbal daba a sus figuras una carnalidad blanda y suave, las animaba con un soplo de simpatía y de especial atractivo. Había además entre los dos artistas un desnivel de más de diez años. Luego se marchó Julio Antonio, entre la consternación de los que fueron sus amigos y de los que fuimos sus admiradores.

En su estudio del barrio de Salamanca el pequeño muchachito granadino ha seguido trabajando silenciosa y serenamente. En estos últimos años ha atacado dos grandes temas de la escultura: el monumento funerario, la estatua conmemorativa. Ha hecho un sepulcro, arca eterna para los restos de un muerto ilustre, y los monumentos a Angel Ganivet (en Granada) y al jefe de las comunidades Maldonado (en Salamanca). Alternando con estos trabajos ha modelado unos diez bustos, todos con el sello peculiar de su ejecución. De algunos de estos bustos damos la reproducción, porque sus obras mayores, si bien estarán reproducidas en la monografía próxima a aparecer, son más propias para la visión total en sus emplazamientos que para la estampación fotográfica.

Los bustos de Juan Cristóbal, como toda obra de un gran artista plástico, son síntesis representativas de los valores de su raza. Tras de las frentes se adivina una preocupación, un sistema de pensamientos, de anhelos y de tristezas. Es hasta en la cabeza del canónigo, satisfecho y obeso, una leve arruga de inquietud futura, de interrogante angustiado y patético. ¡Y qué singular melancolía de resignada conformidad en la niñita que anda con las manos cruzadas sobre el vientre y en los ojos esa mirada vaga que expresa aceptación mística de todo lo que ha de ser!

Todos los artistas españoles — los que son reales artistas y responden con sus obras al impulso creador de su espíritu, viven actualmente la honda perturbación nacional, el hervidero íntimo en que se agita y sufre y sueña su pueblo — su gran pueblo de tristes actualidades. El arte moderno español—el que brota de fuentes sinceras y no del mezquino interés profesional — es un desfile de gestos atormentados, de rebeldías y de protestas. Pero este gran rebelde que ha sido y es Juan Cristóbal no expresa su emoción interior sino por los bellos y eternos reflejos de la tristeza muda, la melancolía resignada, o la perpleja ansiedad. Y cuando el dedo tierno de Juan Cristóbal modela un niño, olvida su constante y reflexiva postura de descontento, y con amorosa blandura paternal perfecciona y eterniza en las facciones infantiles la vida sana, alegre, buena, sin prejuicios de frontera adentro, con perspectiva de fraternidad universal.

GUARNIDO

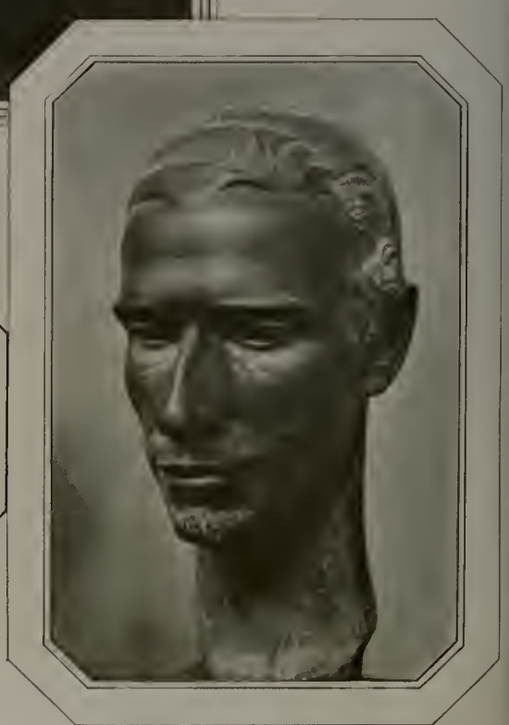
PREMIADA CON SEGUNDA MEDALLA.

JOSÉ MORA

TORSO DESNUDO, ESCULTURA

LOS ARTISTAS DE LA ESPAÑA ACTUAL

JUAN CRISTÓBAL



LOS OBRAS MAESTRAS DEL NOTABLE ARTISTA.

EL MIEDO, EL ESPANTO QUE INFUNDE AL HOMBRE LA SOLEDAD — ESPECIE DE MONÓLOGO ETERNO DE REPROCHE Y DE AMENAZA — LE LLEVÓ INSTINTIVAMENTE AL HACINAMIENTO DE LA URBE, AL ESCONDRIJO Y AL REBAÑO...

LAS BREVES Y MONÓTONAS PALABRAS DE LA ETERNIDAD SE AHOGAN EN EL ESTRÉPITO ESCANDALOSO DE LAS GRANDES CIUDADES, EN SU VERTIENTE DE EMOCIONES QUE SURGEN Y TORNAN A SURGIR COMO EN FANTÁSTICO AQUELARRE...

LA CIUDAD ES CÓMPLICE DEL ENGAÑO, DE LA GRAN FARSA QUE NOS RODEA; Y ES ELLA LA QUE, ASTUTAMENTE, NOS IMPELE A INTERVENIR EN LA COMEDIA...

MUCHAS VECES LA INTERVENCIÓN ES SINCERA; CASI SIEMPRE ES SINCERA... LOS INSTINTOS SE ENCARGAN DE CORRER EL CORTINAJE DEL FORO OCULTANDO A LA VISTA LAS PERSPECTIVAS DESNUDAS Y ESCUETAS...

ESTA LIMITACIÓN ESTIMULA NUESTROS ACTOS, OTORGA AL HOMBRE UN SENTIDO "LOCALISTA" DE LA VIDA... MERCED A ESE SENTIDO PODEMOS VIVIR SETENTA U OCHENTA AÑOS SIN AGOBIO, SIN DESESPERAR DEL ABSURDO...

LAS CIUDADES TIENEN TAMBIÉN, CON SU GRAN ESPÍRITU DE CONJUNTO Y DE UNIDAD, SUS PEQUEÑOS ESPÍRITUS INFORMADORES. LOS VEMOS, LOS RESPIRAMOS EN LAS CALLES ESTRECHAS, SINUOSAS, EN LOS ALTOS MUROS, EN LAS CASAS VIEJAS, EN LOS VENTANALES CON SUS VERJAS DE HIERRO, EN LAS PLAZOLETAS SOLITARIAS EN CUYO CENTRO SE VE UNA FUENTE DE MÁRMOL BLANCO Y SE OYE EL CRISTALINO RUMOR DE UN CHORRO DE AGUA QUE GOLPEA EN LAS BALDOSAS, EN MEDIO DE LA FRONDA...

POCO A POCO, SIN PRISA, SIN ENGREIMIENTO, LAS CIUDADES SE ENTREGAN AL VIAJERO MOSTRANDO SUS DOS CARAS CON EL MISMO ORGULLO, CON IDÉNTICA PASIVIDAD...

¡Y QUÉ DELICIOSA EMOCIÓN PRODUCE EL IR VIOLANDO UNO A UNO SUS SECRETOS, SUS RINCONES, SUS GRATAS PENUMBRAS, SUS OCULTOS RECOVECOS, DONDE SE ANIDAN COMO PÁJAROS LOS RECUERDOS ALADOS DE TANTAS GENERACIONES!

SÍ; ES GRAN PLACER IRRUMPIR EN EL CORAZÓN POTENTE DE LA CIUDAD, EMPAPARSE EN SU DUCHA DE RUIDOS Y DE COLORES... LA PUPILA ADQUIERE EN LAS CIUDADES NUEVAS REFRACCIONES, LOS INSTINTOS SE AGUZAN... UNA NUEVA "TÉCNICA" COBRA CUERPO EN NOSOTROS; NOS DEFIENDE, NOS ESCUDA...

EN LAS CIUDADES DESCONFIAMOS, SOSPECHAMOS DE TODO, Y UN VAGO Y OBSCURO ESCEPTICISMO ALÉJANOS DEL CIELO Y NOS LLEVA A INCLINAR LA CABEZA DE MANERA QUE VISTOS A DISTANCIA DAMOS LA IMPRESIÓN DE "ESTAR SUBIENDO UNA LARGA CUESTA..."

PETRARCA IMPLORABA:

"SIEMPRE HE BUSCADO LA VIDA SOLITARIA, LOS MONTES, LOS BOSQUES, PARA HUIR DE ESTOS ESPÍRITUS DEFORMES QUE HAN PERDIDO EL CAMINO DEL CIELO..."

E L C A M P O

¿QUÉ HAY MÁS GRANDE, MÁS HERMOSO QUE EL CAMPO INFINITO, EL BOSQUE, LA SELVA O EL MONTE?

NUNCA TIENE EL AGUA MÁS SIGNIFICADO QUE CUANDO CORRE CONVERTIDA EN ARROYO, EN RIACHO, O SE ESTANCA PERPLEJA EN EL PERÍMETRO DE LAS LAGUNAS, ESAS HUMILDES LAGUNAS DONDE LOS BUEYES, AL VOLVER POR LA TARDE DE LA FAENA, SE DETIENEN A BEBER...

"LA NATURALEZA NOS ENSEÑA SIEMPRE LAS MISMAS LECCIONES" — ESCRIBIÓ EMERSON.

UNA SABIA LECCIÓN DE QUIETUD RENOVADA SIEMPRE, A TRAVÉS DE LOS SIGLOS...

Y PENSEMOS: ¡QUÉ ENORME DISPARIDAD ENTRE LA CALMA APAISADA DE LOS CAMPOS Y LA TURBULENCIA DE NUESTRO ESPÍRITU, HILANDO SIN DESCANSO EN SU POBRE RUECA LOS HILOS DORADOS DE LA ILUSIÓN!

FRENTE A ELLA, SIN APOYO, HABLAN CON VOZ CLARA Y DIÁFANA LA PARTE NOBLE QUE JESÚS SANTIFICARA EN LA DULCE PARÁBOLA DE MARÍA...

EN EL CAMPO, SIENDO TODO QUIETUD PARA NUESTROS OJOS ES TAMBIÉN TODO QUIETUD PARA NUESTRA ALMA...

LAS HORAS LARGAS, INTERMINABLES, SE ARRASTRAN SUAVEMENTE SOBRE CIELOS AZULES, CLAROS, EN LOS QUE NAVEGAN FRÁGILES NUBECILLAS BRILLANTES...

DORADOS TRIGALES SE ESPONJAN AL SOL... SOBRE LA VERDE ESPESURA EL ARROYO TRAZA UNA LARGA RÚBRICA DE PLATA, LLENA DE VIBRANTES DESTELLOS...

MÁS TARDE, AL LLEGAR LOS PRIMEROS SOPLOS DE LA NOCHE, EL CAMPO SE RECOGE, SE ABISMA, SE DESCOLORA, SE ENTREGA AL ÉXTASIS DE SOMBRAS QUE LLEGAN EN ENORMES ESCUADRONES DESDE PONIENTE...

AUN HAY UNA RESISTENCIA ÚLTIMA, DESESPERADA, Y VEMOS EL GRAN DISCO ROJO MORDER LA TIERRA CON SUS ENORMES LENGUAS DE PÚRPURA...

DESPUÉS, NADA...; EL SILENCIO DE ARRIBA CON SUS ESTRELLAS INCONTABLES Y EL SILENCIO DE ABAJO HENCHIDO DE EXTRAÑOS RUMORES Y MISTERIOSAS PALPITACIONES...

ASÍ TAMBIÉN EN NUESTRO CORAZÓN SE HACE LA NOCHE, PERO QUEDA EN ÉL, COMO DULCE EPITALAMIO, LA VOZ DIVINA DE LA ETERNIDAD...

La CIUDAD y EL CAMPO

(elogio)

HÉCTOR OLIVERA LAVIÉ

Dirección de Victoria

Señorita
Iris Durand

UN GRAN PALACIO FLOTANTE EL "GIULIO CESARE"

LA OFICIALIDAD HACIENDO LOS HONORES DE LA CASA.

MOMENTO MUSICAL A CARGO DE ROSITA RODRIGO.

REGRESARON en el «Giulio Cesare» los periodistas porteños que habían ido a la capital brasileña. Nuevamente, la prensa hermana dió pruebas de hidalgo cariño agasajándolos durante la excursión a Santos, San Pablo y Río de Janeiro, ciudades donde pudieron admirar grandes progresos de carácter espiritual y material. Este viaje, pues, ha propendido a estrechar los lazos de

LOS PERIODISTAS ESCUCHANDO AL CANTANTE ENZO FUSCO.

compañerismo y mutuo conocimiento vinculando más estrechamente a los periodistas de ambos países. Así, las prensas brasileña y argentina podrán dar noticias exactas de lo que son y lo que valen dos florecientes naciones.

Afortunadamente los periodistas porteños han tenido ocasión para agradecer las gentilezas de sus camaradas, ya que en el «Giulio Cesare» vinieron los señores Gastón de Carvalho, de «O Paiz»; Roberto Marinho y J. Castellar de Carvalho, de «A Noite»; N. Viggiani, de «Fanfulla», y N. Mesquita y señora, de «O Jornal» de San Pablo.

La suerte no podía haber elegido

COMO EN TIERRA FIRME. EN EL SALÓN DE FIESTAS.

UNA CALUROSA OVACIÓN.

EL COMANDANTE Y EL COMISARIO.

mejor sitio para un viaje de confraternidad. El «Giulio Cesare», el más suntuoso de los palacios flotantes que ha cruzado el océano rumbo a nuestra metrópoli, ofrecióse ampliamente propicio para esta conferencia ocasional. Enorme como un alcázar, sin estremecerse bajo los pies, con sus salones amplios y lujosamente amueblados, lleno de obras artísticas como un museo, el vapor de la compañía «Navigazione Generale Italiana» brindó la aristocrática hospitalidad de un noble señor del Renacimiento.

Con piedra blanca debe marcarse esta excursión que se realizó bajo los felices auspicios de aquel palacio flotante cuya suntuosidad artística proporciona al espíritu delicado inspiraciones intensas. Más que una descripción literaria darán idea de tanto fausto las fotografías que ilustran esta nota. Difícilmente habrá un trasatlántico donde se reunan en tan armoniosa proporción el lujo y el arte. Estas felices circunstancias llegan a hacer olvidar que aquello es una rapidísima nave. El palacio majestuosamente inmóvil, pleno de esculturas, cuadros, tapices y ricos muebles elegidos con exquisito gusto, fué el lugar donde en amena charla y entre simpáticas fiestas afianzóse la unión intelectual de unos dignos compañeros.

Y como «a tal palacio tales señores», debe ser reconocida y agradecida la noble cortesía del comandante y oficiales del «Giulio Cesare» que durante la grata travesía rivalizaron gentilmente en prodigar atenciones a sus huéspedes.

UN IDILIO MATRIMONIAL.

ATRACANDO A LA «OTRA BANDA».

«CAUSERIE» ARTÍSTICA.

PIETRO MASCAGNI

FELIX WEINGARTNER

TEATRO COLÓN

LA TEMPORADA DE 1920

POR JOSÉ OIEDA

«ART de diriger l'orchestre est une virtuosité toute moderne», dice Kufferath; pero es que también la orquesta es un recurso sonoro moderno, nacido de la creciente complicación de los medios expresivos y del inmenso progreso realizado en los últimos dos siglos por la música. Los conjuntos vocales tuvieron su desarrollo y su apogeo en las grandes catedrales cristianas, y de las grandes obras corales derivaron las formas instrumentales y las reglas técnicas de la composición. Los «kappelmeistern» alemanes o los directores de los coros en las capillas de los soberanos (que las más de las veces comprendían también pequeñas orquestas, como «les Violons du Roi» en Francia o los conjuntos de los príncipes austríacos) fueron, en realidad, los precursores de los maestros de la batuta. El mismo Kufferath cita a este propósito los nombres de Bach, de Händel, de Lulli, de Gluck y de Scarlatti; pero justamente limita su especialidad a la dirección de las propias producciones. El verdadero intérprete, el que se dedica a comprender y expresar las obras ajenas en la orquesta — como el concertista de piano lo hace con las composiciones para ese instrumento, — no apareció sino con la creación de la sinfonía en su carácter de género superior en la música, y el primer nombre que asoma en la historia del arte es el de Johann Stamitz, maestro bohemio, director de la capilla ducal de Mannheim, de quien Mozart habla con admiración. Después, la fundación de los grandes teatros y de las instituciones especialmente consagradas a los conciertos, como la Gewandhaus de Leipzig, requirieron la preparación singular de los organizadores de sus audiciones y provocaron, de tal modo, la revelación de aptitudes personales y especificadas, surgiendo entonces los Moscheles, los Mendelssohn, los Wágner, los Litz, los Hiller, los Bülow, los Richter, los Nikisch, los Weingartner, los Levy, los Strauss, los Mottl, los Mengelberg, los Toscanini, los Stokowsky, los Mascagni, los Bathon... y aun podríamos continuar la lista interminablemente.

Pues bien; he aquí que dos de esos virtuosos de la dirección orquestal, dos de esos magos de la batuta, se encuentran entre nosotros y tienen a su cargo la organización de los espectáculos musicales de nuestro teatro municipal: Weingartner y Mascagni. Ambos reunen los méritos de compositores de gran talento, aunque de muy diferentes escuelas, y ambos representan las tendencias, si se quiere, contrarias en el arte, pero también ambos personifican el espíritu de sus razas y el alma generosa de sus pueblos artistas. Félix von Weingartner nació en la capital de la Dalmacia en 1863 y recibió la primera educación musical de su propia madre, pianista notable. En Goricia perfeccionó sus estudios con el maestro Guillermo Mayer y los continuó luego en Leipzig, bajo la dirección de Jadassohn, obteniendo al final el premio oficial puesto bajo la advocación de Mozart, por su ejecución de la 2.ª sinfonía de Beethoven. La publicación de sus primeras composiciones para piano, en 1884, le valió una beca de su patria para seguir los estudios en Alemania; pero aquel galardón, conseguido en Leipzig, y la inclinación natural de sus preferencias, le indujeron a dedicarse a la dirección orquestal, y en 1884 aceptó el puesto de director del teatro municipal de Koenisberg. Pronto se destacó de manera evidente entre los maestros de la lírica, y de Koenisberg pasó a Dantzig, y luego a Hamburgo, a Francfort y a Mannheim, de donde fué llamado a dirigir el teatro de la Opera Imperial de Berlin, adquiriendo el cetro incontestado de los Kappelmeistern alemanes, y en 1904 un rescripto del emperador Guillermo lo premió con un título de nobleza. Su renombre se difundió en todo el mundo y las inolvidables audiciones ofrecidas en todas las grandes ciudades de Europa y América le acordaron la celebridad de que goza, eclipsando sus méritos de compositor y de escritor. Nadie dejará de recordar, por cierto, las interpretaciones magníficas que dió, en condiciones realmente desastrosas, hace dos años, pero pocos saben que Weingartner es autor de las óperas «Genesius», «Orestes», «Sakuntala», «Malawika», de la sinfonía «Rey Lear», de otras dos sinfonías en sol mayor y en mi bemol mayor; de tres cuartetos para arcos, numerosos «lieder» y piezas para piano; y menos conocen sus libros sobre «La evolución del drama musical», sobre «La dirección orquestal», sobre «La sinfonía después de Beethoven» y sus «Recuerdos de artista», publicados en 1904.

La personalidad de Mascagni es bien distinta, en verdad. Nacido el mismo año que Weingartner, en 1863, estudió en Livorno, su ciudad natal, continuó su instrucción en el Conservatorio de Milán, como condiscípulo de Puccini, y ávido de movimiento, dejó pronto sus clases para merodear en la dirección de la compañía de operetas del famoso Maresca, hasta que cansado de la vida nómada e incierta se estableció en Cerignola, dando lecciones de piano, con el cargo de director de la banda y del pequeño teatro comunal. Allí se enteró del concurso abierto por la revista «Teatro Illustrato», editada por la casa de música de Eduardo Sonzogno, para la composición de una ópera en un acto, y decidió presentarse a la prueba. Con la reducción del drama «Cavalleria Rusticana», de Giovanni Verga, hecha por su amigo Giovanni Targioni Torzetti y Guido Menasci, compuso la obra que desde la primera representación le dió la celebridad y le abrió las puertas de la gloria. El jurado del concurso se componía del marqués de Arcais, Amintore Galli, Giovanni Sgambati, Filippo Marchetti y Pietro Platania, y ese tribunal eligió, entre todas las obras presentadas, tres que debían ser ejecutadas en el teatro Costanzi juntas, para que el público indicara la vencedora. Fueron: «Labilia», de M. Spinelli; «Rudelle», de M. Ferroni, y «Cavalleria Rusticana», de P. Mascagni, y la representación se realizó el 1.º de mayo de 1890, bajo la dirección de Leopoldo Mugnone. El resultado de la velada es conocido: La Bellincione y Stagno recibieron una ovación tan grande como no se recuerda otra parecida (sus salidas a escena llegaron a la cuarentena) y el público tanto como la crítica consagraron desde ese instante un gran músico.

No era esa, sin embargo, su primera ópera. Mascagni, con la fecundidad de los verdaderos artistas excepcionales, había escrito ya numerosas producciones de diversos géneros, y sin mentar las obras instrumentales y vocales de conservatorio, recordemos el «Guglielmo Ratcliff» y la «Pinotta» (esta última no se representó nunca). Pero después del éxito portentoso de «Cavalleria Rusticana» vinieron «L'amico Fritz», «I Rantzau», «Zanetto», «Iris», «Le maschere», «Amica», «Isabeau», «Parisina», «Lodoletta» y por fin «Il piccolo Marat», que acaba de dirigir en el teatro Colón. Fuera de estas obras de teatro Mascagni tiene gran cantidad de composiciones de todos los géneros: sinfonías, cantatas, poemas sinfónicos, misas, interludios, trozos instrumentales, piezas para piano, melodías para canto, etc. Y como escritor ha dado a publicidad numerosos estudios, en forma de libros, novelas, opúsculos de polémica, conferencias, críticas artísticas, etc.

El autor y el compositor, a pesar de la actividad increíble que exigían esas especialidades, ha dejado tiempo todavía al director de orquesta para hacerse un nombre envidiable, y en su patria, así como en Estados Unidos y en Francia, Mascagni ha sido agasajado y respetado como uno de los intérpretes más personales y sobresalientes de las grandes producciones sinfónicas.

Conserve una historia gráfica
de los niños con su Kodak

KODAK ARGENTINA, Ltd., Corrientes 2558, Buenos Aires

DE TIERRA ADENTRO

UN TÍPICO RANCHO DE COLONO CHAQUEÑO DONDE LABORIOSOS PIONEERS DE LA AGRICULTURA REPOSAN DE SUS FATIGAS. APARTE DE ALGUNAS ESTANCIAS Y CHACRAS MODERNAS, CASI TODOS LOS AGRICULTORES CHAQUEÑOS CONSTRUYEN ESTOS SENCILLOS EDIFICIOS. — Foto de Hugo Miatello (hijo).

MUEBLES Y DECORACIONES

MAPLE

658 SUIPACHA

Si Vd. tiene canas...
es muy natural que no se anime a teñirlas, porque las tinturas además de ser caras, peligrosas y de aplicación muy molesta, convierten pronto en un manojo de estopa la más hermosa cabellera.
El agua de Colonia "LA CARMELA" NO ES UNA TINTURA, sino una loción, incolora y suavemente perfumada que devuelve al cabello canoso su color original, rubio, dorado, castaño o moreno. Se aplica con la mano, al peinarse. Garantizamos que es absolutamente inofensiva.
VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
FARMACIA FRANCO-INGLESA
AL POR MENOR
CIUDAD
Casa Argentina Scherrer.
A la Capital, C. Pellegrini, 435.
A la Ciudad de Londres.
Farmacia y Droguería Gibson, central y sucursal, Florida, 159
INTERIOR
Rosario: Droguería Soldati.
Mendoza: Ceriotto y San Martín.
REPÚBLICA ORIENTAL
Montevideo: F. Schickentanz, Soriano, 780.
FARMACIAS Y PERFUMERÍAS.
Frasco, $ 8.— m/n.
Para el interior agregar $ 0.50
J. L. CONDE Y CÍA.
C. PELLEGRINI, 426 - BS. AIRES
Agentes exclusivos del
AGUA DE COLONIA "LA CARMELA"

CASA
ANDRÉS CONTE
CORRIENTES 760
BUENOS AIRES
ACTUALMENTE EN PLENA LIQUIDACION DEL
CALZADO FORTUNATO
A MITAD DE SU VALOR
POR ELIMINARSE DICHA MARCA DE LA CASA.
OPORTUNIDAD UNICA

Artefactos
de Estilo
Los importantes adelantos que en los centros europeos de producción se han confirmado en los últimos años, están evidenciados en nuestros
ARTEFACTOS DE ESTILO
notables por su concepción artística, pureza de líneas y belleza de detalles.
Ofrecidos de acuerdo con los gustos imperantes, las magníficas Arañas recién recibidas, que presentamos en nuestros Salones de Exposición, complementan admirablemente los mobiliajes de las mansiones aristocráticas y de los hogares de buen tono.
Heinlein & Cía
MUEBLES ARAÑAS BAÑOS
Buenos Aires
Avenida de Mayo 1402-1500

EL CAIMAN ENGANCHADO

A NINGUN FABULISTA SE LE HUBIERA OCURRIDO ESTE APÓLOGO, QUE PUEDE TITULARSE «EL CAIMÁN Y LA NIÑA». EL DENTUDO ANIMALITO HA DEJADO DE LLORAR PARA HACER DE CABALLO ENGANCHADO AL PEQUEÑO VEHÍCULO. AHORA BUSQUE EL LECTOR LA MORALEJA DE LA FÁBULA.

MARIA TERESA ZORRAQUIN

ÓLEO DE ELOÍSA ÁVILA.

El cultivo de las Bellas Artes no solamente rinde producto pecuniario sino también recompensas de alto valor espiritual. Por eso la noble afición va extendiéndose rápidamente entre las damas y señoritas argentinas, que buscan en él una simpática manera de ocupar sus ocios. Para alentar esta buena dirección de las inteligencias femeninas reproducimos una obra de la distinguida aficionada señorita Eloísa Avila, el retrato de María Teresa Zorraquín, óleo revelador de excelentes condiciones que se ampliarán y afirmarán mediante el estudio.

METROPOL BAZAR
F. STAROPOLSKI
585 SUIPACHA 585

LA CASA ESPECIAL
PARA REGALOS
DEL MEJOR GUSTO
AL MENOR PRECIO

PORCELANAS
CRISTALES
METALES
LAMPARAS

CONTINUAMENTE
NOVEDADES

VISITEME
SIN COMPROMISO

METROPOL BAZAR
SUIPACHA
5 . 8 . 5
DE MODA

LA CASA DE LOS REGALOS DE GUSTO

METROPOL
BAZAR
F. STAROPOLSKI

VISITENOS

METROPOL BAZAR
F. STAROPOLSKI SUIPACHA 585

CADA PIEZA ALGO NUEVO

CADA PIEZA TIENE GUSTO

OBRAS DE ARTE
A PRECIOS POPULARES

EL METROPOL BAZAR
EMPIEZA DONDE
OTROS TERMINAN

VISITENOS

METROPOL
BAZAR
F. STAROPOLSKI

585.
SUIPACHA

REGALOS
BUENOS
Y
BARATOS

METROPOL BAZAR
F. STAROPOLSKI SUIPACHA 585

NADA MAS
QUE
NOVEDADES

VISITENOS
SIN
COMPROMISO

METROPOL BAZAR
F. STAROPOLSKI
585
SUIPACHA

EL HOGAR DEL GUSTO
OBRAS DEL ARTE
MODERNO
AL ALCANCE
DE TODOS

METROPOL
BAZAR
SUIPACHA 585

METROPOL
BAZAR
SUIPACHA
5 . 8 . 5

LA CASA ESPECIAL

LA CASA UNICA

LA CASA SERIA

VISITENOS

METROPOL BAZAR
F. STAROPOLSKI SUIPACHA 585

PORCELANAS

CRISTALES

FANTASIAS

NOVEDADES

PARA REGALOS

VENTAS
POR
MAYOR
A
PRECIOS
DE
FABRICA

REGALOS
DE GUSTO
NOVEDADES
A PRECIOS MODICOS

METROPOL
BAZAR

METROPOL BAZAR
F. STAROPOLSKI
SUIPACHA 585

REGALOS
DE DISTINCION
A PRECIOS MODICOS

METROPOL BAZAR
F. STAROPOLSKI 585 SUIPACHA 585

LA CASA
DE LOS QUE
TIENEN GUSTO

Es indudable que estas decoraciones obtenidas a base de "color", determinan siempre impresiones decisivas, vale decir que el juicio que ellas sugieren es o no de aprobación, nunca intermedio.

Y es también innegable que muchas veces se consigue un efecto de agradable atracción sin recurrir para ello al empleo de elementos de valioso costo. Claro es que esto lejos de ser un asunto de capricho está sujeto a razones de cultura artística, cosa que, conviene recordar, THOMPSON brinda a simple solicitud, mediante su Estudio Técnico y sus departamentos de Alfombras y Cortinas, en donde todos los artículos ofrecen análogas características de distinción, independientemente de su valor intrínseco.

Thompson Muebles Ltda

FLORIDA 833

BUENOS AIRES

LA VISITA

Oleo de Florent Willems famoso pintor belga

PROPIEDAD DEL SEÑOR HUMBERTO DE LIMA

UNA NUEVA LEY ALEMANA PERMITE A LOS MUSEOS DONDE EXISTAN OBRAS DE UN AUTOR EXTRANJERO, RESERVARSE UNA Y VENDER LAS DEMÁS, DESTINANDO EL PRODUCTO A LA ADQUISICIÓN DE LAS FIRMADAS POR ARTISTAS GERMÁNI-

COMPRADO AL MUSEO DE HAMBURGO

En Harrods

NO ha menester **HARRODS,** para destacar la importancia de su **DEPARTAMENTO DE MUSICA,** más que señalar las marcas de sus pianos, todas de prestigiosa reputación.

Entre ellos, ocupan lugar señalado los pianos **Bechstein, Erard, Collard & Collard, Schiedmayer (Pianofortefabrick),** etc.

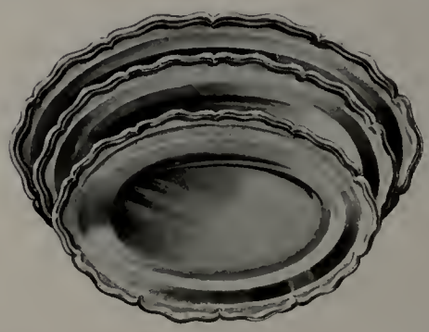
Primer Piso.

El famoso concertista **Risler** utiliza en sus audiciones el piano **ERARD,** exclusividad de **HARRODS.**

LA EXPOSICION DEL DEPARTAMENTO DE MARROQUINERIA Y PARAGUAS

abarca un novedoso y original conjunto de abanicos de pluma, carteras de seda, con cierre y aplicaciones fantasía, gemelos para teatro, en-tout-cas, etc.

Salones de Venta, en la Planta baja.



PLATERIA HARRODS

Su calidad indiscutible, su presentación delicadamente artística, y la conveniencia de sus precios, dictan y hacen desear un término comparativo y de competencia, antes de decidir una compra.

Por lo demás, la **PLATERIA HARRODS** es centro predilecto de compras, por la riqueza y variedad de toda su colección.

Exposición: Tercer Piso.

Entradas y vidrieras:

Florida - Paraguay - San Martín - Córdoba

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

LOS LIBROS DIJES

Al florecer el romanticismo, el librito pequeño como un devocionario sale de las prensas; Jorge Sand, Walter Scot, Musset, etc., andaban impresos en tamaño 16.

Después el libro dije eclipsóse un tiempo: las novelas realista y naturalista necesitaban formatos mayores. Ahora vuelve la moda de los libros dijes. Entre las bien cuidadas ediciones que salieron al mercado ocupa un buen puesto la impresa por la «Casa Editorial Franco-Hispano-Americana, París». Las «Cuaresmas del duque Job», de Gutiérrez Nájera, «La limeña», colección de tradiciones de Ricardo Palma, y «Las mejores coplas españolas», son los tres primeros volúmenes.

RENAULT

«Cada vez más atrayente y perfeccionado, el "Renault" se mantiene fiel a sí mismo.

Por sus magníficas líneas y su exclusiva concepción mecánica, él representa en todo el mundo el genio, la tradición y el exquisito gusto francés.

Sobreponiéndose a las alternativas de la moda en lo referente a tipos y calidades de automóviles, el "Renault" predomina siempre con sus características propias de elegancia y belleza consagradas.

A esto se debe la preferencia, jamás desmentida, que en todos los paises ha conquistado.»

(Extracto de un artículo de "Le Temps" sobre la Industria Automovilística).

AGENTES EXCLUSIVOS PARA LA REP. ARGENTINA:

E. ABAL Y CÍA.
LAVALLE, 1202
BUENOS AIRES

CONVENTO DE LA ENCARNACIÓN.

BIBLIOTECA Y MUSEO TERESIANOS.

CASA DONDE NACIÓ LA SANTA.

RECUERDOS DE SANTA TERESA

Unos son devotos de la santa, otros admiradores de la doctora. Por eso Teresa de Avila tiene partidarios en todas partes, allí donde la intolerancia no oprima los cerebros y los corazones. Como escritora es uno de los ingenios más poderosos, galanos y sinceros que tiene España; como santa, una mujer ejemplar. Pero nadie puede desunir las idiosincrasias de la santa y de la doctora. Sus encendidos versos y su ardiente prosa son murmurios armónicos de arpa eólica que el aire místico hace vibrar.

Avila, la ciudad donde tuvo sus moradas la autora de «Las moradas» hállase llena de Santa Teresa. La casa natal; la pila donde recibió el bautismo; la basílica de San Vicente en cuya cripta se descalzó el día que inició la reforma de la orden; el convento de las Madres, su primera fundación; el de la Encarnación, donde obróse el prodigio de la transverberación; toda Santa Teresa está allí en recuerdo.

LA PILA BAUTISMAL.

BASÍLICA DE SAN VICENTE.

CONVENTO DE LAS MADRES.

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA

PLVS VLTRA

SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 — Buenos Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre	(3 ejemplares)....	$ m/n	3.—
Semestre	(6 »)....	» »	6.—
Año	(12 »)....	» »	11.—
Número suelto.....		» »	1.—

EXTERIOR

Año.....	$ oro	5.—
Número suelto.....	» »	0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la Administración.

CASA
ANDRÉS CONTE
CORRIENTES 760
BUENOS AIRES

ACTUALMENTE EN PLENA LIQUIDACION DEL
CALZADO FORTUNATO
A MITAD DE SU VALOR
POR ELIMINARSE DICHA MARCA DE LA CASA.
OPORTUNIDAD UNICA

"NASYL" es la preparación científica por excelencia para combatir todas las afecciones de las vías respiratorias.

"NASYL" AL MENTOL, CONTRA CATARROS, BRONQUITIS Y GRIPPE.

POMO OLIVA ESTERILIZADO A BASE DE VASELINA BÓRICO-MENTOLADA

Tratamiento racional y enérgico de las enfermedades de la nariz, coriza, catarro naso-faringeo, preventivo contra el catarro tubo-timpánico y la otitis.

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS

UNICOS REPRESENTANTES: A. SAMENGO Y CAMPONOVO
JUNCAL, 2002 - Buenos Aires Unión Telefónica, 2544, Juncal
REPRESENTANTE EN MONTEVIDEO: F. GRECO, CALLE RECONQUISTA, 539

Studebaker

He aquí el último modelo SERIE 22

EL último Modelo STUDEBAKER Seis Grande Serie 22, es aún más hermoso que los anteriores. Tiene carrocería nueva, doble, biselada; asiento trasero más ancho; tapicería todavía más lujosa; parabrisa sólido, de una sola pieza y más práctico que el antiguo cuya tira de goma estorbaba la vista del conductor. Tiene también un gran ventilador, y faroles delanteros más suntuosos.

Posee entre otras características notables, embrague disco seco, que ya se ha hecho famoso en el STUDEBAKER Seis Liviano, y un compartimiento para herramientas en el bolsillo de la puerta delantera que se cierra con la misma llave de ignición y caja de velocidades. El motor de este gran STUDEBAKER no ha sufrido ningún cambio.

Para poder apreciar la extraordinaria aceptación del STUDEBAKER, basta saber que en los últimos meses se ha vendido más que cualquier otra marca a excepción del Ford, en el mercado más grande del mundo: Nueva York.

Permítanos que le demostremos prácticamente las bondades de este coche o cualquier otro modelo STUDEBAKER, y Vd. conocerá la razón de este éxito excepcional.

The Studebaker Corporation of America

Avenida de Mayo, 1235 - U. T. 5935, Riv. - Buenos Aires

EL NUEVO Y LUJOSO
STUDEBAKER
TIPO SPORT

viene equipado con ruedas discos, dos ruedas y dos neumáticos de auxilio, paragolpe adelante, paragolpe trasero y baúl, neumáticos Cord y Magneto de alta tensión.

AÑO VII
NÚM. 74

Plus Ultra

JUNIO
DE 1922

FOTO DE VAN RIEL.

Señora Joselina Anchorena de Larreta

SRA. ADELA UNZUÉ DE LELOIR Y SU RESIDENCIA EN MAR DEL PLATA

Enclavada en el sitio más pintoresco del «Trouville» argentino, en la loma de Mar del Plata, ha sido edificada la residencia del señor Antonio Leloir y su señora Adela Unzué. El más puro estilo español, desde los jardines para los que se elegieron las flores de ardiente colorido, como para añadir un detalle más elocuente al conjunto, hasta las rojas tejas que coronan el edificio, todo acusa un conocimiento detallado de la época que se evoca. El señor Leloir es un conocedor, y sus continuos viajes no sólo al extranjero sino al interior del país, donde se conservan verdaderas reliquias, aumentaron el caudal de esos conocimientos, que ha demostrado ampliamente en la elección de estilo para su casa, una de las más suntuosas del balneario marplatense.

El grandioso edificio es una obra armónica donde se han trabado artísticamente la gracia y la fuerza. El espectador después de abarcar de un solo golpe de vista aquel conjunto majestuoso, examina luego detenidamente los ricos detalles, deleitándose en la contemplación de las cosas que va advirtiendo. Los ventanales del torreón, las galerías abiertas, las rejas, los balcones finamente tallados que ofrecen rinconcillos cómodos y lindos. Todo se halla reunido tan bien al conjunto y a la vez tan destacado que alegra la vista.

Una impresión extraña de recogimiento y de paz se siente al escalar la gradería de piedra, por la que se arrastran los geranios rojos, dando la bienvenida al visitante, y al penetrar al recibimiento con piso de mosaico blanco y ne-

VISTA GENERAL DEL VESTÍBULO.

REJA DEL RECIBIMIENTO.

gro, al que da acceso una reja española de hierro forjado, atrae la mirada la ventana estilo árabe, hecha como para ocultar un perfil morisco; en ese recinto hay detalles de estilo plateresco y mudéjar, combinados exquisitamente.

Se adosan a las paredes muebles de caoba tapizados de damasco, y algunas piezas de plata de inestimable valor completan el conjunto. Ilumina este recibimiento, dando vida a una tela admirable del 1368, de autor desconocido, una carabela de cuentas de cristal, a manera de araña central, colgando de

UN CUADRO DE 1368.

UN AMABLE RINCÓN DEL RECIBIMIENTO.

los tirantes de caoba del techo; es ésta una pieza santanderina que perteneció a un marino que la donó como exvoto.

De ese recibimiento se pasa a una salita de estilo colonial, cuyos muebles auténticos, de caoba tallada, lucen tapices de color azul pastel y paja; ha sido colocado allí el piano que perteneció a doña Juana Pueyrredón de Sáenz Valiente, antepasada del señor Leloir. En esa misma salita, separada del pequeño «fumoir» por una reja de hierro, se admira una alfombra de «Aubusson» que perteneció al palacio de Le-

LA REJA ESPAÑOLA.

LA ARTÍSTICA CANCELA.

zama y que el señor Leloir hizo restaurar. Las paredes de esta salita color azul pastel contrastan con el techo blanco, del que cuelga una araña de hierro forjado.

El comedor es a la vez suntuoso y sencillo; está separado de la anterior salita por una portada de caoba con herrajes de hierro.

Los amplios sillones fraileros, tapizados de rojo unos, y de azul otros, y la mesa son obras de arte de buen gusto y de estilo. La araña central es de hierro forjado, y suavizan la luz pantallas color fresa obscuro que dan tonalidades sangrientas a los retablos de madera tallada pintada de azul y dorada, que encierran porcelanas de China.

En el fondo de esta habitación se admira una chimenea con columnas talladas, en cuyo hogar, sostenido por cadenas y garfios de hierro, pende una marmita de cobre. En la parte superior de esta chimenea de enormes proporciones está esculpido el escudo de la familia de Sáenz Valiente.

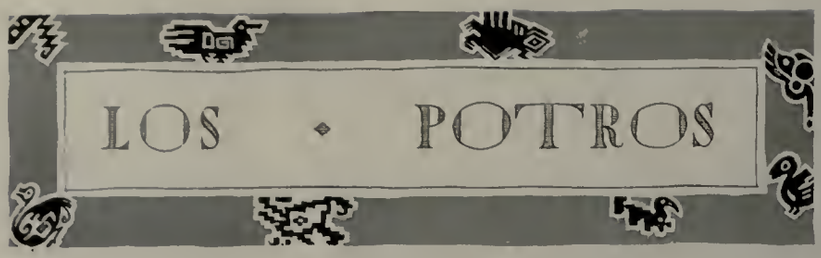
Encierra ese comedor verdaderas joyas en objetos de plata. Cada pieza parece sobrepujar en hermosura y en riqueza a la anterior; nada desentona allí, todo es agradable a los ojos, y en cada detalle se adivina el gusto refinado del hábil coleccionista.

El piso superior de la residencia Leloir es un museo en muebles antiguos. De los conventos, de las iglesias, de las casas solariegas de las provincias del norte, donde más se conserva la tradición de lo bello en nuestro país, el señor Leloir trajo desde los muebles hasta los más pequeños detalles de ornamentación.

UNA ARAÑA HISTÓRICA.

TRAS EL VENTANAL.

CONSUELO MORENO DE DUPUY DE LOME



LOS • POTROS

La Rebeca era fiera, obscura y flaca como garra. En aquella naturaleza agreste de la sierra vivía bajo el rigor, como los potros en doma.

No vestido, sino envuelto por un chusi, andaba de aquí para allá su cuerpo desairado. En la cara, apenas deslavazada, caía el sol de la siesta como puntas de chuzo, percudiendo la tez. Y los aires, ya fuesen de los hielos, ya de las vívidas reverberaciones astrales, le aventaban el pelo lacio y retinto, como en una flagelación. En los senos exiguos y flácidos, cubiertos por el chusi caluroso en verano, había una ausencia irreparable de afectos y un rescoldo riguroso de estío. Nadie sabía qué psicología moraba en ese desamparo humano. Su rostro con ojos de constante hipoema tenía la ceguera resplandeciente del páramo, y no expresaba más que la resolana de un destino rudo, bajo el cual la armazón de la Rebeca, si ajena a toda suavidad, fué también impenetrable a la desgracia.

Y fué la Rebeca así, con aceptación inexpresada de todo, como la piedra entre el fuego donde asentaba todos los días la olla renga de hierro. ¡Vivió quemada por el rigor hasta la íntima entraña!

La vez que bajo el sol de la siesta llegaba la Rebeca a la rueda del mate en el sombreado galpón, levantábase la voz de la mediera: —«¡Andá, chinita, volvé las cabras de aquel filo!» — Y ella se iba al refunfuñar de la propia ushuta sobre las caldeadas piedras, barbotando apenas palabras que ella misma echaba al saco vacío del alma. Sólo allá, entre los cardones espinudos, en los agrios y pedregosos peladares, donde no había más retozo que el de las cabras, tenía, no más, su zafia gracia, apenas concebible, la Rebeca.

Pero un día, un estanciero zamarro reparó en ella por el beneficio que podía prestarle mientras holgara él. Pronto arregló con los medieros el caso, y sin requerimiento alguno a ella, casóse con la Rebeca, y se la llevó a lo alto del cerro, donde cuidaba vacas y yeguarizos.

Quince días duró el baile, mojado con vino, aloja y aguardiente. Comenzó en la casa de la Rebeca y siguió con la misma concurrencia trasladada a pie o a caballo, según se pudo, en la vivienda de Eladio, marido brutal ya de la Rebeca. Para ésta su nuevo estado no fué más que una variación del rigor.

Panza arriba vivía Eladio, a todo gusto. Comer, dormir, beber la vez que había vino, fué su pasar cotidiano; mientras que la Rebeca salía al campo con lazo al recado, montada a veces, no sin peligro, en el sillero redomón del indio Eladio. ¡Guay si un animal se derrumbaba; guay si un ternero era arrebatado por el cóndor, cuatrero para el que no había más policía que la bala silbadora en los diáfanos y elásticos aires; guay si la vaquillona se perdía en la vastedad de los campos! La Rebeca pagaba el latrocinio del cóndor, la aspereza de la loma derrumbadiza, la apertura de los campos comuneros... Los puntapiés y los latigazos de Eladio caían en su cuerpo aguantador, hecho al rigor de la naturaleza, con categórica afirmación de amo, en los lomos redivivos de la secular esclavitud. Los golpes de Eladio resonaban en el tiempo, daban en el pasado colonial; y sus insultos de «¡perra!», «¡sinvergüenza!», «¡roñosa!», y otros por el jaez, repercutían en chasquidos bárbaros, como los ecos en la montaña allá en la época no lejana del capataz de cuadrilla que dirigía la peonada sudorienta y humilde.

La Rebeca no extrañó su nuevo estado. El amor fué para ella como las trompadas, los puntapiés y las injurias: rigor del cuerpo y del alma.

No le pareció bien ni mal su nuevo estado. Ni lo lamentaba, ni lo razonaba, ni lo placía. Podía decirse, extremando la situación de su espíritu, que pasaba el vivir siempre *virgen de psicología*. Algo adiviné, sin embargo, una vez, en su voz, y en un ligerísimo resplandor de alma que cruzó por la ceguera de páramo bajo el sol, de su rostro requemado por los soles de su tierra y de su vida; y ello fué una noche en que la oí decir en rueda de pasajeras conocidas por la Rebeca: — «Ahora ando a mula, y subo también el potro redomón de Elario». Sendas azotainas recibió por cada golpe del potro abajo; pero, en fin, ella hizo memoria para olvidar las zurras... Y todavía, un poco animada, contó a las mujeres esta cosa maravillosa: — «Cuando yo me casé con Elario, y Elario se casó colmigo, bailamos quince días, cuasi un mes!».

Pero el rigor iba en aumento. Eladio, fastidioso en la ruin y sucia opulencia de su haraganería, variaba el holocausto a su mal humor, de la Rebeca, obligándola a montar «como hombre» y en pelo los potros chúcaros, en el amplio corral de la estancia. El mismo (o los peones) tomaba con mano robusta a los potros, por las orejas, y hacía sentar a horcajadas a la Rebeca, en el lomo nervioso y virgen de toda monta, de los chúcaros... Al grito de «¡agarráte, roñosa!» — soltaba a los chúcaros que, alzados en nerviosa energía, con la boca abierta y el grito furioso en los sorprendidos aires, sacudían la carga, en tremendo golpe de la Rebeca contra el suelo. Las patadas de Eladio llevaban hacia la tranquera, después, la ridícula bazofia de la Rebeca hecha un barro de sangre: — «¡Ah, flojonaza — le decía, cuando la desgraciada podía ponerse de pie: — no aprendás a jinetiar, no más!».

Y la Rebeca tuvo que aprender. Día llegó en que no la volteaba sino rarísimo chúcaro. El temor del golpe y un salvaje deleite de vencer ganaron el alma de la Rebeca; y ésta resistía con pertinacia de raíz serrana entre las grietas de la peña estéril. No se desasía, clavada con uñas y dientes, del lomo rebotador de los potros. El hecho es que la Rebeca iba descubriendo, para ella y para los demás, que tenía un alma.

El recuerdo de sus bodas entre el rigor de su suerte y un zumo de deleite entre el mal trato y el ridículo de la doma en pelo, brotaron del paladar agrio de su vida como un retoño de incipiente espiritualidad. A veces se creería que su alma iba a derramarse como un recial, pecho afuera; otras que seguiría impasible el bárbaro desfile de los sucesos trágicos de sus días de aceptación estoica de las cosas.

Moraban en la estancia dos familias de caballgares indomables y magistralmente forjados por la naturaleza bravía de las cumbres. Nunca dió el cerro potros más hermosos, más fuertes e indomables que los bayos y los rosillos. Hasta en la vejez, hasta en el último día de monta se mostraban rebeldes y bellacos. Encarnaban la potencia de la naturaleza serrana; y el espíritu indomable del monte dilataba la nariz nerviosa, hacía temblar el belfo en intraducibles rebeldías, ponía en los cascos ansiedad de carrera y alevosía en las coces mortales, y lanzaba el relincho como latigazo contra la aspereza de las resonantes cuchillas.

El tozudo de Eladio pensaba y repensaba en amansar él el más hermoso de esos potros. Tres años tenía el bruto, vividos en la bárbara integridad de su belleza y de su libertad sobre los campos propicios a la ostentación soberbia de su figura. Por fin un día púsole su apero de domar. La Rebeca experimentó por primera vez en su vida un ligero temblor de su alma brutal; y hasta se la sintió decir con voz apenas tremulenta, donde había quizás alguna influencia de amor y de orgullo: — «¡Elario va a amansar el rosillo!». — No hubiera llamado la atención el caso si el indio hubiese sido domador; pero simple hombre de a caballo, no rezaba con sus prácticas y su oficio el repentino antojo. ¿Despuntó en su egoísmo salvaje alguna rivalidad con el triunfo de la Rebeca sobre los potros, en pelo? Lo cierto es que pasaba días enteros sin maltratar de hecho a su mujer y sin obligarla a la doma y a ningún sacrificio, que ya no le había para la naturaleza sufrida y vencedora de la hembra bárbara. Lo cierto es que Eladio supo que la Rebeca saltaba sobre los potros, en pelo, para satisfacer su naciente deleite de dominio de aquella naturaleza salvaje. Bajo el rigor de su destino, salvó la cumbre con su pie barroso y flaco, sufrió sin quebranto el azote del sol canicular, holló las nieves y anduvo más de una vez por las fronteras de la muerte... ¡Ahora vencía a los potros chúcaros!

Eladio no montaba el rosillo ensillado desde la mañana. Fué el primer día que se le vió trabajar en faenas de poco momento, como para disimular su tardanza...

Como se avecinase la hora en que la hacienda retenida en el corral volvía a los profundos campos mugidores, comprendieron los peones y también la Rebeca, ella con cierta vergüenza, que Eladio dejaba transcurrir la hora de amansar, de miedo de montar el rosillo. Pero de repente, mientras las sonrisas burlonas cruzaban el ambiente recargado de ironía y de una nerviosidad de expectativa, avanzó la Rebeca llena de resolución hacia el temido bruto; recogióse la falda a modo de chiripá, cruzándosela entre las piernas obscuras que, flacas y nervudas, quedaron descubiertas hasta algo más arriba del nudo descarnado de la rodilla; desató del palenque al potro cerril, que bufaba de impaciencia, le cubrió los ojos con un poncho que encontró a mano, y saltó sobre el lomo al propio tiempo que destapaba los ojos ignifluentes del bruto y le asestaba un ponchazo en la cabeza alzada tan bravíamente como si hubiese querido imponer en los aires y en toda la naturaleza serrana el instintivo gesto de su rebeldía

No un bufido, no un relincho, sino grito agudo y de vasta repercusión lanzó el chúcaro cuando se sacudió en los aires para arrojar de sí la audacia mujeril, incrustada ya, con sutil penetración, en el nervio levantisco del bruto. Inútil fué el bellaquear; inútil el sacudirse como un demonio enfurecido en la próxima ladera rocosa, donde parecía el ánima de la aspereza bravía de los cerros poseída por las furias; inútil el corcoveo quebradizo en los aires; inútil el resbalar de los dientes en el cuero reseco de los guardamontes, donde los ponchazos de la Rebeca producían hoscas resonancias; inútil el salto de larga curva después de apoyado el potro en los solos miembros traseros; todo inútil: ¡la determinación de domar de la Rebeca había penetrado, hiriendo como un clavo los centros nerviosos de la bestia de antemano vencida!

¡La Rebeca parecía una reina bárbara y fiera sobre la áspera desenvoltura de la serranía dominada! ¡A veces era un crestón bravío que coronase toda la vasta naturaleza vencida!

¡El alma forjada en el rigor, de la Rebeca, salió venciendo del pecho!

No transcurrieron tres cuartos de hora cuando volvió de los campos ásperos, a ponchazos, al bruto completamente domado. En vano ella había excitado su furia con la voz mujeril, alzada y vibrante. La energía de la Rebeca había sobrado con mucho a la rebeldía del rosillo, y no sabía dónde aplacarse.

Cuando se bajó de la bestia tremulenta entre el asombro de los que la burlaron en ocasión de la doma en pelo, llevaba el signo de una determinación aun inconcreta en el rostro ahora expresivo y fosforescente de alma. Y avanzó sin saber lo que haría necesitada de dar pasto al volcán abierto de su espíritu inmensamente enérgico. Chocó la chispa de su mirada con el rostro del zafio de Eladio, confundido; y desde ese momento cuajó en el espíritu de la Rebeca la final concreción de su voluntad en ascuas. Tomó de paso un rebenque, se encaró con el dueño de la estancia y su antes propio dueño y tirano, y azotó los robustos y carnosos lomos del bárbaro, que no osó defenderse ni protestar siquiera. — «¡Elario — díjole — gaucho flojazo! ¡Fullero!».

Sólo así quedó serenada aquella reina flaca, obscura y fiera, como garra. Todos guardaron respetuoso silencio; y hasta la serranía — dijérase — rindió adhesión completa a su imponencia de macho envuelta en desairadas faldas.

Ella expresó el dolor y el triunfo de la naturaleza. Forjó su espíritu en el rigor de la vida y de la intemperancia del medio natural, como la propia serranía forjó también su alma en el rigor geológico correspondiente a las transformaciones cosmogónicas.

Y la Rebeca fué, acaso, el alma bravía de las asperezas de la sierra, que reinó sobre la ruda naturaleza, sobre los hombres y los brutos!

Carlos Quiroga

MATERNITE

Pastel de Mary Cassatt

DE LA COLECCION DEL DOCTOR FRANCISCO LLODET

MELODÍA AUREA

CUENTO A CHALITO

No era la reina Rosalinda como tantísimas otras; bien cuidaba de su único hijo Cabecita de Oro; nada de amas ni de criados: era una verdadera madre. Vivía para su pequeñuelo y esperando al esposo, el rey Flor de Lis, ya legendario por sus proezas, que en tierras lejanas combatía por un ideal.

Cabecita de Oro, aunque bueno e inteligente, consideraba exagerada la vigilancia de su mamá... Si hubiera sido por su «cabecita de chorlito» — y lo digo por su poco juicio — muy a menudo hubiérase alejado de la reina.

Cierta mañana pareció ofrecérsele esa oportunidad: por entre las ramas de las plantas florecidas de la ventana de la regia alcoba, Cabecita de Oro vió a la reina entretenida en desensortijar su magnífica cabellera con un peine de oro, que se confundía entre las hebras doradas. En tal tarea la reina Rosalinda ponía un poquito de vanidad, visible en su sonrisa de satisfacción (vanidad disculpable si se piensa que a ese tesoro debíale la primera frase de amor de su ausente esposo amado).

— Mejor oportunidad que ésta no se presentará... Visitaré, a mi capricho, la huerta del vecino, rica de los más variados frutos — pensó Cabecita de Oro.

Y la ocasión parecía favorecer al niño que, sin hacer caso de las recomendaciones maternas, pecó de desobediencia.

Tan melosas fueron las palabras y tan atrayentes los modales del guardián de la tentadora huerta, que Cabecita de Oro no se apercibió, o no quiso apercibirse, de la extraña figura del hombrecillo.

Nuestro pequeño amigo no quería creer a sus ojos ¡¡tanta cosa apetecible se le brindaba!! y el hombrecillo — que no era más que el genio del Mal — ofrece que se te ofrece...

Cuando la reina Rosalinda encontró a su hijo en el huerto maléfico, el geniecillo iba a dar fin a su obra nefasta...

Contrariado sobremanera por no haber podido dar cuenta del goloso niño, al arribo de la madre desapareció jurando vengarse...

Ni el mismo rey, con su poder, hubiera sido eficaz; la ciencia con todos sus recursos era impotente con el mal de Cabecita de Oro, agravándose de día en día...

— Solamente un milagro... un milagro tan sólo puede salvar al príncipe — predecían los ancianos sabios... Y todos estaban consternados...

Un día, rompiendo el sortilegio del silencio angustioso, una voz dijo:

— Nadie puede amar a Cabecita de Oro más que su madre; que ella dé lo mejor de su cuerpo y el niño será salvado.

Nunca se supo de qué labios salieron esas fatídicas palabras, por todos escuchadas.

Y esa voz ronca, desconocida, agregó:

— Más largo que tu cuerpo, Rosalinda, es el haz de tus cabellos de oro; deberás ofrendarlo, pero con sufrimiento...

— ¡Cuán grande es el dolor de desprenderme de tanta riqueza! — repuso la reina.

— No cuenta: los largos años de fama de su belleza te compensan suficientemente...

— ¿Y el dolor de que a su vuelta mi amado esposo me vea sin ellos, no es sobrado sufrimiento?

— No es bastante... Yo sé que Flor de Lis te besará en la frente y ello será buena recompensa...

— ¿Qué haré entonces... qué podría hacer digno de la salud de mi niño? — gimió más que dijo la atribulada madre.

Y una horrible vieja se le apareció diciéndole:

— Si haces lo que te digo, Cabecita de Oro se salvará...

— Sí... sí... sí. — fueron los alaridos de la madre.

Entonces la vieja — que no era más que el genio del Mal, capaz de asumir los más diversos aspectos — le susurró:

— Pide que te traigan a Bucéfalo, el mejor, el más querido caballo de Flor de Lis... Ordena luego que aten tus cabellos a su larga cola y que el bruto te arrastre hasta que todos los hilos de oro de tu fina cabellera se rompan... Si quedas completamente libre... sólo entonces, ¿entiendes?, tan sólo así Cabecita de Oro podrá curarse...

— Sí... sí... sí... — asentía vez a vez, la atribulada madre.

— Y si no te quieren atar ellos, tú misma lo harás; Bucéfalo te obedece casi como al mismo rey.

Y luego de sugerir el espantoso remedio desapareció, o tal vez cambiara de aspecto; el caso es que la reina no la vió más...

Al pie de la letra y con tanto fervor se ejecutó lo ordenado misteriosamente, que los demás creyeron que la reina estaba delirando, que era presa de locura sin freno.

— Su maravillosa cabeza se separará de su cuerpo — decían unos.

— No tanto, pero se quebrará contra las rocas del camino — dijeron otros.

— En cualquier forma no saldrá con vida de tamaña empresa... y el niño no salvará.

A pesar de estas apreciaciones hízose como la reina Rosalinda ordenó, que no valen obstáculos frente al infinito cariño de una madre.

Y en tanto el sacrificio íbase cumpliendo, Rosalinda no dió muestras de desmayo ni de indecisión alguna...

Tanta abnegación, niño mío, operó un prodigio: el Bien, en continua batalla con el Mal, poderoso por los halagos que ofrece profusamente, desatendió su excesiva labor para concentrar todas sus fuerzas en favor de Rosalinda, madre tan amante como infortunada... que para el Amor y el Dolor no rigen jerarquías.

Los ojos que vieron la emocionante escena eran muchos y todos afirman que sucedió lo que paso a contar:

Cada hilo de oro de la cabellera de la reina fué atado a otro de plata de Bucéfalo. Y, cuando la cadena singular se hizo, la reina Rosalinda aun tuvo aliento para decir:

— Bucéfalo, en nombre de nuestro amo y señor, el rey Flor de Lis, llévame por donde quieras... arrástrame, y tan violentamente que mis cabellos se rompan pronto, bien pronto como para que la enfermedad de nuestro Cabecita de Oro cese de inmediato. Llévame a la muerte para que él consiga la vida... de mí no te preocupes... Que el niño pueda ser mañana un digno hombre como su amado padre, importa más que mi vida...

A las voces de la reina comenzó Bucéfalo su marcha lentamente como si comprendiera... y asómbrate, Chalo mío; de cada una de sus recias extremidades — seguramente al conjuro del genio del Bien — salieron un par de alas, como para volar...

Los cabellos de oro y la crin de plata, débiles para sostener por los aires el cuerpo de la reina Rosalinda, en vez de quebrarse, milagrosamente se transformaron en resistentes cuerdas: de seda cual las de los tiernos violines; de tripa como las del grave violoncelo, y no faltaban las de metal de las arpas trémulas... De tan sorprendente manera el caballo y su dulce carga pudieron elevarse, espiral de humo en amanecer de ensueño... Entretanto los perfumes de los jardines, que siempre tienden al cielo, herían suavemente las cuerdas sedosas y el viento arrancaba notas graves de las gruesas... La sublime melodía de las primas encontraba en las bordonas el acompañamiento perfecto...

El genio del Mal, desarmado por la abnegación de la madre y subyugado por la maravillosa áurea melodía, alióse — caso nunca visto hasta entonces — con el genio del Bien, para que la reina y Bucéfalo pudieran descender de las alturas sin sufrir daño alguno... Y a su retorno le fué dado a Flor de Lis el hallar sanos y salvos a su amante Rosalinda y a su queridísimo hijo...

Desde entonces Cabecita de Oro no hizo más picardías... Prefería entretenerse con Bucéfalo, y fueron buenos camaradas...

Los hombres, deseosos de escuchar nuevamente aquellos sonidos del vuelo fabuloso, que nunca más se repetirá, inventaron diversos instrumentos de cuerdas...

Por ello, si un dolor o alguna ilusión o el amor — unificados peregrinamente en el caso de la reina Rosalinda — hacen que manos artistas presionen emocionadas los encordados vibrantes, escuchamos melodías que nos llevan a regiones sublimes en alas del canto...

ARTURO LAGORIO

ILUSTRACIÓN DE LARCO

ENTRE los creadores de ideas y sentimientos, entre los artistas que dan a la humanidad pensamientos y sensaciones, emociones y juicios nuevos, ninguno alcanza tan amplia y rápidamente la difusión y el prestigio como el dramaturgo. El teatro se ha hecho una necesidad diaria de la vida moderna; la escena ha dejado de ser espectáculo festivo y excepcional para transformarse en una suerte de periodismo de ideas, en una especie de tribuna de impresiones. Ya no es la pintura de caracteres o la realización de tipos su objeto superior; las descripciones de almas, las historias de la evolución de los instintos y de las facultades en la acción, no nos interesan sino como medios de expresar conceptos y razonamientos con propósitos determinados. Se encuentra, en efecto, agradable y fácil desarrollar la tesis de un cuento dramatizado y poner una filosofía causalista en los acontecimientos comunes de la vida, y por el contrario, incómodo y difícil transportar un modelo humano a las tablas cumpliendo la exigencia de Balzac: "*ajouter á l'état civil*".

Y sin embargo, el teatro es por excelencia el arte de manifestar el hombre moral en todas las variedades y tipos de espíritus que la educación y las circunstancias plasman en los temperamentos. Dramas, comedias y entremeses aspiran desde Ibsen a demostrar, no a crear, y bien que una y otra cosa no sean voluntaria sino espontánea producción de la inteligencia, aquello abunda y esto escasea. Pero existen todavía dos o tres escritores que suscitan verdaderos seres nuevos en la conciencia universal, seres reales para la verdad subjetiva, y cuyas criaturas influyen en el espíritu del mundo por la fuerza enorme de su presencia constante y dominadora en el corazón humano. M. Porto Riche es, en Francia, uno de ellos; don Jacinto Benavente suele ser otro en España.

La posición de Benavente en la literatura española es representativa más por el contenido filosófico de su teatro que por la realización técnica de las piezas, más por la descripción de los conflictos y de los modelos de hombres modernos que por la uniformidad de su producción. Su obra vasta y multiforme tiene la abundancia verbal de la raza junto con el pensamiento latino de esperanza y de fe, de belleza y de bondad; es varia y sorprendente como la vida; desde «El nido ajeno» hasta «Una pobre mujer», la recién estrenada, las jornadas de esa enorme producción pasan de lo fantástico a lo común, de lo trascendental a lo simple, sin transición y sin medida, como los aspectos disparatados y sin conexión aparente del mundo. Pero en ninguna la amargura colma el vaso, ninguna proclama el principio pesimista de Hobbes, ni el principio egoísta de La Rochefoucault, ni el principio de misantropía schopenhaueriano; aun en las tragedias más terribles, como «La Malquerida», resta siempre en el fondo la confianza puesta en el corazón del hombre y la creencia en el poder de la virtud.

Esos personajes de todas las clases sociales y de todos los tiempos, hasta los de pura imaginación, como Mefistofela, poseen el mérito de la bondad fundamental y de la simpatía íntima, no por artificio del creador, sino por naturaleza propia y por condición humana.

Es que son casos particulares tomados objetivamente, son ejemplos individuales, cuya moralidad no depende de la creación voluntaria del autor ni de un concepto fijado anteladamente en el plan ideológico de la composición.

Para explicar el nacimiento de esos caracteres en el espíritu del dramaturgo, nada vale como sus propias confesiones y sus propios análisis expresados en las conferencias de cuya primicia el público de Buenos Aires goza actualmente el privilegio. La serie de disertaciones que nos está ofreciendo Benavente en el teatro Avenida encierra el secreto de su sistema literario y filosófico, contiene la esencia de sus juicios acerca de la significación y el objeto de la obra artística.

De escasa estatura, alta frente despejada, vivísimos ojillos moriscos, boca fina de inquietante sonrisa, bigotes retorcidos y afilada barbilla, Benavente dice con sencillez su pensar en un lenguaje hecho de elevada poesía y de realismo casi crudo.

La primera conferencia, sobre la moral en el teatro, situó admirablemente su punto de vista en la evolución de los géneros literarios, señalando la verdad como fin supremo del arte, y el desinterés de su busca como condición de la calidad superior de la obra. Para él, la verdad no puede nunca ser inmoral ni antisocial, y el arte que persigue ese objeto desinteresadamente, sin preocuparse de la utilidad individual o general, pasajera o permanente, es el arte idealista y eterno. En su concepto, el culto de la verdad conduce a la consideración simpática de todos los dolores, a la contemplación de la realidad del mundo con el espíritu de amor y de caridad que califica la pureza moral, y la mentira, por la deformación interesada y utilitaria de las cosas lleva al egoísmo, que es germen de la degeneración.

En el teatro, la verdad es un resultado del espíritu popular más que una cualidad propia del autor, puesto que éste produce conforme el espíritu de su época. La moral del teatro refleja, en consecuencia, la moral ambiente, y el artista que ve el mundo con claridad y procede desinteresadamente, traduce la ética social de su tiempo, que siempre tiene perfume de idealismo y de nobleza.

He ahí cómo Benavente considera el contenido del teatro y de qué modo estima el objeto final de esta manifestación artística. La producción de la obra de arte es, para él, un fenómeno de generación espontánea, al cual asiste y se somete el escritor. Al analizar, en efecto, la creación artística, el dramaturgo confiesa que sus personajes imaginarios lo arrastran en su vida y absorben su alma en una especie de transfusión espiritual, puesto que en el momento de aparecer en el mundo de las sombras, nacen con el albedrío de seres reales, compuestos fuera de la voluntad y de la inteligencia del creador, por la cerebración subconsciente, como presencias autónomas y libres, con voluntad e inteligencia propias.

La psicología del autor dramático — tema de otra conferencia — resulta así el ejemplo más nítido y admirable de observación introspectiva, confesión magnífica del asombro que origina el fenómeno de la creación en el mismo que lo produce. Esa condición del artista creador — la espontaneidad involuntaria — pone un calificativo de clase en las obras del verdadero poeta, y marca todavía con mayor particularidad al autor dramático, desde que debe animar con su corazón y su pensamiento los personajes más diversos, y debe sentir las más opuestas pasiones, desprendiéndose de su propia personalidad para agitarse y existir con almas diferentes, en la interpretación de la infinita alma humana.

El origen de la obra de arte, la semilla que la hace germinar en el espíritu del poeta, determina a veces su género, y de ahí que una situación social, un carácter o una emoción, sean los núcleos diferentes de una obra de tesis, de una pintura de tipos humanos o de un poema dramático, sin que la diversidad de realizaciones desmienta la unidad de pensamiento en el conjunto.

Benavente atribuye a la obra dramática una vaguedad de límites quizás excesiva. Si es difícil deslindar sus condiciones de manera precisa, el contenido espiritual de la producción dramática — la descripción de caracteres por medio de la acción de ellos mismos en su ambiente — es suficiente, a mi juicio, para establecer las fronteras del teatro en relación con las de otros géneros literarios. El título de «Dramas» que Renán ha dado a prodigiosas composiciones poéticas como «Próspero» y «Calibán», o la designación semejante puesta por Ibsen a «Peer Gynt», a «Brand» y aún a «Emperador y Galileo» no autorizan a tenerlas por obras de teatro; y su representación ocasional bien lo prueba, en verdad, con el fracaso escénico.

En la producción de Benavente existen páginas de esa naturaleza, impregnadas de honda emoción o estremecidas por el entusiasmo de la belleza; pero tanto ellas como las que escudriñan los movimientos del corazón para revelar sus escondidos repliegues, se ajustan a la técnica de las tablas y prestan abundante materia para las realizaciones escénicas, por virtud del estilo maravillosamente propio con que las engalana; estilo de ennoblecimiento verbal, de elevación de lenguaje, de purificación de ideas, que transmite a las personificaciones dramáticas no sé qué grandeza y dignidad, sin quitarles, por cierto, el sabor de realidad y de sencillez que las hace esencialmente teatrales.

Los veintisiete tomos bien nutridos de su obra contienen piezas cuya clasificación se reparte en todos los géneros dramáticos y que podrían pertenecer tal vez a muchas escuelas; pero la variedad de composiciones no es más que el resultado de los mismos principios reflejados por las diferentes facetas de un espíritu enamorado del ideal, que busca honestamente la belleza en la verdad.

JACINTO BENAVENTE

POR JOSÉ OJEDA

Fernán Felix de Amador

El Caballero de la cabeza de cera

EN aquel pequeño y correcto hotel inglés de la Riviera, perdido entre las flores, junto al romanticismo azul del Mediterráneo que se confunde en el horizonte con el más dulce cielo de la tierra, a paso de arroyito se deslizaba la vida, ingenua y asombrada de todo, como la de los niños. Una insaciable y sensitiva curiosidad nos acercaba los unos a los otros, con ese desbordamiento propio de toda plenitud afectuosa. Porque la felicidad se suele contagiar del mismo modo que la melancolía.

Venidos de todos los puntos de la tierra, los viajeros que el azar había congregado en aquel rinconcito florido y amable formábamos, como se dice vulgarmente, una sola familia, propensa a la alegría y dócil, en extremo, al sueño. En tal impresionable trance, ¿cómo no había de intrigarnos sobremanera la presencia de aquel enigmático caballero que, conviviendo desde hacía tiempo con nosotros, manteníase reservado y solitario, si bien dentro de los límites de una corrección exquisita?

El incentivo más original era que siempre, a todas horas, ya en la mesa como en sus paseos, el extraño personaje llevaba consigo una maravillosa caja labrada, con incrustaciones de nácar, que formaban un delicadísimo arabesco lleno de pájaros y flores.

Aquel hombre y aquella caja fueron para nuestra infantil curiosidad alimento perpetuo. En vano inquiríamos de mozos y camareras el esclarecimiento del misterio; en vano con exageradas cortesías intentamos romper el pulido hielo que recelaba la intimidad del caballero. A tales indiscretos avances contestaba éste con perfecta galanura, envolviendo sus respuestas en la seda transparente de una sonrisa enigmática, y en la primera oportunidad se eclipsaba con un fútil pretexto, portador de la caja misteriosa.

No se habló de otra cosa en el hotel, hicimos sobre el tema las más extravagantes conjeturas y hasta hubo americano que hizo apuesta conmigo sobre la incógnita que encerraba el cofre — apuesta que, como veremos más adelante, tuve ocasión de ganar.

Mi contrincante hablaba de un tesoro material en donde, naturalmente, dado el tipo miliunanochesco de nuestro héroe, no faltaban ni sensitivas perlas ni orgullosos diamantes.

Yo, por el contrario, llenaba el cofre de reliquias sentimentales, poblando aquel delicado recinto de un inquietante idilio entre arrozales y lotos.

Por estos romances y aquellas imaginaciones dialogaba nuestra fantasía, hasta que una noche complaciente el destino puso en mis manos el hilo del enigma.

Me había retirado tarde, con el desganado propósito de acostarme, pero el noctámbulo rayo de luna que entró conmigo desde la terraza puso obstáculo a mi corporal apremio, y con dulces e íntimas razones consiguió fácilmente llevarme de nuevo al jardín, prometiéndome el espectáculo magnífico de la Serenidad paseándose en lunática góndola sobre las tranquilas aguas.

Acodado frente al rumoroso silencio de la noche, hecho de voces extinguidas y suspiros que se inician, sentía ya titilar en el corazón la estrellita milagrera que anuncia el verso, cuando una voz intempestiva me sacó de mi ensimismamiento. Era como una exótica melopea, como un quejumbroso llamado que culminaba en esta única inteligible palabra, modulada con precisión y con alma:

— ¡Dinah! ¡Dinah!

Presintiendo algún romántico secreto, volvíme hacia el cercano bosquecillo de laureles de donde la voz partía y cautelosamente me allegué a él.

Sentado a la oriental, sobre el césped brillante de luna, estaba el caballero del cofre. Frente a él, irguiéndose sobre el labrado leño como sobre un místico pedestal, había una admirable cabeza de mujer, pálida hasta lo imposible. Sus largas pestañas, bajas sobre el misterio de sus ojos, sus largas trenzas negras rozando la hierba fresca, los labios entreabriéndose en un tibio amago de sonrisa o de beso.

— ¡Dinah! ¡Dinah! — clamaba el caballero, levantando hacia el cielo estrellado sus manos afiladas y cobrizas donde brillaba como una lágrima una perla solitaria. Había en su acento tanto dolor y tanto amor, que en la discreción de mi conciencia pensé en retirarme respetuosamente, pero mi humana curiosidad pudo más, y a ella cediendo me adelanté como al azar. Al ruido de mis pasos levantó el extranjero la cabeza y al verme se apresuró a encerrar en el cofre su delicado ídolo.

Yo atiné a decir tontamente: Disculpe caballero, veo que le he incomodado. No me contestó en un principio, pero viendo que yo permanecía de pie frente a él, dijo por fin con enigmática sonrisa señalándome el cofre:

— Es una cabeza de cera, sencillamente una cabeza de cera, y desapareció en la noche.

Guardé silencio sobre la extraña aventura, temiendo que su divulgación me malquistase definitivamente con el caballero, rompiendo así toda posiblidad de conocer el bien guardado secreto. Me limité tan sólo a sonreir con sutileza de cómplice al encontrarme con él al día siguiente en la *table d'hôte*.

Su pálido rostro lo era más que de costumbre aquella mañana. En sus ojos afiebrados posaban como dos mariposas negras, visiones de insomnio, y su mano demacrada y nerviosa, acariciaba con fruición inquietante el cofre enigmático, como de costumbre a su lado.

Pensé en la escena de la víspera y volví a ver el maravilloso ídolo femenino, por él llamado: una cabeza de cera.

Esa noche, cuando todo era reposo en el hotel, bajé nuevamente al jardín. La luna rielaba sobre las aguas como en la anterior y un hálito vago de tierra mojada daba más grande intensidad al enervante perfume de las rosas

Acodado en la familiar balaustrada, esperé con el oído atento la renovación del singular rito del extranjero. Pero aquel exótico nombre que culminaba la dolorosa melopea y que llevaba envuelto como un murmullo de palmeras: ¡Dinah! ¡Dinah!... no quebrantó el silencio de la noche mediterránea, donde tan solo el *grillon boulanger* ejercitaba su sonata veraniega bajo el claro de luna. De pronto me estremecí: el misterioso caballero estaba a mi lado, su mano demacrada me rozaba el hombro y una dulce sonrisa entreabría sus labios.

— Os esperaba — dijo. — La curiosidad, que es vicio en el vulgo, es virtud en el poeta, y la vuestra, ampliamente justificada, tiene además el raro encanto de la discreción.

Yo me incliné confuso.

— Por otra parte — siguió diciendo el caballero, en un francés apagado lleno de suaves inflexiones de voz, que realzaban su inexplicable hechizo — mañana volveré a mi acostumbrado peregrinar, y la vida inexorable nos separará sin duda para siempre. Permitidme entonces, que en recuerdo de la escena nocturna y triste, de la que fuisteis testigo involuntario, os narre bajo las serenas estrellas, junto a este viejo Mediterráneo, romántico y enamorado, la historia dolorosa de mi corazón, que es la que alienta en este cofre perfumado.

Recibido que hubo mis agradecimientos y la expresión de mi viva simpatía, nos instalamos el caballero y yo sobre la hierba fresca de la *pelouse*, y esta fué la dolorosa cuanto extraña historia que nació de sus labios elocuentes.

«Yo, señor, soy el rajá de Kartemfalia, y a no mediar la trágica aventura que ha herido mi corazón, mi vida, al parecer privilegiada, hubiera transcurrido sin duda, con la lírica y suntuosa despreocupación de los fabulosos ríos de mi selva. Pero nadie puede conocer los ocultos designios de Brahma.

Según la tradición de mi raza, que desciende en línea recta de Indra, dios de las cinco flechas, encantador de gacelas, en mis dominios, tan apacibles como dilatados, florecía en singular prodigio el sonrosado arbusto del amor.

¡Todo era amor en él!, y la felicidad dejaba sentir por todos sus ámbitos su agradable murmullo, semejante al de la brisa que en el mes de Bala-Rama mece los armoniosos tallos de las cañas.

Por natural y justa proporción, yo, príncipe joven de tan sensitivo reino, fuí el más enamorado de sus moradores, pero mi amor, como convenía a mi rango, no se individualizó ni en persona ni en cosa: era general y ardiente como el del sol. Mas, ¡ay de mí! el corazón del hombre es pájaro de corto vuelo y ha menester como tal, de una rama inmediata donde posarse, a riesgo de consumirse en el vacío de un inextinguible anhelo.

Así fué el mío cuando, con la velocidad de la alondra, bajó desde la altura hasta la tímida ramita de cerezo que entre la opulenta selva tendiera hacia él, Dinah la esclava.

Fué un divino reposo, la seguridad de una posesión absoluta; como quien llevase en la mano una rosa fragante, que ha nacido para uno y que nos dará su perfume y su vida, hasta el último pétalo, incondicionalmente.

Dinah era, como yo, nativa de esa tierra de amor que fué la mía. Nos juntamos como dos llamas, y ella, la pobrecilla, ardió como el sándalo en la hoguera. Conocida esclava, fué saludada reina y el hilo de seda de sus dulces palabras hizo prisionero al pájaro vagabundo de mi corazón, que sólo para ella tuvo desde entonces caricias y canciones.

Fuimos inseparables como el ensueño y la esperanza. Su belleza suprema era para mí el insustituíble atavío de la tierra. Sin ella no hubo día de sol, ni noche estrellada. La veía en todas las formas graciosas de la naturaleza. Su voz estaba en todo ritmo, su aliento en todas las flores y aromas de la tierra. Su gracia, así una estatuíta de marfil de una viviente y todopoderosa Adda-Nari, tocaba con sus cuatro brazos los cuatro puntos cardinales de mi universo. Y esto logró no por ciencias ni ardides, sino por fuerza de amor, ya que Dinah fué, en todo el transcurso de su vida breve, sólo una niña, una pobre niña enamorada!»

Calló un momento con grave melancolía el noble caballero, como si hiciera un esfuerzo para contener el tropel doloroso de los recuerdos que le asaltaban y continuó:

«Eramos perfectamente felices. Nuestra unión era tan profunda que hablábamos sin hablar, que nos besábamos sin besarnos, como en el verso sagrado.

Era la perpetua contemplación del sicomoro en el nítido cristal de la fuente escondida de la selva.

Yo me veía en ella y ella me veía en su seno: como en el viejo poema persa, éramos el uno para el otro:

«A la vez: el amor, el amante y la amada;
El espejo, la belleza y el ojo.»

Pero otros eran desgraciadamente los designios de Bhagavat. El hacha corva de Siva se alzaba en el misterio, silenciosamente, sobre el efímero arbolito de nuestra inmensa felicidad.

Como decía, éramos inseparables y esta inseparabilidad, anhelada embriaguez del amor, fué causa de nuestra desdicha. La felicidad debe esconderse como un tesoro, en el santuario más íntimo del hogar. Que jamás la envidiosa mirada de un extranjero recorra envidiosamente las hermosas rimas insustituíbles de aquel entrañable poema que dos almas suscitan al unísono.

El viejo Maharajá de Sindia, mi aliado, amigo y señor, que abrigaba al parecer por mí manifiesta predilección, me invitó en cierta oportunidad a una de aquellas fabulosas cacerías, que constituían el paliativo más intenso de su vejez.

Era el Maharajá un gran señor sibarita, de alma «dura y brillante como el diamante», que harto de una grandeza huérfana de amor, perseguía en el teclado casi afónico de su cuerpo gastado ese acorde definitivo, eterno y absoluto que sólo ciertas almas unidas llegan a producir. Y fué por su ministerio, en aquella malhadada y suntuosa cacería, que la asechanza latente de Siva, el destructor, se encontró con nuestra felicidad.

Era la más hermosa mañana de la India, lo que no es poco decir, y Dinah, en un caballo blanco y ligero como una nubecilla primaveral en el viento, estaba a mi lado.

Nunca mujer alguna, ni la misma Rhada, esposa predilecta de Krischna, tuviera igual poder de belleza que el que tenía mi amada, aquella mañana fragante erguida en su caballo blanco, dentro el marco esmeraldino de la selva.

Y se cumplió la voluntad inquebrantable de Siva.

El encanto de Dinah, la esclava, que iluminaba e ilumina para siempre mi alma, obscureció involuntariamente la del Maharajá, haciendo desaparecer de ella, los tradicionales y afectuosos fantasmas que nos unían, para no dejar en su reemplazo más que la deleznable imagen de un criminal cuanto imposible deseo.

Al terminar la cacería, ya extinguidas las ancestrales voces de la selva en el filosófico atardecer, me apercibí de ello, yo ciego, como todo perfecto enamorado, cuando el hasta entonces fraternal príncipe, nunca para conmigo celoso de autoridad, me dijo conminatoriamente:

— ¡Véndeme tu bella esclava, rajá!; la necesito. Te daré en cambio de ella lo que quieras, así fuese la mitad de mi reino.

— ¿Dinah? ¡Jamás! — le respondí con increíble angustia. — Dinah, aunque es aparentemente mi esclava, no lo es en realidad, sino más bien yo soy el suyo, y puedes saberlo Maharajá, señor mío, que no la trocaré, no digo por la mitad de tu reino, ni por toda la India maravillosa!

El astuto Maharajá no insistió ante mi visible impaciencia; guardó silencio, comenzando a fraguar sin duda, entonces, su tenebroso plan.

De regreso con Dinah a mi palacio, aquella noche, nos dijimos más que nunca cosas eternas, en la dulce terraza nuestra que bordea el lago, bajo la serenidad infinita y complaciente de las estrellas.

Pero, allá en lo más hondo, la inquietud, como la bola de nieve que rueda de las cumbres del Himalaya, se agrandaba en mi corazón. ¡Ay! ya veréis si era justificada!... Hoy que todo ha concluído para mí, y que en vano los años pretenden empujar mis recuerdos hacia el abismo, la sufro todavía, como en esa noche admirable, triste por su misma intensa felicidad. Así revivimos eternamente nuestros dolores que, a semejanza de un ácido corrosivo, pulen el metal del alma, pero la van gastando hasta confundirla definitivamente en el seno brillante de Alzara la luz-universo.

Pocos días después de aquel suceso recibo del Maharajá invitación de presentarme en su palacio, por asuntos, así decía el mensaje, relacionados con la propia seguridad del Estado. Y esta vez fuí solo, arrancándome de Dinah, en cuyos ojos de terciopelo, que se esforzaban por sonreirme, aparecían, ingenuos en su pristina claridad, los primeros diamantes del desconsuelo: las lágrimas.

Fué con el corazón nublado por el presentimiento, ese agorero pájaro del destino, cuya voz es de acero, que emprendí el viaje al palacio del Maharajá, distante cerca de una jornada del mío. Allí me esperaban, agazapadas en la sombra, como dos panteras gemelas, la traición y la felonía.

Mi presentimiento tomó cuerpo cuando, llegado al palacio, el chambelán de su majestad me comunicó que mi poderoso señor había tenido que ausentarse de improviso, pero que no tardaría en volver, rogándome a la vez que le esperase, pues le era de urgencia hablarme.

Grande fué mi cólera al descubrir la por demás visible superchería del Maharajá. Intentaron cortarme el paso, pero la tradición es planta arraigada hondamente en todo verdadero pecho hindú y nadie se animó a atentar contra la sangre que yo representaba. Mis heroicos muertos ancestrales estaban conmigo. Partí, pues, de inmediato, puesta la mente en mi Dinah maravillosa, contra cuya incorruptible belleza se ejercían sin duda, entonces, los repugnantes ardides de un innoble deseo.

No fué carrera la mía, sino más bien un vuelo al través de la selva. Quedábanse atrás mi séquito y mi orgullo, como iban delante mi amor y mi angustia. Mi pobre caballo extenuado, sin que mediara ni látigo ni espuela, comprendiendo el peligroso trance en que me hallaba sacó fuerzas de flaqueza y fué en esa circunstancia ligero como un suspiro. Así en las humildes bestias cariñosas suele hacer milagros la dulzura del hombre.

Cuando llegué a mi casa amanecía. Un absoluto silencio reinaba en mis dominios, y me pareció que hasta los pájaros se callaban como al anuncio de una tormenta inminente.

ILUSTRACIONES DE LÓPEZ NAGUIL

Con creciente alarma, al penetrar en el peristilo, no encontré en él el cuerpo de guardia que allí debía estar día y noche.

— ¡Dinah! — exclamé — ¡Dinah! Y mi voz resonaba lúgubre en los corredores desiertos. Así llegué hasta mi habitación, la más íntima, aquella que es como la visible conciencia del hombre, donde se sueña, donde se ama, donde se muere.

Era, como dicen los occidentales, mi paraíso, yo diré más bien el Nirvana infinito de Bhagavat.

Al entrar en la estancia, el corazón se me regocijó, ¡oh engañoso y cruel apaciguamiento!

Más hermosa que el lucero de la mañana al reflejarse en la cristalina línea de la fuente escondida, reposaba Dinah sobre el lecho de púrpura.

Su palidez era extrema pero sus ojos eran más dulces que la hidromiel que hace olvidar las penas.

Filtrábase una tenue claridad perfumada entre las persianas bajas, y el espíritu de la estancia era sereno y fresco como una flor de loto.

— ¡Dinah! — le dije — me has hecho suspirar hasta morir!

Y ella, con una voz más leve que el murmullo del céfiro en los arrozales, me contestó:

— Y yo por ti me muero suspirando; y el mal es irreparable; que la paz de Brahma recoge mi suspiro, y su mano todopoderosa te brinda en buena hora la delicada copa del olvido. ¡Amor mío, me muero por tu amor! Puedes besarme en la boca, que ella y mi corazón son siempre tuyos. No así el resto de mi cuerpo, mancillado por el Maharajá tu señor. Pero no temas, el veneno que corre por mis venas le purificará como el fuego, y seré en la integridad de mi conciencia, siempre, por los siglos de los siglos, en la luz, en el aire y en el agua, flor, perfume o nube, Dinah, tu esclava!

Así dijo la dulce voz y por primera vez su acento, siempre tan armonioso, fué más terrible y horrísono que el trueno que delata el rayo destructor.

Nada hice para espantar a la muerte que llegaba; el cuerpo de Dinah ya no me pertenecía, pero sí su boca y su corazón, su cabeza admirable, sus ojos de terciopelo...

¡Nos besábamos infinitamente por toda la eternidad! Aun guardo en mis labios amargos el sabor de aquellos besos definitivos que nunca volverán. Y en aquella mañana incomparable, trémula de juventud, Dinah, mi reina y mi esclava, expiró en mis brazos.

No describiré el dolor de una ausencia que para mí no ha tenido nunca lugar. Dinah sigue siendo mía; su alma luminosa brilla siempre sobre mi universo, y es para mí la esencia de la luz, la forma tangible de la intangible Alzara.

Después de sumergirme como en un pozo en el éxtasis profundo de mi propia contemplación, consultando, según Viara aquel Dios que llevamos adentro vigilante, fuí otro hombre, y ajeno a toda preocupación material fragüé la venganza que diera paz a mi espíritu.

Las últimas palabras de Dinah sonaban como un consejo, persistentes a mi oído, y sin titubear, automáticamente, me llevé lo que seguía siendo mío, lo no profanado, lo sin mancilla, donde sin duda alguna mi imagen estaba presente todavía: la cabeza; la incomparable cabeza de Dinah, bella como la luna, que corté de un solo tajo de mi cincelado alfanje.

Intacta, gracias a un viejo secreto de la selva, es ésta la cabeza de *cera* que habéis visto en este cofre misterioso. Mi compañera inseparable, mi Dinah, la que me habla en el silencio de la noche, y vive en mí, más que mi propio espíritu: como una esencia, como un arrullo, como un suspiro...

— ¿Y el cuerpo? — pregunté — ¿el admirable cuerpo envenenado?

— Esa fué mi venganza — prosiguió el caballero. — Colocado en dignísimo cofre, espléndidamente desnudo, reposando en la familiaridad de la seda, pero llevando oculta misteriosa potencia de maleficio, lo envié de regalo al Maharajá, con esta misiva:

«Señor: este cuerpo te pertenece, aquí le tienes. Yo me guardo lo mío: el alma y la incontaminada cabeza.»

Y al día siguiente me alejé de la India maravillosa, para nunca más volver.»

Calló el rajá, y mi espíritu absorto guardó el silencio propicio a la fantasía.

De pronto, en el recogimiento de la media noche, subió nuevamente hacia las estrellas aquella extraña melopea con que se inicia esta historia, aquel exótico canto, quejumbroso llamado, trémulo de dulzura que culminaba en esta única e inteligible modulada con precisión, con alma: ¡Dinah! ¡Dinah! Y el caballero de la cabeza de cera cumplió su amoroso rito en mi presencia.

Aquí termina mi historia, pero todavía llevo ardiendo en el alma, como dos estrellas sonámbulas, las orientales pupilas de Dinah, la esclava.

«LA VIRGEN DE GUTUR».

EL PINTOR JOSÉ CRUZ HERRERA.

«MORITO AGUADOR».

«CARNAVAL INFANTIL».

«MÚSICA ÍNTIMA».

«DIVERSOS TRAYECTOS».

«VALENCIANA».

«EN EL CAMERINO».

«EL GILDO».

PINTORES ESPAÑOLES
CRUZ HERRERA

ENTRE los jóvenes pintores españoles que siguen la venerable y hermosa escuela nacional, ocupa un alto puesto José Cruz Herrera. Su pincel vigoroso no se dejó imbuir por los atrevimientos de modernismos malsanos, tan comunes en la juventud artística. Pintar del natural y para el natural fué el deseo ardiente de Cruz Herrera. Desde muchacho inició su aprendizaje en los estudios de dos maestros: Cecilio Pla y Juan Aciago. Allí supo aprender de ambas delicadas técnicas, creándose su estilo propio.

José Cruz Herrera es andaluz gaditano; conoce y ama el color pródigo de su patria chica, y lo traslada a sus cuadros, dibujados sobriamente bien. Aunque algunas veces rindió culto a su tierra

«MILAGRITO».

«LA DORA».

«MARIQUILLA LA DEL CHETE».

«AMOR TRIUNFA».

pintando hermosos paisajes, se dedica al género costumbrista con predilección.

Tipos populares, como «El Gildo», el «Morito aguador» y «En el camerino»; parejas amorosas, verdaderos dúos apasionados, como «La madre», tela donde el viejísimo tema del amor maternal hállase expuesto original y suavemente, «Amor triunfa», linda fantasía también trabajada sobre un antiguo asunto, son obras donde el pintor hace alardes de colorido firme.

La exposición que de sus últimos cuadros inauguró el día 26 en los salones Witcomb importa un triunfo para este notable artista, de quien el público argentino no conocía aún sino lienzos separados.

Muchas y excelentes exposiciones de autores españoles han tenido ocasión de visitar los «amateurs» porteños, mas puede decirse que muy pocas poseían la unidad graciosa y atractiva de la que presenta el joven artista

«ANTES DE LA CORRIDA».

«PRIMAVERA E INVIERNO».

«CURRILLO DE LAS FLORES».

«LA MADRE».

DEL PANORAMA LOCAL

BELISARIO ROLDAN
ILUSTRACIONES DE SIRIO

HE aquí un país — tengamos el valor de decirlo — de cuyo seno está proscripto el romance... Solamente el afán de lucro inspira y mueve las energías del conjunto. ¡Dinero, dinero! Si se excluye la pasión religiosa, fácilmente perceptible en ciertas esferas de la sociedad, ¿qué otra pasión que la de acumular podría señalarse en la colmena inquieta y febril que nos rodea? ¿Es que entre nosotros alguien muere o mata, verbigracia, por su dama? Búsquese la tragedia en el fondo de nuestra vida y se la encontrará, es cierto, pero siempre originada por un interés material y dentro de un triángulo de hierro cuyos tres vértices se señalarían con la misma palabra: oro...

Si una nota roja ensangrienta la crónica diaria de los bajos fondos de nuestra sociedad, no es preciso requerir mayores informaciones para integrar los detalles del cuadro: es una taberna, una mesa, sobre la mesa unas copas y entre las copas un naipe... Y de ahí no salimos. La pincelada pasional está ausente del cuadro. Por eso la novela o el drama que pretenda reflejar el ambiente local tiene necesariamente que adolecer de monocordismo. La materia prima de que disponemos no da sino para construir episodios económicos. La figura del hombre que jadea tras de la fortuna material; la del nuevo conquistador que quema sus naves como el otro y se echa de bruces sobre el afán de *hacer la América;* la del aborigen de buena clase para quien el único tema de conversación en la tertulia elegante o en la comida fastuosa es el precio de las vacas o el valor de las tierras; la del muchacho desorbitado que finca en un matrimonio de conveniencias todas las esperanzas de su vida, y — para concluir — la del aventurero afortunado y enérgico que se vale de los guantes para disimular las callosidades de su mano...: he aquí los únicos *tipos* que es posible llevar al drama o la novela. Son, como se ve, siluetas similares y exentas de toda variedad. Se trata de una sola arquitectura psicológica. Es el mismo sujeto girando en diferentes capas sociales, pero siempre regido por el denominador común de la única pasión que estimula sus actividades. No habré de negar que es interesante como levadura artística la persona de ese recién llegado que dejó en la aldea remota, a donde nunca más volverá, los mejores recuerdos de su pasado, y cuya despedida de la madre, de la novia, del amigo, es en su propia simplicidad una página profunda de belleza y de ternura; no negaré que su ascención entre nosotros a fuerza de puños, substituyendo la propia ignorancia por la impulsión victoriosa de sus instintos, marca una parábola llena de atracciones para el novelista o el dramaturgo; pero convengamos en que el taller del artista reclama una variedad psicológica que decididamente no encontrará entre sus elementos el creador argentino...

¡Dinero, dinero! No existe otro rumbo en las energías locales. Y en cuanto a la pasión religiosa, carece de toda suerte de vehemencias. Es una pasión *blanca*, si así puede decirse, que huye de la controversia y se esconde en el templo.

Pensando en estas verdades elementales leo algunos juicios críticos que nuestro teatro — malamente interpretado en Madrid por una compañía de segundones — ha inspirado a algunos críticos de la coronada villa. Fuera preciso que esos críticos hubieran estudiado el ambiente argentino en sí mismo antes de analizarlo en aquella su derivación teatral.

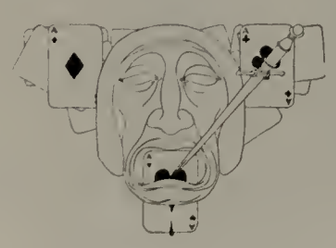
Habrían comprobado entonces cómo es inevitable para los autores, sobre todo si son sinceros en su visión del medio local, esa monotonía que advierten en su obra y esa ausencia de gamas psicológicas que les ha sido fácil advertir en la misma.

Preténdase ubicar entre nosotros cualquiera de los tipos benaventinos, por ejemplo, y saltará a la vista su inconsistencia real dentro de esta atmósfera: serían simples exotismos que el público aplaudiría como frutos de la imaginación del autor, pero nunca como expresiones de este momento argentino; sería un transplante artificial, tan efímero en su éxito como la vida de un árbol ajeno puesto en tierra impropicia a su raigambre.

Yo imagino la suerte que habría corrido en Buenos Aires, a haberse estrenado aquí, cualquiera de las obras del autor de *El collar de estrellas*. Y no creo excederme en pesimismo asegurando que ninguna de esas obras habría estado más de diez noches en el cartel...

Agreguemos todavía que el público argentino, formado de aluviones interminables, aumenta en valor numérico tanto como disminuye en poder comprensivo. El inmigrante que empieza a ponerse cuello limpio significa todas las noches para el teatro aborigen una platea más y una sensibilidad menos.

No. No es posible analizar la obra intelectual — sobre todo cuando se trata de una obra indefectiblemente vinculada al medio moral donde se escribe — sin estudiar primero ese medio y hundir en su entraña la mirada. Es a ese crítico a quien estamos esperando los argentinos.



TEMPORADA TEATRAL 1922

OFELIA NIETO

ESPAÑA ha sido en todo tiempo abundante de artistas, y especialmente de cantantes; y entre las voces que más ha dado al mundo, las de sopranos han llegado a la celebridad muchas veces. No citemos en prueba sino a la familia García, que dió los grandes nombres de la Malibran y la Viardot, ni mencionemos a la Patti y a la Barrientos; pero recordemos a la familia Nieto, de la que conocemos a Angeles y a Ofelia.

Hijas de un reputado médico de Santiago, las señoritas Nieto estudiaron música en su ciudad natal, y sobresalieron de modo tan extraordinario desde muy pequeñas, que nadie que las oyera dudaba de su porvenir.

La vocación de ambas por el teatro fué temprana, por cierto, e irrefrenable. Ofelia, sobre todo, revelaba dotes realmente superiores, y sometiéndose a la disciplina severa del estudio, pronto demostró una preparación natural sorprendente. Se presentó primero en los teatros de la península, y viajó después, por Italia y Portugal, distinguiéndose tan rápidamente, que desde luego consiguió ventajosas propuestas para actuar en América. Nos visitó así, hace dos años, en viaje a las naciones del Pacífico, y esta vez se nos presenta entre los más valiosos elementos del teatro Colón como una artista de merecidos prestigios.

Poseedora de una voz agradabilísima, extensa y sumamente sonora, su escuela denota la virtud rara de la medida y la proporción justa de los efectos, y el carácter líricodramático de sus cualidades vocales señala todavía aquella excelencia como un mérito mayor de refinado arte. Joven y bellísima, prestigia sus personificaciones con estas otras dotes; y delicadamente expresiva en la escena, comunica con los gestos de sus pequeñas manos infantiles una gracia exquisita a los personajes que representa. Ha sido ya aplaudida calurosamente en «Isabeau» y en «Tosca», y está encargada de realizar el papel de protagonista en la exhumación de «La Dolores», de Bretón. La señorita Nieto ha adquirido el derecho a los agasajos de nuestro público, y ha demostrado que su carrera artística le promete aún mayores triunfos.

MIGUEL FLETA

HA sabido destacarse entre los artistas venidos este año a tomar parte en la temporada lírica oficial, el tenor español don Miguel Fleta.

En Barcelona fué alumno de la Academia del Liceo, donde maestros y condiscípulos no supieron adivinar el oculto tesoro de su garganta, y tuvo que trasladarse a Italia para perfeccionarse con los maestros de la lírica y los profesores del tradicional «bel canto», ganándose el sustento con su trabajo, con su intervención en compañías de segundo orden y en representaciones ocasionales.

Sus primeros triunfos fueron obtenidos en los escenarios ya ilustrados por las celebridades más grandes del canto, con las óperas famosas del repertorio popular, pero no se impuso a la consideración de las empresas hasta que un gran compositor, Zandonai, lo eligió para crear el personaje principal de su última obra, «Giulietta e Romeo». Antes de hacerse cargo de ese papel, el joven tenor había conquistado éxitos valederos: pero el estreno de la referida ópera en el teatro Costanzi, a principios de este año, lo destacó decididamente, poniendo de manifiesto sus cualidades vocales y escénicas.

Su voz tiene un encanto particular de timbre; vigorosa, abundante y admirablemente homogénea, ha sido perfectamente preparada para la ejecución de los más difíciles pasos; con las notas centrales sonoras y bellísimas, demuestra de manera completa un órgano bien desarrollado, que al subir al registro agudo no cambia de apoyo ni modifica de calidad. Acostumbrado a la escuela italiana, en la que se acuerda excesiva importancia a la hermosura y extensión de las notas en detrimento del buen gusto y de la unidad de la melodía, tiene aún cierta tendencia a obtener efectos por medio de la habilidad vocal; pero su juventud lo explica todo, y se perfeccionará seguramente con los años, cuando comprenda que la música es el arte y no el canto. En el Colón ha obtenido ya varios éxitos, entre los que son de señalar los de «Carmen», «Tosca» y «Francesca da Rimini». Como es natural, tendrá a su cargo el extreno de «Giulietta e Romeo», que él creó.

EL ZORRO AZUL

CUANDO me encontré en las antesalas de aquella casa, tan elegante y hasta suntuosamente dispuesta, temí, por un momento, haberme equivocado. Eché mano a la cartera y volví a leer, en la duda, el anuncio que había recortado esa mañana, en un diario del día:

ZORRO AZUL — Hermoso ejemplar. Se vende por su precio o se regala. Avenida Tol, N.º...

Me tranquilicé al punto. No había error de mi parte pues me hallaba en el domicilio indicado. En el peor de los casos, para mí, una falla de imprenta me habría hecho efectuar un viaje inútil desde mi refugio lejano, situado en el extremo opuesto de la ciudad, y, quizás frustrara en mí, al mismo tiempo, la ilusión de hacerme dueño de un animal cuya existencia no había sospechado hasta entonces. También puede ser — pensé — que tampoco sea el tipógrafo el equivocado, sino el propietario actual del zorro, que lo adquirió y trajo a esta casa, sin calcular todas las molestias que su permanencia en ella produciría. No es imposible, por otra parte — seguí pensando — que ni siquiera el zorro tenga la culpa, sino que... a pesar de las apariencias... Todo puede ser... Un apuro imprevisto... ¡Vaya uno a saberlo!... Y por último, a mí ¿qué me importa? — terminé diciéndome, al caer en la cuenta de que efectivamente era así.

— Si el señor gusta acompañarme... — me dijo un criado apareciendo en el dintel de la puerta.

Y como yo le siguiera, me condujo, a través del vestíbulo, a una habitación vecina que resultó ser fumadero.

Me dí allí con un adusto señor de innegable distinción que, desde el diván en que estaba arrellanado, me invitó, después de responder a mi saludo, a tomar asiento en una silla contigua.

— A sus órdenes, señor — díjome en seguida.

— Señor — repuse: — Me he permitido molestarle porque un anuncio...

— Sí, ya sé — me interrumpió. — Usted está interesado en el zorro azul ¿no es así?

— Es así, en efecto — respondí, satisfecho de que fuera mi interlocutor, que no me era simpático, quien se encargara de abreviar la conversación.

— Muy bien, amigo. Tiene usted buen gusto. Y ¿cuánto podría ofrecer usted por él?

— No sé... según sea... veinte pesos... treinta... veremos...

El hombre saltó de su asiento y se me encaró, a medio metro de distancia, de pie:

— Pero ¿sabe usted, señor mío, lo que es un zorro azul?

— Pues... la verdad es que no he visto nunca ninguno... Pero es... o debe ser... imagino... un zorro con pelo de ese color.

— ¡No sea bárbaro, amigo, y disculpe! — exclamó el dueño de casa, sin poder contenerse.

Y sin darme tiempo a reponerme de la sorpresa que el exabrupto suscitó en mí, continuó:

— Un zorro azul, entiéndalo usted bien, no es un zorro cualquiera, capaz de despoblarle en una noche el gallinero. Es un zorro polar, bellísimo animal que es todavía más valioso que lindo. ¡Y por él ofrece usted veinte pesos!... ¡Es una irrisión!

— Confieso — dije, a manera de excusa, — que no sabía de lo que se trataba; pero, entonces ¿no es azul?

— No, señor. ¡Qué ha de serlo! ¿Cómo concibe usted un animal azul, azul marino o azul turquí? ¡Ni en la tintorería!

— Entonces, no me interesa.

— Mal pensado. Un zorro polar es algo más prodigioso aún. Su pelaje espeso, largo y lanoso — no cerdudo como es el de los demás de su especie — es casi negro en el estío y blanco en el invierno.

— ¿Es posible?

— ¡Como usted lo oye! De ahí que sea tan estimado en las comarcas glaciales de donde es oriundo, pues como allá siempre hace frío, los naturales del país se valen del zorro para saber en cual de las cuatro estaciones del año están, según que su pinta sea o no blanca, o se obscurezca o aclare.

— ¡Maravilloso! — exclamé, no dudando ya de que el irascible señor se estaba burlando bonitamente de mí; — pero lamento decirle — agregué — que ni aun cuando, además de señalar las estaciones, el zorro anuncie los eclipses, prediga el tiempo y hasta dé la hora, yo no lo compro y me voy.

El rostro del aristócrata reveló una gran decepción.

— ¿Por qué? — me preguntó, consternado.

— Pues... porque no puedo dar por él más de lo que he ofrecido y comprendo que vale mucho más — contesté, por decir algo.

— Bien. Yo necesito deshacerme del zorro de cualquier manera que sea — me replicó. — Si le he hecho a usted cuestión sobre el precio, es...

No pudo terminar. Una de las puertas laterales del fumadero se abrió en ese instante con estrépito y apareció en ella una joven hermosísima, inundada en llanto, que se dirigió, con las manos unidas en ademán de súplica, al que era por lo visto su marido.

— No lo vendas; no me prives, Leoncio, del pobre Gluck — imploró entre sollozos.

Ante la aparición de la dama, los ojos del esposo, al ir hacia ella, fulguraron con un brillo siniestro.

— ¡Clotilde! ¡Mala mujer! Te cuesta separarte de él ¿no es cierto? — exclamó con sorna.

— No seas cruel, Leoncio, no seas injusto — contestó ella, mirándole de frente.

— Ha de saber usted, caballero — vociferó el marido, volviéndose furioso hacia mí, — que si quiero eliminar de mi casa, a toda costa, este maldito animal, se debe a que él es... ¡el precio de una afrenta!... — ¡Miserable! — añadió, dirigiéndose a su mujer.

Yo me encogí en mi asiento cuanto pude.

— No crea usted, señor — me dijo entonces Clotilde, mientras se enjugaba las lágrimas. — La neurastenia le ha vuelto ahora celoso. Imagínese usted que este animalito me lo trajo de regalo el comandante Fulano, de la «Sarmiento», al regreso de la última travesía. Y a este tonto se le ha puesto que es porque me corteja, cuando apenas si lo veo dos o tres veces al mes.

— ¡Infame! ¡Y cómo disimula! — gruñó Lencio entre dientes.

En ese momento conocí al zorro, causante involuntario de este drama conyugal, que llegó en seguimiento de su ama.

Era, en verdad, un hermoso ejemplar, de no más de un metro del hocico a la cola, de un color gris intenso que se acentuaba al aproximarse al lomo, donde se tornaba azul profundo, casi negro, y de donde el largo pelo, fino y suave, caía distribuído en crenchas sobre los flancos.

Yo me enamoré de él al momento; mas no así el marido, quien, al verle, pareció enconarse más y me gritó, más que dijo:

— ¡Usted se lo lleva, señor! ¡Trato hecho!

— ¡No lo compre usted, señor! — me suplicó a su vez la esposa, tornando a lloriquear.

— ¿Te irás de aquí, víbora? — estalló el marido, plantándosele delante con aire amenazador.

Tan decidida fué su actitud, que la joven huyó medrosa a las habitaciones interiores.

Cuando el lindo animalito quiso seguirla, él lo sujetó por un hermoso collar de plata labrada que adornaba su cuello y que valía, ciertamente, un dineral. Y en esa forma lo entregó en mis manos.

— ¡Lo dicho dicho está! — exclamó algo apaciguado. — ¡Es suyo!

— Pero ¿el precio? — pregunté, confuso.

— Mantengo lo que digo en el anuncio — me contestó. — Si usted hubiera podido pagar los mil quinientos pesos que vale seguramente esta bestia odiosa, se la hubiera vendido, pues tenía hecho el propósito de donar su importe a la Liga de Protección a las Jóvenes; pero desde que no puede pagar su precio... ¡sostengo lo dicho!... ¡Se la regalo!

— Pero... el collar, al menos — objeté tímidamente.

— ¡Nada! — me replicó. — Se la regalo con collar y todo; pero márchese usted con ella al instante.

No me hice rogar, ni había para qué prolongar aquella incómoda situación. Acepté el obsequio, ofrecí mi tarjeta al raro personaje y eché a andar, escaleras abajo, arrastrando en pos de mí al curioso espécimen de la fauna polar.

— ¡Al fin dormiré tranquilo! ¡Gracias a usted! — alcanzó a decirme aún Leoncio, mientras yo descendía.

Tres días con sus noches estuve pensando y divagando en y a propósito de la extraña y ridícula aventura que me había hecho dueño de Gluck, en una forma tan rara y, sobre todo, económica; pero hubiera terminado, sin duda, por relegarla al último rincón de la memoria, a no mediar la circunstancia de que una tarde, en el momento mismo en que empezaba a olvidarla, se apareció en mi departamento, para evitar que así fuera, uno de los protagonistas: Clotilde.

Era uno de esos atardeceres aburridos, característicos del otoño porteño, húmedo, pegajoso, frío. Tendido en una mecedora, mientras Gluck descansaba sobre una piel de tigre a mis pies, yo distraía mi soledad leyendo un capítulo de Budha, acerca de las mujeres: «La mujer anhela mostrar su figura y su talle, ya al andar, ya de pie, ya sentada o bien durmiendo. Hasta reproducida en pintura desea cautivar por los encantos de su belleza y robar así a los hombres la firmeza de su corazón. ¿Cómo debéis guardaros?»

Sobre esta grave cuestión, sobre cómo puede uno guardarse de la mujer, meditaba yo con hondo recogimiento, sumido en las cuatro verdades salvadoras del Dharma, cuando de improviso, abriéndose la puerta, apareció Clotilde, destacando su silueta sobre el rectángulo luminoso del marco.

— ¡Esta campanilla no funciona!... ¿No hay nadie aquí? — preguntó desde el umbral, al no distinguir de pronto los objetos en la penumbra de la habitación.

Gruñó Gluck al oirla y ella, que le echó de ver, se precipitó hacia él, arrodillándose a su lado, abrazándole y llamándole con los más tiernos nombres, que repetía al acariciarle, haciendo caso omiso de mí.

— ¡Queridito! ¡Lindo! ¡Ricura! ¿No te acordabas ya de tu madrecita? ¡Malote! ¡Y he ahí que tu madrecita viene a visitarte, porque no puede vivir sin ti! ¡Precioso mío! ¡Encanto!...

Confieso que hubo un momento en que me olvidé de la sabia admonición del Bhagavat y hasta deseé hallarme en el pellejo del zorro, aun a trueque de tener que reiniciar el ciclo de mis encarnaciones; pero me repuse al punto, confortándome con las santas palabras del Bienaventurado: «La pasión anubla el corazón del hombre cuando se deslumbra por la belleza de la mujer, y su espíritu está entonces desamparado».

Entretanto, satisfecha al fin la ternura de Clotilde, se irguió y encaró conmigo para excusarse y explicarme, con garrulería y volubilidad infantiles, el paso que acababa de dar. No era vida la que llevaba sin Gluck, y hubiera muerto seguramente de pena, desesperanzada de volverle a ver, si la casualidad no hubiese querido, esa mañana, que hallara mi tarjeta con mis señas en el escritorio de su esposo. No había vacilado. Todo lo arriesgaba por su «queridito»; pero, no: no arriesgaba nada. Ella sabía, no sé cómo, que se hallaba en casa de un caballero.

— ¡Ay! ¡Pero si Leoncio lo supiera!... ¡Me mata, señor, me mata!... ¡Y a usted también!... ¡Y a Gluck!... ¡A todos!... ¡Nos mata sin piedad!...

Yo no sé por qué miré sin querer hacia la puerta, que había quedado abierta, mientras hacía lo posible por infundir a Clotilde un coraje que yo no poseía. Mi alma, en efecto, vacilando entre dos temores, estaba llena de miedo. Si cerraba la puerta hallándose adentro aquella hermosa mujer, corría el riesgo de perder el rumbo de las Seis Direcciones; si la dejaba abierta... ya me parecía ver a Leoncio presentándose en ella. Opté por cerrarla.

Después de esto, Clotilde se mostró más razonable; aceptó un ponche, se arropó en mi manta y hasta me pidió que le obsequiara un pequeño Budha de marfil que vió en mi velador; pero no pude convencerla de que había cometido una imprudencia y de que, si llegaba a saberse que había estado en mi casa, el hecho podría tener para ella muy graves consecuencias.

— No se sabrá porque usted guardará el secreto ¿verdad? — me preguntó, poniéndome familiarmente las manos en los hombros y mirándome candorosamente a los ojos.

Si el Santo, el Budha, penetró en ese instante en mi corazón, seguramente ha gravitado un segundo sobre mi cabeza la maldición de los réprobos.

— Nada diré — repuse; — pero... ¡márchese usted!... Es tarde...

— Está bien — me contestó. — Me iré ya; pero usted me prometerá antes que un día a la semana, por lo menos, yo podré venir a visitar a Gluck.

Consentí, obligado por las circunstancias, y así fué. Clotilde inició sus visitas semanales con puntualidad ejemplar, que extremaba cada vez más, pues antes de un mes las visitas fueron bisemanales, trisemanales luego y finalmente diarias, por exigirlo así el inexplicable amor que profesaba al bendito zorro polar.

Diariamente, pues, mientras tomábamos el te que ella misma preparaba entonces, yo, fiel a mi doctrina — en la que la inicié sin lograr hacerla adelantar un paso en el Octuple Sendero, — trataba de hallarle ubicación en mi casa y a mi lado como madre, hermana o hija, según ordena el precepto; pero mi Karma se oponía a que pudiera reconocerla en ninguna de estas tres condiciones.

Perseveré, no obstante, y en ello estaba un día, cuando me anunciaron que un amigo deseaba verme.

Era la hora en que solía llegar Clotilde y me urgía despachar cuanto antes al importuno visitante.

— Hágale usted pasar — dije a mi criado.

No fué poca mi sorpresa — llamémosla así — cuando segundos después se presentó Leoncio.

— Señor — me dijo, mientras yo moría al recordar la fatídica predicción de Clotilde: — vengo a comprarle por lo que pida el zorro azul que le regalé.

No pude contestar al punto. En un instante me había visto muerto junto al cadáver de Gluck, mezclada con la mía su sangre no menos inocente, y me costaba trabajo recobrar el habla.

— Muy bien, señor — pude decir al fin.

— ¿Cuánto pide por él?

— Nada, señor... Es suyo... Lléveselo usted... — contesté, sin darme cuenta de lo que decía.

— De ninguna manera — protestó mi inquietante interlocutor, con su rudo acento habitual. — Fije usted un precio.

— Pero ¿por qué ese empeño? — me atreví a preguntar. — Usted no quería antes a este animal...

— Es verdad; pero las circunstancias han cambiado. Yo he sido un bruto y mi mujer es una santa. Felizmente no es tarde todavía para reparar el mal que le he hecho... Pero esto no le interesa a usted. A mí, en cambio, me interesa saber cuánto pide usted por el zorro. Me lo llevaré en seguida.

Tranquilizado y dueño ya de mí mismo, contesté entonces con aplomo:

— No quiero ser menos gentil que usted, señor: se lo regalo.

— Es usted un terco — prorrumpió mi visitante; — pero no lo es más que yo. Si usted hubiera podido comprar el zorro cuando se lo dí — añadió — yo le hubiera pedido por él mil quinientos pesos. Eso es lo que vale y eso es lo que pago. ¡Ea! ¡Aquí tiene usted!

Y así diciendo, depositó sobre mi mesa un cheque que traía ya extendido, tomó del collar a Gluck y se dispuso a salir.

Comprendí que no había nada que hacer.

— ¡Un momento, señor! — le supliqué, recogiendo el cheque, que endosé rápidamente y le devolví, diciéndole: — Me permito rogarle que lo haga llegar usted a su destino.

— ¿Qué quiere decir esto? — me preguntó arrugando el ceño.

— Nada — respondí: — lo he endosado a favor de la Liga de Protección a las Jóvenes.

El gran señor me miró con sus ojos crueles tan amablemente como pudo, guardó el cheque y, haciéndome crujir la mano en un cordial apretón de despedida, exclamó, sujetando a Gluck:

— ¡Adiós! ¡Es usted un hombre de bien!

Al día siguiente, entre dos tazas de te, Clotilde, que acudió a casa en busca de no sé qué chisme olvidado, me refirió el proceso y la escena de la reconciliación, sin omitir, siquiera, detalles que no me interesaban. ¿Por qué lo haría?... Lo ignoro. Sólo sé que, desde aquella tarde, la beatitud del Nirvana es, para mí, un sueño inaccesible...

SEÑORA
MAGDALENA CASTRO
de ORTIZ BONALDO
OLEO de JOSEPH HEIN

«LA GALLINA CIEGA», CARTÓN DE GOYA.

CUADROS DE ESPAÑA

LOS · GENIALES INTÉRPRETES DE · GUADARRAMA

El invierno moderó sus furias; las jaras quieren comenzar a florecer. Desde lejos (desde el balcón del palacio real o desde los altozanos de la Moncloa) el Guadarrama es como una nube azulina y flotante en cuyo borde, rozando el cielo, blanquea una franja de nieve.

Espectáculo indispensable, fondo de telón perpetuo, norte y mira y obsesión de Madrid, ¿cómo ha sido vista esa sierra sin igual por los hombre urbanos? Olvidemos las injurias y el terror supersticioso que la gente de Madrid ha destinado siempre al Guadarrama, nido de pulmonías y origen de todo estornudo. El Arte, por fortuna, no ha sido ingrato para las montañas de blanco y azul que cierran maravillosa y majestuosamente el horizonte madrileño.

Dos poetas y dos pintores han interpretado con especial predilección el Guadarrama. El Arcipreste de Hita es uno de los poetas y el marqués de Santillana el otro; Velázquez y Goya son los pintores. Diferentes en época, en cultura y en temperamento, ¿podrá nadie sorprenderse de que las cuatro interpretaciones sean tan distintas?

Juan Ruiz, el sano, recio, material y penetrante Arcipreste de Hita, adopta frente al Guadarrama la actitud que es en él habitual e incorregible: la risa y la broma. Sabría rimar cántigas y pastorelas como tantos otros poetas contemporáneos; ha leído a Virgilio; conoce los clásicos profundamente, por más que lo disimule bajo su chocarrería cotidiana. Pero en vez de cántigas pulidas, al Arcipreste le brotan carcajadas y anécdotas de un humorismo cerril. El viento frío de las cumbres y las ascensiones por los grandes lomazos no hacen más que estimular su apetito, y también su buen humor; en cuanto a las vaqueras, aunque tal vez le estimulan otros apetitos menos confesables, sólo consigue de ellas bufidos, burlas.

Todo al contrario, el marqués de Santillana interpreta la sierra al modo pulido de los troveros contemporáneos. Se dirige a las quebradas y cumbres del Guadarrama como lo que es, como un gran caballero y cortesano, como un guerrero y galanteador. Así como al Arcipreste las pastoras se le convierten en agresivas, feroces y chatas vaqueras, el marqués hace de las pobres vaquerizas verdaderas pastoras de idilio galante.

Allá en la vegüela
a Mata'l Espino,
en ese camino
aue va a Lozoyuela,
de guisa la vi
que me fizo gana
la fruta temprana.

Garnacha traía
de oro presada
con broncha dorada
que bien parecía.
A ella volví
diciendo: "Lozana,
¿e sois vos villana?..."

Tal vez nadie hasta hoy ha sentido y expresado la sierra de Guadarrama como Velázquez. Verdaderamente es el prócer pintor sevillano quien de una manera sublime (la manera velazqueña por antonomasia) infunde vida estética y representación nobiliaria a ese macizo montañoso céntrico vertebral de la Península. Los fondos paisajistas de los cuadros han podido ser perfectamente convencionales hasta ahora, árboles y colinas, praderas y ríos remansados, en el taller del pintor, de memoria y sobre patrones convenidos, se han pintado siempre. Pero desde Velázquez ya no podrá esto repetirse impunemente. Porque el gran artista, impresionado por lo que sus ojos ven todos los días desde las ventanas del palacio del rey, ha comprendido que sería estúpido pintar de memoria ese trozo de naturaleza, el paisaje, que posee tanto valor, tanta importancia en un lienzo como las mismas personas humanas. Y así, cuando hace un retrato, aunque la persona sea de tanta calidad como el propio rey, su señor, asigna al fondo paisajista del cuadro ni más ni menos la misma consideración que al retratado.

Velázquez pone en sus lienzos el paisaje que le es habitual, el que más frecuenta y vive. Es ese trozo de campo que se extiende al norte y a poniente de Madrid desde el palacio hasta el Guadarrama.

Ahí está el retrato del príncipe Baltasar. Caballero y caballo adquieren una pompa singular mediante la colaboración del país que se divisa al fondo. Ya no se trata del *fondo* obligado en toda pintura; no es la ventana por la que asoman los árboles, las colinas con algún castillo torreado, el cielo de limpio y encantador azul. Ahora Velázquez pone a su retratado en mitad de una suave ladera, en pleno aire y a plena luz; aire y luz envuelven a las figuras; el cuadro entero es luz y aire vivientes. Estamos en un monte, probablemente el monte de El Pardo. El terreno se desliza sinuoso.

Busquemos ahora a Goya. Hundámonos en el sótano, donde se ha reservado unos compartimentos. Los cartones para los tapices nos asaltan al paso, nos detienen; necesario es obedecer al mandato imperativo de esa multitud de figuras que nos hacen desde las paredes los más varios, pintorescos y encantadores gestos.

Ahí también aparece el Guadarrama en ese pintor que trabaja en Madrid y que ama el campo grave, cenceño, a ratos lindo y como nada riente. Pero los cartones para tapicería no son obras de cuya veracidad necesitará responder el pintor. Son creaciones caprichosas, de mera imaginación y trabajadas al vuelo de la fantasía. El Guadarrama que ahí vemos ya no es la sierra exacta y a la vez sublime de Velázquez, sino un Guadarrama algo arbitrario, como propio de quien pinta fácil, alegremente, unos cuantos motivos de decoración.

El Guadarrama de «La Vendimia» es harto convencional; un ancho y fértil valle de viñedos se tiende al pie de las azuladas montañas recordando más que los pobres y fríos pastizales guadarrameños, la fecundidad y lozanía del valle del Tietar, al pie del largo macizo de Gredos.

«EL PRÍNCIPE BALTASAR», POR VELÁZQUEZ.

JOSÉ MARIA SALAVERRIA

Las Madres

No hay sentimiento comparable en el corazón humano al amor de las madres por sus hijos. Las mujeres con la sensibilidad propia del sexo femenino, exhaltan ese amor hasta su más alto grado, amor en el que no existe egoismo; un amor todo ternura, todo delicadeza, sin arrebatos, sin impaciencias, y tan grande, tan hondo, que solamente las que tuvieron la dicha inefable de tener hijos pueden apreciarlo. Ese amor no desmaya, no se aminora en el transcurso de la vida; antes por el contrario, parece acrecentarse, y sabe irevolucionando a medida que la hija se hace mujer, que el hijo se hace hombre... Primero es el amor tierno, el que protege, el que rodea al débil ser con los más solicitos cuidados: el amor temeroso, el que continuamente parece querer detener el más mínimo mal que amenace al ser adorado... Luego viene la edad de la amistad, del compañerismo, en que la madre y la hija son hermanas, y el corazón materno trata de rejuvenecerse para acercarse más a ese corazón que nace a la vida, que comienza recién a latir... y cuando las primeras penas, los primeros dolores van a herir el alma del hijo, ¡es la vida entera de la madre la que se funde en ese dolor para compartirlo, para aliviarlo!... No hay momento de la vida en que el corazón materno no vigile ansioso el curso de la existencia de los que son pedazos de su alma, y cuando una separación forzosa aleja de sí a sus hijos, en pos de ellos va su pensamiento y su espíritu...

La madre argentina es particularmente amante de sus hijos, salvo dolorosos casos en los que se les abandona en absoluto a manos mercenarias para tener mayor independencia mundana. Vemos así en estas páginas mamás pertenecientes a la más alta aristocracia, orgullosas de sus hijos, luciendo su juvenil belleza junto a las caritas de sus bebés, verdaderos muñecos con vida, que son su más preciado tesoro y su más bella ilusión del porvenir.

Rexana

SEÑORA MARÍA LUISA DEMARCHI DE GALLARDO.

SEÑORA JUSTA DOSE DE ZEMBORAIN.

SEÑORA ANGELA DE ALZAGA UNZUÉ DE GONZÁLEZ GUERRICO.

SEÑORA MARÍA MURGA LYNCH DE FRERS.

SEÑORA MARÍA TERESA PEARSON DE ALZAGA.

SEÑORA AGUSTINA GARCÍA MANSILLA DE MANTILLA.

SEÑORA MERCEDES QUINTANA DE SANTAMARINA.

«Son mis ensueños materializados por el lápiz y el cincel» — dice el ingeniero arquitecto Mario Palanti.

En un rincón del estudio hay una obra escultórica que cautiva la vista. Está llena de fuerza ascensional y de gracia rara. Palanti la explica:

«Alma de héroe» se titula. Me inspiré en la glorificación del sacrificio sublime, en la divinidad del ardimiento humano, plasmado en la encarnación del poderío del águila elevándose hacia las alturas infinitas. El cuerpo está muerto, pero el alma vive y palpita con la más pura pasión de amor patrio. Es un vuelo de adiós a la patria; es un intento de materializar el esfuerzo humano luchando por la conquista de la inmortalidad, y su triunfo sobre la insidia y el terror; es el símbolo potente y ágil del águila «que separa y une los espacios y la tierra», el más antiguo y el más moderno de los símbolos elegidos para representar la fuerza y la belleza; es el natural conjunto del águila y del cuerpo humano elevándose hacia la morada donde ha de recibir el héroe su divina recompensa.»

«Y este centauro erguido sobre una roca — añade con cálida palabra — representa el poderío incontrastable del genio unido a la intraducible «hardiesse», y puestos al servicio del ideal. Su actitud lo muestra próximo a alzarse en algún soberbio esfuerzo renovador de mitológicas hazañas. He querido que su figura sea a la vez bizarra, imperiosa y fuerte. Es el genio dominador, cuya mirada ilumina el porvenir y redime el presente.»

El ingeniero Palanti habla entusiasmado, sin ademanes teatrales, con modestia. Es un artista consciente, uno de esos artífices italianos cultores de las tradiciones espléndidas de su patria. Hay en él noble orgullo, no frágil vanidad. Joven y entusiasta, de gran ilustración científica y artística realiza en nuestra metrópoli una labor de progreso.

Si él pudiera realizar todos sus ensueños arquitectónicos, tendríamos muchas obras monumentales. Ved, si no, ese anfiteatro de conciertos clásicos, edificio que Palanti comenta así: «Se trata de una amplísima sala para audiciones musicales y espectáculos líricos, cuya estructura y aspectos exterior e interior han sido imaginados para crear el ambiente propio, necesario y natural que requieren. La sala no afecta la forma común de los recintos construídos hasta ahora para espectáculos. Es un verdadero anfiteatro, inspirado en los teatros romanos, con estas diferencias: que en lugar de ser a cielo abierto está techado, y en vez de tener a la naturaleza por escenario tiene un proscenio artificial, impuesto por las circunstancias, y cuyo decorado simularía lo más a menudo la sencilla línea del horizonte. Su capacidad es de cuatro mil personas, lo que da idea de la importancia que tendría este coliseo. El ambiente medioeval imaginado se adapta perfectamente al misticismo de la música wagneriana; es realmente su atmósfera especial. Las curvas cóncavas y convexas de bóvedas y arcadas refuerzan la acústica».

Junto a los bocetos de esta obra hemos visto otros. Hay un castillo de florida y elegante presencia que, inmediatamente, nuestra imaginación eligió para el día que la fortuna nos haga «noveaux riches». Quizás ese castillo no tenga nunca castellano, pero es un primor de esbeltez y de gracia. Quizás sea andando el tiempo donde Palanti tenga libres sus horas para soñar a golpes de cincel y trazos de lápiz.

INTERIOR Y FRENTE DE UN ANFI-

TEATRO DE CONCIERTOS CLÁSICOS.

OBRAS Y PROYECTOS

EL CENTAURO EN LUCHA.

ALMA DE HÉROE.

LA LLAMA DEL GENIO LATINO.

DE LA VIDA

PASAD...

INQUIETA

PASAD...

POR EDUARDO ZAMACOIS
ILUSTRACIONES DE VITTORIA

Flaco — más flaco que nunca — metido en un gabán de pieles y convaleciente de una pulmonía, acabo de ver en una calle de Madrid al poeta y diplomático brasileño Jarbas Loretti da Silva Lima, a quien conocí en Quito.

Alto, seco y cetrino, siempre algo inclinado hacia adelante en un gesto distinguido y cordial, Jarbas Loretti me explica las razones de su viaje a España, donde querría establecerse. Tendrá cincuenta años. Su palabra es vivaz, sus manos huesudas practican la elegancia envolvente de los ademanes pausados, y tras sus espejuelos de oro, sus ojos verdosos nos observan con esa dulzura que infunde a la mirada la miopía. Viste sombrero blando, de color gris, botas de charol, pantalón obscuro a rayas, y un momento en que su gabán se ha entreabierto, vimos bajo el chaquet, bien ceñido al talle elástico, un chaleco de terciopelo negro, con flores rojas, que trajo a mi memoria los chalecos — tantas veces recordados — de Gautier y de Barbey d'Aurevilly.

Durante mi permanencia en Quito, Jarbas Loretti, a la sazón ministro del Brasil en la República del Ecuador, iba a visitarme al hotel casi todos los días, y su amable charlar, y aquel énfasis con que solía recitarme versos de los grandes poetas clásicos portugueses, proporcionábanme ratos muy agradables. ¡Bien se echaba de ver que anduvo mucho por el mundo! Era distinguido, era afectuoso, con ese deseo de sociabilidad que caracteriza a los solterones, y había en su voz una tristeza persuasiva de súplica.

A Jarbas Loretti le sorprendía hallarme siempre rodeado de amigos. Una tarde en que, por casualidad rarísima, no había nadie me lo dijo:

— ¿Cómo se las arregla usted para no estar nunca solo?...

No supe qué contestarle; yo, verdaderamente no hacía nada. El insistió:

— ¿Realmente no hace usted nada?

— No — repuse — como no sea recibir amablemente a cuantos camaradas se acercan a mí.

El exclamó con expresión distraída y mirando a su alrededor, como dialogando consigo mismo:

— ¡La amabilidad es buena, pero no basta! Amable soy yo y vivo aislado...

Abismóse en una rememoración que le tuvo callado larguísimo rato. Después prendió un cigarrillo y continuó:

— No puede usted imaginarse cuántos esfuerzos he hecho para rodearme de afectos que me ayudasen a olvidar un poco el fastidio de los días. A poco de llegar aquí, intenté convertir mi casa, que es grande y alegre, en una especie de club. Para conseguirlo estaba resuelto a gastarme el dinero que fuese preciso: además disponía de un cocinero excelente. Organicé algunos bailes a los que asistieron las familias de mayor viso de la ciudad, y empecé a dar comidas. Aquellas reuniones al principio fueron muy animadas; luego, sin motivo ninguno, poco a poco decayeron, y volví a quedar solo. La ciencia de mi cocinero no me sirvió de nada. Yo le aseguro a usted que en mi casa reinaba la mejor libertad; el piano era bueno, los muebles cómodos, y en mi bodega había vinos de marca... ¿Cómo explica usted, dadas estas circunstancias, que todo el mundo huyera de mí?... Para concluir le diré que algún tiempo después tuve que hacer un viaje a Río de Janeiro, se lo participé por carta a mis amigos saludándoles y despidiéndome de ellos, y cuando llegué a la estación tuve la pena de comprobar que nadie... ¿oye usted bien?... ¡nadie!... había ido a decirme adiós.

La sinceridad con que mi colocutor se dolía de su incomunicación, me interesó. ¿Por qué las gentes parecían esquivar el trato de un hombre que habitaba en casa espaciosa y confortable y era simpático, y se desvivía por dar bien de comer a sus invitados? ¿A qué causas arcanas atribuir aquel retraimiento? ¿Qué misterio había allí?

De pronto comprendí: la razón, bañada en luz meridiana, aparecía a mis ojos.

— ¿Cuántos años hace que vive usted en Quito? — pregunté a Loretti.

— Once años.

— ¡Once años! — repetí. — Entonces, ¿de qué se extraña usted?... Lo extraordinario, lo asombroso y sin precedentes, sería tener amigos en una ciudad donde se ha permanecido tanto tiempo. Yo estoy rodeado de amigos porque llegué hace pocos días, y todavía no han podido cansarse de mí, y saben que me marcho pronto. ¡Pero la situación de usted es otra! ¡Once años!... ¿Usted cree que los hombres aciertan a fabricar amistades de tanta duración? No: ni las hay, ni las hubo; y lo demuestra el que Orestes y Pílades, por el mero hecho de ser buenos amigos, hayan conquistado la posteridad.

Continué desarrollando mi teoría, y cuando Jarbas Loretti se marchó, comprendí que iba consolado. De esto hemos vuelto a hablar ahora.

— ¡Qué razón tenía usted! — exclamó; — últimamente, al salir de Buenos Aires donde apenas había permanecido dos semanas, más de cincuenta personas fueron a despedirme al muelle, y todas estaban conmovidas...

Y he aquí una prueba más de que en «el arte de irse» reside un noventa por ciento, cuando menos, de la buena impresión que podemos dejar detrás de nosotros.

Como sobre los escenarios de la farándula, en el teatro de la vida conviene «saber aparecer» y más aún, «saber marcharse». En el campo de las investigaciones científicas se debe rebuscar, perseverar, insistir sin darle al misterio cuartel; un sabio puede permanecer veinte años asomado a su microscopio buscando la contestación a una pregunta; la ciencia necesita ahondar; en el sabio, el genio se confunde con la voluntad. Pero en la frívola existencia social, en esa vida epidérmica hecha de frases amables, de apretones de manos, de tarjetas de invitación, de pequeños negocios... es indispensable resbalar, patinar, deslizarse, si no queremos pecar de aburridos. El alma de la vida universal es el Tiempo, como el alma de la oración gramatical es el verbo. Así en nuestra vida: «fuí, soy, seré...» repetimos; y caminamos sin detenernos jamás, ni aun en la muerte, porque allí donde se muere, allí se renace. La vida es una conjugación.

¡Pasad... pasad! Acostumbraos a iros antes de agotar el misterio que late en vosotros; marchaos sin haber dicho el último donaire, sin haber gastado la última gallardía, sin haber descubierto vuestros secretos más hondos. De no acertar a marcharnos en la hora justa, preferible será siempre retirarnos un poco antes que no un poco después; porque en el primer caso, a los que anduvieron a nuestro alrededor les quedará la pena de vernos partir demasiado pronto; y en el segundo, el empacho de una convivencia demasiado larga.

No insistamos, no queramos convertir en surco la frivolidad de la estela. Con el corazón pleno de bondad y de alegría, pasemos. Hagamos de nuestra inconsistencia una filosofía y también una gracia. Pasemos con una flor en la mano, y pronto, para que algún día, los que nos recuerden, lo hagan con afecto.

¡Pasar!... Bien sé que es triste pasar; y sin embargo, es lo mejor...

PUESTA de SOL

MAR
PLATA

Lleve una Kodak consigo

Todas las KODAKS son autográficas

KODAK ARGENTINA, Ltd., Corrientes 2558, Buenos Aires

PREHISTORIA ARGENTINA

LA CUEVA DENOMINADA «PIEDRA DEL TORO DEGOLLADO», EN GUASAPAMPA, PROVINCIA DE CÓRDOBA, EN CUYO INTERIOR HÁLLANSE LOS PETROGLÍPICOS REPRODUCIDOS EN LA PÁGINA SIGUIENTE, CONSTITUYE UNO DE LOS PROBLEMAS MÁS INTERESANTES DE LA PREHISTORIA ARGENTINA.

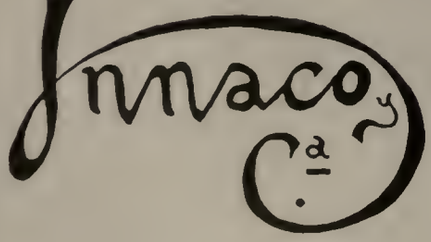
Crane's Linen Lawn

(EL PAPEL PARA LA GENTE DE GUSTO)

Después del placer de dar expresión a nuestros sentimientos, está el de expresarlos del modo adecuado. Las mejores ideas, los más sublimes pensamientos, resultan vanos si se escriben en papel estrafalario, de mala calidad. El papel es el ropaje de la idea.

Escribir en Papel *Crane's Linen Lawn* es emitir las ideas en un ambiente de dignidad, de buen gusto, de distinción. Se fabrica este papel blanco y de bellísimos y delicados matices; y los sobres de diversos y elegantes estilos.

SOLICÍTELO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y PAPELERÍAS.



MUEBLES
Y DECORACIONES

ESPECIALIDAD
EN MUEBLES DE
ESTILO ANTIGUO

576 - SUIPACHA - 586

Unión Telef., 3773, Rivadavia. Cooperativa, 2388, Central.

Si Vd. se encuentra débil o sin apetito

no recurra a medicamentos; tome una copita del delicioso y aromático aperitivo KALISAY. y notará cómo desaparece su inapetencia

En todos los hogares es el aperitivo vino-quinado preferido por las señoras y los niños.

LAGORIO, ESPARRACH Y CÍA. - BUENOS AIRES

20 AÑOS DE ÉXITO

Kalisay

VINAGRE DE VINO OMEGA

Prepare sus comidas y ensaladas con el mejor vinagre, que es el OMEGA, de puro vino de producción argentina.

Obtuvo el PRIMER PREMIO en la exposición de Bebidas Fermentadas, organizada por la Municipalidad de la Capital.

Anunciamos la exhibición seleccionada de tulipanes y jacintos en su más bella floración.

Este anuncio es en interés de nuestra distinguida clientela, a quien ofrecemos bulbos fuera de estación, florecidos en nuestros invernaderos, ejemplares únicos en plaza.

LA·PRIMAVERA

Florida 199 U. T. 2081, Avenida

Artefactos de estilo

8720. — 4 luces
8721. — 6 "
70 x 45 ctms.

8725. — 4 luces
8720. — 5 "
60 x 50 ctms.

8052. — 7, 8 y 9 luces.
45 x 50 ctms.

Los artefactos eléctricos de una mansión aristocrática, deben estar en estilo y pureza artística a la altura de la riqueza de sus moradores.

Las magníficas arañas que acabamos de recibir y que puede usted admirar en nuestros Salones de Exposición, han sido diseñadas por verdaderos artistas con tal pureza de líneas y belleza de detalles que en ellas se condensa el más refinado estilo moderno.

Renueve usted sus artefactos eléctricos. Ellos evidencian su gusto personal.

Heinlein & Cía

MUEBLES ARAÑAS BAÑOS

Buenos Aires

Avenida de Mayo 1402-1500

PREHISTORIA ARGENTINA

DIBUJOS EXISTENTES EN LA PARED DE LA CUEVA LLAMADA «PIEDRA DEL TORO DEGOLLADO» (GUASAPAMPA, PROVINCIA DE CÓRDOBA). EL ARTISTA ABORIGEN HA TRAZADO LAS SILUETAS DE CUATRO ANIMALES ESTILIZADOS INFANTILMENTE, CON FIEL E INGENUO PARECIDO.

Modelo «Dr. Glenard».

Fajas sobre medida

para Señoras y Hombres

Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para embellecer el cuerpo como para cualquier afección del mismo. Se aplican en las fajas placas pneumáticas para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc. con receta médica. Medias y vendas elásticas, bragueros, etc.

PIDAN PRECIOS

Casa PORTA

341, Piedras, 341 Buenos Aires

Mueblería y Tapicería

Amado Roche

Sarmiento, 757

BUENOS AIRES

Visiten sus salones de ventas
SURTIDOS EN MUEBLES FINOS
COMEDORES - DORMITORIOS
:: SALONES - HALLS ::

SURTIDO COMPLETO EN ESTILOS DE GRAN VOGUE

Nuestros afamados

Bombons Extra

son siempre finos y deliciosos.

Precio $ 7. — el kilo.

El servicio de un lunch

pone de manifiesto el alto grado de distinción de quien lo ofrece. Nuestros servicios son tan excelentes como inmejorables. Además del esmero con que son servidos, están al alcance de todos los presupuestos.

Consulten nuestros precios.

Confitería "LOS DOS CHINOS"

DE GONTARETTI HNOS.

ALSINA ESQ. CHACABUCO — LOS DOS TELÉFONOS — BUENOS AIRES

EDUARDO VI (1537-1553) sobre una tabla 1.025 × 0.725 m. por un alumno de HOLBEIN.

Uno de muchos magníficos cuadros en exhibición en nuestras Galerías.

By Appointment to H.R.H. The Prince of Wales.

By Appointment to H.M. King George V.

By Appointment to H.M. Queen Alexandra.

El más hermoso y selecto surtido en Europa de

Jade Oriental
Laca roja antigua de China
Esmaltes cloisonné y porcelana
Obras de marfil japonesas

Retratos y paisajes ingleses del Siglo XVIII

Se agradece toda consulta. Pueden enviarse fotografías de muestra.

Todos los objetos antiguos garantizados con testimonio escrito.

SPINK & SON LTD.

Establecidos en el año 1772.

LONDRES: 5, 6 y 7, King Street, St. James's

Dirección Cablegráfica: JADEITE, PICCY, LONDON

THOMPSON tiene en nuestro ambiente los prestigios que le acuerda una vida larga y próspera, consagrada a intensificar a diario su vinculación con todo hogar elegante.

Y en la orientación señalada por ese vasto programa ya cumplido, programa y obra desarrollada con la cooperación del mundo selecto, THOMPSON cree advertir la razón del elevado concepto que a éste le merece, y que constituye el más eficaz estímulo para perseverar en la labor manteniendo esa tradicional orientación.

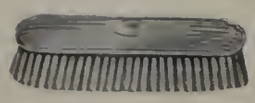
FLORIDA 833 BUENOS AIRES

PRIMAVERA

En Harrods

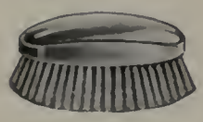
DEPARTAMENTO de PLATERIA

ELEGANTE JUEGO DE TOILETTE, en fino cristal tallado. Ornamentos en plata inglesa, sellada. Con estuche $ 100.—



CEPILLO para la ropa, en plata inglesa, sellada..... $ 25.—

CEPILLO para sombrero, en plata inglesa, sellada..... $ 22.—



CEPILLO para la cabeza, en plata inglesa, sellada..... $ 24.—

Un concepto de calidad y una expresión de buen gusto, predominan en todos los juegos de mesa, cubiertos y utensilios complementarios; como también en inmenso conjunto de artículos para regalos de distinción, en plata inglesa sellada o en «Alexandra Plate», exclusividad HARRODS para Sudamérica.

La plata inglesa HARRODS, ostenta, como la más alta garantía de calidad, que testimonía su auténtica procedencia, el sello del Gobierno Inglés.

El SALON de ARTE en HARRODS

presenta, dentro de un aspecto suntuoso y variado, un conjunto primoroso de obras auténticas, celebradas reproducciones, mármoles Carrara, bronces, ceras perdidas, etcétera, procedentes de los salones de Bellas Artes, de París y Roma.

ARTÍSTICO JARRON en cristal tallado, artículo adecuado para un regalo de distinción. Base de madera..... $ 158.—

Objetos adecuados para regalos de bodas y acontecimientos sociales, como también trofeos, grupos alegóricos, etc., para premios deportivos en general, seleccionados con delicado buen gusto.

ARTÍCULOS DE VIAJE

BAUL-ROPERO, marca «Hartman»; surtido seleccionado de todas las creaciones. Distribución interna muy práctica. Desde $ 775. hasta $ 240.—

En este Departamento, HARRODS presenta un selecto conjunto de artículos para viaje que comprende valijas, neceseres, baúles, baúles-ropero, mantas inglesas, plaids, y una serie de prendas prácticas para turistas en general

Como complemento indispensable, figuran también monturas inglesas, sillas, arneses, y artículos generales para equitación.

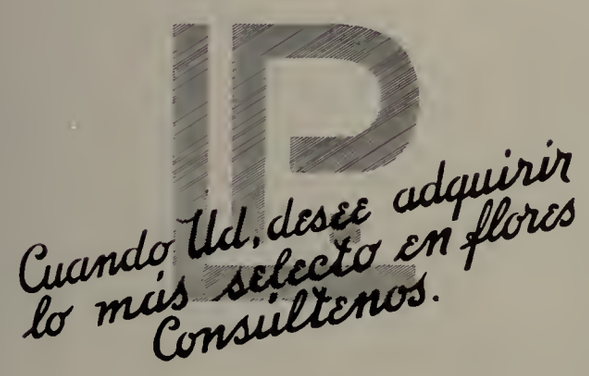
SALONES DE EXPOSICION Y VENTA:

SEGUNDO PISO

Florida - Paraguay - San Martín - Córdoba

LA MODA EN CHANTILLY

CUATRO DE LAS «TOILETTES DERNIER CRI» QUE SOBRESALIERON EN ESE CERTAMEN DE ELEGANCIA FEMENINA REALIZADO ANUALMENTE EN LA «PELOUSE» DEL HIPÓDROMO DE CHANTILLY. LA SENCILLEZ DE LOS TRAJES NOS EVITA OTRAS EXPLICACIONES.



FLORIDA ESQ. CANGALLO
U. T. 2081, AVENIDA.

POR TIERRAS RIOJANAS

La Rioja, terruño sediento abandonado por la ayuda oficial, sería una maravilla de fertilidad y abundancia si en toda la provincia abundaran sitios como los que reproducimos en estas fotos. Pero la lucha desigual que aquellos colonos se ven obligados a sostener contra la sequía, hace que no abunden estas estancias, verdaderos oasis en el desierto.

Arca de Noé llama el señor Nicanor Santorso a este zoológico en miniatura que formó en su establecimiento de Punta de Llanos. También es digna de notarse una de las represas construidas en la estancia del señor Marcial Paredes, en el punto denominado Las Jarillas. Mediante estos depósitos de agua el ganadero y el agricultor pueden vencer a la naturaleza. Los terratenientes ricos pueden proporcionarse estos lujos; pero no los colonos modestos.

EL HOGAR DEL BUEN GUSTO

PORCELANAS FINAS

CRISTALES DE BOHEMIA

FANTASIAS

METALES

NOVEDADES

MAYOLICAS

BRONCES

LAMPARAS

METROPOL BAZAR

SUIPACHA 585

RECLAME DEL MES

A LA MITAD DEL VALOR

POLVERA DE CRISTAL $ 3.70

POLVERA DE CRISTAL $ 2.80

DESFOJADOR DE CRISTAL $ 1.

POLVERA DE CRISTAL $ 2.50

Todo el juego (4 piezas) $ 10.— m/n

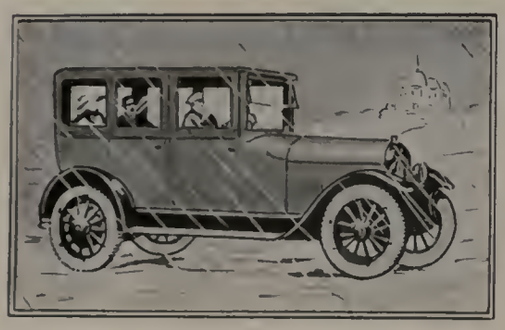
ES INDISPENSABLE PARA TODOS LOS QUE BUSCAN REGALOS DE MODA A PRECIOS MODERADOS UNA VISITA AL "METROPOL BAZAR". LA FAMA DE ESTA RENOMBRADA CASA LA ORIGINO SU INCOMPARABLE COLECCION DE LAS MAS FAMOSAS FABRICAS Y EL GUSTO EN LA SELECCION DE LOS ARTICULOS.

F. STAROPOLSKI
IMPORTADOR

Studebaker

EL SEDAN

SEIS GRANDE, siete asientos.



Bajo la Lluvia o el Sol, ya haga calor o frío,

¡este es el automóvil ideal!

Los que viajan en el lujoso, aunque económico, STUDEBAKER Sedan, están protegidos contra la acción de los elementos. Este es el coche cerrado por excelencia para uso en cualquier condición atmosférica.

Cuando hace buen tiempo, no hay más que bajar las ventanillas, y el Sedan se convierte prácticamente en un coche abierto con la capota levantada. Si llueve, nieva, graniza o sopla mucho viento, se alzan las ventanillas y quedan los pasajeros completamente protegidos contra las inclemencias del tiempo, sentados cómodamente en los mullidos cojines. En climas calurosos, el imperial, construído de madera de aeroplano dispuesta en tres capas, tiene las propiedades de los sombreros de corcho, refractarios a los rayos del sol.

Hasta que Vd. no posea un STUDEBAKER Sedan no podrá apreciar el verdadero placer que hay en el manejo de un automóvil. Esta es la última palabra en confort y diversión. Las carrocerías son hechas por las fábricas de Studebaker y la construcción de carrocerías Studebaker era famosa antes de que se hubiera pensado en automóviles.

Los setenta años de experiencia de la Compañía Studebaker garantizan al comprador la excelencia mecánica y superior calidad de estos automóviles.

The Studebaker Corporation of America

Av. de Mayo, 1235 - U. T. 5935, Rivad.
Buenos Aires

Concesionario para Uruguay:
JOHN GOULD, Avda. 18 de Julio, 912
MONTEVIDEO

SEIS LIVIANO, cinco asientos.

AÑO VII
NÚM. 75

Plus Ultra

JULIO
DE 1922

Señorita Josefina Díaz Vélez Escalada

fotografía Van Riel

PLVS · VLTRA · EN · ROMA

CREUGANTE.

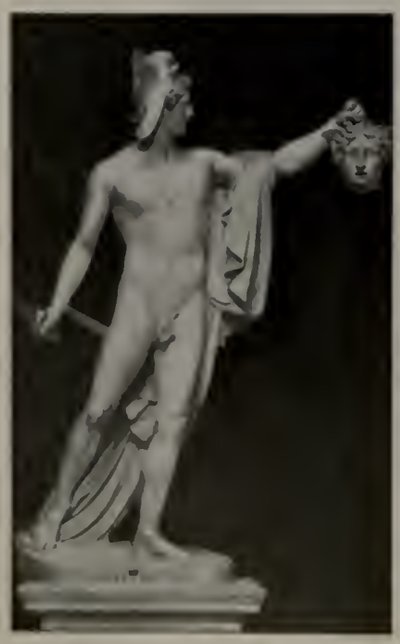
PAULINA BONAPARTE.

AUTORRETRATO DE CANOVA.

DAMOSSENO.

VN GIGANTE · DE · LA ESCVLTVRA · ITALIANA

ANTONIO CANOVA



PEPSEO.

EL DOLOR.

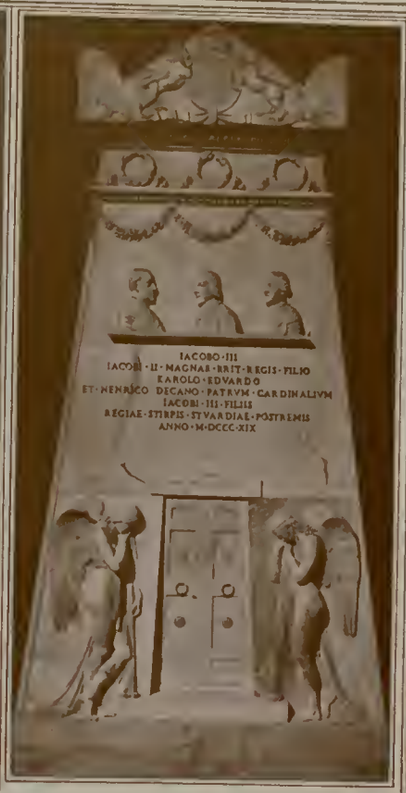
EL 13 de octubre del corriente año se cumple el primer centenario de la muerte de Antonio Canova, un gigante de la escultura italiana. Quien haya visto una de sus estatuas más importantes, no podrá por cierto olvidarla. Canova merece ser recordado como hombre y como artista; pobre, sin influencias, supo abrirse un camino en la vida a fuerza de tenacidad y de trabajo. No fué comprendido inmediatamente; tuvo que luchar con enormes dificultades y contra sus enemigos: pero bueno, amable, de carácter optimista, acabó por beneficiar aún a sus detractores. Uno de éstos se enfermó. Era un menguado pintor de poco mérito, pero envidioso y mala lengua. Canova, de quien el pintor hablaba siempre mal, supo que estaba enfermo, y le escribió una carta cariñosísima para comprarle uno de sus cuadros y adjuntarle una suma apreciable...

Los amigos de Canova, por su parte, lo querían mucho. Como Antonio d'Este hubiese oído decir que el escultor francés Suasy llamaba a Canova «escultor veneciano traducido al griego», envolvió en un paño brazos, manos, pies, esculpidos por el artista, y se puso a pasear por la calle que el francés acostumbraba recorrer. A Suasy le llamó la atención el envoltorio que d'Este llevaba, y le preguntó:

— ¿Qué es eso?

— Fragmentos interesantes, en mármol, que he comprado a un escultor.

MONUMENTO A CLEMENTE XIV.



MONUMENTO DE LOS ESTUARDO.

MONUMENTO REZZDNICO.

Veamos. ¡Qué hermosos! ¡Son obras de estilo! Muéstreselos a Canova y dígale que los estudie y aprenda.

Cuando el francés supo la broma, no le perdonó jamás...

Canova era un alma cándida; era sencillo, de buenas maneras, cortés aun con los importunos.

Cuando Canova no tenía sino diez años, preparó, con motivo de una gran comida ofrecida por el senador Zuane Falier, un magnífico león de San Marcos, de... manteca.

Fué un éxito que le ganó elogios; pero que no agradó a su abuelo, que quería que el muchacho fuese, como él, picapedrero, y no escultor. Hay que trabajar y no perder el tiempo—decía el viejo.

Pero el león de manteca le trajo suerte a Canova, porque el senador Falier logró convencer al terrible abuelo de que hiciera estudiar al muchacho, que primero fué mandado al taller de un artista, y después a Venecia. No tenía entonces sino doce años. Sus primeras obras fueron dos canastas llenas de frutas que le mandó hacer el senador Falier, el cual quedó tan satisfecho, que quiso que el joven artista le hiciese en el acto dos estatuas importantes: una Eurídice y un Orfeo. Mas ¿cómo y en dónde encontrar los modelos? Canova se hallaba en Possagno, su pequeño pueblo nativo, y allí las dificultades eran mayores. Al fin una hermosa jovencita, previa promesa del más riguroso secreto, aceptó servir de modelo; pero el abuelo del joven escultor no quiso saber nada; hasta que, por intervención del párroco, se resignó a que la joven *posase* para su nieto.

Pero una modelo sola no bastaba, y Canova se levantaba al amanecer para ir a pie a Venecia, a la escuela de desnudo. Cincuenta millas, ida y vuelta. ¿Quién haría otro tanto?

Las estatuas gustaron; mas la pobreza conti-

ESTATUA DE PÍO VI.

EL AMOR Y PSIQUIS.

EL GENIO DE LA MUERTE.

HÉRCULES Y LICAS.

TUMBA DE LA ARCHIDUQUESA M. CRISTINA.

LAS TRES GRACIAS.

nuaba. En Roma, las cosas cambiaron. Zuliar, embajador de la república de Venecia, ofreció a Canova mesa, alojamiento y estudio, y su protección duró tres años. A Canova todo eso le parecía un sueño. Se puso a trabajar y no se dió reposo. Su primer gran monumento fué el de Clemente XIV, en la iglesia de los Santos Apóstoles. Fué inaugurado en abril de 1787. Durante la ceremonia, un escultor envidioso empezó a criticar en voz alta la concepción, la arquitectura y la ejecución de la obra, hasta que un noble, fastidiado e irritado por tanta audacia, se subió a una silla, y dijo, de manera que todos pudiesen oírlo:

— ¿Saben ustedes quién es el que se atreve a criticar? El autor de aquellos renacuajos —y con el dedo señaló un grupo de ángeles, que poco después fué sacado de la iglesia por no ser digno de figurar al lado de las obras maestras que hay allí.

Cuando, después de sus grandes éxitos, éste volvió a Possagno, recibió la más entusiasta acogida: tuvo que corresponder a tantas invitaciones, que de repente se encontró sin dinero, tanto que para seguir viaje necesitó pedir prestado y empeñar su reloj y el de su amigo d'Este.

En abril de 1801 Canova concluyó el Perseo con la cabeza de Medusa. Esta estatua gustó bastante, y Canova quiso venderla a buen precio, para comprar unas tierras que se proponía llamar *los campos de Perseo*. En París querían comprar el Perseo, pero Roma no podía permitir que fuese al extranjero, y una gran dama propuso a sus amigas hacer una subscripción para adquirirlo. El Papa, entonces, intervino, y compró el Perseo para el museo Pío Clementino.

Días tristísimos fueron para Canova los que pasó con motivo del llamamiento imperioso que de París le hizo Napoleón. Al principio, se negó a ir; pero después, a causa de los temores del Vaticano y por obra de la habilidad del embajador francés en Roma, se dejó convencer; pero no quiso quedarse en París, a pesar de las atenciones y honores que recibió.

De vuelta a Roma, amplió sus talleres, de los cuales aun quedan trozos, y volvió a trabajar. Pero una crecida del Tíber inundó los talleres del artista. En los primeros días no ocurrió nada grave, y la estatua de Palamedes, para el conde Sommariva estaba intacta; mas un buen día, el pavimento, podrido por el agua, se hundió, y el Palamedes por poco mata a su creador. La estatua se rompió los brazos y las piernas. Canova, que ya había recibido y gastado los cincuenta mil escudos del conde, prometió restaurarla. El conde, que era muy avaro, consintió, pero con la condición de una rebaja en el precio. — Canova no rebaja sus precios; hará otra estatua — contestó el escultor. Mas como la obra demoraría algunos años, el conde Sommariva tuvo que contentarse con el Palamedes hábilmente restaurado.

Pocos artistas han tenido la dignidad y la altivez de Canova. Cuando el marqués Forlonia compró el maravilloso grupo de Hércules y Licas, que todo Roma había corrido a admirar, en una cámara convenientemente decorada, las alabanzas fueron unánimes para el artista y para el marqués, el cual dejó escapar esta frase: — Pero se necesita mi valor para haber dado diez y ocho mil escudos... — Canova lo supo tres días después de haber entregado el grupo, y en el acto pidió a su banquero veintiún mil escudos, que llevó al marqués diciéndole que los tres mil de más eran por la molestia de haber tenido el grupo tres días en su palacio. Forlonia, muy fastidiado, quiso concluir el incidente; pero Canova dejó el dinero en la mesa y salió para llamar a los changadores. El marqués, desesperado, corrió tras él, lo alcanzó en la escalera, lo arrastró casi a su gabinete, y le habló con tanta humildad, que el escultor acabó por llevarse su dinero. Pero cuando salió, lo hizo sin despedirse del marqués.

HEBE.

NAPOLEÓN I.

Forlonia quiso reparar su *gaffe*, y en su testamento obligó a sus herederos a no vender jamás el grupo, por razón alguna, que después de la demolición del palacio Forlonia ha sido conservado en la Galería Corsini.

Con todo, si a veces perdía la paciencia, Canova tenía un corazón de oro, y hacía el bien *señorialmente*, sin que los beneficiados por él sufriesen ni la sombra de una humillación. Ayudaba a sus discípulos, y aun a pintores y a escultores que le eran desconocidos. Cuando todos los pensionados de la Academia Española fueron encerrados en el Castillo de Sant' Angelo (enero de 1809), porque se habían negado a prestar juramento de fidelidad a la nueva constitución del reino de España, Canova interpuso su mediación, y mientras llegaba la respuesta de París, hacía enviar a los presos toda clase de víveres. La respuesta fué favorable; la prisión se abrió, pero los pensionados perdieron sus pensiones. Uno de ellos, don José Alvarez, escultor atrevido pero infortunado, quedó en la más horrible miseria. Canova lo supo, y dijo confidencialmente a Vicaré:

— Las obras de Alvarez no se venden en su estudio porque no están en el mío.

Bastó ese juicio para que de todas partes surgieran compradores de las obras de Alvarez.

Canova fundó a sus expensas una escuela del desnudo, corrió con todos los gastos del mantenimiento y asignó una pensión a los alumnos que se distinguiesen. Invitaba a comer a los jóvenes artistas, les regalaba trozos de mármol, ropa, hasta relojes y cadenas. En una ocasión llegó a pagar las deudas de sus discípulos.

Para comprender lo bueno que era Canova, basta recordar el grandísimo afecto que tuvo a Luisa Boccolini Guili, de Ravena, que fué no ya su ama de llaves, sino como su segunda madre. Es verdad que cuando era joven, desconocido y pobre, Luisa vendió todas sus modestas alhajas para proporcionarle los medios de concluir su primer monumento: el de Clemente XIV. El escultor no olvidó jamás ese sacrificio, y cuando le dijeron que Luisa estaba muy enferma, corrió a su lado para recoger su último suspiro.

Canova sabía conquistarse de tal manera la simpatía de las mujeres, que éstas no tenían vergüenza alguna para servirle de modelo. Se cuenta

que la bellísima Paulina Bonaparte Borghese, juzgada como la más bella mujer de Europa, empezó a *posar* cubierta de velos, que a los pocos instantes se quitó diciendo que todo velo podía caer en presencia de Canova.

El artista insuperable copió de modo perfecto la maravillosa belleza de Paulina, y su estatua no puede contemplarse sin admiración. Hoy como ayer, desfilan ante ella artistas de todos los países, que se quedan suspensos ante escultura tan perfecta. Todos se preguntan cómo pudo Canova lograr dar al mármol la morbidez de las carnes y de las telas, hasta el punto de que en el acto se distingue el tejido de lana del de seda o algodón.

Así como supo crearse un estilo propio muy personal, Canova tenía un método especial de trabajo. En esos tiempos, los modelos se hacían de estuco y no mayores que la mitad del tamaño natural; pero Canova empleó la creta, que es más maleable, menos dura, e hizo modelos de tamaño natural, de los cuales sacó las formas en yeso, que después transportaba al mármol, sirviéndose de puntos de referencia. Inventó toda una serie de útiles: escalpelos, limas, sierras, etc. Para alivianar las carnes (de mármol, se entiende) empleó el polvo de las ruedas de afilar. Frecuentemente trabajaba a la luz de antorchas y velas, para observar los efectos de las sombras y de los claroscuros. Lo cierto es que todos los mármoles de Canova tienen una gracia clásica. Son finos, delicados, concluídos en todas sus partes, mórbidos y casi evanescentes como en sueños...

A propósito del arte admirable de Canova para reproducir el desnudo de manera de no ofender el pudor, conviene recordar un episodio curioso. El Vaticano ordenó que se revistiesen con una camisola de yeso el *Genio* del monumento a uno de los Papas, y los dos ángeles maravillosos del monumento a los Estuardo. Las camisolas se conservaron hasta el pontificado de León XIII; pero después se hizo justicia al arte de Canova, que poseía el secreto

R A F A E L

TUMBA DE ANTONIO CANOVA.

LA CASA NATAL, EN POSSAGNO.

de tornar púdicas aun las cosas inverecundas. Las estatuas de Canova no tienen jamás un gesto inconveniente, una actitud dudosa. Canova sabía dominar la verdad artística e idealizar la desnudez.

Canova murió de una parálisis del estómago causada por la obturación del píloro. Tenía sesenta y cinco años. Los venecianos reclamaron su corazón y su mano derecha, para guardar religiosamente esa mano que había esculpido tantas estatuas que parecen obra, no de un artista, sino de una docena de escultores.

Si Canova se hubiese casado, ¿habría producido tan formidablemente? Es dudoso, porque él mismo, después de un incidente doloroso, declaró: «Espero no tomar nunca esposa, o por lo menos, si tuviese que hacerlo, la tomaría a edad avanzada, para poder vivir siempre tranquilo y atender a mi arte, que tanto amo y que exige el hombre todo, sin perder un momento».

He aquí ese incidente tragicómico:

Canova debía casarse con Dominga Volpato, hermosa joven, hija de un grabador notable. La boda estaba próxima cuando Canova supo que la muchacha estaba enamorada en secreto de un tal Morghen, discípulo de Volpato. Para darse cuenta exacta de la realidad, Canova compró al panadero, y se hizo esconder en el gran cesto de pan que llevaba bien atado a la espalda por fuertes cuerdas. Luego, hizo que el panadero se apostase delante de la ventana en la cual, a cierta hora, su novia debía conversar con Morghen. A los pocos momentos llegó el joven, y empezó el coloquio, que Canova oyó desde el cesto del panadero.

—¿Verdad que te faltan pocos días para casarte con Canova?

—Así es—suspiró Dominga.—Mi padre lo quiere y debo dar el gran paso.

Canova creyó que se moría. A los pocos días rompió el compromiso, y Dominga se casó con Morghen, para no tardar, por cierto, en arrepentirse amargamente.

S I M B O L I

UN HOMBRE ABSURDO

POR LEOPOLDO RODRIGUEZ PUJOL

El café esa noche estaba casi desierto. Cuatro compañeros y yo éramos los únicos concurrentes. Afuera caía esa llovizna menuda, lenta, persistente del invierno entrerriano. Las sombras eran densas, tristes. Soplaba un viento frío y desapacible. Algunas ráfagas, filtrándose a través de las puertas con su grito característico, ponían en el corazón un largo escalofrío.

Era como la una de la mañana, cuando un hombre empujó la puerta y entró. Al quitarse la capucha lo reconocimos. Era nuestro amigo Edgardo. Un hombre extraordinario: genio con visos de loco, o más bien loco con visos de genio, a quien siempre concluíamos por no comprender.

Venía, como de costumbre, sucio, mal vestido, hecho una miseria. Su traje no era traje, era un montón de harapos cubiertos de lodo. La barba crecida de cuatro o cinco días le desfiguraba el rostro. Entre la maraña de ella, sobre los pómulos salientes, los ojos negros y profundos le brillaban con un resplandor de fiebre. Alguien le interrogó, asombrado:

— ¿Pero hombre, de dónde sales así?

— De conversar con los gusanos.

Hubo una estupefacción general. Nos miramos como interrogándonos unos a otros.

— ¿...?

— Sí, hombres, sí; de conversar con los gusanos... y con los gusanos del cementerio. Como lo oyen.

— Pero, a ver, explícate.

— ¿Para qué? Vosotros no entendéis estas cosas.

Una franca carcajada acogió estas palabras. Vueltos de nuestro asombro comprendíamos: estaba loco. Su tono serio no daba lugar a dudas. Y la risa se trocó en sonrisa melancólica con un vago gesto de protección y de lástima.

— Hombres, no sé porque os reís...

Hubo un momento de silencio. El quedó un instante pensativo. Después, de súbito, comprendió.

— ¡Ah!, ya caigo... No, no estoy loco. Ya sé que hace un tiempo venís creyendo que tengo ráfagas de demencia. Os demostraré lo contrario. Contaré como tuve mi primera conversación con ellos...

Hizo una pausa. Me miró con su mirar de fiebre.

— Tú, Leopoldo — continuó dirigiéndose a mí — escucha bien que a ti reportará mucho lo que voy a decir. A ti, que eres un poco imbécil, con tu cabeza llena de humo y de sueños de eternidad...

Yo no sé de dónde sacaba él esto. Y como fuera a protestar, cortó rápido:

— Bien, bien, no quiero discusión. Toda discusión personal es casi siempre estúpida. Oid y callad; si no suspendo mi relato y me voy.

Punteó con una nueva pausa. Y empezó:

— Fué así...

Una noche de luna del pasado otoño, aburrido del parque solitario pero lleno de la vida obscura de los árboles...

— Al contrario, me parece clara...

— ¡Cállate!

Aburrido del murmullo de la fronda, hastiado de pasearme a la orilla del Uruguay, me puse a pensar donde podía encontrar un sitio de silencio y soledad absoluta. Y como no se me ocurriera otro que el cementerio, allá fuí...

En efecto: en él todo era silencio, paz y soledad. Una quietud profunda flotaba alrededor del pueblo blanco. El cono negro de un pino inmóvil tenía no sé qué tristeza como cansada y dulce. La brisa tranquila soplaba imprimiendo a su copa un movimiento grave, como negando sabe Dios qué cosas...

La luna era de una limpidez de hielo, translúcida, en medio de la noche diáfana...

Salté el muro de piedra rocosa, casi derruído, y me encontré en su recinto. Me encaminé a la huesa común. Aquel montón de huesos acariciados por la luz de los astros incitaba a meditar. Era un espectáculo un poco triste...

Ustedes saben que el misterio de la muerte hace mucho tiempo que obsede mi cerebro... Bueno; monologué un rato. Me encaré con el misterio frente a frente. Hice extrañas deduciones. ¡Cosa absurda en mí, esa noche estaba optimista! Y concluí por admitir la inmortalidad de nuestra vida...

— ¿Cómo?

La generación espontánea, la teoría de Haeckel sobre el origen de la vida me pareció una cosa cierta. La unidad de la materia orgánica y de la materia inorgánica un hecho incontrovertible. La vida existe latente en todas las cosas, como un *soplo animador* formado por los gases emanados por la descomposición de la materia cósmica. Salen de ella, animan un momento — las existencias más largas siempre son un momento relativo en la eternidad de los tiempos — animan un momento, bajo cualquier forma, un pedazo de arcilla y la abandonan después para volver a sus fuentes originarias. Concreté en este «soplo del humus primitivo» esa cosa obscura que la escuela estúpida de los teólogos llamó el alma. De aquí por un riguroso, o que yo entonces creí riguroso, razonamiento científico a través de Darwin, Kant, Laplace, llegué a deducir la inmortalidad de nuestra vida afirmando la teoría schopenhaueriana: «el mundo es mi representación», aunque invirtiéndola un poco en ésta otra: el mundo es mi prolongación, y yo, puesto que soy el ente animado más inteligente de la creación, la síntesis, la representación más alta de la vida...

Claro, que de aquí a reirme de la majestad de los sepulcros, que me estaban diciendo con su silencio que todo acaba allí en *humilis pulvis*, no había más que un paso...

Pero de pronto siento que una voz pregunta:

— ¡Eh!... ¿Qué dices?... ¿De qué ríes sombra imbécil?...

Me vuelvo. Allí cerca, a una pequeña distancia mía, en el suelo, un rostro descarnado hacía brotar dos rayitos de luz cárdena de sus órbitas vacías. Yo no creo en aparecidos. Un espíritu culto no puede creer en ellos, como no puede creer en la influencia benéfica del cristianismo. Pero... a la verdad, que me quedé un poco perplejo.

La voz se aprovechó de este asombro y siguió:

— Claro, imbécil, que la Vida no muere. Pero tu vida no es la Vida. Tú eres sólo un poco de materia inerte animada, como bien dices, por un soplo de la Vida. Este pasa por ti, te anima un momento y al tornar a su fuente primitiva lo hace ya completamente extraño, independiente de ti mismo. Desde ese instante dejas de existir para siempre. Y acabado el latido de tu corazón, apagado tu cerebro, el mundo sigue marchando, la vida sigue existiendo. La ley de espacio, de tiempo y de causalidad no se interrumpen por eso, siguen existiendo fuera de ti, son inmutables y eternas como la rotación de las esferas. Y ante esto tu vida es miserablemente fugaz, sin más importancia que la vida de un perro, de una planta o de una hormiga...

Una risita irónica, fría, cortó la frase. Se hizo un pequeño silencio. Y en seguida se oyó un leve rechinar de dientes; primero sordo, opaco, como lejano; después claro, distinto como si mordieran con dientes duros y fuertes los huesos secos de un animal muerto...

Me estremecí. Un sudor frío me bañó la frente. El rumor de dientes iba creciendo. Se hizo seco, tenaz, nervioso y fué subiendo transformado en áspero chirriar de lima, en furiosa mordedura, hasta llenar la noche y sonar dentro de mi propio cerebro...

— ¿No sientes ya el gusano que te está royendo el cráneo? — dijeron.

Y en seguida me arrojaron una palabra:

— ¡Idiota!... ¡Idiota!... ¡Idiota!...

Era como si me apedrearan con ella. Después, nada. El tableteo de los dientes en su furia destructora. La calavera empeñada en su relampagueo nervioso. Me acerqué. Le di un puntapié. Un gusanito de luz huyó hacia el cielo...

— He aquí mis nuevas relaciones...

Una sonrisa enigmática contrajo los labios de Edgardo. Calló un instante. Después agregó:

— Desde entonces voy a menudo a conversar con ellos. Me dicen la verdad franca y llanamente. Por esto los he clasificado en la primera categoría de mis amigos; mis enemigos ocupan la segunda; vosotros la tercera...

Las luces del café empezaron a apagarse. Un mozo vino a decirle que iban a cerrar. Edgardo lo miró tranquilamente como si no le hablaran a él. Tornó su cabeza a otro lado y terminó así:

— Ahora vosotros diréis que estoy loco. ¿Loco? ¿Por qué? ¿Y si fuera uno de vosotros el que acabara de contar esto? ¿Estaría por eso loco? ¿Por qué confiar demasiado en la fuerza de la inteligencia humana? Ella es flaca, contradictoria, ruin. Puede probar que una cosa es blanca con la misma facilidad con que puede probar que es negra. Y entonces ¿por qué asegurar que yo estoy loco y no vosotros?... ¡Oye, Leopoldo, no hay leche pura, no hay leche pura, toda está mezclada con agua!

Y tornó a reir. Esta vez convulsamente.

Yo desde entonces ya no dudé de su locura. Pero esa noche pensé tantas y tantas veces en ella, que terminé por hacerme mal yo mismo: no pude dormir. Cada vez que cerraba los ojos veía el cuarto poblado de gusanos luminosos en forma de letras, con largas lombrices blancas por signos de interrogación, haciéndome ésta pregunta ridícula:

— ¿Existirá la leche pura o estarás tú loco?

ILUSTRACIÓN DE ÁLVAREZ

ARTE PORTUGUES

LOS GAITEROS

OLEO DE

CARLOS REIS

LOS JARDINES DE LA TERRAZA.

RICHMOND

La villa del sport

Richmond es una pequeña villa de los alrededores de Londres, en la margen derecha del Támesis, edificada sobre una superficie de colinas, suave y ondulada, como una cabellera de mujer.

Llamábase en otro tiempo Sheen y debe su nombre actual a Enrique III, conde de Richmond.

Del antiguo palacio que en ella hubo no queda más que una puerta blasonada, que la intemperie ha patinado al través de los siglos. Y la gracia exquisita del recuerdo tradicional, ilustra y respeta todavía.

Cuenta la conseja lugareña que esta villa fuera, en otrora, famosa por sus manjares culinarios, de confitería y pastelería especialmente, cuyos productos ornaban la mesa de los reyes, allá cuando las damas de compañía de una de las antiguas reinas de Inglaterra solían acudir al lugar personalmente para dirigir la complicada elaboración de cierta «patisserie» muy celebrada, que se denominaba «maids of honour» o «files d'honeur», porque fuera inventada por las mismas.

Y así se veía llegar a ella, en vísperas de los grandes días de recepción, el séquito real mencionado, que llenaba la silenciosa aldea de entonces de novedad, esplendor y bullicio con el aparato de sus carrozas señoriales. Para partir, luego, conduciendo el equipo de la delicada confitura a la corte, como una verdadera delicia. Y volvía la hermosa villa a sumergirse en la colina que la rodeaba, junto al río murmurante y rumoroso... De aquello hace mucho tiempo, diría algunas centurias, cuando todavía no había subterráneos, trenes, automóviles ni motocicletas. Salvo la pequeña iglesia parroquial, situada sobre una de las más altas colinas, en el centro de la población, donde se halla el sepulcro del poeta Thomson (1748) y una placa funeraria del glorioso actor Edmond Kean (1833) — destacado intérprete del teatro shakespeariano — el aspecto ha cambiado en su apariencia general, pero no así en detalle.

Se conserva, como una reliquia, un puente de piedra que une a Richmond con la margen opuesta, construído en el año 1777 por Pain; admirable obra de sorprendentes proporciones y esbelta arquitectura. Pero hoy, la villa que vengo de visitar, tiene una celebridad muy distinta a la que le diera el curioso prestigio culinario de otras edades. A pocos minutos de Londres como se halla, Richmond es la ciudad elegida por el mundo del sport náutico. En ella, sobre ambas riberas del Támesis está la mayoría de los clubs del remo, vela y «yating» más conocidos de Inglaterra. Y cuando la primavera llega, celebránse allí, amablemente, todos los torneos de regatas, carreras de veleros y demás concursos deportivos, con el fausto y la importancia que los ingleses suelen prestar a los nobles ejercicios del cuerpo. Navegan entonces, frente a Richmond los yates más elegantes de la aristocracia británica. Y en él anclan sus barcos domingueros, para el «picnic» campero, alegres bandadas de colegiales. Y los vaporcitos a precios populares que hacen la carrera, durante el «weekend», entre el puente de Wéstminster y Hampton Court. Así como también vense cruzar, a toda marcha, ágiles chalupas que tripulan blancas siluetas femeninas, envueltas en el oro viejo de la tarde, sobre la quietud del río. O dulces parejas de amor, sueltos los remos, ante el prodigio crepuscular, dejándose llevar por la corriente, sin rumbo ni destino, perdidos en un mundo distinto al que abandonaron allá lejos, en la ciudad nebulosa y obscura, como el humo de las usinas, para volver a la Naturaleza...

N A M U K U R Á

RAMBLA FRENTE A LA CUAL SE REALIZAN LAS REGATAS.

LAMPARAS

POR ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ
MINISTRO DE MÉJICO

De siete lámparas de gozo
que han velado sobre mi vida,
al correr de mi tiempo mozo
una sola estaba encendida.
De mi juvenil ardimiento
a mi madurez advertida,
encendiólas a golpe lento
una mano desconocida...

De siete lámparas de duelo
que hoy alumbran sobre mi vida,
en mis años de pequeñuelo
sólo una estaba encendida.
De mi abril rebosante y loco
al otoño que me intimida,
fué encendiéndolas poco a poco
una mano desconocida...

Hoy presiden desde mi cielo
cada risa y cada sollozo
las siete lámparas de duelo,
las siete lámparas de gozo...

Mano incógnita, la que llamas
a la hora de la partida
y has de extinguir las puras flamas
que velaron sobre mi vida:
no me arrebates el consuelo
de una alegría y de un sollozo
cuando emprenda el último vuelo...
Deja una lámpara de gozo!
Deja una lámpara de duelo!...

Enrique González Martínez

EL POÉTICO ARROYO DE ALTA GRACIA.

CARRETERA A TRAVÉS DE LA MONTAÑA.

Rincones de ensueño

Las sierras de Alta Gracia

Todavía se manifiesta aquí la primavera serrana que, al vestir de intenso verde las lomas, diseminó de florecillas silvestres las asperezas del terreno, los senderos y caminos, desde los cuales el paisaje aparece en toda su pompa y esplendor cual obra de imaginación o de ensueño.

Alta Gracia, sin disputa, es uno de los sitios más encantadores y pintorescos del país, pues une a sus bellezas naturales el alto don o el hechizo fascinante que para las almas superiores conservan los lugares que tienen un pasado histórico.

La iglesia de Alta Gracia es una de las reliquias de la República.

Construída en pleno siglo XVII, se conserva, pese a las injurias y a la pátina que a sus paredes ha agregado el tiempo, como una preciada joya de la Colonia; tiene, además, entre otras cosas interesantes, este rincón de ensueño, la gruta en donde se rinde culto a la Virgen de Lourdes, la que se encuentra en el hueco de una sierra solitaria, tallada en la roca viva; la casa de corte colonial en donde, según la tradición, un virrey español pasara parte de sus días buscando un retiro apacible para descansar saludablemente.

Ahora, como un lazo de indisoluble unión de lo antiguo con lo moderno, se destacan en esta región privilegiada sus lugares y paseos magníficos, como el Baño del Obispo, el Peñón de la Amistad, el Primer y Segundo Paredón, La Bolsa y otros lugares desde donde domínase casi en toda su extensión el panorama serrano.

Y como si esta sucinta descripción de Alta Gracia no fuera un motivo de atracción para el viajero curioso, ávido de emociones, posee el encantador río Anizacate que, serpenteando entre las sierras, refleja en sus aguas claras y cristalinas la belleza de los lugares que recorre.

EN LA BALSA. EFECTO DE LUZ.

LA CASCADA DEL PRIMER PAREDÓN.

¡Las sierras de Alta Gracia!

Por nuestra imaginación exaltada cruzan de continuo, con todo el poder de las evocaciones felices, mil y una leyendas interesantes.

Un rancho casi oculto, a lo lejos, en el que se observa un rebaño de ariscas cabras, nos inspira una página de égloga virgiliana.

Quisiéramos quedarnos perpetuamente en estas soledades pintorescas a comulgar con la naturaleza plena, para olvidar las rencillas del diario vivir... lejos del tráfago incesante y de la pesadumbre que trae aparejada la lucha de todos los días y de todos los momentos en la urbe tentacular y lejana.

El canto de los grillos al anochecer; el ladrido de los perros cuyos ecos nos repiten las sierras; una canción lánguida oída en la quietud de la noche; el balido del ganado que pace en los alrededores, cabe la protección de un ranchito humilde; la iluminación del hotel que desde lo alto se destaca nítidamente en la obscuridad, y estas gentes campesinas, sencillas, afables y generosas, son argumentos que se suman al anhelo que sentimos de quedarnos para siempre en estos campos montañosos a disfrutar del tan dulce quietismo estético, de esa devoción estética que pondera don Ramón del Valle Inclán.

Por algo en estas sierras cordobesas sentimos el estremecimiento de nuestras carnes al soplo de agradable airecillo; por algo soñamos despiertos y nos sentimos acometidos de una dulce, sedante y optimista filosofía de la soledad y de la contemplación.

El libro mil veces abierto se nos escapa de la mano. La letra no nos dice nada, pues todo lo llena el paisaje soberano. Cada piedra preséntasenos con extraños contornos; en cada árbol hallamos recreación para la vista; y hasta el simple pajarillo que se columpia de rama en rama sirvenos de distracción.

Todo en Alta Gracia hace pensar serena y plácidamente, como si el alma grande y generosa del paisaje nos poseyera y se fundiera en la nuestra, en estos rincones propicios al ¡ensueño...

GERMAN B. MARTIN

FOTOGRAFÍAS DE DERESKÉ

VILLA FALCONIERI, POR SOTO.

TRES PINTORES ARGENTINOS EN LA EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID

Por méritos propios y tras la calificación de un riguroso jurado lograron tres pintores argentinos un puesto en el certamen de la pintura española: Ernesto Riccio, Cleto Ciocchini y Carlos L. Soto, artistas de vigorosa sensibilidad.

CABEZA DE NIÑO, POR CIOCCHINI.

DR. P. SILVA, POR RICCIO.

CARLOS L. SOTO, POR RICCIO.

EL PINTOR ERNESTO RICCIO.

CLETO CIOCCHINI, POR RICCIO.

Bodas Aristocráticas

Perduran aún los ecos, en nuestros círculos aristocráticos, del enlace de la señorita Elvira Castro Soto con el doctor Alberto Gainza Paz. De las realizadas en el año, ninguna boda revistió los contornos de la que damos una interesante nota gráfica. La belleza de la desposada, realzada con el atavío nupcial, lucía en toda su juvenil lozanía, y la apuesta figura del doctor Gainza Paz armonizaba con la de su grácil compañera. Este matrimonio es un bello lazo de unión entre dos familias de abolengo, que legaron a sus hijos talento, cultura, simpatía y modestia, condiciones que abren para su vida, que inician juntos casi en la adolescencia, un porvenir de felicidad.

LA ARQUITECTURA EN EL COLONIAL BRASIL

Las ciudades del interior brasileño, como Ouro Preto, Diamantina, Marianna, São João El Rey, en el próspero Estado de Minas Geraes, no sufrieron la acción del tiempo ni la iniciativa de los gobernantes demoledores. Se han conservado, en efecto, como si la mala piqueta de una evolución arbitraria tuviese una secreta conciencia de *noli me tangere*. Intactos en lo mejor de su forma edilicia primordial, su arquitectura vive, para regocijo de los que no son capaces de negociar harinas y yerba mate, sin manoseos, sin el afán de presentarlas más lindas de todo cuanto contiene su enorme belleza de origen, de origen puro, aquí gótico, allí arábigo y acullá de un barroco hermoso, como siempre lo fué este estilo.

Al contemplar esas iglesias, esas fuentes que van secularizándose, al verlas incólumes, sin negar su estirpe, parece que se estuviera frente mismo del pasado; y el espíritu se inclina, reverente, ante su grandeza.

¿Fueron portugueses, fueron en connubio portugueses y españoles, o fueron sencillamente los arquitectos judíos desparramados por el mundo antes del decreto de Floridablanca? Porque este gobernante de Carlos III contribuyó — en una forma en que hoy la historia todavía no puede apreciar — a difundir muchas artes, las de Salomón y David, en la poesía y en el pensar (Pascal, filósofo, es un hijo del Pentateuco, libro del judío Salomón y no de Moisés), y la de los grandes ingenieros que levantaron el templo de Sión. Dicho está, pues, que fueron judíos, posiblemente, y que, sin duda, contribuyó en mucho el decreto de dispersión del judaísmo, de Floridablanca, para que los arquitectos hebreos trabajaran en este Nuevo Mundo, trayendo de Sión su visión de los grandes frentes, y de los árabes (africanos del Mediterráneo) la filigrana a veces, la sobriedad otras, y siempre su profunda emoción artística.

OURO PRETO. — FUENTE DE MASILIA.

S. JOAO EL REY. - PUERTA DE SAN FRANCISCO.

El Brasil tiene, del tiempo del coloniaje, maravillas arquitectónicas. En todas sus ciudades — especialmente las del norte — hay una iglesia, hay un «chafariz» de tipo característico y típico «colonial». Ya hemos explicado lo que queremos decir con esta palabra.

¡Oh, iglesias! ¡Oh, divinas fuentes esculpidas, talladas en la misma piedra, sobre el flanco de la montaña!

¡Qué emoción, qué enorme emoción producís cuando se os admira!... Porque al contemplar tantas reliquias, de una belle-

OURO PRETO. — IGLESIA DE SAN FRANCISCO.

CAETÉ. — IGLESIA MATRIZ.

za augusta, tan severa, se siente que se doblan las rodillas y que el rostro se inclina sobre el pecho con el misticismo que produce una plegaria.

Y lo que parece más inverosímil es que esas construcciones fueron hechas por obreros que odiaban su obra — sentimiento de antirreligiosidad, — que estaban obligados a trabajar, y que aprovechaban cualquier circunstancia para malograr lo que con inmenso rencor iban levantando.

Esos templos anidan viejas tradiciones de atentados frustrados, de rebeliones, de mil contingencias que los arquitectos, verdaderos artífices, tuvieron que vencer para lograr el milagro de legar a la posteridad el sello de una época.

Las pátinas que acentúan relieves, que sombrean aristas, que parecen vestir con tenues velos la desnudez de las piedras, les prestan el mismo encanto de un ropaje transparente sobre un cuerpo de mujer.

Y en sus interiores, bajo las bóvedas pesadas de arte, diríase que las piedras se sensibilizaran a fuerza de vibrar con la misma música, con el sonido de las mismas plegarias, de las mismas súplicas, como las cajas de esos viejos violines que van conformando su alma a fuerza de vibrar con las mismas melodías.

¡Qué enorme sugestión la de esas losas gastadas por las rodillas de varias generaciones! ¡Sobre cada una de ellas cuántas veces un mismo dolor habrá modulado una misma súplica!

Parece que se poblasen de imágenes del pasado. Vemos surgir los audaces *bandeirantes*, los crueles negreros, los infelices esclavos, los indios mal tratados, los mestizos sedientos de libertad... y junto a ellos los mismos señores implorando por ellos, para que Dios se los conserve, y las mismas madres, iguales ante el dolor y ante Dios, elevando la súplica desesperada de sus santas angustias...

¡Oh, viejas iglesias, conservadas intactas, cuán elocuente es el lenguaje con que habláis a los que saben comprenderos, a los que se estremecen pensando que alguien quiera reformaros, cometer el sacrilegio de modernizaros, tan grande, tan inaudito, como el del agua al vino, sangre de Cristo, con el que en vuestras entrañas se oficia la misa!

Pero en la ya larga digresión de esta nota nos falta decir que quienes más saben sobre el punto, que apenas esbozamos, son los señores Ricardo Severo y José Wasth Rodríguez, el primero por su originalidad, por su espíritu, por su permanente inquietud por las cosas de todas las artes, y el segundo por su gran dominio de la luz, como pintor; y ya sabemos que la luz es todo en la perspectiva. Son dos hombres.

Y bien: Severo y Wasth Rodríguez, dos grandes líricos, se han «metido» a hacer una obra de exhumación artística de un arte sepultado en lo intricado del interior brasileño, todo él casi desconocido, y que si él aun supervive es gracias a que los autóctonos tienen una reverencia instintiva, mejor dicho, sana, que no le da por la destrucción de lo que ellos ven todos los días en frente de ellos, respetando ese misterio de lo para ellos levantado (un edificio, una iglesia o una fuente) «piedra sobre piedra para arriba»... algo tan inexplicable como un Dios.

OURO PRETO. — CALLE DE PONTE-SECCA.

BENJAMIN DE GARAY

DIBUJOS DE J. WASTH RODRÍGUEZ

RECORDATORIO DE GRANADA

EL PALACIO DE CARLOS V

En medio de la fortaleza de la Alhambra, junto al Palacio de los Reyes Moros que parece proteger con sus recios muros de piedra, está el Palacio del Emperador Carlos V. Vino el Emperador a España desde las pálidas tierras del norte y al sentirse en Granada, el reino recién conquistado por sus abuelos, su espíritu se dejó fácilmente arrastrar por las seducciones de esta tierra de clima caliente, llena de jardines y de verdes lejanías, donde todavía dominaba el esplendor árabe y se vivía con las delicadas y lánguidas elegancias de los pueblos legendarios de Oriente. Para vivir aquí, rodeado de tan encantador escenario, el brillante Emperador quiso edificar una casa. Trabajó en su proyecto Machuca, el gran arquitecto, que había formado su personalidad en la escuela italiana y participado en aquella sorprendente reanudación de cultura que fué el Renacimiento. Obreros innumerables levantaron los muros de piedra labrada, pulieron las columnas y saltaron ágiles sobre las cornisas para grabar en el blanco mármol, que el tiempo había de dorar, guirnaldas eternas de flores. Pero la vida de aquel gran monarca de mandíbula voluntariosa y labios sensuales estaba predestinada a ser una serie de trabajos sin terminar y esta suerte tuvo también el Palacio granadino. Sin terminar quedó, con los muros nada más levantados, huecos sus balcones y ventanas, huecas sus puertas por las que no habría de entrarse nunca en busca de calor de hogar.

Esta casa que nunca se ha cerrado, que no ha tenido techo, es un símbolo. Ningún poderío humano puede seguir en la vida el camino que quiere, ni siquiera levantar su morada en donde no estaba ordenado. Pero además nos indica el gran cambio que en España fué la sucesión del grande y brillante Emperador por su hijo Felipe, el rey sedentario y sombrío de las leyendas tétricas. ¡Qué gran paisaje es el del Escorial; pero qué distinto del de Granada! Felipe prefiere aquel peñascal austero y robusto, sembrado de espinos, aulagas y tomillos, flores ascetas del secano, a los laureles, cipreses, rosales y nardos de Granada. Felipe es un hombre que teme al demonio, y en Granada, en las lindas casas de los moriscos, en las retorcidas travesías del Albaicín, aun está el demonio sin encadenar. No ha sido encadenado nunca. Todavía en estos tiempos la suave tentación se nota.

¿Qué influjo de severa austeridad tenía entonces la tierra parda y llana de Castilla? Aquel emperador flamenco de bravo corazón, alegres aventuras, fiestas brillantes y secretos bastardos, acabó siendo dominado por la terrosa castidad del ambiente conventual y murió en un monasterio, olvidado seguramente en sus tremendas inquietudes espirituales de aquellos paisajes dulces y atrayentes entre los que había querido vivir. El Palacio quedó abandonado desde entonces, ruina de lo que no ha sido. Ahora en el vasto anillo de piedra de su patio las columnas mordidas por el tiempo se llenan de musgo, y algunos dinteles se tuercen ablandados por la lluvia. Ha sido preciso ponerles sostenes de madera. Y todo parece esperar que nazca otra vez aquel gran Emperador. Que venga otra vez, como entonces de tierras extrañas, porque así su espíritu chocará con el español y en el choque se acostumbrarán ambos a conocerse y quererse.

Que entre con su corte de favoritos por el Pirineo, exalte con sus excentridades el enojo nacional y provoque explosiones fuertes de revolución y protesta en el pueblo. De esta manera su influjo impuesto por las armas profundizará y arraigará fuertemente. Que sea entonces, con su frente pensativa, su barba voluntariosa y sus labios sensuales, nuestro Gran Emperador. Y que entonces, mientras su voz provoque atención y perplejidad en todas las cancillerías del mundo y tome con España a su lado fuerte participación en el futuro universal, que sus arquitectos le ayuden a concluir este Palacio vacío de la Alhambra para que sea en él donde reciba el homenaje. Porque si no es él el que lo termina, nadie podrá hacerlo.

En fin... El Palacio de Carlos V es un sepulcro sin cerrar de un sueño imperialista.

JOSE MORA GUARNIDO

El que silbaba

—¡Al demonio los ruidos!... — me dije un día, desesperado por los rumores que de la calle subían a los balcones de mi casa. Y sin más, alquilé en un barrio apartado un pequeño departamento, sin más comodidades que las indispensables. Llevé allí mis muebles, colgué los cuadros, estiré las alfombras, ubiqué mi dormitorio en la última piecita y me preparé para vivir tranquilamente.

Cuando me asomé al balcón vi que aquello era bueno. No pasaban tranvías por frente a la casa; uno que otro automóvil y muy pocos coches de alquiler andaban por la calzada. De vez en cuando un carrito de verdulero asomaba por la bocacalle.

La casa era silenciosa a pesar de sus cinco pisos superpuestos. Parece que el portero había sabido disciplinar a mis convecinos, pues no se oía el ruido de una mosca. Aquello era, para mí, el mejor de los mundos habitados. Valía la pena vivir en una casa tan tranquila, tan aereada y tan confortable.

El único ruido que se escuchaba dentro del edificio era el del ascensor, con su golpe seco, cada vez que era solicitado por los vecinos. Por la mañana subió y bajó las escaleras el enjambre de proveedores: el carnicero, el panadero, el lechero, el vendedor de diarios, el almacenero, la lavandera, la planchadora, etc. Después se hizo un silencio sepulcral en toda aquella vasta construcción, que destacaba su silueta gallarda sobre la multitud de casas bajas que la rodeaban.

Al fin, después de mucho sufrir y de mucho bregar, había encontrado una casa que llenaba todas mis aspiraciones: vivir tranquilo. Hice uso de ella, durante todo el día, con una alegría retozona que me llevaba a mis recuerdos juveniles.

Sería muy cerca de la medianoche cuando me preparaba para acostarme. Sin apresurarme, lentamente, me desnudé, hice mi higiene nocturna, me metí dentro del camisón, me instalé entre las dos sábanas estirándome cuan largo soy, y me propuse dormir como un bendito. Estaba yo «entre la vigilia y el sueño», en ese momento en que se va perdiendo la noción de la vida, cuando un prolongadísimo silbido, penetrante y agudo, me despertó sobresaltado. Escuché. Siguió otro y después un tercero. Indudablemente se trataba de una señal. Debía ser algún ladrón que avisaba a sus compañeros de afuera, pues el silbido partía, sin duda, de la habitación que estaba encima de mi dormitorio. Me incorporé y puse el oído atento. Se hizo un largo silencio. Después siguieron unos silbiditos cortos y armoniosos, que me quitaron la primera aprensión. Eran más humanos, más suaves, menos de ladrón. Minutos más tarde, con un entusiasmo, una energía, una afinación y un calor de verdadero artista, el silbido comenzó a hacer escalas cromáticas, floreos y variaciones en todos los tonos. En seguida, y a raíz de esa «vocalización», el silbido atacó enérgicamente la introducción del «Barbero de Sevilla» y no paró hasta el último acto, incluso las «Voces de Primavera», que suelen introducir las divas, para lucir su garganta de canario, en el acto de la lección.

Eran las tres de la mañana cuando cesó el silbido. Oí cerrar las ventanas, oí el ruido que hace un par de botines al caer al suelo, oí el rumor de los chismes de lavatorio que se movían y, finalmente, vi que la luz del piso superior se apagaba.

—¡Bendito sea Dios y la madre de Dios! — me dije para mí.— Este hombre debe tener unas carretillas de acero y unos labios de piedra berroqueña para silbar tanto y por tanto tiempo...

Mientras me arrebujé en las sábanas pensé que aquello sería un accidente, una simple casualidad. Tal vez el hombre había venido de mal humor y quería desquitarse de él silbando hasta la desesperación. Tal vez le había tocado el premio mayor y expresaba de esa manera su alegría. Quizás había pedido la mano de su novia y se la habían acordado. ¡Vaya uno a saber lo que le había pasado a aquel buen hombre que tan ruidosamente se manifestaba!...

Pero a la noche siguiente ocurrió lo mismo. A las doce en punto y cuando yo acababa de acostarme, volvieron a sonar los tres silbidos largos, después los cortos y en seguida una ópera íntegra, «Aida», con sus trompetas egipcias y su correspondiente «Radamés, discolpati!...» La melomanía silbante me inquietó, más aún, me irritó. El hombre no me dejaba dormir por segunda vez y yo necesitaba de mi reposo bien ganado.

La tercera noche, como ocurriera lo mismo, me tiré de la cama, abrí la ventana y solté una imprecación. El hombre no se dió por aludido y continuó silbando como si estuviera en plena Pampa Central. «Cavalleria Rusticana», «Pagliacci», «Norma», «Elixir d'Amore», «Traviata», hasta «Parsifal», silbaron en mis oídos en las noches sucesivas. Una vez, en el colmo del furor, volví a asomarme al balcón y le grité con todas las fuerzas de mis pulmones:

—¡Siquiera se muriera!...— Pero ni por esas. Era un impertérrito. Tuve tentaciones de dar cuenta a la policía, pero después me pareció ridículo y no lo hice. Sin embargo, le hablé al portero del asunto.

—Es un buen hombre — me dijo; — no molesta a nadie...

Tuve que conformarme. Le averigüé la vida. Era un jubilado nacional con ochocientos pesos al mes, es decir, casi un peso por hora. No tenía mujer ni hijos. Vivía solo con una vieja sirvienta. Por la mañana iba a todos los entierros, misas y funerales que había en la ciudad, y en todas partes dejaba su tarjeta aunque no conociese al muerto ni a sus deudos. Por la tarde paseaba por la calle Florida en tren de conquistador; por la noche iba al teatro, donde recogía todas las melodías, arias y cavatinas que me espetaba a mansalva a la hora de dormir. Era un ser inofensivo y manso, que no tenía más defecto que silbar a hora fija, religiosamente, cronométricamente, mula de atahona, de una preocupación artística reventadora para los demás, pero que debía hacerlo inmensamente feliz.

Poco a poco me fuí acostumbrando a aquel vecino incómodo y a los seis meses de esta vida pude comenzar a dormirme al rato de empezar su silbatina impenitente.

Pasó un tiempo más y tal fué lo acostumbrado que estaba a aquel molinillo de notas que ya no lo tomaba en cuenta. Pero una noche, para desesperación mía, se puso a silbar el tango de moda: «¡Mozo, traiga otra copa!...» y lo silbó una, diez, cien, mil veces, hasta que, fuera de mí, salté de la cama y le grité repetidas veces:

—¡Canalla!... ¡Canalla!... ¡Canalla!...

Desde entonces el hombre silbó menos. Repetía siempre el mismo tango, pero con menos ahinco, como si fuera desfalleciendo, lentamente, casi con desgano, como una cosa que se acaba, que se va agotando por propio aniquilamiento. Yo notaba el fenómeno de esta disminución de bríos filarmónicos y lo atribuí al aburrimiento de silbar siempre la misma cosa. Hace dos noches el silbido cesó por completo. Por la mañana, cuando bajé de mi departamento, el portero me dijo:

—El señor Amado ha muerto...

—Me lo explico... No podía ser de otra manera... El tango tiene la culpa...

El señor Amado, que bien pudo llamarse odiado, ha hecho bien en morirse por aquello de que Dios es Dios y Moisés el que trajo las tablas de su Ley, en las que está escrito: «No molestes al prójimo y la santa tranquilidad de su sueño...»

Pablo della Costa

ILUSTRACIÓN DE LÓPEZ NAGUIL.

En CASTILLA

Oleo de

VALENTIN DE ZUBIAURRE

DE LA COLECCION MULLER

EL ÁRBOL

POR JORGE GUINEA BEZANILLA
ILUSTRACIÓN D. PELAEZ

Arbol que, como el hombre, te alimentas de lodo,
Pero que alzas al cielo los brazos retorcidos
Y, apretado a tus ramas, mantienes alto todo
Lo que amas: hojas nuevas, botones, flores, nidos:

Quiero tu paz severa, tu fe en orar en vano,
Tu esperar, cuando emigran, que las aves regresen,
Tu silencio, más hondo que mi cantar humano
Y tu ardor, por cubrirte de flores, que fenecen...

Tú te bastas; tu creas la flor que lleva un germen
Que, en cualquier campo sano, perpetuará tu ser:
El hombre, tras de angustias de amores que le enfermen,
Pondrá en su sangre oscuras influencias de mujer.

Arbol, tu sombra a todos protege, tu perfume
Por el amor del viento se puede disfrutar;
Pero el hombre, en sus ansias de darse, se consume,
Por ofrecer un bien que no puede formar...

Buscándolo, recorre los valles; su destino
Oscuro le hace ser eterno vagabundo,
Y tú, inmovilizado junto a cualquier camino,
Le dices que encontraste tu sitio en este mundo...

Típica calle de Oberammergau.

La Tradicional Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo en Oberammergau

Los maestros actores la representan cumpliendo el voto piadoso hecho por los vecinos de aquella aldea durante la peste de 1633

Antonio Lang, Cristo.

Martha Weit, la Virgen.

En un valle de la Alta Baviera, a orillas del río Ammer, hay, desde tiempo inmemorial, un pueblito católico llamado Oberammergau, célebre por sus representaciones escénicas de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Ninguno de los pueblos donde el drama sacro tiene una reproducción más o menos artística compite con este municipio piadoso, que es el Bayreuth de la Pasión. Oberammergau vive para, y casi por, este espectáculo. Es un pueblo de menestrales y artífices preocupado continuamente en la difícil tarea de preparar reproducciones verosímiles del Evangelio. Tales representaciones escénicas constituyen un exvoto, una promesa solemne que aquellos habitantes hicieron en 1633, cuando una maligna peste azotó la comarca.

Como en Oberammergau hay hábi-

El teatro.

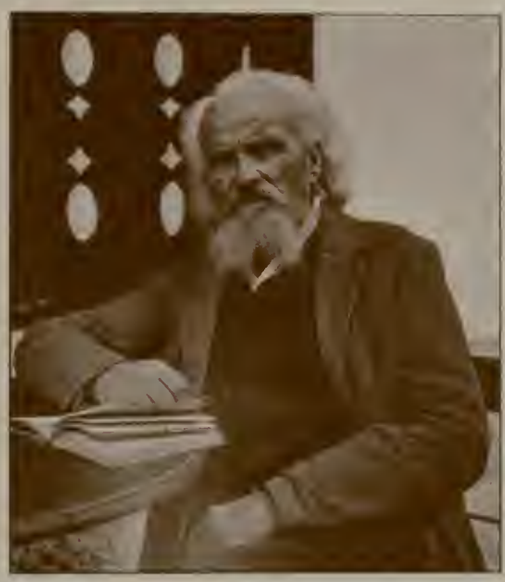
Guardarropía.

Hugo Rutz
Caifás

José Mayer,
Arthenaeus.

Andrés Lang,
S. Pedro.

Guido Mayr, Judas



G. Breitsamter, Herodes.

M. Breitsamter, S. Juan.

Sebastián Lang,
Anás

les tallistas e imagineros, el vestuario y la composición plástica de las escenas obtienen la debida propiedad. Son cuadros de vibrante policromía, algo así como atrayentes estampas coloreadas a las que una simpática música, compuesta en 1814 por el maestro de escuela Rochus Dedler, comunica nuevo atractivo.

Unos setecientos actores y comparsas toman parte en las representaciones, y más de seis mil espectadores, renovados continuamente, asisten a ellas. El precio de las localidades, el sueldo de los artistas y, por lo tanto, el beneficio total, que se dedica al fondo de la comuna, son módicos.

La fama bien merecida de Oberammergau es universal. A causa de la guerra las representaciones, que se realizan cada diez años, se aplazaron desde 1910 hasta 1922. El 14 de mayo se inauguró la temporada.

Antonio Lechner,
(Prólogo).

LOS ÚLTIMOS FELICES

Llegaban al cielo constantemente quejas y alaridos que turbaban la augusta beatitud de aquellos lugares sagrados. Los santos recibían numerosas peticiones a cual más disparatada, y no se daban punto de reposo y todo se les volvía ir y tornar al trono de Dios para abogar por los habitantes de la tierra.

A muchas peticiones, Dios, que es la esencia de la bondad infinita, se hacía el sordo, como cualquier padre verdaderamente humano hace oídos de mercader cuando un hijo, excesivamente mimoso, le pide que le traiga una pomada para que le nazca pronto el bigote, un tren que produzca catástrofes o un cañón del 42 para matar primorosos pajaritos. Pero tanto y tanto le pidieron, tan desordenadas andaban las cosas en la tierra y tan desgraciados se manifestaban los hombres, que decidió enviar un santo para que remediara en lo posible el desbarajuste reinante.

En primer lugar pensó en San Severo; pero temió que la seriedad y rectitud de su carácter empeorara el asunto en lugar de arreglarlo. San Severo era poco amigo de contemplaciones; no gustaba mucho de la empalagosa diplomacia ni era partidario de emplear eufemismos, sino de llamar a las cosas por su nombre. Y Dios sabía que, al enviarle a la tierra, Severo habría preparado por todo equipaje no paños de lágrimas, sino un látigo morrocotudo.

— Otro emisario — se dijo — necesitan aquellos infelices.

Y, repasando su memoria, vino a elegir, entre todos los santos que llenan la gloria, a San Modesto.

— Tú sabes — le advirtió — que yo dí a los seres que se llaman hombres y que habitan la tierra la razón y el libre albedrío; que los doté de discernimiento para que pudieran distinguir lo bueno de lo malo y lo justo de lo injusto; que les perdoné el pecado de soberbia y les envié a mi Hijo para que les enseñase la verdad y los redimiera. No ignoras lo que hicieron con El. No quiero volver a enviarle a la tierra, porque estoy seguro de que volverían a crucificarle. Tú, Modesto, vas a ir ahora. ¡Pero no

tiembles, criatura! Yo haré todo lo que convenga para que las gentes no conozcan que eres santo. Así podrás librarte de las travesuras que pudieran idear contra ti y de los odios terribles que inspira por allá todo varón justo y piadoso. Por lo visto, la gente de la tierra no acaba de comprender la santidad; los poquísimos elegidos que han llegado a mi presencia en estos últimos tiempos pasaron allí por tontos o por locos, o por locos y tontos a la vez, aunque estas dos cosas son antagónicas.

— Pero, ¿Tú crees Señor — preguntó el humilde San Modesto — que soy capaz de realizar una obra grande? ¿No sería preferible que enviases a tus arcángeles que pueden trasladarse rápidamente de un lugar a otro a favor de sus alas?

— ¡Válgame mi poder, mi admirable Modesto! Tú, que siempre supiste admirarlo todo con la ingenuidad graciosa de un muchacho, ¿no has podido percatarte de que los hombres sienten un odio profundo hacia todo lo que puede elevarse y especialmente hacia todo lo que vuela? Si les enviase a mis arcángeles, se sentirían muy capaces de darles caza a escopetazos.

— Si no a tus arcángeles, Señor, pudieras enviar a otros más a propósito que yo para hacer algo de provecho. ¡Si yo no sé hacer nada, Señor, y aunque pongo en mis acciones toda mi voluntad y todo este amor ardiente que te profeso, mis mejores obras no han servido nunca para nada!...

— Oye, Modesto. Si fuera mi intento hacer cosas deslumbrantes que causaran asombro en el mundo, no te enviaría, porque te conozco bien y sé que serías muy capaz de no hacerlas. Pero no se trata de nada de eso. Vas a ir sólo con la apariencia de un buen viejecito, y con facultades amplias para realizar todo lo que te pidan, siempre que lo creas justo. Todo mi poder lo pongo en tus manos, con esa sola condición. Vete a la tierra y haz allí felices a cuantos lo merezcan. Y no tiembles ni pases temor alguno; te libraré de persecuciones, haciéndote invisible cuando llegue el caso. ¡Anda y procura hacer todo el bien que puedas con tal de que no esté reñido con la justicia!

Con tales instrucciones y seguridades llegó San Modesto a la tierra y vino a caer en una ciudad muy grande y ruidosa en la que los hombres caminaban de prisa, con gesto hosco, como si se hubieran levantado tarde para llevar a cabo alguna gestión urgente. Y vió que todos aquellos hombres que marchaban atropellándose sin consideración no tenían más que un pensamiento: ser ricos, muy ricos, más ricos que todo el mundo, para tener criados y automóviles, para que sus mesas fueran las mejor servidas, para comprar conciencias, que en realidad iban bastante baratas.

Se acercó a un hombre de aspecto humilde y pacífico, que estaba tranquilamente en la puerta de un comercio, y entabló conversación con él creyendo que sería cosa fácil hacerlo feliz. Pero, de buenas a primeras, el hombrecillo le confesó:

— Tengo mi tienda llena de mercaderías riquísimas; pero la competencia hace que me vea obligado a vender sin ganar apenas el doscientos por ciento. Para ser feliz, yo necesitaría que se incendiasen todas las tiendas de la ciudad; que se hundiesen todos los barcos que conducen mercaderías iguales a las mías, menos los que las traen para mí; que me dejasen tranquilo de competencias, siquiera durante diez añitos, para que todo el que quisiera vestirse tuviese que recurrir a mí.

San Modesto continuó sus indagaciones. Habló con muchos y vió que los deseos más ardorosos de todos eran casi idénticos. El ministro necesitaba que formasen juicio político al presidente para poder colocarse la banda; el subsecretario, que se hundiese el ministro para verse en posesión de la cartera; el banquero, la ruina de los demás banqueros...

El pobre santo se desesperaba. El quería hacer felices a los hombres, pero, ¡le pedían unas cosas!...

Ideó volverse al cielo y dar por fracasada su gestión; pero antes quiso pasar por los lugares destinados a diversiones.

Penetró en un teatro en el instante en que aplaudían frenéticamente a una joven que había cantado una romanza de una manera admirable. Tuvo deseo de verla de cerca y, aprovechando un momento en que se encontraba sola, entró en su camerino y, ¡oh sorpresa!, la encontró llorando rabiosamente.

— ¡Hija mía! — dijo con suave bondad — ¿por qué lloras? Acabas de ser objeto de una gran ovación.

— Sí; pero en cambio han aplaudido también de un modo delirante a la primera tiple, que es una mujer orgullosa e inaguantable.

— Y para ser feliz quisieras cantar como ella, ¿no? Encargarte de sus papeles, ¿verdad?

— No, no necesito tanto; me bastaría con que ella adquiriese una enfermedad en la garganta que la impidiese cantar.

Escandalizado se escabulló San Modesto, y al salir a la calle encontró a un viejecito pegando los carteles que anunciaban las funciones para el día siguiente. El viejo canturreaba satisfecho, y el santo se detuvo a escuchar. Era una de esas canciones que se aprenden en la infancia y que casi carecen de sentido, pero que tienen una ingenuidad y una frescura maravillosas. A pesar de su vejez y de su barba blanca, la tez de aquel anciano era sonrosada como la de un niño, y había una alegría y un brillo en sus ojos que encantaba.

— ¿Estás contento, viejo? — preguntó el enviado celeste.

— ¿Y por qué no estarlo? ¡Siempre estuve yo alegre! Sólo hace diez años, cuando ya no podía yo con las fatigas del trabajo del tramoyista, me puse triste, porque creí que me iba a faltar el pan. Pero el empresario me empleó en pegar carteles, cosa fácil como ves, y en hacer algunos recados de confianza. Desde entonces pego carteles, y pongo todo mi cuidado en que queden derechitos, muy derechitos y en un sitio en que pueda leerlos bien el público; porque me pagan para eso. Además, el empresario es hombre bueno que sabe estimar el trabajo, y me suele dar algunas alegrías impagables.

— ¿Dándote más dinero?

— No; no es hombre que dé mucho. Siempre se queja de que van mal los negocios. El entiende de eso, que es hombre de números. Pero algunas veces me llama y me dice, poniéndome la mano cariñosamente en el hombro, como si fuera un igual mío: — Viejo, hoy he dado una vuelta en coche para ver los carteles. ¡Y están bien pegados y puestos con inteligencia! ¡Así me gusta! Te felicito, viejo, te felicito.—Y tú no sabes la alegría que me produce esto y los ánimos que me da para seguir pegándolos cada vez mejor.

Maravillado, verdaderamente encantado quedó San Modesto ante aquella felicidad hecha con tan poco. Y quiso saber hasta dónde podía llegar la bondad de aquel viejecito que, mientras realizaba su trabajo, entonaba las inocentes canciones que le enseñó su madre, recordándola. Así dijo:

— ¿Sabes qué tienes suerte? Yo, en cambio, viejo como tú, me encuentro sin poder hacer nada y paso mis miserias.

— ¡Bah! No te aflijas. Tengo yo aquí unos pesos y voy a dártelos para que te alivies en lo que puedas. Al mismo tiempo, si quieres, te enseñaré a pegar carteles y te recomendaré a mi patrón.

— ¡Gracias! Yo sé pegarlos. He pegado muchos en mi vida en otras poblaciones.

Y el santo puso manos a la obra con tal ligereza y perfección que el viejo quedó admirado.

— Sí que trabajas bien y con limpieza. Ven y te llevaré a mi empresario. Le diré lo que sabes hacer y te dará trabajo en seguida.

— ¿Pero no temes que pueda hacerte la competencia?

— ¿Y por qué voy a temer? Encontrar a un hombre que trabaja mejor que uno, siempre es una suerte, porque así puede aprenderse algo más. Dios da para todos.

El santo se sentía dichoso ante aquel hombre, tanto que acabó por confesarle quién era y a lo que había venido, y acabó diciéndole:

— Tú debes tener algún deseo. Dime cuál es tu mayor deseo y yo lo realizaré.

— ¿No me engañas?

— No, no te engaño.

— ¿Y realizarás mi deseo, aunque sea muy grande y muy difícil?

— Lo realizaré.

— Bueno, oye: mi vieja, que me acompaña desde hace más de cuarenta años, y que me quiere mucho, empieza a estar torpe. Algunas veces se le pega la comida o comete cualquier torpeza, y sufre mucho por eso y reniega que ya no sirve para nada, y que hasta los guisos que a mí más me gustan los hace mal.

— Comprendo: tú quieres que ella guise bien. Por la alegría con que trabajas, casi se te puede consentir esa glotonería.

— No me has entendido. No soy glotón. Lo que yo quiero es que ella no se dé cuenta de que hace mal las comidas y de que se le pegan. El que estén malas, ¿qué me importa? A todo se acostumbra uno menos a ver sufrir a las personas a quienes ama.

— Bueno; te voy a conceder eso; pero a cambio de que me convides a cenar esta noche.

Fueron a la casa. El dijo a su mujer que llevaba un convidado.

— Pues no podías haber elegido noche mejor; porque esta noche me ha salido la cena muy bien. Está diciendo: ¡comedme!

El viejo notó que la sopa estaba sin sal, pegada la carne y a medio cocer. Pero comía con gusto y estaba radiante al ver el contento de su vieja, y para alegrarla más, le decía:

— Esta es una mujercita, amigo. ¡Si guisa mejor que ninguna cocinera del mundo!...

— ¿Estás satisfecho? — le preguntó el santo.

— ¡Satisfechísimo! Eso era lo que yo quería. ¿Qué me importan los manjares más delicados ante su satisfacción?

— Vete ahora un ratito, que quiero hablar con ella.

La vieja escuchó atónita las palabras del santo. También tenía ella algo que pedirle...

Y le pidió que guiase siempre la mano de su viejo; que le hiciese pegar los carteles muy derechitos, muy derechitos, puesto que en ello cifraba su mayor orgullo; que ella pudiera verle feliz...

Se acostaron.

A la mañana siguiente, San Modesto se presentó ante el trono de Dios llevando de la mano a sus viejos amigos.

— ¿Cómo te fué, Modesto? ¿Has podido hacer gran cosa por la tierra?

— Señor: aquello es un caos terrible e ingobernable. Todos son desdichados porque quieren. Sólo he podido encontrar dos seres felices, y me he permitido traértelos para recomendarte que les des un lugar en tu gloria.

Y Dios los recibió con los brazos abiertos.

RAFAEL RUIZ LOPEZ

ILUSTRACIONES DE PELÁEZ

RINCONES DE ENSUEÑO

ALTA GRACIA

DE UN NEGATIVO KODAK

Conserve la historia de los niños, con una KODAK *Autográfica*

Las fotografías de los niños adquieren mayor interés a medida que transcurren los años, y la fecha se convierte en un detalle de suma importancia. Al mirar la fotografía de un niño, lo primero que se nos ocurre preguntar es: "¿Cuándo fué tomada?" La respuesta es fácil ahora; pero, frágil como es la memoria, ¿podremos contestar más tarde la pregunta?

Mediante la innovación autográfica, exclusiva de Eastman, y parte integrante de todas las Kodaks, se puede fechar y titular cada negativo en el instante de la exposición. Así se obtiene una historia completa, indeleble, de la escena fotografiada.

KODAK ARGENTINA, Ltd., Corrientes 2558, Buenos Aires

POR TIERRAS RIOJANAS

UNA MANADA DE CABRAS, PROPIEDAD DEL SEÑOR JUAN DE DIOS OROS, CONSTITUYE MOTIVO DE ORGULLO PARA EL HACENDADO QUE CONSTRUYÓ EN LAS CORTADERAS DE ABAJO (DEPARTAMENTO GENERAL BELGRANO) LA REPRESA A CUYO AMPARO VIVEN LAS HACIENDAS Y LOS SEMBRADOS.

Crane's Linen Lawn

EL PAPEL DE ESCRIBIR DE MODA

Este papel da a las cartas ese sutil encanto que toda mujer quiere dar a su conversación y a sus modales. Es un papel distinguido para gente de gusto refinado. Se fabrica de bellísimos colores y los sobres de los más novedosos estilos.

SOLICÍTELO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y PAPELERÍAS

Modelo «Dr. Glenard».

Fajas sobre medida

para Señoras y Hombres

Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para embellecer el cuerpo como para cualquier afección del mismo. Se aplican en las fajas placas pneumáticas para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc. con receta médica. Medias y vendas elásticas, bragueros, etc.

PIDAN PRECIOS

Casa PORTA

341, Piedras, 341 Buenos Aires

Mueblería y Tapicería

Amado Roche

Sarmiento, 757

BUENOS AIRES

Visiten sus salones de ventas
SURTIDOS EN MUEBLES FINOS
COMEDORES - DORMITORIOS
:: SALONES - HALLS ::

SURTIDO COMPLETO EN ESTILOS
DE GRAN VOGUE

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCION
EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	$ 3.—m/n
Semestre (6 »)	» 6.— »
Año (12 »)	» 11.— »
Número suelto	» 1.— »

EXTERIOR

Año	$ oro 5.—
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la Administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

Kaloderma

Cremas, Jabones y Polvos

Kaloderma

Insuperables para la higiene del cutis y la belleza de las facciones.

De venta en todas las casas importantes del ramo.

F. WOLFF & SOHN.

KARLSRUHE.

Artefactos de estilo

La evolución artística de los últimos tiempos ha hecho también sentir su benéfica influencia sobre los Artefactos Eléctricos.

Y son muchas las mansiones aristocráticas que están actualmente modernizando sus artefactos reemplazando los antiguos por otros que armonicen con los regios moblajes, decorados, etc., y condigan con la época presente.

Las magníficas arañas que acabamos de recibir y que puede Vd. admirar en nuestros Salones de Exposición, le facilitarán la tarea de elegir, pues han sido diseñadas por verdaderos artistas con tal pureza de líneas y belleza de detalles, que en ellas se condensa el más refinado estilo moderno.

Heinlein & Cía

MUEBLES ARAÑAS BAÑOS

Buenos Aires

Avenida de Mayo 1402-1500

MONUMENTO A ALFONSO XII

Finalmente, el dia 3 de junio de este año se inauguró el monumento al rey don Alfonso XII, padre del actual monarca. Fué principiado hace muchos años ocurriendo dificultades que retrasaron los trabajos. Como puede juzgarse por las fotos que publicamos, el monumento es grandioso y severo. Hállase situado en el Retiro a orillas del estanque donde la juventud suele remar románticamente en lanchitas de a dos personas. Así la estatua ecuestre del finado monarca, que era un gran corazón, presidirá los honestos amores románticos del Retiro. Y las sentimentales parejitas admirarán, en justo cambio, la efigie broncinea y el marmóreo monumento que la soporta, aunque esta admiración sólo sea un pretexto, igual que casi todas las admiraciones, más o menos oficiales, que en el mundo han sido.

El monumento es obra del arquitecto Grases Riera, en las esculturas han colaborado muchos artistas, y la estatua ecuestre del soberano fué modelada por el ilustre Benlliure. La policía impidió que los repórters gráficos tomaran vistas de la ceremonia inaugural, ocasionando esta arbitraria medida el retiro y protesta de aquéllos.

EDUARDO VI (1537-1553) sobre una tabla 1.025 × 0.725 m. por un alumno de HOLBEIN.

Uno de muchos magníficos cuadros en exhibición en nuestras Galerías.

By Appointment to H.R.H. The Prince of Wales. | By Appointment to H.M. King George V. | By Appointment to H.M. Queen Alexandra.

El más hermoso y selecto surtido en Europa de

Jade Oriental
Laca roja antigua de China
Esmaltes cloisonné y porcelana
Obras de marfil japonesas

Retratos y paisajes ingleses del Siglo XVIII

Se agradece toda consulta. Pueden enviarse fotografías de muestra.

Todos los objetos antiguos garantizados con testimonio escrito.

SPINK & SON LTD.

Establecidos en el año 1772.

LONDRES: 5, 6 y 7, King Street, St. James's

Dirección Cablegráfica: JADEITE, PICCY, LONDON

"NASYL" es la preparación científica por excelencia para combatir todas las afecciones de las vías respiratorias.

"NASYL" AL MENTOL, CONTRA CATARROS, BRONQUITIS Y GRIPPE.

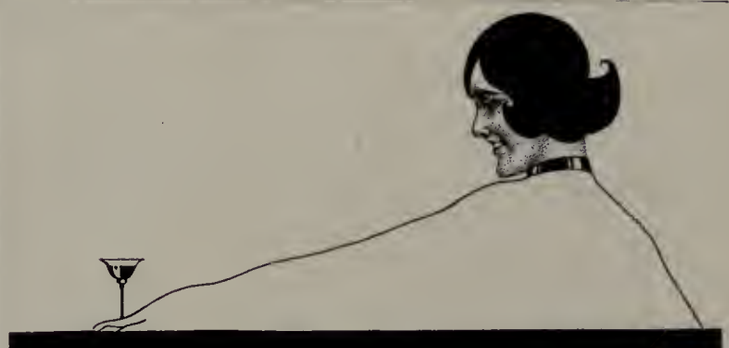
POMO OLIVA ESTERILIZADO A BASE DE VASELINA BÓRICO-MENTOLADA

Tratamiento racional y enérgico de las enfermedades de la nariz, coriza, catarro naso-faríngeo, preventivo contra el catarro tubo-timpánico y la otitis.

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS

UNICOS REPRESENTANTES: A. SAMENGO Y CAMPONOVO
JUNCAL, 2002 - Buenos Aires — Unión Telefónica, 2544, Juncal

REPRESENTANTE EN MONTEVIDEO: F. GRECO, CALLE RECONQUISTA, 539



ROBUSTEZCA y vigorice su organismo; active y acentúe sus funciones gástricas; despierte su apetito, tomando antes de cada comida una copita del delicioso y aromático aperitivo vino-quinado KALISAY. Es el gran producto nacional.

21 años de éxito lo comprueban.

LAGORIO, ESPARRACH Y CÍA. — BUENOS AIRES

KALISAY

A. Lambertini

VINAGRE OMEGA

de VINO de PRODUCCION NACIONAL. El único que no es nocivo a la salud. No es un compuesto de ácido acético, no es venenoso. Es un delicioso condimento. Las ensaladas, mayonesas, escabeches y adobados que lo emplean, adquieren un exquisito e inimitable sabor. ¡Es el vinagre-rey de los manjares! — LAGORIO, ESPARRACH Y CÍA - BUENOS AIRES.

En verdad, no es justo que al mencionar el nombre de THOMPSON no se asocie al mismo el concepto claro y preciso de lo que es distinción.

Y es que persiguiendo esa finalidad, THOMPSON ha realizado muchos esfuerzos, anotados en una obra vasta y consciente y que, en su misma extensión, le ha permitido demostrar la legitimidad de ese anhelo y hasta donde resulta hoy aceptable aquella afirmación, que acaso pudo parecer vanidosa al lector.

Thompson Muebles Ltda

FLORIDA 833
BUENOS AIRES

Buenos Aires, julio de 1922. TALLERES GRÁFICOS DE CARAS Y CARETAS

En la Ventana

OLEO DE ANDRES ORA

"LA BAÑISTA"
(La Baigneuse).
Un hermoso retrato (62 × 50 centímetros) de su hija, por madame Vigee Le Brun. Pintado en 1793.

By Appointment to H.R.H. The Prince of Wales. By Appointment to H.M. King George V. By Appointment to H.M. Queen Alexandra.

El más hermoso y selecto surtido en Europa de

Jade Oriental
Laca roja antigua de China
Esmaltes cloisonné y porcelana
Obras de marfil japonesas

Retratos y paisajes ingleses del Siglo XVIII

Se agradece toda consulta. Pueden enviarse fotografías de muestra.
Todos los objetos antiguos garantizados con testimonio escrito.

SPINK & SON LTD.

Establecidos en el año 1772.

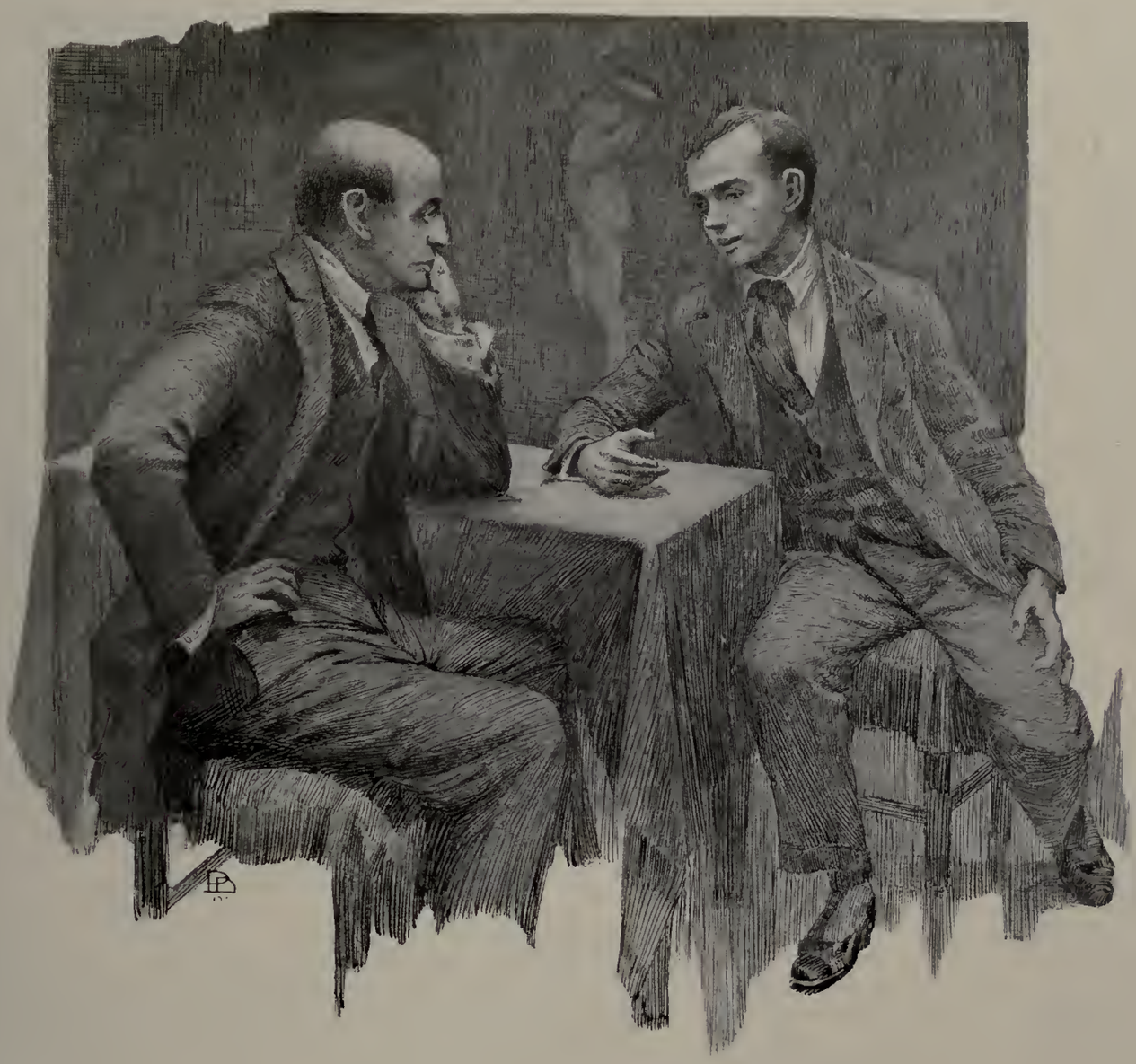
LONDRES: 5, 6 y 7, King Street, St. James's

Dirección Cablegráfica: JADEITE, PICCY, LONDON

Catálogo ilustrado de Jade, China, Laca y Cloisonné esmaltado, se enviarán gratis a ruego.

LA·PRIMAVERA

FLORIDA esq. CANGALLO
U. T. 2081, Avenida.



YO, INDIVIDUO, POETA, PROFETA Y MITO

EL. — Parece imposible, señor mío, que en los tiempos que corren profese usted todavía ese individualismo desenfrenado...

YO. — En primer lugar, caballero, yo no vivo en los tiempos que corren sino en el tiempo que se queda y no profeso *todavía* sino que profeso *ya* ese que usted llama individualismo desenfrenado, y que es la fe del porvenir, del eterno porvenir, del que será porvenir siempre, del reino de la libertad...

EL. — Es que vivimos en el presente.

YO. — ¿Está usted seguro de ello?

EL. — ¡Pues no he de estarlo!

YO. — ¡Pero yo no!

EL. — ¿Pues en qué vivimos?

YO. — Usted no lo sé, yo en el pasado y en el porvenir a la vez. Y mire, señor, no vamos hacia el mañana, hacia el pasado mañana más bien, como quien va en un auto de cara hacia adelante y viendo venir a él los campos que ha de recorrer, el puente que ha de pasar, la cuesta que ha de subir o bajar, sino que vamos de espalda al mañana y de cara al ayer y viendo pasar, en sentido inverso al de nuestra marcha, lo que ya hemos recorrido.

EL. — ¿Y cómo guiar así el auto?

YO. — Es que nos lleva y no le llevamos. Y en todo caso hay una manera de guiarlo y es con un espejo, teniendo en la trasera del carruaje un gran espejo, y así podemos guiarlo de espalda a la dirección de su marcha.

EL. — Pues es un modo de ver el porvenir ese del espejo...

YO. — Acaso... Sólo que el espejo a las veces... Y hay que saber interpretarlo. Y nadie le interpreta mejor que el profeta.

EL. — ¿Pero usted cree en los profetas?

YO. — Como entiendo por profeta otra cosa que usted, creo en ellos. Porque profeta, en el rigor originario de su significación, no quiso decir el que predice lo que ocurrirá sino el que dice lo que los otros callan o no quieren ver, el que revela la verdad de hoy, el que dice las verdades del barquero, el que revela lo oculto en las honduras presentes, el poeta, en fin, el que con la palabra crea.

EL. — ¿Y qué crean el poeta o el profeta?

YO. — Lo que ha de ocurrir. Y así el profeta predice y augura y anticipa y adivina; no porque diga lo que ha de ocurrir sino porque ocurre lo que él dice. El que escribe historia hace historia. El que crea un mito crea una fuente de realidades futuras. ¿Y sabe usted a lo que en esta tierra llaman los charros, los campesinos, poeta?

EL. — Cuando me lo diga lo sabré.

YO. — Pues en esta tierra *poeta*, lo mismo que *calendariera*, es el que escribe, en verso ¡claro está!, el pronóstico del calendario, el juicio del año y si será seco el otoño o blando el invierno o fría la primavera. Y así el barquero aquel del Mondego, en Coimbra, al preguntarle qué poeta conocía, contestó: «¿poeta o zaragozano?». Y es que el verso se hizo para coplas con que se acompañe, y con guitarra, al baile, para celebrar crímenes espeluznantes y para hacer juicios del año.

EL. — ¿Y esto, qué tiene que ver con lo otro?

YO. — ¿Qué? Que el poeta, o el profeta, si usted prefiere, hace el juicio del otro año...

EL.—¿Y nieva en tales días porque él lo dijo,no?

YO. — Sí; hay revolución porque él la cantó.

EL. — Todos los días hay revolución en alguna parte, como todos los días nieva sobre alguna tierra o sobre otra nieve.

YO. — ¡Naturalmente! Y se hace revolución o nevada universal aquella que el poeta canta. ¿No ha oído usted hablar del diluvio universal? Pues es universal porque lo ha universalizado el relato del Génesis. Y esto lo hizo un individuo. Porque sólo el individuo crea.

EL. — ¿Pero no sabe usted aquello de Natorp de que el individuo es, como el átomo, una abstracción?

YO. — Yo diría más bien un mito, y ahí está su fuerza.

EL. — ¿De modo que usted es un mito?

YO. — ¡Pues claro, hombre, pues claro! Soy un mito que me estoy haciendo día a día, según voy llevado al mañana, al abismo, de espalda al porvenir. Y mi obra es hacer mi mito, es hacerme a mí mismo en cuanto mito. «Que es el fin de la vida hacerse un alma», como dije al final de uno de mis *Sonetos*. Y si el individuo es una abstracción el universo es otra. Una parte que no es más que parte es tan abstracta como un todo que no es más que todo.

EL. — Empiezo a marearme...

YO. — Ese es el camino de la profecía.

EL. — ¿Cuál, marearse?

YO. — Sí, marearse. Cuando lo vea usted todo patas arriba empezará a ver proféticamente. Y por eso para poder profetizar se emborrachaban muchos. Con alcohol o con lo que sea.

MIGUEL DE UNAMUNO

ILUSTRACIÓN DE DELUCCHI

EL DIQUE DE SAN ROQUE

VISTA DEL DIQUE.

JUNTO AL DIQUE.

REGANDO LA CAMPIÑA.

UN ASPECTO DEL LAGO.

A ORILLAS DEL LAGO.

Una de las más hermosas obras de ingenieria hechas en la república es el dique de San Roque (Córdoba), que proporciona el beneficio del regadío a una vasta región. Desgraciadamente en todo el país existen muy pocas construcciones como ésta, habiendo provincias necesitadas de asegurar el riego de sus campos sedientos. Mientras el estado no realice en vasta escala un plan de embalsamiento por medio de grandes diques, los colonos estarán a merced de la naturaleza que raramente distribuye bien las aguas.

El dique de San Roque cumple admirablemente su misión, proporcionando de paso a los habitantes de la zona que fecunda un lugar de recreo, donde el agua añade bellezas al paisaje. Prueba de ello son las artisticas fotografías que publicamos en esta página.

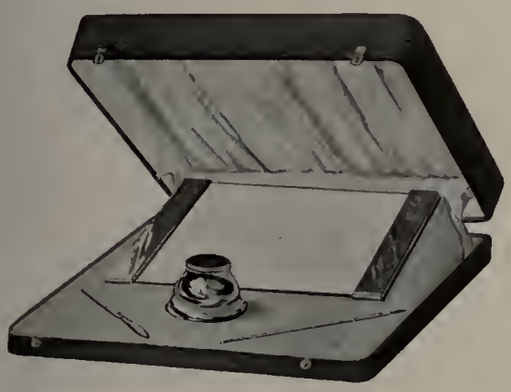
En Harrods

DEPARTAMENTO de PLATERIA

Delicada selección de Artículos para regalos, acontecimientos sociales, bodas, etc.

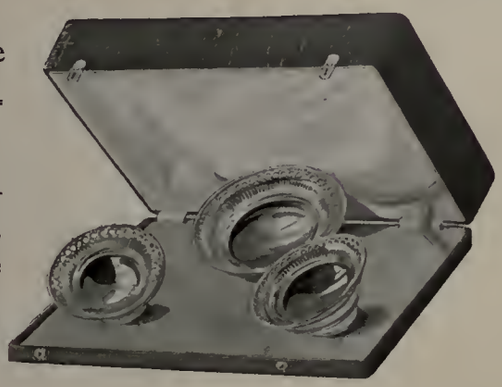
Vajillas en estilos clásicos y modernos. Juegos de cubiertos. Trofeos y copas para premios.

SALONES DE EXPOSICIÓN: EN EL TERCER PISO.



Regio juego para escritorio, en plata inglesa, sellada, compuesto de carpeta, tintero, lapicero y cortapapel,

$ 160



Juego de bomboneras, en "Alexandra Plate", con estuche

$ 75

SALON de ARTE

Suntuosa colección de obras de arte, celebradas reproducciones auténticas, mármoles, bronces, cerámicas, ceras perdidas, porcelanas decoradas, cristalería artística, marfiles, antigüedades, etc.

Espléndida lámpara Dormesson, de la Manufactura Nacional de Sèvres. $ 1.050

Magnífica escultura de San José y el Niño Jesús, en marfil y bronce dorado al mercurio, por Alonzo; variedad de alegorías.... $ 600

EXPOSICIÓN Y VENTA: EN EL TERCER PISO.

PIANOS BECHSTEIN

Universalmente conocidos como los más perfectos. El piano predilecto de los grandes conciertos. Modelos verticales y de cola. :: :: :: :: :: ::

DEPARTAMENTO DE MÚSICA
PRIMER PISO

Calles: FLORIDA - PARAGUAY - SAN MARTÍN - CORDOBA

EL INSTITUTO BERNASCONI

DENTRO DE POCO LA METRÓPOLI CONTARÁ CON UNO DE LOS ESTABLECIMIENTOS DE ENSEÑANZA MEJORES DEL MUNDO. DE LA GRANDIOSIDAD DE LA OBRA DA IDEA ESTE BOCETO DE LA PISCINA QUE SE CONSTRUYE EN DICHO INSTITUTO.

Fajas sobre medida

para Señoras y Hombres

Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para embellecer el cuerpo como para cualquier afección del mismo. Se aplican en las fajas placas pneumáticas para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc. con receta médica. Medias y vendas elásticas, bragueros, etc.

PIDAN PRECIOS

Casa PORTA

Modelo «Dr. Glenard». 341, Piedras, 341 Buenos Aires

Unión Telef. 7143, Avenida

Continúa como siempre ofreciendo al Gran Mundo, el calzado más selecto en horma y riqueza de materiales.

UNA VISITA AL LOCAL DE VENTAS ES UN MOMENTO AGRADABLE.

La Nueva Navaja de Seguridad

Gillette

Mejorada

está en venta en todas las Cuchillerías, Armerías, etc.

HAY 9 ESTILOS DIFERENTES

desde $ 15.— m/n.

DOS DE LOS ESTILOS DE LUJO

SON EL

CHIPPENDALE y CHESTERFIELD

En oro.... $ 30.— m/n
En plata.. » 27.— »

En oro..... $ 30.— m/n
En plata... » 27.— »

Con la nueva **Gillette** se usan las hojas de siempre, que se venden en todas partes.

Cada nueva **Gillette** trae un folleto de explicaciones e instrucciones.

ALGUNAS DE LAS NUEVAS CARACTERISTICAS son:

La línea de apoyo.
La guarda acanalada.
El cubre hojas saliente.

Y éstas hacen que las hojas den una afeitada mucho mejor y duren mucho más.

ÚNICOS AGENTES:

DONNELL Y PALMER.— 560 - MORENO - 572

BUENOS AIRES

DESPUES de poner Vd. la inteligencia de su cerebro, el afecto de su corazón, la ingenuidad de su alma, en una carta, ¿le gustaría que ésta no surtiese el resultado apetecido?

Cuando Vd. escriba hágalo en papel y sobre que den mérito al contenido de la carta en vez de quitárselo.

Escriba en papel

EATON'S HIGHLAND LINEN

(EL PAPEL DE ESCRIBIR DE MODA)

Lo hay de diversos estilos y de muy bonitos colores.

SOLICÍTELO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y PAPELERIAS

Artefactos de estilo

La última moda ha impuesto el Cristal para los artefactos de luz en los hogares de buen tono.

Esta benéfica ola de renovación artística ha invadido los grandes salones porteños y muchas son las mansiones que es- están actualmente modernizando sus artefactos.

Nuestras Arañas de Cristal, que Vd. puede admirar en los Salones de Exposición de esta casa, han sido diseñadas por consumados artistas y constituyen un blasón de arte y refinado gusto.

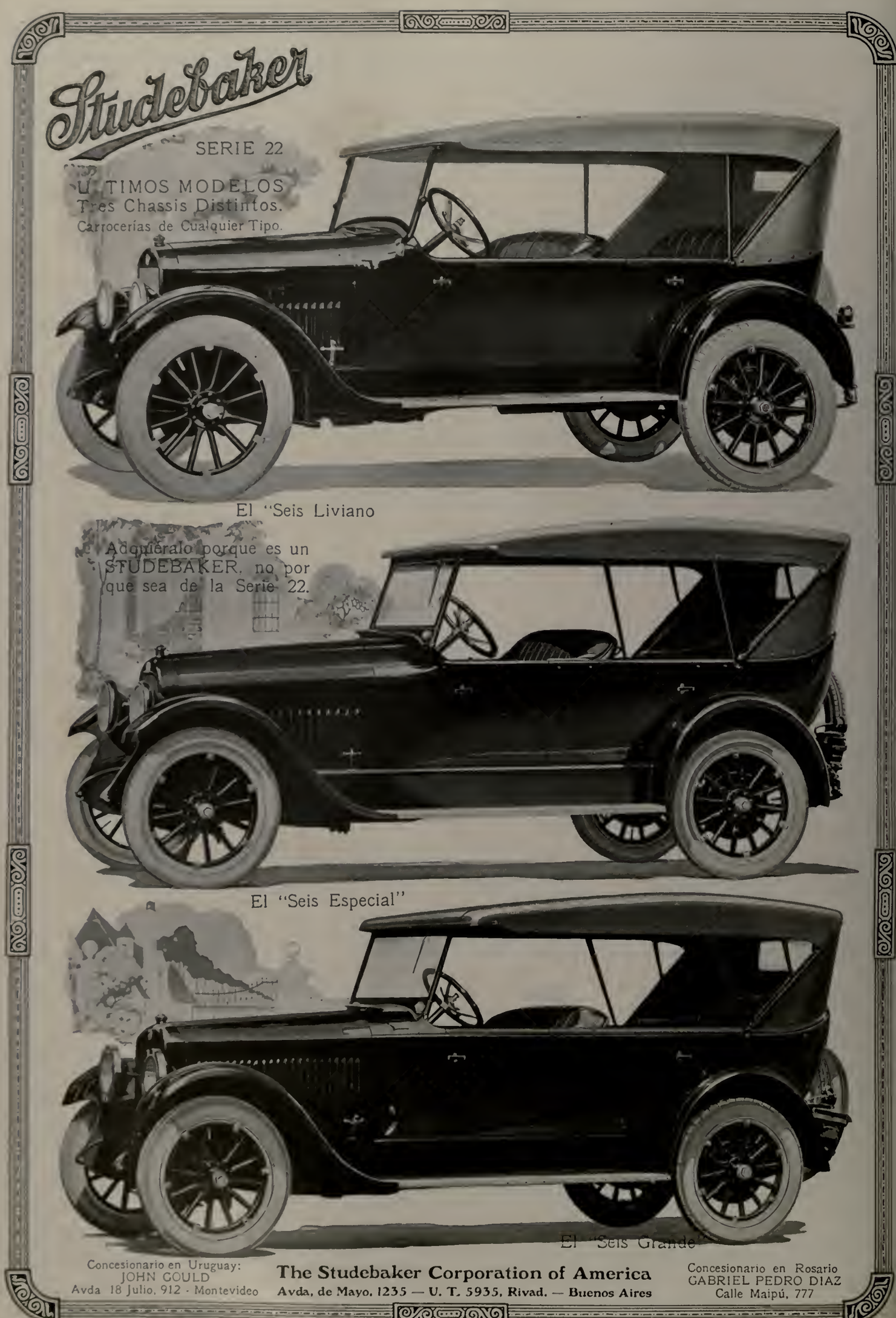
Ellas, con su exquisita pureza de líneas, perfecto acabado e imponente belleza, magnificarán el valor del moblaje y decorados de su hogar.

Heinlein & Cía

MUEBLES ARAÑAS BAÑOS

Buenos Aires

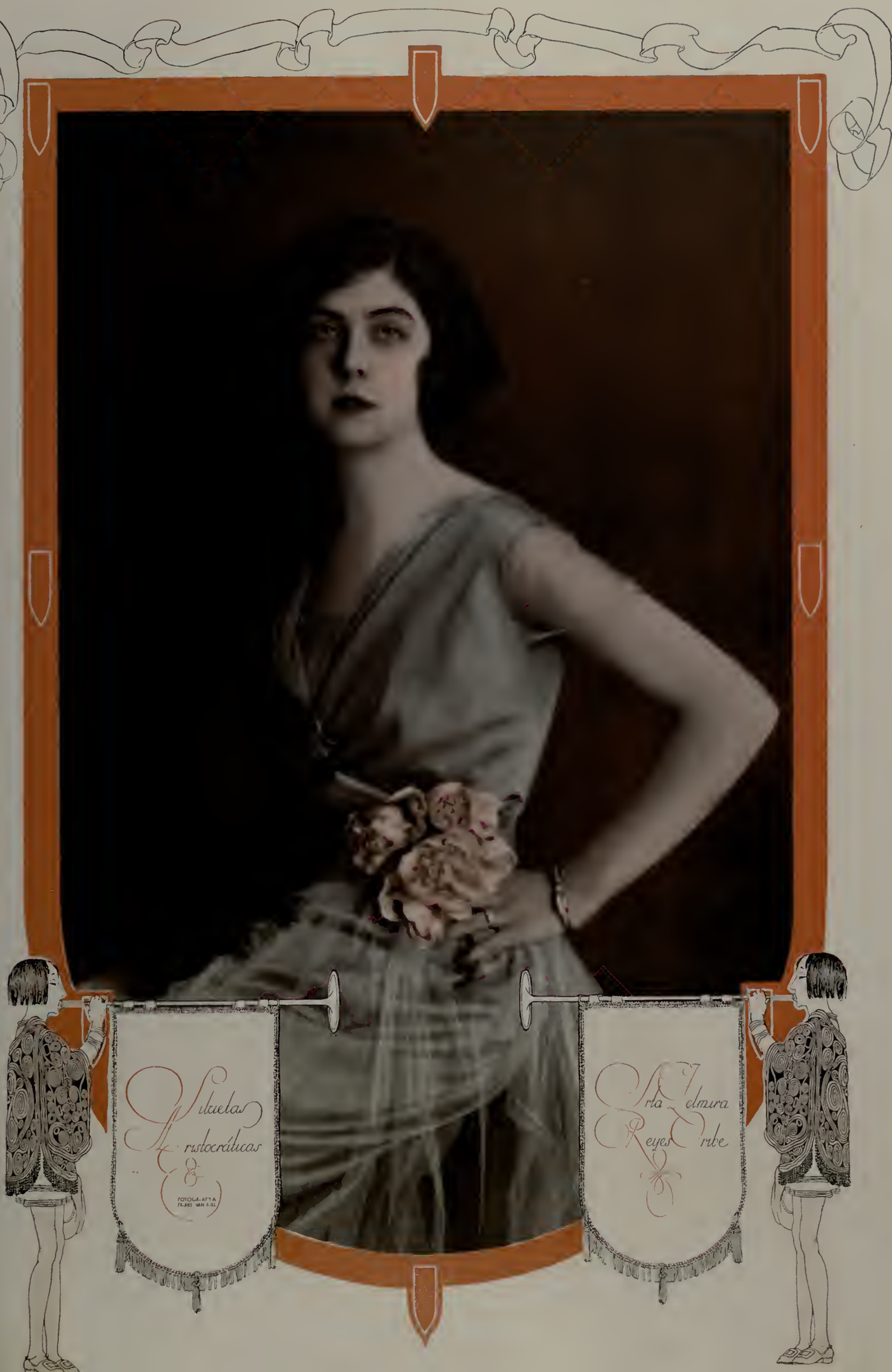
Avenida de Mayo 1402-1500


Studebaker
SERIE 22
ULTIMOS MODELOS
Tres Chassis Distintos.
Carrocerías de Cualquier Tipo.
El "Seis Liviano
Adquiéralo porque es un STUDEBAKER, no por que sea de la Serie 22.
El "Seis Especial"
El "Seis Grande"
Concesionario en Uruguay:
JOHN GOULD
Avda 18 Julio, 912 - Montevideo
The Studebaker Corporation of America
Avda. de Mayo, 1235 — U. T. 5935, Rivad. — Buenos Aires
Concesionario en Rosario
GABRIEL PEDRO DIAZ
Calle Maipú, 777

AÑO VII
NÚM. 76

Plus Ultra

AGOSTO
DE 1922



EL CORTEJO OFICIAL DIRIGIÉNDOSE A LA EXPOSICIÓN.

PLVS·VLTRA·EN·ITALIA

La SALA ARGENTINA EN LA EXPOSICIÓN DE VENECIA

LLEGADA DEL PRÍNCIPE.

LA principal novedad de la actual Exposición Bienal de Arte, en Venecia, la constituye la participación de la Argentina, hermana de raza y de idioma de Italia. Refiriéndose a la participación argentina el conocido crítico Ezio Camuncoli escribía hace pocos días en un importante diario de la tarde:

«Al comisario del gobierno argentino, señor Francisco Armellini, actualmente prosecretario de la Comisión Nacional de Bellas Artes de la República, correspondió la iniciativa, a fines de septiembre de 1919. El comendador Víctor Cobianchi, ministro entonces de Italia en Buenos Aires, acogió con entusiasmo la idea e informó a nuestro gobierno, y con igual entusiasmo la Presidencia de la Exposición invitó a los artistas argentinos; pero eso ocurría en febrero de 1920, demasiado tarde ya, y la invitación no pudo ser aceptada para ese año. A procurar el buen éxito de la empresa se dedicó el presidente de la Comisión Nacional Argentina de Bellas Artes, arquitecto Martín Noel, quien confió al señor Armellini la preparación de los envíos y el cargo de comisario del gobierno. Las funciones de delegados de la

UN ASPECTO DE LA SALA ARGENTINA.

«PAISAJE», RODOLFO FRANCO.

«EL PINTOR VENA», ALFREDO GUIDO.

«EL CARRERO», HÉCTOR NAVA.

comisión fueron confiadas al doctor Cupertino del Campo, director del Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires, y al señor Alfredo González Garano, conocido coleccionista de arte.»

El profesor Juan Bordiga, presidente de la Exposición, en el discurso inaugural dijo así: «La República Argentina ha venido por primera vez ahora entre nosotros. La temporal convivencia reaviva y amplía, así, en labores civiles y morales, la fraternidad de dos pueblos separados por el océano; pero de común origen y de recuerdos comunes». En la sala argentina, una de las más vastas del Palacio Central, se hallan convenientemente expuestas treinta obras de pintura y escultura. El ya citado crítico las enumera así:

«Ante todo, es preciso nombrar al reputadísimo paisajista y animalista Fernando Fáder, justamente proclamado el príncipe de los pintores argentinos vivos. Figuran, además, en la lista, Francisco Bernareggi, notable colorista de la escuela angladiana; el aguafortista Rodolfo

EL INTENDENTE LEYENDO EL DISCURSO INAUGURAL.

EL PRÍNCIPE HUMBERTO VISITANDO LA SALA ARGENTINA.

OTRO ASPECTO DE LA SALA

Franco; el místico Guillermo Butler, padre dominico; Cupertino del Campo, con «El jardín de los naranjos»; Antonio Alice, con «Hormigas humanas»; el retratista Jorge Bermúdez; Italo Botti; Alejandro Bustillo, con un autorretrato; Ceferino Carnacini, el aposionado ilustrador de la Pampa; Emilio Centurión; el paisajista Tito Cittadini, hijo del lamentado director del gran diario italoargentino *La Patria degli Italiani;* Pio Collivadino, director de la Academia de Bellas Artes de Buenos Aires; el animalista Luis Cordiviola; Alfredo Guido; Héctor Nava, que pasó muchos años en Chioggia y llevó a Buenos Aires obras muy gustadas; Angel Vena; Thibón de Libián; los escultores Alberto Lagos, Agustin Riganelli, César Sforza y otros más.»

Claro está que no puede decirse que todo el arte argentino está representado en la Exposición de Venecia, pues son muchos los que faltan; pero se trata de un primer paso, y el primer paso es el más importante. Por lo demás, la escasez de espacio no habría permitido una mayor concurrencia. En conjunto, la sala argentina ha gustado mucho y soporta perfectamente la comparación con las demás. En ella, como muy atinadamente me decía el doctor Cupertino del Campo, se siente una impresión de reposo, después de ver otras obras violentas y cuando todavía se está bajo la sensación de escuelas, más que atrevidas, extrañas, incomprensibles, verdaderas desviaciones del arte.

ARGENTINA EN LA EXPOSICIÓN.

El interés de las obras expuestas por los artistas argentinos y la seriedad de sus aspiraciones no han escapado a los estudiosos italianos, y especialmente a los artistas más notables.

Entre las personas que se han manifestado muy complacidas por el éxito de la exposición argentina y no han ocultado su viva simpatía por la joven república sudamericana, con la cual se prometen fortificar vínculos cada vez más estrechos de intercambio artístico y espiritual, recuerdo a Plinio Nomellini, Mancini, Héctor Tito, el escultor Canonica, Scattola, Sortini, Beltrami, el comendador Colosanti, director de Be-

«EL EMBRUJADO», BERNALDO C. DE QUIRÓS.

«PAISAJE DE MALLORCA», BERNARECCI.

DR. CUPERTINO DEL CAMPO, DELEGADO DEL GOBIERNO.

«LA PRAGUA», VALENTÍN THIBÓN DE LIBIÁN.

«EL PATIO DE LOS NARANJOS», CUPERTINO DEL CAMPO.

«RESTOS DE DOMINIO», CARLOS P. RIPAMONTE.

«FIN DE INVIERNO», FERNANDO FÁDER.

llas Artes, y muchos otros. Al activo comisario de la sección argentina, señor Francisco Armellini, le pregunté su opinión, y me contestó: «La gran Exposición veneciana, en general, tiene indiscutible interés por la grandiosidad de las obras expuestas, por la variedad de escuelas que se ven reunidas y por la aceptación liberal de todas las tendencias, especialmente las nuevas; pero no creo que pueda citarse entre las mejores. La nota fuerte y las figuras que se destacan en el conjunto carecen de realidad; los principales nombres son ya conocidos por obras y valores.»

Por mi cuenta agregaré una observación que tal vez pueda aplicarse a todas las exposiciones modernas. Lo que predomina casi siempre son los paisajes y los retratos; de la vida de nuestro tiempo, nada o muy poco. ¿Quién se acuerda de celebrar el trabajo, la bondad, el heroísmo, con su cuadro social, histórico, místico, heroico?

El mundo quiere que el pincel y el pensamiento formen una sola cosa.

R A F A E L S I M B O L I

«ELEVADDRES DE GRANO», PÍO COLLIVADINO.

ARQ. MARTÍN NOEL, PRESIDENTE DE LA COMISIÓN N. DE B. ARTES.

LA DELEGACIÓN ARGENTINA.

SR. FRANCISCO ARMELLINI, COMISARIO DE LA SECCIÓN ARGENTINA.

UN LIBRO

¿Qué es un libro? y ¿qué es hacer un libro?...

¡Un libro!

Cada vez que veo pedir un pensamiento para una tarjeta postal, me lleno de asombro y no alcanzo a explicarme la ingenua naturalidad de quien lo solicita. Mil perdones, mas ¿cómo podría entregarse así, en un inconcebible desprendimiento de millonario, a la modesta suerte de una tarjeta postal, nada menos que un pensamiento?

No es mi ánimo, por cierto, inferir un agravio a tanta impaciente, candorosa y abnegada coleccionista. En su buena fe, desde luego, residiría su mejor defensa contra mis propias perplejidades, que resultarían de todo punto injustificadas a la luz de aquella misma sinceridad... Lo que hay es que un pensamiento es mucha cosa... Por ejemplo: puede ser hasta un libro.

Un libro es una construcción, un organismo, y requiere, como base o como núcleo, un pensamiento. Un libro es una idea que se desenvuelve, una teoría que se expone, una doctrina que se define, una pasión que se expande... Sin embargo, un pensamiento le precede, le preside, le envuelve, le culmina... Un pensamiento no es la obra de un esfuerzo mental; lo que requiere esfuerzo mental, y continuo, es el libro. Un pensamiento no es el resultado de la voluntad; lo que exige voluntad, y perseverante, es también el libro. Un pensamiento sobreviene, estalla; es una especie de aparición: es una luz repentina; es una concepción improvisa. Un libro, en cambio, tiene antecedentes, principio, desarrollo, fin... Fin, en el sentido de término material y en el sentido de dirección, objeto y alcance... En el otro sentido, lo tendrá o no lo tendrá, según resista o no resista al tiempo... Entre un pensamiento y un libro, por último, media la misma distancia que entre una concepción y una ejecución.

Ahora bien: espiritual, subjetiva, íntimamente, vale más concebir que ejecutar. No les sería dado decir «esto haré», sin caer en la risa o en el desdén de sus auditores, a los incapaces, notoriamente incapaces, de concebir en idea lo que anuncian en realización; pero sí habría de serles permitido decirlo, aunque fallaran luego, no en la ejecución, sino en la energía necesaria para ejecutar, a aquellos que tuviesen la aptitud esencial, la primera aptitud... ¿Acaso no mueren en los campos feraces las cosechas pletóricas de granos y de promesas?... Si no se tiene una hectárea sembrada, es claro que no hay sobre qué basar el cálculo, sin duda alegre, de un rendimiento fabuloso. Entre tanto, si se mira verdear hasta el horizonte la inmensa zona propia — aunque de sus cultivos pudiera dar cuenta en una hora la naturaleza, — ¿por qué no cabría soñar las mayores delicias y las mayores audacias?

Entonces, pues, cuando un escritor de verdad, o con elementos que equivalgan al título, descubre la intención de hacer un libro, no hay el derecho de afirmar, por simple incredulidad, siquiera se funde ésta en una indolencia pública del presunto autor, que no debe esperarse el cumplimiento de su palabra. Si tiene aquella primera aptitud, esa palabra vale por sí sola como vale un título con arreglo a la capacidad de quien lo emite, independientemente del negocio a que es aplicado, por una parte, y de la marcha ulterior, por otra, de la empresa respectiva. La esperanza nace con la concepción; con la ejecución crece la fe; el éxito se alcanza con la cúpula...

Es indudable que, ante un criterio humano de la vida y de la lucha, las disposiciones y los hechos aparecen bajo aspectos bien distintos; ante ese criterio, lógicamente ajustado al interés real de todas las transacciones, no es posible cotizar sino la acción representativa de valor, sino el fruto representativo de la labor madre, o sea de la fuente productora... Es asimismo evidente que la inteligencia que no crea se parece a la tierra yerma, pero se parece no más...

Y ¿por qué no habrían de ser comparadas sus manifestaciones posibles con el oro de la mina inexplotada o con aquel otro, jamás sonante, de la especulación afanosa y deslumbradora? Deslumbradora *quand même*... Deslumbradora todavía, a la distancia como lo fué en su tiempo, por reflejos desde la ausencia...

Fuera de eso, un libro puede ser un intento fracasado... Como toda gestación, un libro está sujeto a las leyes inflexibles. Una alegría intensa y un intenso pesar son factores de irremediables malogros. Traen consigo, respectivamente, fatales deslumbramientos y mortales displicencias, que nada tienen que ver con la esterilidad. Al contrario. La fecundidad habrá sido herida, y

quizá para siempre; — pero ha existido, desde luego. Gritar en circunstancias tales contra el insuficiente, el inútil, el náufrago; hablar de impotencia: decretar el *déclassement;* enderezar el carro de la victoria para que las ruedas pasen exactamente sobre el caído; hacer sonar todavía el látigo de la mofa, cuando no el de la injuria, son todos movimientos y rasgos acentuados de la multitud inclemente; pero suelen ser además singulares espontaneidades y curiosas satisfacciones de algunos extraños caballeros de blasón inverso...

De ahí que haya que triunfar siempre, o retirarse a esperar en la sombra la oportunidad de la revancha, o reservar como una tumba lo que se guarda en sueños y en proyectos...

El escritor no confiesa sus sinsabores y sus fatigas sino cuando la celebridad le permite todas las coqueterías y todas las debilidades. Esos sinsabores y esas fatigas, de los que llegan y pasan adelante, tienen su preciosa documentación, tienen su interesantísima historia, llena de emociones y de enseñanzas a la vez.

Los de los otros, los de aquellos que no alcanzan a la luz, por cierto que permanecen, como sus héroes, en la sombra. Apenas si constituyen algunas veces melancólicas páginas de novela... Sin embargo, ¡qué refriegas escondidas de pasiones exaltadas; qué obscuros dramas de la ambición mordedora y rabiosa; qué secretas y desesperantes luchas de la vanidad, exigente, persistente, enconada, y de la adversa suerte, fría e inexorable como una lápida! ¡Ahí las violentas acometidas, los retrocesos angustiosos, las cargas renovadas, los delirios, las sofocaciones y las muertes! Es el ideal que se esquiva, el placer que se niega, la gloria que se rehusa. Es la condena de Dios, la negación absoluta, el supremo desahucio, cuyo sello angustioso se advierte en tantas faces pálidas, ojerosas, afligidas...

Hay el pensamiento, la idea, la visión; hay el plan, la traza, el bosquejo; hay el material, la decisión, el brazo; hay el estilo...

¡El estilo!... Canta al oído del escritor, flota sobre su cabeza, llena su alma, le sonríe, le alienta, le invita a una comunión adorable. Así, en espíritu, es bueno, bello, armonioso, sutil, condescendiente... Diríase que todas las ideas le interesan y que está dispuesto a vestirlas a todas, no obstante una marcada inclinación en favor de las más humildes, de las que más necesitan de su amparo y de sus galas, como si fuera un soberano caritativo.

El escritor le presiente, le siente... pero teme. Teme que se le desvanezca, como una ilusión, en cuanto tienda la mano, y prefiere cerrar los ojos y dejarse acariciar la frente por el ala leve de la forma perfecta. El pensamiento se revuelve con apremio en su cerebro, ganoso de envolverse en los pliegues de esa forma; pero el escritor se resiste a la prueba, quiere contentarse con la proximidad moral, no se anima a ensayar la unión. ¿Para qué salir del círculo del ensueño, si un desengaño lo mataría? Reflexiona y tiembla como un amante tímido... Y el estilo continúa rodeándole, seduciéndole, murmurándole... ¿Llamaríase de indolencia esa situación de verdadero éxtasis y arrancaríase de ella la incredulidad de que antes hablábamos?... Con todo, habría que vencerla...

De pronto, levantando el ánimo, el escritor sacude su enervación y se resuelve a celebrar las bodas celestes del pensamiento y la forma, de la idea y el estilo. El pensamiento está ya en marcha... ¿La forma?...

La forma se vuelve ahora severa, difícil, huraña. Espiritualízase más para escapar mejor. Pierde la línea; es nube. Desoye el ruego; es esfinge. La caricia no halla donde posarse, la súplica no encuentra seno para su refugio, la queja se pierde en el espacio... Pues al espacio entrega el escritor su plegaria humildísima...

« Forma, sé generosa; responde; entrégate. Yo « pensaré para ti cosas superiores y sublimes. « Acude a mi llamado, porque no soy indigno de « tus favores. Verás cuánto te amo, y qué bien te « comprendo. No me trates como a uno de tantos « oficiantes del estilo, ni me hieras con tu desdén « y tu indiferencia. Debes tenerme piedad, puesto « que te ofrezco todo mi espíritu. No castigues « mi admiración y mi timidez, ni las tomes por « temor vano, abandono o cobardía. Te esperan « mis ideas, te aguarda mi pluma, te anhela « mi corazón. Yo te haré brillar a la luz de mi « inteligencia y te encenderé al calor de mis « pasiones. »

¡Inútiles lloriqueos!... La forma se diseña de nuevo, aletea, asciende y se aleja, dejando al escritor sumido en la obscuridad y en el dolor. Va a enloquecer a otras cabezas, o a someterse a alguna más fuerte, o a expresar sensaciones más precisas y más intensas...

Y bien, joven poeta, injustamente abandonado, no es el caso de la desesperación y el suicidio. Es el caso de la altivez volviendo por sus fueros. Es el caso de cubrir uno mismo su propio pensamiento. Si el estilo ideal, soñado, se niega a recibir tu alma, hay que hacer otro, que crear otro. No se trata de recogerlo todo de mano de hada. Como antes te dijera: escribir es llenar una tarea; hoy te digo que hacer estilo es escribir. Escribiendo se hace, en efecto, el estilo, como la tela tejiendo. El estilo no es un alma extraña, sino el reflejo de la propia. A golpes habrá que labrarlo; o pacientemente, a tramos. El estilo no es un don; es una conquista. No es una conquista fácil; es una recompensa, a veces tardía, de largos afanes y de largas vigilias. ¿Qué expresarás malamente buenas ideas? Hay quienes realizan grandes hazañas y no saben del gesto heroico, como hay hermosas mujeres mal vestidas. Deja que éstas adquieran por sí mismas, sino el secreto de la elegancia, el secreto de la propia personalidad y la noción del mejor modo de presentarse.

Y después, una frase no es un moño, ni una flor, ni un pendiente. Es más bien un sello, una marca. Si no surge como de un molde, se la reduce a martillo. El martilleo mismo es un estilo. Acusa el golpe sobre el yunque. El estilo es como la estatua, con todo lo que va hasta el mármol desde la arcilla. Hay que verter, traducir, corregir, hacer de nuevo y hacer otra vez. El estilo no se ofrece; se deja encontrar. No es la nube del ensueño; es el producto de la labor. A la gloria misma, puesto que es el norte de toda ambición, no se la engaña. Le quiere a uno como es, o no le quiere. Lo que ella exige, sobre todo, es fuerza, consagración, prueba y evidencia. Hay, en fin, que escribir hasta fatigarse, y el estilo vendrá...

¿Para qué? ¿En eso estamos todavía? ¡Pronto lo sabremos!

Retrato al pastel

ADQUIRIDO POR LA COMISIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

MIGUEL PETRONE

Elsie Ibra

SIRIO

MUGER

Si yo fuera hombre, ¡qué hartazgo de luna,
De sombra y silencio me había de dar!
¡Como, noche a noche, solo ambularía
Por los campos quietos y por frente al mar!

Si yo fuera hombre, ¡qué extraño, qué loco,
Tenaz vagabundo que había de ser!
Amigo de todos los largos caminos
Que invitan a ir lejos, para no volver!

Cuando así me acosan ansias andariegas,
¡Qué pena tan honda me da ser mujer!

UNA VOZ

Yo no sé que alma sola
Va cantando ese tango por la calle.

Debe ser algún alma,
Así como la mía,
Loca y reconcentrada,
Ardorosa y huraña.

He hundido la cabeza entre las manos.

El cantor invisible
Se alejó por la calle
Blanda de pastos viejos.

Y dentro de las cuatro paredes de mi cuarto
Me he quedado soñando.
. . . . . .
¡Por un montón de noches
Ya tengo compañero!

JUANA DE IBARBOURLOU

ILUSTRACIONES
DE SIRIO.

UNA REJA DEL SALÓN DE «LA OBRA».

·DE TIERRA·ADENTRO·

~VESTIGIOS DEL PASADO~

Este mi 9 de Julio lo celebré en Yacanto, en tierra cordobesa, lejos de las ciudades argentinas. Quizás sea el que más hondos recuerdos dejará en mi alma.

Los muros, los portones y los ventanales de «La Obra» fueron testigos del pasado. Un poco de imaginación y de lirismo patriótico bastan para inspirar hondas reflexiones ante la vista de este centenario edificio.

No lo iluminaba la paternal munificencia edilicia, ni el júbilo popular rompía el augusto silencio de la soledad histórica. Pero todas las fachadas irradiaban un plácido resplandor solamente visible para los ojos del espíritu. Abandonado a su ancianidad fuerte aquel monumento de trabajos y luchas coloniales era una visión telepática, un testimonio glorioso de nuestras luchas.

Y yo pensaba: Justo es que las fuentes de energía eléctrica corran allá, en las ciudades argentinas, para mayor lustre del júbilo nacional. Patriótico resulta que todos los aniversarios tengan sus derroches de dinero y entusiasmo, pues no somos pobres.

PUERTA TALLADA A CUCHILLO.

Justo y patriótico sería también que los municipios se impusiesen una contribución sacada de las luminarias, destinando el producto a beneficio de los monumentos arquitectónicos. De las cantidades que se consagran todos los años a la iluminación debería economizarse un tanto por ciento y emplearlo en revocar muros venerables y en reconstruir techos ruinosos.

Porque si no se realiza esa obra restauradora, al cabo de los años se habrá ido todo en luces efímeras. Afianzar el pasado, como se hizo con el Cabildo de Luján y otros monumentos; esa es la obra urgente y patriótica.

Aparte de esta acción debiera ser fomentada la de los particulares, que por medio de donaciones poco onerosas contribuirían a realizar este trabajo reivindicatorio.

Así, mientras el gusto ahora en boga edifica palacios y casas de estilos históricos, los auténticos representantes de arquitecturas pasadas permanecerán en pie erguidos, evocando épocas memorables y sirviendo de modelos para las nuevas construcciones particulares.

RAUL P. OSORIO

«SARAH». PERFIL.

«EL TRIBUTO», OBRA EN MÁRMOL ADQUIRIDA PARA LA FACULTAD DE MEDICINA DEL LITORAL.

«EL PINTOR ANTONIO PEDONE». PERFIL.

ARTISTAS ARGENTINOS
EL ESCULTOR JOSÉ FIORAVANTI

REDUCIDO es el número de los escultores argentinos que merecen considerarse algo más que simples obreros del mármol, sobrando, por consiguiente, para contarlos los dedos de la mano. En este reducido número, que afortunadamente lucha por desplazar la rutina profesional y el estancamiento de nuestra estatuaria, José Fioravanti ocupa un sitio de primera fila. Su obra es uno de los esfuerzos más completos que se hayan hecho en este sentido y se singulariza noblemente por la vigorosa reacción espiritualista que representa: ya que debemos confesar que no es tan sólo el abandono o la indiferencia el peor de los males que aqueja a nuestra escultura, sino más aún: el materialismo, el sórdido materialismo de los cuerpos de yeso, de los «sepulcros blanqueados», esclavo incondicional de la realidad aparente, que parece complacerse en todas las deformidades y miserias del hombre; planta que destila amargura y que no arraiga sino en el doloroso «fumier» del viejo Zola.

Pero hay algo todavía, que se nos ocurre insensiblemente ante la obra generosa y fresca de este admirable reaccionario de pura raza latine, y es que la escultura va perdiéndose en el pasado, lo mismo en todas partes y aquí casi sin haber nacido.

Tuvo este arte de otra edad, de aquella cuando los hombres no se avergonzaban de su desnudez y llevaban el alma a flor de piel, dos enemigos irreducibles: la industria y la vanidad, que dieron por triste resultado, el monumento. Es, en efecto, la universal difusión de esta macabra monomanía, que ha herido de muerte a la escultura contemporánea.

Pasó la época de las grandes concepciones, inspiradas en la noble amplitud de la vida antigua, salvo el reciente y magnífico caso del «Canto al Trabajo», de Irurtia, que cobra así toda la virtud de un Renacimiento.

Lo de hoy es lo pequeño dentro de lo colosal. Así, por ejemplo, el mal gusto teutón traduce el granito babilónico en mamposteria «mittel Europa». Esta influencia germánica, y bárbara, no es ajena por cierto a la decadencia pronunciada de la escultura moderna, como también de su complemento natural: la arquitectura.

Lo incomprensible es que el ligero y sutil espíritu latino se haya dejado sorprender por el pesado concepto ultrarenano. Para volver a Grecia no hay otro camino que el de París y el de Roma, por donde corre imperturbable el sereno torrente de la raza.

Nuestra América iconoclasta que vió florecer otrora el imperio magnífico de los aztecas, rivales de los egipcios en la sintética expresión de la piedra, ha dejado hace tiempo de ser tierra de escultores. El bello caso aislado, como es el de Fioravanti, no hace más que corroborar este aserto. La fragilidad del yeso enmascara la vida del espíritu. Y con ella pasó el tiempo en que el artista omnipotente no gustaba otro diálogo que aquel vibrante del bien templado buril, con la pureza imparcial del mármol. Ese antiguo domador de la materia va desapareciendo merced a los fundidores; y a la severidad del mármol apolíneo sucede, en Occidente, la fácil liviandad de la pastelina, dúctil pero peligrosa.

Entre tanto y mientras agoniza la escultura bajo el cemento armado de la urbe, puéblanse de monumentos anacrónicos las ciudades de América, de donde poco a poco se va perdiendo el alma sensitiva y armoniosa de la raza grecolatina.

Debemos aligerarnos, debemos espiritualizarnos sin tardanza. Volver a creer en la belleza de la vida y saber encontrar, en la gracia de una línea, siempre un concepto de amor, nunca una rastrera insinuación de odio o de bajeza.

El arte es el llamado a purificar el ambiente, un arte limpio, desinteresado y blanco, como el nenúfar que brota sobre las aguas turbias de la ciénaga, transubstanciando, en luz y en poesía, su barro inicial.

Es esta necesidad imperiosa de absoluta reacción la que campea en la obra escultórica de José Fioravanti, prestándole en todo momento ese cálido gesto de vida que sólo produce la sinceridad y el entusiasmo.

Aunque breve, la carrera de este joven estatuario argentino ha sido rápida y sorprendente. Liberado en sus comienzos de ese afán que señalabámos: *de lo enorme y lo deforme* — diremos aliterando de propósito, — a quien rindiera tributo lógico en alguna que otra obra primigenia, como «En la brecha», Fioravanti inicia, con «Ocaso» y sobre todo con el retrato de su madre, esa búsqueda constante de la emoción psicológica que caracteriza su temperamento. Desde-

«SARAH».

«EL PINTOR ANTONIO PEDONE».

«JULIA».

ñoso de las fórmulas fáciles, que llevan al éxito por el asombro y la ignorancia, el noble escultor detiénese como un niño ante el misterio admirable de la vida y acecha tembloroso y anhelante que se produzca el milagro y que en la melodía de una línea, en lo imprevisto de un gesto, en la humedad fugitiva de unos ojos, brille el alma, la cosa eterna y escondida que fluye de los versos del poeta:

«O! la douceur des yeux que les pleurs ont mouillé!...
— caresse de la pluie sur des violettes brunes...
Sur les vifs petits lacs oú l'âme a surnagé
comme un poisson d'argent qui luit au clair de lune.»

Así, pez de plata en el claro de luna, atisba el alma, en el misterio de la forma, sin someterse servilmente a la cómoda tiranía de la apariencia; que poco nos dice del luminoso huésped. De todo ello emana esa dolorosa serenidad que dignifica la obra del artista, dándole un carácter propio e intenso, inconfundible dentro de la estatuaria argentina. Dueño de esta convicción definitiva que puede sintetizarse con el supremo aforismo de Leonardo: «el arte no es el gesto», Fioravanti prosigue su camino, y en el salón de 1919 nos da una de sus obras más bellas: «Mi hermana María», figura espiritual si las hay, hecha a base de honestidad y de cariño, que traduce, por línea y manera, un suave poema de sereno recogimiento. Inclínase la cabecita madura de sueño, mientras acariciando las manos, estremeciendo el vestido familiar, sube como humo azul la intimidad fragante de un corazón humilde. No es de extrañarse que puesto en este estado de alma, el escultor realizara, junto con su extraordinario retrato de aquel pintor admirable que fué Walter de Navazio, su grupo «El Tributo», especie de «Piedad» humana y moderna donde resuelve, con delicadeza ejemplar, un desnudo de hombre que, en su belleza de espíritu, no hemos visto jamás entre nosotros. Esta obra es un símbolo en la producción de Fioravanti y nos descubre el íntimo secreto de su estética.

«Mi madre» y «Mi hermana María» nos dieron la medida de su capacidad para sentir; el «Tributo» nos dará la medida de su capacidad para pensar. Con esta obra trascendente, el escultor intimista entra de lleno en la «melée»; su estandarte es el espiritualismo. Acabamos de ver sus últimas cabezas; tres de ellas, sobre todo, confirman admirablemente nuestro aserto, formando como el triángulo ideal donde se asienta una concepción definitiva: la de una niña, la de una mujer, la de un poeta. En la primera, amor; en la segunda, dolor; en la tercera, serenidad.

FERNÁN FÉLIX DE ANADOR

«VIEJA VASCA».

SÁNCHEZ SORONDO Y SERAPIO GOZÓN

POR

JEAN PAUL

CABABA de estrenarse el drama «Electra» de Pérez Galdós. Su liberalismo estaba provocando discusiones retumbantes en los círculos intelectuales de España y América, cuando en cierta revista local vino a mis manos un artículo que trataba el tema, y cuya lectura me interesó vivamente. Lo firmaba «M. G. Sánchez Sorondo». Yo conocía de vista al autor. Solía encontrarlo en el Club del Progreso, que ambos frecuentábamos, y me había dicho su nombre alguien a quien yo le hiciera notar el aire un poco desdeñoso de aquel muchacho de perfil aquilino y magra silueta, con quien me cruzaba en la biblioteca casi a diario.

Me costó creer, lo confieso, que fuera este adolescente el que con tanta penetración y justeza opinaba sobre el drama de Pérez Galdós, en un estilo sobrio y preciso, sin desfallecimientos ni faltas de gusto. Quiso la casualidad que un amigo común nos aproximara días después. Y quedó desde entonces anudada entre nosotros una amistad que veinte años de consecuencia han acendrado.

He asistido, pues, al desenvolvimiento de esta personalidad intelectual y política, afirmada y acrecida en los últimos tiempos. Permítaseme recordar aquí algunos hechos y circunstancias que con ella se relacionan.

Ya en la época en que al comenzar me referí, Sánchez Sorondo demostraba un espíritu inquieto y penetrante. Se interesaba vivamente por las ideas: leía a Anatole France con deleite y lo comentaba con agudeza; sus conversaciones demostraban una vasta información literaria y artística (fuera de la profesional, pues acababa de recibirse de abogado ganando la medalla de oro de la Facultad); su curiosidad intelectual lo llevaba a investigar a un tiempo mismo en las más diversas ramas del saber, y así no era raro oirlo discurrir, con evidente conocimiento del asunto, de teosofía, por ejemplo, después de haber comentado algún precepto de la filosofía platónica. Quiere decir que despuntaba ya en él una fuerte y original personalidad, que severas disciplinas posteriores desenvolverían.

Escritor se anunciaba en el artículo sobre «Electra», y escritor de raza ha probado ser después. Por lo pronto, su instinto de hombre de pluma lo llevó al periodismo. Eran quellos los tiempos en que un grupo de muchachos juguetones ensayaba sus péñolas en «El País». Allí escribían de *omni re*, gracias a la condescendiente camaradería de Manuel María Oliver — entonces secretario de redacción — Ricardo Rojas, José Ingenieros, Florencio Sánchez, Antonio Monteavaro, Emilio Becher, Emilio Ortiz Grognet y muchos otros de la misma generación. Se recordará que «El País» tenía un lugar de libre discusión llamado *Fórum*, en el que se acogían las colaboraciones que trataran asuntos de interés general. Este fué el campo elegido por el citado grupo para sus experimentos críticos y literarios, y en él vieron la luz numerosos artículos sobre los más variados temas, en los que se revelaba la mentalidad ágil y la picardía juvenil de sus autores. Oliver había autorizado el uso del pseudónimo para firmar tales escritos, y es fácil imaginar cómo aprovecharían los traviesos muchachos la franquicia. De política, de letras, de filosofía, de ciencias, de todo se trató en el *Fórum* con desenvoltura y suficiencia. El último libro, el reciente discurso, el próximo acontecimiento artístico o intelectual, eran allí comentados — generalmente sin indulgencia — por plumas maliciosas y chispeantes. El *Fórum* de «El País» llegó a conquistarse un público especial que lo leía con asiduidad. Los literatos y los políticos temían sus sátiras irreverentes. A su difusión, y en un momento dado a su autoridad, contribuyó el hecho de que algunos de sus colaboradores habituales abandonasen el pseudónimo de vez en cuando para escribir en él en serio, bajo su propia firma. Así José Ingenieros, por ejemplo, quien a raíz del estreno de *M'hijo el Dotor* de Florencio Sánchez, publicó en el *Fórum* un artículo substancioso y enérgico, que contribuyó no poco al éxito de la pieza.

Tomó por aquél entonces a su cargo la crítica teatral de «El País» cierto muchacho ligado a Sánchez Sorondo con los lazos de cordial amistad.

Debía el nuevo crítico multiplicarse para cumplir sus obligaciones, pues funcionaban simultáneamente varias compañías importantes en los teatros de la capital, y las costumbres periodísticas del momento exigían que las crónicas correspondientes se hicieran cada noche, a la salida de las representaciones, a fin de ofrecérselas a los lectores en la edición de la mañana siguiente. Pidióle colaboración el novel crítico a su amigo Sánchez Sorondo para poder servir debidamente la sección del diario a su cargo, y delegó en él la tarea de escribir las crónicas del Odeón, en el que se hallaba actuando la compañía del Théatre Libre de París, dirigida por el famoso Antoine. Convertido en crítico dramático ocasional, desempeñóse el suplente como veterano. Su versación en materia de estética teatral, y su certeza de criterio, ayudaron eficazmente al público a orientarse entre las que por entonces parecieran desconcertantes audacias de la novísima escuela. Y así quedó lanzado en la vida periodística el joven de perfil magro y aquilino que, encerrado antes en la torre de marfil de su diletantismo desdeñoso, sólo por excepción descendiera a la arena literaria.

Justamente por aquellos días empezaron a aparecer en el *Fórum* de «El País» ciertos artículos contundentes y mordaces, firmados con un nuevo pseudónimo: Serapio Gozón. ¿Quién podía ser el recién venido? Oliver lo sabía, pero divertido con la curiosidad del grupo adscripto a la sección, y con el alboroto que los varapalos del misterioso peñolista provocaban en los círculos intelectuales, guardó estrictamente su secreto. Ello es que Serapio Gozón se metió por los campos de la crítica literaria, retozando como potro en una alfarería. Cada libro que salía a luz, cada cuadro que se exhibía, cada pieza de teatro que se estrenaba, eran objeto de crueles disecciones por parte de aquel recóndito e implacable censor que parecía divertirse malévolamente detrás de su pseudónimo, vertiendo ácidos corrosivos sobre la producción de sus contemporáneos. Oliver seguía risueño e impenetrable. Hubo polémicas que fueron saliendo de tono y agriándose poco a poco. Paladines eventuales, tan desconocidos como el mismo Serapio, intervinieron en la discusión en contra de éste. Serapio replicaba ametrallando a sarcasmos a sus contendores. Convirtióse la discusión en una verdadera gresca y se hizo al fin indispensable descubrir la personalidad auténtica del alborotador. Se trataba de una superchería. Resultó que Serapio Gozón no era un individuo sino una trinidad compuesta por Sánchez Sorondo, Ricardo Olivera y el muchacho aquel que acababa de tomar a su cargo la crítica teatral de «El País».

Este trinomio usaba por turno el pseudónimo común, y se entretenía en remover el ambiente literario con el estrépito de sus virulentos anatemas. En cuanto a los contendientes salidos al encuentro de Serapio Gozón en mitad de la refriega, no eran otros que los miembros del trío. Eran ellos quienes aumentaban la propia baraunda, desdoblándose con nombres supuestos, en impugnadores imaginarios del fantástico Serapio — es decir, de sí mismos.

¿Hizo algunas víctimas semejante campaña? Sin duda; pero el solo descubrimiento de la sofisticación las desagravió, al poner de manifiesto el espíritu de travesura y jovialidad en que la misma se inspirara. Ella fué, por lo demás, provechosa para los que la realizaron y para los que la presenciaron. A los primeros les sirvió a modo de saludable gimnasia que ejercitó su pluma; a los segundos a modo de estimulante intelectual.

Aquellas refocilaciones juveniles contribuyeron en su hora a mantener vivo el gusto por las cosas del arte y de las letras entre la generación que iba surgiendo.

No fué ésta la única empresa de tal índole que acometió la personalidad trinitaria de Serapio Gozón. Algún tiempo después se fundaba «El Heraldo», periódico de jóvenes, en cuya redacción figuraban — entre otros muchos que he de recordar alguna vez al referir la vida y aventuras de aquella hoja — Emilio Becher, Alberto Gerchunoff, Roberto Bunge y nuestro proteico Serapio. En «El Heraldo» se renovaron los escarceos de «El País». Pero no me ocuparé de ellos ahora. Sólo he querido señalar la escuela periodística en que hizo Sánchez Sorondo sus primeras armas, y la mentalidad a la vez jocunda, idealista y sutil de aquella juventud.

La cátedra y otras funciones públicas apartaron a Sánchez Sorondo del diarismo. El periodista retozón se convirtió en grave maestro, y a partir de entonces publicó, en vez de ágiles y mordientes artículos sobre literatura y arte, sesudos volúmenes sobre temas educativos y jurídicos. Así el «Proyecto de Código Rural de Buenos Aires», «La marca en el derecho rural», «La responsabilidad Civil en la Legislación de Minas», «La posesión hereditaria», «La cuestión perú-boliviana y el fallo arbitral», «Teoría y práctica de la instrucción primaria», «La instrucción obligatoria», «La enseñanza regional», sin contar tal cual discurso de enjundia recogido en folleto, como el que pronunció en 1917 en la colación de grados de la Facultad de Derecho.

Se lanza por último en la política, y la política lo lleva a la Cámara de Diputados. Una nueva aptitud — y no por cierto la menor — revela aquí su talento plástico y brillante: la de orador. ¡Y qué orador! No creo que nadie lo sobrepase a la hora actual en la tribuna parlamentaria. Su elocución clara y directa está hecha de concisión y elegancia. Nada de esa retórica vacía y paroxismal, que ciertos vociferadores emiten entre gesticulaciones y manotadas, confundiéndola con la elocuencia. El discurso de Sánchez Sorondo se caracteriza por la medida, por el buen gusto, por la rotundez, por el desarrollo progresivo del concepto, por el amplio movimiento de la frase, por la erudición sin pedantería y por la firmeza sin desplantes. Agréguese la plenitud ideológica de sus disertaciones, la eficacia persuasiva de su dialéctica, la virtud fulminante de sus réplicas, la valentía, en ocasiones temeraria, pero siempre comedida, de sus juicios. ¿Cómo no ha de dominar las asambleas rebañegas, siempre ansiosas de rehuir la discusión escurriéndose por entre los vericuetos del reglamento, este orador másculo y sereno que, en vez de chicanas curialescas y marrullerías de comité político, lleva a los debates ideales y principios?

A través de la cátedra, de la ciencia jurídica, de la función administrativa y política, y del parlamento, Sánchez Sorondo ha permanecido idéntico a sí mismo, desde los tiempos — ¡ay! lejanos... — en que, bajo la regocijada personalidad de Serapio Gozón, ejercitaba su pluma en polémicas ficticias, a la manera del esgrimista que ensaya sobre un «plastrón» sus botonazos. Sus íntimos saben que aquel Serapio, de dulce recordación, suele reaparecer en el abandono de las charlas cordiales... Como saben que el actual representante de la gran tradición oratoria argentina, el político que será mañana figura singularmente destacada en la escena nacional, el escritor de prosa tersa y grávida, el poeta de paleta suntuosa y suave emoción, no viene a ser sino el fruto maduro de aquel incipiente humanista de los tiempos de Serapio, de aquel clásico que se anunciaba en el ferviente discípulo de la cultura antigua, de aquel meditativo explorador del mundo moral que, ya entonces, buscaba en la ciencia y en el arte normas de acción y pensamiento.

DOS SONETOS

DE MATÍAS G. SÁNCHEZ SOBONDO

ILUSTRACIÓN DE ÁLVAREZ.

El humo tenue del cigarro escrutas
sentada frente a mi, hostil y esquiva;
un arabesco azul de las volutas
retiene tu mirada pensativa.
El temblor de tus manos diminutas
traiciona tu emoción, que pronto aviva
el recuerdo de estériles disputas
por donde al odio nuestro amor deriva.
Cómo fué, no sabemos, pero es cierto
que la ilusión de nuestra vida ha muerto;
y mi alma herida está; su ardor deshecho
en el constante afán de la congoja,
como esa rosa blanca de tu pecho
que uno a uno sus pétalos deshoja.

Detente un punto, eterna pasajera
dulce visión, efímera, indecisa,
tenue, como el suspiro de la brisa,
del mundo de los sueños, mensajera.
Detente, por favor, dame siquiera
la promesa falaz de tu sonrisa...
¡Para creer, mi espíritu precisa
de tu mentira un átomo, quimera!
Quimera sí, que tal es vuestro nombre
fe y esperanza, amor y poesía,
ya que es la triste condición del hombre
confiar, ingenuo, a la ilusión su suerte,
embriagarse en su propia fantasía
y llegar, engañado, hasta la muerte.

MÉJICO VISTA DESDE UNA DE LAS TORRES DE LA CATEDRAL.

PLUS ULTRA EN MÉJICO
RELIQUIAS Y PROGRESOS

Todo viaje resulta al fin y al cabo una fe de erratas, una *addenda et corrigenda* que el viajero pone a numerosos libros. ¡Oh, esos libros que afirman en absoluto, que tratan de pasar por Biblias! Describen países clasificándolos autoritariamente; dan fórmulas rígidas sobre el carácter de los pobladores, sobre sus creencias. Adulan siempre un mucho la vanidad de los indígenas llamándoles leales, francos, corteses, así en general; pero después, con toda hipocresía deslizan puñaladitas de pícaro. Aunque el libro esté escrito por un natural del país, indudablemente en aquellas páginas andará infiltrado el virus de los odios que el autor acostumbre a usar contra sus adversarios compatriotas. Un libro de viajes — ¡sálvense las excepciones que puedan! — es una expresión geográfica plagada de erratas y otros defectos. Lo más sano para el viajero ecuánime consiste en dejar los libros de viaje y meterse a viajar. Fray Gerundio de Campazas hizo lo mismo en materia oratoria, y le fué muy bien.

Si yo hubiera creído ciegamente en el telégrafo y en la opinión general que el telégrafo produce, este viaje a la capital de la república mejicana estaría aún en proyecto. Porque, según voz corriente, Méjico desde hace años anda más agitado e inseguro que el cráter del Popocatepetl. Descrita por los corresponsales más o menos interesados aquella república se ve convertida en una republiqueta volcánica donde el espíritu belicoso dirige todas las manifestaciones del pueblo y de los gobiernos.

Los vecinos de Buenos Aires recordarán a este propósito las noticias terribles que la prensa europea y americana daban durante el desarrollo de varios sucesos, pintándonos en plena y descomunal batalla. Los vecinos de las ciudades

LA HERMOSA E HISTÓRICA CATEDRAL DE MÉJICO.

LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN.

EL SAGRARIO, UNA MARAVILLA DEL ARTE COLONIAL.

LA AVENIDA JUÁREZ.

EL CALENDARIO AZTECA.

donde ocurren cosas parecidas se extrañarán también al verse metidos, telegráficamente, en espantosos cuadros de terror.

Pues bien: así sucedió en Méjico, según los relatos de personas cuya buena fe e imparcialidad son dignas de creerse.

No es el estúpido afán de echarse al campo para satisfacer salvajes necesidades guerreras lo que motivó las luchas magnificadas por el lenguaje de Morse. En la gran república se define rápidamente una evolución civilizadora que sorprenderá al mundo.

Méjico, dos veces redimida de yugo europeo, siempre codiciada, necesita defender su suelo riquísimo oponiendo la cultura nacional a los avances extraños. El problema de la inmigración pobre y absorbente no existe allí. Los mejicanos forman numerosas veces la mayoría absoluta. Pero hace falta luchar contra la inmigración capitalista que amenaza apoderarse de toda fuente de riqueza. Y ese es el origen de las convulsiones evolucionadoras.

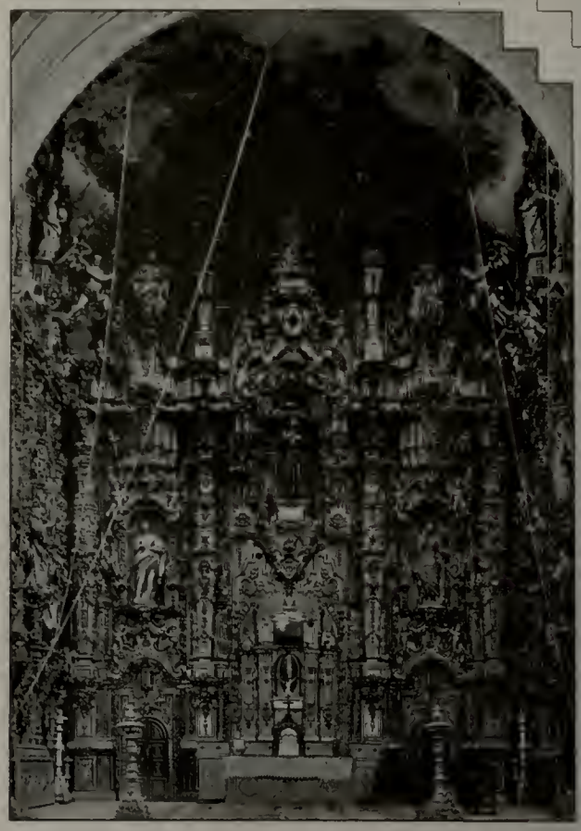
Los aborígenes y la raza mestiza, que constituyen más del ochenta por ciento de la población, desean patrióticamente ser los dueños de su país. Antes no lo eran; hoy están en camino de serlo.

De ahí las energías de las reacciones con que el problema patriótico-social mejicano se presentó. El gobierno del general Obregón realiza actualmente una amplia labor de progreso, a la que el país responde ansioso. La enseñanza, la

CASTILLO DE CHAPULTEPEC, RESIDENCIA VERANIEGA DEL PRESIDENTE.

PIRÁMIDE DE SAN JUAN TEOTIHUACÁN.

EN UN CANAL DE XOCHIMILCO, LLAMADA LA VENECIA MEJICANA.



imprenta, la industria y el comercio mejicanos reciben impulso tenaz. Las gentes interesadas en lo contrario propalan noticias adversas; pero la nación está en pie y camina victoriosamente.

Y esta raza merece ser dueña y señora del suelo que con tal bravura sabe amar y defender. Hay un prejuicio científico, basado en no sé qué cálculos, que atribuye superioridades aristocráticas a determinados grupos etnográficos. Las razas son superiores en momentos culminantes de su vida, cuando la fortuna lo quiere. Después caen, y vuelven a erguirse o desaparecen. El porvenir está más allá de la lógica que nos enseñan en los libros y en las aulas. Todo pueblo valeroso tiene esperanzas de engrandecerse.

Los mejicanos no desean ser grandes a costa de otro pueblo: les basta su territorio. No quieren robar reliquias a otras naciones: con las suyas se contentan. Estas reliquias que la naturaleza y el arte les han otorgado son una amplia base para edificar y reedificar.

He visto en Méjico de todo, en cuanto a personas y cosas. Mi experiencia psicológica del pueblo mejicano solamente puede anotar datos favorables. La cortesía de los hombres de la ciudad y del campo no falló una vez, ni llegó a los límites de la adulación. Orgullo digno y, a veces, cierta tendencia a la provocación, pude notar; pero a estas cosas estamos acostumbrados los habitantes de la Argentina y los viajeros que corretearon por países de hispánico abolengo. En cuanto a dotes intelectuales la gente mejicana es viva de comprensión y de fantasía.

Y esta idiosincrasia se manifestó y se manifiesta desde los tiempos más remotos en las artes que el pueblo mejicano cultivara, es decir, en sus reliquias y progresos artísticos. Ahí están, junto a las manifestaciones de la moderna cultura, los antiguos templos, palacios, pirámides, estatuas y relieves que los aztecas y otras razas aborígenes legaron a su país. Ahí están las catedrales, iglesias y palacios que la nueva estirpe construyó en un hermoso alarde creador.

Gracias a tales monumentos y a los usos y costumbres populares, Méjico posee un carácter propio, bien diseñado, que lo distingue entre las demás naciones americanas.

Un paseo por tierra mejicana es una lección provechosa. La cortesía del pueblo y de las clases ilustradas, la gentileza y hermosura femeninas lo hacen agradable. Y en la observación de las típicas costumbres nacionales, que la sociedad mejicana por encopetada que sea no se desdeña en imitar, aprendemos muchas cosas de exquisito color. Los mejicanos han quemado sus naves obligándose audazmente a la conquista del suelo patrio.

P E D R O L E M A I R E

EL SANTUARIO DE TEPOZOTLÁN. ARTE CHURRIGUERESCO.

MÉJICO. LA COLUMNA DE LA INDEPENDENCIA, EN EL PASEO DE LA REFORMA

ALTAR MAYOR. RICA TALLA EN MADERA Y ORO.

NOCTURNO DE LOS AMORES EFIMEROS

Cae en la noche, lánguida, la lluvia del invierno.
Mientras la lluvia cae sobre la soledad,
yo pienso en los efímeros amores de los hombres,
comprendo su tristeza y alcanzo la verdad.

Amores de los hombres, nuestros amores nacen,
aunque un instante duran, para la eternidad.
Amores de los hombres, para perpetuos nacen.
Y son fragilidad!

Que un solo instante viven los íntimos amores
que límpidos nacieron para la eternidad...
En eso está el horrible fracaso de las almas...
Mientras la lluvia cae, comprendo la verdad.

POEMAS

POR ARTURO CAPDEVILA

ILUSTRACIÓN DE LÓPEZ NAGUIL.

NOCTURNO ESPIRITISTA

Llora en la brisa de la noche un eco
que llora así:

Ah, no era el tiempo de las rosas de oro
cuando debí morir?...
Y no sonaban los primeros cantos?
Y no había gran fiesta en el jardín?

No brillaba el lucero de la tarde
en la suave pureza del confín?
No estaba yo de mirto coronado?
Mi novia no era mía y para mí?

Y no sentí caer sobre mi espalda,
puñal que me mataba?... Y no sentí
que el destino decía: Calla y muere?...
Y no era el tiempo del amor feliz?...

Ya no soy más que un alma, soplo errante,
y un hombre fuí!...

Una Dama

Oleo de
EDOUARD
MANET

DE LA COLECCION
MIRALLES

LA COYUNDA DEL NOMBRE

por

Argos

ILUSTRACIÓN DE ÁLVAREZ.

NO te diré su nombre... ¿para qué?... Es toda su fortuna... lo único que les ha quedado y por el que sacrificarían hasta el honor si el honor no tuviera algo que ver con el apellido. Muertas, cerrarán sus manos para llevarse al otro mundo un retazo de ese pergamino invisible por el que han vivido. Amor, justicia, belleza, la flor de la vida, han bajado la cerviz frente a esa vanidad incontenible, a esa cultura intensa del orgullo rancio de sus abuelos españoles. Su nombre es por lo labrado y armonioso el resultado de un parloteo de siglos, la frase más sonora y por lo tanto hermosa para el concepto oratorio que hubiera hallado un Castelar, el ruido, para nosotros misterioso, que hace desplegar inesperadamente el plumaje de los pavos reales.

¡La verdad que es un bello nombre!...

Y lo más curioso es que a pesar de la honda seguridad que de su propia belleza física pueden tener estas tres mujeres — después de una lenta lucha íntima posiblemente — la han postergado al efecto de estupor que esperan de su apellido. Son bellas, te digo y tienen hermosas voces.

Cuando el antifaz cubría aún el rostro de Eulalia, a quien pretendí en el baile aquel sobre la terraza del Tigre-Club, no pudo contener su misterio por más tiempo y, por el placer de decirme su nombre, me dijo quien era. Sus labios rojos, rebordeados por el terciopelo de la máscara negra, fueron como el órgano frente al que ensaya su «Lección de Música» el Ticiano, aquel órgano que suena para solaz de una mujer desnuda que lo escucha. Todo es plástico en ese cuadro genial como fué la atracción de los labios de Eulalia enunciando el apellido de su familia.

Las tres jóvenes retiráronse del baile con una máscara que no quiso descubrir su rostro. Era la madre de ellas. Sólo oí su voz cascada por los años y preví por sus manos y las arrugas de su cuello bajo una capa de albayalde, que debía ser anciana. Su voz chocaba. Era agria y disonante sin quererlo. De cuando en cuando sentíase que su dueña poníale a la sordina. Deseaba matizar un concepto, aterciopelar una frase. El fracaso de la voz aquella era entonces mucho mayor. Era la voz del Carnaval decrépito. Si la hubiésemos oído en otra hora del año, no hubiéramos podido hacer menos que sonreir.

Fuí días después a casa de Eulalia a visitarla. Las tres hermanas me esperaban en aquella confortable casa de la calle Callao, que abandonaban raras veces. Estaban dentro del estuche. No querían descender a la calle. No tenían coche. No sabían andar a pie. Y por otra parte Eulalia se abstenía de frecuentar fiestas y salones. Su madre le había pedido que no se casara antes que sus dos hermanas.

—¿Tienen novios?

—No. Son insoportables. Las dos corifeos en acción del gran apellido que llevan, y con el que miden, reducen, desprecian y empobrecen cualesquier esfuerzo, título o heroísmo. El apellido está como un mal en el tuétano de sus huesos. Las hace lamentarse como un reumatismo hereditario que vence sus osamentas misérrimas. Eulalia tiene además el cuidado inmediato de su madre. No la deja nunca. Siempre con ella al lado, como si debiera recoger de la planta exhausta el secreto de su omnipotencia.

Varias veces no la hallé al ir a visitarla. Había salido con la madre, la madre aquella que no volví a ver más desde la noche del baile, ¿adónde? Las dos hermanas me dieron a entender que volverían tarde, que se hallaban de visita en casa de unas parientas.

Poco a poco fuí espaciando mi presencia en la casa ilustre. No podía soportar la soberbia familia. Eulalia, enigmática y legendaria, incapaz de concebir la felicidad que es una promesa del porvenir, relegada a la comprobación de la purpurina descascarada de su nobleza, insensible a los elogios y a mi cariño, habiendo puesto toda su sensibilidad en el pasado. Las otras dos hermanas, Ofelia y Laura, activas y dañinas, recogiendo en su rayo la murmuración que enternece todas las famas y animando la calumnia que corroe hasta el oro. En esta sociedad que se derrumbaba, en esta ciudad de inmigrantes enriquecidos, la rigurosa presencia de sus blasones y de su apellido, seis veces patricio, contrastaba. Nietas de libertadores de América, si un poco de vida entra en aquella casa es la renta que ese nombre histórico les produce. Tienen, como nietas de próceres, una pensión del Congreso. No es mucho, pero no les conocía otras rentas y me imaginaba los equilibrios de las vanidosas infanzonas sosteniendo un tren de casa tan lujoso con tan pocas entradas.

Las fuí perdiendo de vista... y de recuerdo. Sólo su apellido rememoraba, hasta ayer noche, ese plantel de mujeres de otro siglo y de otro mundo que creen constreñir la vida del país en que viven alzando en alto su prosapia, y es el país el que las tiene acorraladas y sin esperanzas de redención detrás de su expresión pletórica de fábricas, de empresas, de usinas y de talleres. Su casa no es otra cosa que un sepulcro animado, contruido en medio de la época que gruñe a su alrededor por las mil y una voces del progreso y de la fortuna.

Ayer noche, te decía, he vuelto a saber de ellas. Iba andando a eso de las once de la noche por la calle Rivadavia entre las de Artes y Suipacha cuando apercibí más allá, en la otra cuadra, la silueta mezquina de una mujer. Estaba al borde de la vereda. Vi de lejos acercársele unos transeuntes que se detuvieron un instante con ella y luego prosiguieron su camino. Al aproximarme, noté que la mujer se escondía detrás de unos andamios que por allí estaban. Pero ya oyendo mis pasos en la calle desierta muy cerca suyo, salió del escondite. Era una viejecita. Sobre la cabeza llevaba un sombrero pequeño adornado con excesivas glicinas violetas. Un tul pesado caíale sobre la cara. Su traje era de seda a cuadros escoceses rojos, verdes y azules a la moda de hace treinta años. Al verme, me dijo:

—Una limosna para esta pobre señora y que usted no le negará, porque es una buena persona.

La voz la descubrió. Bajo el tul no era fácil reconocer los rasgos de su rostro. Era la voz aquella de la viejecita del Tigre-Club.

Era la madre de Eulalia. Tuve un rasgo de piedad y tendí un papel moneda, alejándome. La mano trémula de la mendiga lo tomó nerviosa, ávida, apresurada.

No había en aquella calle desierta otro transeunte. Sólo una victoria de plaza, detenida en la esquina de Rivadavia y Cerrito nos daba las espaldas. Por un movimiento de curiosidad miré hacia adentro del coche, ya que no quería volver hacia atrás mis ojos para ver aún la figura escuálida de la vieja misteriosa. En el coche había una mujer. A la luz difusa se veía claramente su diminuto pie, calzado con gusto y elegancia. Era el pie del que me había enamorado en el baile de máscaras del Tigre-Club el carnaval pasado. Eulalia esperaba a su madre.

La Tentación de Buda

INTURA... literatura... Dos consonantes facilísimos que casi siempre engendran un pareado pobre, cursi o pedantesco. Los pintores que hacen literatura con el pincel y los literatos que comentan obras pictóricas conocen lo arduo de ambas tareas. Entre las telas con argumento producidas por los artistas del siglo es justo alabar «Dolor», de Eduardo Chicharro, obra tan elocuente y emocionante que no necesita ni título ni comentaristas. Ahora, el autor de ese lienzo austero ha presentado «La tentación de Buda», tema mítico-filosófico que desarrolla sin pedantería. La crítica española al comentar este cuadro, que allí sorprendió por el exotismo del asunto, proclama al Buda del ilustre artista madrileño como un mesías largamente esperado. Afirma José Francés con la pluma de Silvio Lago: «Chicharro siempre ha ostentado esa aristocracia de su pensamiento. Siempre ha sentido el elevado deseo de unir la inspiración con el procedimiento. Incluso en su época — transitoria, adventicia, de una modalidad secundaria — de los temas realistas con tipos e indumentos populares, fué, como Zuloaga, un libertador de la vulgaridad costumbrista.» ¿Pondrá fin este Buda a las obras monótonas y simples de esa época transitoria? La valentía del compositor ¿tendrá todos los émulos que el arte pictórico necesita? Por lo pronto «La tentación de Buda» es un triunfo indiscutible. Cuadro de museo, se destaca entre tantísimo cuadro de colección.

Sólo nos llegó hasta ahora la versión fotográfica de esta obra; pero, acostumbrados a las gallardías del gran colorista, no resulta empresa aventurada suponer hermosos efectos de luz y tonalidad. La composición tiene una plácida armonía y una rica variedad, y responde a los cánones del arte indio. Todas las figuras, en efecto, son producto de un meditado estudio. Las hemos visto en reproducciones de pinturas, estatuas y relieves. Pero Chicharro no copia los convencionalismos de aquel arte; sus figuras son históricas y actuales al mismo tiempo, están llenas de vida. ¿Dónde encontró los modelos para pintar al reformador y a las trece mujeres que lo tientan sin éxito? A un español no le hace falta irse a Bombay para elegir bellezas indias ni simpáticos Budas. Hay por aquellos terrenos mujeres y varones que son primores de una raza oriental. Casi siempre disfrazados como príncipes vagabundos, viven aparte y conservan la tradición de su hermosura. Otras veces recobran su indumentaria principesca y, o suben al trono de Kapurtala, o reinan desde el proscenio. ¿Quién no ha admirado a la Pastora Imperio y a otras flores de la raza gitana? Yo conocí los lindísimos quince años de la actual marajalesa, la hija del «señó» Angel Delgado. ¡Qué la diosa Lakhmi me perdone y me proteja!; Anita no tenía que envidiarle nada. Hay, pues, un lazo de unión entre la India y España. Las correctas y finas facciones de las trece tentadoras — algunas se me figuran retratos conocidos — prestan españolismo al lienzo de Chicharro, cuyo Buda se parece a varios toreros y chalanes que vi por esas tierras de María Santísima.

Dos centros de serenidad tiene la obra: la figura extática del bienaventurado y el ojito sagaz del elefante. En rededor todas las pasiones, desnudas como la verdad, toman formas reales para rendir la fortaleza del santo. Conocida es la historia de Buda, sobre todo desde la aparición de esta tela que nos obliga a repasar nuestras lecturas. Quien no la conozca puede irse a los textos fáciles y poéticos; así hará más exquisito el placer intelectivo que produce la obra de Chicharro.

Por primera vez — no recuerdo otra — la pintura hispánica acomete un episodio de la religión budista, pocas veces tratados en el arte pictórico occidental. Las tentaciones de Jesús y San Antonio bastaban, y de ellas se abusó algo. Ahora un pintor español vuelve sus ojos hacia la India arcaica pidiéndole el motivo de un cuadro inspirado. Este deseo de universalizar su obra honra a Chicharro y lo acredita como artífice noblemente ambicioso.

Si no mienten las señales, «La tentación de Buda» ha de merecer elogios en todos centros de cultura artística. De las censuras y reparos que en la península le estarán poniendo a estas horas, no hablemos. Esta crítica forma parte del movimiento emulador que debe producir un cuadro al romper los moldes vulgares.

Sin tales acometidas — cuanto más enconadas mejor — la obra de Chicharro tendría la debilidad de que el aplauso unánime es síntoma seguro. Unos dirán que el arte español tiene los límites marcados por la historia y por la geografía, que el budismo es letra muerta para la mentalidad peninsular, que la pintura debe tender a la colonización artística interna del país, y otras cosas de mucho ingenio. Los dibujantes de mujeres feas y descoloridas y sus partidarios harán literatura; pero los buenos, los que saben pintar, trabajarán con mayores ansias.

Eduardo del Saz

La muerte de Vatel

Por Manuel Abril

Chantilly. En el zenit, una clara luna de plata. En el castillo de Condé, el Rey Sol. A los pies de su majestad, cortesanos magníficos, damas pomposas, servidores sin número. Es la hora en que el sol de Borbón luce sus destellos más claros. Y es también, en esta noche de fiesta, el lujo de unos caballeros que esperan al pie de una escalinata de mármol. El rey Luis va a salir para correr un ciervo a la luz de la luna. Los caballos piafan, las armas relumbran, los caballeros aguardan. Diana no correría con más pompa.

De pronto se han movido las figuras de ese cuadro magnífico. Allá arriba se han abierto unas anchas ventanas y han aparecido unas deliciosas siluetas. Ya se oye el rumor de la comitiva que baja. Y el Rey Sol ha aparecido en la belleza del jardín, seguido de unos caballeros gentiles que en nada se parecen ya a los viejos leones del rey Francisco. Galas, plumas, encajes, espadas sutiles, bellas y largas manos que palmotean el cuello de los caballos inquietos o acarician la noble cabeza de unos lebreles heráldicos.

El rey ha saludado a los nobles que esperan, y los nobles se han inclinado reverentes. El caballo que le presentan es estatuario y magnífico como un caballo de bronce. Ya el rey se afirmó en los estribos — unos breves estribos de oro — y ya suelta las riendas inclinándose sobre el cuello de su cabalgadura. Y el caballo ha partido al trote. No hay tiempo que perder; a montar todos y en seguimiento del rey. Ha comenzado la cacería real y sólo se escucha ya, como el ruido de un torrente lejano, el sordo rumor de una cabalgata que vuela al suave resplandor de una luna fantástica.

ILUSTRACIONES DE LARCO.

En tanto, Vatel, el cocinero del príncipe, anda inquieto por las dependencias del palacio, preguntando cosas absurdas. Vatel dice que ya ha llegado la carne, que no necesita más aves, que hay en su bodega toda clase de vinos y hasta que ha recibido de unas monjitas unos dulces exquisitos hechos al gusto de España. Lo que inquieta a Vatel es el pescado, el pescado que se ha pedido y no llega. Y Vatel, que es un hombre que suele hablar de «su honor», repite que no llega el pescado, y se exalta haciendo reir a unos graves señores que no creen en más honor que en el suyo.

Ha comenzado la tragedia — una obscura tragedia que salvará del olvido la grafomanía de una dama — y con ella el martirio de «ese» Vatel... Los viejos que han quedado en palacio se ríen de lo que les cuentan de ese hombre fantástico que hasta habla de vengarse atrozmente. Vatel se ha convertido en un raro espectáculo... El hombre habla de «su honor», del pescado que no llega, de la vergüenza que le espera. ¡Perderse el pescado cuando ya han dicho al rey que Vatel lo tiene exquisito! «Yo no sobreviviré a esta afrenta». Y Gronville, que lo ha oído, ha reído como un abad. ¿Quién piensa en dramas en esta noche magnífica? En Chantilly es noche de fiesta. El rey cabalga a la luz de la luna persiguiendo a un ciervo que huye. Lejos, muy lejos, suena el cóncavo son de unas trompas de caza. También se oye en la paz de la noche el furioso latido de los perros. Los monteros estarán apretando el círculo en cuyo centro un monarca resplandeciente herirá con su espada el flanco de la res asustada. Tenéis razón, señor de Gronville.

Chantilly arde en fiestas. Jamás se vió en Chantilly un espectáculo tan soberbio. En verdad que es una fiesta digna de un rey. Verdad también que todo ello es obra del príncipe Luis de Borbón, señor serenísimo ante el horror de la guerra y la majestad del monarca. Condé es espejo de príncipes. Una fiesta antes resultaría descolorida en Versalles que en este bello retiro. Y si grande es el príncipe, grande es también el castillo donde toda la nobleza ha hallado aposento. Es una gran verdad que madama de Sevigné va a escribir a su hija la de Grignán....

Madama de Sevigné quiere aprovechar los minutos para dar cuenta a su hija de todo lo que ha admirado en el día. El rey no volverá en toda la noche. Tendrá tiempo de escribir una larga carta y de contar a la posteridad lo que le acaban de decir de Vatel. Vatel ha muerto como un buen soldado, invocando «su honor» — he ahí una cosa fantástica — y convirtiendo en tragedia lo que no era más que una dilación de minutos. Madama sabe hacerlo muy bien...

«A las cuatro de la mañana — ha ido escribiendo madama — salió Vatel y fué por todas partes, encontrando a todos dormidos. Sólo vió a un proveedor que no le llevaba más que dos cargas de pescado. Vatel esperó algún tiempo; pero los otros proveedores no vinieron. Su cabeza se calentaba y creyó que no habría más pescado; encontró a Gronville y le dijo: Caballero, yo no sobreviviré a esta afrenta. Gronville se burló de él. Vatel subió a su habitación, apoyó su espada contra la puerta y se la pasó a través del pecho; pero no murió hasta el tercer golpe. Por fin cayó muerto.»

Madama ha dejado la pluma y se ha puesto a pensar en las burlas del destino. Vatel acaba de morir y ya dicen unos criados que el pescado llega por todas partes. Si ese hombre hubiera esperado... Y madama ha vuelto a tomar la pluma, pensando cómo decir a madama de Grignán que la felicidad llega siempre. No hay más que esperar santamente o echarse al campo para ver cómo corre su ciervo un rey imaginario a la luz de una luna fantástica, para que, al volver, hallemos sobre la almohada el rico presente. Vatel fué un loco... Y así pensando, ha escrito madama una de sus más lindas cartas.

El monólogo de Don Juan

Mi amor es como el agua, de las formas no sabe.
Mi amor es como cera a toda mano blanda.
Mi amor es un bohemio que en la vida no cabe.
Judío sin refugio que por la tierra anda.

Por todos los caminos, la ilusión va sembrando.
Es fácil crear quimeras y animar el ensueño
Y en el don fervoroso, yo sé, pues voy llorando,
Que pierde el oro en polvo de que me juzgué dueño.

Siempre el lance del fauno! . . . Siempre el amor que pasa
Moviendo las cenizas y animando la brasa
Y haciendo alma, el camino de rosas doloroso.

¿Dónde estará la rama con la paloma herida?
¿Dónde estará el albergue de esta noche florida,
amor, que tienes canas y no tienes reposo?

Vizconde de Lazcano Tequi

ILUSTRACIÓN DE LARCO

En el palacio de los señores Errazuriz Aristocrática
Una gran fiesta

Una fiesta hermosísima y que ha de perdurar en el recuerdo de todos los que disfrutaron del soberbio espectáculo, fué la realizada en el palacio que el señor Matías Errázuriz y su señora Josefa de Alvear poseen en el camino de Palermo, cedido gentilmente para allegar fondos en beneficio de la Obra que sostienen en esta capital los sacerdotes Benedictinos. En el hall central se efectuó la fiesta. Es éste un recinto que tiene cabida para más de quinientas personas, amén de las

SRTA. ANGÉLICA OCAMPO.

SRTAS. MARÍA I. MANIGOT, ELENA CHALOT, MARÍA L. GUEMES, MARÍA I. BIEDMA Y SRES. ERNESTO V. BIEDMA (HIJO) Y MARTÍN V. BIEDMA.

SRTA. VALERIA GUERRERO.

SRAS. JUSTA DOSE DE ZEMBORAIN, MAGDALENA BENGOLEA DE SÁNCHEZ ELÍA, ANA TERESA ORTIZ BASUALDO DE OLAZÁBAL Y SEÑORITA MARÍA LUISA MADERO.

galerías altas, que el día de la fiesta rebosaban de concurrencia. Se improvisó el escenario en dicho hall, al fondo, en medio de la severa austeridad del decorado, y rodeado de maravillas de arte en tapicerías de Flandes que ostentan la rúbrica de Julio Romano, diseñista admirable, y que representan el «Triunfo de Escipión». Sobre el blanco mate de la tela que cubría el muro fueron colocados los tapices provenientes del «château de Saint-Mandé», propiedad de Gastón de Orleáns, donde pasó su destierro La Grande Demoiselle. Estos tapices, bordados con «chenille» color fresa, ostentan motivos diversos de flores y pájaros, y estos mismos motivos se repiten en el moblaje de igual tela y bordado.

Completaba el conjunto un clavicordio del siglo XVIII, de laca roja con incrustaciones de bronce. En tan admirable marco se efectuaron los números del programa: música y bailes clásicos interpretados una y otros por un grupo de damas y señoritas de nuestro gran mundo, bajo la dirección artística de la señora Valín y del exquisito buen gusto de la señora Magdalena Bengolea de Sánchez Elía.

Vestían las señoras y señoritas trajes admirables, de irreprochable y perfecto estilo, que realzaban su belleza y distinción.

Se destacaron así por su hermosura y bello porte la señora Magdalena Bengolea de Sánchez Elía y la señorita Angélica Ocampo, verdadera evocación de las adorables mujeres de la corte del Rey Sol y de la época de la malograda María Antonieta. Vestía la señora de Sánchez Elía regio traje de tela de oro con larga cola y, como única nota de color, una rosa roja en el talle; la señorita de Ocampo, en cambio, era una visión nívea, majestuosa, ataviada de blanco con volados de encaje de plata, que salpicaban guías de rosas de tonos color fresa. Valiosos brillantes completaban su atavío. Justa Dose de Zemborain, de traje blanco y oro; Julia Blanca Roca de López, de

SRAS. JULIA B. ROCA DE LÓPEZ, MAGDALENA BENGOLEA DE SÁNCHEZ ELÍA Y SRTA. LUCÍA MC. CRUDDEN.

MINUÉ BAILADO POR LAS SRTAS. LUCÍA MADERO Y MARÍA L. GUEMES Y LOS SRES. ERNESTO VERGARA BIEDMA (HIJO) Y MARTÍN VERGARA BIEDMA.

brocato celeste con moños rosa viejo; Ana Teresa Ortiz Basualdo de Olazábal, de taffeta lila con adornos de cinta azul; Sara Hueyo de Newbery, de seda celeste con adornos de terciopelo fresa; Luisa Martínez de Hoz, de taffeta blanco con rosa en el talle; María Luisa Güemes, de taffeta color fresa con moños de cinta azul; María Isabel Biedma de taffeta verde con guías de rosas rojas; María Carmen Biedma, de taffeta rosa con adornos de encaje de plata; Agustina Marcó Roca, de taffeta color oro verdoso con guías de rosas color fresa; Valeria Guerrero, de taffeta color fresa; Elena Chalot, de taffeta pompadour con paniers color melón; María Isabel Manigot, de color fresa con adornos de encaje de oro; Lucía Mc Crudden, de raso blanco con corpiño pompadour; Alicia Viale, de taffeta y terciopelo celeste, y Clara Marcó Roca, de raso color marfil con adornos de plumas color rubí.

Los caballeros que bailaron el minué, señores Manuel Jorge Acosta, Jorge Allaine, Ernesto Vergara Biedma (hijo) y Martín Vergara Biedma, llevaban trajes auténticos.

Los programas de esta fiesta fueron pintados por la señora Stella Morra de Cárcano, señorita Silvina Ocampo, y los señores Alberto López, Rodríguez Pividal, Naguil, Hein y Richard, quienes rivalizaron en la noble tarea de hacer verdaderas obras de arte; luego adquiridas con gran interés por la concurrencia, también en beneficio de la pía y benemérita Obra Benedictina.

CONSUELO MORENO

DE DUPUY DE LOME

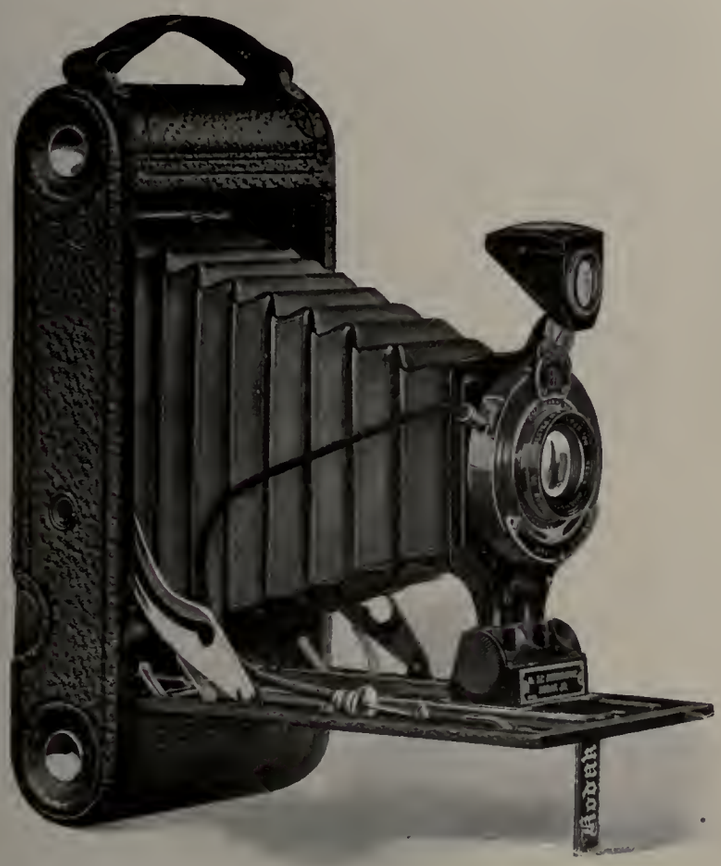
FOTOGRAFÍAS DE ARROYO.

Alfonso XIII y Marcelo T. de Alvear

La entrevista de Santander tiene una alta significación. El biznieto de aquel rey ha pactado tácitamente con el nieto de aquel prócer un trato definitivo de paz espiritual. Conocidos son los anhelos del monarca hidalgo: fomentar las amistades verdaderas que unen a la Argentina y España. Causas ajenas a su voluntad le impidieron hasta ahora hacer su proyectado viaje por tierras del Plata; pero don Alfonso sigue pensando en realizarle, y esta visita del presidente argentino equivale a una nueva invitación. En Santander ambos mandatarios fraternizaron cordialmente, olvidándose un poco de la rígida etiqueta, como representantes de dos pueblos que se estiman.

Las diestras del rey y del presidente, unidas en el momento que el monarca le ayudaba a entrar en el hospitalario país, parecen el símbolo heráldico de un escudo que representara la fraternidad hispanoargentina.

El lente Kodak Anastigmático *f*. 7.7



y la

KODAK, Jr.

Autográfica No. 2C

Es una cámara superior equipada con un lente superior.

Los lentes anastigmáticos Kodak se fabrican en las propias fábricas de lentes de la compañía Kodak de acuerdo con sus propias fórmulas. Los peritos que proyectan la cámara y los que proyectan el lente trabajan en íntima cooperación. Los últimos no piensan en el nombre genérico "cámara," al hacer sus diseños, sino en un modelo determinado, cuyas cualidades son conocidas, así como su tamaño y el obturador de que está provisto. El mismo propósito guía al que diseña las cámaras y al que diseña los lentes.

El lente con que está provista la Kodak Junior Autográfica No. 2C se fabrica especialmente para esta cámara. Es más rápido que el mejor de los lentes rectilíneos, y es insuperable en cuanto a las otras dos características propias de los lentes anastigmáticos: precisión y amplitud del radio focal.

La Kodak No. 2C se usa para tomar vistas de $2\frac{7}{8}$ x $4\frac{7}{8}$ pulgadas (7.3 x 12.4 cm), casi del tamaño de una tarjeta postal. Está equipada con el obturador Kodak Ball Bearing (de articulación de bolas) y, al igual de todas las Kodaks, posee la innovación autográfica mediante la cual se pueden escribir la fecha y el título al margen del negativo en el momento de hacer la exposición

KODAK ARGENTINA, Ltd., Corrientes 2558, Buenos Aires

ESCUELA NORMAL PROFESIONAL DE CORRIENTES

GRUPO DE ALUMNOS DE TERCER AÑO.

EN EL TALLER DE MODELADO.

FOTO DE LA ALUMNA OLGA GÓMEZ.

FUNDADA en 1918 por el doctor Justo Faria, esta escuela, cuyo plan de estudios fué ampliado en 1920, presta grandes servicios a la enseñanza artística y profesional. El objeto perseguido es dar ocasión a los maestros para que aprendan manuales.

En tres años se distribuyen las clases de dibujo, fotografía, modelado, pintura, hilado, tejido, bordado, etc.

Actualmente cuenta la escuela con una asistencia diaria de 500 alumnos, casi todos maestros y maestras que aspiran a la obtención del diploma de competencia en los ramos estudiados. El Consejo de Educación ha concedido a los maestros alumnos determinadas ventajas.

De esta manera se consiguió ya que muchos profesores diplomados en la Normal Profesional dicten clases de trabajos manuales en las escuelas de los departamentos apartados extendiendo la cultura en la provincia.

También se admiten alumnos que hayan rendido el sexto grado.

Dirige la escuela el señor Albino Arbo, secundado por un personal técnico de reconocida competencia. Los cursos más concurridos son los de fotografía, modelado y dibujo y pintura, a cargo de los maestros señores Ingimbert, Antón y Ballerini.

FOTO DE LA ALUMNA ESTHER PECIE.

UNA EXCURSIÓN ARTÍSTICA.

FOTO DE LA NIÑA VICTORINA SACHERI.

VINAGRE DE PURO VINO "OMEGA"

es el delicioso condimento de las ensaladas, escabeches y adobados y proporciona a los manjares un sabor exquisito e inimitable. Por su pureza obtuvo el primer premio en la Exposición de Bebidas Fermentadas organizada por la Municipalidad de la Capital.

Señora: Pida vinagre «Omega» a su almacenero.

En venta en todos los almacenes por mayor.— LAGORIO, ESPARRACH Y CÍA. — B. A.

El estudio constante a que se hallan entregados sus técnicos permite a THOMPSON tener al corriente a su distinguida clientela de toda evolución en lo que respecta a suntuosidad, confort y elegancia en el hogar.

MUEBLES DECORACIONES ANTIGÜEDADES
ARTEFACTOS ALFOMBRAS CORTINAS

FLORIDA 833
BUENOS AIRES

COLECCION DE LA SEÑORA FELOMENA CROTTO DE SEMPRUM

ROLFO DE LA

Recogimiento

POR

OBJETOS PARA REGALOS

ALACENAS PARA COMEDORES DE CASAS DE CAMPO

FUENTES Y BANCOS PARA PATIOS Y JARDINES

FRISOS Y ZÓCALOS PARA ZAGUANES DE ESTILO ESPAÑOL

AZULEJOS PARA ESCRITORIOS Y CUARTOS DE BAÑO

ESTOS talleres continúan actualmente dedicados a la producción de toda clase de objetos y obras de arte cerámico en sus múltiples técnicas, haciéndose estudios y presupuestos de decoración y ornamentación de toda clase de edificios.

REPRESENTANTE EXCLUSIVO:

JOSE DEL VALLE

SUIPACHA, 930 U. T. 317, PLAZA BUENOS AIRES

LA MODA FEMENINA

RUTILANTES DE ORO, PLATA Y ACERO, SEMBRADOS DE PERLAS Y AZABACHE SON LOS TRAJES DE NOCHE QUE LA MODA VIENESA LANZÓ RECIENTEMENTE. SE DISTINGUEN POR LA SUNTUOSIDAD Y RIQUEZA DE LOS MATERIALES ANTES QUE POR SU ORIGINALIDAD.

Espléndida cartera petaca toda en galalith blanco y negro, borlas y manija de rica seda.

$ 75.—

U. T. 3719, JUNCAL

NUESTROS MODELOS SE RENUEVAN INCESANTEMENTE.

casa Chéret

C. Pellegrini 735

La última palabra

en el arte de afeitar es

La Nueva Navaja de Seguridad

Gillette

Mejorada

HAY NUEVE ESTILOS DIFERENTES DOS DE LOS MODELOS DE LUJO SON

En Oro
$ 30.— m/n

En Plata
$ 27.— m/n

"Chippendale" "Chesterfield"

Con la nueva "Gillette" mejorada se usan las hojas de siempre, pero éstas duran mucho más y dan una afeitada mucho mejor.

Si Vd. no puede conseguirlas, escriba a los Unicos Agentes:

DONNELL y PALMER

542, MORENO, 572 BUENOS AIRES

NUESTROS JUGADORES DE POLO

CÉLEBRE EQUIPO ARGENTINO FORMADO POR LUIS LACEY (CAPITÁN), DAVID B. MILES, JUAN B. MILES Y JACK D. NELSON, VENCEDOR DE LOS INGLESES Y DETENTOR DE LA COPA CAMPEONATO ABIERTO, QUE LOS NORTEAMERICANOS MANTENÍAN DESDE HACE DIEZ AÑOS DE LUCHA CON LOS BRITÁNICOS.

MARÍA ESTHER LERENA

Tanto las Estrellas del Teatro Argentino como las del Londinense

coinciden en afirmar que para el embellecimiento de la tez no existe substancia alguna de efectos tan maravillosamente eficaces como la

CERA PURA MERCOLIZADA

«Nuestra cara difícilmente resistiría a la deletérea acción de los afeites que se usan en las caracterizaciones teatrales, si no pudiéramos contar con la cera mercolizada que tiene la propiedad de devolver a la piel su natural y primitiva tersura.»

María Esther Serena

«De los numerosos preparados de tocador que me ha tocado en suerte probar, ninguno puede sufrir el parangón con la cera pura mercolizada, pues es el único que logra dar a la tez ese aspecto siempre brillante y terso que constituye el complemento necesario de un rostro hermoso.»

María Esther Podestá

MARÍA ESTHER PODESTÁ DE POMAR

Si su cara demuestra imperfecciones: arrugas, manchas o palidez, solamente conseguirá Vd. empeorarla con el uso de afeites, cremas y lociones. Renuévela Vd., empleando cera pura mercolizada que, aplicada como si fuera cold-cream, hace que, gradualmente y sin dolor, desaparezca en particulas imperceptibles toda la cutícula vieja, dejando al descubierto el nuevo, sano y sonrosado cutis que toda mujer posee debajo del viejo. Y ésto... mientras Vd. duerma.

GLADYS COOPER

«Para la renovación del cutis no hay ninguna substancia cuya eficacia pueda ser comparada con la de la cera mercolizada, pues, ésta aplicada durante unas cuantas noches, hace que la cutícula vieja desaparezca, por medio de una suave absorción. La cara, tratada de esta manera, bien pronto aparece completamente rejuvenecida.»

Gladys Cooper

«He comprobado que la cera pura mercolizada tiene la virtud de dar al cutis ese aspecto terso y fresco, propio de la infancia, tan difícil de conservar en medio de las molestias e incomodidades que impone la vida de teatro.»

Lola Membrives

LOLA MEMBRIVES

Harrods

Casa de calidad, centro de distinción, preferido tanto en las exigencias estéticas del vestir moderno como en alardes suntuarios para el confort y adorno del hogar.

PRECIOSO Y ARTISTICO JUEGO DE TE

en plata inglesa, sellada; notablemente cincelado; modelo "Cellini".

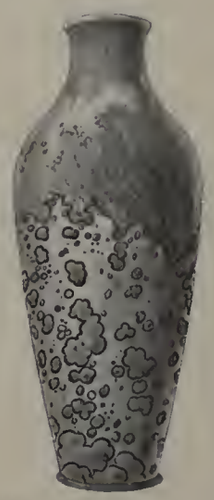
SALON DE ARTE

OBRAS AUTÉNTICAS
Y REPRODUCCIONES AUTORIZADAS

GRAN JARRON

en porcelana y esmalte cristalizado. Manufactura Nacional de Sèvres (París) Pieza única.

SALONES DE EXHIBICION: TERCER PISO



ARTISTICA COPA

en plata inglesa sellada, con preciosos cincelados; modelo muy chic.

REGIO CENTRO DE MESA

en plata inglesa, sellada; primorosamente cincelado; desmontable.

PLATERIA HARRODS - SALONES DE EXPOSICION: TERCER PISO

ACADEMIA DE GOLF

(ÚNICA EN EL PAÍS)

Recientemente inaugurada. Clases individuales, para señoras, señoritas y caballeros. Bajo la dirección del conocido profesional Pedro Juaniz.

SEGUNDO PISO

Calles: FLORIDA - PARAGUAY - SAN MARTÍN - CORDOBA

Studebaker
Mejor es
adquirir un
Studebaker
que arrepentirse
de no haberlo comprado
Avenida de Mayo, 1235 — Buenos Aires

AÑO VII
NÚM. 77

Plus Ultra

SEPTIEMBRE
DE 1922

Sta. Laura Pacheco de Del Solar de Dorado

De donde ha venido este picaflor?

(A mi hijita María Esther para recitarlo con su trajecito de picaflor).

Un picaflor verde, de rosa esmaltado,
llegó hace unos días a nuestro jardín.
Este picaflor parece asustado...
vuelve y revuelve y zumba sin fin.

Cuando se detiene sobre alguna flor
es [illegible] de sus alas de oro
[illegible] de un regio tesoro,
[illegible] temblor.

Hoy [illegible] pintadas de rojo...
[illegible] su antojo
[illegible] rayos del sol
[illegible] arrebol.

Y en [illegible] extraño,
[illegible] y se va...
¿Qué [illegible] picaflor huraño?
¿De dónde ha venido y por qué se va?

¿Por qué el rojo vivo le causa terrores?
Otros picaflores aman los colores...
Deseando tan grave misterio aclarar,
pensé, por mí misma, la clave encontrar:

Vestí esta mañana traje de cristal,
fingí unas dos alas de artificio tal,
que el picaflor verde, por mi arte engañado,
en mi compañía mostróse confiado.

Y me dijo así: «¿No te causa espanto
el brillo siniestro de ese mal color?
¿No sabes, acaso, lo que es el dolor?
¿No has visto pupilas nubladas de llanto...»

«En raro presente llevárome un día,
del país del sol y de la alegría
al de las umbrosas mañanas glaciales,
sin luz, sin colores... viví entre cristales.»

«El huésped yo he sido de un parque imperial.
Una duquesita, muy rubia y rosada,
cuidaba mi alcázar de reja dorada,
y de rosas frescas ornaba el portal.»

«Un día... un día de espanto y horror
vi todo teñido con ese color:
la princesa rubia, el manto imperial,
los regios jardines, mi jaula ducal...»

«Flotaban al aire pendones sangrientos,
llegaban los ecos de horribles lamentos
entre vocerío de guerra y furor:
¡ni la nieve blanca conservó su albor!»

Así dijo y loco, volando furioso,
alejóse el triste picaflor medroso,
el picaflor verde, de verde turquesa,
que olvidar no puede a su gran duquesa...

Pastora González de Lascano.

ILUSTRACIÓN DE LARCO.

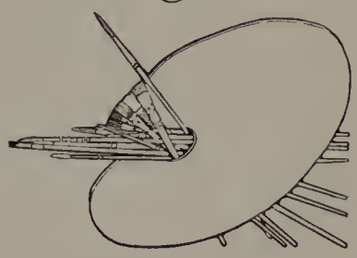
«PIFÍ L'OISEAU», VALENTÍN THIEÓN DE LIBIÁN.

«RETRATO DE LA SRA. F. C.», MIGUEL PETRONE

«BENDICIÓN», ANTONIO ALICE.

«LA COSTURERITA», ALBERTO M. ROSSI.

XII Salón Nacional de Bellas Artes



«PENSATIVA», MARÍA ELENA BERTRAND.

«SAN ISIDRO», ATILIO MALINVERNO.

«MAÑANA EN LAS SIERRAS», ANGEL DOMINGO VENA.

«LLOVIZNA», RODOLPO PRANCO.

Están por abrirse las puertas del bien llamado Salón de Primavera, el duodécimo de la serie, que afianza con ello la viabilidad de un propósito tildado sin duda de utopía en su hora inicial.

No podría encontrarse estación más propicia, ni nombre de mejor augurio que aquél, para nuestra exposición anual de arte. Como en el jardín del dulce Sandro florentino, lo más inquieto de nuestra juventud busca el fruto de oro bajo el milagro de la luz. Admirable fiesta la de esta pequeña e infantil república del arte, dentro de la otra grande, camino del porvenir; y es justamente desde que existen estos salones de primavera que podemos hablar sin sonreirnos del arte argentino. Año tras año va creciendo de talla; ya no es el inicial balbuceo, viciado de imitación y rebuscamiento, que fué con raras excepciones pálido reflejo de escuelas lejanas y exóticas.

Es una fuerza nueva que se afirma, con toda voluntad y conciencia; por eso tiene un significado profundo, mayor que el del arte mismo, este Salón de Primavera. En esta hora de vital renacimiento por la que atravesamos, es alentador espectáculo el de esta juventud en marcha.

Desde luego esto no quiere decir que el arte argentino tenga desde ya esa consistencia propia que define por completo el carácter y el espíritu de un pueblo. Tierra como la nuestra, de tan intenso cosmopolitismo, es natural que carezca, sobre todo espiritualmente, de una orientación definitiva. Hay por lo tanto en el arte nacional una extraordinaria inquietud, a la que concurren las más contradictorias influencias extranjeras; pero sin embargo, lejos de ser este un peligro para nosotros, constituye, por el contrario, una

«PINO ROJO», GREGORIO LÓPEZ NAGUIL.

«MELITA», FRANCISCO VIDAL.

«LA ENGUANTADA», JORGE LARCO.

«EL RECUERDO», EMILIA BERTOLÉ.

garantía de juventud, una seguridad de florecimiento. No es, en efecto, con espíritu de cómodo conformismo que debemos encarar en América el problema estético. Válganos desde luego la maravillosa experiencia del mundo viejo, pero busquemos para la vida nueva esa fórmula nueva que debe estar en el fondo de nosotros mismos. Este es el significado que debe tener para los artistas argentinos el Salón de Primavera.

Ahora bien, veamos en qué medida los expositores de este duodécimo Salón concurren a la búsqueda antedicha, y qué consecuencia auspiciosa se puede inferir de este heterogéneo certamen, donde las más brillantes calidades van hombro a hombro con lo desgraciado y lo mediocre, en una confusión tan extraña de valores, que cabe preguntarse si el tipo de Salón que nos corresponde no es el de los Independientes, ya que habría mucho que decir sobre la estabilidad y definitivo significado de los nombres hechos junto a la eclosión sorprendente de los que están por hacerse.

Hemos tenido oportunidad de señalar aquí mismo, con motivo de algún salón anterior, que una de las características fundamentales de la pintura argentina es su pasión por el luminismo.

Nuestros pintores, herederos directos de los impresionistas, ven claro — salvo tristes excepciones — y huyen como del fuego del bitumen y de las tierras. Esto que resulta excelente en lo general tiene, sin embargo, en lo particular un peligro, y es el exceso decorativo.

«LOS PAROLES CHINESCOS», ALEJANDRO CHRISTOPHERSEN.

«LA HORA DE LA SIESTA», JUAN PELÁEZ.

Por la alegría del color en sí, sostenida por la gracia un tanto convencional del arabesco, se está faltando al concepto *sine qua non* de la verdadera pintura: el de la profundidad. Casi todos nuestros artistas resultan así decoradores, en el sentido superficial de la palabra, lo que por otra parte puede también decirse de sus colegas europeos, excepción hecha de los «arcaizantes» y reaccionarios, o de los adoradores del Cubo y los iconoclastas y articidas de Marinetti.

Otra tendencia ya observada, y que en este Salón se fortalece, es la predilección de nuestros pintores jóvenes por el paisaje. Caso lógico éste para nuestro país, en cuyo inmenso territorio el hombre resulta, por decirlo así, un accidente de la soledad; y caso sintomático al mismo tiempo, pues deja traslucir, tal vez, el significado futuro de la Escuela Argentina como una escuela de paisajistas. Convéngase o no en ello, lo innegable es que dentro del paisaje está, y con mucho, lo mejor del XII Salón, cuya parte de figura es en general deficiente y reducidísima.

Hay en el género señalado piezas de primer orden, de las mejores que se han visto entre nosotros, y que firman artistas de diversa nombradía como Pedone, Franco, Vena, Malanca, López Naguil, González Garaño, Butler, Cittadini y otros cuyas obras personales y significativas levantan el espíritu apocado de la muestra.

Entre todos ellos, Rodolfo Franco es quien da con su «Tríptico» la nota más elevada, colocándose en un plano superior pocas veces alcanzado entre nosotros. Luminista por definición, y afron-

«EL MERCADO DE AÑATUYA», ALFREDO GRAMAJO GUTIÉRREZ.

«LA MODELO», DANTE ORTOLANI.

«PREPARATIVOS», ANA WEIS.

«SEGADORES», LORENZO GIGLI.

«IRIS», EMILIO CENTURIÓN.

«INVIERNO», ENRIQUE CELERY.

tando sin miedo el más difícil problema de la luz, Franco se manifiesta al propio tiempo profundamente sensible en esa forma comprensiva de los artistas orientales que, en el tremolar de la primera hojita verde, descubren el esplendor de una futura primavera.

Antonio Pedone síguele en importancia, logrando en un discreto puntillismo tres piezas excelentes, que van desde el «Nocturno» moruno a la plácida plenitud del valle soleado de «Tarde en las sierras», pasando por el encanto sugestivo del duraznero en flor.

El mismo éxito, con una técnica absolutamente distinta, obtiene Malanca en paisajes que lo revelan toda una promesa. Angel Vena supera con su obra el esfuerzo noble de arte que representaba su reciente y magnífica exposición. Otro tanto diremos de López Naguil, cuyos paisajes de Mallorca marcan un plano defitivo en su carrera.

González Garaño nos sorprende gratamente con tres paisajes finos y vibrados, haciéndonos advertir en ellos a un pintor de calidad y de sincera emoción.

Desde Mallorca también envía Cittadini una tela extraña, que sale completamente de su manera habitual.

El dominico Butler sigue en la misma mansedumbre de su visión mística de la naturaleza.

Citaremos además entre los buenos paisajistas a Atilio Malinverno, Indalecio Pereyra, Adán Pedemonte, Augusto Marteau y Juan Peláez.

Merece lugar aparte el único animalista del Salón, Luis Cordiviola, que logra en sus dos envíos afianzar aun más su personalidad toda honradez y consecuencia.

«TARDE EN LAS SIERRAS», ANTONIO PEDONE.

«LABRADORES», JOSÉ MALANCA.

«LA YUNTA», LUIS A. CORDIVIOLA.

En cuanto a la figura destácase en primer término Emilia Bertolé, cuyo retrato en rojo renueva y aun supera las mejores épocas de la delicada artista.

Gastón Jarry, de vuelta de Europa, traduce en un desnudo lleno de cualidades una visión más exquisita, más íntima de las cosas, sobre todo en el interior del segundo plano, lo mejor de la obra.

Emilio Centurión, en una tela de gran aliento, no ha obtenido una justa armonía de tonos, especialmente en lo que se refiere a sus rojos y a sus verdes.

Recordamos, entre otras piezas interesantes, un bello retrato de Jorge Larco, las telas de sabor decorativo nacionalista de Donnis, y las de Rossi, Weiss, Petrone, Christophersen, Garbarini, Vidal, Arata y Soto Acebal, sin que dejemos pasar por alto una hermosa cabeza de adolescente, obra del pintor G. Mario Parpagnoli, de factura eminentemente francesa.

En cuanto a la escultura, salvo las tres obras de Agustín Riganelli, que sabe mantenerse siempre en un plano excepcional, Leguizamón y algunos otros, representa un estancamiento cada vez más lamentable y evidente en esta rama de las Bellas Artes.

Hemos dejado intencionalmente para el fin el comentario a la obra más personal y representativa del Salón, esa pequeña joya que Thibón de Libián titula «Fifí l'Oiseau», y que en estas horas de brutal realismo significa una reacción espiritualista, pródiga en gracia y en distinción.

FERNÁN FÉLIX DE AMADOR

«NATURALEZA MUERTA», JORGE SOTO ACEBAL.

«NOCTURNO», LUIS A. OUVRARD.

«ESTÍO», GASTÓN JARRY.

Anselmo Miguel Nieto

La copia intensa y armónica del natural sin caer en la demasiada fidelidad ni en los extravíos del dibujo y del color; un hermoso y sano talento realista: éstas son las condiciones que Anselmo Miguel Nieto posee.

Hay pintores de cromos que satisfacen al vulgo; hay pintores de extrañas cosas que no lo conmueven. Los intelectuales y el vulgo se unen ante las obras donde el equilibrio es perfecto. Y por mucho que los artistas exaltados pregonen su desdén hacia la opinión, en su espíritu guardan ansiosa sed de popularidad. Gustar a todos es parecerse a la naturaleza y a la vida; gustar a unos cuantos «elegidos» es como el vivir de los misántropos y de los tacaños: una lucha por el aislamiento.

Anselmo Miguel Nieto huye de los efectismos y se limita al arte de reproducir lo que ve conforme a lo que siente. Sus telas luminosas respiran honradez y trabajo. Por eso producen una emoción plácida, optimista, libre de anhelos literarios. Los hombres que aman la vida como un don cotidiano cuyo misterio resulta más fácil gozarlo sin buscarle explicaciones arduas, tienen en esas telas un estímulo suave y enérgico a la par.

Tanta es la ecuanimidad artística de su atrayente pintura que pudiera confundirse la maestría con la facilidad. Pero la técnica de este notable pintor nada tiene de fácil. Venciendo obstáculos del color sin alardear, ocultando la importancia de los problemas resueltos, se impone. Los peritos saben donde el pincel inventó fórmulas victoriosas, el público saborea la verdad interpretada de modo recio y placentero, con alma.

Toda esta sutil suma de perfecciones fué alcanzada en incesante batallar contra la suerte. Anselmo Miguel Nieto luchó desde niño necesitando voluntad firme y vocación prodigiosa. Antes de aprender a pintarnos serenas figuras casi vivas sufrió mucho en su propio vivir. Es uno de los jóvenes maestros del arte español, y su fama no tiene detractores entre la gente del oficio, que lo respeta por su honestidad profesional y su franco y altivo carácter.

Julio Romero de Torres

Hay en el estilo de este gran artista cordobés toda la tristeza y todo el sabor arcaico que escritores y viajeros notan en las costumbres del pueblo andaluz. Otros pintaron ya los luminosos reflejos que un sol ardiente pone en las carnes, en los vestidos y en los paisajes de las comarcas andaluzas: otros han descrito la alegría demasiado aparente y demasiado frívola, que, según la vulgar opinión del mundo, distingue a aquellos sus habitantes, hijos de una tierra soleada, fácil y hermosa.

Julio Romero de Torres demuestra lo contrario en toda su obra, y mucho más en los cuadros que hoy nos presenta. Sus personificaciones de la copla andaluza constituyen la justificación de ese estilo arcaico y triste. El «cante jondo» (canto hondo), según lo titula exacta y pintorescamente el pueblo andaluz, tiene notas y palabras de penetrante melancolía. El policroísmo de esos pedruscos donde las partículas metálicas sorprenden con sus cambiantes luminosos, extraños, es el policroísmo de la copla y el de «La malagueña», «La carcelera».

Sentir el estilo de este pintor equivale a sentir la copla y el carácter andaluz. Apegado a la tradición aquel pueblo, aunque en apariencia siga los cambios de las modas artísticas y mundanas, conserva allá en el fondo sus costumbres sentimentales, cuidándolas celosamente.

Las andaluzas pintadas por Romero de Torres, sombrías, pasionales, enérgicas y celosas tienen verdaderas almas de mujer. No esperéis de ellas fáciles sonrisas ni amores divertidos. Absorbentes y absorbidas, cuando aman, cuando el «querer» se posesiona de sus cinco sentidos exigen una pasión mora a sus moriscos andaluces. El pintor cordobés ha enriquecido los museos con estas nuevas figuras de mujeres hondas. Julio Romero de Torres es un andaluz taciturno y grave, pertinaz y laborioso que, muy discutido, sin discutir buscó el modo de imponer su labor pictórica, logrando triunfar como la copla andaluza se impuso por lo original y lo sentida.

PENSATIVA

PINTADO · AL · OLEO · Y · AL · TEMPLE · POR · JULIO ROMERO D · TORRES

DE · LA COLECCION DEL DR. PEDRO · E ELIÇAGARAY

EL VIAJE SUPREMO

FERNÁN FÉLIX DE AMADOR

COMO UNA ISLA LEJANA
ENVUELTA EN LEVE Y TRANSPARENTE BRUMA,
SOBRE UN MAR TODO GRANA,
MI JUVENTUD SE ESFUMA...

TRIPULANTE DEL BARCO DEL OLVIDO,
NAVEGO HACIA EL PONIENTE,
MIENTRAS LAS OLAS LA CANCIÓN QUE HA SIDO,
MURMURAN DULCEMENTE.

LA NOCHE ESTÁ ADELANTE Y, SIN EMBARGO,
LA LUZ SE TORNA CADA VEZ MÁS BELLA.
¡ES QUE EL SEÑOR SOBRE EL PIÉLAGO AMARGO,
DEJÓ CAER LA ROSA DE SU ESTRELLA!

ILUSTRACIÓN DE LÓPEZ NAGUIL.

El grandioso monumento al general Artigas

EL ESCULTOR ANGEL ZANELLI.

Será, sin duda, el más grande monumento ecuestre de la América del Sur. ¿El valor artístico de la obra está en relación con su tamaño? No vacilo un segundo en responder afirmativamente, y dentro de poco muchos de mis lectores podrán convencerse de *visu*, porque el monumento está listo y pronto saldrá para Montevideo, en donde será inaugurado, según se anuncia, a la brevedad posible. El monumento será ubicado en la plaza de la Independencia, y mirará al oriente, a fin de que los efectos del sol den mayor realce al caballo y al jinete, que forman un conjunto armónico, lleno de severidad, de vida y de expresión. El caballo

MONTEVIDEO. — PLAZA DE LA INDEPENDENCIA, DONDE SE ELEVARÁ EL MONUMENTO.

es uno de los mejores esculpidos hasta hoy. La figura del general Artigas bastaría por sí sola para dar fama a un escultor.

El monumento tendrá de alto 17.40 metros, porque el caballo y el jinete miden ocho metros y el pedestal 9.40. El pedestal será completado en el Uruguay, con *labradorita* de color rojo claro, que armoniza bien con el bronce del caballo y del grandioso bajorrelieve, que tiene un largo total de 24 metros y dos de alto.

Ese bajorrelieve, que ocupará los cuatro lados del pedestal, es una verdadera obra de arte y figura el trágico y épico éxodo del pueblo uruguayo, siguiendo al destierro al general.

Se trata de unas ciento cincuenta figuras concluidas hasta en los menores detalles; una armonía perfecta de líneas que hace las fisonomías más diversas, de todas las edades: hombres, mujeres, viejos, niños, y con ellos, perros, caballos, bueyes... Es un bajorrelieve que conmueve profundamente.

ESTA GIGANTESCA CABEZA DA IDEA DE LAS ENORMES PROPORCIONES DE LA OBRA.

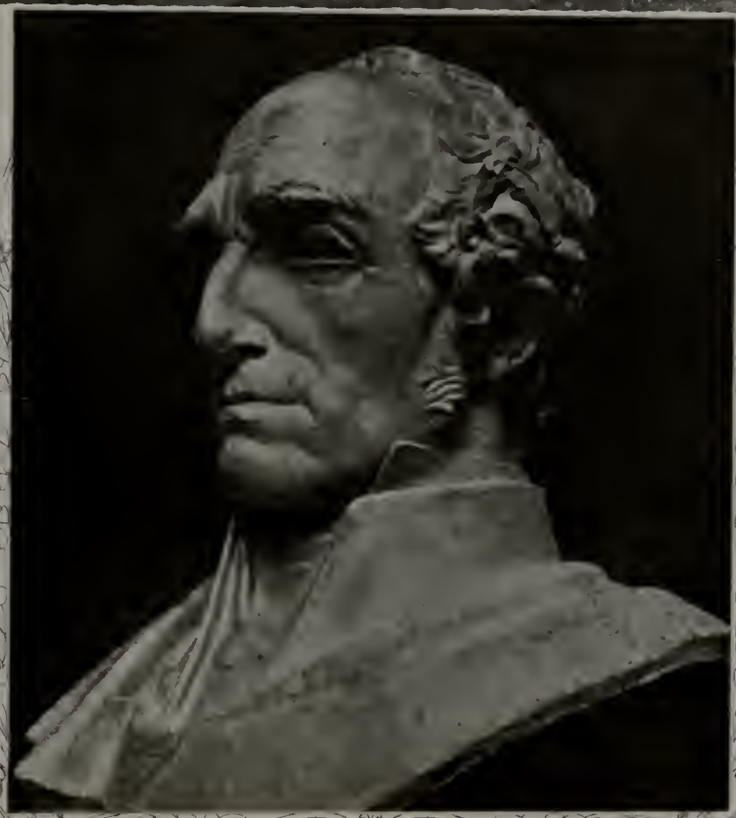
— Y había que ver — me decía con entusiasmo Zanelli — con qué amor reverente los operarios de la fundición Chiurazzi, de Nápoles, han trabajado en mi obra, que presentaba dificultades técnicas nada sencillas. Piense que el caballo, él sólo, ha sido fundido en diez trozos (pesa diez toneladas) y que el bajorrelieve es delicadísimo por sus numerosos detalles. Algunos de los operarios han estado en la América del Sur, conocen la Argentina y el Uruguay, y trabajaron con verdadera pasión.

El ministro del Uruguay, señor Federico Cuestas, se ha preocupado mucho del monumento, y ha tenido la gentileza de proporcionarme para PLVS VLTRA un precioso autógrafo de Artigas, una carta escrita en noviembre de 1817, que dice textualmente así:

He recibido el contesto de los Pueblos a mi propuesta; su mayoridad ha librado su suerte a mi decisión. Yo sin abusar de esta honrosa confianza con que los Pueblos de nuevo me caracterizan, he creído oportuno di-

EL ARTISTA HA EVOCADO EN ESTOS BAJORRELIEVES ESCENAS INTERESANTÍSIMAS DE LOS HISTÓRICOS SUCESOS QUE TUVIERON POR ESCENARIO A LA REPÚBLICA HERMANA.

EL ÉXODO DEL PUEBLO ORIENTAL (BAJORRELIEVE).



BUSTO DEL LIBERTADOR URUGUAYO ARTIGAS.

rigir al Gobierno de Buenos Aires el oficio que a U. S. acompaño en copia. Esta es mi resolución, con ella creo haber llenada mi deber. Espero que U. S. la hará publicar en su pueblo para su más exacta conocimiento.

Tengo el honor de reiterar a U. S. mis más cordiales afectos.

José Artigas.

Noviembre 1817.

El autor del monumento es Angel Zanelli, lombardo, de 43 años de edad, sano y fuerte. Se ha formado solo, y todo se lo debe a sí mismo. Empezó, casi niño, como tallador de piedra, y en Brescia, algún tiempo después, trabajó en mármol con tal éxito que obtuvo la pensión municipal Brozzoni y pasó a Florencia, en donde sus éxitos continuaron. El escultor sueco Lundberg lo alentó, lo hizo trabajar en su estudio y lo decidió a tomar parte en un concurso para proveer una plaza en el Pensionado Artístico Nacional.

La crítica se ocupó con simpatía del joven escultor, que en 1906 esculpió un busto admirable del violinista Gaspar de Saló. A poco, participó en el concurso para el bajorrelieve colosal del altar de la Patria, y triunfó. El público quedó sorprendido. ¿Quién era ese Zanelli? Muchos ignoraban hasta su existencia...

Su mejor biógrafo, Mario Logo, ha hecho notar con razón que Zanelli tiene un temperamento raro por su complejidad. A la elevación del talento, a la seriedad del carácter, une una voluntad muy firme y una formidable resistencia al trabajo. Con amoroso cuidado busca la perfección de todos los detalles, y tanto insiste en las figuras principales como en los detalles decorativos. Todo lo que sale de sus manos tiene un valor igualmente precioso. La primera vez que visité a Zanelli en su inmenso estudio pensé en un gran escritor que me había precedido, Rodó, y quise preguntar al escultor la impresión que le había causado el eminente autor de *Ariel* y de los *Motivos de Proteo*.

— Un mes antes de su muerte, Rodó vino a visitarme en compañía del señor Cuestas y de un grupo de amigos. Conversamos un poco de todo. A poco hablar me percaté de que Rodó se empeñaba en averiguar si yo estaría suficientemente preparado para la comprensión psicológica del personaje que debía eternizar en el bronce. Sentía su mirada indagadora como que me penetraba en las carnes; pero, en el fondo estaba satisfecho, pues no sentía temor alguno.

Tengo en casa una pequeña biblioteca de libros sobre el Uruguay, y he pasado noches enteras leyendo no pocos volúmenes para darme cuenta exacta de la época y del ambiente en que vivieron los principales personajes de ese noble país, y por eso me fué fácil obtener que Rodó me estrechase la mano lleno de emoción... Me prometió escribir un artículo sobre mi obra; me consta que efectivamente lo escribió y quizás se encuentre entre sus papeles.

Esto me contaba, conmovido, el escultor Zanelli en el año 1918.

He esperado cuatro años la publicación del artículo de Rodó; pero el manuscrito no ha sido encontrado, tal vez porque no existió nunca.

En el estudio inmenso del gran escultor, cada vez que voy a visitarlo, me parece ver la sombra de Rodó vagar en torno del colosal bajorrelieve, e inclinarse respetuosa ante una de las figuras gloriosas que iluminan la historia de los pueblos libres del Plata...

OTRO LADO DEL BAJORRELIEVE DEL PEDESTAL.

R A F A E L S I M B O L I

SRA. CLARA JUÁREZ CELMAN DE BUSTILLO.

SRA. ADELA UGARTE DE AGUIRRE.

SRA. MARÍA EUGENIA QUINTANA DE URIBURU.

SRA. ELENA GREEN DE LANÚS.

No se ha borrado aún el recuerdo de una fiesta brillantísima que, patrocinada por la Sociedad Escuelas y Patronatos, se efectuó en el año 1904, en el teatro de la Opera, cuando era presidenta y alma de la citada institución la señora Eloísa Ponce de León de Ezpeleta.

Y perdura ese recuerdo porque tomaron parte en la feérica kermesse conocidas jovencitas, hoy jóvenes señoras en todo el esplendor de su belleza, y que no han olvidado las impresiones de aquel entonces...

La sala del teatro de la Opera, convertida en un recinto del más puro estilo Luis XV, sirvió de marco para la fiesta... Kioscos artísticos se utilizaban para la venta de flores, bombones, objetos, y una alegría general reinaba allí, donde cada figura, que parecía del más fino «saxe», recordaba la época del «Roi Soleil». Había grandes damas tocadas con pelucas blancas y sombreros emplumados, y cuyas alhajas resplandecían a la luz de mil focos... Y las había más sencillas, sólo confiadas en su belleza para triunfar... Y también había deliciosas «soubrettes», vendedoras de flores menos frescas que la sonrisa de sus veinte años...

Era aquel un momento de esplendor en nuestro Buenos Aires... No existían en ese entonces los «nuevos ricos», pero muchos de los nuevos pobres de hoy, hidalgos de verdadera alcurnia, pagaron sus compras con monedas de oro para recibir en cambio una dulce mirada de agradecimiento, en el propio nombre y en el de tantos pequeños desvalidos a quienes había de servir de alivio el generoso tributo...

Algunas de aquellas jovencitas que se hicieron admirar por su hermosura no existen ya... Pero dejaron en nuestra sociedad entera el recuerdo de

SRA. LAURA HOLMBERG DE BRACHT.

SRA. MATILDE GONZÁLEZ GUERRICO DE DEMARÍA.

SRA. SILVIA GARCÍA VICTORICA DE CASARES.

SRA. LUCRECIA BUNGE GUERRICO DE OLIVEIRA CÉZAR.

su belleza y de su encanto, y también son sus siluetas las que evocamos, al ver estas fotografías, en las que no figuran por cierto todas las que supieron transportar a los que las contemplaron a esa épcca lejana en que había tal vez más «feminismo» que ahora, pues sólo triunfaban las mujeres... Fiestas como aquélla debían reproducirse, por decirlo así, y que volvieran al marco de antaño todas aquellas que fueron princesas de la sociedad porteña y que hoy, siendo «reinas madres», llevarían doble contingente de belleza y atractivo para los que las admiraron entonces en su radiante juventud.

Roxana

SRA. MERCEDES ELIZALDE DE BLAQUIER.

SRA. CARMEN BOWERS DE LLAVALLOL.

SRA. MARÍA ROSA LEZICA DE PIROVANO.

DE TIERRA ADENTRO

Todavía no se ha intentado el levantamiento de un Censo Nacional de los bienes muebles e inmuebles artísticos. Las riquezas agrícolas, industriales y ganaderas andan consignadas en cuadros numéricos que las catalogan de diferentes modos. Cualquier hombre curioso puede darse aproximada cuenta de lo que significa la República Argentina en el mundo del trabajo. Una comisión nacional del Censo estudia continuamente la manera de realizar cada diez años estos balances; pero en los tomos donde la estadística formula sus sentencias nadie concede lugar a las cosas que nos legara la tradición. Unicamente algunos fotograbados de monumentos históricos vienen a intercalarse entre las páginas atiborradas de cifras.

El caudal artístico que algunos siglos de vida han dejado como huellas preciosas no es comparable en magnitud ni en mérito a los caudales que atesoran las naciones históricamente viejas. Pero para nosotros las ruinas romanas, griegas, bizantinas, góticas, etc. de otros continentes no reunen el valor que concedemos a los vestigios de nuestro pasado. Cada uno se contenta con lo que posee y lo juzga superior a lo que los demás tienen.

¿Será pedir gollerías el hecho de dirigirse a quien corresponda demandando la inclusión de unas páginas consagradas

VISTA EXTERIOR DE «LA OBRA».

UN CAMPANARIO ORIGINAL.

VESTIGIOS DEL PASADO

a los bienes histórico-artísticos del país? Hasta ahora solamente las colecciones de arqueología antecolombiana están catalogadas en los museos respectivos. El Museo Nacional y el de Córdoba también poseen sus catálogos; pero independientemente, sin formar un conjunto y sin que figuren en libros asequibles a los aficionados.

Tal vez, y esto no resulta difícil, se crea que bienes artísticos nacionales no tienen el mérito necesario para alcanzar los honores de la estadística.

Yo creo lo contrario. Si se levantase el Primer Censo Arqueológico, las cifras y el valor de las cosas censadas arrojarían datos sorprendentes.

Natural que este censo no se conformaría con puras cifras. Necesítase algo que sea un álbum donde se hallen monografías sobre los objetos. Pero si los agentes organizados que la comisión emplea nos dijeran todos los sitios en que se encuentran los monumentos históricos, no faltarían aficionados capaces de ilustrar cada una de las joyas valiosas así denunciadas. Tenemos un Touring Club, una Sociedad Fotográfica y otras entidades que sabrían completar dichos estudios estadísticos.

Así propuesta, la idea parece dificultosa; mas todo es viable cuando se quiere poner en ello tesón y labor. Por lo menos a los que amamos ardientemente los vestigios de nuestro pasado, porque

LA VENERABLE Y POBRE IGLESIA DE YACANTO.

esas cosas nuestras tienen para nosotros palpitante vida, se nos figura hacedera la empresa. En cuanto a la magnitud y a la valía de los bienes arqueolólógicos argentinos, la práctica responde afirmativamente. Acompañado de un fotógrafo meritorio, que no halla obstáculos en ningún sitio, he visitado varias provincias. Siempre tuvimos ocasión de encontrar monumentos, cuadros, etc., que valían la pena de ser fotografiados.

De esa colección de fotografías hay siempre a mano ejemplares preciosos. Véase si no ese cuadro que un artista devoto y anónimo pintó sobre pergamino de oveja y que un repujador desconocido encerró en ese lindo marco de plata.

No es un Murillo; pero poseen una gracia candorosa que habla al corazón esa Virgen, ese Niño y esos ángeles entremezclados en la obra de quebrantar la cabeza de la serpiente bíblica. El cuadro, ahora en poder de doña Clara de Correa, tiene un alto valor emotivo y artístico. La iglesia de

CUADRO CON PRIMOROSO MARCO REPUJADO.

Yacanto, la desvalida iglesia cuyo campanario no puede sostener sonoros y trepidantes pesos, es otro precioso vestigio.

En un artículo anterior hablaba de «La Obra», edificio construído con adobes crudos. Un salón espacioso, seis piezas grandes y un oratorio muy típico forman «La Obra», así llamada antonomásticamente en Yacanto, pues es el mayor edificio de la localidad.

Fué fundada por el caballero español don Juan Esteban Arias de Cabrera, y hoy pertenece a doña Florinda López.

De su historia, vergüenza me da confesarlo, no sé más. A destruir tales ignorancias cooperaría la obra que propongo: el Censo de Bienes Arqueológicos, base para futuros estudios de historia. Quizás se diga que todo esto es una chifladura o manía de un viejo aficionado a trastos viejos. Digan lo que quieran las lenguas burlonas, resulta indudable que este asunto de la tradición artística merecería ser tratado con respeto y cariño.

P E D R O L E M A I R E

CVANDO ME PROPVSE DESCVBRIR EL ORINOCO

A la edad de doce años yo he pretendido explorar el río Orinoco...

Yo he nacido entre pescadores y he pasado la infancia y la adolescencia junto a ellos. Conozco la rudeza de sus costumbres, la tosquedad de sus ademanes, su vivir bestial y vicioso; pero sé también cuánta nobleza y franca cordialidad hay en esas vidas valerosas. Parece que ahora mismo, mientras con los ojos cerrados procuro olvidar lo que me rodea, desciendo por la calle que chorrea humedad y penetro en el Portal del muelle. Con la boina calada hasta las orejas, el viento me hacía adquirir la figura de un ariete que avanza y penetra en la hostilidad resistente del huracán imponderable.

Era el Portal una especie de cobertizo, antigua puerta abierta en la muralla y único resto de la ya derruida fortificación de la ciudad. Allí, al resguardo de la lluvia, aunque no completamente del viento, chapoteando en la humedad viscosa, estaban los pescadores en días de temporal. Las manos en los bolsillos del pantalón, el aire pesado del que huelga por fuerza, los lobos de mar aguardaban estoicamente a que la tempestad quisiera amortiguarse. Merodeadores platónicos en las escolleras y los diques del pequeño puerto, nosotros éramos también huelguistas forzosos que compartíamos la inactividad de los pescadores. Metíamos como ellos las manos en los bolsillos y nos figurábamos ser grumetes de un bergantín al que la tormenta impedía zarpar. Liábamos un flaco cigarrillo y lo colgábamos en la comisura izquierda de la boca. El ventarrón sacudía las grandes puertas de nuestro refugio. A veces, envuelto en una súbita ráfaga, venía del muelle algún hombre con su traje encerado y sus grandes botas, todo chorreando agua. Sí; conservo una verdadera simpatía por esos hombres valerosos e hirsutos que no temen al día de mañana: que se levantan cada amanecer bajo la incertidumbre de un enigma; que viven como soldados, como jugadores de azar. El labriego no concilia el sueño si no ve que en el arca hay pan y en el escondite unas monedas; es prudente y avaro, ahorra y almacena, precave y calcula; la tierra le hace miedoso y astuto. La tierra que da lentamente, en un transcurso de estaciones y laboreos premeditados. En cambio el pescador piensa poco en el mañana, porque su vida y su trabajo penden de los hilos inexpresables de lo fortuito. Se acuesta sin pan y endeudado, con la serenidad de un guerrero en campaña. Al alba sonarán las trompetas, entrarán los soldados en combate, se lanzarán al saqueo y podrán abundar en oro; así también el pescador piensa que una buena racha de suerte le hará volver mañana mismo con la lancha llena de pescado hasta los toletes. Cuando el temporal se prolonga, se limita a cruzarse de brazos o hunde las manos en los bolsillos. ¡Para qué hacer grandes gestos!

Antiguamente, cuando el mar tenía sorpresas y abundaban las sirenas y los dragones, los piratas y los archipiélagos maravillosos, ¡qué grato sería navegar, salir en una carabela, sin saber qué cosas podrían aparecer ante la proa del navío, tanto un monstruo devorador como una isla cargada de olorosos frutos nunca probados por nadie! Entonces valía la pena ser marino. Nosotros, los chicos, deseábamos ser de aquella especie aventurera de marineros. Pilotos de mirada ardiente y sotabarba corrida, como en las novelas.

Sin embargo, a mí me hubiera gustado poseer una barca para vagabundear por las ensenadas y los cabos de la costa. Hoy mismo me producen una emoción fresca y una envidia pueril esas lanchas que salen en silencio del dique, con sólo dos remeros, y huyen hacia el mar. Los dos hombres sentados reman sin prisa pero con firmeza. Se dirigen al pie de los acantilados y buscan precisamente junto a las rocas su pesca pintada, bonita, mucho más coloreada y bonita que la de mar adentro. Allí, en aquellas calas profundas, el agua, muy cargada de olor, es tan serena y trasparente en las dulces mañanas estivales, que los ojos pueden admirar entre las rocas del fondo las rojas estrellas, los erizos, las algas indolentes, y acaso también los siniestros pulpos de ojos saltones que se deslizan con sus tentáculos flotantes desmadejados. Allí echan el ancla las barquitas vagabundas, y los hombres, como jugando, sacan del agua esos pececillos de las rocas que son verdaderos prodigios de color: dorados, rojos, azules, verdes, negros.

Pero aun había otros bohemios de la pesca, los auténticos vagabundos del mar. Hacia el final del verano anclaban en la bahía, frente a la dársena, algunos bateles tripulados por un hombre y un chico. Venían a lo largo de la costa vasca pescando una especie de calamar grande y grosero que sirve de cebo y es, por lo visto, muy apreciado por los pescadores. Usaban barba cerrada y tenían cierto aire exótico, mucho más rudo e imponente que los otros hombres de mar; eran misántropos y cerdudos como piratas. ¡Nadie, sin embargo, más pacífico que ellos! Yo los veía a la tarde anclar frente a la dársena. El grumetillo había vuelto ya de tierra llevando un redondo pan de seis libras bajo el brazo. Con una vela, sostenida hábilmente por un pequeño mástil, el hombre barbudo de aire huraño, formaba una tienda de campaña, y allí dentro dormían los dos tripulantes mecidos por el manso oleaje. Pero antes habían encendido a popa un hornillo, donde condimentaban su cena.

¡Imagen de felicidad! ¡Cómo los envidiaba yo, de bruces sobre el pretil de la escollera! Una columna azul subía lenta del fogón. La sopa caliente, la rebanada de pan, el largo trago de vino; y luego dormir sintiendo que la luna en la alta noche se infiltraba por todo el camarote de lona y lo hacía resplandecer fantásticamente...

Entonces soñaba yo con poder poseer una barca así, manejable, individual, apta para vivir en ella la vida del vagabundo y del explorador. Pensaba muy en serio que en una lancha semejante se podía ir muy lejos. Aquel hombre de las barbas y su grumete ofrecían una prueba. Yo quisiera una barca así, un poco más grande tal vez, y en lugar de la lona provisional pondríale un camarote permanente y verdadero. Metiendo provisiones en conserva y algunos utensilios robinsonianos (hacha, escopeta, cacerolas, hornillo, anzuelos), por las vías del libre mar ¡a qué brillantes riberas podía arribarse! Desde luego, la imaginación prefería el trópico. Sería divino, por ejemplo, remontar la corriente del Orinoco y llegar al país donde vuelan los papagayos y hay todavía tribus de indios...

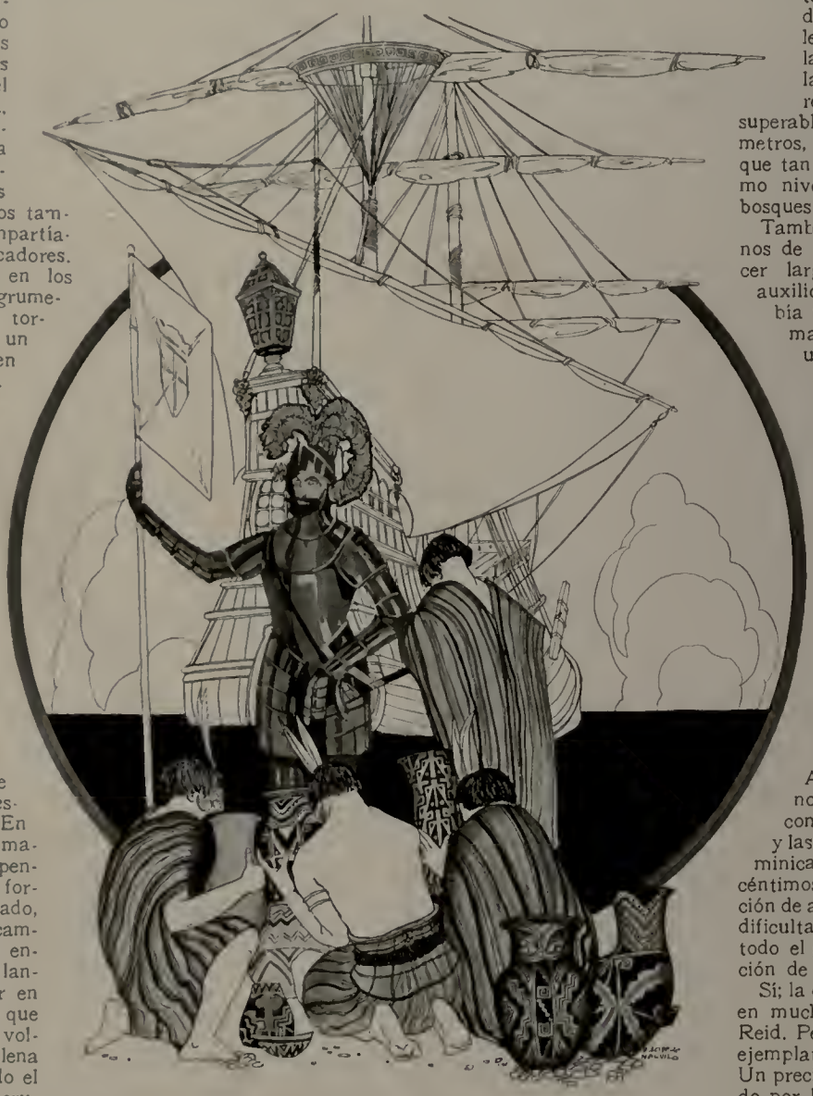
Por aquel tiempo hallé en un rincón de mi casa un paraguas roto. Desencajé de su sitio las varillas de acero, y uniendo con cordeles tres de estas, conseguí fabricar un admirable arco, que se tendía y que disparaba flechas con la mejor precisión. Dos o tres varillas del paraguas roto, convenientemente guarnecidas con unas plumas de gallo, me servían de flechas. Calentándolas al fuego y aplastándoles la extremidad con un martillo, doté a las flechas de una punta afilada y realmente temible. Hacía blancos insuperables a una distancia de ocho o diez metros, y estaba orgulloso de aquella arma que tan paradójicamente me ponía al mismo nivel de guerra que un indio de los bosques brasileños.

También me dedicaba a dibujar los planos de una barca que fuese capaz de hacer largas travesías y no precisase los auxilios de varios marineros. Yo concebía un tipo de embarcación individual, manejable por un solo hombre (o por un muchacho valeroso como en mi fantasía figurábame yo a mí mismo), y que contara de paso con algunas de las propiedades de seguridad que suelen poseer las lanchas insumergibles destinadas al salvamento de náufragos en las costas. Mi pequeño y seguro navío estaría armado con un mástil y una única vela. Tendría dos remos. En cuanto a la estiba de las provisiones, recuerdo que el asunto me preocupaba bastante, porque no era fácil meter en tan breve sitio el combustible, el agua, el aceite, la harina y los demás mantenimientos que una persona consume durante tres o cuatro meses.

¿Cómo haría yo para atravesar el Atlántico sin las más rudimentarias nociones de náutica? ¿Y en dónde encontraría el dinero para costear la barca y las provisiones, puesto que mi renta dominical no pasaba entonces de cincuenta céntimos de peseta?... Pero una imaginación de adolescente no se para en tan penosas dificultades. Además, se trataba de soñar con todo el gallardo ímpetu de una buena vocación de aventurero.

Sí; la culpa de aquellos sueños corresponde en mucha parte a Julio Verne y a Mayne Reid. Pero tal vez tuvo la culpa mayor un ejemplar de *La Araucana* que había en casa. Un precioso ejemplar a dos columnas, editado por Roig, y que contenía unos encantadores dibujos profusamente intercalados en el texto. Aquellos dibujos me obsesionaban hasta la locura, por cuanto reproducían tipos de indios araucanos, paisajes de selva, asaltos, batallas y, sobre todo, hombres barbudos, vestidos y armados al estilo del siglo XVI, el siglo que siempre, por una íntima e inexplicable predisposición natural, he preferido a todas las otras épocas históricas.

Un vago sueño de lo remoto y lo inactual entretenía a mi pobre alma en aquel tedio provinciano; una luminosa aspiración hacia los resplandores cálidos del trópico venía como providencial y piadosamente a consolar al tímido muchacho que mal soportaba los sabañones y las pertinaces lluvias de los largos inviernos... Huir lejos; marchar con rumbo al mediodía; reproducir en países maravillosos las aventuras de los libros, más las otras aventuras de los sueños propios; ser en algún sitio como Robinsón, o como Ercilla, o como Núñez de Balboa, llevando espada al cinto y morrión de acero, o explorar en la nave que yo mismo mandaría construir toda la extensión frondosa y florida del río Orinoco: ¡dichosos sueños que sostenéis de pie y levantáis de sobre el barro a las almas de los adolescentes, dándoles desde el principio, como en una gimnasia preparatoria, la propensión al vuelo!



JOSE MARIA SALAVERRIA

ILUSTRACIÓN DE LÓPEZ NAGUIL.

Las ROSAS DEL MAR

POR VALENTIN DE PEDRO

ILUSTRACION DE PELAEZ

PRESENTIMIENTO

Brisa cargada de humedad salobre...
Olor de mar,
que entre los olivares llega, sobre
el campo adormecido en la noche lunar.

Penetra nuestra carne su fragancia
y los pulmones se hinchan con voluptuosidad;
presentimos el mar a la distancia
con una sensación de inmensidad.

Infinito rosal,
de hojas inquietas y deslumbradoras;
con tu eterno verdor primaveral,
tus rosas de crepúsculos y auroras.

Al percibir tan sólo a la distancia
tu negrura sin fin, donde destella
la triste luz lunar,
sueño en tu inmensidad trágica y bella
y aspiro tu fragancia,
tus rosas de ilusión. ¡Oh, verde mar!

MAR Y AMOR

¡Cielo y mar! ¡Cielo y mar! Azul divino
que el infinito abarca;
polvo de luz y ensueños,
camino incierto, azul camino,
por donde va el espíritu en su barca
abarrotada de ilusión y sueños.

Mirando el quieto mar, inmensamente,
y sumergido en esta claridad,
se aquieta la tormenta de mi mente
y entono un canto de serenidad.

El alma se adormece con dulce beatitud;
ya nada la tortura, porque ya nada ansía,
que le ha dado el amor su gloriosa virtud
de radiante optimismo y clara poesía.

Con las rosas del mar, tejeré una guirnalda
para este amor, henchido de luz e inmensidad,
y cual una doncella las flores en su falda,
este amor guardará rosas de eternidad.

Flores
OLEO DE
DE LA
E JANTIN LATOUR

COLECCION
FRANCISCO
DEL DR
LLOBET

El Drama de la Helada

Por Monteiro Lobato

Junio. Mañana de neblina. Vegetación aterida. En todas las hojas el adorno de diamantes con que las adereza el rocío.

Pasan colonos que se dirigen a las sementeras, transidos de frío, echando humaraza por la boca.

Frío. Frío de helada, de esos que matan pajaritos y nos pone sorbete dentro de los huesos.

Habíamos salido temprano para ver los cafetales, y allí nos detuvimos, en la loma de la cuchilla, en el punto más alto de la facenda. El mayor, doblando la pierna sobre la cabezada de la montura, volvió el cuerpo hacia el mar de cafetos, extendido delante de nuestros ojos, y dijo, con un amplio gesto:

¡Todo esto es obra mía! ¡Vea!

Vi. Vi, y comprendí su orgullo, sintiéndome a mi vez orgulloso de tal compatriota. Aquel domador de sertones era una fuerza creadora, de esas que ennoblecen a la especie humana.

— Cuando adquirí esta gleba, era todo selva virgen, de punta a punta. Limpié, corté, quemé, abrí caminos, drené valles, estiré alambrados, sembré café: hice todo. Trabajé como un negro cautivo durante cuatro años seguidos. Pero vencí. La facenda está formada. ¡Vea!

Vi. Vi el mar de cafetos ondulando por los senos de la tierra, disciplinado, en hileras de absoluta regularidad. ¡Ni una falla! Era un ejército en pie de guerra, pero bisoño aún. Sólo el año venidero entraría en acción. Hasta allí, los primeros frutos no pasaban de escaramuzas de cosecha. Y el mayor, jefe supremo de aquel ejército verde, creado por él, disciplinado, preparado para la batalla decisiva de la primera zafra grande, la que liberta al facendero de los gravámenes de formación, tenía una mirada, orgullosa, de padre delante de hijos que no mienten la estirpe.

El facendero paulista es una cosa seria en el mundo. Su energía crea. Cada facenda es una victoria sobre la fiereza retráctil de los elementos brutos, coaligados en la defensa de la virginidad agredida. Su esfuerzo de gigante paciente nunca fué cantado por los poetas, y mucha epopeya anda por ahí que no vale la de estos héroes del trabajo silencioso. Extraer una facenda de la nada, es proeza formidable. Alterar el orden de la naturaleza, vencerla, imponerle una voluntad, canalizarle las fuerzas de acuerdo con un plan preestablecido, dominar la eterna reacción de la maleza dañina, disciplinar los hombres de la lucha, quebrar la fuerza de las plagas... batalla sin treguas, sin fin, sin momento de reposo, y, lo que es peor, sin la seguridad plena de la victoria. Recógela, no pocas veces, el acreedor, un copartícipe que adelantó unos patacones carísimos y se quedó, a salvo, en la ciudad, con las manos cruzadas sobre la barriga, de cuclillas sobre un título de hipoteca, atisbando el momento oportuno para caer sobre la presa como un gavilán.

— ¡Realmente, mayor, esto es como para ensanchar el pecho! Es, delante de espectáculos como éste donde veo la mezquindad de los que allá afuera, cómodamente, parasitan del trabajo del agricultor.

— Dice usted bien. Hice todo, pero el lucro mayor no es mío. Tengo un socio voraz que me chupa, él solo, una cuarta parte de la producción: el gobierno. Sángranla, después, los ferrocarriles; pero de éstos no me quejo, porque dan algo en cambio. Ya no hablo de los tiburones del comercio, de ese bando de intermediarios que comienza allá, en Santos, en el zángano, y va, en una cadena, hasta el torrador americano. ¡Pero no importa! El café da para todos, hasta para la bestia del productor... — concluyó bromeando.

Pusimos los animales al paso, con los ojos siempre presos en el cafetal interminable. Sin un defecto de formación, las paralelas de verdura ondeaban, siguiendo el relieve del suelo, hasta confundirse, allá lejos, en una masa uniforme. Verdadera obra de arte en que el hombre, sobreponiéndose a la naturaleza, le imponía el ritmo de la simetría.

— Sin embargo — continuó el mayor, — la batalla no está ganada todavía. He contraído deudas; la facenda está hipotecada a judíos franceses. Como no vengan las cosechas que espero, seré un vencido más por la fatalidad de las cosas. La naturaleza, después de subyugada, es madre: pero el acreedor es siempre verdugo...

A espacios, perdidas en la onda verde, *peroberas* sobrevivientes erguían sus troncos retorcidos, como galvanizados por el fuego en una convulsión de dolor. ¡Pobres árboles! ¡Qué destino triste el verse, un día, atrancados a la vida en común y aislados en la verdura rastrera del café, como reinas esclavas a la cola de un carro de triunfo! Huérfanos de la selva nativa ¡cómo no han de llorar el abrigo de otrora! ¡Vedlos! No tienen la elegancia,

la frondosidad de las copas de los que nacen en campo abierto. Su ramaje, hecho para la vida opresa de la selva, parece ahora grotesco; su altura desmesurada, en desproporción con su fronda, provoca la risa. Son mujeres desnudadas en público, rígidas de vergüenza, sin atinar qué parte del cuerpo han de ocultar. El exceso de aire los aturde, el exceso de luz los martiriza: afectos, como estaban, al espacio exiguo y a la penumbra soñolienta de un *habitat* milenario.

Facenderos desalmados: no dejéis nunca árboles desnudos por el cafetal... Cortadlos del todo, que nada es más punzante que el forzar a un árbol a ser grotesco.

— Aquella *perobera* que está allí — dijo el mayor — la dejé para señalar el punto de partida de este tablón. Se llama la peroba de Ludgero, un bahiano valiente que murió junto a ella aplastado por un coquero...

Tuve la visión del libro abierto que serían para el facendero aquellos parajes, y dije:

— ¡Con todo, aquí debe fallarle la memoria!

— Es asimismo. Todo habla a mi memoria. Cada tronco de árbol, cada pedregullo, cada recodo del camino tiene una historia que la sé, trágica a veces, como la de esa peroba; a veces cómica, pintoresca siempre. Allí... ¿Ve aquel tronco de *jerivá?* Fué una tormenta de febrero. Me había guarecido en un rancho cubierto de totora, y allá, en silencio, esperábamos, yo y la cuadrilla, que terminase el diluvio, cuando estalló un rayo encima, casi, de nuestras cabezas.

— ¡Fin del mundo, patrón! — recuerdo que me dijo, con una mueca de terror, el finado Pepe Coivara. — ¡Parecía!... Pero fué tan sólo el fin de un viejo coquero del cual queda hoy, *sic transit*..., ese pobre tronco... Pasada la lluvia, le encontramos deshecho en astillas.

Más adelante la tierra se abría en zanjones, colorada, desmoronada, en coleos, hasta morir en el arroyuelo. El mayor señalándola, dijo:

— Escenario del primer crimen cometido en la facenda. Pollera, ya se sabe. En las ciudades y en las sierras, pollera y trago son el móvil de todos los crímenes. Se cosieron a puñaladas, aquí, dos cearenses. Uno acabó en el lugar; el otro cumple su pena en la cárcel. Y la pollera, muy contenta de la vida, vive con un *tertius*... La historia de siempre.

Y así, de evocación en evocación, a las sugestiones que andando iban surgiendo, llegamos a la casa habitación donde nos esperaba el almuerzo.

Almorzamos, y no sé si por la buena disposición creada por el paseo matinal o por el mérito excepcional de la cocinera, el almuerzo de aquel día quedóme grabado para siempre en la memoria. No soy poeta, pero si Apolo algún día me diera en la cabeza el destello del padre Vieira, juro que antes de cantar Lauras y Natercias, he de hacer una belleza de oda a aquel almuerzo sin igual, única saudade gustativa con que bajaré a la tumba.

En seguida, mientras el mayor atendía a su correspondencia, salí al patio a distraerme, y allí me puse a conversar con el administrador. Supe por él lo de la hipoteca que gravaba la facenda y la posibilidad de otro, no el autor, de venir a recoger el fruto del penoso trabajo.

— Pero eso — aclaró el hombre — sólo en el caso de mucha desventura: granizo o helada, de esas que ya no vienen.

— Que ya no vienen, ¿por qué?

— Porque la última helada grande fué en 95. De ahí para acá las cosas se enderezaron. El mundo con la edad, cambia, como cambia uno. Las heladas, por ejemplo, se van acabando. Antiguamente nadie plantaba café donde plantamos hoy. Era sólo de mitad del morro para arriba. Ahora, no. ¿Vió aquel cafetal del medio? Tierra bien baja; sin embargo, si bate la helada allí, es siempre una cosita de nada: un tostado de nada. De modo que el patrón, con una o dos cosechas, paga la deuda y queda siendo el facendero más «prepotente» del municipio.

— Así sea, que bien se lo merece.

Lo dejé. Dí algunas vueltas, fuí a la quinta, estuve en la porqueriza viendo jugar los lechones, y después subí. Estaba un negro dando a las venecianas de la casa la última mano de pintura. ¿Por qué las pintarán siempre de verde? Le interpelé. Pero el negro no se embarazó. Respondió sonriendo:

— Pues veneciana es verde como el cielo es azul. Es de la naturaleza de ella...

Acepté la teoría y entré.

En la mesa la conversación giró alrededor de la helada.

— Este es el mes peligroso — dijo el mayor. — El mes de aflicción. Por mayor entereza que tenga un hombre, tiembla en esta época. La helada es una eterna pesadilla. Felizmente, no es ya lo que era antes. Ya nos permite aprovechar mucha tierra baja en donde los antiguos, ni por sombra, plantaban un solo pie de cafeto. Pero a pesar de eso, uno que ha facilitado lo que yo, está siempre con la pulga detrás de la oreja. ¿Vendrá? ¿No vendrá? ¡Dios es quien lo sabe!...

Su mirada se hundió por la ventana, en un sondaje profundo al cielo límpido.

— Hoy, por ejemplo, está con aspecto. Este frío fino, este aire parado...

Permaneció pensativo unos instantes. Después, espantando las nubes, murmuró:

— No vale la pena pensar en ello. Lo que tiene que ser allá está escrito en el libro del destino.

— ¡Líbrete de los aires!... — objeté.

— Cristo no entendía de agricultura — replicó, sonriendo.

Y la helada vino. No heladita mansa, como la de todos los años, sino calamitosa, helada cíclica, traída en ondas de la Argentina.

El sol de la tarde, mortecino, diera una luz sin luminosidad, y rayos sin calor alguno. Sol boreal, tiritante. Y la noche cayó rápida, sin preámbulos. Me acosté temprano, castañeteando los dientes y, en la cama, apesar de envuelto en dos cobertores, permanecí aterido durante una buena hora antes que viniese a aguijonearme el sueño.

Me despertó la campana de la facenda a la madrugada y, sintiéndome entumecido, con los pies doloridos, me levanté para un ejercicio violento, único remedio eficaz en casos semejantes. Salí al patio. El relente estaba que cortaba las carnes. ¡Pero qué maravilloso espectáculo!

Blancuras por todas partes. Suelo, árboles, céspedes y pastizales, eran, de punta a punta, una sola sábana blanca Los árboles inmóviles, rígidos de frío, parecían salir de un baño de cal. Destellos de hielo por el suelo. Aguas cristalizadas. Las ropas de los tendederos tiesas, como endurecidas en almidón. Las pajas de los patios, las mazorcas de maíz, al pie de los comederos, la teja de los muros, el tope de las tapias, la vara de los cercos, el reborde de las tablas, todo polvoreado de blancuras, lactecente, como llovido por una bolsa de harina. ¡Maravilloso cuadro! Invariable como es nuestro paisaje, siempre en los mismos tonos el año entero, encantaba sobremanera verlo de súbito cambiar, y vestirse de un esplendoroso velo de novia, ¡ay!, ¡de novia de muerte!...

Durante algún tiempo caminé al azar, arrastrado por el esplendor de la escena. El maravilloso cuadro de sueño en breve moriría borrado de la tela por la esponja de oro del sol. Ya por los picos y chateces de piedra andaban los rayos en la tarea de restaurar la verdura. Abrían manchas verdes en la blancura de la helada, dilatábanlas, entremostrando nesgas del verde sumergido.

Sólo en los bajíos, faldas sombrías o sitios sombreados por lo árboles, la blancura persistía aún, contrastando su nítida frialdad con los tonos calientes resurrectos. Vencía la vida conducida por el sol.

Pero la intervención del fogoso Febo, apresurada de más, transformó en desastre horrendo la nevada de aquel año, la mayor de cuantas dejaron señales en las sementeras de San Pablo. La resurrección del verde fué aparente. Estaba muerta la vegetación.

Días después, por todas partes, la vestidura del suelo era un burdo trapo inmenso, donde la sepia exhibía la gama entera de sus tonos resecos. Punteábalo apenas, aquí y allá, el verde-sucio de los eucaliptus, el invencible verde-negro de los naranjos y el esmeraldino del malvavisco...

Cuando regresé, el sol estaba alto ya, y la casa transida del terror de las grandes catástrofes. Sólo entonces advertí que el bello espectáculo que yo, hasta ahí, sólo encarara en su prisma estético, tenía un reverso trágico: la ruina del heroico facendero.

Y le busqué ansioso. Había desaparecido. Pasó la noche en claro — díjome su mujer — y de mañana, apenas clareara, fué a la ventana y allí permaneció inmóvil, observando el cielo al través de los vidrios. Después, salió, sin pedir, siquiera el café, como era su costumbre. Iría a examinar el sembrado, probablemente.

Debía ser eso. Pero como tardase en volver — ¡las once, y nada! — la familia entró en aprensiones. Medio día. La una, las dos, las tres, ¡y nada! El administrador, que por orden de la esposa había salido a buscarlo, volvió tarde; pero sin noticias,

— Batí todo, y ni el menor rastro. Temo alguna cosa. Voy a distribuir la gente por ahí en su busca.

Doña Ana afligida, con los dedos de las manos entrelazados, sólo decía una cosa:

— ¡Qué va a ser de nosotros, Dios santo! ¡Quincas es capaz de una locura!...

Púseme en campaña yo también, en unión del capataz. Corrimos todos los caminos, hurgamos grutas en todas direcciones: inútilmente. Cayó la tarde. Cayó la noche: la noche más lúgubre de mi vida; noche de desgracia y de aflicción. No dormí. Imposible conciliar el sueño en aquel ambiente de dolor, sacudido de llanto y de sollozos.

A una cierta hora los perros ladraron en el patio, pero callaron en seguida. Rompió la mañana, glacial como la de la víspera. Todo apareció helado nuevamente. Vino el sol. Repitióse la mutación de escena. Desvanecióse la albura y el verde torrado de la vegetación envolvió el paisaje en un sudario de desaliento. En la casa repitióse el corre que te corre del día anterior; el mismo vaivén, los mismos «¿quién sabe?», las mismas pesquisas inútiles.

A la tarde, sin embargo — a eso de las tres — apareció despavorido uno de los peones gritando de lejos, en el patio:

— ¡Lo hallé! ¡Está junto al zanjón!...

— ¿Vivo? — preguntó el capataz.

— Vivo, sí; pero...

Doña Ana apareció en la puerta de la casa, y al oir la buena nueva exclamó, llorando y sonriendo:

— ¡Bendito seas, Dios mío!...

Minutos después partíamos todos con rumbo al zanjón, y a cien pasos de él divisamos un bulto a vueltas con los cafetos requemados. Nos aproximamos. Era el mayor.

¡Pero, en qué estado! Las ropas hechas jirones, los cabellos sucios de tierra, los ojos vítreos, desvariados. Tenía en las manos una lata de pintura y un pincel. No advirtió nuestra presencia. No interrumpió su tarea. Continuó... continuó pintando, una por una, de risueño verde esmeraldino de las venecianas, las hojas requemadas del cafetal muerto...

Doña Ana, aterrada, se detuvo atónita. Después, comprendiendo la tragedia, rompió en un llanto convulsivo:

— ¡Loco!... ¡Loco, Dios mío!

ILUSTRACIONES DE DELUCCHI.

VISTA GENERAL DEL MONASTERIO.

En el camino de Montserrat

AL doblar un recodo de la carretera mi amigo y yo hemos coincidido en idéntico ademán. El mecánico ha sentido al mismo tiempo la instigación de parada que nuestras manos y nuestras voces le dirigían, y el automóvil, un poco rezongando como bestia animosa que se ve frustrada en su carrera, se ha detenido bruscamente.

La sierra de Montserrat aparece ante nosotros en toda su magnífica belleza, limpia de brumas bajo un cielo profundo y azul. El alma queda suspensa. Los ojos se abren fijos a la imprevista aparición de la gran montaña, que teatralmente y majestuosamente se muestra a la contemplación como si en realidad tuviese conciencia de su hermosura y sintiese halago de ser admirada.

—Mire allá arriba, aquellos peñones, — murmura mi compañero de viaje.

En efecto, unas ingentes peñas de formas fantásticas se recortan sobre el paño azul del cielo, y a poco que se escape a volar la imaginación llegan a aparentar aquellas erguidas rocas verdaderos personajes vivos, que tan pronto pueden parecer encapuchados monjes colocados en fila y en actitud de rezo, como pelotón de gigantes soldados que montan la guardia contra no se sabe qué quimérico y fuerte enemigo.

Algo más tarde, cuando el automóvil había recobrado el ímpetu de su carrera, el mecánico ha debido apresurar la maniobra, y otra vez, también bruscamente, nos hemos detenido. ¿Qué es eso?...

La carretera está poblada en un largo trecho por una multitud abigarrada que avanza lentamente. Son los peregrinos. Es una procesión grave y al mismo tiempo pintoresca en la que se confunden los devotos de la ciudad y los sencillos labradores del país, mientras algunos sacerdotes y frailes, rodeados de mujeres con escapularios, van entonando himnos y preces.

—¿No estamos asistiendo a una escena del mil seiscientos? — me dice mi amigo. — Suprima por un pequeño esfuerzo de ilusión lo que hay de moderno en los trajes de esos peregrinos; ni más ni menos que en una procesión como ésta iban hace cuatro centurias aquellos que habían sufrido las penalidades del cautiverio en Berbería o en las mazmorras turcas, dirigiéndose llenos de fervor al santuario de la Virgen, a prosternarse entre lágrimas de agradecimiento. Siquiera entonces — prosigue mi amigo — la gente sabía a quien atribuir sus desventuras y sus felicidades; si los turcos los cautivaban, la culpa era de sus propios pecados; si los parientes pagaban el rescate y salían libres de su cautiverio, la merced atribuíase a la Virgen de Guadalupe o a la de Mont-

EL CAMARÍN DE LA VIRGEN. — CAMINO DEL ROSARIO MONUMENTAL. — «JESÚS», OBRA DE VALLMITJANA.

serrat. Las almas antiguas veían más claro, más lógico y después de todo más consolador el mundo. Mientras que ahora...

La multitud se ha puesto de rodillas. Un sacerdote, junto a uno de los *calvarios*, inicia con elevada y solemne voz una plegaria, que los peregrinos, inmediatamente después, repiten con un largo y unánime murmullo. El aire en la altura es fino y alegre. Sube de allá abajo, de la campiña donde los trigos maduros amarillean, un vago hálito de plenitud estival. Y en la cresta de la montaña los ingentes peñones siguen simulando un grupo de monjes orantes o gigantescos guerreros que montasen la guardia contra un ejército de demonios enemigos.

JUAN SINTIERRA

LECTURA DE POESÍAS A UN GRUPO DE EXCURSIONISTAS. — UNA SARDANA ANTE LA ERMITA DE SAN MIGUEL.

La voz del silencio

por Eugenio Iglesias

EL BESO

La casa solitaria
arcón de recuerdos.

(— Aquí, bajo esta parra,
sentábase el abuelo.

— Aquel fué el preferido
rincón de los pequeños.

— Desde esta alcoba fuése
la madre hacia el misterio.)

Ella y yo, temerosos,
juntamos nuestros cuerpos...

Unense nuestros labios
en un cándido beso...

¡Quizás hemos sentido
la angustia de ser viejos,
y nos hemos besado
para espantar el miedo
que producen las casas
pobladas de recuerdos!...

SOLEDAD

En la noche obscura
cantó la lechuza...

(Maeterlink: tú mismo
hubieses sufrido.)

Canto que nos hiere
con frío de muerte...

(Maeterlink: yo creo
que te hubieses muerto.)

¡En la noche obscura
me tocaste, Intrusa!

PRESENTIMIENTO

Bajo la luz que aureola
tu cabellera, la aguja
es un rayo entre tus dedos.
(Se oye el llanto de la lluvia.)

¿Qué coses, ¡oh! novia mía?
¿Para el Niño Dios la túnica?
Vibran en mi corazón
los puntos que da tu aguja.

Tan profundo es el silencio...
¿Quién canta al pie de una cuna?
¿O es la voz de alguien que reza
sus salmos ante una tumba?

¿Alguien nace o alguien muere?
¡Oh! novia, detén tu aguja:
¡Estás cosiendo un sudario!
¿No oyes llorar a la lluvia?

ILUSTRACIÓN DE ÁLVAREZ.

Allá · en · el · Sur

La inmensa serenidad de los lagos patagónicos, aquel silencio augusto y salvaje en el cual un trozo de patria se envuelve, ha sido turbado por una ráfaga de arte moderno. De todas las máquinas inventadas en el siglo, solamente las agrícolas e industriales habían vibrado sobre aquel suelo a impulsos de la labor. Sólo faltaba el pequeño artefacto con que los hombres reproducen las figuras y el movimiento. Y el cine, buscando un bravío escenario donde las pasiones humanas se destacasen por contraste, realizó la empresa difícil.

La fotografía animada no retrocede ante ningún obstáculo. Hay en aquella cámara obscura, que parece encerrar una brújula, esa temeridad guía de los atrevidos descubrimientos. Hasta ahora únicamente la instantánea había sido quien nos mostrase a los argentinos las bellezas de los lejanos territorios nacionales. Pero para la gente de la ciudad la naturaleza patagónica parecía posar inmóvil ante el objetivo.

El encanto de esa Bella Durmiente quedó roto. Las olas de los lagos, los árboles del bosque recobran la vida que les alienta. Merced a la magia del hada que preside los destinos cinematográficos podemos admirar la adusta región donde el hombre prepara las urbes industriosas y grandes del porvenir argentino. No resultó muy fácil tal hazaña. Fué anecesrio vencer los numerosos inconvenientes que presenta el clima patagónico y las trabajosas comunicaciones. Pero a veces la farándula del film resulta digna nieta de la antigua farándula teatral. Aunque los procedimientos del cinematógrafo la obligan a desempeñarse por modo diverso, es decir, a peregrinar en busca del escenario, para después recorrer en efigie pelicular los teatros, esta farándula sufre casi las mismas privaciones que antaño soportaban aquellos nunca bien ponderados cómicos de la legua.

Recorrer el bosque, es la frase aplicada en el argot teatral argentino a los cómicos que se internan en provincias llevando allá los beneficios del arte escénico. Estos artistas han batido un record en el deporte farandulero. Durante tres meses acamparon a la orilla de un lago, sufriendo las incomodidades que esta vida de vivac trae consigo.

Mas su entusiasmo lo compensó todo: el frío, la lluvia y cuanto hostiliza al viajero en las tierras desprovistas del confort actual que poseen las ciudades. Por eso comentamos al pie de esta foto la aventura artística realizada por unos actores del film nacional.

Hay en esta aventura un noble espíritu de innovación digno de aplauso. Aunque el producto de su esfuerzo sea discutido por la crítica, queda a beneficio espiritual de los bravos actores la valía de la primicia realizada. Por ellos la región patagónica está abierta al mundo del arte. Otros seguirán el ejemplo que tiene tanto de patriótico como de artístico.

DE UN NEGATIVO KODAK

Conserve una historia gráfica de los niños con una Kodak

KODAK ARGENTINA, Ltd., Corrientes 2558, Buenos Aires

Artefactos de estilo

9252 — 14 luces globo
9253 — 14 » vela
Alto: mts. 1.30
Dtro.: » 1

8669 — 11 luces tulipas
8670 — 11 » vela
Alto: mts. 1.10
Dtro.: » 0.80

9250 — 6 luces globo
9251 — 6 » vela
Alto: mts. 1.10
Dtro.: » 0.68

Los Artefactos Eléctricos de todo hogar de buen tono deben ser artísticamente perfectos, puesto que ellos evidencian la distinción y el buen gusto de sus moradores.

En nuestros Salones de Exposición podrá Vd. admirar el más completo y mágnífico surtido de Arañas. En ellas, se condensa el más acabado estilo moderno tanto en pureza de líneas como en belleza de detalles.

Modernice Vd. su hogar adquiriendo modernos Artefactos. Una visita a nuestros amplísimos salones le facilitará la delicada y difícil tarea de elegir.

Heinlein & Cía
MUEBLES ARAÑAS BAÑOS
Buenos Aires
Avenida de Mayo 1402-1500

MARY Y DOUGLAS

La princesita Mary Pickford y el cadete Fairbanks D'Artagnan forman indudablemente una linda pareja, a la que presta mayor gracia esa niñita que pone todo su encanto entre los artísticos cónyuges. Siguiendo una costumbre que el cine nunca abandona, los esposos no aparecen jamás unidos en la pantalla, especie de divorcio cuyas razones son difíciles de comprender.

Los artistas de teatro tenían y tienen especial tendencia a trabajar en un mismo elenco, y allí suelen poner también a toda la prole y a toda la parentela. Esta costumbre obedecía y obedece a razones de alta economía doméstica.

El film ha roto la tradición separando implacablemente a los esposos, a los padres e hijos, a los hermanos, etc. Tal vez los directores de escena, que ya tendrán que luchar contra los caprichos de las estrellas y luceros peliculares, tengan miedo a los caprichos y exigencias colectivos de una familia o de una pareja matrimonial. Y es lástima, por lo menos en el caso del matrimonio Mary-Douglas. La sonrisa y la agilidad del inquieto y bravo Fairbanks haría buena liga con la ingenuidad y la gracia de esta pequeña gran actriz. Pero la suerte ha dispuesto otra cosa, y ambos tienen que hacer arte separadamente.

Douglas D'Artagnan ha traducido, sin ayuda de su esposa, al norteamericano la novela de Dumas, creando un personaje lleno de agilidad, bravura y simpatía. Los críticos que se imaginaron al valiente gascón siguiendo los preceptos del teatro antiguo, encontrarán que este Artagnan no les satisface. Puede decirse, sin embargo, que aquel «gato montés» pintado por el popular escritor hállase mejor encarnado por Douglas que por otros actores más convencionales.

Gibbs

LONDRES

Preparaciones finas para el tocador

Los "leaders" de la perfumería desde hace 200 años

Las preparaciones GIBBS sintetizan el resultado de 200 años de esfuerzos continuos — dos siglos dedicados a investigaciones profundas, experimentos y estudios, — para que Vd. pueda disfrutar de productos de tocador de excelencia superior, tan perfectos como pueden producirlos la ciencia y la experiencia. De su extensa variedad, son dignos de mención los:

DENTIFRICOS, EN PASTA, POLVO Y LÍQUIDOS.
Aseguran una dentadura limpia y bien pulida, una boca sana y aliento perfumado.

JABONES PARA AFEITAR, EN BARRITA, CREMA Y POLVO.
De espuma abundante y duradera, hacen que el afeitarse resulte tarea cómoda y fácil.

JABONES PARA EL TOCADOR, BAÑO Y CURATIVOS.
Elaborados con ingredientes de absoluta pureza.

COLD CREAMS, BRILLANTINAS, TALCOS, AGUAS DE COLONIA, CEPILLOS PARA DIENTES, ETC., ETC.

EN VENTA:
Farmacia y Droguería Diego Gibson; Casa Coy, Florida, 26; Farmacia «Belgrano», Cabildo esq. Sucre, *y en las buenas casas del ramo.*

UNICOS CONCESIONARIOS:
BARTIS Y CÍA.
Sarmiento, 1748 - Bs. Aires

Unión Telef. 7143, Avenida

Continúa como siempre ofreciendo al Gran Mundo, el calzado más selecto en horma y riqueza de materiales.

UNA VISITA AL LOCAL DE VENTAS ES UN MOMENTO AGRADABLE.

Una caja de fragantes rosas de nuestros invernaderos representa el más distinguido obsequio.

LA·PRIMAVERA

FLORIDA ESQ. CANGALLO
U. T. 2081, AVENIDA.

PLVS VLTRA

PUBLICACION MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151|155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCION
EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	$ 3.— m/n	
Semestre (6 »)	» 6.— »	
Año (12 »)	» 11.— »	
Número suelto	» 1.— »	

EXTERIOR

Año	$ oro 5.—
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la Administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

PERFECTA nitidez, intensa blancura y deslumbrante belleza del cutis se obtienen con los incomparables productos Kaloderma, exentos de substancias nocivas y cuyo uso evita las secreciones cutáneas.

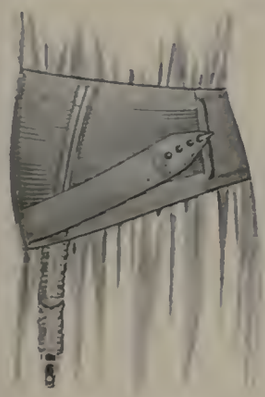
Crane's Linen Lawn

(EL PAPEL PARA LA GENTE DE GUSTO)

Después del placer de dar expresión a nuestros sentimientos, está el de expresarlos del modo adecuado. Las mejores ideas, los más sublimes pensamientos, resultan vanos si se escriben en papel estrafalario, de mala calidad. El papel es el ropaje de la idea.

Escribir en Papel *Crane's Linen Lawn* es emitir las ideas en un ambiente de dignidad, de buen gusto, de distinción. Se fabrica este papel blanco y de bellísimos y delicados matices; y los sobres de diversos y elegantes estilos.

SOLICÍTELO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y PAPELERÍAS.



Modelo «Dr. Glenard».

Fajas sobre medida

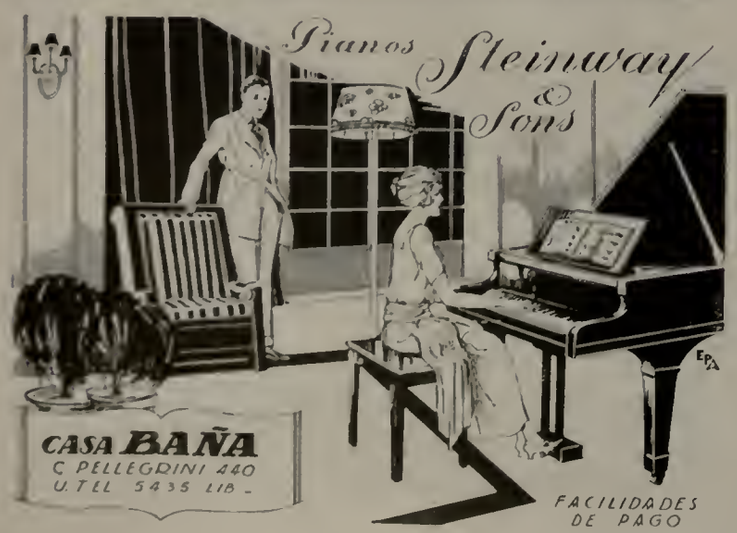
para Señoras y Hombres

Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para embellecer el cuerpo como para cualquier afección del mismo. Se aplican en las fajas placas pneumáticas para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc. con receta médica. Medias y vendas elásticas, bragueros, etc.

PIDAN PRECIOS

Casa PORTA

341, Piedras, 341 Buenos Aires



Mueblería y Tapicería

Amado Roche

Sarmiento, 757

BUENOS AIRES

Visiten sus salones de ventas
SURTIDOS EN MUEBLES FINOS
COMEDORES - DORMITORIOS
:: SALONES - HALLS ::

SURTIDO COMPLETO EN ESTILOS DE GRAN VOGUE

Uno del par de Canastos Floreros Imperial en tallado laca roja. Calidad ultra superior y montado sobre pie de madera contemporáneo enriquecido con entrepaños de marfil verde. Altura total 79 cms. Temprano XVIII siglos. Chino.

By Appointment to H.R.H. The PRINCE of WALES. By Appointment to H.M. KING GEORGE V. By Appointment to H.M. QUEEN ALEXANDRA.

El más hermoso y selecto surtido en Europa de

Jade Oriental
Laca roja antigua de China
Esmaltes cloisonné y porcelana
Obras de marfil japonesas

Retratos y paisajes ingleses del Siglo XVIII

Se agradece toda consulta. Pueden enviarse fotografías de muestra.

Todos los objetos antiguos garantizados con testimonio escrito.

SPINK & SON LTD.

Establecidos en el año 1772.

LONDRES: 5, 6 y 7, King Street, St. James's

Dirección Cablegráfica: JADEITE, PICCY, LONDON

Catálogos ilustrados de Jade, China, Laca y Cloisonné esmaltado, se enviarán gratis a ruego.

"NASYL" es la preparación científica por excelencia para combatir todas las afecciones de las vías respiratorias.

"NASYL" AL MENTOL, CONTRA CATARROS, BRONQUITIS Y GRIPPE.

POMO OLIVA ESTERILIZADO A BASE DE VASELINA BÓRICO-MENTOLADA

Tratamiento racional y enérgico de las enfermedades de la nariz, coriza, catarro naso-faríngeo, preventivo contra el catarro tubo timpánico y la otitis.

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS

Unicos Representantes: A. SAMENGO y CAMPONOVO
JUNCAL, 2002 - Buenos Aires Unión Telefónica, 2544, Juncal
Representante en Montevideo: F. GRECO, calle Reconquista, 539

KALISAY

CONTEMPLANDO

la botella del único aperitivo vino-quinado que ha logrado grangearse la simpatía de todo el Pueblo Argentino, se sienten deseos vehementes de tomar una copita de él antes de cada comida. 21 años de éxito demuestran que es el gran producto argentino.

VINAGRE DE PURO VINO "OMEGA"

Obtuvo el Primer Premio de la Municipalidad de la Capital

hecho de puro vino de producción argentina, es el vinagre más exquisito y aromático que jamás haya podido obtenerse para condimentar ensaladas, adobados, escabeches, etc. Pida a su almacenero una botella de VINAGRE "OMEGA" y comprobará complacida lo que afirmamos.

Lagorio, Esparrach y Cía. - BUENOS AIRES

Bay Biscuit
Bay Biscuit
Productos Terrabusi
Los bizcochos que más alimentan
y alegran a los niños

Plus Ultra

en el Día de la Raza

Homenaje a la fraternidad Hispano-Argentina

8 HERMANOS

FREIXAS Y Cia. PROVEEDORES DE LA REAL CASA

BRUXELLES - MADRID

PALACE HOTEL

PALACE HOTEL

PALACE HOTEL — BRUXELLES MADRID — le 10 Mai 1922

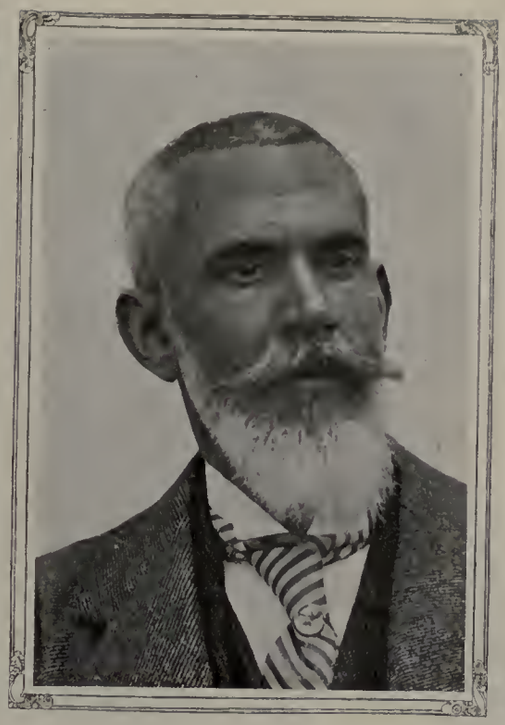
Messieurs Freixas & Cie
Buenos Aires

Messieurs: Nous avons le plaisir de certifier que, parmi toutes les liqueurs fines existantes, nous ne connaissons pas et nous croyons impossible d'en fabriquer une d'une qualité aussi superieure que celle des "8 Hermanos"; sa consommation par la famille Royale en est l'évidence meme.

Avec toutes nos félicitations, veuillez nous croire vos devoués.

RUBEN DARIO

«TIERRAS SOLARES»



RAFAEL ALTAMIRA

«HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA»

RICARDO ROJAS

«BLASÓN DE PLATA»

INTELECTUALIDAD HISPANOAMERICANA

CUANDO triunfó la poética de Rubén Darío no eran tan cordiales como ahora las relaciones hispanoamericanas. Esta victoria intelectual, que ungió maestro de los poetas peninsulares y americanos al autor de «Azul», ha contribuído poderosamente al acercamiento. Los discípulos innumerables y entusiastas declinaron mutuos prejuicios en honor del poeta guía.

LA crítica histórica hispana tiene un sabio e imparcial representante en este eminente catedrático. En su «Historia de la Civilización Española» encontramos justamente pintada la vida y la misión del pueblo que descubrió el Nuevo Mundo. En la Argentina hizo Altamira una magnífica labor educadora, mereciendo la admiración de la juventud universitaria y de los profesores.

DOS títulos capitulares de este hermoso libro resumen la tesis sostenida por Rojas: «De cómo, cumplidos los presagios, el aborigen indianizara el alma del Conquistador, y éste hispanizara su gobierno social»; «De cómo el espíritu de las tierras argentinas pasaba al hijo del hombre blanco por la carne terruña de las madres indias». Indianismo y exotismo es el lema de Rojas.

SERRANO.

KALISAY

KALISAY

Las Señoras y Señoritas

que prueban el **Kalisay**, lo prefieren a todos los aperitivos.

Es el verdadero estimulante del apetito y el mejor tonificador del organismo, por estar preparado a base de vinos añejos y la mejor quina del mundo.

Por eso los médicos recomiendan tomar una copita antes de las comidas.

No olvide darles a sus niños una copita de **Kalisay**, si quiere verlos siempre sanos.

21 AÑOS DE EXITO

Lagorio, Esparrach y Cía.
BUENOS AIRES

Hay lugares únicos, de una originalidad grandiosa, en los que el Supremo Hacedor eligió un rincón de la naturaleza imprimiendo en él su divina huella.

Uno de éstos es la privilegiada región de Andalucía donde se cosechan los ricos vinos de Jerez que luego sirven para formar el tónico aperitivo

XEREZ-QUINA RUIZ

Esta es la bebida saludable que debe usted tomar diariamente

AMADO NERVO

«POEMAS»

Después de Darío, Nervo, entre los poetas americanos, es el que más ha propendido a una inteligencia firme y bondadosa que uniera a España y sus hijas. La vida del gran vate mejicano estuvo dedicada al ejercicio de todas las bondades; su cerebro era genial en el arte, su corazón prodigioso en la virtud. Nervo, en estas épocas de egoísmo intermitente, representaba el tipo superior del ciudadano futuro, de esos hombres que en años venideros formarán el nivel ético mundano cuando la humanidad entera sepa obedecer los dictados de la justicia.

AUGUSTO PI Y SUÑER

SU OBRA CIENTÍFICA

La ciencia española registra el nombre de este sabio médico y fisiólogo junto a sus más esclarecidos representantes. La ciencia universal también le reservó un puesto honroso. Pi y Suñer, a la edad de 22 años, en 1901, iniciaba sus admirables monografías psicológicas publicando la tesis que le sirviera para doctorarse. Este trabajo produjo general admiración y fué seguido por numerosos libros donde el sabio barcelonés descubre nuevos horizontes para sus ciencias predilectas. En 1910, por gestiones de la Cultural Española, vino a Buenos Aires.

LOS factores que han contribuído a nuestros legítimos triunfos comerciales, son sencillísimos:

La CALIDAD jamás igualada de todos nuestros artículos en general, para hombres, jóvenes y niños, de **última creación,** y sus PRECIOS los más convenientes, han interesado al público en general, dispensándonos una preferencia que retribuímos en cada oportunidad.

Para el éxito completo, contamos en cada una de nuestras secciones con su respectivo personal competentísimo, que interpreta fielmente cualquiera de las indicaciones de los señores clientes.

Como punto final, debemos advertir que nuestra sección SASTRERIA está representada por verdaderos artistas dentro del ARTE de VESTIR, siendo por lo tanto una garantía de PERFECCION, ELEGANCIA y BUEN GUSTO cada prenda que sale de nuestros talleres.

Compruebe estas irrefutables verdades en cualquier momento propicio.

M. ZABALA
B.me MITRE Y ESMERALDA

JOSE ENRIQUE RODÓ

«ARIEL»

ALLA en los centros intelectuales de la península los libros de este gran pensador causaban admiración general. Su método honrado y sencillo de exponer los temas, su optimista filosofía y sus profundas enseñanzas sirvieron para animar el espíritu de los estudiosos. «Ariel», «Motivos de Proteo», «El mirador de Próspero» y los demás libros suyos han formado el buen gusto literario y el pensar de muchos discípulos de este eximio artista uruguayo, maestro de pensadores y de filósofos. Rodó puso toda su alma y su cerebro en su exquisita obra.

JULIO A. ROCA

ESTADISTA Y MILITAR

LA célebre campaña del desierto y las dos presidencias de este estadista y militar ilustre abrieron nuevos horizontes de progreso para la Argentina. El general don Julio A. Roca, hombre de vasta cultura, propendió a todo cuanto pudiera estrechar las relaciones entre su patria y los países a ella ligados. Una de sus medidas fué la supresión de aquellas palabras que en el Himno Nacional representaban un odio ya desaparecido. El sublime canto de libertad fué desde entonces un himno de generoso olvido, condición que nada quita a sus épicos bríos.

MANUEL BERNARDEZ

DIPLOMÁTICO Y LITERATO

TODAS las gestiones de este diplomático uruguayo, así como sus viajes y sus ocios están llenos de una labor literaria y progresiva que equivale a un título de honor.

Es un infatigable campeón de la cultura, espíritu siempre inquieto y ansioso; es un corazón entusiasta. Los artistas meritorios de Sud América y España siempre encontraron en él un guía, un introductor que les facilitó grandemente las relaciones con otros países. Como literato, tiene bien ganada fama de observador perspicaz, de estilista vigoroso y de profundo pensador.

CARON

Le Tabac Blond
Le Narcisse Noir
N'aimez que moi

Lo que usan las personas de buen gusto

EXTRACTOS
LOCIONES
POLVOS

En venta en las principales casas

Agente exclusivo José Causa.
MORENO 1443

VINOS TIRASSO

LA GRAN MARCA ARGENTINA

CHAMPAGNE

MOSCATO CHAMPAGNE

Pida estos tipos selectos que forman parte de las reservas de las BODEGAS TIRASSO y comprobará que están a la altura de los mejores importados.

Es necesario que Vd. pruebe los VINOS TIRASSO y los juzgue por su **calidad** antes que por su **nacionalidad,** para formar su opinión sobre el adelanto de nuestra industria vitivinícola.

PINOT TINTO
Reserva 1911

COTES
Reserva 1911

PINOT BLANCO
Reserva 1908

CHATEAU
Reserva 1908

OPORTO
SANTA ANA

Mme.
SEVIGNE
dijo:
"La mujer seductora es bella dos veces"
Ambas preciosas cualidades se contienen hoy en el supremo
Jabón FLORES DEL CAMPO
El más perfumado y detergente de los jabones finos de tocador.
FLORALIA
MADRID

FRANCISCO GRANDMONTAGNE

«TEODORO FORONDA»

Aquí, en la llanura pampeana, junto a la ribera platense, se formó esa figura periodística y literaria. Francisco Grandmontagne es argentino porque en la Argentina nació como escritor insigne; Francisco Grandmontagne es español porque ama a España. Su hispanoargentinismo resulta uno de los pocos que dieron realmente frutos prácticos. No perdió el tiempo en esa vana palabrería encubridora de propósitos lucrativos que distingue a los seudo hispanoamericanistas. Lo mismo sabe describir tipos, usos y costumbres que dar consejos provechosos para el intercambio artístico y comercial.

ENRIQUE LARRETA

«LA GLORIA DE DON RAMIRO»

En el gran imperio o república de las letras españolas que rige el idioma castellano hay un patriotismo común a muchas patrias y a muchos millones de súbditos. Así lo comprenden los cultores de ese idioma, que, alejados de todo encono político, trabajan con entusiasmo. Por eso el gran libro de Enrique Larreta, «La gloria de don Ramiro», es tan español como americano. Entre los españoles se le considera un monumento de su literatura, concediéndosele lugar de preferencia y honor. Es un monumento de cariño elevado a la historia y al «folklore» hispánicos, por un artista erudito.

En Harrods

La elección de un artículo avalora su procedencia, que es síntesis de elegancia, con un definido concepto de calidad.

BAZAR Y ARTE

Salones de Exposición: Tercer piso.

HERMOSA GIRANDOLE, en bronce plateado y plaquettes de cristal baccarat; de siete luces. Altura: 80 centímetros; artículo de gran presentación.

$ 750

BONITA GIRANDOLE, en bronce plateado y frutas de color, en cristal baccarat; de tres luces. Altura: 33 cm.

$ 300

Platería

Salones de Venta: Tercer piso.

ARTÍSTICO SERVICIO PARA LICOR, el juego compuesto de 4 botellas y 12 copas, en cristal tallado; bandeja en plata inglesa, sellada, maciza..... $ 700

ELEGANTE JUEGO DE CARPETA Y PAPELERA, en plata inglesa, sellada, con artísticos grabados.

$ 730

PIANOS "BECHSTEIN"

Los predilectos de los grandes concertistas.

Únicos agentes para la República Argentina: HARRODS Bs. As. Ltd.

Calles: FLORIDA - PARAGUAY - SAN MARTÍN - CORDOBA

EUGENIO D'ORS

«NUEVO GLOSARIO»

FILÓSOFO de bien meditados y analizados entusiasmos, Xenius el glosador entusiasmóse ardientemente cuando vino a la Argentina. Un gran optimismo, una clara fe y un afecto intenso le han producido su visión de este país, y téngase en cuenta que vino en un período de marcada crisis. Nosotros tenemos fe en la fe de Xenius y se nos figura que tiene clarividencia al juzgar con honda mirada. Eugenio D'Ors, filósofo tranquilo y ecuánime, debe llevar razón, la lleva indudablemente, al augurar muy felices días a la cultura argentina.

CARLOS REYLES

«EL EMBRUJO DE SEVILLA»

ESTA novela del eminente escritor uruguayo no es una obra más donde se denigre al incomprendido pueblo andaluz. Reyles pinta el embrujamiento que la hermosa ciudad ejerce sobre los espíritus, y, sin necesidad de mentir, ha hecho un libro de fina observación y justo dibujo. Es que Reyles está enamorado de España en la gitana persona de Sevilla; es que Reyles ha vivido con intenso vivir en aquel galano, alegre y triste emporio andaluz; es que Reyles está embrujado también y ha escrito esa novela simpática para rendir homenaje amoroso a la hechicera ciudad-mujer.

ADOLFO POSADA

«LA ARGENTINA»

SABIO artífice de la cultura, Posada cooperó al renacimiento espléndido de una universidad. En las aulas de Oviedo ha luchado victoriosamente, y aquí, en las aulas argentinas, propagó la ciencia española. Don Adolfo Posada conoce palmo a palmo nuestro país, sus problemas económicos y políticos, y siente gran amor hacia nosotros. Los argentinos cultos, que saben aprovechar los valiosos consejos y enseñanzas del buen maestro, ven en él a uno de esos hombres desinteresados y retribuyen el afecto que nos tiene, reconociendo su decisiva autoridad.

CUARTO DE BAÑO MODERNO
a precios razonables y con
FACILIDADES DE PAGO
VISITE NUESTRA EXPOSICIÓN
DE ARTEFACTOS ELÉCTRICOS Y SANITARIOS

A. MINGO
SUIPACHA 68 — Bs Aires

FOTO:
F. BIXIO Y CIA

EL solo hecho que un retrato lleve este sello, lo coloca en primer término dentro del ARTE FOTOGRÁFICO.

Así lo reconoce nuestra distinguida y numerosísima clientela, que constantemente nos favorece con sus gratas órdenes.

No tenemos sucursal.

Nuestro antiguo y verdadero estudio está SIEMPRE en:

Bdo. de IRIGOYEN, 185
U. T. 1372, Rivadavia Buenos Aires

MALTA URANO IMPORTADA

LA PREFERIDA POR LOS MEDICOS PARA SU CONSUMO PROPIO

PARA las madres que crían, para los niños, ancianos, personas débiles y convalecientes, es lo mejor.

Su poder nutritivo es mayor que en sus similares; el contenido en las botellas es mayor también. Por estas dos condiciones debe considerársela más barata que las otras, aunque en apariencia cueste algo más.

No es dulce, como no debe serlo ninguna malta de buena calidad; es de sabor agradable y estimula el apetito.

Satisface las exigencias de las autoridades, y está en venta en los almacenes y farmacias. Si encuentra dificultad para adquirirla, diríjase a sus únicos importadores:

ESCALADA & Co. — 1170 - Bmé. MITRE - 1174 — U. T., Rivadavia, 1990. C. T., Central, 133

José Bacigaluppi e hijo

DON JOSÉ BACIGALUPPI, EN SU DESPACHO.

GRAN parte de la actual riqueza argentina se debe a los buenos rematadores. Intermediario entre el dueño y el público, un rematador de experiencia y honestidad sabe avalorar la mercadería, si posee las condiciones y el crédito necesarios en estos negocios.

Alto ejemplo de honradez profesional y de experiencia en tales asuntos ofrece la firma José Bacigaluppi e hijo. Dedicado desde muchos años a las operaciones de remate, el fundador de la acreditada casa merece la confianza pública. No todos los rematadores logran hacerse dignos depositarios de ella. Es un cometido difícil, al que la democracia argentina supo hacer justicia equiparando el ejercicio de esa profesión a los mejores. Y a esto ha dado mayor valor la mala fe de determinados profesionales en el ramo, quienes, abusando de la credulidad, hicieron mofa de los clientes mediante procedimientos reñidos con la honradez.

En cambio, la conocida razón social José Bacigaluppi e hijo recaba para sí el honor de haber respondido siempre a sus compromisos, satisfaciendo a un tiempo los anhelos del vendedor y de los compradores.

Durante aquella época en que la propiedad inmueble argentina se cotizaba a bajo precio por falta de fe en lo porvenir nacional, don José Bacigaluppi comprendió que el incremento de ella hallábase en manos de los que supieran enaltecerla. Difíciles y laboriosos fueron estos principios porque luchaba con la indiferencia de todos; pero el buen rematador posee una elocuencia convincente. Poner de relieve, hasta que los ojos más miopes vean, todas las excelencias futuras de una propiedad rematada, conseguir que la fe en lo futuro se transmita de conciencia en conciencia, estos son los prodigios realizados por la clase de rematadores a que pertenecen los componentes esta firma.

Hoy, que la propiedad rural y urbana ha conseguido precios justos, resulta fácil comprender la clarividencia del señor Bacigaluppi; pero en aquellos tiempos ya remotos en que los terrenos y los edificios no alcanzaban grandes valores, muy pocos tuvieron la visión neta de lo porvenir.

Los trabajos del señor Bacigaluppi fueron buenos augurios de prosperidad para nuestro país. Profetizando el entonces remoto auge de la tierra argentina logró este comerciante honrado hacerse de merecido crédito.

Estas son las razones de los éxitos logrados por él en su larga y fecunda carrera. Gracias a sus procederes intachables el monto de las operaciones hállase en progresión ascendente. Cada anuncio de remate que la casa lanza al público tiene la virtud de congregar a los interesados, que encuentran la mejor garantía en la conocida firma.

Confiarles el remate de una propiedad a los señores Bacigaluppi e hijo, supone ir rectamente a un buen negocio, pues ellos no presentan negocios donde el triunfo no se encuentra asegurado por medio de una buena y legal oferta.

Otra razón de peso tiene la casa para sus triunfos: la dirección técnica del señor José Bacigaluppi hijo, encargado de la propaganda. La forma gráfica y atrayente que sabe dar a los avisos y reclamos, ponderando justamente el inmueble ofrecido, es otra condición de triunfo.

DON JOSÉ BACIGALUPPI (HIJO), EFICAZ COOPERADOR DE SU SEÑOR PADRE.

Dados tales recursos legítimos e ingeniosos, la casa José Bacigaluppi e hijo, ubicada desde hace tiempo en la calle San Martín, 56, es el lugar de cita preferido por todos los que necesitan llevar a cabo consultas sobre remate de inmuebles y negocios del ramo.

La tasación de la tierra argentina todavía no dijo su última palabra. Aun, como en los remotos tiempos a que antes nos referimos, hay horizontes más dilatados. invisibles para los hombres faltos de fe en los destinos de un país llamado a ser universal emporio de riqueza inmobiliaria.

ACEITE PURO DE OLIVA
MARCA "FRANCES"
(CALIDAD MÁXIMA)
Indispensable y predilecto en los hogares distinguidos.

IMPORTADORES.
ARDANZA E HIJOS
1529, SAN JOSÉ, 1545 — URQUIZA, 1270
BUENOS AIRES — SUC. ROSARIO

Sastrería de Medida

LA CASA MAS CONVENIENTE PARA COMPRAS
A. CABEZAS
SARMIENTO ESQ. S. MARTIN
BUENOS AIRES

NADIE en Sud América puede superarnos: Tenemos invariablemente reunido todo lo necesario para poder ofrecer constantemente lo mejor que sea posible producir en esta interesantísima especialidad, timbre de honor de nuestra casa.

SOLAMENTE ocupamos operarios maestros en su arte. El notable surtido de tejidos, recientemente recibido para la estación iniciada, sólo comprende calidades extra, en la más alta expresión de moda y novedad, y cotizamos precios que descartan la más mínima posibilidad de competencia leal.

NO ESPERE A QUE TODO EL MUNDO HAGA SUS PEDIDOS. ESTE ES EL MEJOR MOMENTO PARA ENCARGAR SU ROPA SOBRE MEDIDA.

CREDITOS

Solamente nosotros los ofrecemos en estas condiciones:

Pagaderos en 10 meses.
Resueltos con rapidez.
Con absoluta liberalidad.
Sin ningún anticipo.
Sin ninguna comisión.
Sin ningún interés.
Sin ningún recargo.

EXACTAMENTE como al CONTADO

A. CABEZAS

SARMIENTO ESQ. SAN. MARTIN BUENOS AIRES

JOSE M. RAMOS MEJIA

«LAS MULTITUDES ARGENTINAS»

El acendrado nacionalismo del doctor Ramos Mejía solamente reconoció una excepción: España. Después de argentino sentíase hispanófilo, y en sus conversaciones acostumbraba a recordar que su ilustre familia era originaria de Cádiz. En la potente obra nacionalizadora de las escuelas le ayudaron los maestros españoles, que fueron a los sitios remotos y humildes donde el gran educador necesitaba gente culta y decidida y no cómodos aprovechadores de sueldos. Gracias a él dos generaciones aprendieron amor a la Argentina y respeto a España.

J. REY PASTOR

SU ENSEÑANZA

El joven y sabio matemático cruzó el océano para traer a la ciencia argentina la inapreciable ayuda de su talento privilegiado. Rey Pastor, indiscutible autoridad en cuestiones matemáticas, ha formado discípulos y conquistado admiradores entre nosotros. Su labor en la Argentina no es transitoria porque se radicó en el país, donde todos saben apreciar sus dotes de maestro. Sin necesidad de tratar el tema directamente, Rey Pastor, con sus enseñanzas, es, por lo tanto, un poderosísimo auxiliar de las culturas argentina y española.

FERNANDEZ MORENO

«CAMPO ARGENTINO»

Tanto españolismo reflejan muchas de sus composiciones poéticas que a veces se le ha juzgado nacido en la península. Fernández Moreno, uno de los poetas verdaderamente nacionales, tiene a orgullo su ascendencia española, y así lo demostró con una sentida y vibrante oda a España, que obtuvo el premio en un concurso convocado por el «Diario Español». Raro es el libro donde este vate no dedique versos a rememorar las personas y los sitios que en España conociera y amara. Fernández Moreno es un paladín de la raza.

Las personas de gusto refinado que visiten Inglaterra no dejarán de apreciar — y de aprovechar — la combinación poco frecuente de lujo sin ostentación y servicio cortés con una tarifa verdaderamente módica, a la cual debe el Hotel Cecil su justo renombre.

La severidad y hermosura del decorado; el confortable mobiliario y la inmejorable cocina, junto con su céntrica ubicación para todo lo que vale la pena en Londres, hacen que el Hotel Cecil sea el rendez-vous de la élite cosmopolitana.

Cables
"Cecelia" Londres

HOTEL CECIL

LA MARCA DE MODA CALIDAD SUPREMA

Por la voluntad del público consumidor los cigarros MARIA GUERRERO ocupan hoy el primer puesto en el mercado argentino. Esta consagración de los señores fumadores constituye el más desinteresado elogio de sus excelencias.

FALCON, CALVO & CIA
IMPORTADORES

TELEFONOS:
Unión Telef. 3244, Avenida
Coop. Telef. 355, Central

FLORIDA, 500
BUENOS AIRES

Compañía SUOMI (S. V. K.)

SAN MARTIN, 201 — BUENOS AIRES

Dirección Telegráfica: SUOMI

Teléfonos: 2052, Avenida, 4228, Avenida

Casa Matriz; HELSINKI, SUOMI (Finlandia)

IMPORTACION
EXPORTACION
NAVEGACION

Es la casa principal en el intercambio entre las Repúblicas Argentina y Suomi, siendo este último País proveedor de Papel y Pasta para la República Argentina.

Studebaker

Seis Liviano

Para Su Estancia

6. Cilindros con la Economia de 4.

"La Maravilla del Siglo

EN todas las pruebas de economía a que ha sido sometido, el Studebaker Seis Liviano ha comprobado ampliamente su poco consumo de nafta. Si gasta Vd. más de $ 4.000 en un automóvil, debería Vd. tener uno de Seis Cilindros, máxime pudiendo conseguir uno por $ 4.850, que es más económico que la mayoría de los coches de cuatro cilindros.

Pruebas Oficiales

KILÓMETROS POR LITRO DE NAFTA

En Buenos Aires	8.4	En Vancouver, Canada	9.1
En Durazno, R. O.	8.	En Toronto, Canada	8.9
En Río de Janeiro	9.1	En Montreal, Canada	8.2
En Transvaal, Africa	9.8	En Nueva York	9.3
En Detroit, U. S. A.	9.5	En Nueva Zelandia	10.

Término medio de consumo, un litro por 9.04 kms. o sea 162.7 kms. por Lata de Combustible.

Otra Prueba

En un ensayo oficial organizado por el Automóvil Club del Uruguay, un Studebaker Seis Liviano recorrió 240 kilómetros de carretera campestre, entre caminos buenos y malos, con 26.1 litros de nafta, o sea un término medio de 9.2 kilómetros por litro, o 165 kilómetros por lata de nafta.

¿Qué Más Pruebas Puede Vd. Pedir?

Avda. de Mayo, 1235 — The Studebaker Corporatio of America — Buenos Aires

Concesionario en Montevideo:
JOHN GOULD - Avda. 18 Julio, 912

Concesionario en Rosario:
GABRIEL PEDRO DIAZ - Maipú, 777

Plus Ultra

Año VII
Núm. 78

Octubre
de 1922

Plus Ultra

A los Españoles residentes en América que tan dignamente simbolizan los nobles ideales de la Raza, creadores de riquezas por su esforzado trabajo en lejanos continentes, envío mi saludo afectuoso juntamente con mis parabienes por su constante é inteligente labor para contribuir al afianzamiento de los vínculos de amor entre la Madre Patria y los pueblos de la América Española.

Alfonso

Madrid 18. VIII. 1922.

Un Autógrafo de S. M. Alfonso XIII

Dedicado a los Españoles en América

Bella Altiva

Ma. Reina de España

Victoria Eugenia

Por su corona y por su majestuosa belleza ejerce una doble soberanía. Esta hermosura altiva la hace reina entre las reinas. Al derecho divino que los monarcas dicen poseer, une la divina gracia femenil. De esta manera la corona la realza y se realza a un mismo tiempo, y el protocolo concede justo espacio a los respetuosos madrigales.

Su Graciosa Majestad la emperatriz Victoria, inolvidable soberana en quien la hermosura y la realeza también se unieron armónicamente bajo la corona, casó a su hija menor, la princesa Beatriz de la Gran Bretaña, con el príncipe Enrique Mauricio de Battenberg, representante ilustre de una familia nobiliaria. De este matrimonio es hija la actual reina española.

Un valioso legado de virtudes, poder y belleza le fué transmitido. Al compartir el trono de España con su augusto esposo hizo honor a la tradición familiar, y su belleza y su noble carácter resplandecen ahora en ella y en sus encantadores hijos el príncipe heredero y los infantes.

El pueblo español la admira profundamente demostrándole su cariño cada vez que doña Victoria Eugenia aparece en público.

Grupo familiar medita de don Alfonso XII, doña María Cristina y la princesa María de las Mercedes.

La Reina Regente y don Alfonso XIII. Primer retrato hecho después de la muerte de su augusto esposo.

Don Alfonso XII de Borbón, el Pacificador, nació en Madrid el 28 de noviembre de 1857 y fué proclamado rey de España el 28 de diciembre de 1874. El 29 de noviembre de 1879 contrajo enlace con doña María Cristina, archiduquesa de la casa imperial austriaca. De este augusto matrimonio nacieron la princesa María de las Mercedes, la infanta María Teresa y, seis meses después de fallecido el monarca, don Alfonso XIII, el actual soberano español (17 de mayo de 1886). El breve reinado de don Alfonso XII fué fecundo para el progreso y la paz de la madre patria, hasta entonces sumida en sangrientas guerras civiles. Las dos antiguas e inéditas fotografías que hoy publicamos, a las que sirve de broche la efigie del actual príncipe de Asturias, son documentos que compendian tres generaciones de la Real Familia Española.

El príncipe heredero, don Alfonso, al iniciarse en su carrera militar.

S. A. R. la Infanta Isabel de Borbón

Nunca olvidará S. A. la Infanta Isabel de Borbón el jubiloso recibimiento que le tributó el pueblo argentino. Embajadora espiritual de la madre patria, supo atraerse unánimes simpatías gracias a su bondad y a su aristocrática llaneza. La entusiasta muchedumbre de aquel primer Centenario ayudó al gobierno en la tarea de agasajarla hidalgamente. Y la colectividad española fué testigo de aquel magno acontecimiento.

Desde entonces, decir solamente la Infanta equivale en la Argentina a nombrar por antonomasia a S. A. Doña Isabel Francisca de Asís de Borbón.

La augusta hija de Doña Isabel II nació el 20 de diciembre de 1851. Hasta el nacimiento de su real hermano, Don Alfonso XII, poseyó el título de Princesa de Asturias, que volvió a ocupar desde el casamiento de este monarca hasta que nació la princesa María de las Mercedes. En 1868 contrajo matrimonio con el conde de Girgenti, deudo de Francisco II, rey de las Dos Sicilias, quedando viuda en 1871.

Desde muy joven reveló grandes dotes intelectuales. Dama de gran cultura literaria y estética, fué siempre protectora de escritores y artistas, a quienes alentó con su ayuda generosa y sus benévolos consejos. Durante la Restauración del trono, Doña Isabel hizo mucho por el arraigo de la familia borbónica, atrayéndose el cariño del pueblo madrileño. Allí es popularísima merced a la sincera diplomacia femenina con que supo tratar a las buenas muchedumbres. Buenos Aires tiene ejemplos de este supremo don que S. A. la Infanta posee de poner amabilidad en su trato con las personas modestas y humildes.

Para el Patronato Español en la República Argentina
Isabel de Borbón

1910. S. A. acompañada por el entonces presidente doctor Figueroa Alcorta. Durante la misa en la inauguración de los pabellones de España en la Exposición del Centenario.

Plus Ultra

ESPAÑA, POR SU REY Y POR SU PUEBLO, EXPRESÓ AL DR. MARCELO T. DE ALVEAR, EN SU RECIENTE VISITA, EL AMOR QUE POR SUS HIJOS DISTANTES SENTÍA. CONMOVIDO, NUESTRO ALTO EMBAJADOR AGRADECIÓ EL HOMENAJE Y TRADUJO ELOCUENTEMENTE EL SENTIMIENTO DE ESTAS TIERRAS HACIA LOS LARES PATERNOS DE NUESTRA SANGRE Y DE NUESTRO LENGUAJE.

El Pte de la República Marcelo T. de Alvear

EMÍA Pablo Emilio, volviendo triunfador a Roma, las compensaciones que, por tantos éxitos que le diera, iba a exigirle la fortuna. Al doctor Marcelo T. de Alvear, que asume la presidencia de la República Argentina, puede embargarle la misma inquietud. Sube a la primera magistratura del país, siendo uno de los más jóvenes presidentes que hayamos tenido, sin parecer haberse apresurado por obtener una tan alta consagración. La simpatía que se desprende de su rectitud intachable y de sus equilibradas facultades de hombre de gobierno, su ejemplo de voluntad y el prestigio de su nombre patricio han hecho que el triunfo no meditara. Se ha inclinado ante su persona y habría que pedirle hoy a la fortuna, en último trance, que no dejara su obra inconclusa haciendo fácil la ruta al nuevo gobernante bajo su aspecto de hombre feliz.

No son los hombres quienes van a colocarse al frente de las naciones. Son éstas, las que, en un momento dado, por el juego ciego del genio de la raza, por la fuerza imperiosa del interés nacional implantan en primer plano a uno de sus hijos. El elegido tiene que tener como contraseña inmediata una sola calidad: carácter. Casi—leyendo a Emerson—pudiera asegurarse que son estos hombres políticos que no parecieron querer ser presidentes como Woodroow Wilson, y que no vendieron su primogenitura al tirano popular, los que se llamaran más tarde, providenciales. «No hay otro arte para dirigir a los hombres — agrega el filósofo — que conocerlos, y aquel que los conoce está capacitado para la política, el derecho, la guerra, la religión, ya que donde quiera que fuese, los hombres están hechos de la misma manera.»

Posee el doctor Marcelo T. de Alvear indiscutibles prendas de bondad, inteligencia, ecuanimidad y salud, cultura moderna, comprensión fácil, visión clara de las cosas, soltura en los gestos, en los actos y aquella cualidad espiritual que no poseyó Diógenes: «Saber vivir entre los hombres.» Esta elegancia de maneras, este arte social, está un tanto individualizado en él, por una timidez de estilo que lo hace más amable,

Europa, esa escuela de estadistas en donde el doctor Alvear ha vivido con preferencia marcada, nos lo devuelve — a juzgarle por los primeros actos — con todos los caracteres de una figura presidencial especializada. A la salud, a los bríos de una larga juventud el doctor Alvear ha unido esa medida discreta y humana que parece escaparnos a los argentinos, contenidos por una educación fría, universitaria y de líneas enfáticas. No tiene nada de eso el nuevo presidente. La renunciación, a parecer, es uno de sus más grandes títulos, ya que de aparato y fausto la cuna habíale dado tantos al nacer.

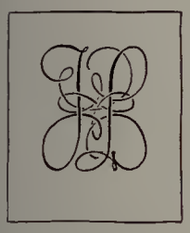
La jactanciosa salud moral del doctor Alvear, que le permite ir sin esfuerzo de la comprensión de la obra de arte a la enunciación de un pensamiento de gobierno y al elogio del atleta, es, sin duda, una de sus riquezas más preciadas, La adaptación, la oportunidad, el apropósito, la comprensión y la magnanimidad misma estriban en esa salud que prolonga el área del díscolo triunfador que ha ido de una rápida trayectoria ganando coronas cívicas en el gimnasio, en la academia y en el foro, para terminar su carrera dirigiendo los destinos de la nación.

VIZCONDE DE

Complacida accedo al pedido de "Plus Ultra" para ofrecer desde sus difundidas páginas, la expresión de mi simpatía por la mujer argentina y de mi admiración por sus virtudes

Regina P. de Alvear

Señora Doña Regina Pacini de Alvear



HACÍA años que en las salas oficiales faltaba la dueña de casa. Nuestros presidentes no habían tenido el tiempo de resolver el problema inmediato de sus vidas. Todos sus amores habían sido para la política. Tenían de los solterones la tristeza y, tal vez, más que otros hombres, el sentimiento de lo inconcluso, de lo no alcanzado, de lo imperfecto.

— Amo a las mujeres — decía un hombre de mundo, — por lo bien terminadas. Ellas burilan todo a su manera: la sociedad, las costumbres y el lenguaje.

Un hombre solo puede ser un buen presidente, pero un hombre casado mejora la presidencia. Emerson, que tiene el libro abierto delante mío, agrega: «La civilización es la obra de las mujeres virtuosas.» Ellas han completado los capítulos finales. Han redondeado las formas crudas, toscas, agresivas de la obra masculina. Han sido el fin de los hombres y la recompensa de sus sacrificios.

Si el modelo se deforma con frecuencia, es tal vez para darle mayor valor a los ejemplos de mujer que no son esos simples pesos de ensayo, cuerpos muertos vestidos de seda, archivos de nombre y dinero, formas elegantes que dejaron al filósofo blandamente pesimista, como el concepto del alma cristiana hacía escéptico al latino «animula, vágula, blándula». La mujer conquista su alto título cuando siendo enteramente femenina, anima la obra social de construcción — ella es la protegida en su finalidad, — cuando del luchador es estímulo y consejo, cuando del pensador es ejemplo silencioso, trasunto de gracia y de bondad. De estas madres y de estas esposas emergen los hombres representativos.

Doña Regina P. de Alvear es una de esas esposas. Las virtudes más puras, el sacrificio mismo, si el sacrificio es para los que tienen sed de ser perfectos una manera total de alcanzar la perfección, le conocen. Maeterlinck escribía, dedicando a su esposa uno de sus libros favoritos:

«Os dedico este libro, que es, por decirlo, la obra vuestra. Hay una colaboración más alta y más real que la de la pluma: la del pensamiento y la del ejemplo. No he necesitado imaginar trabajosamente las resoluciones, las acciones de un sabio ideal, o sacar de mi corazón la moral de un hermoso sueño, forzosamente un poco vago. Me ha bastado con escuchar vuestras palabras. Ha bastado con que mis ojos os hayan seguido atentamente por la vida: iban siguiendo así los movimientos, los gestos, las costumbres de la sabiduría misma.» Con estas palabras el sensible escritor belga retribuía el capital de sensaciones, de impresiones sutiles que había recibido. Esta dedicatoria podían ofrecerla los hombres que han alcanzado puramente, sin depreciaciones que desmenuzan la varonilidad, las altas posiciones, a sus esposas. Doña Regina P. de Alvear merece esa dedicatoria. La simpatía que despierta en el interlocutor no es la baladí simpatía que precede una sonrisa más. Está en el reposo de su pensamiento, en las formas simples y claras de su discurso y en la humanidad con que arpentea todo esfuerzo, en el gran capital de esperanza que ofrece su buena intención y en la lógica que se aferra a su persona sin énfasis. Los héroes nos han cansado y mentido, y son las mujeres que poseen las verdades seguras de la vida las que nos devuelven el justo valor de las cosas y son siempre el amigo avisado. Al doctor Marcelo T. de Alvear le ha tocado la suerte de tener ese amigo a su lado.

L A S C A N O T E G U I

LA EMBAJADA DE ESPAÑA

Si el real decreto de 1917 no hubiese transformado en Embajada la Legación de España en Buenos Aires, la sola designación del marqués de Amposta para representar ante nuestro gobierno al rey Alfonso XIII hubiera elevado la representación diplomática de la madre patria en la República Argentina a su más alta categoría.

Y si a esta honrosa designación agregamos además el nombre de don Alfonso Danvila, ilustre literato y diplomático, actual ministro consejero, y enumeramos a cada uno de los prestigiosos caballeros que integran la representación española en este país, llegamos a la conclusión de que tan digno exponente de la diplomacia hispana no había menester de aquel real decreto para usar por derecho propio el título de Embajada de España.

Desde don Vicente Casares, que fué uno de los primeros vicecónsules honorarios que España tuvo en la República Argentina a raíz de la emancipación política, se han sucedido en su representación numerosos cónsules encargados de negocios y ministros plenipotenciarios.

Juan Durán y Cuervo, Francisco Otin, Julio Arellanc y Arrózpide, Roberto Dupuy de Lôme, Luis de la Barrera, Pablo Soler y Guardiola, etc. ¿A qué nombrar a todos, secretarios de legación y ministros que honraron a la madre patria representándola dignamente en esta tierra?

El alto prestigio diplomático de los que hoy integran el personal de la Embajada de España, y las simpatías sociales que todos y cada uno de sus miembros han sabido conquistar en nuestra más alta sociedad corona dignamente la lista de representantes de España en la Argentina. No podían, pues, faltar en este número de PLVS VLTRA, dedicado a conmemorar el Día de la Raza, o sea la fiesta nacional decretada por el gobierno de don Hipólito Irigoyen, no podían, repetimos, faltar las páginas que enaltecieran a la representación diplomática actual de la madre patria, y estas dos páginas tienen ese objeto.

Su Majestad el rey Alfonso XIII, al designar a don Eugenio Ferraz y Alcalá Galiano, marqués de Amposta, su Embajador en la República Argentina, quiso sin duda dar a la representación peninsular en esta hija de España toda la importancia y el valor que históricamente tiene para la madre patria la que fuera cuna de San Martín, el gran libertador americano. Es el marqués de Amposta una de las más distinguidas personalidades de la diplomacia española. Su vinculación con la Casa Real es vieja. Fué su padre, el marqués de Amposta, un fiel servidor de la corona y un gran amigo del rey Alfonso XIII, y él, siguiendo la tradición de familia, desde muy joven ha continuado sirviendo al rey y a su patria con gran acierto y lealtad.

En su carrera, el marqués de Amposta es uno de los que más se han distinguido, desempeñando importantes misiones y altos cargos de responsabilidad y confianza. Los gobiernos europeos ante los que estuvo acreditado en sus distintas categorías diplomáticas le dieron importantes muestras de distinción, recompensando sus servicios con honrosos títulos y valiosas condecoraciones.

Don Eugenio Ferraz y Alcalá Galiano ingresó en la carrera el año 1886, en que se inició como aspirante a agregado en el Ministerio de Estado, recibiendo su título el 1.º de julio de 1887. Más de treinta y cinco años hace, pues, que presta servicios a España en la carrera diplomática el hoy Embajador de España en la República Argentina.

En 1891 recibió el primer ascenso en su carrera. Fué trasladado a París como secretario de tercera categoría. Poco después regresó a España ascendido nuevamente a segundo secretario, y con igual cargo fué trasladado a Italia en 1899. En mayo de 1900 fué enviado a Chile como primer secretario de Legación, vinculándose a su paso por Buenos Aires, en aquella época, con nuestra sociedad. Un año después fué nuevamente trasladado con igual cargo a Méjico, y de allí pasó a las legaciones de París y Berlín. Encontrándose en Alemania representó a España en el V Congreso Internacional de Actuarios celebrado en Berlín en 1906.

Con ocasión de celebrarse en Baden las bodas de oro de los grandes duques, el marqués de Amposta formó parte de la embajada española que asistió a las grandes fiestas, y en 1907 representó a España en el Congreso Internacional de Berlín para la protección literaria y artística. En el año 1909 fué ascendido a Ministro residente con funciones de Consejero en la Embajada de España en París, actuando en esa ocasión como delegado en la reunión plenaria, realizada en la capital de

EMBAJADA DE ESPAÑA
—
BUENOS AIRES

¿Qué decir de esa fecha gloriosa cual ninguna para España, ya que en ello, con gigantesco esfuerzo, abrió inmensos horizontes al mundo civilizado? ¿Qué decir que no haya sido ya mil y mil veces cantado, en prosa y verso, por los más eximios historiadores, poetas y oradores; esculpido en mármoles y bronces y perpetuado en inspirados lienzos? Ante acontecimiento de la magnitud del que se celebra en ese día, toda ponderación resulta pálida y fría. Limítome, pues, a agradecer cordialmente a la hermosa revista "Plus Ultra", honra de la ilustroda prensa argentina, el homenaje que, con tal ocasión, dedica a mi Patria amada, la inmortal descubridora del Nuevo Mundo.

El Marqués de Amposta

Francia, del Congreso Internacional de Agronomía Colonial y Tropical de Bruselas.

En 1911 fué nombrado presidente de la Real Comisión Internacional de los Pirineos, y después fué vocal del Tribunal de Oposiciones a la carrera diplomática en Madrid.

Durante la visita del presidente de Francia a la corte española en 1913, se comisionó al marqués de Amposta para acompañar al jefe de Estado francés, y ese mismo año recibió el título de Ministro Plenipotenciario de primera clase. En esa época el señor Ferraz y Alcalá Galiano fué subsecretario del Ministerio de Estado, y en 1915 vocal para la preparación de la conferencia internacional de estudios oceanográficos celebrada en Madrid.

Tal es a grandes rasgos la historia, diremos así, diplomática del marqués de Amposta, que ostenta el título de caballero de Carlos III y el de Isabel la Católica, que es gentilhombre de cámara del rey Alfonso XIII, grefier habilitado y Rey de Armas de la Orden del Toisón de Oro.

Como ya hemos dicho anteriormente, los gobiernos de los países ante los que estuvo acreditado le han condecorado en diversas oportunidades, premiando siempre su acertada misión diplomática y los altos servicios prestados a la patria con gran simpatía de los gobiernos ante quienes ostentaba la representación de España.

El marqués de Amposta tiene, entre las condecoraciones que le han sido conferidas y los títulos que le han sido otorgados, los siguientes:

Oficial de la Legión de Honor, gran cruz de la Estrella Polar de Suecia, comendador del Aguila Roja de Prusia, gran cruz de la corona de Italia, placas de San Miguel de Baviera y la de Alberto el Animoso de Sajonia, oficial de San Mauricio y San Lázaro de Italia y placas de Leopoldo de Bélgica, de León Zaerhingen de Baden, de la corona de Prusia y de caballero del Cristo de Portugal.

Acompaña al marqués de Amposta en la misión de representar a España ante el gobierno argentino el señor don Alfonso Danvila y Burguero, Ministro Consejero de la Embajada.

A sus dotes literarios, evidenciados en varios libros notables, artículos periodísticos y obras teatrales, une el señor Danvila, académico de la Historia y Licenciado en Derecho, una brillante foja de servicios diplomáticos y una simpatía personal que en los círculos sociales de Buenos Aires y Montevideo lo ha vinculado sólidamente. Inicióse en la carrera diplomática en el año 1896 como agregado al ministerio de Estado. Fué nombrado secretario de tercera clase en Londres en 1899 y trasladado a Lisboa con igual cargo en 1902, pero no llegó a hacerse cargo de su puesto, pues se le destinó a la embajada extraordinaria que ese mismo año envió España a Roma, con objeto de felicitar a Su Santidad por el vigésimoquinto aniversario de su advenimiento al Solio Pontificio.

Ascendido (1905) a segundo secretario, y trasladado luego a la Habana, y en agosto del mismo año a Montevideo con igual categoría. Fué ascendido a secretario de primera clase con destino en Chile en 1913, pero sin tomar posesión del cargo pasó a la Legación de Buenos Aires en marzo del mismo año, y en 1920 fué ascendido a Ministro Residente Consejero, habiendo desempeñado en ésta en varias ocasiones el cargo de Encargado de Negocios.

Por sus méritos en el desempeño de importantes misiones recibió del gobierno español el título de Caballero de Isabel la Católica y la medalla de plata de Alfonso XIII, y la Cruz de segunda clase del Mérito Naval. Además tiene el señor Danvila los títulos de Caballero de Leopoldo de Bélgica, la de Caballero del Cristo de Portugal y Caballero de la Orden Piana de la Santa Sede.

Integran el personal de la embajada los secretarios Manuel Casulleras y Nacazaga y Manuel Blasco López.

Don Manuel Casulleras es, indudablemente, el diplomático que ha sabido captarse dentro de nuestra sociedad más rápidos y sólidos afectos, por su carácter y la simpatía que irradia su persona. Trasladado a Buenos Aires en 1919, después de ocupar las secretarías de Legación en Londres, Roma y Petrogrado, conquistó gran popularidad en nuestros salones y clubs.

En cuanto a don Manuel Blasco López, recientemente incorporado a la embajada en la Argentina, es un hombre joven lleno de porvenir y con antecedentes de familia que auguran que su carrera diplomática, iniciada hace apenas dos años como agregado en Berlín y como tercer secretario después en Grecia, continuará con hermosas perspectivas.

El personal de la embajada queda completo con los agregados militares señores Julián Chancel Norma, comandante de Estado Mayor, y el vizconde de Oña, comandante de Infantería, dos prestigiosos jefes del ejército español, y con los agregados civiles don Antonio Maura, nombre y apellido que equivalen a credenciales de inteligencia y patriotismo, y el marqués de Salamanca, cuyo título nos inhibe de mayores comentarios.

DON ALFONSO DANVILA Y BURGUERO, MINISTRO-CONSEJERO.

EL MARQUÉS DE AMPOSTA CON EL ALTO PERSONAL DE LA EMBAJADA.

E M I L I O D U P U Y D E L O M E

EL HOSPITAL ESPAÑOL

Hay en este hospital de los españoles dos espíritus que asistieron a la benéfica creación: uno colectivo, que es la caridad; otro humano, femenino, que se llama Sor Josefina. Desde el día 8 de diciembre de 1877 ambos espíritus prestan, sin interrupciones ni desmayos, sus nobles y filantrópicos servicios. Y esta reverenda hermana, que dirige la administración interna y el cuidado inmediato de los enfermos, es el hada diligente y bienhechora del hospital. Durante cuarenta y cinco años centenares de facultativos, religiosas y enfermeros han pasado por aquella benemérita fundación, mientras sor Josefina, cuyos años prolongue Dios para bien de los dolientes, sigue, modesta e incansable, ocupando su puesto de honor.

¡Un hospital de españoles, en tierra lejana! ¡Figuraos qué semillero de nostalgias, avivadas por los males! Cada uno de los tristes, cada uno de los postrados, oye la voz interior que le recuerda todos los detalles de su vida en el remoto país nativo, una voz que el dolor hace más honda y perentoria. Contra ese mal anímico no hay remedios en la farmacopea; únicamente las palabras maternales consiguen aliviarlo. Y ese es el piadoso cometido de sor Josefina y de las hermanas que ella dirige.

El otro espíritu, esa ansia colectiva de hacer un bien de caridad, comenzó a producir resultados prácticos entre los residentes españoles a mediados del siglo XIX. Las difíciles circunstancias por que atravesaba la República Argentina retardaron esta aspiración común. Ya en 1852, a la caída de Rozas, aprovechando un resurgimiento de la libertad, creóse la Sala Española de Comercio, y allí, entre otras iniciativas felices, surge el pensamiento altruísta. Para este fin fué creada la Sociedad de Beneficencia Española.

De entre los buenos y entusiastas españoles, que no escatimaron sacrificios para ver corona-

UNA GALERÍA DE LAS SALAS DE CARIDAD.

UN ASPECTO DEL HALL Y ESCALERA CENTRAL.

PATIO Y FRENTE DE LA CAPILLA.

SALA DE RECIBO DE LAS HERMANAS. — SALÓN DEL DIRECTORIO. — CAPILLA.

dos por el éxito sus esfuerzos, no faltó uno que, estando próximo a morir, lejos de la patria y sin familia, quiso arbitrar los medios para que se llevara a la realización la magnánima iniciativa, y de un impulso, propio de la raza, legó todos sus bienes, fruto de largos años de trabajo, a favor de la Comisión que llevase a término la fundación de un Hospital Español en esta ciudad. Ese benemérito español fué don Pedro Manuel de la Bárcena.

El legado lo constituía la propiedad ubicada en esta ciudad, en la calle Cuyo, 471; cuyas rentas sirvieron más tarde para ejercer los primeros actos de caridad de la Sociedad, con la contribución a los gastos que demandaron la educación de una huérfana abandonada, hija de un español, que fué adoptada por la Sociedad Española de Beneficencia, siendo por ésta llamada «la hija de la Beneficencia Española».

Hacia el año 1857, habiéndose disuelto la «Sala de Comercio Española», la Comisión, a fin de tomar posesión del legado del señor de la Bárcena, reorganizó la de la Sociedad Española de Beneficencia, y como tal, los miembros de la misma formularon un reglamento provisorio y pidieron al gobierno de la provincia de Buenos Aires la autorización para organizar la Sociedad. En 1871 la sociedad compraba el terreno de la esquina Belgrano y Rioja, y el 30 de junio del siguiente año se colocó la primera piedra del edificio. La ceremonia inaugural realizóse el 8 de diciembre de 1877, siendo padrinos doña Josefa V. de Udaeta y don Martín Berraondo.

Muchos profesionales argentinos y españoles ofrecieron sus desinteresados servicios. Los doctores Manuel Blancas, Juan García Fernández, Martín Spuch, Toribio Ayerza, José López Moselle, Felire Solá, Alberto Castaño y otros formaron el cuerpo médico. En 1878 encargóse al doctor Eduardo R. Torres el

UNA DE LAS SALAS PARA ENPERMOS POBRES.

SALA DE CARIDAD EN EL ANEXO DE TEMPERLEY.

LAVADERO DE ROPA Y COCINA EN EL ANEXO DE TEMPERLEY. — DOS TIPOS DE LAS SALAS INDIVIDUALES PARA PENSIONADOS. — EL VESTÍBULO DE UNA SALA.

VISTA GENERAL DEL ANEXO QUE EL HOSPITAL TIENE EN TEMPERLEY.

servicio general y el consultorio externo.

En el historial de la benéfica institución hay memorables efemérides, entre las que se destacan las operaciones realizadas por el célebre cirujano doctor Pirovano, Carlé, Gutiérrez, Sánchez Díaz y otros facultativos.

Los progresos materiales han sido rápidos, hasta llegar al conjunto que actualmente ofrece este nosocomio modelo. Posee, además de las magníficas salas y piezas de pensionistas y consultorios, instalaciones de radioterapia, laboratorio, baños, masajes, rayos X y demás anexos que lo colocan a la altura de los mejores hospitales modernos. En 1877 abrió sus puertas con 50 camas; en la actualidad cuenta con 370 durante las épocas normales, que se pueden ampliar hasta 445. Durante el primer año atendió a 378 enfermos, y en el ejercicio de 1921 prestó asistencia a 3262 internos y 17.906 en los consultorios externos, además de 84.876 visitas.

La Sociedad de Beneficencia Española ha establecido también, como anexo de esta obra, el hospital de Temperley, donde se alojan 150 enfermos crónicos, y otras instituciones benéficas.

Hállase a cargo de la dirección el doctor José Badía, distinguido facultativo, que desde 1911 desempeña admirablemente sus difíciles funciones, y de la subdirección el doctor Raúl Sánchez Díaz. Forman el personal los doctores López de Gomara, Jáuregui, Gutiérrez (Vicente), Orcoyen, Serantes, Baliña, Iribarnes, Ontaneda, Peña, Muñoz de Toro, Gutiérrez (A.), Gabriel Moner, Oyarbide, Barambio, Fernández Pusso, Ortega y Berasam.

Esta fundación, que presta inapreciables servicios a la colectividad española, tiene la enorme ventaja de no parecer un hospital. Encuéntrase allí, gracias a la inteligente disposición de las instalaciones y al trato concedido a los enfermos, algo de familiar que borra ese aire de rigidez, de frialdad tan propio de tales establecimientos.

EL LABORATORIO DE ANÁLISIS Y LA SALA DE ESTERILIZACIONES, MAGNÍFICOS MODELOS DE ADELANTO EN SU GÉNERO

LA SALA DE OPERACIONES Y DEPARTAMENTO DE RADIOGRAFÍA, DEPENDENCIAS ADMIRABLEMENTE INSTALADAS.

TRES CEREMONIAS MEMORABLES: VISITAS DE LA INFANTA ISABEL, DEL PRÍNCIPE FERNANDO DE BAVIERA, Y BENDICIÓN DE LAS OBRAS INAUGURADAS EL 23 DE ABRIL DE 1922 POR EL NUNCIO APOSTÓLICO.

EL DR. AVELINO GUTIERREZ

Presidente de la Institución Cultural Española

EL rey Alfonso VI el Bravo, llegando a Tarifa en el año 1080, hizo entrar su caballo en el mar y dijo con ingenua petulancia:

— He llegado hasta los límites de España.

Años más tarde, del corazón de Extremadura y de las rocas cantábricas debían partir los Pizarro y los Elcano, almas de verdaderos reyes, para negarle al bravo batallador la noción tan patriótica como geográfica que tenía de España. Los límites de España pasaban más allá. Donde los ojos de los hombres que defendían celadas y enrejados no podían alcanzar. «El sol no se pondría en ellos», comentaba luego el Emperador.

Ha habido en España dos razas. La que ponía al cielo por testigo y fin de su misión: Santa Teresa y los reyes Castellanos. Ha habido otra que no ha encontrado el paraíso y se ha echado a la ventura del mar y de la tierra llevando en su cruzada más allá todavía los límites eternos de España. De estos seres que atrae el dolor de lo desconocido, modelados en las manos toscas del destino, es el doctor Avelino Gutiérrez. Anduvo. Siguió la extensión del horizonte. Y cuando pareció echar raíces en un punto, fué para penetrarlo perpendicularmente. Horadó, analizó al hombre desde la célula, y extrajo — en esos comienzos de la vida en que el hombre es, como decía un filósofo, nada más que «una enfermedad del barro» — el concepto, la medida humana que no le quita. Porque este héroe del trabajo no ama lo heroico, no lo comprende.

Maestro de anatomía de más de veinte generaciones médicas argentinas, hacia él se vuelven nuestros cirujanos para llamarle maestro. Es el profesor que no cree jamás llegado el término de su investigación, y con cotidiana buena fe, analiza, discute y controla las teorías que surgen en estas matemáticas imprecisas de la ciencia que es la medicina. Su juventud espiritual le presta agilidad. La antorcha no le cae de las manos y es en la rápida carrera el conductor seguro de los sabios de mañana.

He ido a verle a su consultorio. Llevaba en una mano un lápiz para recoger impresiones. En la otra una máquina fotográfica para corregir la vaguedad de la impresión personal por la precisión gráfica del grabado. El doctor Gutiérrez se ha negado a ocupar una página en este número consagrado a la raza española. Teníale delante mío elocuente:

La piel de la cara pegada al hueso transparentando una poderosa arquitectura ósea, la mandíbula fuerte, la frente hacia atrás para no quitarle luz a los ojos. Los cabellos tornando al gris. En todo aquel rostro asimetrías, equilibrios conseguidos con dificultad, a grandes rasgos, y sin amabilidad. El cuerpo escondido tras de la blusa blanca del facultativo y, en primer término siempre, las manos ricas de vida y seguras como las de los marineros que suben a las jarcias. La cabeza un poco entre los hombros para sentirse segura en el cuerpo mediano, macizo, enérgico. La voz grave, hachada, imperiosa.

— No hay que confundir los valores — me ha dicho. Los españoles, tenemos ese pecado. Y nos causa grave perjuicio. Ocupando en este número el homenaje a Cajal una página, yo debo retirarme. Me siento muy pequeño a su lado.

Este hombre, que sabe cuán semejantes somos sobre la mesa de disección, respeta la jerarquía como un monárquico, asegurándonos — para vencer mi obstinación — que si se retrae, no lo es por timidez. La verdad, la tenemos de buena fuente y a pesar suyo. Es un modesto. Momentos antes Roberto Levillier nos ha relatado el viaje del maestro por España. Allá se le quiso premiar, condecorar. El doctor Gutiérrez no aceptó la Cruz de Isabel la Católica ofrecida repetidas veces por el rey.

— No quiero — dijo — que la obra que realizo como español pudiera tener otra finalidad que la de hacer bien a España. No me mueve otro propósito. No caben, pues, compensaciones honoríficas.

No era al médico a quien quería honrarse, distinguiéndolo el gobierno real. Era al alma activa de ese comité para mejor conocimiento y divulgación del pensamiento hispano en América. La Cultural Española es de su iniciativa. Detrás de la institución esencialmente espiritual está la garra del hombre de la raza fuerte y tenaz, que negó al rey Alfonso VI haber llegado a los límites de España, en aquella legendaria circunstancia. Mientras las potencias violentamente civilizadas y civilizadoras de Europa extendían su influencia sobre América por el libro y el conferenciante, la Argentina ignoraba el arte, el pensamiento y las doctrinas españolas. No se conocía a sus artistas ni a sus filósofos. El doctor Gutiérrez, ocultándose detrás de la Cultural Española, conquistó a España nuevos mercados a sus mercaderías de calidad, las más nobles, las más altas, las más honrosas. Ortega y Gasset, Adolfo Posada, Rafael de Altamira fueron los embajadores que debían unir íntimamente a los dos pueblos por una idea compartida en común a despecho de los hombres políticos, que siempre tienen la suficiencia y la extensión de miras del rey aquel en la playa de Tarifa.

La Cultural Española ha devuelto a la madre patria, el relieve moral y científico que la propaganda de los otros países de Europa se había entretenido en hacer poco representativo para los argentinos, teniendo por programa el que el doctor Gutiérrez expuso en su obra y en su ideal y que podría sintetizarse en el molde simple del adagio que dice: «quienes bien se conocen, bien se quieren».

La historia de la Cultural es muy simple: Un pensamiento y un sentimiento fundamental: producir el acercamiento intelectual entre España y la Argentina, dando a conocer en la Argentina algo de lo que se hace y sabe en España y viceversa, e impulsar la cultura de ambos países.

La Cultural no tiene edificio, ni lo necesita; vive humildemente y de prestado.

A este respecto, es la menor cantidad de materia que puede ser, y ojalá que por contraposición fuera la mayor cantidad de espíritu que pudiera desearse.

Queriendo establecer un activo intercambio en las relaciones espirituales de España y la Argentina, y propender al desarrollo cultural de ambos países, no hemos dejado de ofrecer un ejemplo a los españoles de España con esta obra que prefería a las palabras y discursos de retórica fácil, el sacrificio silencioso.

¿De qué modo y por qué medios?

Fundando cátedra en la Universidad de Buenos Aires, y trayendo, para desempeñarla, a profesores españoles. Para ello necesitábamos dos cosas: capital o medios con que retribuir a los profesores, y luego que éstos pudieran y quisieran venir a ocupar la cátedra.

El capital ya lo tenemos, merced a la generosidad y bien entendido patriotismo de los españoles, y los profesores vienen año tras año, mandados por la Junta para Ampliación de Estudios de España. La obra está en marcha, con el resultado que todos hemos podido apreciar. Para que ella tenga carácter de seriedad y respeto, la hemos puesto aquí bajo el patrocinio moral y científico de la Universidad de Buenos Aires, y en España, bajo el patrocinio moral y científico de la Junta para Ampliación de Estudios.

La obra cultural de la Colectividad Española ha merecido ser imitada por otras colectividades, ya por sí o con la cooperación de sus estados respectivos. Francia y la colectividad francesa han creado el Instituto de las Universidades de Francia. La colectividad alemana ha fundado, con la cooperación de argentinos, la Sociedad Cultural Germano-Argentina, y la italiana se dispone a crear también su propio instituto.

Hasta hoy nuestra sociedad no ha sido igualada por ninguna otra en la nota científica, y en cuanto a lo demás, siempre habrá que decir que es simpática sobre todas, siendo la más generosa.

Nuestra institución trae el profesor, y lo cede a la Universidad a título gratuito.

Nos congratulamos mucho de que las demás colectividades vayan constituyendo institutos y cátedras; desearíamos que todas lo hicieran y tuvieran la suya. Todo eso no haría sino elevar el nivel cultural de este pueblo, y ello tendría que redundar en beneficio de España y de su cultura. En cultura, lo que es argentino es español y lo español argentino. Nos basta para nuestros anhelos con que los profesores que nos guían se expresen en lenguaje que podamos entender.

La Cultural Española, nacida como un homenaje a Menéndez Pelayo, ha querido, en ocasión del jubileo a Cajal, la figura científica más grande que tiene España, contribuir en una forma aplicada y tangible a la demostración. La Cultural, deseando cooperar al desarrollo de la ciencia española, se propone ir en ayuda de sus estudiosos, llevando a España sabios extranjeros en aquellos sectores en que más los necesitamos, para que, en unión de los mejores profesores españoles, abran cursos de investigación sobre determinados puntos de la ciencia. Estos cursos serían para profesionales especializados (argentinos y españoles) que desearan seguir las investigaciones que en ellos se desarrollaran, haciendo uso de las becas que acordaran la Junta, las Facultades o el Estado.

He aquí cómo, indirectamente y con ocasión del homenaje a Cajal, la Cultural Española de la Argentina, complementando su obra, iría a la creación de una escuela de investigaciones científicas y a la formación de un vivero científico de donde habrían de salir los sabios del futuro, en determinados sectores de las ciencias. Esta obra de grandes alientos será nuestro homenaje a Cajal.

¿No les parece a nuestros compatriotas de allende los mares que es algo más práctico y viable que la famosa Universidad Hispano-Americana de que se viene hablando en estos últimos tiempos?

Nosotros entendemos que se pueden constituir en diversos sectores de la ciencia escuelas, institutos y laboratorios de investigación, dirigidos por nuestros profesores, o bien trayendo profesores del extranjero, si nosotros no tuviéramos sabios de primera fila a quienes pudiéramos encomendar la dirección.

Se podrían así organizar cursos de no menos de dos años de duración, uniendo al sabio extranjero profesores españoles y enseñando a profesionales especializados.

A estos institutos y a estos cursos acudirían de fijo los hispanoamericanos, becados y no becados.

¿Qué sería la Universidad Hispano-Americana de que nos hablan? Sería una simple denominación, un remedo de las existentes, o tendría un contenido y una estructura también especial. ¿Sería la tal Universidad un organismo sostenido en comandita por el Estado español y los Estados hispanoamericanos? ¿Sería una Universidad sostenida por el Estado español, dirigida y regentada por profesores españoles e hispanoamericanos? ¿Sería una Universidad sostenida por el Estado español y dirigida por profesores españoles, en la que se harían estudios de interés particular a las naciones hispanoamericanas y a España? ¿Sería una Universidad sostenida por España y Estados hispanoamericanos, pero regentada por profesores extranjeros?

Yo creo que nadie ha dicho en qué consistiría esa nueva Universidad, y si no se ha dicho es porque no se tiene plan ni concepto de ella y prefieren callarse, los que la imaginaron, a no caer en el lugar común de tener que repetir el plan de cualquiera de las Universidades existentes, tanto en profesorado como en laboratorios y organización. Y ahora una pregunta:

¿Para qué una nueva Universidad? ¿No sería lo mismo, o mejor, levantar el nivel científico de una de las existentes: Madrid, Barcelona, Sevilla?

La Cultural de la Colectividad Española, al idear una escuela de investigaciones científicas, ha resuelto el problema de su sostenimiento. Hemos reunido un capital, y este capital produce intereses. Con los intereses sostendremos la obra. De los intereses solamente haremos uso. El capital no lo tocaremos por nada y la obra perdurará.

Con los intereses que produzca el capital crearemos premios, y a los premios le buscaremos también interés, dándolo como sobresueldo a los profesores, para hacerles posible su dedicación exclusiva a los trabajos de investigación y a la ciencia pura.

Tendremos así: 1.º, profesores dedicados a investigación organizados en forma de escuela; 2.º, producción científica (la que ellos y los becados hagan); 3.º, formación de discípulos con los mismos becados; 4.º, creación de escuelas por la organización que se diera a la obra.

Los premios dados de esa manera producirían intereses múltiples, intereses más que compuestos.

Hemos hablado de traer profesores del extranjero, y bien se comprende que ha de ser en aquellas ciencias en que más lo necesitamos. Con el interés que produzca el capital que reuniremos, creo yo que podremos traer y pagar un profesor extranjero y dar a dos profesores españoles un sobresueldo de cinco o seis mil pesetas cada uno.

Cada cuatro o cinco años podríamos hacer una interrupción, y ese año en que no se trae profesor, se invertirían los intereses en premios, para premiar a los mejores trabajos que se hubieran realizado en los laboratorios del Instituto de Investigaciones en el transcurso de los cinco años anteriores.

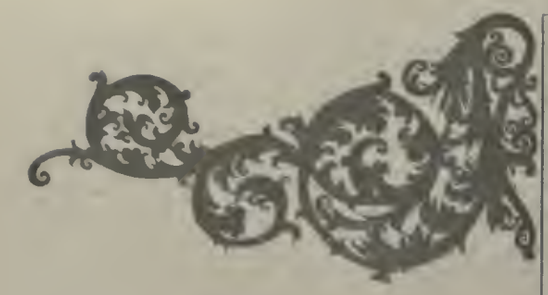
Si ya pudieran continuar la obra los auxiliares españoles, uno de ellos podría encargarse de la dirección, y entonces se debería traer otro profesor para otra disciplina científica, cargando el Estado con el pago del sobresueldo que se diera al profesor español que tomara la dirección de la materia.

Todo esto es bastante pretencioso y aun así más viable que la pomposa Universidad Hispano-Americana, y por cierto de un resultado tanto más inmediato como eficaz.

Con esta y otras obras, los españoles de la Argentina están demostrando a los españoles de España que comprenden mejor que ellos el problema de hacer una España grande.

Ya sabemos que contra la afirmación de que «los españoles de aquí vemos más claro y estamos en disposición de aconsejar a los españoles de allá» se revolverán airados muchos de nuestros compatriotas de allende, pero esa es la verdad; por la sencilla razón de que no arrastramos la pesada impedimenta de la tradición y rutina, que es una fuerza de inercia poderosa.

AVELINO GUTIERREZ



CLUB ESPAÑOL

En el año 1852, es decir hace 70 años, fué fundado el Club Español, bajo el nombre de «Sala Española de Comercio» por iniciativa de don Vicente Rosa. Desde esa fecha hasta ahora, el Club Español ha sido y es el «alma máter» de la colectividad española, y el que ha auxiliado y contribuído a la fundación, desenvolvimiento y prestigio de cuantas instituciones españolas de verdadera importancia se han organizado en esta capital.

El punto de arranque de su existencia se basó en el estrechamiento de afectos, en la vinculación hispanoargentina, y buena prueba de ello dió con el rasgo caballeresco de ceder su lujosa mansión al ejército argentino, para celebrar en sus salones la conmemoración del 11 de Septiembre, o sea el derrocamiento de la República Unitaria, substituida por la federal en vigencia.

Un viejo periódico de aquella época, «El Progreso», al reseñar aquella hermosa fiesta denominó a la sociedad cuyos salones habían sido teatro del gran acontecimiento social, «Club Español», y ese fué el nombre que se adoptó después de 1872.

El primer presidente de la institución fué don Esteban Rams y Rubert, que ocupó la presidencia de la «Sala Española de Comercio» desde 1852 al 53, y luego fué presidente de la misma, que llevaba el nombre de «Casino Español», desde 1863 a 1864.

Formaban la primera junta directiva, acompañando a don Esteban Rams y Rubert, los señores José Miguel Bravo, Francisco Gómez Díez, Saturnino Soriano, Vicente Rosa, Francisco Basabe, Enrique Ochoa, Lázaro Elortondo y don Vicente Casares.

El presidente Rams, dice la historia del Club Español, inició con una fuerte cantidad una subscripción para adquirir moblaje y socorrer a los españoles necesitados, subscripción que en el primer momento produjo la respetable suma de 275.000 pesos.

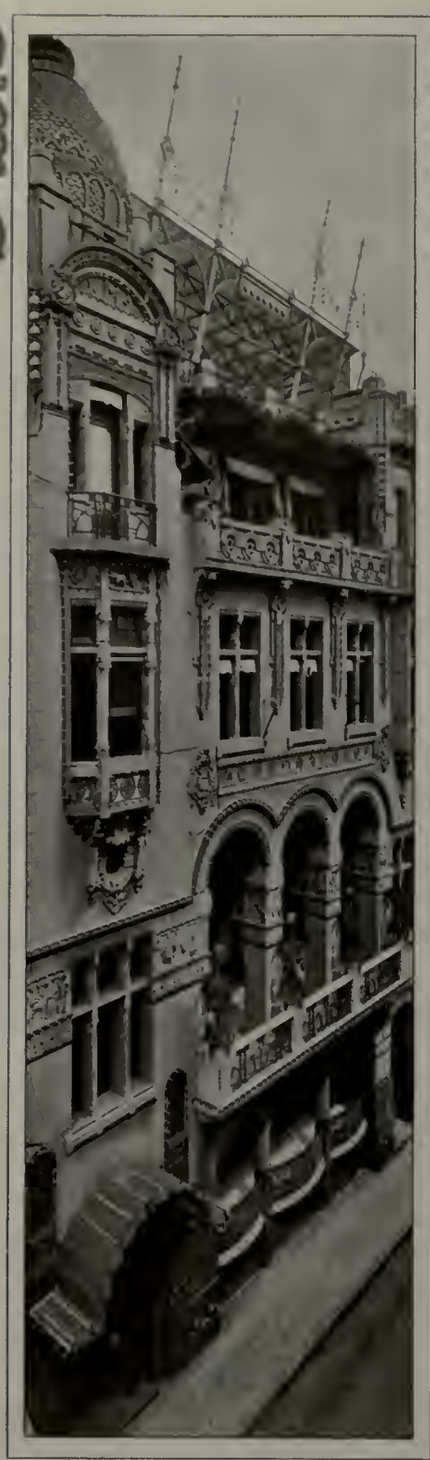
El 31 de diciembre de 1853 se realizó la primera asamblea general de socios, y en ella quedaron aprobados los estatutos y reglamento, que fijaban los fines de la sociedad. En 1857 fué disuelta la «Sala Española de Comercio», origen, como ya hemos dicho, del actual Club Español, y sus socios, que estuvieron conformes en mantener un centro recreativo, siguieron reuniéndose, en tertulias, en lo que denominaron «Casino», propiedad del señor Moor, hasta que, oficialmente, se constituyó, bajo la denominación de «Casino Español», el 8 de septiembre de 1866, instalándose en la calle Victoria entre las de Piedras y Chacabuco, siendo entonces su primer presidente don Pedro Sorella y Mauri, al que siguió el doctor don Miguel Puiggari.

Más tarde, allá por el año 1869, el Casino Español, recordando las bases de su origen, fundó el «Asilo de Beneficencia».

Siendo presidente don Narciso Zepedano, y en la asamblea extraordinaria celebrada bajo su presidencia el 23 de marzo del año 1873, se aprobó un reglamento por el cual se ampliaba el objeto de la sociedad creándose una serie de nuevas e importantes comisiones, a saber: una de fiestas; otra encargada de formar una escuela internacional de adultos y huérfanos; otra para el estudio de la inmigración española, y otra que tenía por objeto el fomentar y dar a conocer la literatura española, con encargo de realizar un tratado literario entre España y esta República, siendo, además, su principal misión la de organizar conferencias literarias, fomentar y organizar la biblioteca social, y establecer, de acuerdo con la comisión especial mercantil, una cátedra de Derecho Mercantil y Economía Política.

En 1878 se trasladó el Club a la casa número 139 (antigua numeración) de la calle Victoria, y ne 1887, durante la honrosa y brillante presidencia de don Rafael Calzada, a la casa construída con destino a esta sociedad por los señores don Félix y don Juan Bernasconi, en la misma calle Victoria, tomando posesión de ella el 28 de octubre.

El 2 de mayo de 1895, siendo presidente don Manuel Hortal Toroba, se trasladó al palacio propiedad del acaudalado compatriota don Manuel Durán, sito en la calle Bartolomé Mitre esquina a la de Artes, hoy Carlos Pellegrini, en cuyo suntuoso edificio ha permanecido, hasta que tomó posesión del actual



FACHADA DEL EDIFICIO SOCIAL.

ENTRADA PRINCIPAL DE LA PLANTA BAJA.

AUGUSTO ARANDA — ACTUAL PRESIDENTE

Debemos felicitarnos de que una revista que con tanta justicia ocupa tan alto puesto en la labor cultural del país como "Plus Ultra" dedique un número especial a la conmemoración del Día de la Raza, pues contribuirá a proclamar que el única afecto internacional verdadero, sin egoísmos ni dobleces, que actualmente existe en el mundo, es el que liga a la vieja Iberia con sus bellas hijas de América.

Buenos Aires, octubre de 1922.

Aug. Aranda

ESCALINATA QUE CONDUCE AL PRIMER PISO.

SALA DE BILLARES.

SALÓN ESTILO ÁRABE.

palacio social de su propiedad. La importancia del Club Español, como primer centro social de la colectividad, colocada por su representación y por su historia al nivel de las grandes instituciones sociales de Buenos Aires, requería, como es natural, un gran edificio que hiciera honor a la institución, y convencida de esta necesidad, la junta directiva que regía los destinos del Club en 1907 formada bajo la presidencia del doctor Fermín F. Calzada, por los señores Manuel Núñez, Manuel Casal, Pedro Horta, César Pumarino, Antonio Varela y Manuel Méndez de Andés, tuvo la valentía de tomar esa iniciativa, y adquirió el terreno de la calle Bernardo de Irigoyen, número 172 al 180, en que actualmente se encuentra

SALA DE TRESILLO.

instalado el Club Español, por la cantidad de ciento sesenta mil pesos.

Abierto el concurso de planos para el edificio, fué premiado el del arquitecto Enrique Folkers, a quien se encargó, en consecuencia, la dirección técnica de la obra.

El 27 de septiembre de 1908 se verificó con gran pompa la colocación de la piedra fundamental, consagrada por Fray Marcelino Benavente, Obispo de Cuyo, y actuando como padrinos el presidente del Club don Fermín F. Calzada y su esposa señora Sara F. de Calzada, y asistiendo a dicho acto don Luis de la Barrera, en representación diplomática de España. El acta fué firmada por el presidente de la República y por el intendente Municipal.

Conmemorando el acto

GRAN SALÓN DE FIESTAS.

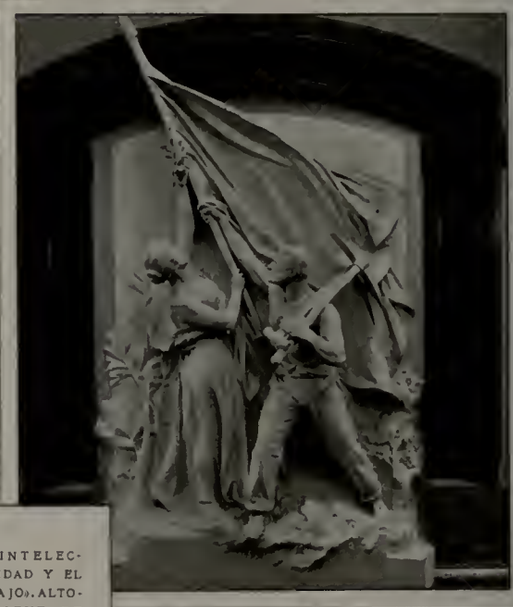
BIBLIOTECA Y SALA DE ESTUDIO.

SALA DE MÚSICA.

SALA DEL DIRECTORIO.

«LA BAILADORA». ESCULTURA DE MARIANO BENLLIURE.

«LA TRADICIÓN», DE A. QUEROL.



«LA INTELECTUALIDAD Y EL TRABAJO». ALTORRELIEVE DE BLAY.

se acuñó una medalla, obra de Blay. El 8 de mayo de 1911, el Club Español tomó posesión de su nuevo local progresando rápidamente.

Este movimiento progresista se ha acentuado desde 1920, año en que subió a la presidencia el señor Augusto Aranda, reelegido en la asamblea de julio próximo pasado. Le acompañan en su intensa gestión los señores: Alejandro Carbó, vicepresidente; José Horta, tesorero; doctor Manuel Arnáiz, secretario; y los vocales señores: Manuel Sánchez, Manuel Vieytes, Timoteo Balbín, Francisco Blanco y doctor Gabriel Moner.

Las dos presidencias del señor Aranda dejarán fausta memoria en los anales del Club Español. Persona de gran energía y exquisito gusto, el actual presidente ha realizado ya una labor administrativa y artística digna del unánime aplauso de los asociados. El club, cuyos salones y dependencias son modelos de lujo y confort, serán ampliados aprovechando una propiedad contigua adquirida para este fin, obra necesaria dado el aumento de socios y las peticiones de ingreso. Actualmente las fiestas organizadas por la comisión directiva se distinguen por su brillo y esplendidez.

Por fin el Club Español consiguió realizar, gracias a una hábil y digna dirección, el ideal que los hombres cultos de la colectividad hispana soñaban.

ALEJANDRO CARBÓ, VICE PRESIDENTE.

JOSÉ HORTA, TESORERO.

MANUEL SÁNCHEZ, VOCAL.

DR. GABRIEL MONER, VOCAL.

MANUEL VIEYTES, VOCAL.

TIMOTEO BALBÍN, VOCAL.

DR. MANUEL ARNÁIZ, SECRETARIO.

FRANCISCO BLANCO, VOCAL.

JUSTO · S LÓPEZ · D GOMARA

Es el señor Justo S. López de Gomara, director de *El Diario Español*, una de las figuras más destacadas de la colectividad a que pertenece. En la colectividad española se han destacado — y no podía ser de otra manera — personalidades fuertes y acentuadas en todos los campos de la actividad humana. En el comercio y en la industria, en la agricultura y en la ganadería, abundan los casos de españoles que por sus propios méritos se han ganado una situación expectante; pero eso ocurre también en otras colectividades. La peculiaridad de la española consiste en que, gracias a la comunidad de la lengua, se han destacado en el país en mucho mayor proporción que en las demás, trabajadores intelectuales, literarios mejor dicho, de positivo valor. Son, en realidad, legión, y la mera lista de sus nombres ocuparía un espacio de que no podemos disponer. Entre esos trabajadores literarios que el país debe a la madre patria, la inconfundible silueta del señor Justo S. López de Gomara es una de las más conocidas.

También buscó campo para su infatigable y optimista actividad, el señor López de Gomara, en la explotación de los recursos materiales del país, y triunfó; pero las íntimas inclinaciones de su espíritu le empujaban al campo de las letras, al periodismo. Se ha dicho que el periodismo es en lo moderno, para los espíritus inquietos y emprendedores, una tentación tan poderosa como los mares y tierras desconocidas lo eran para los espíritus inquietos y emprendedores de hace tres o cuatro siglos. Es probable, es casi seguro que la comparación es excesivamente favorable al periodismo; mas lo cierto es que hay en ella un fondo de verdad. El periodista del día, sobre todo en los grandes centros mundiales como en Buenos Aires, tiene algo del explorador y del conquistador. Hay en el origen de su vocación una especie de nublado místico dorado por los reflejos de una fortuna posible. Cuando el periodista novel se sienta por primera vez a la mesa que le ha indicado el Secretario de Redacción, está como el aventurero — en el significado más noble del término — que se embarca por primera vez en la nave que le llevará a su destino, que él ignora, por mucho que se lo imagine y por mucho que desee la realización de sus imaginaciones. El fin del viaje puede ser El Dorado, o una muerte prematura y violenta. Así en el caso del periodista novel: puede coronar su carrera con la dirección del diario, o concluirla en un modesto puesto de la Intendencia Municipal. El señor López de Gomara no estaba destinado a figurar en el presupuesto de la Intendencia Municipal. Para él, el periodismo no fué, como para los incapaces o para los débiles, un medio sino un fin. Los propósitos anteriores, realizados los unos, fallidos los otros, como es el caso de todos los hombres con excepción de los que no tienen propósito alguno en la vida — que son los más desgraciados a pesar de que suelen creerse los más felices, — los propósitos anteriores, decíamos, llevaban como tácito el de tener un diario desde el cual poder hablar con autoridad y con sinceridad a los españoles de la República Argentina. El intento había sido varias veces cumplido; pero la obra, por unas u otras razones, había sido poco durable. Era menester quitar al periódico español de Buenos Aires esa condición de poco durable, que esterilizaba los mejores esfuerzos poniéndolos en la pesada tarea de empezar de nuevo. Un diario de vida segura, no sometida a los azares del momento, eso quería Justo S. López de Gomara, y eso lo obtuvo y lo tiene con *El Diario Español*.

No es empeño fácil la dirección del diario de una colectividad tan numerosa como la española en nuestro país. Casi siempre, y es de felicitarse por ello, subsisten en la colectividad las divisiones de todo orden que en la patria no desaparecen sino cuando algún grave peligro la amenaza. ¿Cómo satisfacer a todos en forma que permita al diario seguir siendo el diario de la colectividad? Este es Caribdis; Escila es éste. ¿Cómo componer siempre, sin claudicaciones ni jactancias, dos patriotismos, o siquiera dos modos de ver las cosas: el de la colectividad y el del país?

Basta enunciar esas preguntas para caer en la cuenta de las dificultades, constantes y serias, que ofrece el empeño. Ahí está, quizás, la causa de ser pocos los diarios de colectividades extranjeras que, aquí y en todas partes, pueden llegar a la florida y robusta virilidad de *El Diario Español*. Esa es la obra capital de López de Gomara en su calidad de periodista, cuyos muchos méritos es inútil señalar, pues su obra es pregonero que no ha menester ayuda de nadie. Es también, el director de *El Diario Español*, un hombre de letras erudito y de gusto delicado, un poeta a la manera vigorosa del clasicismo español que pone en sus versos esta galantería caballeresca tan típica y tan inconfundible; y, sobre todo, un carácter noble y un talento muy simpático. Radicado en nuestro país desde 1880, el hidalgo periodista español es una de las mejores fuerzas vivas de la cultura nacional.

Ninguna festividad mas grandiosa y justamente consagrada, que la del dia en que cumplen sus años un mundo y una raza: América, y los pueblos unidos por el verbo de Castilla

Buenos Aires Octubre 12. 1922

J. López de Gomara

EN MAYO DE 1880.

El 31 de Mayo

Hubo en Madrid bodas reales. Bajo el palio luminoso de una espléndida mañana primaveral cruzó el cortejo por las calles que conducen desde Palacio a la iglesia de los Jerónimos. Un gentío entusiasta agolpábase en las aceras tras las dos filas de tropas; los aplausos, los bítores y las flores saludaban el paso de la carroza conocida por el nombre de Carroza de la Corona, en cuyo interior, bien visibles, iban el monarca y su prometida. El buen pueblo madrileño, siempre cariñoso con su rey, realizó una demostración de júbilo inolvidable. Diríase que casaba maternalmente al soberano nacido en Madrid, a quien había visto crecer, a quien tanto tiempo llamó Alfonsito. Unase a este cariño el que había despertado la augusta novia entre los madrileños. Todos hallábanse conformes en reconocer que doña María Victoria Eugenia, por su hermosura y sus virtudes era la esposa merecida de un soberano tan popular. Así desde las primeras horas del día acudieron en masa el vecindario y los forasteros para formar digno marco a la real comitiva. Quien conozca a aquel noble pueblo sabe la efusión ingenua que pone en sus manifestaciones afectuosas.

El momento culminante del entusiasmo, el sitio donde la comitiva lució más suntuosa fué el elegido por el célebre pintor Marcelino de Unceta, ilustre cronista gráfico de este memorable día, cuyo cuadro reproducimos.

La Corte Española se distingue por la severa fastuosidad con que realiza sus fiestas y ceremonias. No ama

de 1906.

los derroches de lujo; hay en su boato algo de familiar que la acerca al pueblo Digna por sí, no desea deslumbrar, sino presentarse noblemente. Por eso aquella comitiva huyó de las teatralidades aparatosas, y así, sin ofrecerse en espectáculo, cruzaba solemne las calles plenas de muchedumbre y de luz

Los jinetes de la Escolta Real, los palafreneros, la carroza, los príncipes y enviados, guardia de honor de los reyes, el séquito palaciego, formaban un policromo y hermoso conjunto. Lentamente, en medio de las aclamaciones y de los saludos militares, llegó el cortejo a la iglesia de los Jerónimos, en cuyo sagrado recinto verificóse la ceremonia nupcial, mientras el pueblo aguardaba la hora de saludar a los reales esposos.

Ningunas razones de Estado habían presidido a aquellas bodas. Don Alfonso y doña María Victoria Eugenia se eligieron libremente. Por eso en aquel acto hubo emociones humanas y no sólo rígida etiqueta, circunstancia que le valora más. El factor cariño, tan a menudo ausente en las reales bodas, prestaba nueva luz a ese enlace que el pueblo aplaudía maternalmente.

Y fué al regresar del templo cuando un crimen imprevisto puso sangre de súbditos en aquel acto placentero.

El atentado de la locura consiguió matar a inocentes y romper la serena comitiva; pero hizo que el afecto mutuo de los esposos se hiciese más firme, y más firme también el cariño que España profesa a su hidalgo rey y a su virtuosa y bella soberana.

BELISARIO ROLDÁN EN ESPAÑA

POR

FRANCISCO GRANDMONTAGNE

DELICADO ELOGIO ESCRITO POR GRANDMONTAGNE EN VIDA DEL EMINENTE TRIBUNO-POETA, RECUERDO DE UNA CONQUISTA ESPIRITUAL REALIZADA POR UN ARGENTINO AMANTE DE LA ESTIRPE ESPAÑOLA QUE "PLVS VLTRA" GUARDÓ PARA ESTE NÚMERO HOMENAJE.

Cada vez que paso por Madrid, de regreso de Buenos Aires, oradores y políticos amigos suelen preguntarme:

—Y, ¿qué es de don Belisario?...

—Pues allá está; muy bien.

—¡Cómo habla! Don Belisario es un orador formidable.

En Madrid se le recuerda siempre por el nombre. Cada vez que se alude a grandes oradores, surge la pregunta: «¿Oyó usted a don Belisario?» «¿Estaba usted en el Ateneo cuando habló don Belisario?» Ningún americano de cuantos han pasado por Madrid dejó un recuerdo más duradero de su arte, ni una estela más prolongada de afectos y simpatías. Verdad es que, personalmente, produjo la impresión de un madrileño por su conocimiento de la vida y costumbres de la corte, de su movimiento literario y político, del rico anecdotario de la tribuna parlamentaria, del mismo lenguaje de pueblo, con sus modismos pintorescos, que le eran familiares a través del teatro cómico y costumbrista, de ese divertido y original género chico, con cuyos intérpretes y, sobre todo, con las «intérpretas» gustaba el gran orador, en sus años floridos, mantener estrecho y constante trato. Parecía que Roldán no había salido nunca de Madrid.

—Pero ¿cómo conoce tan bien el lenguaje y costumbres de la corte, nuestras bromas y modismos? — me preguntaban.

—Ha vivido muchas noches en puro madrileño —respondía yo.

Tuve el gusto y el honor de escribir un artículo en «El Imparcial» presentándole al público español como un artista eximio de la palabra.

Moret, a la sazón jefe del gobierno y presidente del Ateneo, me llamó y me dijo: —Tengo que presentar en el Ateneo al señor Roldán. Yo no le conozco, ni sé lo que vale como orador; pero he leído su artículo y haré la presentación con arreglo a sus términos, si bien con otras palabras. Aunque lo que usted afirma me merece confianza, conste que la presentación va por su cuenta.

—No tema, señor Moret. El doctor Roldán nos dejará bien a los dos; superará con creces cuanto usted diga en la tribuna y cuanto yo he dicho en el periódico.

No era fácil el éxito. Llegaba Roldán en momentos poco propicios para la oratoria; una crítica acerba, especialmente por parte de los ateneístas, se había desatado contra ella, atribuyéndole males sin cuento en el orden político. Pero, en el fondo, esta crítica no respondía a un verdadero estado

espiritual. La elocuencia será o no será útil a este pueblo — habría mucho que hablar de ello — pero lo indudable es que le hace feliz, le emociona y le arrebata como ninguna otra forma de producción artística.

Y así se explica la curiosidad que había por oírle. Todo el vasto salón, los corredores y pasillos, las puertas, todo estaba atestado de un público intelectual. En torno a la misma tribuna se apiñaba la gente de letras, literatos, periodistas, oradores, que examinaban los menores gestos del tribuno americano. El auditorio, enterado de que se trataba, no de un político ni de un «mitinero» agitador de plebes, sino de un gran artista de la palabra, aprestóse a no perder sílaba de la conferencia.

Unos aplausos tibios, cortados por «chis» abrumador, saludaron su presencia en el escenario en compañía de Moret. El jefe del gobierno hizo la presentación en términos elocuentes, hablando de una España prolongada más allá de los mares. Al romper Roldán a hablar hubiérase sentido el aleteo de una mosca; un silencio parecido al que reina cuando un tenor famoso inicia las primeras notas de la romanza. Con el primer párrafo de agradecimiento a Moret se impuso al auditorio. Fueron sus primeras palabras un alarde de bien decir, de una sintaxis impecable, vertidas en un tono efusivo. La figura, menuda y enhiesta; la voz, varonil y dulce; la elegancia del ademán, la finura de todos sus gestos, cautivaron al instante a la selecta concurrencia.

Me hallaba yo en la primera fila, entre Melquíades Alvarez y la Pardo Bazán. Moret me miró, haciendo un gesto que podía traducirse así: «¡Vaya un orador!» La vasta sala, que tiene forma de teatro, estalló en un aplauso unánime. Por todas partes se oyó exclamar: «¡Admirable! ¡Admirable!» Interrogué con los ojos a Melquíades Alvarez. «Construye de una manera única, impecable» — me dijo al oído.

El saludo al Ateneo y a la tribuna en que hablaron tantos maestros de la elocuencia fué verdaderamente magnífico. El auditorio se sintió sacudido en todas sus fibras espirituales por aquel canto al hogar tradicional de la cultura española. Luego siguió una apología del espíritu de España y de su obra en el mundo. La palabra fluía limpia al hablar de la distinta idiosincrasia de los tipos regionales. Eran definiciones rápidas, alusivas al rasgo esencial de cada grupo. Los ateneístas estaban maravillados del perfecto conocimiento del orador acerca de la heterogénea contextura espiritual de los pobladores de la península. La observación aguda iba envuelta en la ágil metáfora, y el concepto poético era vertido en párrafos esculturales, de una perfecta y armónica construcción literaria.

El público se conmovió profundamente, entregándose por entero al orador. A partir de este punto, el Ateneo se convirtió en un verdadero alboroto de entusiasmo. Una catarata de aplausos seguía a cada párrafo, y un movimiento general de simpatía y admiración, manifestado en gestos, en vítores, en exclamaciones, demostraban que Roldán era ya algo propio, unido a nuestra vida por el lazo de un arte genuinamente español. «¡Que no se vaya! ¡Que se quede entre nosotros!» — se oía decir por todas partes. «¡Le haremos diputado por Madrid!» — exclamaban algunos.

Entró desconocido en aquella casa y salió eminente, convertido en as de un arte que será eterno en España. La ovación final fué estupenda. El público que llenaba la sala del Ateneo saludaba, puesto en pie, al gran orador bonaerense. El escenario fué materialmente asaltado por multitud de personas: periodistas, escritores y políticos, que abrazaban al conferenciante, sugestionados y conmovidos por su mágica palabra. Al cruzar luego Roldán los pasillos y galerías se renovaron a su paso las ovaciones, transmitiéndose a la calle, donde se había quedado mucha gente sin poder entrar por falta de espacio.

Por muchos años que viva y por muchos que sean sus éxitos, no podrá olvidar jamás el obtenido en la tribuna del Ateneo de Madrid, ocupada, durante medio siglo de torneos oratorios, por todos los grandes cultores de la elocuencia. En los pasillos del Ateneo, después de la conferencia, los grupos discutían a gritos, haciendo comparaciones entre Maura, Moret, Canalejas, Alvarez y Roldán. Me llamó aparte Moret, que era un hombre muy fino y cordial: «¡Qué dirá el señor Roldán de esta forma violenta de discutir! Lléveselo usted...»

— Nada de eso, don Segismundo; seguramente está encantado de esta tremolina, o bochinche como él dirá. ¿Qué le ha parecido a usted?

— Maravilloso. Posee una fuerza lírica admirable. Pero no debe ser orador parlamentario; seguramente le impedirá serlo su extraordinario buen gusto. Es un magnífico poeta-orador, y en los parlamentos impera muchas veces la prosa más cruda y detestable. Pero llévesélo usted; no son elegantes estas disputas...

Al día siguiente todos los diarios de Madrid consagraban su primera columna al orador argentino. Eran artículos vibrantes, llenos de calor en el elogio al artista. Todos coincidían con el juicio de Moret, llamándole el «primer tribuno-poeta en lengua española». Las impresiones de la prensa madrileña se transmitían a todos los periódicos de la península. Por espacio de una semana los diarios de toda España no hablaban sino de la República Argentina. Y he aquí cómo un orador lírico, un artista de la palabra, puede ser un excelente apóstol de su país, más útil acaso que el sociólogo y el economista que esparcen nociones precisas y concretas. En una ocasión, un escritor analítico, un psicólogo hablaba delante de Castelar con poco respeto sobre la oratoria. El gran tribuno, que poseía un orgullo tan alto como su elevadísima elocuencia, saltó al punto, diciendo: «Con un discurso lírico he libertado yo a doscientos mil esclavos. Quizá no logrará usted nunca otro tanto con toda su literatura psicológica.» Igualmente podría decir Roldán: «Mi discurso del Ateneo sirvió para difundir en España el conocimiento de la República Argentina mucho más que todas las estadísticas en que se cuenta el número de sus rebaños.»

La conferencia fué una síntesis histórica de los cien años de independencia, una descripción en grandes líneas panorámicas de las evoluciones que han experimentado los pueblos americanos. En su palabra maravillosa había de todo: riqueza plástica, concepto social, animada expresión para seguir el múltiple movimiento de las luchas políticas y acierto insuperable, maestría única, para elegir el adjetivo insubstituíble. Al describir las torvas figuras americanas de las guerras civiles, los ateneístas notaban su grave parecido con las españolas de ambas guerras carlistas. Facundo equivalía, en crueldad, a Cabrera, al Tigre del Maestrazgo; el Chacho era idéntico a Santa Cruz; las mismas pasiones feroces, iguales procedimientos de lucha. La palabra de Roldán llegó en este punto al máximo poder revelador; su conferencia fué la mejor monografía de las trágicas turbulencias de España y América en el trabajoso desenvolvimiento de su vida pública. Los caracteres de la raza, en la Península y en Ultramar, eran reflejados de una manera nítida y palpitante por aquella palabra que parecía reunir las condiciones del rayo: altura, luminosidad, fuego, rapidez. El público, electrizado, estalló en una ovación imponente.

La oratoria de Roldán llamó principalmente la atención por la belleza de sus metáforas y amplio espíritu alegórico. Sus imágenes, unas veces delicadas y llenas de gracia, otras veces enérgicas y rotundas, siempre de un buen gusto extraordinario, no son puras abstracciones de su fantasía, o fruto de un rapsodismo extraído de la elocuencia y de la literatura de todos los tiempos. Son, por el contrario, resultado natural de una visión directa de la realidad histórica, social y geográfica de su país, donde todo se halla en gestación formidable.

Delicadeza, humorismo, ternura, un poco de melancolía, intensidad de pensamiento no pocas veces y acierto constante en la expresión, nítida y clara como un cristal: tales son las cualidades esenciales de Belisario Roldán. En el verso, como en la oratoria, resplandecen el lirismo, la riqueza verbal y la brillantez metafórica.

Pocos como Roldán conocen los secretos de la lengua castellana. Dotado de vasta cultura clásica, con profundo conocimiento del siglo de oro, domina a la perfección su sintaxis y esas formas rotundas y vigorosas que caracterizan al idioma español. Y al propio tiempo sabe mezclar cierta rapidez, cierta flexibilidad, derivadas e impuestas por el último movimiento literario europeo, especialmente por los parnasianos y simbolistas franceses.

A estas condiciones de su estilo y a su bello estro debió el éxito clamoroso obtenido en la difícil tribuna del Ateneo de Madrid. Allí fué consagrado como el más perfecto de los cultores de la oratoria literaria. No se propone él otra cosa; no anhela acaudillar multitudes, ni redimir pueblos, ni cambiar la contextura económica, ni la faz política del mundo. Su propósito es la oratoria artística. Y justo es reconocer que lo consigue como nadie. Para Roldán el valor fundamental de las ideas es que sean reductibles a belleza expresiva.

Y así, lo mismo haría un magnífico discurso apologético sobre César que sobre Bruto, lo mismo pronunciaría una gran oración sobre Nerón que sobre sus víctimas. Los tópicos son el pretexto; lo esencial para él es la belleza de la palabra. Y, después de todo, quizá el crear belleza sea más importante que determinar si la razón la tenía Bruto o la tenía César.

¿Que Roldán no improvisa? ¡Naturalmente! No se construye prosa perfecta improvisando. Ningún orador artista improvisa. Los dos más grandes tribunos en lengua castellana, romántico uno y clásico el otro, Castelar y Martos, tampoco improvisaron sus más célebres discursos. Los llevaban construídos en la cabeza y aun los escribían previamente, dando luego, por medio del ademán, del gesto y de las inflexiones de voz, la sensación de lo improvisado.

Había en ellos dos elementos de arte: el de componer en silencio y el de decir con belleza, como verdaderos artistas de la oratoria. Lo bello se puede expresar de prisa y seguido; pero hay que haberlo pensado antes despacio. La belleza se construye lentamente.

Hace pocos días han aparecido varios originales con diversos discursos escritos por mano de Castelar. En las cuartillas, en medio y al final de los principales párrafos, se leen acotaciones como éstas: «expectación», «aplausos», «ovación». Se han consultado las versiones taquigráficas y coinciden con las acotaciones de los originales. ¡Si estaría seguro Castelar de los efectos de su palabra!

La improvisación es cosa de polemistas parlamentarios y de oradores de «meeting». Y, asimismo, los que no piensan antes lo que van a decir, generalmente dicen muchas tonterías. De ahí que los «Diarios de Sesiones» sean, como lectura, indeglutibles. En ellos no hay belleza. En cambio, quizá encierren sus páginas la salvación de los pueblos, si bien éstos no parece que estén de ello muy convencidos.

De los afectos, simpatías y admiraciones que provocó Roldán en su paso por Madrid os daré un detalle revelador. Durante veinte días no pudimos reunirnos para almorzar o cenar, pues tuvo comprometidos todos los almuerzos y cenas mientras estuvo en la corte. La aristocracia, los políticos y los intelectuales se disputaron el honor de agasajarle con una cordialidad y una efusión que ha de perdurar en su memoria.

Por último se le dió un banquete monstruo en el teatro de la Comedia, uno de los mayores de Madrid. Asistieron no menos de mil quinientas personas que representaban la intelectualidad española. Bajo la dirección de Benlliure, el teatro fué soberbiamente adornado con profusión de flores traídas de Valencia. Al final de la comida los palcos fueron ocupados por elegantes damas de la aristocracia, que deseaban escuchar a Roldán al dar las gracias a don Gumersindo Azcárate, encargado de ofrecer el homenaje.

A pesar de los años transcurridos, los asistentes al Ateneo siguen recordando a don Belisario. Y la muletilla se ha hecho general en Madrid:

— ¿Oyó usted a don Belisario?

— No.

— Pues no sabe usted lo que es hablar...

CASA DE GALICIA

No por desdén a lo pequeño —que en él echan a veces su raíz las grandes cosas,— por amor a la verdad debemos proclamar el noble abolengo de Casa de Galicia. Nuestra querida institución regional apareció en la vida de manera inusitada, heroicamente. El concierto de voluntades entusiastas, que es, de ordinario, el germen fecundísimo de las agrupaciones españolas, exaltóse a su potencia máxima para fundar la Casa de Galicia: no fueron individuos sus creadores, sino sociedades; la voluntad colectiva, organizada y fuerte, impuso con fortuna la prioridad de su rango indiscutible. Allá por el mes de septiembre de 1918, cuatro sociedades regionales, Orfeón Gallego Primitivo, Agrupación Artística Gallega, Asociación Coral Gallega y A Terra, ceñidas por un abrazo de la hermandad más pura, desaparecían estoicamente para dar vida, con su muerte, a Casa de Galicia. Al que desconozca el poderoso individualismo de nuestros paisanos, que imprime rasgos inconfundibles a su carácter, ya tenaz de por sí, nada extraño hallará en ese nacimiento; pero a los que no ignoramos aquella virtud tan reciamente mantenida, nos asombra el sacrificio que hicieron de ella las sociedades progenitoras de Casa de Galicia. Noble desinterés, abnegación admirable, que nos recuerda la de ciertos organismos que se aniquilan una vez satisfecha la divina misión de procrear, y ofrecen, en cruento holocausto a la vida, su carroña como primer sustento a la prole numerosa. En todo el tiempo transcurrido desde que así hubo de nacer, no se hizo traición a

SR. JOSÉ VILLAMARÍN, ACTUAL PRESIDENTE DE LA INSTITUCIÓN.

XANTAR EN HONOR DEL CONSEJO NACIONAL DE MUJERES.

GRUPO DE COMENSALES AL XANTAR A BENAVENTE.

los fines señalados por tan ilustres fundadores. Encendida está la hoguera que mantiene en fusión de afectos los altos ideales de la Casa: en el profundo amor a España se amalgaman el carísimo de la tierra «meiga» y el otro fraternal, sincero, a este país, cuyos hijos se confunden con nosotros en el íntimo regocijo de los «Xantares», en la emoción estética del arte y en el santo respeto que la ciencia inspira.

Sólo siguiendo esa marcha podrá Casa de Galicia ostentar la representación de la compleja colectividad de los galaicos en esta República; de esas gentes que, como lo decíamos en «Acción Gallega», la revista de la Casa, a la uniformidad de un buen sentir unen la variedad armoniosa de sus aptitudes: labradores que del agro gallego, tan inagotable como antiguo, hicieron jardín y besana, ofreciendo inspiración eterna a sus poetas, y al arte la égloga magnífica del honesto vivir aldeano; marineros de purísima estirpe, bravos como lobos, ingenuos cual infantes, que aprendieron heroísmo anónimo en la dura cátedra de las procelas; pastores que alternaron en la umbría de los sotos galaicos el honroso ejercicio de su menester con aquel altísimo de conservar la tradición amada en lo dulce de sus cantares, en la narración familiar y en el picaresco decir; arrogantes mozos, altos como lanzas, fuertes como pinos, fieles como rodrigones; clérigos y estudiantes; artesanos y físicos; letrados y poetas; comerciantes y artistas, y rapazas donairosas que inspirarían los mejores versos de un Arcipreste gentil o del galante Santillana: que por virtud de ellas y no por suerte han sido siempre mozas de trabajo, que no del partido... Gentes en número y calidad bastantes para fundar una nación ilustre si no las amarrasen a la suya gloriosa los más fuertes lazos, que por no padecer olvido hacen más intenso el sufrir de ausencia...

ANTONIO R. DE FRAGA

CABECERA DE LA MESA DEL XANTAR EN HOMENAJE A MARÍA PITA.

EL DR. ANTONIO R. DE FRAGA PRONUNCIANDO SU DISCURSO.

EL XANTAR EN HOMENAJE A DON FRANCISCO GRANDMONTAGNE.

EL DOCTOR AVELINO GUTIÉRREZ HACIENDO EL PANEGÍRICO DE CAJAL.

La muerte de la huertana

Como un altar blanco, cubierto de flores,
se alzaba la mesa;
y allí colocada, tendida a lo largo,
entre cuatro tablas y entre cuatro velas,
cruzadas las manos
rígidas y bellas,
cerradas por siempre
las pestañas negras,
en medio de un grupo de gente enlutada,
estaba la muerta.
Cubría su cuerpo
aquel floreado vestido de seda
que en la cabalgata
lució por Valencia,
montada a la grupa con su novio Paco,
cruzando entre aplausos la alegre Alameda.
¡Quién pensara entonces
que el rico vestido de flores sangrientas,
que el inmaculado pañuelo de encaje,
las agujas de oro, la fina peineta
y las arracadas,
serían mortaja de la ribereña!

Todas las barracas quedaron sin gente.
Allá, en la lejana torre de una iglesia,
dobla a muerto un bronce...
¡Es la despedida doliente y eterna!
Sobre la barraca
una cruz de hierro preside la escena:
hay un jilguerillo dentro de una jaula
colgada en un clavo próximo a la puerta,
y el pájaro esponja su leve plumaje
en señal de duelo por la joven dueña.

El perro, tendido
al pie de la parra, detrás de una piedra,
levantando a ratos los ojos al cielo,
aúlla con tristeza.
Entre los espejos de los arrozales,
por largos senderos los vecinos llegan
vestidos de negro,
¡la ropa de muerte, de boda y de fiesta!

Lucha en la barraca con la luz del día
la luz de las velas.
Tendida en la caja, sonríe la virgen
como si durmiera,
y en su faz inmóvil fijas las miradas,
hay grupos de chicos y filas de viejas,
hombres atezados y mozos sombríos.
El vicario reza...
Una moza espanta con su «mocaorcico»
las moscas que acuden a la boca seca;
otra mano amiga
alisa en las sienes la obscura guedeja;
y unas labradoras, allá junto al pozo,
en son de reproche con ira comentan
que vino la muerte por el desengaño
de casarse el novio con otra en Valencia.
La pobre huertana
empezó a amustiarse y a tener ojeras,
a ponerse blanca como los jazmines,
a llorar a solas y a perder las fuerzas.
Al toser, manchaba de sangre el pañuelo,
y se iba quedando lo mismo que cera:
¡ella, que era envidia
de rosas y fresas!

Y así fué, traidora, viniendo la muerte.
La pobre muchacha voló de la tierra
como un pajarico,
nombrando a su novio, sin odio ni pena...

Terminó el vicario su oración piadosa,
bendijo a la muerta,
se arregló el manteo, volvióse a los mozos,
les hizo una seña
y alzaron la tapa...
La madre, llorando, se abrazó frenética
al cuerpo querido: — «¡Ay, filla del ánima!
¡Luserico meu! ¡Ay, ma Visanteta!»
El padre, rugiendo,
en la del cadáver dobló su cabeza;
el llanto amoroso se quedó prendido
entre las pestañas, entre las guedejas,
y rodó en los labios morados y secos
igual que un rocío sobre una violeta.

Pudieron los hombres
a fuerza de fuerza
llevarse a los padres. Clavaron el féretro;
los mozos, en hombros, lo sacaron fuera;
y bajo las ramas de los naranjales,
y al blando murmurio de pardas acequias,
íbase alejando la fúnebre caja
con rumbo al regazo de la madre tierra,
entre los adioses de los pajarillos,
entre los saludos de las cañas secas,
el vago perfume de los limoneros
y el hondo silencio de toda la huerta.

V. Serrano Clavero

ILUSTRACIÓN DE LARCO

ADELA JUSTO DE CASÁS, PRESIDENTA HONORARIA Y FUNDADORA.

ISABEL BRIONES DESÁENZ, PRESIDENTA HONORARIA Y FUNDADORA.

Patronato Español

GRUPO DE ASILADAS ORANDO EN LA CAPILLA.

Cuando el 30 de agosto del año 1912 un grupo de damas, vinculadas a la madre patria por su origen o por su enlace con españoles, realizó su primera reunión en uno de los salones contiguos a la iglesia de Regina Martyrum para tratar de formar una asociación que velara por los huérfanos de españoles que no contaran en la Argentina con apoyo alguno, aquel proyecto pareció ilusión, que se ve convertida hoy en hermosa realidad gracias al esfuerzo de un grupo de damas de la colectividad, que con su inteligencia y su energía han cimentado lo que será una obra grandiosa.

El 3 de diciembre de 1912, gracias a la generosidad del señor Manuel Quemada, se inauguraba solemnemente, en Carlos Calvo, 2230, la casa del Patronato.

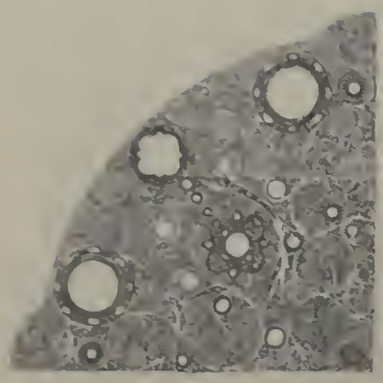
La casa se puso al cuidado de las religiosas españolas Carmelitas Terciarias, quienes, además del cuidado de los niños huérfanos, atendían y atienden hoy solícitamente, a las jóvenes que llegan de España, solas, faltas de apoyo y experiencia.

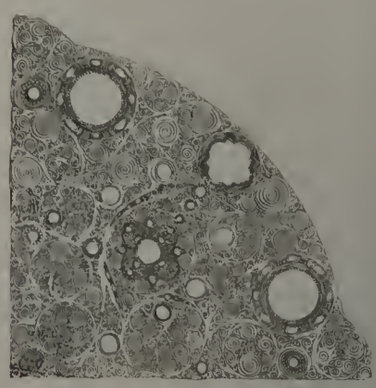
La organización interna del Patronato Español es perfecta. Basta visitar una vez el establecimiento, que tiene hoy su sede en la calle Federico Lacroze, 2912, para apreciarlo. Habitaciones bien aireadas, ropa limpia, buenos alimentos, enseñanza sencilla y provechosa, y un ambiente de paz que se infiltra hasta el alma.

La hora del recreo en el Patronato Español produce la sensación de que una bandada de pájaros hubiera ido a posarse en los grandes patios. Una algarabía deliciosa resuena en todas las dependencias del establecimiento.

Aun cuando el edificio del Patronato Español sólo tiene cabida para unos ochenta niños, la comisión ha adquirido fincas lindantes con el edificio actual, y eso permitirá que en un porvenir, no lejano por cierto, el edificio de hoy pueda ampliarse.

TANTO EN LOS MOMENTOS DEDICADOS AL ESTUDIO, COMO EN LAS HORAS DE EXPANSIÓN, SON SIEMPRE LAS HERMANAS ÁNGELES TUTELARES DE LOS HUÉRFANOS.





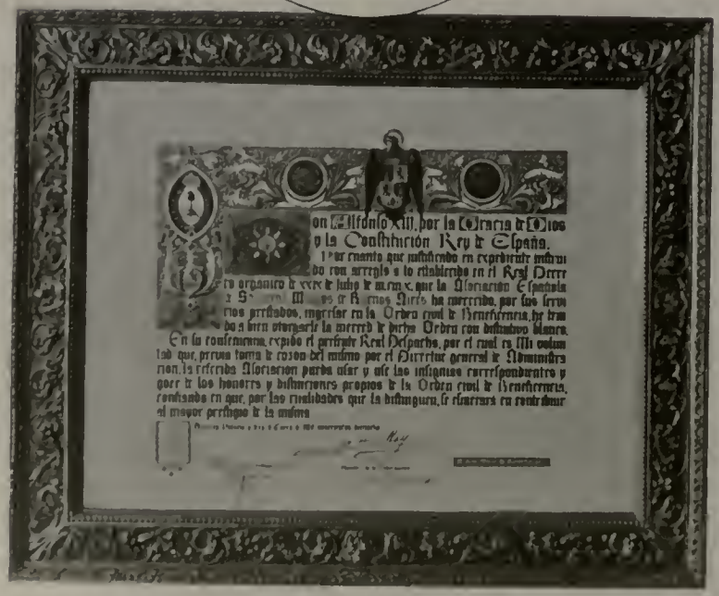
DON VICENTE CASARES, PRIMER PRESIDENTE DE LA INSTITUCIÓN.

EDIFICIO SOCIAL

DON JULIO MAQUIEIRA RODRÍGUEZ, ACTUAL PRESIDENTE.

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE SOCORROS MUTUOS DE BUENOS AIRES

LA CRUZ DE BENEFICENCIA OTORGADA POR EL REY DE ESPAÑA.



REAL ORDEN CONDECORANDO A LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE SOCORROS MUTUOS CON LA GRAN CRUZ DE BENEFICENCIA.

Para hablar de los tiempos de la fundación de la Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires, sería necesario hablar también de los tiempos de la organización del país. La historia de esta importante asociación benéfica marcha paralela con la historia moderna argentina.

La Asociación Española de Socorros Mutuos fué así fundada:

Todos los españoles afincados en Buenos Aires, menos tal vez de medio millar, fueron convocados a concurrir el domingo 22 de diciembre de 1857, a una función que debía celebrarse en un teatrito llamado «Porvenir». Como estaba anunciado, la reunión se celebró. ¿Cuántos españoles eran? Don Pedro María Moreno dice que eran apenas sesenta. Y sesenta consigna, precisamente, el acta de fundación de la Sociedad. Presidió la reunión don Vicente Casares, como primera autoridad de la colectividad, y se sentaron a su derecha y a su izquierda, respectivamente, el doctor Toribio Ayerza, médico, y el doctor Juan Arizábalo, farmacéutico. Eran las tres figuras representativas de la colectividad. El señor Muñoz explicó el objeto de la reunión. Pronunció un elocuente discurso loando los ideales mutualistas y afirmando la necesidad que todos los españoles tenían de unirse y protegerse para hacer frente a las contingencias de la vida. Y aunque la idea fué acogida por todos con entusiasmo, y aunque la Asociación quedó constituida, la cosa cayó en el vacío.

Fué necesario empezar de nuevo. Y convencer a quienes acababan de sufrir casi un fracaso, resultó labor más difícil. Sin embargo, poniendo todas sus fuerzas al servicio de la idea, vencieron por segunda vez. ¡Y vencieron triunfalmente! La segunda asamblea constitutiva se verificó días después, el 1.º del mes de enero de 1858, en la casa del doctor Enrique Ochoa, habitada en la calle Méjico, 81, asistiendo

LA ACTUAL COMISIÓN DIRECTIVA

EN PLENA LABOR

una no mucho mayor. Se constituyó definitivamente la Asociación y eligió una junta directiva presidida por don Vicente Casares.

Y así quedó fundada la que es hoy «Asociación Española de Socorros Mutuos», la más importante asociación de la América del Sud, con más de 28.000 asociados en la República.

La sola enumeración de los beneficios que reporta al asociado esta obra da idea de su importancia:

Asistencia médica y farmacéutica, ya sea en los consultorios centrales o en sus domicilios; servicio de partos a domicilio; ayuda de un peso y medio diario al asociado enfermo, que no puede trabajar; un subsidio a la viuda o hijos menores del socio fallecido; a los seis años de asociarse si por una enfermedad queda impedido de trabajar, la Asociación le asigna una pensión de crónico, de un peso diario, pero si en lugar de recibir esta ayuda, el socio desea regresar a España, la Asociación Española de Socorros Mutuos le hace entrega de 1.000 pesetas; si el asociado tiene diez años de antigüedad, como socio, tiene derecho a esa pensión de crónico en España.

La comisión directiva que actualmente preside don Julio Maquieira Rodríguez está empeñada en que las grandes proporciones a que ha llegado ya la Asociación Española de Socorros Mutuos sean aún mayores, y pueda esta institución mutualista, que es hoy de las más importantes del mundo, ser una potencia financiera tal, que llegue a realizar todos los ideales que hace sesenta y cinco años soñaron los que cimentaron las bases de esta Asociación, con el altruista fin de que todos los españoles se unan, para ayudarse y protegerse.

J A I M E D U D E L O

PARA PLVS VLTRA

La "Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires" realiza, dentro del campo del mutualismo y con arreglo a los fines de su creación, una obra progresista, humanitaria y patriótica.

Contribuye al bienestar de numerosos hogares, a los que hace llegar el auxilio de sus servicios con toda solicitud y cariño. Alcanzan sus beneficios a muchos compatriotas que, retirados de la vida activa por los achaques de la vejez y las enfermedades, pasan sus últimos años en la aldea de su origen disfrutando de la pensión con que mensualmente les auxilia la Asociación, merecido premio a su cooperación y constancia. Realiza obra patriótica porque al amparo de sus liberales Estatutos reúne en su seno a españoles y argentinos formando con ellos una gran familia en la que todos gozan de los mismos derechos y privilegios, constituyendo un fuerte vínculo de acercamiento Hispanoargentino.

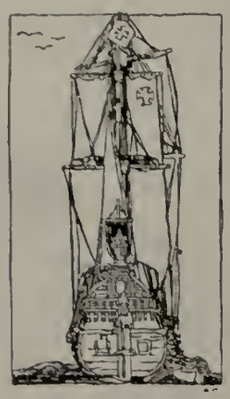
La Asociación, pacífica y silenciosamente, va realizando el programa que le trazaron sus esclarecidos iniciadores, y su obra es hoy uno de nuestros orgullos colectivos.

La "Asociación Española de Socorros Mutuos" es un ejemplo del esfuerzo poderoso del mutualismo, base en que, sin duda, se cimentará la felicidad y bienestar de la sociedad del porvenir.

12 de Octubre de 1922.

PANTEÓN SOCIAL PARA OCHO MIL

NICHOS EN LA NECRÓPOLIS DEL OESTE.



VISTO el memorial presentado por la Asociación Patriótica Española, a la que se han adherido todas las demás sociedades españolas y diversas instituciones argentinas científicas y literarias solicitando sea declarado feriado el día 12 de Octubre y considerando:

¶ I. — Que el descubrimiento de América es el acontecimiento de más trascendencia que haya realizado la humanidad a través de los tiempos, pues todas las renovaciones posteriores se derivan de este asombroso suceso, que al par que amplió los lindes de la tierra abrió insospechados horizontes al espíritu;

¶ II. — Que se debió al genio hispano, al identificarse con la visión sublime del genio de Colón, efemérides tan portentosa, cuya obra no quedó circunscripta al prodigio del descubrimiento, sino que la consolidó con la conquista, empresa esta tan ardua y ciclópea que no tiene términos posibles de comparación en los anales de todos los pueblos;

¶ III. — Que la España descubridora y conquistadora volcó sobre el continente enigmático y magnífico el valor de sus guerreros, el denuedo de sus exploradores, la fe de sus sacerdotes, el preceptismo de sus sabios, las labores de sus menestrales; y con la aleación de todos estos factores obró el milagro de conquistar para la civilización la inmensa heredad en que hoy florecen las naciones americanas.

¶ Por tanto, siendo eminentemente justo consagrar la festividad de esta fecha en homenaje a España, progenitora de naciones, a las cuales ha dado con la levadura de su sangre y con la armonía de su lengua una herencia inmortal que debemos afirmar y mantener con jubiloso reconocimiento, el Poder Ejecutivo de la Nación decreta:

Artículo 1.º — Declárase fiesta nacional el día 12 de Octubre.

Art. 2.º — Comuníquese, publíquese, dése al Registro Nacional y archívese."

H. Irigoyen

Decreto del Poder Ejecutivo declarando fiesta nacional el día 12 de Octubre.

La señora de Danvila, doña Isabel Amy Sánchez, es montevideana, y reúne en su afable trato las características de las mujeres de su país, aun cuando su familia es de origen español. Gentil y sencilla, la señora de Danvila ha sabido conquistar en la sociedad porteña y en la colectividad española acreditada en ésta generales simpatías, y su nombre está unido a toda iniciativa benéfica relacionada con España en la Argentina.

Pertenecientes a viejas familias porteñas de abolengo y sólidos arraigos en nuestra sociedad son las señoras Margarita Casado de Corral, Sara Escalante de Maura y María Julia Martínez de Hoz de Salamanca, unidas por su matrimonio al vizconde de Oña, agregado militar a la embajada, al señor Antonio Maura y Gamazo, agregado civil a la misma embajada, y al marqués de Salamanca, también agregado civil a la embajada de España.

Hay en ellas tradición de grandeza, de integridad y laboriosidad en los hombres, de belleza y de inteligencia en las mujeres. Lucieron y lucen aún en nuestros salones por su hermosura y por su trato, y antes de formar parte de una embajada que les hace ocupar el primer puesto en cuanto acontecimiento diplomático se realiza, su situación social era igualmente destacada. Mas, consagrada a la vida de su hogar, modelo de esposa y madre, la señora vizcondesa de Oña vivió alejada del movimiento mundano durante algunos años, pero en cambio, las señoras de Salamanca y de Maura tuvieron y tienen una actuación que no ha disminuído en brillo ni en actividad.

La señora de Maura, hija del doctor Wenceslao Escalante y doña Javiera Reto, es una de las más bellas damas de la sociedad porteña, y su tipo de criolla, que realza una regia figura, se destaca con perfiles personalísimos allí donde se presenta.

La señora marquesa de Salamanca, hija de don Miguel Alfredo Martínez de Hoz y doña Julia Helena Acevedo, conquistó desde jovencita todas las simpatías por su carácter dulce, sencillo, por su encanto físico, lleno de armonía, pues, a pesar de haber nacido en la grandeza y de haberse criado en ella, posee una modestia exquisita y una afabilidad encantadora.

ROXANA.

SEÑORA ISABEL AMY DE DANVILA, ESPOSA DEL MINISTRO CONSEJERO.

Las Damas de la Embajada de España

SEÑORA MARGARITA CASADO DE CORRAL, VIZCONDESA DE OÑA.

SEÑORA MARÍA JULIA MARTÍNEZ DE HOZ, MARQUESA DE SALAMANCA.

SEÑORA SARA ESCALANTE DE MAURA.

SÍMBOLO DE FRATERNIDAD

EL MONUMENTO DE LOS ESPAÑOLES

La Asociación Patriótica Española, fundada el 22 de marzo de 1896 bajo la presidencia de don Fernando López Benedito, cuya fotografía ilustra esta página, fué creada con diversos fines que pueden resumirse así:

Responder al llamamiento de la patria siempre que necesite el concurso de sus hijos ya sea personal, intelectual o pecuniario; fomentar el espíritu de confraternidad entre argentinos y españoles; atender, amparar y defender a los españoles necesitados, repatriar a los españoles que sean acreedores a este beneficio: servir de vínculo a todas las asociaciones españolas de la República Argentina; prestigiar la influencia intelectual de España en América; celebrar o coadyuvar a la celebración de concursos científicos o artísticos y exposiciones de industrias, arte y comercio españoles; prohijar la creación de institutos hispanistas de educación primaria y secundaria, en los que se enseñe muy especialmente la historia de España y cuanto conocimiento pueda estimular el amor a sus tradiciones y glorias; ayudar a la educación de los hijos de españoles pobres y, en general, propender por todos los medios posibles al bienestar moral y material de los españoles en la República Argentina.

La Asociación Patriótica Española surgió en los momentos en que se iniciaba en la República Argentina, por enemigos de España, una campaña contra la madre patria. Desde entonces la historia de esta institución no es sino un continuado esfuerzo patriótico, tendido en todas las direcciones donde había un interés español que crear o que defender, una necesidad que remediar, o un sentimiento que traducir en hechos.

El año mismo de su fundación, que como ya hemos dado a entender fué el año de las luchas en Cuba y de la guerra con los Estados Unidos, adquirió la construcción del crucero «Río de la Plata» que costó cuatro millones de francos, y simultáneamente con este patriótico hecho, mandó cinco mil pesetas a la Cruz Roja Española para el sanatorio en que se atendían los heridos procedentes del ejército de Cuba, organizó expediciones de voluntarios, socorriendo a las familias que dejaban en ésta, y acudió pródigamente a las víctimas de las inundaciones de Galicia y Valencia y a los prisioneros españoles en Filipinas.

El 28 de abril de 1898 giró telegráficamente a Madrid, para la subscripción nacional, 3.763.443 pesetas.

Las manifestaciones públicas organizadas por la Patriótica Española, son innumerables desde la magna demostración de 1900, ofrecida en honor del general Roca para agradecerle el decreto suprimiendo de la letra del himno argentino las estrofas hirientes para España; la colosal en honor de Su Alteza la Infanta Isabel, con motivo de su viaje a Buenos Aires; y finalmente la realizada a raíz del decreto del gobierno del presidente Irigoyen, creando el Día de la Raza.

Continuador de la tradición de esta gran obra es actualmente el señor don Félix Ortiz de San Pelayo, presidente de la institución en estos momentos, quien ha trabajado con verdadero entusiasmo por la Asociación Patriótica, desde los más modestos puestos de la junta directiva, como simple asociado o como presidente de la misma.

PAULÍN DE LA PEÑA

ASOCIACIÓN PATRIÓTICA ESPAÑOLA

DON FERNANDO LÓPEZ BENEDITO, PRIMER PRESIDENTE.

DON PÉLIZ ORTIZ DE SAN PELAYO, ACTUAL PRESIDENTE.

JOSÉ R. LENCE, DIRECTOR.

CORREO DE GALICIA

JOSÉ BARRIO,
ADMINISTRADOR.

De los diversos núcleos regionales que forman la colectividad española radicada en nuestro país, es el gallego, sin duda alguna, el más importante, no sólo por su número, sino también por la intensidad de su actuación social, que se refleja en sus prestigiosas instituciones, como Casa de Galicia y Centro Gallego, y por sus brillantes manifestaciones de orden espiritual. Es así que los gallegos de Buenos Aires han sentido la necesidad de crear una prensa propia, que fuera el fiel intérprete de su sentir y de sus aspiraciones, les informase minuciosamente de la vida diaria de Galicia y fuese, al mismo tiempo, su escudo defensor. Cuentan con varias publicaciones, siendo la principal el semanario «Correo de Galicia».

«Correo de Galicia» fué fundado en el año 1908 por don José R. Lence, brillante periodista gallego, y por el doctor José Vázquez Romaguera, joven abogado español, asumiendo el primero la dirección, y tomando a su cargo el segundo la administración. A poco de su aparición logró alcanzar un lugar honroso dentro del periodismo bonaerense, merced a las calificadas plumas que lo redactaban y a la acertada orientación que le supieron imprimir sus fundadores. Sostuvo con gran valentía, sinceridad y cultura ardorosas campañas, que le dieron mucha popularidad.

El constante progreso que siempre acusó «Correo de Galicia» tuvo una fuerte acentuación hace algunos meses, al hacerse cargo de la revista «La Editorial Gallega».

Esa evolución le valió llevar a su seno a dos útiles elementos que, sumados al señor Lence, dieron por resultado la transformación de «Correo de Galicia» en un gran periódico de corte moderno. Nos referimos a los señores José Barrio y Rodolfo Prada, ex presidente y ex secretario, respectivamente, de Casa de Galicia, a cuyo frente demostraron poseer una actividad e inteligencia nada comunes.

Acaba de llegar de Galicia, de una Galicia nueva, que nunca podría imaginarme, remozada espiritualmente, donde a cada paso nos encontramos con un recuerdo de gratitud y de amor a la República Argentina. Soplan por aquella tierra vientos de redención, y se aspira a crear una España mejor. Galicia, impulsada por el mandato imperativo de su personalidad histórica, se apresta para la lucha que se avecina, y de la que ha de surgir una gran patria española, guardadora fiel de las tradiciones gloriosas de esta raza nuestra, noble, fuerte e inmortal.

José R. Lence

RODOLFO PRADA,
SECRETARIO DE REDACCIÓN.

España · y América

ENCVENTRO D · DOS · MVNDOS

Forman el bosque secular de España, demarcado por cerco de mirtos y laureles, los robledales de Galicia en que se tallaron los magníficos coros y retablos de las catedrales góticas, las cuadernas y puentes de las atrevidas carabelas y pujantes galeras que descubrieron América y triunfaron en Lepanto, y los mástiles de las modernas basílicas flotantes, que llevan por los mares los milagros de la industria y el culto del comercio; los olivares andaluces, aragoneses y catalanes, que pregonan las venturas de la paz y la actividad del trabajo, porque su rico fruto, como su escasa sombra, no dan lugar al descanso; los pinares cantábricos y pirenaicos que brindan su dócil veta a las comodidades del moblaje doméstico, su inflamable astilla al calor y alegría del hogar y su aromática resina a la saludable pureza del ambiente; los naranjales de Murcia y de Valencia, delicioso jardín de eterna primavera, cuyo suelo no conoce más nieve que los blancos azahares cuando sueltan sus hojas como augures de sus frutos de amor, y los encinares castellanos y leoneses de que se cortaron las mazas de Vargas Machuca, las lanzas de Breda que inmortalizó Velázquez, las picas de los gloriosos vaqueros de Bailén (soldados montaraces de San Martín, precursores, en su carrera, del gaucho mendocino, con quien después había de escalar los Andes), y, sobre todo, la lanza del hidalgo manchego: vara mágica de nuestro carácter y vara de justicia, entereza y patriotismo en manos de los alcaldes de Mósteles y Zalamea.

De ese glorioso bosque, que despiadadamente empobrecieron y talaron las luchas civiles y las torpezas y codicias de los regidores, son transplantes, abonados con la sangre heroica de los conquistadores del inmenso mundo americano, las ramas que hoy cubren el continente, para nido y abrigo de todas las libertades y progresos; como arterias pujantes de un organismo gigantesco, en cuyo seno se genera la humanidad del futuro.

Y entre esas ramas, la Argentina, que nos da su sombra, cuyo tronco regamos con el sudor de nuestra frente y con nuestras labores fecundamos, encierra, especialmente, con nuestros amores y añoranzas, más que el recuerdo, la prolongación y el trasunto de la lejana madre patria.

Contemplamos, en plena floración, la semilla de ensueños y grandeza, la inspiración de un vidente y las generosidades de una reina; semilla que caldeada por la fe, el valor y el patriotismo de los descubridores, se confió a la maravillosa tierra descubierta en los mares el 12 de Octubre de 1492, día en que los dos mundos se encontraron y las carabelas, prolongación del suelo español y energía de su espíritu, infundieron su savia vital en el nuevo mundo, que a su civilización e imperio asimilaban.

Terminada la reconquista española; vengado Guadalete en Granada, después de siete siglos de combate, el genio de Colón desvió la órbita de nuestro Sol de Victoria, y, de su majestuosa trayectoria, lo lanzó a los espacios en torbellinos de aventura.

Arrojado Boabdil de Granada, debimos seguirle a Africa, sin piedad de sus lágrimas, picando la retaguardia a los moros vencidos, y buscando en su tierra la revancha de su secular posesión de nuestro suelo, hoy intentada con tan noble sacrificio como perjudicial tardanza.

No lo hicimos así, y, seguramente, la compensación providencial que representó el hallazgo de América fué premio al desinterés y piedad con los vencidos: pero desde ese día, en que España llegó a la cumbre de su majestad y predestinación insuperada en la historia, no tuvo más destino que custodiar la altura, haciendo de sus armas y sus leyes un faro que guiase a la humanidad futura, para descender después, con abnegación maternal, a encerrarse, pobre y desposeída, en el solar primitivo, donde sus riquezas son reliquias y sus glorias blasones; valores místicos y heráldicos, de gran admiración pero escaso curso en los mercados del positivismo, que han invadido y dominado el antiguo y glorioso Campo de la hazaña, substituyendo los cantos de la Gesta por el Libro Diario.

El romántico carácter español fué poco propicio para realizar esta evolución, que le hubiera conservado su puesto, bajo el nuevo aspecto de las vinculaciones internacionales; pero aun tuvimos la preciada suerte de que la sangre infundida en América, conservando sus condiciones tradicionales de altivez y arrogancia, no pudiera ser jamás sometida por extraños pueblos, ni absorbida por otras razas, no obstante los intentos de las más poderosas; y los que fueron territorios descubiertos y poblados por España viven todos en su fe, y, unidos en su idioma, se conservan independientes, como naciones soberanas cuya historia propia arranca de la historia de España cuyo primer vagido alienta en la entraña de la gloriosa madre patria; como en sus almas se perpetúan inalterables los anhelos, virtudes y pasiones ancestrales. Por esto, cuando constituído sólidamente el presente y abierto triunfalmente el porvenir, los pueblos de América buscaron en el pasado el manantial de sus virtudes, tendieron sus brazos a la madre patria.

Por eso el bosque secular de España reconoce sus brotes, sus vetas, sus frondas y sus frutos; hasta sus asperezas, reproducidas, con vigor gigantesco, en la fecunda tierra americana, en que la casa solariega se dilata también y multiplica en millares de hogares patriciales y honrados, que ostentan con orgullo los timbres de su sangre.

Y España y América han vuelto así a encontrarse; pero no como en 1492, por casual aventura y choque de conquista, sino como prolongación fraternal de un afecto inmutable; de brazos laboriosos que se enlazan; de espíritus idénticos que se fusionan en la más pura de las emociones; en el orgullo de confesar y proclamar la raza, ampliando y fortificando el patriotismo nacional de cada república hispanoamericana, en el patriotismo racial, para llevarlo a la culminación de sus destinos.

Por ese noble empeño, quizás el más grande y transcendental de la vida moderna, como digno complemento, que es, del descubrimiento de América, está nuestro deber de luchar sin fatiga, riesgo ni hostilidad que pueda rendirnos; porque yo no comprendo la rendición en el trabajo ni en la guerra.

El individuo que se rinde no piensa en el ideal y en la patria, sino en sí mismo. Llegado el momento del esfuerzo supremo de la lucha ¿para qué necesitan patria o ideal que viva ese hombre?

¡Sólo su egoísmo puede hacérselo suponer al pusilánime! Lo que necesita la empresa gloriosa, que cree poder contar con su concurso, es el rasgo de Scévola: ¡la inmolación!, ¡el sacrificio! Que la tenacidad y abnegación del individuo descorazonen al enemigo, haciéndole comprender, hasta en el triunfo momentáneo, los obstáculos que opondrán a su paso.

¡A luchar, pues, sin debilidad, por España y América! Que todos los días sean los de la Raza, para formar con ellos infinitas centurias: pensando cada cual que, cuando él sucumba y ya no «sea», «será» más que nunca, por el triunfo de sus sucesores, merced a las armas y a la gloria que les deje su ejemplo.

ILUSTRACIÓN DE ÁLVAREZ.

Un sabio español de fama universal

Se ha dicho hartas veces que el problema de España es un problema de cultura. Urge, en efecto, si queremos incorporarnos a los pueblos civilizados, cultivar intensamente los yermos de nuestra tierra y de nuestro cerebro, salvando para la prosperidad y enaltecimiento patrios todos los ríos que se pierden en el mar y todos los talentos que se pierden en la ignorancia.

S. Ramón Cajal

Madrid 1º de Mayo de 1922

MIS TRES FLORES

POR

VICENTE MEDINA

El aire popular puede conservarse aunque demos rienda suelta a la inspiración en una infinita variedad de formas.

Esto es lo que yo pretendo en la mayor parte de mis poesías, y más en aquellas que escribo con el determinado propósito de que puedan ser cantadas con aire de canciones populares.

En las poesías de este libro a publicarse he puesto ese determinado propósito de que se puedan cantar, y creo que hasta para leerlas hay que dar a algunas de ellas (discretamente, es claro) un leve tono de canción.

Dice el señor Carlos O. Bunge, hablando de poesías gauchescas:

"En la música — "cielitos", "vidalitas", "tristes", a veces no sin marcado sabor morisco — recordaba las melodías populares de la bendita tierra de los claveles y de las castañuelas".

Y he querido, como tributo a esta tierra argentina (yo, hijo de aquella de los claveles y de las castañuelas), dar forma también a mi inspiración en "una vidalita", en "un cielito" y en "un triste".

Mujer argentina: ¡ahí van, para tu pecho, mis tres flores!

UNA VIDALITA

Te hice una visita,
Vidalitá,
fuí bien recibido...
No podré quejarme,
Vidalitá,
de tu trato fino...
Pero me dijiste,
Vidalitá,
«Tengo compromiso».
No podré quejarme,
Vidalitá,
pero me has herido...
Herido de muerte
he sido...
Si tú no me quieres,
Vidalitá
¿a dónde me arrimo?

UN CIELITO

Cielo, cielito, ¡ay de mí
que temo,
en ti, que hallé mi cielito,
hallar después el infierno!

Cielito, los condenados
aun esperan en el cielo,
pero si yo te perdiera
dime tú que es lo que espero...

Cielo, cielito, tiemblo:
¡si me condenaras tú,
para mí no habría cielo!

UN TRISTE

Triste me llama la gente...
y la gente
sólo ve de mi tristeza
mi cara
con su sombrita de pena...
¡Qué sabe la gente
de mi tristeza!...

Pasa la gente
contenta,
sin ver que en mi corazón
mis ilusiones entierran...

Doblan a muerto, y en todo
su apogeo está la fiesta...
¡este doblar de campanas
hasta la gente no llega!...

¡Triste!... ¡La gente
sólo ve de mi tristeza
mi cara
con su sombrita de pena!...

ILUSTRACIÓN DE

PELAEZ

La pintura contemporánea española

Un retrato de Anselmo Miguel Nieto

Don Ramón del Valle Inclán

KODAK

La Kodak no sólo es la compañera ideal en los viajes y excursiones proyectados con anticipación, sino también en los paseos cotidianos y en el hogar donde ocurren muchos interesantes incidentes que merecen grabarse en la película.

Las fotografías que se toman con la Kodak quedan identificadas para siempre, pues mediante la innovación autográfica puede escribirse el título y la fecha en cada negativo en el momento de la exposición.

Kodak Argentina, Ltd., Corrientes 2558, Buenos Aires

JOSE ORTEGA Y GASSET

«MEDITACIONES DEL QUIJOTE»

Las juventudes argentina y española reconocen casi unánimemente por uno de sus guías a este joven filósofo y crítico. Durante su permanencia entre nosotros Ortega y Gasset fundó una escuela intelectual a la que un crítico llamara Seminario de filosofía. Esta institución tiene su morada invisible en los cerebros de muchos escritores argentinos que honran la cultura patria. El sabio catedrático ha conseguido, pues, una victoria en nombre de la raza, divulgando las hermosas ideas y teorías que él supo explanar de un modo convincente.

EDUARDO MARQUINA

«EN FLANDES SE HA PUESTO EL SOL»

El título de esta célebre obra escénica, tan aplaudida por el público argentino, es un lema de paz y olvido, antítesis de aquella frase que un soberano español inventara definiendo su enorme imperio. Como moraleja de aquel altivo drama puede repetirse la frase: «España y yo somos así, señora», que también es un lema definidor del carácter de la raza. La visita del eximio cantor de pasadas glorias dejó en la Argentina una estela de cariño y admiración. Allá en España, donde continúa su triunfante carrera, Eduardo Marquina recuerda al país amigo.

JOSE ORTEGA MUNILLA

«LA CIGARRA»

Acompañando a su hijo nos visitó hace años, y supo compenetrarse tan íntimamente del espíritu nacional, que al regreso publicó crónicas y cuentos donde el alma argentina aparece reflejada con gran fidelidad. Don José Ortega Munilla es un carácter recio y artístico de español a la moderna y un hombre que nos quiere, y desea el bien de esta república a la que augura felices destinos. En el periodismo y en las letras españolas ocupa un alto lugar, y se le reconoce como uno de los maestros de la novela realista hispana del siglo XIX.

En Cigarros y Cigarrillos

y nada más.

CASA PARTAGAS
FLORIDA, 525
BUENOS AIRES

COÑAC

Marqués del Mérito

IMPORTADORES
GONZALO SAENZ Y Cía Maipu 24

Una caja de fragantes rosas de nuestros invernaderos representa el más distinguido obsequio.

LA PRIMAVERA

FLORIDA ESQ. CANGALLO
U. T. 2081, AVENIDA.

Caprichosa bolsa, recién recibida, en antílope marrón con aplicaciones bronce antiguo y piedras.

Casa Chéret

C. Pellegrini 735

El atractivo más grande de toda mujer

No consiste en las líneas perfectas de su semblante o una cabellera abundante, sino en un cutis sano, fresco, juvenil. Vd. no puede ser hermosa con un cutis amarillento y percudido.

LA REINE DES CREMES

preparada por J. Lesquendieu, de París, de perfume fresco y suave, de una blancura de nieve, es la crema preferida por toda mujer que quiera impresionar por su apariencia.

LA REINE DES CREMES

blanquea la piel, conserva su elasticidad y evita arrugas y grietas. Impide y quita las manchas del sol, resguardando el cutis de las influencias de la temperatura y del aire.

LA REINE DES CREMES

no contiene ninguna materia nociva, pudiendo usarla sin el menor temor las personas de epidermis más delicada y sensible. No deja el rostro grasiento; sin embargo, la adherencia de los polvos es admirable y perfecta.

SE VENDE EN TODAS LAS PERFUMERIAS, TIENDAS Y FARMACIAS

EXÍJASE ESTA MARCA, Y DE NO HALLARSE
FÍDALA A LOS ÚNICOS CONCESIONARIOS:

CAILLON y HAMONET, BELGRANO, 648 - Bs. As.

QUIENES PROVEERÁN PARA QUE PUEDA OBTENERLA, O BIEN A SUS AGENTES PARA EL URUGUAY:

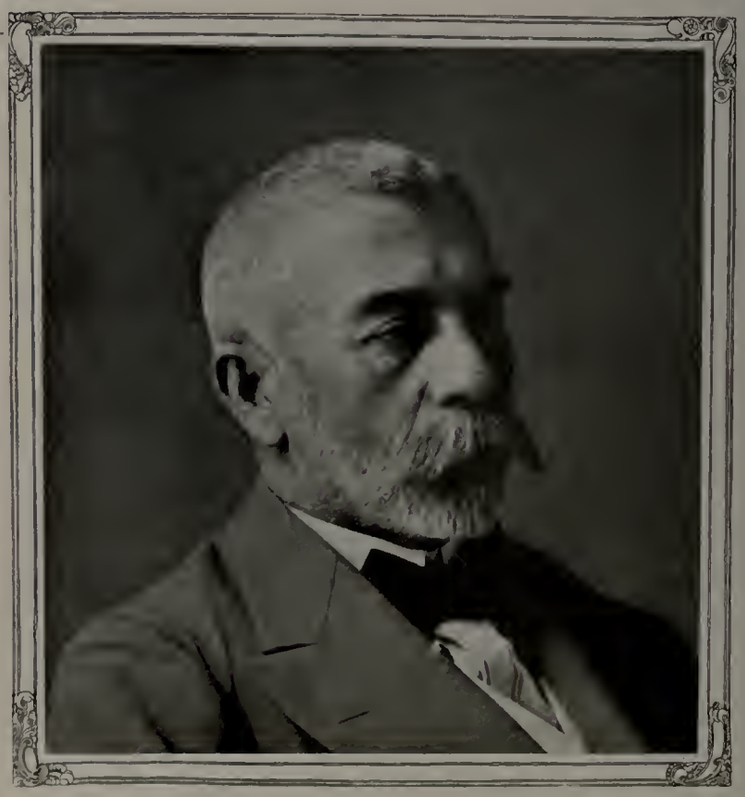
J. J. VALLARINO e HIJO
429, SARANDI, 431
Montevideo

Fijarse en esta contra-etiqueta que debe llevar cada caja.

RAFAEL OBLIGADO

«LA PAMPA»

El respeto a la patria de otros, y más si ésta tiene lazos comunes con la propia, es una condición que avalora este sentimiento. Nadie tan nacionalista entre los literatos argentinos como el eminente cultor de nuestro tradicionalismo. La tradición nacional tiene sus fuentes en la tradición española, pues no en balde los conquistadores y los colonizadores vivieron en estas tierras. Sus errores humanos, inseparables de todas razas que se abrogan misiones sobre pueblos extraños, son, por lo tanto, errores que la historia de todos los países encierran.



JOAQUIN V. GONZALEZ

«MIS MONTAÑAS»

Toda iniciativa que tenga por finalidad fortalecer los vínculos de sangre y de amor raciales halla en el eximio polígrafo argentino un entusiasta partidario. Su carrera política está llena de trabajos que él hizo en pro de este ideal incesantemente perseguido, sin claudicar en sus creencias, predicando siempre la exaltación del espíritu nacional, la «unión definitiva, prosperidad y engrandecimiento de todas las provincias argentinas y la legítima expansión de la cultura nacional fuera de sus fronteras».

1892 OCTUBRE 1922

EL EXTRAORDINARIO ÉXITO obtenido en la venta excepcional establecida con motivo de nuestro 30.° ANIVERSARIO

nos ha demostrado que el público sabe aprovechar las oportunidades que se le presentan para embellecer su hogar con poco costo. – Aconsejamos a aquellos que aún no hayan decidido sus compras y que necesitan algunos artículos de nuestras tres secciones

MUEBLES
BAÑOS
ARAÑAS

a que **aprovechen los días restantes** de Octubre para adquirir lo que les faltare de estos tres primordiales complementos de todo hogar, **cuanto antes,** pues el éxito obtenido hasta la fecha hace presumir que serán liquidados muchos artículos antes de llegar a su término nuestro único y exclusivo **MES DE VENTA EXCEPCIONAL**

REBAJAS (durante todo el mes de Octubre) Muebles, Artefactos Regalos y Fantasías 20% Art. Sanitarios hasta 20%

Heinlein & Cía
MUEBLES ARAÑAS BAÑOS Buenos Aires
Avenida de Mayo 1402-1500

Dentífrico Gibbs

Londres

En pomos y cajas metálicas de lujo.

Conserva la dentadura limpia y bien pulida, la boca sana y perfuma el aliento.

Agrada mucho a los niños.

En venta:
Farmacia y Droguería Diego Gibson.
Casa Coy, Florida, 26.
Farmacia «Belgrano», Cabildo esq. Sucre
Y en las buenas casas del ramo.

Agentes:
Bartis & Cía.
Sarmiento, 1748
Buenos Aires

Vinos

MARCA REGISTRADA

CALVET

Champagne
Pommery

POMMERY & GRENO
Reims

ALBERTO I. GACHE

DIPLOMÁTICO

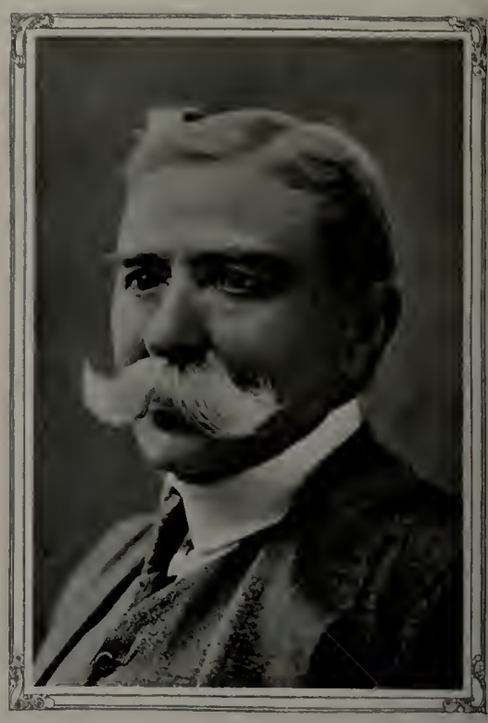
REPRESENTANTE consular de nuestro país en Barcelona, la gran ciudad catalana, que es uno de los centros de la corriente inmigratoria española, Gache ha servido eficazmente a la Argentina y a la madre patria estrechando vínculos de afecto. Conocida es la obra cultural que en los centros intelectuales barceloneses realizara con el aplauso de todos los que se interesan en estos asuntos de vital importancia para ambas naciones. De este modo el digno cónsul argentino lo es también de las letras y de las artes nacionales.

VICENTE MEDINA

«ALMA DEL PUEBLO»

EL inspirado cantor de las humildes gentes y de las pintorescas costumbres murcianas, Medinica, como le llamaron cariñosos sus paisanos, vino a nuestro país, y en él su pluma continuó produciendo notables composiciones.

Pero Vicente Medina, sin renegar de su casta, fué poco a poco asimilándose al nuevo ambiente, y hoy escribe con maestría aires criollos. La poesía popular argentina le debe magníficos cantos, donde la ternura, el sentimiento exquisito y la imitación fiel de la musa popular resplandecen con suave brillo.



MIGUEL CANÉ

«VIAJES»

HASTA hace poco las producciones del admirable escritor argentino no eran conocidas en la península. Hoy, gracias a la obra de difusión emprendida por una biblioteca, Cané es leído en España, donde se le admira por sus grandes artículos de costumbres y viajes. Es Cané uno de los temperamentos más generosos que la Argentina ha producido. La cariñosa y popular denominación de gaucho le corresponde justamente. Fué un encendido corazón patriota, un hombre llano y bueno que honraba a su país y a su estirpe.

Bodegas y Viñedos
GIOL, S. A.
CAPITAL $ 10.000.000
Marca TORO

Ofrecemos nuestros vinos finos de mesa, embotellados, en cuya elaboración se ha alcanzado tal grado de perfección, que pueden competir con los extranjeros.

PINOT — Sobresale sin admitir comparación entre sus similares.

RUBI — Exclusivo de esta Bodega, elaboración especial, que recomendamos por su buen paladar.

PROGRESO — Tipo Rioja, de alta calidad y paladar exquisito.

SELECTO BLANCO — Su selección y vejez hace que ofrezcamos algo insuperable.

SELECTO MAR DEL PLATA
Tipo BURDEOS, con todas las características del importado.

Solicítelos a su proveedor.

AGENTE: MANUEL BERESIARTU
U. T. 134, Libertad CANGALLO, 1281 Buenos Aires

Señoras! La «NEVRALGINE MERICI» calma las dolencias propias de vuestro sexo.

La «NEVRALGINE MERICI» hace desaparecer el dolor de cabeza más fuerte, la jaqueca más pertinaz, el ataque neurálgico más agudo, en

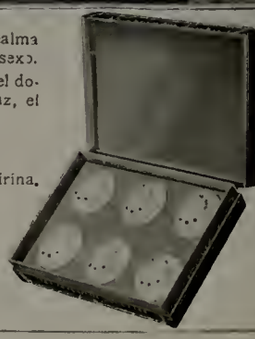
10 minutos.

La «NEVRALGINE MERICI» no contiene antipirina.

La «NEVRALGINE MERICI» no ataca al corazón ni perjudica el estómago.

La «NEVRALGINE MERICI» domina los más crueles sufrimientos en 10 minutos.

Pídase en las buenas Droguerías y Farmacias.



GATH & CHAVES

EN SU

DEPARTAMENTO DE MUEBLERIA

(QUINTO PISO)

exhibe un conjunto seleccionado de muebles para jardín, terrazas, vestíbulos, etc., en estilos artísticos y novedosos.

Para el confort del hogar y para instalaciones en el campo, se impone una previa visita a este Departamento, cuya reorganización lo convierte en el mejor preparado para responder a las exigencias del vivir moderno.

MODELO 1

Juego "PARQUE", en caña de la India, color natural, indicado para hall o terraza; modelo muy elegante y confortable. Compuesto de un sofá, $ **105.**—; 2 sillones-hamacas, cada uno, $ **60.**—; 2 sillones fijos, cada uno, $ **55.**—; una mesa, $ **40.**—.

El juego de 6 piezas . . . . . $ **370.00**

MODELO 2

Juego "ROSEDALE", de madera, pintado al laqué blanco, para galería o jardín; modelo muy fuerte y de esmerada construcción. Compuesto de un banco de 1 m. 14 de frente, $ **75.**—; 2 sillones, cada uno, $ **45.**—; 2 sillas, cada una, $ **27.**—; una mesa, $ **51.**—.

El juego de 6 piezas . . . . . $ **270.00**

MODELO 3

Juego "ECONÓMICO", de mimbre, muy reforzado; en colores crema o marrón, especial para vestíbulo, galería o terraza. Compuesto de un sofá, $ **28.**—; 2 sillones-hamacas, cada uno, $ **20.**—; 2 sillones fijos, cada uno, $ **17.50**; una mesa ovalada, $ **17.**—.

El juego de 6 piezas, $ **120.00**

VENDEMOS PIEZAS SUELTAS DE TODOS LOS JUEGOS.

GATH & CHAVES

CASA CENTRAL: FLORIDA y CANGALLO • ANEXO: Av. de MAYO, PERÚ y RIVADAVIA

MANUEL GALVEZ

«EL SOLAR DE LA RAZA»

Y en lugar de escribir una novela, Gálvez aquella vez hizo este libro. Parece la obra de un español que al retornar a la península satisface sus nostalgias alabando la tierra natal. «El solar de la raza» es un canto inspirado y amoroso, un homenaje entusiasta escrito cordialmente. Manuel Gálvez no niega su ascendencia castellana ni miente la casta. Hay escritores a quienes les parece muchísimo más elegante abjurar de su origen formulando diatribas, llenas de galicismos y mentiras, contra España. Manuel Gálvez no; se contenta con ser leal y bueno.

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

«LA TIERRA DE TODOS»

A raíz del triunfo conseguido en Norte América por su arte castizamente español, el maestro escribe su reciente novela «La tierra de todos», la cual estudia nuestro país, insistiendo en buscar, como lo hizo antes, un escenario criollo. Blasco Ibáñez nos quiere de verdad; su temperamento apasionado, morisco, se complace en retribuir la hospitalidad generosa que la Argentina le brindó; su imaginación brillantísima fué herida a lo vivo por nuestras costumbres típicas. Es uno de los más constantes y entusiastas amigos de este país.

MARTIN S. NOEL

«CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE LA ARQUITE TURA HISPANOAMERICANA»

La Real Academia de Bellas Artes de Sa Fernando le concedió el premio en el cor curso convocado para celebrar la Fiesta d la Raza, en el año 1921. Este libro encierra tod el ideal arquitectónico del joven maestro. Lo estilos clásicos españoles y el estilo colonial tiene en él un apóstol. Gracias a sus desvelos, hay en l Argentina palacios donde se rinde culto a est tradición noble. La casa de Larreta, la restauraci del Cabildo de Luján y otras obras de gran valo demostraron su recio y estético entusiasmo haci la arquitectura que lleva el sello hispánico.

PARA QUE UNA COSA SEA BELLA Y BUENA ES INDISPENSABLE QUE TODO CUANTO INTERVIENE EN SU FORMACIÓN POSEA TAMBIÉN ESAS CUALIDADES. UN ACABADO EJEMPLO DE ELLO ES LA REVISTA PLVS VLTRA, JUZGADA UNA JOYA DEL ARTE GRÁFICO, OBTENIDA MERCED A LA ACERTADA SELECCIÓN DE LOS DIVERSOS FACTORES ESTÉTICOS UTILIZADOS, ENTRE LOS CUALES SE DESTACAN POR LA EXCELENCIA DE SU CALIDAD LOS PAPELES EMPLEADOS:

"LUSTRO"

PARA LA CUBIERTA E ILUSTRACIONES INTERNAS A COLORES; Y

"SNOWFLAKE"

PARA LAS DEMÁS PÁGINAS INTERIORES, AMBOS PAPELES FABRICADOS POR LA AFAMADA

S. D. WARREN COMPANY

BOSTON, MASSACHUSETTS (E. U. DE A.)

Representantes Exclusivos:

PIEDRAS 132 AL 154

BUENOS AIRES

ROSARIO: G. MITRE, 635

MONTEVIDEO: FLORIDA, 1430

Tanto las Estrellas del Teatro Argentino como las del Londinense

coinciden en afirmar que para el embellecimiento de la tez no existe substancia alguna de efectos tan maravillosamente eficaces como la

CERA PURA MERCOLIZADA

María Esther Lerena

«Nuestra cara difícilmente resistiría a la deletérea acción de los afeites que se usan en las caracterizaciones teatrales, si no pudiéramos contar con la cera mercolizada que tiene la propiedad de devolver a la piel su natural y primitiva tersura.»

María Esther Lerena

«De los numerosos preparados de tocador que me ha tocado en suerte probar, ninguno puede sufrir el parangón con la cera pura mercolizada, pues es el único que logra dar a la tez ese aspecto siempre brillante y terso que constituye el complemento necesario de un rostro hermoso.»

María Esther Podestá

María Esther Podestá de Pomar

Si su cara demuestra imperfecciones: arrugas, manchas o palidez, solamente conseguirá Vd. empeorarla con el uso de afeites, cremas y lociones. Renuévela Vd., empleando cera pura mercolizada que, aplicada como si fuera cold-cream, hace que, gradualmente y sin dolor, desaparezca en partículas imperceptibles toda la cutícula vieja, dejando al descubierto el nuevo, sano y sonrosado cutis que toda mujer posee debajo del viejo. Y ésto... mientras Vd. duerma.

Gladys Cooper

«Para la renovación del cutis no hay ninguna substancia cuya eficacia pueda ser comparada con la de la cera mercolizada, pues ésta, aplicada durante unas cuantas noches, hace que la cutícula vieja desaparezca, por medio de una suave absorción. La cara, tratada de esta manera, bien pronto aparece completamente rejuvenecida.»

Gladys Cooper

«He comprobado que la cera pura mercolizada tiene la virtud de dar al cutis ese aspecto terso y fresco, propio de la infancia, tan difícil de conservar en medio de las molestias e incomodidades que impone la vida de teatro.»

Lola Membrives

Lola Membrives

Una figura muy preciosa, de 14 1/2 cm. de altura, en jade verde, translúcido y de color de esmeralda.

By Appointment to H.R.H. The Prince of Wales.

By Appointment to H.M. King George V.

By Appointment to H.M. Queen Alexandra.

El más hermoso y selecto surtido en Europa de

Jade Oriental
Laca roja antigua de China
Esmaltes cloisonné y porcelana
Obras de marfil japonesas

Retratos y paisajes ingleses del Siglo XVIII

Se agradece toda consulta. Pueden enviarse fotografías de muestra.

Todos los objetos antiguos garantizados con testimonio escrito.

SPINK & SON LTD.

Establecidos en el año 1772.

LONDRES: 5, 6 y 7, King Street, St. James's

Dirección Cablegráfica: JADEITE, PICCY, LONDON

Catálogos ilustrados de Jade, China, Laca y Cloisonné esmaltado, se enviarán gratis a ruego.

MANUEL UGARTE

«EL PORVENIR DE LA AMÉRICA LATINA»

EL «leit-motiv» de Ugarte es predicar la defensa del latinoamericanismo contra el poderosísimo americanismo sajón. Así lo ha demostrado en libros y en periódicos. Ugarte ama intensamente el idioma español y la raza a la que honra con su pluma. Para él este su amor hállase amenazado. Una raza rica y absorbente llegará a dominar toda América e imponer su idioma, si nuestra raza no se defiende. Tal vez su ardiente celo haya aumentado las proporciones del peligro; mas resulta justo rendir ese honor a los tenaces y poderosos y vigorizar las fuerzas raciales.

JOSE FRANCOS RODRIGUEZ

«HUELLAS ESPAÑOLAS»

TODOS sus dotes de periodista, orador y literato, todo su crédito político los ha puesto al servicio de la fraternidad hispanoargentina. Es uno de los más observadores entre los visitantes que España nos envió. Desde el día en que la Argentina lo recibiera complacida como embajador y persona gratos dedicóse a fomentar ese movimiento generoso que tantos frutos prácticos puede dar de añadidura. Sus conferencias, crónicas, artículos, libros atestiguan el amor, la laboriosidad y el talento que pone Francos Rodríguez en tal alta misión.

ROBERTO LEVILLIER

«LA AUDIENCIA DE CHARCAS»

DIPLOMÁTICO e historiador y literato de gran valía. Sus eruditas y sagaces búsquedas en el Archivo de Indias y en otros lugares donde viven las grandes y pequeñas verdades históricas han proporcionado numerosos y útiles documentos, mediante los cuales se van fijando los caracteres de la conquista y colonización española. Durante un tiempo, de enorme importancia para la mutua inteligencia de argentinos y españoles, fué encargado de negocios de la embajada argentina en Madrid. En ese cargo demostró su cariño y su fe hacia el ideal común de vida fraterna.

TÉL.: PASSY 58-31

SUZANNE GLÉ

J. PERRAUDIN

MODES

21, AVENUE DES CHAMPS-ÉLYSÉES

PARIS

VELAS
MARCA
IMPERIAL
DE
PRICE

Las mas Brillantes
y Las Mejores

MARCA DE FÁBRICA

PRICE'S PATENT
CANDLE CIA LTDA

TRADE MARK

LONDRES
LIVERPOOL MANCHESTER
Y GLASGOW

Mueblería y Tapicería

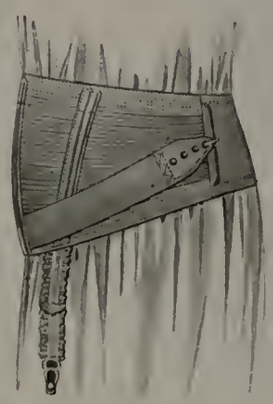
Amado Roche

Sarmiento, 757

BUENOS AIRES

Visiten sus salones de ventas
SURTIDOS EN MUEBLES FINOS
COMEDORES - DORMITORIOS
:: SALONES - HALLS ::

SURTIDO COMPLETO EN ESTILOS
DE GRAN VOGUE



Modelo «Dr. Glenard».

Fajas sobre medida

para Señoras y Hombres

Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para embellecer el cuerpo como para cualquier afección del mismo. Se aplican en las fajas placas pneumáticas para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc. con receta médica. Medias y vendas elásticas, bragueros, etc.

PIDAN PRECIOS

Casa PORTA

341, Piedras, 341 Buenos Aires

Dijo el gerente...

"Al resolverme por la máquina "CONTINENTAL" me guío única-"mente por el resultado de mis "experiencias. La he empleado en casi "todas mis empresas. Es una máquina "fuerte, bien construída y moderna. "En fin, creo que difícilmente pueda "haber otra mejor..."

Estos son, generalmente, los conceptos que se merece nuestra máquina de escribir

"CONTINENTAL"

Unicos Importadores:
CURT BERGER y Cía.
BUENOS AIRES ESMERALDA, 116

Sucursales:
Rosario: Córdoba, 1178/84
Montevideo: Cerrito, 677

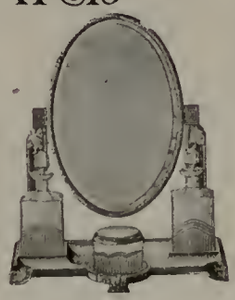
UNION TELEF. 3773, RIVADAVIA — COOP. TELEF. 2388, CENTRAL
576-SUIPACHA-586 — BUENOS AIRES
VISITEN NUESTRO LOCAL, DONDE ENCONTRARÁN MUEBLES DESDE LOS MÁS ANTIGUOS A LOS MÁS MODERNOS.

BAZAR PARIS

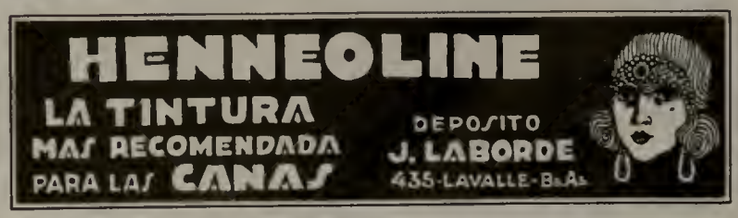
CASA ESPECIAL DE ARTÍCULOS PARA REGALOS

Selecto surtido en objetos de arte del gusto más refinado.

Especialidades en mármoles, platería y bronces, cristalería, porcelanas y cubiertos.



JUAN IMASSI y Cía.
Avenida de Mayo 700 esq. Chacabuco
BUENOS AIRES



PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA

PLVS VLTRA

SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 — Buenos Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre (3 ejemplares).... $ m/n 3.—
Semestre (6 »).... » » 6.—
Año (12 »).... » » 11.—
Número suelto..... » » 1.—

EXTERIOR

Año..... $ oro 5.—
Número suelto..... » » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la Administración.

Representantes exclusivos:

J. del VALLE y Cia.

SUIPACHA, 930

U. T. 317, Plaza

BUENOS AIRES

COMO GANAR FACILMENTE $ 10 DIARIOS en su misma casa. Independizarse y ser su propio patrón. Adquiera una máquina para tejer medias y tendrá asegurada su manera de vida.

Nosotros le suministramos, con la máquina, el hilo gratis, instrucciones para el trabajo y **LE COMPRAMOS** todo lo que usted pueda producir. Hemos construido mil máquinas de tejer medias para ser distribuidas entre los hogares y hacer mil familias independientes. Para que pueda usted conseguir una antes de que estén todas colocadas, escríbanos ahora mismo dándonos su nombre, calle, número y población. Por más datos:

Cia. PROTECTORA DEL HOGAR
Sarmiento, 880 Buenos Aires
Casa Matriz: Boston, U. S. A.

CARAS Y CARETAS
EN PARIS

Para subscripciones y ejemplares de CARAS Y CARETAS y PLVS VLTRA en París, dirigirse a

L. MAYENCE y Cía.
9, RUE TRONCHET, 9

Un "leader" de la industria argentina

Fernando Sanjurjo

Emprendedor hombre de negocios y entusiasta sportsman.

Es el señor Sanjurjo un argentino que honra a la raza. La energía de su carácter no está reñida con la amabilidad. Cortés y emprendedor, siempre propicio a todas las iniciativas que el acelerado y progresivo movimiento actual trae, este hombre de negocios es uno de los firmes mantenedores de una tradición comercial honrada.

Su nombre hállase ligado a numerosas empresas industriales de la República. En la lucha que ella ha emprendido por independizarse de los mercados extranjeros, procurando obtener, con las innumerables materias primas que su suelo produce, los artículos suficientes para bastarse a sí misma, el señor Sanjurjo llevó ideas y capital, trabajo y perseverancia.

La Argentina, patria de tantos y tantos hombres de buena voluntad, inspírale fervientes seguridades de cercano triunfo.

Su actual riqueza, fruto de una labor constante e intensa, no se hizo a costa y en perjuicio de los intereses nacionales. Por el contrario, puede demostrarse que cooperó notablemente al progreso de la cultura y de la prosperidad argentinas.

Gracias a estas aptitudes el comercio nacional inició, a fines de 1914, una de sus brillantes conquistas. La producción argentina de paños, casimires y frazadas, que algún tiempo atrás no podía satisfacer las demandas de la plaza y del interior, fué intensificada prodigiosamente por el señor Sanjurjo, previendo las exigencias inherentes a la gran guerra mundial. Y cuando el gobierno francés buscó los centros de producción textil que pudiesen satisfacer las enormes necesidades del ejército, pudo encontrar aquí en Buenos Aires el stock pedido, mientras otros mercados de fama no se hallaban en condiciones. Los paños y frazadas que los talleres montados por el señor Sanjurjo enviaron a Europa satisficieron ampliamente las condiciones impuestas por aquel gobierno, así como por el de Italia y otros. También en 1915 los comerciantes franceses acudieron a este imprevisto centro de producción en demanda de casimires. El señor Fernando Sanjurjo es, por lo tanto, el «leader» de esta conquista.

Años antes había ya dado a conocer nuestros mejores productos en Francia, y los tejidos argentinos competían victoriosamente con los extranjeros en las plazas de Chile, Perú y Bolivia.

A raíz de la depreciación que trajo la actual crisis ganadera, el señor Sanjurjo constituyó un sindicato para la exportación de ganado en pie a las plazas europeas.

El primer embarque, de 672 animales vacunos elegidos cuidadosamente, fué expedido en el vapor «Fernando Veloso». El sindicato tiene en proyecto sucesivas remisiones de ganado, que se realizarán a medida que aumente la demanda, cosa indudable, pues el artículo exportado es excelente.

Los técnicos están conformes en opinar que la idea puesta en práctica a iniciativa del señor Sanjurjo ha de influir favorablemente en la resolución de un problema tan importante como el de la depreciación del ganado argentino.

La razón social Fernando Sanjurjo, cuya sede encuéntrase en la calle Alsina número 1000, ostenta con justa razón, entre otros, el título de depósito de mercaderías nacionales, y goza de alto y firme crédito en América y Europa.

Como eminente propagandista de los sports, tiene una incontestable autoridad en los más distinguidos centros sociales. Dedicado a ese noble deporte que tanto bien ha hecho por el refinamiento de nuestra raza equina, es propietario del caballo «Rico», el «crack» del año, ganador de todos los clásicos en el Hipódromo Argentino.

El último triunfo conseguido por este admirable producto dejará memoria en los fastos del turf nacional. Fué en la reunión clásica de primavera al correrse el Gran Premio Nacional.

Una enorme concurrencia llenaba las tribunas todas del hipódromo. Buenos Aires aprovechaba la reunión para saludar entusiastamente al nuevo primer mandatario, doctor Marcelo T. de Alvear.

El «crack» del año venció por cuatro cuerpos a sus rivales, adjudicándose el premio en brillantísimo estilo. Y la concurrencia aclamó al vencedor con una delirante ovación.

Momentos más tarde el señor Sanjurjo era felicitado por el presidente de la República, que hizo justos y grandes elogios del invicto «Rico», poniendo de relieve el triunfo que supone para la Argentina el haber conseguido anotar en su «stud book» un producto tan extraordinario.

«Rico», en efecto, ha marcado performances mundiales y puede medirse con los más célebres «cracks» que actualmente existen. Este resultado se debe a la pericia deportiva del señor Sanjurjo, que no ha omitido gastos en la consecución de tal propósito.

Hay hombres que durante su juventud son pioneers valerosos, y en llegando a la edad madura se recogen a cuarteles de invierno para disfrutar el fruto de sus trabajos. El señor Fernando Sanjurjo es un pioneer de todos los momentos, que no ama ni desea el ocio.

Siempre joven y laborioso, su descanso está en el pelear, como dice la brava y gráfica frase española. Un hidalgo de recio cuño, hijo de sus obras, colaborador eficaz, hombre de grandes ideas: esto resulta don Fernando Sanjurjo, persona que debe ponerse de modelo de varones útiles y dignos.

Así ante las miradas de los argentinos y de los extranjeros, este caballeroso comerciante y distinguido sportsman continúa la misión que se trazara. Toda su vida intensa es un himno exaltado en honor de la República Argentina, su patria, que tanto necesita la firme voluntad de sus hijos predilectos.

En un rato de interview con algunos de nuestros hombres de negocio.

ENTRE los hombres de negocios de actuación política activa en el sud de la provincia de Buenos Aires, no obstante la modestia característica de su persona, destácase en primera línea Ramón Tristany. Su actuación en las filas del Partido Radical como militar revolucionario ha sido siempre sobresaliente. Como sargento 1.º agregado al Colegio Militar, fué uno de los pocos que salieron el 26 de julio en armas de este instituto, siendo designado para mandar el cantón revolucionario que se formó en las primeras horas del movimiento en las calles Paraná y Tucumán, siendo su cantón, según el historiador Mendia, uno de los últimos en desarmarse. En la revolución de 1893 en la provincia de Buenos Aires tomó parte como capitán de la 1.ra compañía del *Batallón 1.º de Buenos Aires*, formada por jóvenes distinguidos de esta ciudad, entre los cuales se encontraban los hermanos Huergo, Federico Vilaró, Mariano Maldonado y otros.

Durante la conspiración que tuvo como consecuencia el estallido revolucionario del 4 de febrero de 1905 tomó parte activisima, estando reputado entre sus compañeros de armas como el más eficiente colaborador que tuvo el actual presidente doctor Hipólito Irigoyen, para la realización de ese movimiento.

Fué por su resistencia y con el voto de los capitanes Orestes Arbó y Blanco y Fabián Doll que no se postergó el movimiento revolucionario del 4 de febrero, no obstante el deseo expresamente manifestado por el doctor Hipólito Irigoyen de postergarlo.

Como soldado, dejó en las filas, por su laboriosidad, amor al estudio y espíritu militar, grato recuerdo entre sus superiores y compañeros. Fué autor, junto con el coronel Juan F. Moscarda de un proyecto de Banco Militar, que, aunque aceptado por el ministro de la Guerra general Ricchieri, no se llevó a cabo por otras causas, pero que fué la base para la fundación de la actual «Sociedad Militar Seguro de Vida».

Su proyecto de Reforma Militar mereció las felicitaciones de todos los elementos ilustrados del ejército, y su realización entonces hubiera importado un verdadero triunfo para el retiro, el rejuvenecimiento de los cuadros y grandes ventajas económicas para el erario.

Fué el primer oficial que, cumpliendo órdenes de su jefe, entonces coronel, Eduardo Munilla, escribió un compendio de la historia de nuestros batallones. Cumplida la prisión que le impuso el Consejo de Guerra por los sucesos del 4 de febrero, y habiendo sido reincorporado por la amnistía, su postergación en los ascensos le hizo abandonar las filas definitivamente, yendo a radicarse en la ciudad de Tres Arroyos, entregándose a las tareas comerciales; pero sin abandonar por esto sus entusiasmos partidarios, reorganizó el Partido Radical en esta ciudad y fué su primer presidente.

Pasó más tarde a radicarse en la ciudad de Bahía Blanca, actuando en primera fila entre los elementos radicales en esa ciudad; fué concejal, y con el doctor Valentín Vergara y otros resistió la intromisión de los gobiernos de la provincia en la política comunal.

Como hombre de negocios actúa en toda la zona sud de la provincia, y debido a su iniciativa y espíritu de empresa grandes latifundios de campos han sido subdivididos y entregados a manos de los propios productores en los partidos de Tres Arroyos, G.Chaves, Juárez, Necochea, Villarino, C. Dorrego y Patagones, territorios de Río Negro y la Pampa.

Su espíritu se encuentra siempre dispuesto a tomar parte en toda iniciativa que importe un progreso, y es así cómo ha sido fundador del «Balneario de Bahía Blanca», empresario en explotaciones mineras y cooperador para que se lleven a la práctica muchos inventos, algunos de los cuales son un honor para la industria argentina.

COMENDADOR SETERF

MODAS

FEMENINAS

DE las numerosas y selectas que merecen conceptuarse como altas novedades creadas e importadas para la estación primaveral por casas similares, distínguense las representadas en el brillante componente que exhibe la TIENDA SAN JUAN, verdadera manifestación de arte y belleza, donde la originalidad y el buen gusto rivalizan imponderablemente.

Dichas novedades se hallan ilustradas en el lujoso

CATALOGO "PRIMAVERA-VERANO"

actualmente en circulación, el cual, como de costumbre, remítese libre de todo gasto a cualquier punto del interior, con exclusión de la Capital y pueblos suburbanos.

14

20

9

CREACIONES DISTINGUIDAS de la TIENDA SAN JUAN

20. — SOMBRERO cloche de muy fina paja Ramaille, el contorno guarnecido de tul y vistoso moño de cinta, a ..... $ **32.00**

14. — SOMBRERO de fina paja timbó, fantasía, adornado con cinta de terciopelo y gran moño de la misma, colores de moda, a $ **28.00**

9. — SOMBRERO para jovencitas, en fina paja, con la copa y el ala de seda, trabajado con novedoso moño, a ..... $ **28.00**

83

53

CREACIONES de la TIENDA SAN JUAN

53. — Original MODELO de "Crepe Romain" o de China, de elegante sencillez y de original moda, para señoritas, a ..... $ **75.00**

83. — Caprichoso MODELITO de espumilla "Papillon" de seda, con adornos a los costados y manguitas con originales trozos del mismo tejido formando pétalos y terminado con hileras de mostacilla.

Edades: 7 años, a $ 34.—; 5, a $ 31.—; 4, a $ 29.—, y 3 años, a..... $ **27.00**

215

215. — BOLSITA de seda, negra o marino, con vivos blancos, cierre de metal y broche de galalith, con fantasía de acero, división interior y espejo, a pesos **29.00**

En CINTURONES y ALHAJAS de fantasía

para el adorno femenino, presentamos altas novedades de la moda, de original gusto y distinción.

19

5

ELEGANTES CREACIONES de la TIENDA SAN JUAN

5. — VESTIDO de finísima espumilla de seda, colores modernos, cuyo adorno lo constituye una vistosa hebilla y caída del mismo tejido combinado con mostacilla, corpiño de "pongée", para señora, a ..... $ **68.00**

19. — VESTIDO de significada elegancia, en tejido punto tricot, en colores, cinturón y caída al costado, combinado en tonos varios, haciendo contraste con el vestido, para señora, a pesos **73.00**

GRANDES ALMACENES

Tienda San Juan

CIBRIAN Hnos. (S. A.) - ALSINA y PIEDRAS - Bs. AIRES

UN proyecto original de THOMPSON que, como tal, significa una contribución más a la tarea, constantemente ejercida, de mantener asociado ese nombre a todo concepto superior de distinción y belleza.

Thompson Muebles Ltda.

FLORIDA 833 BUENOS AIRES

DESPVES DEL MATCH
OLEO DE ALONSO
ADQVIRIDO POR EL MVSEO NACIONAL

El Hotel más suntuoso de Sud América

Hotel Carrasco
Casino Municipal
Montevideo Uruguay

La Comisión Municipal de Hoteles y Casinos Municipales de Montevideo acaba de dar por iniciada oficialmente la temporada de verano en el suntuoso Hotel Carrasco, ubicado, como se sabe, frente a la hermosísima playa del mismo nombre y considerado, sin disputa ninguna, como el más lujoso establecimiento en su género de Sud América y uno de los más confortables y renombrados hoteles de «saison» del mundo. La noticia tiene singular importancia para buen número de familias argentinas, ya que los grandes salones del Casino Hotel Carrasco y su majestuosa playa marítima se han constituído, durante estos últimos años, en el centro veraniego aristocrático por excelencia de la alta sociedad del Plata.

Aparte de los bailes, conciertos y te danzantes, que diariamente se celebran en el Carrasco, la Comisión Municipal ha organizado para el próximo verano un interesante y vastísimo programa de grandes fiestas sociales y deportivas que tendrán por marco no sólo los salones del establecimiento, sino también las playas y amplias canchas de sport que lo circundan. Además se ha dado un nuevo y vigoroso impulso a la organización interna del Hotel y especialmente al servicio de comedor — con capacidad para más de quinientos comensales, — que ha sido puesto bajo la experta y directa vigilancia de un «chef» de primer orden contratado en Europa.

En vista de la extraordinaria afluencia de veraneantes que hubo el año anterior y del interés ya demostrado por las familias que se preparan a ir este año al Carrasco, la Comisión ha abierto un registro especial para las reservas de alojamiento y para dar mayores facilidades a los turistas argentinos. Ese registro y el suministro de informaciones, planos, fotografías y demás datos relativos al hotel están en Buenos Aires a cargo de los señores Salvatierra y Gollan, Florida, 524. (Unión Telefónica 3574, Avenida). A esa misma oficina de Buenos Aires puede solicitarse folletos ilustrados para cerciorarse de las bellezas panorámicas que rodean al hotel; del lujo y exquisito buen gusto con que están amueblados los departamentos para familias — cada uno de los cuales tiene su sala y baño independiente; — la cercanía de la playa que permite salir de los dormitorios directamente hacia los baños; — y de todos los demás detalles del confort insuperable con que ha sido construído y amueblado el gran Hotel Casino Carrasco, a sólo veinte minutos de automóvil de la capital uruguaya.

CORDOBA. MOLINO ANTIGUO

FUNCIONA AÚN, A PESAR DE LOS AÑOS, ESTE VIEJO MOLINO. SU MOTOR SE REDUCE A UNA RUEDA DE PALOS QUE EL AGUA ENCARGA DE HACER GIRAR, Y QUE TRANSMITE EL MOVIMIENTO A LAS PIEDRAS TRITURADORAS DEL GRANO.

Todo cuanto usted pueda desear en Flores y Plantas Naturales.

LA·PRIMAVERA

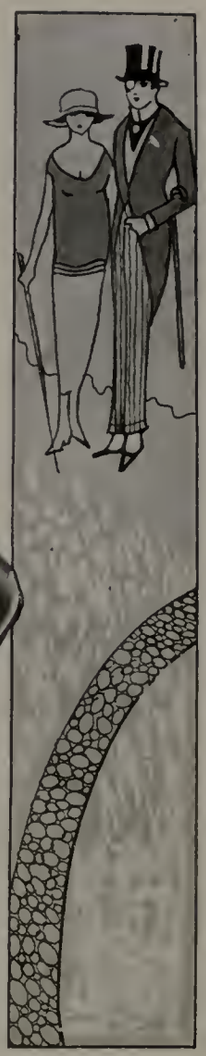
FLORIDA ESQ. CANGALLO

U. T. 2081, AVENIDA.

casa Chéret

C. Pellegrini 735

BOLSA de cuero repujado, gris o marrón, motivos japoneses, doble división, a $ 18.90



CORDOBA. HORNOS DE CARBON

INDUSTRIA QUE DESDE HACE VARIOS SIGLOS PROPORCIONA A LOS CAMPESINOS CORDOBESES EL PAN NUESTRO ES LA DEL CARBÓN, FABRICADO EN ESTOS HORNOS ARCAICOS QUE SEMEJAN ARTÍSTICAMENTE UNA RANCHERIA DE ABORÍGENES EN MEDIO DE LOS BOSQUES.

TÉL.: PASSY 58-31

SUZANNE GLÉ

J. PERRAUDIN

MODES

21, AVENUE DES CHAMPS-ÉLYSÉES

PARIS

Representantes exclusivos:

J. del VALLE y Cía.

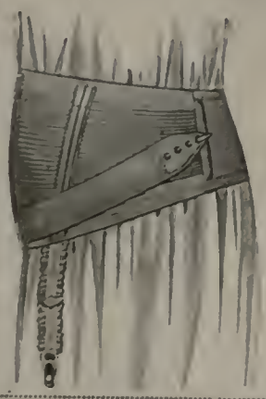
SUIPACHA, 930

U. T. 317, Plaza

BUENOS AIRES

Fajas sobre medida

para Señoras y Hombres



Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para embellecer el cuerpo como para cualquier afección del mismo. Se aplican en las fajas placas pneumáticas para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc. con receta médica. Medias y vendas elásticas, bragueros, etc.

PIDAN PRECIOS

Casa PORTA

341, Piedras, 341 Buenos Aires

DESPUES de poner Vd. la inteligencia de su cerebro, el afecto de su corazón, la ingenuidad de su alma, en una carta, ¿le gustaría que ésta no surtiese el resultado apetecido?

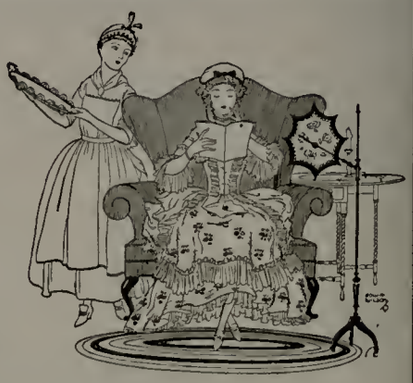
Cuando Vd. escriba hágalo en papel y sobre que den mérito al contenido de la carta en vez de quitárselo.

Escriba en papel

EATON'S HIGHLAND LINEN

(EL PAPEL DE ESCRIBIR DE MODA)

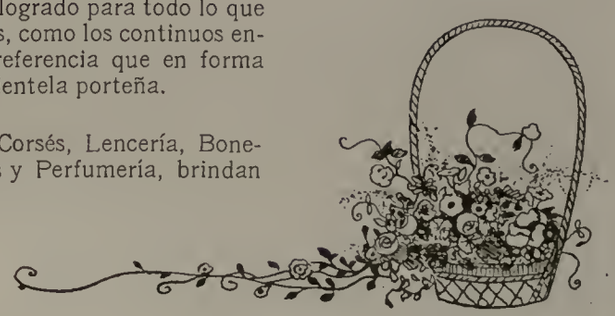
Lo hay de diversos estilos y de muy bonitos colores.



SOLICÍTELO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y PAPELERIAS

NADA habla tan alto del grado de perfección que hemos logrado para todo lo que signifique una especialidad para el toilette de las señoras, como los continuos ensanches de local a que nos ha obligado la siempre creciente preferencia que en forma amplísima nos dispensa decididamente lo más selecto de la clientela porteña.

NUESTROS departamentos de Confecciones, Sombreros, Corsés, Lencería, Bonetería, Calzado, Carteras, Guantes, Novedades, Fantasías y Perfumería, brindan constantemente a nuestras distinguidas favorecedoras la última y más alta expresión de la moda, representada sobre artículos de calidad insuperable y marcados a precios que descartan la más mínima posibilidad de competencia.



PLVS VLTRA

Plus Ultra agradece las múltiples y efusivas felicitaciones que ha recibido en ocasión del número del mes de octubre, consagrado a la Fiesta de la Raza.

Tanto estímulo, viniendo como viene de las personalidades más destacadas de la nación: estadistas, hombres de letras, diplomáticos, directores de empresas comerciales, personalidades sociales, hará que estas páginas, puestas de relieve por su selecta colaboración literaria y por la magnificencia de las artes planas, el lápiz y la fotografía, se afirmen en su destino y sean, como la prensa del exterior se complace en señalarlo, la revista clásica de la América Latina.

Las artes gráficas han ofrecido, en el número aludido de PLVS VLTRA, un engarce raras veces conocido, y la unión del artista al ilustrador fué buscada —como en otras ocasiones —con especial interés. Hemos procurado que el ojo discerniera de una forma estética que, a medida que se hace más onerosa, y más rara, por razones de economía humana, ha llegado a su más alto grado de perfección en los talleres de CARAS Y CARETAS, donde se imprime PLVS VLTRA. Nos referimos a todas las variaciones de la composición tipográfica, a la seducción que se desprende de la minuciosa claridad de los grabados, a la nitidez de la impresión y a las perfectas reproducciones de la tricromía.

Son, pues, estos afectuosos elogios y felicitaciones que agradecemos, aparecidos en las columnas de la prensa y otros llegados amistosamente hasta la mesa de nuestro director, los que estimularán mañana nuevos esfuerzos a los obreros y artistas que se consagran con igual desinterés en el silencio de nuestros talleres al éxito de este órgano del pensamiento argentino.

LA DIRECCION.

Si tienes mucho dolor de cabeza antes de acostarte y te impide disfrutar de un sueño tranquilo, no tienes más que tomar un sello de NEVRALGINE MERICI y amanecerás al día siguiente con la cabeza despejada y con un bienestar general.

La «NEVRALGINE MERICI» hace desaparecer el dolor de cabeza más fuerte, la jaqueca más pertinaz, el ataque neurálgico más agudo, en

10 minutos.

La «NEVRALGINE MERICI» no contiene antipirina.

La «NEVRALGINE MERICI» no ataca al corazón ni perjudica el estómago.

La «NEVRALGINE MERICI» domina los más crueles sufrimientos en **10 minutos.**

Pídase en las buenas Droguerías y Farmacias

Harrods

en calidad, en elegancia, en moda, impone y conforma el prestigio sancionado por consenso unánime de CASA DE DISTINCION POR EXCELENCIA.

SALON DE ARTE

Colección magnífica de obras de arte, bronces, mármoles, grupos escultóricos, jarrones, lacas y porcelanas, marfiles con incrustaciones de cincelado fino, producciones auténticas y copias autorizadas.

BRONCE «Science», por H. Levasseur. Altura: 60 cm... $ 870

SALONES DE EXHIBICION EN ARTÍCULOS PARA REGALOS

—

TERCER PISO

PLATERIA HARRODS

Un regalo, un objeto práctico seleccionado en HARRODS, constituye certero exponente de buen gusto.

Una visita a la **Exposición del Tercer piso** le brindará a usted delicadas sugestiones para la adquisición del obsequio tradicional.

LICORERA, en cristal inglés tallado, armazón en «Alexandra Plate»; compuesta de tres frascos..... $ 200

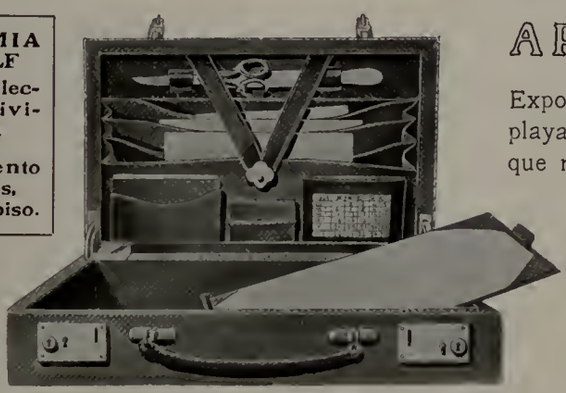
JARRA para Champagne, en cristal inglés tallado, monturas en «Alexandra Plate»; con depósito para hielo. $ 140

La misma, en plata inglesa, sellada..... $ 300

ACADEMIA DE GOLF
Clases y lecciones individuales.

—

Departamento de Sports, Segundo piso.



ARTÍCULOS DE VIAJE

Exposición permanente de artículos para viaje, veraneo, playa: baúles y accesorios de equitación, sport, y todo lo que requiere el equipaje del viajero.

SEGUNDO PISO

ATTACHE para útiles de escribir, muy práctica. Desde $ 120 hasta..... $ 22

LUJOSA VALIJA, en cuero de cocodrilo, foca, marroquín, cerdo, u otros cueros de fantasia. Utiles de oro, plata, marfil, carey, etc. Desde $ 1.000 hasta..... $ 250

Calles: FLORIDA - PARAGUAY - SAN MARTÍN - CORDOBA

Studebaker

El STUDEBAKER SEIS GRANDE
Ofrece Todo lo Que es Posible Pedir de un Automóvil.

Si usted paga más que el precio de un Seis Grande, puede comprar más peso, pero no conseguirá mejor material o mano de obra más fina que la que se emplea para el STUDEBAKER.

Compare este coche con los más costosos. Compare la carrocería con cualquier otra carrocería, no obstante el precio. Confronte la construcción del chassis. Investigue los records de durabilidad del STUDEBAKER en todo el orbe y especialmente aquí mismo en la Argentina.

Conduzca este coche, o viaje en él. Tome cuenta de su maravilloso poder, su flexibilidad y sobre todo su sólido confort. Usted se sentirá *en* un STUDEBAKER y no *sobre* él. Compare la apariencia de este coche con cualquier otro de *cualquier* precio. Y no omita que los coches STUDEBAKER son vendidos por una sucursal de fábrica, teniendo recursos suficientes para darle el máximo de servicio. Y finalmente, compare el equipo de este suntuoso coche; los pequeños detalles que tanto significan.

Considere su STUDEBAKER una inversión; no un lujo. No hay por qué pagar más. En relación a los precios de fábrica, los coches STUDEBAKER han sido vendidos siempre a precios más razonables que cualquier otro coche en el mercado.

The Studebaker Corporation of América
Avenida de Mayo, 1235. Buenos Aires

Concesionario en Montevideo:
John Gould. Av. 18 de Julio, 912

Concesionarios en Rosario:
Diaz y Estebecorena. Maipú, 777

AÑO VII
NÚM. 79

Plus Ultra

NOVIEMBRE
DE 1922

SEÑORITA
Lara Ramoell Campo
FOTOGRAFIA

Lluvia dulce

Por Campoamor de Lafuente

I

Caen gotitas de lluvia
sobre las rosas tempranas...
Qué delicioso perfume
tienen las rosas mojadas.

Pero si lloviera mucho...
las rosas de tu ventana
perderían sus matices,
quedarían sin fragancia.

Gotitas de lluvia caen
sobre las rosas lozanas...
Y qué bonita la lluvia
entre las hojas de grana.

II

Anoche lloramos juntos,
enternecidos... por nada...
viendo la luna de oro
sobre el río de la Plata.

Tú dijiste suspirando:
qué divinas estas lágrimas...
Era una lluvia muy dulce
sobre las rosas tempranas.

Juntos lloramos anoche,
muy tiernamente... sin causa...
Qué deliciosa frescura
nos ha quedado en el alma.

ILUSTRACIÓN DE PELÁEZ.

LA CASA DE ZULOAGA EN ZUMAYA (GUIPÚZCOA).

ENTRADA AL ESTUDIO.

EN CASA DEL PINTOR ZULOAGA

SIEMPRE resulta un placer el visitar la casa que para su regalo y para bien de las artes construyó Ignacio Zuloaga en el pueblo marinero de Zumaya. La actividad constructora del insigne pintor añade cada año algún nuevo pabellón, alguna nueva curiosidad a su ya espléndida finca, y su pincel, por otra parte, está continuamente aumentando el caudal de las obras, cada vez más admirables por su renovado brío y su poderosa concepción. Así no es extraño que la casa del artista sea visitada por numerosas personas, que van a ella como a un delicioso museo en que la naturaleza, además, agrega su buena parte de estética y encanto.

ESTÁBAMOS el otro día reunidos con el pintor algunos amigos de las cosas bellas. Un cielo algo turbio escatimaba esplendor a la tarde, mientras el mar mostrábase benevolente y rompía, todo azul y manso, en la dorada playa que forma uno de los lados de la finca. Allí desgranábamos nuestra conversación consumiendo los cigarrillos de la sobremesa. Carlos Reyles, parecido por su aspecto a un rico ganadero sevillano, discutía con José Ortega y Gasset sobre el arte de los toros, fresco en él todavía el entusiasmo que ha puesto en su reciente novela *El Embrujo de Sevilla*. En cuanto a Ortega y Gasset, muy seriamente confesaba que él entendía mucho de toros, que había toreado en persona más de una vez y que estaba dispuesto a torear, para convencernos, siempre que nuestra incredulidad exigiese una prueba palpable.

UN RINCÓN DEL ESTUDIO.

ENTRETANTO, Azorín demostraba ser del todo incompetente en la cuestión de las corridas de toros, y permanecía callado. Pío Baroja no se callaba con tanta facilidad; mostrábase adversario de los toreros y metía su protesta personal con un franco radicalismo. Entonces yo recuerdo haber entendido decir alguna vez que Ignacio Zuloaga había toreado toros de verdad...

—Completamente de verdad—afirma el pintor; y no en cualquier parte, sino en la misma Sevilla, que es la patria de los más grandes toreros. Hay quien dice que yo hubiese sido un buen matador de toros.

—¿No siente usted pena por haber malogrado su vocación, por haber desviado su

LA FAMILIA DEL PINTOR Y LOS SEÑORES BAROJA, PICAVEA, ZULOAGA, REYLES, AZORÍN Y SALAVERRIA.

OTRO RINCÓN DEL ESTUDIO DONDE EL MAESTRO HA REUNIDO NOTABLES OBRAS DE ESCUELA ESPAÑOLA.

UN ASPECTO DEL ESPLÉNDIDO JARDÍN CUYA CONSTRUCCIÓN FUÉ TAMBIÉN DIRIGIDA POR EL GRAN ARTISTA.

SOPORTAL DE RICA ARQUITECTURA Y ENTRADA AL TALLER DONDE TRABAJA ZULOAGA.

JOSÉ · MARÍA · SALAVERRÍA

verdadero destino?... — Pero el pintor sonríe y no contesta. Don Francisco de Goya, gran aficionado también, hubiera hecho lo mismo.

Todos juntos nos dirigimos al estudio, que es, como habitación, una especie de impresionante nave de iglesia primitiva. Sabíamos que la mano de Zuloaga no descansa nunca, y que de año en año produce una nueva sorpresa.

— ¿No quiere usted descubrirnos alguna obra inédita? — le dijimos. Y el pintor, sin responder palabra, empieza, con su habitual amabilidad silenciosa, a mostrarnos un lienzo tras otro lienzo, todavía fresca la pintura en los toscos bastidores.

— Esto es lo que hago ahora — exclama ante nuestro asombrado silencio.

Estábamos todos, en efecto, poseídos de esa estupefacción que nos invade cuando repentinamente se nos sitúa delante de una impensada maravilla. Eran unos soberbios paisajes. Conocíamos ya las aptitudes paisajistas de Zuloaga, y cómo, a la manera de Velázquez, ha sabido siempre colocar sus retratos en medio de un trozo de naturaleza oportuna, o sea de una naturaleza elocuente que contribuyera a realzar y completar el valor espiritual de la persona retratada. Pero no habíamos visto en Zuloaga el paisaje aislado, el paisaje por sólo el paisaje. Ahora lo veíamos. ¡Y en qué magnífica abundancia!

Parecía una respuesta a alguien que hubiese maliciosamente dudado de su aptitud paisajista. Sucedíanse los lienzos, más interesante el último que el anterior y construídos todos con una indudable preocupación de continuidad.

— Por lo visto, se trata de una serie de paisajes homogéneos...

— Sí — contestó el artista; — no descansaré hasta pintar veinte, cuarenta cuadros como éstos. Quiero hacer una colección completa: el paisaje total de España.

— ¿Algo así como los retratos de las distintas fisonomías, de las múltiples naturalezas españolas? ¿Una serie de «estados del alma» españoles?

— Exactamente.

El pintor, entretanto, nos iba descubriendo una a una sus obras, manejando los grandes bastidores con una envidiable facilidad hercúlea. Sobre el gran caballete desfilaban aquellos hermosos paisajes, aquellos rincones y panoramas de la España central, llenos de ese sabor dramático que Zuloaga pone en sus obras, hasta en las que quieren ser más frívolas y amables. *Una plaza en el pueblo de Nájera* nos gustó a todos por su aire de romanticismo y por su ambiente de estampa antigua; *Calatayud*, espectacularmente extendido entre collados de extraño tono, producía una impresión de país que se abre en llanuras infinitas con una especie de vértigo de inmensidad; había un rincón solitario y silencioso de *Segovia*, pintado con una diestrísima sobriedad de color, y que, sin apenas asunto, conmovía profundamente; después *Burgos*, con las torres gemelas de la catedral emergiendo de entre el apiñado caserío; en fin, allí estaba *Avila*, verdadero encanto de ciudad entre caballeresca y religiosa.

De pronto, como si no pudiera interrumpir su movimiento mecánico de remover bastidores, el pintor, agotados los paisajes, plantó en el caballete un grande, un magistral desnudo de mujer; tendida sobre un diván de tono encarnado, la mujer desnuda llevaba prendida a la cabeza y se le derramaba por los hombros una mantilla blanca. En seguida trajo otro desnudo femenino; esta vez se trataba de una mujer tendida en una otomana, con el rostro canallesco que reía exagerada, cínicamente.

— Como sé que estas cosas no le gustan a usted, por eso se las enseño — me dijo con cierta zumba el pintor. Y recalcando, todavía buscó en el fondo del estudio un lienzo: era un enano roñoso, monstruoso, frente a un panorama triste donde se pronuncia la silueta de una plaza de toros.

— En efecto — le respondí a Zuloaga; — esos cuadros no me gustan, ni me complace esa interpretación española que ha pintado usted más de una vez. Pero los paisajes que ha hecho desfilar ante nuestros ojos, esos sí me gustan. Tanto me placen, tan completa y profundamente me conmueven, que por ellos quiero tributarle a usted un particular aplauso. Son admirables, magníficos. Y hará usted mucho bien a su patria si prolonga la serie hasta el número de treinta. Ninguna nación de Europa podría entonces darse el lujo, como España, de haber sido retratada tan amplia, tan genialmente.

LA SOLEMNE BENDICIÓN EN LA ESCALINATA DE SANTA MARÍA MAYOR, CEREMONIA A LA QUE ASISTIERON CERCA DE 200.000 FELIGRESES.

PLUS ULTRA EN ROMA

EL CONGRESO EUCARÍSTICO

Los Congresos Eucarísticos son una institución, puede decirse, relativamente moderna, pues el primero se efectuó sólo en las postrimerías del siglo pasado. Los ha habido no únicamente en ciudades tan católicas como Viena — por lo menos la Viena de antes de la guerra, — sino en la capital misma de la iglesia anglicana, en Londres, y en todas partes han servido para manifestar las fuerzas de la religión católica. El último Congreso Eucarístico celebrado antes de la guerra se reunió en Lourdes en 1914, y el de Roma ha sido el primero desde que se concluyó la paz. Personas que han sido testigos de Congresos Eucarísticos en otras capitales europeas, aseguran que el de Roma resultó, entre todos, el más solemne; y, a la verdad, no habría podido ser de otra manera, porque en ninguna capital del mundo viven tantos obispos, abades, cardenales y altos dignatarios eclesiásticos. No en balde Roma es el centro de la cristiandad y la sede del Papado, debiendo tenerse en cuenta también, para apreciar la singular importancia de sus manifestaciones religiosas, que su carácter universal permite a la Iglesia Católica tener permanentemente en Roma crecido número de eclesiásticos eminentes, de casi todas las naciones del mundo. Esta circunstancia da a sucesos como el Congreso Eucarístico, un carácter especial que ninguna otra ciudad que Roma ni ninguna otra religión que la católica podría darles.

El Congreso Eucarístico de Roma ha sido una solemne exaltación del Cristo como Rey de la Paz, y paz ha sido el himno, el grito y la súplica del Congreso. Después de una guerra tan atroz, pudo creerse que la humanidad, y en particular Europa, sentiría un anhelo vivísimo de paz, de manera que la pesadilla de una nueva guerra no perturbase más el sueño de nadie, por lo menos durante algunas generaciones. Por desgracia, si la paz se hizo en los tratados, no se hizo en todas las almas, y cualquier observador medianamente inteligente puede notar que en Europa hay muchos que, con uno u otro motivo, esperan o desean una nueva conflagración. La Iglesia no podía, pues, dejar de hacer sentir sus anhelos sinceros

JÓVENES DE LA ALTA ARISTOCRACIA ROMANA VISTIENDO UNIFORME DE PAJES DE SAN LUIS.

de paz, y ese fué uno de los motivos de que el primer Congreso Eucarístico después de la guerra, se reuniese en Roma.

Una de las ceremonias más imponentes fué la de dar la comunión a varios millares de jovencitos en el Coliseo, en cuya arena corrió hace veinte siglos la sangre de tantos mártires cristianos. El espectáculo fué grandioso. El observador atento no podía dejar de evocar el recuerdo de aquellos mártires, que mientras eran tan cruelmente sacrificados cantaban en la misma arena el canto de tan poderosa sugestión: *Christus vincit, Christus imperat, Christus regnat.* El significado histórico de la manifestación era evidente. Muy sugestiva fué también la vigilia nocturna en la basílica de San Pedro. El misticismo más puro fué la característica de la procesión en las catacumbas de San Calixto y tuvo mucho de fantástico la procesión del día de la clausura.

Jamás se había visto reunidos, con sus pintorescas vestiduras rituales, tantos religiosos de todas partes del mundo. En el trayecto de la procesión, se veían en todas las ventanas y balcones tapices, telas preciosas, banderas, entre ellas la tricolor nacional. En muchos tapices se veían los escudos de la nobleza romana.

En la procesión, las órdenes religiosas con sus hábitos de todos colores, el clero secular con sus sobrepellices blancas, los obispos con capa pluvial y mitra, constituían una asamblea imponente, en la cual se distinguían algunos eclesiásticos grecounidos y maronitas, con sus peculiares vestimentas nacionales. Todo ello preparaba dignamente la visión del Santísimo Sacramento, llevado por cardenales bajo espléndido palio, rodeado de guardias nobles del Vaticano, de servidores de las grandes casas principescas de Roma con antorchas, en medio de una multitud de prelados, de monseñores, de grandes dignatarios de la Iglesia... El pueblo, conmovido, saludaba y aplaudía, mientras las tropas presentaban las armas...

Los que asistieron al Congreso Eucarístico de Roma no podrán olvidar jamás esas solemnes ceremonias que reunieron en torno del Supremo Pontífice tantos millares de católicos, venidos hasta de las playas más distantes.

EN LAS GRADAS DEL COLISEO DURANTE LA MISA EN MEMORIA DE LOS PRIMEROS MÁRTIRES.

EL SUIZO DE LA GUARDIA

NUEVA GENERACIÓN

Oleo de Juan Alenso

DE LA COLECCIÓN

del Señor Juan G. Molina

¿Para nada?

FINA MANO
MANO SABIA
QUE DEL MÁGICO INSTRUMENTO
LA NOTA DIVINA ARRANCAS...

GENIO QUE EN LA BURDA TELA
INANIMADA
PONES VIDA
Y PONES ALMA;
GENIO QUE LA LUZ DEL CIELO
CON TUS PINCELES AMASAS...

ARTÍFICE QUE EN EL BARRO
TOSCO LABRAS
LO INMATERIAL LO INTANGIBLE,
DE FORMAS TRANSFIGURADAS:
EL PENSAMIENTO, LAS IRAS,
EL ÉXTASIS, LA PLEGARIA .

POETA DE LAS IDEAS
QUE LEVANTAS
LAS BASES INCONMOVIBLES DEL UNIVERSO Y LA VIDA
CON CIMIENTOS DE PALABRAS...

SABIO TENAZ QUE A LA PUERTA
DE LA VERDAD SIEMPRE LLAMAS,
A SABIENDAS DE QUE SIEMPRE
PERMANECERÁ CERRADA...

ESTRELLAS DE LOS ESPACIOS, PRODIGIOSAS E INSINUANTES,
¡TAN CALLADAS!...

ROSALES, EN ECHAR ROSAS TAN CONSTANTES,
¡Y UNA Y OTRA PRIMAVERA VUESTRAS ROSAS DESHOJADAS!...

TODO, TODO: FINA MANO, GENIO, ARTÍFICE Y POETA...
ROSA Y ESTRELLA CALLADA...
¿TODO, TODO,
PARA NADA?

por Vicente Medina

ILUSTRACIÓN DE LARCO.

LA ÚLTIMA DIOSA

VENERE CIRENAICA

POR
JUAN · CARLOS
BERNÁRDEZ

ILUSTRACIÓN · D · PELÁEZ

Y Ella, de pie sobre la arena rubia, esperaba...

¿A quién?

Su cuerpo blanco, desnudo, dorado por el sol, pronto para sumergirse en el agua tibia y salada, se encogía un poco en una actitud de defensa instintiva del sexo: la mano izquierda sobre el pubis virginal, el brazo derecho sobre el seno, túrgido como un fruto; el muslo izquierdo algo adelantado, apretado contra el derecho; la pierna izquierda curvada como el asa de un ánfora, lisa y torneada como una defensa de elefante; la derecha, larga y fina —en que se marca, vigorosa y grácil, la rótula,— se apoyaba firmemente sobre sus pies largos, fuertes, armoniosos. La cintura mórbida, el vientre liso, suave como la flor de la magnolia; el ombligo misterioso y pequeño, la cadera apenas núbil, indicaban el cuerpo virgen creado más para el amor que para la maternidad; en el tórax, a la vez profundo y frágil, florecían los senos pequeños y redondos como dos copas de oro pálido; el cuello, perfecto como un tronco nuevo de bananero, sostenía la cabeza pequeña y divina; el mentón voluntarioso, la boca en arco, entreabierta en una inconsciente sonrisa; la nariz recta y fina, y bajo la cabellera flava, despeinada por el viento marino, bajo la frente estrecha y límpida, los ojos azules, luminosos, miraban sin ver, más allá del horizonte, más allá del mar y del cielo, más allá, más allá...

(Rugía el mar contra los farallones de la costa y se estrellaba con inútil rabia, cubriéndolos de un sutil encaje blanco; la playa se le ofrecía, amorosa, mansa, y él la acariciaba con un gesto largo y hondo como una mano lenta sobre una cabellera querida. Lejos, el horizonte cortaba con curva convencional el azul uniforme del mar y del cielo. Algunas nubes blancas, casi inmóviles, fingían en el cielo luminoso castillos y monstruos.)

Todo en Ella hacía pensar en el amor. Toda Ella, ofrecida al sol y al viento, sola, magnífica, desnuda; toda Ella ofrecida al sol y al viento, era un canto de amor. Pero de un amor divino, sereno, tranquilo; de un amor sin inquietudes ni exacerbaciones enfermizas; del amor que ha de unir los cuerpos porque es necesario y porque es así; del amor hecho de conjunciones normales y fecundas, como la atracción molecular, como el encuentro de dos electricidades contrarias, como el magnetismo; del amor que ha de llegar, irremediable y oportuno, con la edad, con la estación, con el día, con la hora, como llega la dehiscencia para los frutos maduros; de ese amor que está latente en todos los organismos vivos, como la letra M en las ondulaciones del mar.

Y Ella, con la boca húmeda y salada, el cuerpo rubio de sol, los ojos luminosos de azul, esperaba... (A su lado un Tritón, la cabeza apoyada en tierra, alzada al aire su cola bífida, sostenía el *peplum* tembloroso, tibio aún del calor del cuerpo divino.)

Y Ella esperaba, de pie sobre las arenas de la Cirenaica, «toda desnuda en la gloria del día», eternamente hermosa, eternamente joven (Helena, Andrómeda, Ariadna, Calipso, Melisenda, Oriana) como el Ideal, como la Vida, como la Muerte...

Y Ella esperaba al Héroe que había de llegar (Teseo, Ulises, Leandro, Rudel, Amadís, Lanzarote) sobre el trirreme negro de velas de púrpura, que afirma sus temblorosos remos de plata sobre el ancho lomo azul del mar.

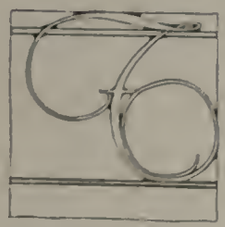
Pasaron los siglos. Un día el simún, ardiente y brutal como un beduíno, la volcó enloquecido sobre la arena: los brazos se quebraron y la cabeza armoniosa, separada del cuerpo, rodó lejos...

Pasaron los siglos. En un amanecer tempestuoso un monstruo de hierro clavó las uñas sobre las ondas. Escupía humo negro y su aliento de fuego, como el del Dragón de la leyenda, aniquiló los aduares de los cobrizos hijos del desierto, que huyeron, entre un torbellino de blancos albornoces, agitando sus largas espingardas, sobre sus corceles, hijos remotos del Viento. Después una innumerable caravana de hormiguitas grises salió del vientre del monstruo, ocupó las arenas ardientes y acampó bajo las palmeras centenarias, desplegando el pabellón verde, blanco y rojo. Era en el año de 1913. ¿Sería el Esperado que llegaba por fin? Y un día, Ella de nuevo fué.

Entre la admiración supersticiosa de los soldaditos y el amor conmovido de los artistas, el cuerpo divino surgió de su destierro milenario a la luz caliente del sol. Pero estaba mutilado. Los brazos yacen todavía enterrados bajo la arena temblorosa, y la cabeza serena, envuelta en sombras, continúa aún —¡quién sabe a qué profundidad remota!— sonriendo con su misma inconsciente inmutable sonrisa, mirando sin ver con sus ojos abiertos y luminosos, más allá del horizonte, más allá del mar y del cielo, más allá, más allá...

Alguien me toca el brazo: es el viejo guardián. Salgo de mi ensueño, con una pequeña sacudida. Me mira sonriente y me muestra el reloj: son las tres de la tarde, hora en que se cierran los museos. Sonrío también, por hacer algo. ¡La verdad es que resulta un poco ridículo esto de soñar despierto, en pleno año de 1922, en el Museo de las Termas, mientras en Génova los representantes de las naciones europeas se tiran con los trastos a la cabeza! Un poco avergonzado miro a la Venus decapitada: privada de la defensa ingenuamente artificiosa de los brazos, está ahora enteramente desnuda, más que nunca protegida por el prodigio de su desnudez; bajo la milagrosa carnación de mármol dorado se siente que vive, que hay en ella algo eterno que palpita, con un ritmo melodioso y profundo. Me restrego los ojos y salgo sin distinguir bien las cosas que me rodean... Afuera, una tarde adorable me despierta y me tranquiliza como una caricia maternal. Viene de la calle un piar inocente de pajaritos. Cerca, invisible, una de las mil y una fuentes de Roma gotea pesadamente como un herido que se desangra.

El Canto al Trabajo



TODAS las figuras de este Canto al Trabajo de Rogelio Irurtia, fragmentariamente, son un himno por sí solas. Sus héroes de bronce escapan a las líneas comunes. Son los superhombres del esfuerzo que han cristalizado ante los siglos el sacrificio de millones de obreros obscuros que, removiendo las campañas argentinas, hicieron nuestra grandeza. Para nuestra felicidad, es el trabajador el héroe central y predilecto de nuestra historia.

El arte, siendo una prolongación de los directores del mundo, esencialmente aristocrático, y vuelto hacia ellos para ensalzarlos, no había tomado hasta hace poco al labrador como un ser escultórico. Se placía a plasmar al conquistador, que es una forma elegante de la fuerza, y nada más.

Los paisanos de Carrière son tristes. Los de Millet, sufren. Y si son más sanas, no son menos trágicas las figuras de Meunier, el escultor belga. Los serbios de Mestrovich, los sagitarios de Bourdelle, los granaderos de Rude, excelentemente individualizados por los artistas, son formas igualmente violentas — ¿y por qué no bárbaras? — de la civilización occidental que se come a sus propios hijos como Saturno.

Tiene esta América, algo de la supuesta Atlántida de Platón, y tiene así, sin quererlo, algo de los arquetipos ideales que si no conocieron, por lo espirituales, paralelos abundantes en la historia del mundo antiguo, pueden, mañana, en esta tierra joven de América, encontrarlos en las generaciones que poseyeron la patria, desde abajo, desde la semilla del árbol — que la engrandece y decora — y no por encima, violentamente, como la fuerza cimentó y deshizo las naciones de los otros continentes.

El Canto al Trabajo fué encomendado por el intendente de Buenos Aires, don Carlos Torcuato de Alvear, al escultor Irurtia, y es el primer monumento votivo de esta gran muchedumbre de hombres trabajadores a sus modelos favoritos. El escultor los ha llevado al bronce despojados de sus trajes de labor para mostrárnoslos bellos tal como se acostumbraba esculpir en otras éticas a los guerreros y a los atletas, tan sólo, haciendo homenaje a la proporción de las líneas y haciendo del músculo desarrollado, un sugestivo trono de salud. Esos héroes del pasado no serán, con sus medidas tan bellas y tan falsas, a la vez, las que primarán en el balance final. Esas medidas desproporcionadas, presentidas pero no reales, han envenenado las fuentes del agua clara de la humanidad. Los hombres han sido seducidos por la misteriosa poesía de las estrellas, cosa lejana, y como Tales de Mileto, perdieron pie, y cayeron en el pozo. El trabajador mira hu-

Plus Ultra

...ESOS CONDUCTORES DE PUEBLOS TIENEN LOS TIROS EN LA MANO, Y HAY EN EL GRUPO ARMONIOSO, INTIMIDAD, AMISTAD, CONFIANZA...

mildemente la tierra y es él quien la embellece con el sudor de su frente. No necesita de las estrellas para hacer nuestra felicidad cotidiana y madurar el grano. Irurtia, al elegirlo como motivo de su monumento, ha traicionado la moral épica que hace desvariar al mundo y nos ha presentado al hombre legítimo en la consagración más santa de su vida: el trabajo.

El Canto al Trabajo es, así, un canto de redención, revolucionario. Se aleja de los conceptos aristocráticos del mundo occidental y oriental. Y como este arte milenario, a fuerza de ser pasivo con los símbolos, ha entrado en decadencia, no quebraba ya la situación que se conoce por «le pain de sucre» o sea, un motivo escultórico central encaramado sobre un basamento. Es decir, el gesto tendido hacia el cielo, grandilocuente pero mezquino, porque si en verdad se tiende hacia arriba confiado en su gran vanidad, se pone en comparación con algo que es más grande como medida que todo lo que le rodeaba en la tierra: el infinito.

Contrariando la costumbre académica, el monumento de Irurtia se desarrolla en un plano horizontal y extenso. Sigue la elipse de la tierra. La más fundamental y seria de las trayectorias. La figura augural del Triunfador, que se desprende en la proa de la multitud de las catorce estatuas que componen el monumento, es el hijo de Prometeo, por lo elegante. A sus pies, una tropa de alígeros niños continúa hacia el porvenir, el movimiento de la caravana retenida al trabajo, que simboliza un peñasco enorme. Detrás del Triunfador, dos figuras femeninas alientan, con el bálsamo del amor y la ternura, la coronación del noble esfuerzo. Esta masa primera de figuras, entusiastas y solemnes, terminan radiosas la empresa. Las estatuas son bellas y ágiles, emergiendo luminosas del baño purificador del sacrificio. Ya vienen detrás de ellas, los armoniosos titanes uncidos a la labor. A la derecha, los gigantes cejijuntos; a la izquierda, los pacientes héroes que la bondad femenina, la caricia, la esperanza de la mujer, estimula.

La nave de bronce del Canto al Trabajo está en marcha.

Sólo quedan un poco más atrás, tres figuras en conciliábulo, reconcentradas. Son los pensadores, las formas asentadas de la experiencia y de la reflexión. Los hombres maduros, los conductores morales que se ocupan de mantener en constante equilibrio esa fuerza humana que va hacia el futuro, el paso firme, seguro, y ese peñasco enorme de peso incalculable, del trabajo humano. Esos conductores de pueblos tienen los tiros en la mano, y hay en el grupo armonioso, intimidad, amistad, confianza, seguridad, conciencia de su destino.

El Canto al Trabajo, plásticamente, es un himno a la salud. La riqueza de su modelado es tan grande que bastaría un momento para inmortalizarlo. Y sólo una crítica me arranca esta obra: Hay en ella un exceso de belleza que se neutraliza al darnos el dolor intraducible, de no poder abarcar tanta riqueza de una única y sintética mirada.

EL ESCULTOR R. IRURTIA.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

LAZO ROTO

POR ERNESTO · MARIO BARREDA

Era al caer de la tarde. Un rayo de sol penetraba todavía por una ventana, a través de las ramas de las palmeras. El jardín, invadido por la penumbra, a ratos se animaba con el pasaje de los automóviles, que no cesaban un instante de cruzar por la avenida.

Hora de una melancolía fastuosa, de una susurrante vida de gran ciudad, cuyo murmullo llegaba hasta la salita donde Sara Rivas de Thompson bordaba pensativa. Las olas de esa alegría febril le sugerían recuerdos que pugnaba por desterrar de su imaginación. Entonces dejaba el bordado sobre las faldas y pensaba en sus hijos...

La mucama se presentó de golpe, y dijo, con una expresión rara en la fisonomía:

— Señora...

— ¿Qué quiere, Paulina?

— Está el señor...

— ¿Adolfo?...

— Sí, señora... ¿Lo hago pasar?

— ¡Pero... claro!

Salió la mucama, y Sara permaneció temblorosa, tratando de dominar la profunda emoción que la trastornaba completamente. Con un esfuerzo de voluntad lo consiguió: así que al aparecer Adolfo en la puerta de la habitación parecía tranquila, con la cabeza inclinada sobre el bordado.

Hacía ya dos meses que no se veían. Después de la separación escandalosa, en que él revelara su oculto deseo de romper aquellos lazos para unirse con Ema Ringuelet, nada supo Sara de su marido. Había sido aquel un drama desgarrador para su corazón de esposa enamorada, de madre feliz. Su Adolfo, que ella había creído distinto de todos los hombres, resultaba de golpe el más encenagado de los maridos. Por su parte, Ema, fugada de su hogar, detenida por la policía, junto con él, en un hotel de Alta Gracia, entre los comentarios más ruidosos. Ema Ringuelet había destruido su reputación y había cubierto de vergüenza el nombre de sus padres.

Desde entonces la vida en común se había vuelto imposible entre Sara y Adolfo, no sólo por aquel pasado que se erguía entre los dos, como un fantasma lleno de acusaciones y desengaños, sino también porque ella sospechaba que sus relaciones con Ema continuaban.

Tuvo un día la convicción absoluta, y entonces las frases amargas, las escenas violentas se sucedieron. Hasta que ella — ella fué — le había lanzado aquella expresión:

— ¡Esto no puede seguir así... Yo me voy a divorciar!

— ¿Tú te quieres divorciar?... Mañana mismo...

Entonces había comprendido Sara lo precipitado de sus palabras.

Adolfo no deseaba otra cosa: que ella le abriera el camino de su libertad, y todavía podría ostentar, al partir de su esposa la iniciativa, cierta aureola de mártir.

— ¡Mañana mismo!

Y tanto apuro había demostrado, que a los tres días la casa de Adolfo Thompson había sido deshecha. Invitada a disolver el hogar, por orgullo, por no demostrar flaqueza, ella lo abandonó, fué con sus dos nenes a ocupar aquel hotelito de la avenida Callao.

Thompson vendió todo en pública subasta, y a fines de esa misma semana su propiedad, ya vacía, ostentaba un letrero de alquiler.

Y ahora él aparecía por allí, deseaba hablar con ella. ¿Para qué?

Al ruido de sus pasos levantó los ojos y cambiaron una mirada.

Parecía más flaco, arrugado, con sus ojos, pequeños y azules, animados por una llama furtiva y dura. Contraída la expresión, parecía un malhechor que acudía a un juicio. Murmuró entre dientes:

— Buenas tardes...

— ¿Cómo estás?

Sin mirarla, siempre con el gesto agrio que vertaba toda expansión afectuosa, respondió:

— Bien...

Y comenzó a pasearse por la habitación. Como aquel silencio se hacía por grados embarazoso, Sara reanudó su interrumpida labor. Sus ojos negros sombreados de largas pestañas tenían una expresión de triste firmeza que parecía realzar la apacible tarea a que estaba entregada. El fué quien habló.

— Ese asunto ya está muy adelantado... El abogado que entiende en él sólo espera que firmemos el escrito para presentar en Montevideo la demanda de divorcio...

Sara nada contestó. Una indecible congoja flotó por un momento en la pequeña habitación. Sentía un nudo de lágrimas ahogándola, y en silencio continuaba su labor, pero la aguja no acertaba con los puntos del bordado. Lo adivinaba a él, con su gesto duro y crispado, mirándola, arrojándole las aceradas llamas de sus pequeños ojos azules, duros y brillantes como dos botones de vidrio.

Oyó crujir un papel entre sus dedos, desenrollarlo, colocarlo sobre la mesa. Sólo cuando él habló levantó los ojos:

— Esta es la demanda...

— ¿Qué cosa?

— La demanda de divorcio... Tienes que firmarla...

— ¿Yo tengo que firmarla?

— Sí, junto conmigo...

Sara reflexionó. En sus manos estaba la solución de aquel asunto. Si ella firmaba, Adolfo correría a la otra orilla y obtendría el divorcio. Allí, inmediatamente, se casaría con Ema Ringuelet, mientras ella, la madre de los hijos de Adolfo, pasaría a ocupar un lugar indeterminado, una indefinida situación entre la mujer soltera y la viuda... La vió a la otra del brazo de su marido, llenando en la sociedad un lugar que le había usurpado, mientras ella, como si fuese la culpable, debía esconder en su casa el oprobio de aquella situación de repudiada, para la que es muy poco lenitivo la piadosa consideración de la sociedad... Su resolución estaba formada. Levantó los ojos y, firmemente, le respondió:

— No quiero firmar...

— ¿No quieres firmar?

Más bien que una exclamación, un grito de loco se escapó de los crispados labios de Adolfo Thompson mientras apoyaba ambas manos sobre el papel extendido en la mesa. Parecía no haber comprendido bien, porque pestañeaba volviendo la vista a todas partes con un aire perplejo.

— ¿Dices que no quieres firmar... la demanda de divorcio?...

— ¡No!... no quiero firmarla...

Uno enfrente del otro, en el nuevo silencio que se hizo podía oírse el silbido anhelante de su respiración. Sara, con la expresión de la fisonomía desencajada, tenía un aire de trastorno muy grande delante de su marido que la miraba como un lobo a quien tratan de arrebatarle la presa. Hacía éste esfuerzos, sin embargo, para dominarse, pues se conocía en un terreno poco seguro. Trató de ser persuasivo.

— Sin embargo — dijo, — no hay otra forma de resolver esta situación... Estamos divorciados de hecho... busquemos la sanción de la ley...

Se detuvo dando a su rostro un aire de mansa resignación. Había notado un cambio en la fisonomía de su esposa y no quería malograrlo. Sara, en realidad, maduraba su pensamiento, y por fin lo definió con estas palabras:

— ¿Para qué voy a firmar una demanda de divorcio, si yo no tengo intención de casarme otra vez?

Adolfo le respondió con sequedad:

— ¡Tú no querrás casarte otra vez... pero yo sí!...

Cásate... ¿Es con esa mujer con quien piensas casarte?...

— ...Y no podré hacerlo sin antes divorciarme... ¿comprendes?

Sara se inclinó ligeramente, esta vez ya sacudida en su dolor hasta la defensa agresiva. Su voz era ronca y jadeante:

— ¿Para qué te vas a casar con esa mujer?... nada te impide seguir teniéndola así... como la has tenido hasta ahora...

Adolfo se contrajo de tal manera, por sus pequeños ojos, que lanzaban reflejos grises, pasó con tal violencia la idea del crimen, que Sara, pensando en sus hijos, creyó haber ido demasiado lejos. Una mesa le impidió lanzarse hacia ella. Hizo el ademán primero, fué a rodear el mueble después, pero tropezó con una butaca y se contuvo.

Se insinuaban en la habitación las primeras sombras de la noche. Empezaban a no distinguirse bien los gestos. Inmóviles en la penumbra, sus dos figuras cobraban un aire de misterio que acentuaba con tintes más sombríos las líneas del drama que conmovía sus almas.

Desde la habitación vecina llegaron en ese momento voces de niños mezcladas con sus risas cristalinas. Eran Clotita y Lalo, que volvían del paseo. Ella tenía siete años y él cinco. La niñera los había sacado a recrearse en el gran parque verde, lleno de flores y árboles frondosos. Ellos también vivían el drama de familia en sus corazoncitos. Estaban siempre serios, miraban a su mamá con ojos interrogantes. Una vez le preguntaron por el padre, pero Sara les respondió que había ido de viaje y que iba a tardar muchos días en volver. Ahora se hallaban allí, a dos pasos de ellos, como un lazo que venía a ligarlos de nuevo.

Oyóse la voz maternal de Sara hablando despacio:

— Adolfo... ¿no quieres ver a los nenes?

— ¡Para qué!

Sonó brutal la respuesta. Ya no hacían latir el corazón de Thompson. Todo aquello que pudiera impedirle su unión con Ema Ringuelet, que tratara de interponerse entre ella y su pasión funesta, le era insoportablemente odioso. Arrebató de la mesa el pliego sin firmar y, dando vuelta precipitadamente, salió de la habitación. ¡Ya arreglaría él aquello... vería!...

Sara continuó sin moverse. Quedaban sonando en sus oídos las últimas palabras de su marido, el rumor de sus pasos en aquella especie de huída. Ya ni el amor de los hijos le despertaba un eco. ¿Qué otro sentimiento tendría la virtud de hacerlo vibrar?

Afuera, por la gran avenida, la ola rumorosa de automóviles seguía llevando y trayendo en un vértigo la vida que ríe. Aquel estruendo de bocinas y voces, que estallaba entre un mar de luz, allí, a un paso de su congoja, ahondaba su profundo aislamiento, la tornaba más sola en aquel desamparo del corazón.

— ¡Perdido... perdido para siempre!

Sollozó, hundiendo la cara entre las manos.

ILUSTRACIONES DE BESARES.

LA IGLESIA MATRIZ DE ROSARIO

Este moderno y rico templo es la sexta reencarnación de una pobre capilla legendaria. Fué en el año 1725, a la llegada de aquellos calchaquíes que, guiados por don Manuel Godoy, emigraron, huyendo de los batalladores guaraníes. Entre los humildes ranchos que los perseguidos levantaron sobre la hospitalaria tierra santafecina, uno, indudablemente el mejor, destinóse a capilla de Nuestra Señora de la Concepción. Pero en 1731 esta imagen encontró una divina rival en otra virgen que los calchaquíes conservaban: Nuestra Señora del Rosario, efigie de más artística y más bien coloreada talla. Desde entonces ocupó ésta el altar, y de ahí que la actual gran ciudad se llame Rosario y no Concepción. En 1762 el cura, doctor Francisco de Cosio y Terán, reedifica la iglesia, y en 1773 encarga a un taller de Andalucía una nueva imagen, que ahora se venera en el baptisterio del hermoso templo que la piedad rosarina elevó a su patrona. Bien decorada, llena de luz es la digna iglesia matriz de la siempre creciente ciudad. Allí se conservan algunas reliquias del arte colonial que sirven para el culto de ambas vírgenes: la traída por los bravos calchaquíes y la que vino de la propia tierra de María Santísima.

VISTA DE LA NAVE CENTRAL.

LA PRIMITIVA IMAGEN.

CRUZ Y TABERNÁCULO DEL ALTAR MAYOR.

CUSTODIA, CÁLICES, INCENSARIO DE GRAN VALOR ARTÍSTICO E HISTÓRICO.

LA SEGUNDA IMAGEN DE LA VIRGEN.

Plus

Ultra

UNA PRECURSORA DE UNA HUMANIDAD SUPERIOR

ROSALINA COELHO LISBOA

EVOLUCIONARÁ la especie humana hacia la formación de una superhumanidad? ¿Seres más armoniosos, con más Ariel en el alma y nada de Calibán en el cuerpo?

Criaturas hay que nos imponen la afirmativa. Precursoras del tipo que vendrá, retoños esporádicos del árbol de mañana; enseñas consoladoras de la humanidad mejor...

¡Qué maravilla no será el mundo, cuando se pueble de seres así, tan raros hoy, raros como ciertas gemas preciosas!

Tales reflexiones se nos ocurren frente a Rosalina Coelho Lisboa.

Es evidentemente una flor final de selección. En ella se resumen todas las formas de la belleza: la plástica, que la hace, en el magnífico vivero natural de Río de Janeiro, resaltar como la orquídea más hermosa; la moral, que la conserva en un altar sólo suyo; la intelectual, que le da el primado entre los más nobles cultores del pensamiento brasileño.

Y en torno de esta triple alianza de valores de elección, todo el cortejo de las gracias menores: la elegancia de los movimientos y de las ideas; la finura de la palabra conversada; las acariciadoras seducciones de la voz; la expresión poliforme de la mirada; la espontánea hidalguía de las maneras; el requinte del tacto social; la música de una dicción de oro, que es única...

¿Cómo, pues, no considerar a Rosalina, como una antevisión, como un *spécimen* de la humanidad mayor?

Nacida con tales dones, predestinado su espíritu desde la cuna por todas las hadas buenas, Rosalina pasa la vida lapidando las gemas que le correspondiera como lote feliz.

Huyó, desde niña, a la convivencia estéril de la señora Frivolidad y aprendió a soñar.

Sus juguetes, sus mejores amigos de la infancia, fueron los grandes libros, que, como flores extrañas, dejan revolotear el polen de los altos pensamientos.

Convivió, soñó, pensó con ellos, amóles, tornóse mujer sin abandonar nunca la atmósfera ideal que sólo en ellos descubría.

Hoy, quien penetra en «Rito Pagano», bronce en el que fundió ideas, tiene la impresión de entrar en un templo. Los grandes sueños de la India, toda la suma ideología de las altas cumbres: Khayyam, Dante, Confucio, Jesús, Wágner, Açvaghosa, Goethe, Tagore, todas las flores raras del pensamiento contemplativo, reviven allí. Todos los genios que torturan el cerebro, en la inquietud de transponer el más allá, e intentaron el paso al frente, y sufrieron el vértigo de la frontera — el *borderland*, — reciben el agasajo cariñoso de la bienhadada hermana, en ese libro que es un puro jardín de ideas.

La incomprensión de la crítica verá tan sólo en ese jardín, actitudes; sin embargo, ¿cómo es lógico que se abran tales flores, si fueron ellas las únicas simientes que desde la infancia fecundaron el pensamiento contemplativo de Rosalina?

Mujer, y hermosa, el hado concedióle el don de enseñorearse *au delà* del sexo. No es poetisa, pues. ¡Poeta, siempre, y fuerte como los que más lo fueron!

De los brasílicos, ninguno se alzó más alto por el azur del pensamiento. Es en la amplitud de los intermundos que su espíritu se recrea, allá donde no llega el rumor terreno, y el silencio eterno permite al pensamiento verse a sí mismo.

Y es tal la fuerza de Rosalina en el pensar, que a su lado se vuelven gallináceos de vuelo rastrero la mayoría de nuestros vates amorosos, llorones, siempre a vueltas con sus desinteresantes asuntos de amor. Mientras la pléyade arrulla de paloma, frente al «objeto amado», Rosalina se cierne lejos, en lo alto describiendo círculos concéntricos en torno de la esfinge de la vida.

Y canta los héroes de otras edades. Y exalta la abnegación de incógnitas figuras que crearon en la sombra preceptos de justicia, dogmas de verdad. Y medita en el jardín de Epicuro, en donde, a la sombra de las alamedas silenciosas, cruzan sombras, escrutando el viejo enigma, presa en el círculo «desta angustia: ser...»

Rosalina concluye que hay en la vida de todo, flores y espinas; que nunca, separados, andan el mal y el bien. De ahí la ley suprema: sufrimiento universal.

Sin embargo, advierte en el ambiente una analgesia y nos llama la atención hacia ella. Es el sueño que despliega en la sombra sus alas silenciosas, engaña con dulzura al hombre y le mece de ilusiones el mundo. La vida, al influjo del sueño, se torna suave. El dolor amortigua. La salvación, por lo tanto, está en él, y Rosalina señala la caravana que pasa, roída de penas y de desesperos, el estimulador encantamiento, el bálsamo divino: soñar...

Es en ese refugio supremo, en el oasis solitario del sueño donde Rosalina reside, sorda a los rumores vanos del mundo. En torno suyo se agitan las serpientes de la incomprensión, Calibán babosea, los periodistas destilan hiel, las mediocridades infladas se adornan de plumas ajenas.

Rosalina sonríe, ni triste ni alegre, curiosa tan sólo de los aspectos múltiples del mundo. Para los grandes contemplativos, el colear peludo del gusano y el envolverse en perfumes de las rosas es todo uno: formas de vida, estrofas del mismo poema.

Del baboseo venenoso defiéndela la Fuerza. Fuerza consciente que trae como broquel el Orgullo y tiene como muelle secreto la Renuncia.

«Mi corazón, en el caos de la vida impura, yermo de ilusiones y de amores, pasa, en el coche del Orgullo, que me impide pisar el suelo y lo depura de esperanzas y de saudades. Y mi alma se vigoriza, más y más, en la Renuncia, que es el supremo bien.»

Guarda, empero, una perfecta serenidad; todo lo ve desde arriba, y ve con los ojos de quien se habituó a ver todo desde un plano azul.

¿Hombres? Grano de arena que el tiempo arrastra en la eterna evolución de los seres y de las cosas; esclavo que nace del acaso, rodeado de misterios; pobre criatura que la fatalidad enceguece bajo la ironía de un cielo vacío; ligamen de eternos grilletes...

De entre ellos, sin embargo, uno se individualiza a sus ojos. Es el poeta, su hermano, el ser dolorido que procura la luz invisible y cuya gloria suprema consiste en revelar a los hombres la belleza.

Y porque ama al poeta, ama la India, patria de poetas, foco de donde tanta luz dimanó hacia su inteligencia, en el período de su formación estética. Y al meditar en la India siente una obscura añoranza, un recuerdo vago de otro aprendizaje del ser, de otras formas de vida...

También el mundo de las cosas la atrae y Rosalina busca en él el alma oculta que es misterio, y será luz — ¿quién sabe? — un día...

Presta oídos al zumbar del viento, que trae de la soledad de regiones ignotas un extraño clamor de quejas sofocadas, y percibe en sus rugidos el lamento de protesta, el llamamiento milenario de las almas estranguladas por la estrechez del mundo, por la angustia de la vida.

Atenta en la noche, posa sus pensamientos en ese manto de terciopelo negro que nos ciega y nos apavora, y ve dentro de la enemiga de los detalles, a la creadora de las masas, el bulto de las montañas, cárceles de titanes rebeldes, sujetos por fuerzas misteriosas en la inquietud de escalar los cielos.

Este malabarear con las grandes ideas, cansa, a veces, y Rosalina toma instantes de reposo, tornándose pintora de pequeños cuadros bucólicos. Descansa en la superficie de la tierra, ve el paisaje de las campiñas tranquilas, dentro del cual el sonido sollozante de las cantigas al compás de la guitarra, quiebra el silencio pesado del desierto.

Es como un despertar. Recuerda que es amiga, y narra a María Eugenia (1) delicadas sensaciones rurales. No olvida que es mujer, que es madre, y llamando a su regazo a la hijita, dale en un soneto una filosofía entera, como solamente saben componer aquellos sublimes videntes de la India.

«Haz de tu confort y de tu pan, hijita, el bien de amigos y de extraños. Perfecciona en el sueño tu mente, y perfecciona en el dolor tu corazón. Cuando el desespero oprima tu alma, llora, pero llora silenciosamente, en secreto, lejos del mundo.

»Sé generosa, hijita, para con los malos y para con los tontos. Trata de olvidar los locos deseos de ventura, cuando la vida cruel te atormentase con negativas.

»Domina la rebelión de tu índole. Sé dueña de ti. Y de tus penas toma los hilos, téjelos; haz de ellos una trama de oro y empléala en mitigar los dolores ajenos.»

Rosalina está entera en estos versos, que la definen, que la explican, y que la sublimizan.

Supo componer con ellos una pequeña biblia íntima, a un tiempo, faro de la querida existencia en botón, y espejo de la más bella y armoniosa vida que arde en el Brasil contemporáneo.

No hay para qué seguir adelante. La palabra ahoga la idea delicada. Volvamos al comienzo: ¿Evolucionará la humanidad hacia la formación de un tipo superior?

(1) María Eugenia Celso, distinguida poetisa brasileña.

TEXTO DE MONTEIRO LOBATO

EN LA ACADEMIA BRASILEÑA. Los laureados de 1921. — Sentados, de izquierda a derecha: Dr. Ronald de Carvalho, premio de literatura. Dr. Pontes de Miranda, premio de erudición; señora Rosalina Coelho Lisboa, premio de poesía; conde Carlos de Laet, presidente de la Academia Brasileña de Letras; profesor M. Said Alí, premio a la mejor obra sobre la lengua portuguesa; Dr. Carlos Góes, segundo premio a la mejor obra sobre la lengua portuguesa; Sr. Waldomiro Potsch, premio de divulgación de la enseñanza primaria. — De pie: Dr. Julio Nogueira, premio de divulgación de la enseñanza primaria; Dr. Medeiro y Albuquerque, miembro de la Academia, encargado del discurso oficial de entrega de los premios; Sr. Herbert de Mendonça, premio de teatro.

HILANDO EN FAMILIA LANA PARA TAPICES.

UN ARCAICO TELAR DE TAPICERÍA TUNECINA.

LAS TEJEDORAS DE TÚNEZ

Sin necesidad de maquinaria moderna, prosiguiendo tenazmente las labores que desde hace muchos siglos realizan, las mujeres aborígenes trabajan la lana en los hogares tunecinos. Allí como aquí la rueca y el telar indígenas son de una sencillez primitiva que hace reír a los mecánicos e industriales. Pero los hombres amantes de la tradición artística hállanse enteramente conformes con el señor Onelli y con las hilanderas y tejedoras de aquí y de allí.

Bien mirada, esta industria doméstica ofrece a la mujer medios de independizarse. Si el trabajo casero del tejido estuviera organizado a la moderna sobre esas firmes bases que una lógica tradición le dió entre los actuales primitivos, las familias encontrarían un modo más de bastarse a sí mismas. La mujer, instintivamente, aspira a esto.

Un rasgo especial distingue a las hilanderas y tejedoras tunecinas de sus lejanas camaradas del Chaco: la labor en común. Todas las mujeres de la familia y los niños trabajan los vellones desde la primera operación hasta la última. Tal vez el ansia de lucro, enfermedad moral antiquísima, haya puesto tristeza en esos talleres domésticos; mas siempre el cariño de las madres y la inocente alegría infantil prestan al cuadro tonos que no existen en los serios talleres de las manufacturas modernas, donde sólo se oye el estrépito del acero vivo, rechinante, giratorio.

Risas, regaños, canciones populares, cuentos, de todo hay en esos patios tunecinos, mientras el vellón se transforma hasta llegar a ser un lindo tapiz policromo que lucirá luego en los salones de la gente civilizada.

Y parece un milagro artístico que la bella obra salga flamante de aquellas manos y de aquellos lugares, que no se distinguen por su limpieza.

Así es la industria casera del tejido, tal y cómo la cultivan de abuelas a nietas las mujeres pobres tunecinas, camaradas de nuestras tejedoras aborígenas, produciendo verdaderas obras maestras de arte popular.

HUERTO MADURO

Entré, después del sol, al huerto.
Medio oculta en los árboles reía la mañana.

El peso de oro de los frutos
Maduros dulcemente doblegaba las ramas.

Un guindo ofrecía sus guindas.
Rojos pezones vivos, que el sol acariciaba.

Un granado bello y sanguíneo
En venturosa plétora abría sus granadas.

Al pecado paradisíaco.
Desnudas como Evas, tentaban las manzanas.

Duraznos rosa y ámbar claro
(Este o aquél mellizo) la boca hacían agua.

Nogales con más nueces que hojas.
¡Y qué de peras rubias y ciruelas moradas!

Mas recordándote, ¡oh Epicuro!,
Sólo probé los sobrios higos que tú gustabas.

L U I S L. F R A N C O

ILUSTRACIÓN DE DELUCCHI.

La Niña del Cántaro

OLEO DE VILADRICH

Pinoquio y Pichichín

Por Roberto F. Giusti

Pichichín es una nena de cuatro años escasos; la más linda entre todas las nenas rubias, según el juicio imparcial de su padre. Pinoquio es un títere ilustre. Millones de ejemplares han difundido su azarosa y divertida historia en los más diversos idiomas, desde que Collodi la contó en italiano. Historia de una vida ejemplar, porque representa la ascensión de un ser, a través de mil vicisitudes, errores y padecimientos, de la materialidad inerte de un leño, de donde lo sacó, por obra de talla, su padre Pepet, hasta la animada humanidad de un niño hermoso e inteligente. Siempre ha sido recomendada como necesaria y fortificante la lectura de las vidas ejemplares, y Pichichín ya tiene su libro de cabecera. No sabe leer y entiende a medias, pero otros leen e interpretan por ella. Además, allí donde el texto es insuficiente, suplen las láminas.

Pinoquio es su «héroe». Es su genio familiar. El pensamiento de Pichichín vuela hacia él de continuo, y en sus aventuras y en las enseñanzas que de ellas se sacan, inspira gran parte de su conducta. Pinoquio, nacido de un tronco, ser de ficción, es para ella más vivo y real que todos los hijos de madre con quienes hasta ahora ha corrido, jugado, y, naturalmente, reñido. Lo que no es extraño, porque las creaciones del arte, cuando se tienen en pie — y Pinoquio es una marioneta que camina por sí sola, — suelen tener más substancia humana y ser más reales que todos los Juanes que pasamos por este mundo como sombras huidizas, desvanecidos, apenas proyectados en la vida. Además, si Pampusa, Monucho, Marucho, su hermanita, su primo, su amiguito, sus pequeñas vecinas, ocupan bastante espacio en el espíritu de Pichichín, carecen del prestigio con que la fantasía decora y embellece lo que acaricia. Pichichín no puede concederles más importancia de la que ellos son capaces de hacer valer. Conoce sus debilidades y sabe aprovecharlas: sabe cuándo y por qué lloran, cuándo se caen y por qué se caen, cuándo ceden y cómo ceden ante su prepotencia. Los quiere, pero no los respeta. Los ha calado a fondo con su profunda perspicacia infantil, y no espera ni teme de ellos ninguna sorpresa. Pinoquio en cambio es lo imprevisto. Es valiente e incansable. Sus truhanerías son graciosas; sus hazañas, inauditas; sus desgracias, afligentes. Cuando el zorro y el gato lo cuelgan de la encina grande; cuando topa con la serpiente y, por el susto, se hunde de cabeza, con los pies en alto, en el barro; cuando el campesino que lo apresó en su trampa, lo ata a la cadena del perro; cuando corre el peligro de ser frito como un pescadito cualquiera, el rostro compungido de Pichichín subraya tan terribles aventuras con mil gestos y muecas. El héroe predilecto de los poetas no es Aquiles, sino el aventurero Ulises, cuyo valor y cuya paciencia sufrieron victoriosamente tantas pruebas. Pinoquio es el Ulises de esta pequeña Odisea didáctica, aunque menos sutil y prudente que aquél. A Pinoquio le debe Pichichín los primeros conceptos morales. ¿Qué es la verdad? Lo ignoraba Pilatos y no supieron responder los sabios del Sanedrín: seamos, pues, indulgentes con Pichichín y excusémosla de haberlo ignorado hasta el advenimiento de Pinoquio. Como el erudito lector ciertamente recuerda, a Pinoquio se le alargó la nariz enorme y ridículamente por haberle mentido al Hada de los cabellos azules. El suceso sin duda es impresionante, por lo menos para Pichichín. Los principios morales prueban su consistencia por la sanción que sigue a su desconocimiento. Algo que tanto influye, y tan rápidamente, sobre la longitud de las narices, tiene por fuerza que parecerle trascendental a una linda nenita rubia, por consiguiente coqueta. No sé si Pichichín sabría en estos momentos contestar la inquietante pregunta de Poncio Pilatos, pero sí puedo asegurar que ha averiguado qué cosa es la mentira, y acierta a circunscribirla en la cadena de las acciones y palabras humanas, con absoluta precisión. Desde hace dos meses Pichichín es un implacable censor de la mentira, y no sólo cuida, siempre alerta, que su nariz no crezca, sino que acecha de continuo la nariz de su padre, ya de por sí de sospechosa

longitud. Su celo, extremado como el de todos los neófitos, no perdona desliz. Y en su afán fanático por restablecer en toda ocasión la insospechable verdad y evitar el crecimiento de las narices, persigue con igual severidad la mentira y el simple error. Manda el lenguaje parlamentario que aun las más burdas invenciones sean calificadas de inexactitudes; por el contrario, en el lenguaje de Pichichín, todo es mentira, también las equivocaciones. Los años y su sexo le enseñarán probablemente a no ser tan rigurosa.

Pinoquio ha iniciado asimismo a Pichichín en las maravillas de las ciencias naturales. El Jardín Zoológico fué para ella como un libro, vale decir, ininteligible, hasta tanto acudió a interpretárselo su libro de cabecera. Esos vagos animales, monótonamente encerrados en sus jaulas, nada le decían. Pero el zorro, el mono, la serpiente, el conejo, la marmota, el asno, el halcón, importantes personajes en la fabulosa historia de Pinoquio, son otra cosa. Con el propio texto ilustrado en la mano — para mayor certidumbre científica, — Pichichín ha querido identificarlos uno por uno. En homenaje a la verdad debo decir que en este descubrimiento de un mundo apenas entrevisto hasta entonces, no le ha faltado alguna decepción. ¡Qué diversa la realidad de las representaciones de la fantasía! El zorro que lo corrió a Pinoquio en el bosque y lo colgó del árbol, y otra vez le jugó la mala pasada de estafarle las monedas de oro, ese pillo de zorro, ¿había sido el animalejo movedizo e inofensivo que tenía ante sus ojos? Pichichín lo miró con indiferencia o incredulidad, y ante el choque de la áspera realidad, se recogió toda en su quimera. Tentado estuve, por piedad con su ilusión, de llevarla ante el oso de Siria o el elefante, y afirmar triunfalmente: ¡Este es el zorro!;

pero en ese instante Pichichín levantó los ojos a mi nariz, y me faltó el valor.

* * *

Pichichín está durmiendo: sueña y habla en voz alta. Pelea en sueños, tal vez con el objeto de adiestrarse para los entreveros del día siguiente. Ahora calla y se serena. Parece reconcentrarse en una grata visión. A la luz morteçina del velador, no se ve más que la cabecita dorada y la manita encogida que sujeta fuertemente la colcha. Pongo blandamente mi mano sobre su frente, que resalta, blanca y pura, aun en la penumbra, en medio de las rubias guedejas, y sigo su ensueño.

Va de la mano de Pinoquio, gentil caballero en su traje de papel floreado y con su bonete de miga de pan, por un jardín luminoso. Han llegado a una calesita. Pichichín va muy seria y muy erguida en un coche tirado por dos leones; Pinoquio cabalga a su lado en un caballo blanco. Ahora le compra caramelos. Nadie los ve y pueden comerlos todos.

Pichichín no ama a Pinoquio, porque no sabe qué cosa es el amor ni conviene que lo sepan las nenas de cuatro años escasos; pero se siente muy feliz a su lado. Si ahora alguien viniese y se llevara a su amigo, ella lloraría mucho. Pero por el camino todo lleno de flores viene hacia ellos, corriendo, una nenita, linda y rubia también, tocada con un gracioso gorro encarnado. Es Caperucita Roja. Pichichín la reconoce, porque le han hablado mucho de ella. Caperucita se acerca a Pinoquio y lo besa en las dos mejillas. Pinoquio saca de su bolsillo una linda pulsera y se la da. Bajo mi mano siento plegarse apenas, levemente, la frente tersa. Y si no fuera que las nenas de cuatro años no deben saber qué son los celos, yo pensaría que Pichichín está celosa.

... Así mi hija ha entrado, de la mano de Pinoquio, gentil caballero en su traje de papel floreado, en el mundo de las ideas, de los sentimientos y de la pasión...

MONOS DE BESARES.

ESTATUA DE «EL ESCLAVO», ÓPERA DE CARLOS GOMES.

«LA FAMA» LLEVADA POR UNA CUADRIGA DE HIPOGRIFOS.

«SALVATOR ROSA», UNA DE LAS CREACIONES DEL COMPOSITOR.

AL PIE DE LA ESCALERA: ESTATUA QUE SIMBOLIZA LA ÓPERA «FOSCA».

ESCULTOR LUIGI BRIZZOLARA, AUTOR DEL MONUMENTO.

MONUMENTO AL GENIO MUSICAL DEL BRASIL CARLOS GOMES.

ESTATUA QUE REPRESENTA AL PERSONAJE CENTRAL DE LA ÓPERA «CÓNDOR».

ESTATUA DE CARLOS GOMES QUE CORONA EL MONUMENTO.

LA colectividad italiana ha querido celebrar el centenario de la independencia del Brasil, obsequiando a la ciudad de San Pablo con un monumento a la gloria del genio musical de Carlos Gomes.

Antonio Carlos Gomes nació en Campiñas, estado de San Pablo, en 1839. Enviado por el gobierno imperial a Europa, se instaló en Italia durante siete años, donde profundizó sus conocimientos componiendo su obra célebre: «Guarany», estrenada en Río de Janeiro en 1872, valiéndole a su autor la ovación más grande que se recuerde en la capital del Brasil. El monumento, inaugurado en el valle de Anhangabahu, consta de varias partes. La figura central del inspirado autor de «Guarany» corona la obra del escultor italiano Brizzolara. En un feliz desarrollo, al pie de una fuente, surge «La Fama» que es llevada por una cuadriga de hipogrifos. Las obras del músico, simbolizadas por las estatuas de sus protagonistas, decoran aquí y allá la hermosa escalera en que viene a terminar el monumento ya en el bajo del valle de Anhangabahu.

Ha sido este obsequio de la colectividad italiana, una feliz oportunidad de recordar cuán ligado ha estado siempre el Brasil al triunfo del arte lírico universal por obra del inmortal compositor, que llevó al teatro un hermoso episodio americano, y reunió, el primero, las voces musicales de la selva tropical en las célebres partituras que nos extasian aún hoy por su perfección técnica y hondo sentimiento artístico, medio siglo después de que fueran inspiradas.

El negocio del descubrimiento de América

UN estadígrafo inglés, después de prolijas investigaciones y minuciosos cálculos, ha logrado determinar, hasta el último céntimo, lo que costó el descubrimiento de América. He aquí la cuenta: Colón cobró, por la concepción del proyecto y su realización, 320 dólares, que, al cambio actual, son 2.025 pesetas y 60 céntimos. Como se sabe, Colón fué a América creyendo que iba al extremo de Asia. Para él, la Española, el primer islote de su arribo, era el antiguo Ofir, que ya habían visitado en remotas edades los buques salomónicos. No son muchos 320 dólares para pagar un lío cósmico tan soberbio. Los hermanos Pinzones, capitanes de las otras dos carabelas, cobraron 130 dólares cada uno. Los marineros salieron a razón de 29 dólares por cabeza, o por remo. Prescindamos de detalles para englobar las diversas partidas. El descubrimiento costó a España, o, mejor dicho, a Santángel, que fué quien dió la mayor parte del dinero, la exigua cifra de 7.250 dólares, o sea, al alto cambio del día, 45.872 pesetas y 50 céntimos, poco más de veinte mil pesos papel argentino.

Mucho más costó un año el combatir la langosta en la Rioja. El doctor Dávila — no sin congoja escribo el nombre del querido maestro — me contaba, con aquella su suave gracia para las anécdotas, que en una ocasión el gobierno de la Rioja, muy alarmado ante la plaga, pidió al gobierno federal ochenta mil pesos. De no remitírselos con toda premura, la Rioja desaparecería del mapa argentino, sin dejar más memoria que los estragos del insecto y las hazañas del Chacho. Ante aquella alarma, el gobierno nacional envió los recursos. Transcurrió mucho tiempo sin que los poderes públicos riojanos diesen cuenta de la inversión de los ochenta mil pesos. Por último, apremiado desde Buenos Aires, el gobierno de la Rioja justificó en esta forma el empleo de la suma: «Por un folleto para combatir la langosta: 70.000 pesos; por latas y demás: 10.000. Total: 80.000 pesos».

¿Quién le dijera a Colón que un día, allá, en un rincón de América, se publicaría un folleto que había de costar más que las tres carabelas con sus provisiones para la estupenda aventura, más que las brújulas y cartas náuticas, más que la remuneración al almirante, los capitanes y la marinería?

La cuenta de lo que costó el descubrimiento se presta a sinnúmero de reflexiones. Aun concediendo alguna razón a Pascarella en sus célebres sonetos, al plantear el arduo problema de si fué Colón quien descubrió a los indios, o los indios a Colón, forzoso es reconocer que el mutuo encuentro, aun siendo, como fué, fortuito, valía más de 7.250 dólares.

¿Y para allegar esta mísera suma se necesitaba inventar la leyenda del empeño de todas las joyas de Isabel la Católica? ¿Tan pocas y de tan escaso valor eran las suyas? Para sufragar la insignificante cifra que costó el descubrimiento hubiera bastado el más modesto de los anillos que lleva ahora la bella Otero, o la Chelito, que no es menos bella, ni está peor alhajada.

La reina Isabel nunca empeñó sus joyas. La historia destruye esta patraña, tan difundida en el mundo. Cierto que, a raíz de la conquista de Granada, y bajo la vibrante emoción que produjo en su espíritu el ver flamear las banderas cristianas en los alminares de la Alhambra, habló de este empeño de sus preseas; pero, Santángel, el escribano de la Corona de Aragón, se adelantó a ofrecer el millón de maravedises que pedía el director de la aventura.

Ya el navegante, cansado de dilaciones, se había retirado de Granada; proponíase marchar a Francia o Inglaterra para exponer su proyecto, no americano, sino asiático. Al formular el escribano aragonés su generoso ofrecimiento, corrió un alguacil tras del futuro descubridor; le alcanzó en el puente de los Pinos, de la vega de Granada, y volvió con él a la ciudad. Ante el millón de maravedises de Santángel — ¡vaya un escribano rumboso! — la reina no volvió a hablar del empeño de sus joyas. Tal es la historia.

Una mujer, aun siendo reina, no se desprende de sus alhajas ni a trueque de todo un continente, además problemático. El principal pagano del descubrimiento fué Santángel, acto magnífico que dignifica al gremio de los escribanos, colocándole por encima de las acerbas diatribas de Quevedo.

SERÍA ofender al lector ocuparnos aquí de las andanzas de Colón antes de verse a bordo de la «Santa María». No pocos enemigos de España — que por serlo gratuitos acusan su majadería ingénita — han hablado y escrito mucho sobre las luchas de Colón con la ignorancia española. ¿Y cómo no encontró oídos Colón en las demás cortes de la «culta Europa», a las cuales acudió? Pero no vamos a discutir aquí sandeces de profesionales del odio.

Las dilaciones no tuvieron por origen la ignorancia, ni siquiera la incredulidad. Dimanaron del estado del erario, o de los recursos de la Corona, absorbidos por la guerra contra el moro. Es verdad que hubo algún espíritu incrédulo, como fray Hernando de Talavera, que en la primera junta de Córdoba sostuvo que, en tantos siglos y con tantos sabios, ya se hubieran descubierto aquellas tierras, si ellas existieran. Pero frente a este argumentador simplista, de pie de banco, hubo otros hombres con

plena fe en el audaz proyecto; en primer término, fray Diego de Deza, que en la junta de Valsuero obtuvo el dictamen favorable de los cosmógrafos. Por eso escribió Colón: «Deza fué causa de que sus Altezas hobiesen las Indias y que yo quedase en Castilla». El navegante encontró adictos entre las más descollantes personalidades de la corte: además de Deza, educador del príncipe, defendieron sus planes González de Mendoza, privado de los reyes; Quintanilla, contador mayor del reino; Marchena, el hombre más culto de su época en astronomía; Medinaceli, fray Juan Perez, confesor de la reina; Cabrero, Cárdenas, el mismo Cisneros, los reyes y, sobre todo, Santángel, que resolvió, con su munificencia, el problema económico. ¿Encontró Colón en el resto de Europa eco semejante?

Pero no incurramos en el mal gusto de ponernos serios, apelando a una fácil y ya muy sobada erudición. Otro era nuestro propósito en este ligero comentario. Volvamos a él.

El costo del descubrimiento resulta una bicoca si se compara con las empresas coloniales modernas. El Rif le irroga diariamente a España un gasto de seis millones de pesetas. De manera que la civilización de un solo rifeño cuesta más que la de todo un continente. Como todas las cosas, la civilización se encarece de una manera extraordinaria.

Los salvajes acabarán por arruinar a los civilizados, y sabido es que el arruinado, por muy buen carácter que tenga, se pone como un salvaje en cuanto se queda sin plata.

Los pueblos civilizados, sus elementos políticos y gobernantes — pues los pueblos no hacen más que sufrir las decisiones de sus directores — están divididos en colonistas y anticolonistas. Ello se observa en todas las naciones colonizadoras. Los colonistas hablan en nombre de la civilización. Los anticolonistas, en nombre de los impuestos y de las balas que reciben sus hijos por meter la civilización cristiana donde sólo se acepta la musulmana, la budista, o cualquiera otra. No es necesario decir que el verdadero ideal de los colonistas no es tanto la civilización como las tierras, las minas y los bosques de los inciviles. Ahora bien: el aumento de valor que todo esto toma con la civilización puede ser un buen negocio cuando sólo cuesta siete mil dólares; pero no costando siete mil millones, en cuyo caso el negocio de exportar civilización resulta ruinoso.

Y no se arguya con el problema espiritual, con redimir de su barbarie a las regiones insumisas a nuestra civilización; porque, después de la pasada guerra europea, es difícil emplear con éxito este argumento en el centro de Africa.

Con lo dicho sobre el punto económico no se quiere advertir que Colón tuviera el propósito de ser un civilizador barato. Wáshington Irving lo describe poseído de una superstición grandiosa y sublime: «Suponíase instrumento del cielo y creía haber visto predichos sus descubrimientos en las Sagradas Escrituras y en las místicas revelaciones de los Profetas». Pero, como dice Herrera, el positivismo refrenaba su fantasía. Mejor quizá que Irving, le conocían Las Casas, Lendelle, religioso francés, y, sobre todo el P. Buil, que fué el primer evangelizador en las nuevas tierras y el primer censor de los actos iniciales del descubridor en su contacto con los indios, censura que le costó cara, pues Colón, como castigo, le privó de alimentos. Como los colonistas modernos, a Colón le movía más la utilidad que la civilización. Y la prueba está en que al acordarse el viaje, en Granada, se irguió ante los reyes, como cuadraba a su gran carácter y formidable decisión, y pidió todo esto: almirantazgo general en los océanos, virreinato de tierras las que hallara y el diezmo sobre mercaderías, especias, oro, plata y pedrería, para él y sus descendientes, a perpetuidad. El mismo Santángel, que ponía la plata, se quedó un poco turulato ante la magnitud de las peticiones. Colón no ofreció participación alguna a Santángel, que venía a ser el socio capitalista. ¡Qué diferencia entre Santángel y el P. Luque, el socio de Pizarro y Almagro en el reparto del Perú! En la célebre escritura hecha en Panamá, Luque se reservaba la tercera parte del imperio de los Incas, participación correspondiente a los veinte mil pesos que ponía en la empresa. Y luego, para dar más fuerza al contrato, administraba a los dos socios el sacramento de la Eucaristía. Santángel, a pesar de ser escribano, no exigió ni recibo del millón de maravedises.

En nada desmerece la gran memoria de Colón diciendo que, además de un nauta genial, era un financiero de larguísimas vistas; porque, de persistir en la actualidad, como él suponía que persistiría, el diez por ciento de la producción de las Indias, calcúlese las entradas que tendrían sus descendientes, aun estando tan bajas las vacas en la Argentina. No se puede, con el millón de maravedises de Santángel, tirar un «doblete» más descomunal. Al lado del duque de Veragua, descendiente de Colón, Creso sería un pordiosero. Téngase en cuenta que, según las capitulaciones, le correspondería también el diez por ciento de la producción norteamericana, ya que Colón llevaba parte en los descubrimientos derivados del suyo inicial. Así, pues, los reyes del petróleo y del acero, y hasta los menores de las tachuelas, serían unos míseros vasallos de Veragua.

Pequeños accidentes históricos malograron el negocio que trazara Colón para todos sus descendientes, hasta la consumación de los siglos. La abolición de la esclavitud y la independencia posterior de los diversos pueblos que formaban las Indias, redujeron al duque de Veragua a su condición de criador de toros de lidia. Nunca falta algún detalle imprevisto que malogre los grandes negocios.

Don Cristóbal no sólo atendía a la magnitud de la utilidad en el porvenir, sino también a los pormenores de la realidad presente. Lo prueba el pleito con Triana, que es el detalle más pintoresco del descubrimiento. Los reyes habían acordado un premio de diez mil maravedises al primero que divisara la tierra. Como se sabe, el azar favoreció al marinero Rodrigo de Triana, que a las dos de la madrugada del 12 de octubre, hallándose de vigía, comenzó a gritar: «¡Tierra! ¡Tierra!» Le correspondía, pues, el premio; pero, al retornar a España, Colón alegó que la noche anterior, el 11 de octubre, ya había visto él una luz en la costa. Insistió con tal empeño el almirante que fué necesario entregarle los diez mil maravedises. Triana, despojado del premio, se entregó a la desesperación; abandonó la patria y se fué a Africa; renunció al cristianismo y abrazó la religión mahometana. Aunque no se volvió a tener noticia alguna de su vida, cabe suponer que le iría mejor que a los descubridores y conquistadores que siguieron luego la aventura, los cuales acabaron casi todos de una manera deplorable, matándose entre sí, cuando no caían ensartados en las flechas, o bajo el voraz apetito de los tábanos. Colón hizo un gran servicio a Triana, que quizá llegara a tener harén. Desde el punto de vista religioso, la primera consecuencia del descubrimiento no fué aumentar la grey cristiana, sino la morisca, con el trasiego de Triana, que no quiso seguir viviendo entre unos cristianos que le negaban el haber sido el primero que columbró las nuevas tierras. Considerado el asunto por lo que toca a la civilización, lo primero que produjo el descubrimiento no fué aumentar, con salvajes, el número de los civilizados, sino acrecer con uno de éstos, con Triana, el número de los salvajes.

FRANCISCO GRANDMONTAGNE

ILUSTRACIÓN DE ROSARIVO.

El primer rendimiento de los 7.250 dólares que costó el descubrimiento fueron los 500 indios que Colón remitió a España para que fuesen vendidos como esclavos. Se ignora lo que se pagó por ellos. No sería mucho, pues aunque no fueran considerados como hombres, nadie se animó con ellos en calidad de zoología comestible; y en cuanto a emplearlos en labores útiles, poniéndolos, por ejemplo, a tirar de un carro, no era posible porque desconocían una civilización que marcha casi toda ella sobre ruedas.

Pronto vió Colón que no era negocio la exportación de indiadas a la península. Y entonces fué cuando dictó la famosa ley del cascabel. Consistía ella en que todos los indios mayores de 14 años habían de llenar de oro, cada tres meses, la concavidad de un cascabel; al cacique Madiacote se le exigía, mensualmente, media calabaza. Unos perros, debidamente amaestrados, se encargaban de reducir todo conato de resistencia a sufragar el tributo. Las protestas del P. Buil indujeron a los reyes a reconvenir al almirante, pero éste dió sus razones, inspiradas en el nacimiento de la vida romana, que no fué más suave. La destitución fué la respuesta a su erudición histórica. Pero justo es añadir que aquellos que le suplantaron no cambiaron los procedimientos.

Hay que tener en cuenta los apuros de don Cristóbal para sacar adelante el negocio del descubrimiento. ¿A costa de quién había de cubrir el gasto de los 7.250 dólares que había costado el demostrar que la tierra era redonda? Para colmo de apreturas, el glorioso navegante se había obligado con los reyes a levantar, dentro de los siete años, a partir del descubrimiento, cincuenta mil soldados a pie y cinco mil caballos para rescatar el Santo Sepulcro y librar de infieles a Jerusalén. Pero, al llegar a las Indias, se encontró con que no había un solo pingo en aquellas tierras. Se desconocía por completo el caballo, colaborador del hombre en la vasta empresa de la civilización universal. Precisamente, la conquista sólo comenzó a iniciarse cuando llegaron los corceles y pudo aparecer el europeo como un centauro. Mientras el conquistador anduvo a pie, el indio apenas le hizo caso; sólo se aterró al ver que tenía tanto de animal como de persona. Colón debió sufrir grandes amarguras al convencerse de que no existían caballos, aunque, pensándolo mejor, hubiera podido advertir que, de existir jacos, quizá los conquistados fueran conquistadores. Pero las obligaciones inmediatas se imponen a toda otra reflexión. Al almirante debió contrariarle muchísimo la ausencia de razas hípicas, y de ahí, sin duda, su precipitado anhelo de tener oro para adquirir caballos en otro continente y llevarlos a Jerusalén, donde tanto urgía a los Reyes Católicos rescatar el Santo Sepulcro. Colón, a pesar de haber puesto los puntos sobre las íes en las capitulaciones, antes de hacerse a la mar, no quería el oro para sí, sino para mayor brillo del cristianismo. Lo que hemos escrito antes no es más que un aspecto de la historia, visto a la manera de Pascarella, desde el campo de los indios.

Queda por interpretar otro punto. Mucho han censurado los historiadores que el nombre de América sea derivado de Américo Vespucio, el cartógrafo, que acaso conocía más las interioridades de la Casa de Contratación, donde fué profesor de náutica, que los escollos de los océanos.

En realidad, América debía llamarse Beatriz, pues los amores de Cristóbal con doña Beatriz Henríquez, en Córdoba, fueron la causa de que el navegante, hombre de genio vivo, se aviniera a las demoras para organizar la expedición. A la conquista de América precedió la de Beatriz. Hasta en las más trascendentales empresas cabe el popular aforismo francés: «cherchez la femme...»

No fué caro el descubrimiento de América. A cualquier americano le cuesta hoy mucho más descubrir París...

Poemas de la Bella Estación

LA TIERRA

BAJO EL CLARO SOL DE OCTUBRE.
QUE LOS CAMPOS FECUNDIZA,
LA TIERRA MATERIALIZA
EL AMOR CON QUE SE CUBRE.
NUEVOS ENCANTOS DESCUBRE
LA GLORIA PRIMAVERAL;
Y EN EL BESO MATERNAL
QUE EN CADA OBJETO COLOCA,
LA TIERRA ES COMO UNA BOCA
QUE ESTÁ SORBIENDO UN PANAL...

EL AGUA

EL AGUA CANTA, AL CORRER
JUNTO A LOS SAUCES DORMIDOS,
SUS VERSOS ENTERNECIDOS,
CON ACENTO DE MUJER.
VA OFRECIENDO DE BEBER
Y OFRECIENDO REFRESCAR:
Y EN SU INCESANTE PARLAR
EL AGUA, EN LA PRIMAVERA,
ES UNA TONADILLERA
QUE NO ACABA DE CANTAR.

LOS ÁRBOLES

LOS ESQUELETOS QUE AYER
GOLPEÓ LA RACHA DE INVIERNO,
ECHARON SU BROTE TIERNO
Y ÉSTE EMPEZÓ A FLORECER.
NOBLE DELICIA DA AL VER
DE NUEVO, FRESCO, EL PAISAJE;
FLORES DESPRENDE EL RAMAJE
PARA QUE EL SUELO SE ALFOMBRE,
Y CADA ÁRBOL ES UN HOMBRE
QUE VISTE CON NUEVO TRAJE.

EL CIELO

COMO QUIEN GOZA UN CONSUELO
SIÉNTESE UNO AL CONTEMPLAR
LAS ESTRELLAS ASOMAR
ALLÁ EN LOS CAMPOS DEL CIELO.
LIBRE YA DE TODO VELO
AHÓNDASE MÁS SU PUREZA,
Y DESPLIEGA SU BELLEZA
CUAL GRAN BANDERA DE TUL
Y SE PONE MÁS AZUL
QUE EL SUEÑO DE UNA PRINCESA...

Julio Díaz Usandivaras

ILUSTRACIÓN DE ROSARIVO.

Idilios de Hungría

EL pueblo tiene en todos los países pintorescas maneras de hacer el amor. Todos sus típicos atavíos, sus cantos, sus danzas, sus odios nacieron del idilio. Agradarse mutuamente, conquistarse, ése es el instinto de mujeres y hombres. La literatura ha explotado estos temas amorosos con varia fortuna; pero casi siempre el idilio escrito o rimado no es fiel reflejo de la verdad. La rudeza que el hombre del pueblo sabe mezclar a su ternura pone en el idilio real una nota vívida, inimitable.

SIN ir muy lejos, se puede advertir esta diferencia en los amoríos y noviazgos de nuestra sencilla gente campera. No son sus decires ni sus galanteos todo lo correctos que resultan interpretados por los poetas. También los bravos jinetes de la llanura húngara hacen el amor sin ajustarse a las reglas preceptuadas por los vates que cultivan el género idílico.

LA piedra fundamental de los amores campesinos húngaros es la czarda, danza ardiente y ceremoniosa que las orquestas han extendido por todo el mundo. Como la música es sublimemente expresiva, la czarda nos pinta mejor que la literatura el carácter del pueblo magiar. Aquel preludio de ardorosa ternura, tema amoroso en el que el violín canta melancólicamente la eterna pasión, y aquella explosión que sigue de baile vivo y ligero, que es la verdadera czarda, entusiasman a los auditorios más fríos y arrebatan con loco arranque a los bailarines de esa raza impetuosa.

SIN embargo, la mejor czarda de Brahms hállase siempre bastante lejos de la realidad, que es más hermosa. La aldea arde en fiestas. De todos los contornos acuden los carros enguirnaldados de flores y mujeres risueñas. Y los jinetes galopan, bravucones y ostentosos, por la llanura.

BAJO una rústica pérgola toman asiento las muchachas vestidas con sus ricos y raros trajes. En un tablado la orquesta de cíngaros templa sus instrumentos. Y tras larga preparación, ya unidas las parejas, iníciase la czarda. El amor y los celos guían la danza; mujeres y hombres rivalizan en distinguirse, en superar a los otros, como en un certamen artístico.

ES una embriaguez de música, colores y movimiento. El arte, camarada del cariño, resplandece en el escenario de la naturaleza, inimitable, hermoso. Hay en la czarda, impetuosa y arrastradora, mucho del genio marcial que distinguió siempre a los magiares. Danza de guerreros que después del triunfo buscan la recompensa única: el amor de la mujer elegida. Y en el combate de agilidad y galantería triunfan los mejores, los elegidos, y a veces allá en la llanura, cuando la fiesta ha terminado, dos hombres dirimen a solas odios amorosos.

Lleve una Kodak consigo

Todas las Kodaks *son autográficas*

KODAK ARGENTINA, LTD., Corrientes 2558, Buenos Aires

RIO. BAILE EN HONOR DE LOS EMBAJADORES

EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA HERMANA OFRECIÓ HACE POCO UN BAILE DE GALA EN HONOR DE LOS EMBAJADORES EXTRAORDINARIOS QUE REPRESENTARON A SUS PAÍSES DURANTE LAS FIESTAS CENTENARIAS. LA ARISTOCRACIA DE RÍO COLABORÓ ENTUSIASTAMENTE EN ESTE AGASAJO.

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

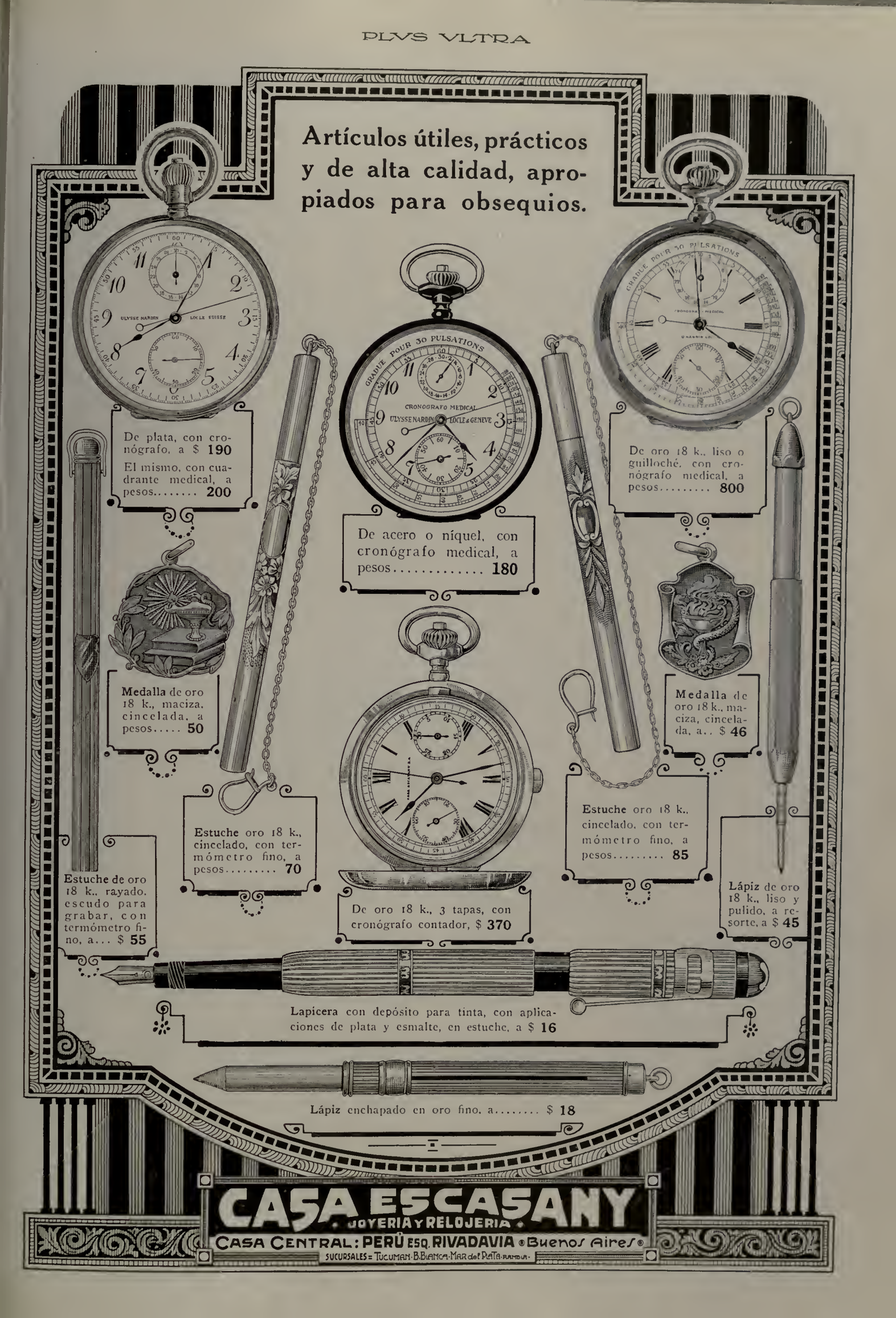
PRECIOS DE SUBSCRIPCION
EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	$ 3.—m/n
Semestre (6 »)	» 6.— »
Año (12 »)	» 11.— »
Número suelto	» 1.— »

EXTERIOR

Año	$ oro 5.—
Número suelto	» » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la Administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.


Artículos útiles, prácticos y de alta calidad, apropiados para obsequios.
De plata, con cronógrafo, a $ 190
El mismo, con cuadrante medical, a pesos..... 200
De acero o níquel, con cronógrafo medical, a pesos..... 180
De oro 18 k., liso o guilloché, con cronógrafo medical, a pesos..... 800
Medalla de oro 18 k., maciza, cincelada, a pesos..... 50
Medalla de oro 18 k., maciza, cincelada, a.. $ 46
Estuche oro 18 k., cincelado, con termómetro fino, a pesos..... 70
Estuche oro 18 k., cincelado, con termómetro fino, a pesos..... 85
Estuche de oro 18 k., rayado, escudo para grabar, con termómetro fino, a... $ 55
De oro 18 k., 3 tapas, con cronógrafo contador, $ 370
Lápiz de oro 18 k., liso y pulido, a resorte, a $ 45
Lapicera con depósito para tinta, con aplicaciones de plata y esmalte, en estuche, a $ 16
Lápiz enchapado en oro fino, a..... $ 18
CASA ESCASANY
JOYERIA Y RELOJERIA
CASA CENTRAL: PERÚ ESQ. RIVADAVIA Buenos Aires
SUCURSALES = TUCUMAN · B. BLANCA · MAR del PLATA · RAMOS JR.

En Cigarros y Cigarrillos

y nada más.

CASA PARTAGAS
FLORIDA, 525
BUENOS AIRES

Lavatorio «CICERON», de hierro enlozado, con amplia mesa y elegante pedestal..... $ 350

Bidet «DANUBIO», de loza blanca, con desagüe a sopapa y dos llaves para servicio frío y caliente y una para lluvia fría..... $ 115

Prepárese para el verano entrante, renovando su cuarto de baño.

Bañadera «SANITAS», de hierro enlozado, especial para baños de pies, con desagüe a pistón y llaves de bronce niquelado, $ 350

Bañadera «CERES», de hierro enlozado, con base, modelo de lujo, juegos de llaves y pistón de bronce niquelado, finamente esmaltada de blanco..... $ 550

Baratos, Prácticos, Higiénicos

son los artefactos sanitarios que ofrecemos.

En nuestra gran Exposición encontrará usted el surtido más completo y conveniente de toda Sud América.

Pida mayores detalles, refiriéndose a esta revista.

Heinlein & Cía
MUEBLES ARAÑAS BAÑOS
Buenos Aires
Avenida de Mayo 1402-1500

VINOS
CALVET
IMPORTADOS
Y
NACIONALES

CHAMPAGNE
POMMERY
Y
GRENO

C. RIVADAVIA. INCENDIO DE UN POZO

EL DÍA 29 DEL PRÓXIMO PASADO OCTUBRE SE PRODUJO EL INCENDIO ESPONTÁNEO DE ESTE POZO, UNO DE LOS MEJORES QUE EXISTEN EN AQUELLA REGIÓN PETROLÍFERA. ESTE ACCIDENTE CAUSÓ PERJUICIOS A LA INDUSTRIA, PERO COMO ESPECTÁCULO FUÉ ADMIRABLE.

Por su sabor
y calidad
LA SALSA
Lea & Perrins
es
perfecta
Su fama justifica
el hacer una prueba
PIDANLA HOY
La verdadera y original
WORCESTERSHIRE SAUCE

Señora:

Vd. habrá sentido muchas veces hablar del exquisito y aromático aperitivo vinoquinado KALISAY.

Si aun no lo ha probado, pida a su almacenero una botella de KALISAY, y tome una copita antes de las comidas. Notará cómo estimula el apetito y al mismo tiempo tonifica el organismo.

Déles también una copita a los niños.

21 AÑOS DE EXITO.

LAGORIO, ESPARRACH Y CÍA.
BUENOS AIRES.

SERRANO.

LAS personas de gusto refinado que visiten Inglaterra no dejarán de apreciar — y de aprovechar — la combinación poco frecuente de lujo sin ostentación y servicio cortés con una tarifa verdaderamente módica, a la cual debe el Hotel Cecil su justo renombre.

La severidad y hermosura del decorado; el confortable mobiliario y la inmejorable cocina, junto con su céntrica ubicación para todo lo que vale la pena en Londres, hacen que el Hotel Cecil sea el rendez-vous de la élite cosmopolitana.

Cables
"Cecelia" Londres

HOTEL CECIL

Modelo de un par de hermosos jarrones de jade, color verde esmeralda, con sus tapas correspondientes. El jarrón descansa sobre un pedestal de madera artisticamente adornado con plata. Altura: 33 cm. Estilo chino del siglo XVII.

By Appointment to H.R.H. The PRINCE of WA' ES. | By Appointment to H.M. KING GEORGE V. | By Appointment to H.M. QUEE ALEXANDRA.

El más hermoso y selecto surtido en Europa de

Jade Oriental
Laca roja antigua de China
Esmaltes cloisonné y porcelana
Obras de marfil japonesas

Retratos y paisajes ingleses del Siglo XVIII

Se agradece toda consulta. Pueden enviarse fotografias de muestra.

Todos los objetos antiguos garantizados con testimonio escrito.

SPINK & SON LTD.

Establecidos en el año 1772.

LONDRES: 5, 6 y 7, King Street, St. James's

Dirección Cablegráfica: JADEITE, PICCY, LONDON

Catálogos ilustrados de Jade, China, Laca y Cloisonné esmaltado, se enviarán gratis a ruego.

LA primacía de THOMPSON proviene del criterio artístico de sus técnicos, cuyo acierto les permite aunar lo elegante a lo grave y majestuoso, condiciones destacadas de todas sus ejecuciones.

MUEBLES DECORACIONES ANTIGÜEDADES
ARTEFACTOS ESTERAS CORTINAS, ETC.

Thompson
Muebles Ldª

FLORIDA 833
BUENOS AIRES

ENOS AIRES, NOVIEMBRE DE 1922.

TALLERES GRÁFICOS DE CARAS Y CARETAS

MAÑANA Y SOL
OLEO D
JOSÉ MONGRELL
DE · LA · COLECCIÓN · DE
DON VICENTE LEVERATTO

Casino HOTEL CARRASCO de Montevideo

EL problema del veraneo no se circunscribe, para una familia, únicamente a la elección de la playa o del pueblo donde se ha de pasar los días del necesario descanso anual; el problema tiene — especialmente para Sud América y por lo tanto vale decir para nosotros — otro aspecto quizá más fundamental que el ya anotado, y al expresarnos así estamos mencionando el alojamiento. Tienen, por ejemplo, los argentinos, infinidad de puntos hermosísimos, que durante los meses de estío brindan un clima ideal junto a perspectivas admirables, pero... el alojamiento es inaceptable. Los buenos hoteles no son muchos, y menos lo son cuando una familia quiere tener no sólo una playa marítima tranquila, puntos cercanos de excursiones, viajes rápidos y cómodos desde la gran metrópoli de residencia permanente, sino también que desea, y a muy justo título, el «confort» perfecto, el trato familiar en el hotel de lujo, la cocina irreprochable y las fiestas sociales y aristocráticas que sirvan para amenizar las jornadas del descanso. Un balneario que reúna tantas condiciones es difícil encontrar, y puede afirmarse, sin temor de caer en la menor exageración, que hay un solo hotel sudamericano que supere y con exceso a todas aquellas exigencias: es el Hotel y Casino Municipal Carrasco, ubicado frente a la playa del mismo nombre y a unos pocos kilómetros de marcha de automóvil de Montevideo.

FRENTE A LA MAS HERMOSA PLAYA DEL ATLANTICO

LA prueba de que esta afirmación es perfectamente exacta, la tenemos en la preferencia marcada que la alta sociedad uruguaya y argentina mantiene desde la fecha de su inauguración — hace tres años — por el Hotel Carrasco, que ha logrado así constituir sus salones en el centro obligado de las reuniones más aristocráticas de ambas orillas del Plata. Ese hotel está administrado por una comisión municipal formada por conocidos caballeros uruguayos, que es una nueva garantía de la indiscutible importancia del establecimiento y del ambiente que allí reina, aristocrático y familiar al mismo tiempo. En vista del gran número de argentinos que anualmente concurren al Carrasco, esa comisión ha establecido una oficina con su representación en Buenos Aires, calle Florida, 524 (Unión Telefónica, 3574, Avenida), donde los interesados pueden solicitar planos, folletos, precios, reservas de alojamiento y cualquier otro dato relativo al suntuoso Hotel Carrasco.

PLVS VLTRA

SU NUMERO-HOMENAJE AL DIA DE LA RAZA

El ilustre periodista, literato y político español don José Francos Rodríguez nos envía la siguiente carta, uniendo sus elogios a los numerosos que ya hemos recibido de América y de Europa.

Madrid, Noviembre 30/922.

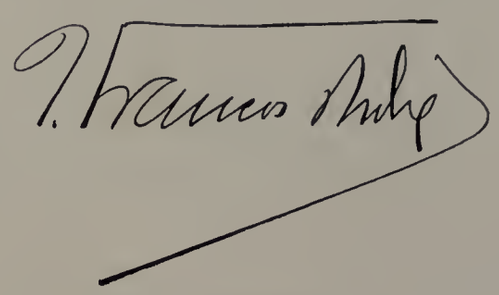
Sr. D. Juan Alonso.

El Diputado a Cortes por Alicante

Mi querido amigo: Recibo ahora puntualmente los números de "Caras y Caretas" y de "Plvs Vltra" y con ellos muy gratas impresiones de esa tierra inolvidable. Estoy, pues, acostumbrado a los alardes artísticos, de buen gusto, de aristocracia periodística que ustedes menudean en sus publicaciones. Mas, a pesar de la costumbre, la contemplación del número de "Plvs Vltra" dedicado al Día de la Raza me ha producido una grande y satisfactoria sorpresa. ¡Qué admirable presentación de páginas, en las cuales brillan los mayores refinamientos del arte de imprimir! ¡Qué homenaje tan hermoso a nuestra España! Como ustedes han tenido, en el número a que aludo, la amabilidad de dedicar a mi persona elogios que no merezco, declaro que aun existiendo de mi parte y por el hecho gratitud extraordinaria, no influye ella para nada en estas alabanzas, que merecen cuantos intervienen ustedes en esas dos publicaciones, gala y prez de la prensa ilustrada en el mundo entero.

Y como aun siendo insignificante mi elogio quiero que conste por sincero, espontáneo, nacido del alma, le mando estos renglones con un recuerdo muy afectuoso a usted y todos los amigos y compañeros de "Caras y Caretas" y "Plvs Vltra".

Suyo afectísimo amigo y compañero,



UNA SOCIEDAD BENEFICA

LA SOCIEDAD DE SOCORROS MUTUOS DEL TRANVÍA ANGLO-ARGENTINO, FUNDADA POR INICIATIVA DEL INGENIERO DON JOSÉ FEDRIALI, EN 1908, HA INAUGURADO RECIENTEMENTE LOS NUEVOS CONSULTORIOS, DONDE RECIBEN ASISTENCIA MÉDICA Y FARMACÉUTICA LOS SOCIOS Y SUS FAMILIAS.

BODAS DE PLATA

EL GOBERNADOR DE BUENOS AIRES, SR. JOSÉ LUIS CANTILO, CON SU DISTINGUIDA ESPOSA, SEÑORA JOSEFINA ACHAVAL, LA SEÑORA MAGDALENA ORTIZ BASUALDO DE CANTILO, Y SUS HIJOS, EL DÍA QUE FESTEJARON EL GRATO ACONTECIMIENTO.

MANTEL & ARTECHE

MUEBLES · DECORACIONES

TAPICERIA

AV. ALVEAR, 1572

U. T. JUNCAL, 6810
BUENOS AIRES

Los tres grandes ramos

de todo hogar:

MUEBLES **ARAÑAS** **BAÑOS**

están **reunidos**
unicamente en lo de

Bs. Aires
Av. de Mayo 1402-1500

Heinlein & Cía

En Cigarros y Cigarrillos

y nada más.

CASA PARTAGAS
FLORIDA, 525
BUENOS AIRES

RIO. EN EL PABELLON ITALIANO

LA CEREMONIA INAUGURATIVA DEL MAGNÍFICO PABELLÓN QUE ITALIA HA INSTALADO EN LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE RÍO FUÉ UN ACTO DE GRAN RELIEVE SOCIAL. EL PRESIDENTE, DOCTOR EPITACIO PESSOA, FELICITÓ CALUROSAMENTE A LOS ORGANIZADORES DE LA ADMIRABLE OBRA ITALIANA.

TÉL.: PASSY 58-31

SUZANNE GLÉ

J. PERRAUDIN

MODES

21, AVENUE DES CHAMPS-ÉLYSÉES

PARIS

Representantes exclusivos:

J. del VALLE y Cia.

SUIPACHA, 930

U. T. 317, Plaza

BUENOS AIRES

Fajas sobre medida

para Señoras y Hombres

Disponemos de un extenso surtido de modelos, tanto para embellecer el cuerpo como para cualquier afección del mismo. Se aplican en las fajas placas pneumáticas para los casos de riñón móvil, dilatación del estómago, etc., con receta médica. Medias y vendas elásticas, bragueros, etc.

PIDAN PRECIOS

Casa PORTA

341, Piedras, 341 Buenos Aires

Crane's Linen Lawn

EL PAPEL DE ESCRIBIR DE MODA

Este papel da a las cartas ese sutil encanto que toda mujer quiere dar a su conversación y a sus modales. Es un papel distinguido para gente de gusto refinado. Se fabrica de bellísimos colores y los sobres de los más novedosos estilos.

SOLICÍTELO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y PAPELERÍAS

Una Célebre Especialista recomienda la aplicación de métodos sencillos para la conservación de la Belleza

LA célebre especialista en materia de "belleza", Madame Charlotte Rouvier, dice: "en lo que respecta al cutis el abuso de afeites resulta un verdadero peligro para la salud. Las cremas, polvos y demás productos destinados a procurar una efímera apariencia de hermosura superficial deben emplearse con mucho tino y discreción." La manera inofensiva y al mismo tiempo más segura para conseguir y mantener una tez perfecta, la constituye la constante y metódica aplicación de

CERA PURA MERCOLIZADA

...inmediatamente antes de acostarse.

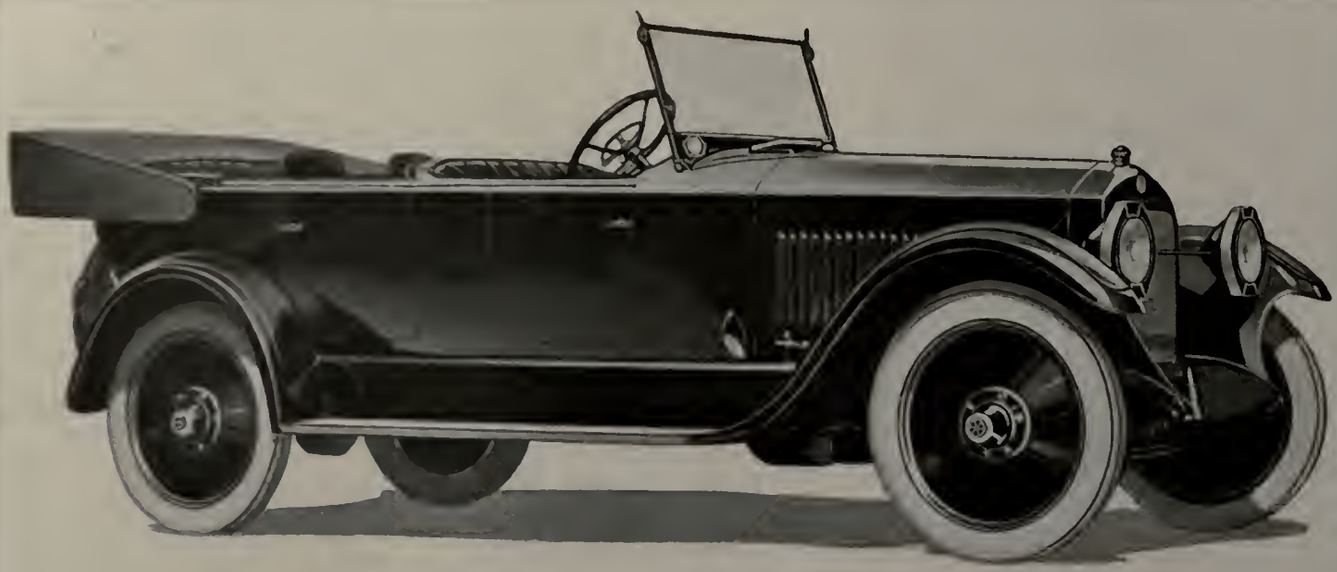
que un jabón de tocador posea agradable aroma, sino que es preciso que junto a esta indispensable cualidad sea su PASTA CONCENTRADA y DURA, UNTUOSA, NEUTRA y del EXTRAORDINARIO PODER DETERGENTE que la del supremo

JABON

"FLORES DEL CAMPO"

FLORALIA MADRID

UNICOS REPRESENTANTES:
GONZALO, SAENZ Y CIA. MAIPÚ, 24-26, BS. AIRES



De Cualquier Punto de Vista

El

Studebaker

Seis Grande

Es Un Coche Regio

Mecánicamente perfecto.
Carrocería de lujo.
El máximo de confort.
Más fuerza por su peso que cualquier otro coche, a pesar del precio.
Economía y Durabilidad.

Parabrisa de un solo vidrio.
Roulements «Timken» en los puntos del eje.
Luz de cortesía.
Asientos auxiliares grandes.
Llave de transmisión.
Limpia parabrisa.
Ventilador en el torpedo.
Compartimiento para herramientas en el bolsillo de la portezuela, asegurada con una llave Yale.

$ 8.000

con ruedas de madera.

Vd. puede pagar más pero no puede conseguir más por su dinero.

Y tal vez a Vd. se le pida más por un coche cuyo precio de fábrica es menor.

Sucursal en Montevideo:
Avenida 18 de Julio, 912

The Studebaker Corporation of America
Av. de Mayo, 1235 U. T., 5935, Rivad. Buenos Aires

Concesionarios en Rosario:
DIAZ Y ESTEBECORENA
Maipú, 777

Plus Ultra

AÑO VII
NÚM. 80

DICIEMBRE
DE 1922

RETRATO DE
DON JUAN BAUTISTA ALBERDI
OLEO DE SEGISMUNDO DE NAGY

ROMANCES POR ARTURO CAPDEVILA

DE LOS VERSOS INÉDITOS QUE COMPLETARÁN LA PRÓXIMA REEDICIÓN, CORREGIDA Y AUMENTADA, DE «JARDINES SOLOS».

JARDIN ENCANTADO

Sumido en sombras estaba
cuando ayer lo visité,
sumido en sombras y aromas
el jardín que tanto amé.

Es un jardín encantado
el jardín donde yo amé,
un triste jardín sombrío
que una noche alegre fué.

Junto a la fuente de mármol
donde un soberbio lebrel
de piedra surte agua clara,
soñando me enamoré.

Había fiesta en el huerto
y olor a rosa y clavel.
Soñando sueños del alma,
soñando me enamoré.

PARQUE OTOÑAL

Juegan alegres los niños
en el gran parque otoñal.
Cuando se tiene una pena
da pena verlos jugar.

Cuando se tiene una pena
se viene al parque otoñal
y se quisiera estar solo
con los recuerdos no más.

Con el suspiro tan hondo
que el alma me va a robar.
Con la congoja que dice:
¡Sabe Dios lo que será!

No nací para andar solo,
mas solo tendré que andar.
¡Madre mía, madre mía,
cada vez te quiero más!

Dejan de jugar los niños
en el gran parque otoñal.
En los árboles, la tarde
se comienza a marchitar.

Unos ancianos leían,
tomando sol. Ya se van.
También se fueron los niños.
También se aleja el guardián.

A sus hogares se fueron.
A sus hogares se van.
Yo estoy solo; yo no tengo
senda para ir al hogar.

Huracanes de la vida
hubiéronme de arrojar.
Ahora de mí responden
el destino o el azar.

El parque está silencioso.
Miedo al corazón me da.
¡Vida dura! ¡Tiempo duro,
que no quiere madurar!

ILUSTRACIÓN DE LÓPEZ NAGUIL

SEÑORITA JOSEFINA LARRETA Y ANCHORENA

BELLEZA, INTELIGENCIA, DISTINCIÓN.

SEÑORITA ADELA LELOIR UNZUÉ.

UN SARAO EN BELGRANO

EN SU ARTÍSTICA CASA ESPAÑOLA LOS ESPOSOS LARRETA - ANCHORENA OFRECEN EL BAILE DE PRESENTACIÓN DE SU HIJA JOSEFINA

SEÑORITAS DE CASTRO, ESTRADA Y ROBIROSA.

FOTOGRAFIAS DE VARGAS MACHUCA

SEÑORAS: JOSEFINA A. DE SEGURA, SARA UNZUÉ DE MADERO, MAGDALENA MADERO DE TORNQUIST Y SARA T. DE SHAW.

SEÑORITAS: MARTA RODRÍGUEZ ALCORTA, MAGDALENA BOSCH MARÍN Y SUSANA RODRÍGUEZ ALCORTA.

SEÑORITA LIDIA MÉNDEZ.

SEÑORA JULIA BLANCA R. DE LÓPEZ.

SEÑORITA MARTA BOSCH.

SEÑORITA MECHA MARTÍNEZ DE HOZ.

SEÑORA MATILDE MÉNDEZ DE AGUIRRE.

SEÑORAS: ENRIQUETA SALAS DE ANCHORENA, MARÍA A. CHEVALIER DE VICTORICA ROCA Y EL DOCTOR CARLOS M. NOEL.

SEÑORA ELENA S. DE ELIZALDE, Y SEÑORES MARQUÉS DE AMPOSTA, EMBAJADOR DE ESPAÑA, Y DANVILA, M. CONSEJERO.

SEÑORA SUSANA D. DE SEEBER.

UNA PAREJA DESCANSANDO.

SEÑORITA M. CAROLINA GUICCIARDINI.

SEÑORA MARÍA CARLOTA PERALTA ALVEAR DE GOWLAND.

SEÑORITAS MATILDE VON DEM BUSSCHE Y SOFÍA SARA MADERO.

SEÑORA ADELA R. L. DE GARCÍA MANSILLA Y SEÑOR MARTÍN S. NOEL.

SEÑOR MARIANO CASARES. EN PRIMER TÉRMINO, UNA GENTIL PORTADORA DEL CLÁSICO MANTÓN.

La hidalga casona de la calle Juramento, ese primor de evocaciones arquitectónicas y suntuarias, en el que un eximio novelista ha logrado reproducir un clásico hogar solariego, lució todas sus galas durante el sarao donde fué presentada en sociedad la hija primogénita de los esposos Larreta-Anchorena. Digna hija del ingenioso literato y de su virtuosa esposa, la señorita Josefina Larreta y Anchorena es una bellísima flor. Su distinción, encanto y amabilidad hacen de ella una de las figuras femeninas que más se destacan en la pléyade juvenil de la alta sociedad porteña. Por eso la presentación brillante ha sido saludada con júbilo por todas sus amistades, quienes guardarán gratísimo recuerdo de la fiesta. Con todo amor de padres y artistas, don Enrique Larreta y su distinguida esposa doña Josefina Anchorena prepararon al efecto su mansión señorial, agregando a las maravillas que atesora derroches de luz y de flores. El típico jardín andaluz, foco principal del sarao, ofrecía un deslumbrante aspecto merced al exquisito buen gusto desplegado por los dueños. Luces blancas y rojas aureolaban las copas de los árboles y los surtidores de las fuentes contrastando con las luces azules distribuídas entre el césped. A la suave claridad de esta mágica iluminación y a los acordes de una orquesta se celebró el baile. Los numerosos invitados, pertenecientes a las altas esferas sociales, personas habituadas a las delicadezas del lujo, estuvieron unánimes en reconocer que esta reunión ofrecía un sello particular, una nota artística original. A esto coadyuvaba el delicado colorido de los mantones de Manila que numerosas damas lucían con castizo gracejo. Las hermosas salas y el gran patio español de esta mansión, que los lectores de PLVS VLTRA ya conocen desde la nota que le consagramos, fueron visitados por la concurrencia. La colección de muebles, cuadros y joyas reunida por el señor Larreta en su primorosa casona ofrece un espectáculo que nunca cansa a los buenos aficionados. La gentil heroína de la fiesta fué constantemente objeto de cordiales felicitaciones y plácemes, así como los dueños de casa, que hicieron los honores con la suprema distinción e hidalga amabilidad que los caracteriza. Este sarao ha constituído una de las más notables fiestas ofrecidas durante el año a la «élite» porteña, que lo recordará siempre.

EL MINISTRO DE AGRICULTURA, DOCTOR TOMÁS LE BRETON, EN UN GRUPO DE INVITADOS.

E N R I Q U E D U B O I S

Elus Ebro

FOTO DE WITCOMB

Las voces familiares

¡Oh voces familiares que no oiremos ya nunca!
¡Oh familiares voces que nunca oiremos ya!
¡Voz de todas las cosas que fueron en la vida;
voz de todos los seres que nunca volverán!

La suave, la armoniosa voz de la madre muerta:
la dulce voz primera que oimos al llegar...
Voz de todos los días, voz de todas las horas,
voz de toda la vida, ¡ya no te oiremos más!

¡Ya no te oiremos más, oh clara voz! ¡Apenas
recordamos ahora tu música fugaz
como una cosa oída durante un hondo sueño,
vaga, incierta, imposible de poder recordar!

¡Oh voz del viejo padre taciturno y lejano;
voz de la hermana joven que en la divina paz
es una estrella pálida o leve flor de almendro
en el jardín remoto de nuestro más allá!

Tibias voces de niños que oimos en la infancia
bajo el claro de luna, o en la dominical
quietud aldeana, cuando cantábamos a coro
la cancioncilla ingenua que hoy nos hace llorar:

¡Oh María,
madre mía;
oh consuelo
del mortal;
amparadnos
y guiadnos
a la Patria
celestial!

Voz del río cercano a la casona antigua;
voz del monte sombrío, voz del viejo pinar
que en la noche profunda era como una flauta
que el viento, torvo músico, hiciera sollozar.

Voces de los amigos que un día pronunciaron
nuestro nombre, y que luego no lo dijeron más;
voces que ahora, acaso, pronuncian otro nombre
querido, y que lo mismo que el nuestro olvidarán.

Voz de todas las cosas que fueron nuestras. Voces
del pájaro y del árbol, y del agua y de la
campana de la iglesia bajo la tarde de oro
toda llena de voces en su calma abacial.

Voz oída en la sombra en una larga noche;
voz imposible, trágica, que nos hizo temblar
una noche en la sombra; voz que jamás supimos
si fué la nuestra o si fué de la eternidad.

¡Oh voces familiares que no oiremos ya nunca!
¡Oh familiares voces que nunca oiremos ya!
¡Voz de todas las cosas, voz de todos los muertos,
y tú, voz mía, somos una voz, nada más!

Alfredo R. Bufano

ESTATUA ECUESTRE DE GONZALO DE CÓRDOBA, «EL GRAN CAPITÁN».

ARTISTAS ESPAÑOLES

MATEO INURRIA

En estos tiempos de desenfrenado exhibicionismo, de anuncios luminosos y de lisonjas a tanto la línea; cuando los políticos, los pintores y los literatos hacen un cínico uso de la propaganda comercial como verdaderos mercaderes, resulta grato encontrar un artista que por innato pudor y por natural vergüenza rehuye el bombo y el platillo del reclamo.

El escultor don Mateo Inurria trabaja en un sitio tan de suburbio y tan inaccesible, que para llegar a su taller he necesitado emplear una indagación de aire detectivesco. En el portal de la casona suburbana, la portera me ha indicado con el dedo:

— Por ahí, a la derecha...

Pero en el patio anchuroso no se columbra nada que se parezca a un taller de escultor. Veo un jardín sobre una terraza y me dirijo hacia aquel rincón placentero, propio para las meditaciones de un artista. Tampoco es allí. Por último alguien me señala una puerta en un ángulo; la empujo, y el mismo Inurria, sonriente, sale a recibirme.

Un cincel y un mazo de hierro ocupan sus manos, mientras el cuerpo, de talla regular, está enfundado en uno de esos trajes enteros de faena que lo mismo pueden servir a un buzo, a un motociclista como a un aviador.

— No es fácil encontrarlo a usted; no hay rótulos, emblemas o indicaciones llamativas que revelen en su casa la existencia de un artista afamado. Me parece, señor Inurria, que no está usted a tono con su tiempo...

— ¡Bah! Quien me necesite, ya me encontrará. Esto no es una tienda de santos y figulinas. Esto es un taller de trabajo, y el trabajo no se hace con rótulos. ¿No le parece a usted?...

En el estudio, de techo acristalado, hay tres o cuatro ayudantes que desbastan las figuras de mármol a medio preparar. Inurria me lleva a un aposento retirado, íntimo, y allí me muestra sus obras que podríamos llamar confidenciales. Primeramente, una admirable cabeza de mujer, trabajada hasta el tormento y con una reconcentrada dignidad. Es la esposa del artista, fina y noble flor cordobesa, dulce y severa como una aspiración femenina de la buena época romana. Después, un busto en mármol ligeramente verdoso.

— Es un tipo de gitana — dice el escultor. —

DESNUDO.

MONUMENTO FUNERARIO EN EL CEMENTERIO DE LA RECOLETA.

EL DESPERTAR.

Tiene los rasgos y los signos de la raza muy acusados, muy estilizados. Como usted ve, los labios algo salientes, los ojos rasgados hacia la sien, la nariz acaballada y fina, representan como una exageración y exaltación estética del tipo extraeuropeo. En cambio, estos dos desnudos de mujer...

—¿Estas dos mujeres representan el tipo puramente europeo y el ideal de belleza griega?

—Sí. Son la mujer de nuestro clima y de nuestra raza; modernas, contemporáneas del aeroplano y el restaurant, están, sin embargo, incluídas en la gran ráfaga estética que voló hace veinticinco siglos sobre el mundo desde el fondo de Grecia.

—¿Son recientes estos dos delicados y primorosos desnudos de mujer?

—No; los tengo ahí hace bastantes años.

—¿Y no los compra nadie? ¿Cómo es posible que la gente que tiene dinero esté desposeída hasta ese punto del don de apreciar las obras más sugerentes?

—No es eso; es que no las quiero vender... ¡Me gustan tanto! ¡Las acaricio con tan voluptuosa avaricia diariamente!... ¿Para qué venderlas? Son mías; las hice yo; me las he comprado yo a mí mismo generosamente...

Confieso que no acierto a replicar nada a estas palabras de una absoluta lógica. Pero empiezo a mirar al escultor Inurria como un ejemplar de hombre que, sin exageración, podremos llamar raro, extraño. He ahí un artista afamado, premiado con las más altas distinciones, miembro de las principales academias, y que, no obstante todo eso, se esconde en el fondo de un patio desconocido y guarda para sí propio las mejores obras de su genio.

—¡Para qué! —añade todavía el escultor. —El dinero es bueno, pero el dinero no es todo. Hay otras delicias, otras riquezas.

—¿De dónde es usted, Inurria?

—De Córdoba. Mi padre era vizcaíno y mi madre andaluza.

—Pues eso lo explica todo. Es usted un español reforzado, un español intensificado. Realmente, la actitud que usted toma ante la vida tumultuaria, farsante y exitista de hoy, esa actitud entre estoica, modesta y aristocráticamente desdeñosa y llena de simple y firme dignidad, tal vez sólo puede tomarla un español en nuestros días.

UNO DE LOS VIGOROSOS RETRATOS DEL ESCULTOR INURRIA.

Para vosotros, nietos míos de mi alma, va esta carta abierta, que habéis de leer apenas hayáis aprendido a hacerlo con cierta capacidad comprensiva, esto es, cuando un poco de luz de razón penetre en vuestros infantiles cerebros, cuando un átomo de discernimiento mental os autorice para valorar el buen deseo que tengo de que seáis útiles a la patria, al amor, al arte, si que también a vosotros mismos. Esto va a título de regalo de Navidad y de Año Nuevo, ya que no puedo ofreceros un cajón de juguetes mecánicos, de articulaciones y movimientos perfectos, de esos que la industria francesa fabrica tan primorosa y acabadamente, para encanto de las cabecitas rubias y de las cabecitas morenas de los afortunados de la tierra.

El hecho de haber nacido entre pañales limpios os obliga, desde ya, a mantenerlos inmaculados. Y han sido limpios por el trabajo, por la abnegación y por la fe, que son fuerza de la vida y tranquilidad de la conciencia. Un hombre vale por tantos hombres cuantas virtudes pueda atesorar en su espíritu y en su acción humana. Este axioma puede ser una guía de la vida futura para vosotros, que estáis todavía en el limbo de las grandes incógnitas. El mundo es un juguete enorme, magníficamente articulado, lleno de complicaciones y de sorpresas, que ciega a los ilusos, que aturde a los torpes, que despierta a los avisados, que turba a los inconscientes, que corrompe a los débiles, que anonada a los pobres de espíritu, pero que levanta y ennoblece a los hombres de carácter, a los fuertes, a los dignos.

Entonces, para mayor gloria vuestra, tratad de estudiar el juguete estupendo. Mirad hondo y firme. Cada engranaje, cada ruedecilla, cada polea, tiene un valor sintético y definido, que los hombres hacen rodar al arbitrio de sus pasiones y de sus intereses, en mengua de los intereses y de las pasiones ajenas. No hay acto humano que no tenga su punta de egoísmo utilitario, ya que hasta la misma caridad suele tener el egoísmo de la exhibición. Penetrad bien en la máquina. Cuanto mayor sea su encanto externo y superficial, mayor ha de ser vuestra mesura en entregarles vuestros afectos, precisamente porque pueden tener dobleces recónditos que aniquilen los impulsos de vuestra buena fe. No vayáis nunca donde no os llamen, ni os metáis jamás en lo que no os importe. No tratéis, como los niños de Plutarco, de saltar más allá de vuestra propia sombra. No persigáis lo inalcanzable, por insensato, ya que los desencantos quiebran la vida y matan el ánimo. Manteneos en la región serena de la verdad y del justo medio, porque así alcanzaréis la suprema dicha de una tranquilidad consciente y humana, fuente de la paz del alma.

Miguel de los Santos Alvarez repitió muchas veces que el mundo era bueno. Y lo es porque tiene encantos y halagos innúmeros, desde el amor hasta la fortuna y la gloria, pero el taciturno bardo florentino nos dice que hay siete círculos de horrores y de penas en el fondo de la tierra, donde purgan sus delitos los odios, las malas pasiones, la envidia, la concupiscencia, los celos, las rabias de los hombres perversos. Entre la ironía ciega del primero y el negro pesimismo del segundo hay un oasis donde las gentes pueden refrescar sus ansias y morigerar sus apetitos, dando la espalda a los errores que el torbellino de la vida humana nos ofrece. El mundo es óptimo, el mundo es malo. La contradicción entre estos dos extremos tiene como compensación la verdad indiscutible de que la línea recta es la más corta. El Sermón de la Montaña indica dónde está esa línea invisible para los espíritus desequilibrados. En los días actuales la línea se halla en la integridad y en el carácter. Si el hombre tuviera la espina dorsal de una sola pieza sería mucho más feliz. Tratad vosotros, amados nietos míos, de que vuestra espina dorsal sea de una sola pieza, a despecho de todas las conveniencias utilitarias que lo contrario pudiera proporcionaros.

Mientras seáis niños, jugad al aire libre, como lo quería Juan Jacobo Rousseau, con el pecho, las espaldas y la frente al sol. Dejad que se tueste vuestra tez en los campos, en las praderas, en los jardines, porque, la fuerza física contribuye a la formación de la fuerza moral. Vuestro mayor enemigo será aquel que más os mime. Dejad que la naturaleza imprima en vuestros débiles cuerpos todas las rudezas y todas las desenvolturas que tiene la carne musculosa y sólida. Cuando seáis adolescentes y os obliguen a estudiar, mezclad a vuestros estudios la lectura de las grandes gestas humanas de los tiempos pretéritos, con sus héroes fabulosos, sus caballeros andantes, sus virtuosas castellanas, sus trovadores y sus espadachines, que si eso no es útil en la vida práctica, os modelará en el espíritu una tendencia al ideal, suave y serena, que dulcificará las asperezas que pueda tener vuestra índole nativa.

Cuando lleguéis a ser hombres mirad siempre de frente a vuestros semejantes. No seáis nunca multitud, y recordad a aquellos castellanos que supieron decirle a su rey: «Sabed, Señor, que cada uno de nosotros vale tanto como vos y que todos juntos valemos mucho más que vos». Cada hombre digno debe tener una personalidad propia y sin mengua. Es cierto que en el fondo de cada ser hay escondida una fibra salvaje que el trato de las gentes y la cultura modifica y sensibiliza, pero hay que llegar más allá, hay que tratar de suprimirla totalmente, ya que la estructura humana puede moldearse a voluntad. Poned, entonces, todo vuestro ahinco en que la fibra perversa desaparezca desde los primeros pasos de vuestra vida. Nada hay más consolador que el saber que el Código Penal no ha sido escrito para los hombres rectos. La ley escrita regula la vida social; la ley de la austeridad inquebrantable asegura todos los derechos y todas las libertades del hombre.

Recordad que un rey quiso poseer la camisa de un hombre feliz, y que, al buscarlo, sólo encontró un hombre feliz que no tenía camisa. La felicidad perfecta no existe, pero la relativa sí. El exceso de ambición como el exceso de humildad son perniciosos. Ni poderoso hasta deslumbrar, ni miserable hasta mendigar. Una buena parte de la dicha consiste en no despertar envidias ni emulaciones. Quien se afane en dominar, puede fácilmente llegar a ser dominado, por contragolpe. El mundo, que es envidioso, no tolera sino a los que llegan a la cumbre por su genio, como Cristo, mientras discute, en los tiempos presentes, a Miguel Angel, a Shakespeare, a Colón y no entiende a Einstein. Así son las versatilidades de los hombres, que hacen mofa de los genios de ayer y encumbran a los mediocres de hoy.

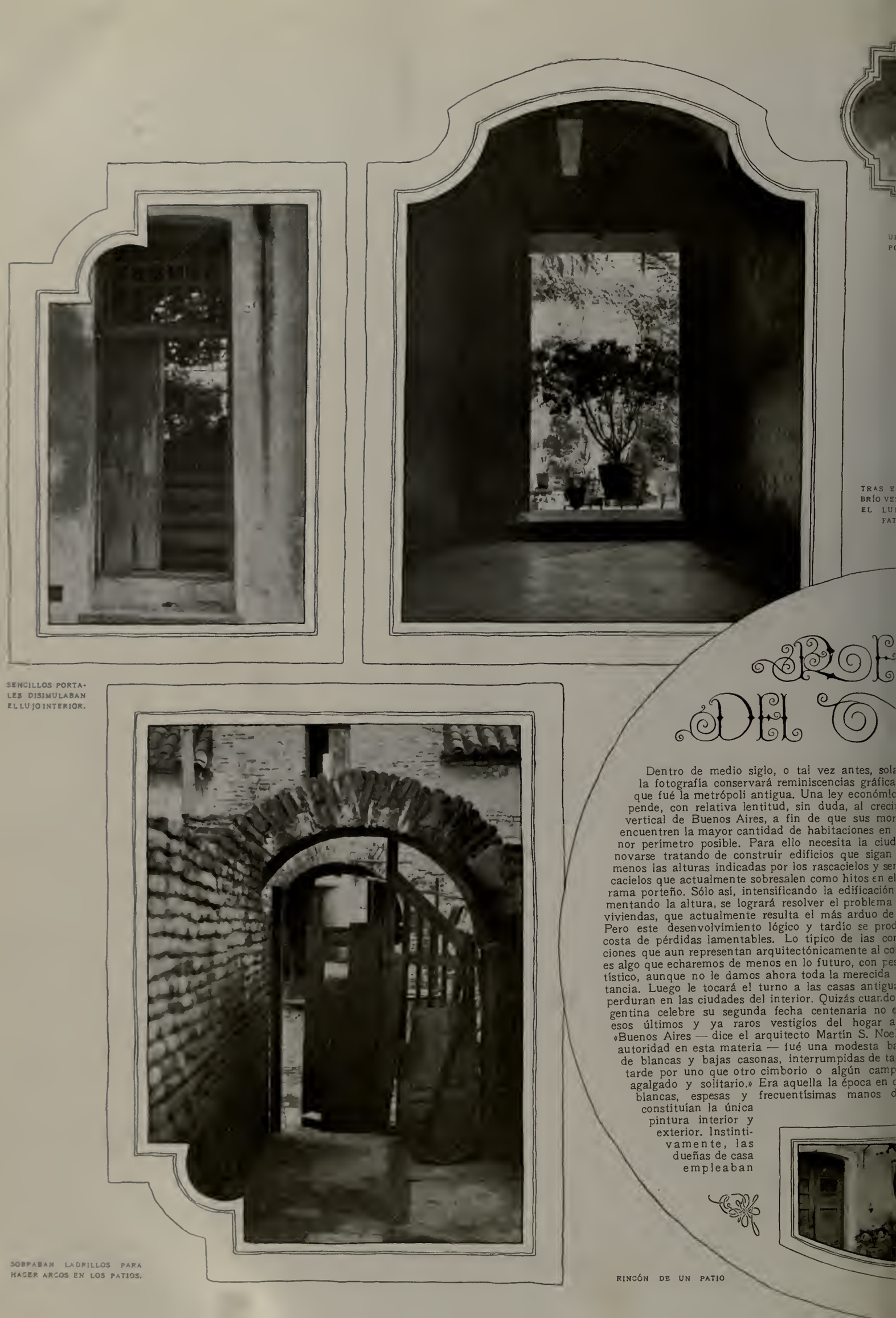
No viváis nunca de la política. Es un corrosivo universal que ha hecho más mal al mundo que las siete plagas de Egipto, y que hoy se ha convertido en una profesión baja y claudicante, que sólo ejercen los que no tienen otro patrimonio mental que su audacia, sobre todo desde que los ideales del patriotismo de ocasión están limitados a la posesión del gobierno de los hombres por el prurito de una vanidad incontenible. Buscad vuestra independencia económica por medio del esfuerzo propio, ya sea lavando copas en la trastienda de un almacén de campaña como Grandmontagne o haciendo cigarrillos como Manuel Méndez de Andés, ya sea labrando la tierra como Cincinato o conduciendo ganados como los pastores de la Arcadia, si es que no habéis estudiado lo suficiente para destacaros en el mundo de la ciencia, del arte o de la filosofía.

Cuando seáis grandes podréis argumentarme que yo vivo un poco cristalizado, que tengo ideas antiguas y que os propongo conceptos de la vida que están fuera de moda; pero convenceos, queridos nietos de mi alma, que el bien terreno no se alcanza sino luchando a brazo partido contra las preocupaciones del presente. Los hombres están desorbitados por los vicios y por la mala educación. Hay que dar un salto atrás, porque la sirena de la civilización ha turbado con sus cantos adormecedores todo el poder sensorio del alma antigua, moldeada en una cuadratura perfecta de integridad moral. El daño va avanzando y los hombres se dejan arrastrar en los vórtices arrebatadores del torbellino con una inconsciencia rayana del delirio de las grandezas. Y yo no quiero que vosotros, almitas dulces y acariciadoras de mi vejez, caigáis en la vorágine, plumas arrebatadas por el viento de desorden que azota al mundo, ya que sería el duelo más grande de los pocos días que me quedan, veros confundidos en la turbamulta de los eunucos del pensamiento y de la vida que va poblando las villas y lugares del universo en bancarrota moral y física.

Haceos fuertes, sanos y sensatos. Mientras tanto, recibid este Arbol de Navidad que os ofrezco, cargado de frutos amargos, nacidos de la semilla de una larga experiencia y de una observación persistente y encarnizada. No hay en ellos preconceptos, sino verdades crudas pero edificantes. No olvidéis que yo puedo repetir, como el personaje dantesco, que:

Uscito fuor del pelago a la riva,
si volge al acqua perigliosa e guata...

Y aquí me quedaré en la orilla, espiando, con la palma de la mano en la frente para que el sol no hiera mis ojos, si vosotros seguís la ruta recta que os he trazado. ¡Si lo hacéis, que Dios os bendiga!...



SENCILLOS PORTALES DISIMULABAN EL LUJO INTERIOR.

SOBRABAN LADRILLOS PARA HACER ARCOS EN LOS PATIOS.

RINCÓN DE UN PATIO

ROE
DEL

Dentro de medio siglo, o tal vez antes, sola
la fotografía conservará reminiscencias gráfica
que fué la metrópoli antigua. Una ley económic
pende, con relativa lentitud, sin duda, al creci
vertical de Buenos Aires, a fin de que sus mor
encuentren la mayor cantidad de habitaciones en
nor perímetro posible. Para ello necesita la ciud
novarse tratando de construir edificios que sigan
menos las alturas indicadas por los rascacielos y ser
cacielos que actualmente sobresalen como hitos en el
rama porteño. Sólo así, intensificando la edificación
mentando la altura, se logrará resolver el problema
viviendas, que actualmente resulta el más arduo de
Pero este desenvolvimiento lógico y tardío se prod
costa de pérdidas lamentables. Lo típico de las co
ciones que aun representan arquitectónicamente al co
es algo que echaremos de menos en lo futuro, con pes
tístico, aunque no le damos ahora toda la merecida
tancia. Luego le tocará el turno a las casas antigu
perduran en las ciudades del interior. Quizás cuando
gentina celebre su segunda fecha centenaria no e
esos últimos y ya raros vestigios del hogar a
«Buenos Aires — dice el arquitecto Martín S. Noe
autoridad en esta materia — fué una modesta ba
de blancas y bajas casonas, interrumpidas de ta
tarde por uno que otro cimborio o algún camp
agalgado y solitario.» Era aquella la época en q
blancas, espesas y frecuentísimas manos d
constituían la única pintura interior y exterior. Instintivamente, las dueñas de casa empleaban

TRAS E
BRÍO VE
EL LU
FAT

EJA
ZA.

RRAL DEL
IAJE HA
DO HASTA
OTROS.

SEVERA Y MAJES
TUOSA PUERTA D
CASA HIDALG

UAS
ADO

an desinfectante, que, además, al reflejar los solares evitaba el calor. Ahora las viejas caso- o son blancas; el ladrillo ha vencido a la cal. patios tienen muros níveos que contrasten gra- te con el lustroso verde de los parrales. Pocas as antiguas alegran los sentidos: sucias y vetustas, a voces la saneadora y destructora piqueta. mbargo, ¡cómo pregonan aún la amplia comodi- que amaron sus constructores y dueños! Cada una de fué un mundo aparte, donde las familias tenían un apacible para crecer en paz y en gracia de Dios. rte genuinamente español, modificado en los detalles l gusto indígena, adornaba las casonas: rejas venta- rejas de balcones, hierros de pozos y aljibes, puertas teadas, cornisas, escudos, etc. Las tejas verdegueantes usgo, los patios soleados en invierno y sombreados en ve- las salas grandonas y blancas... Eran casonas que bajo la caricia del sol, y a las que ni la lluvia quitaba egre humor; edificios de plácido gordinflón aspecto. s esos herrajes, todas esas puertas y maderas labra- an desapareciendo. Algunas veces el demoledor halla nas de buen gusto que compran tales despojos para los revivir en edificios modernos construídos a la antigua. Otras veces, las más, caen en manos uctoras que no saben apreciar valores artísticos. uenos Aires de los antepasados desaparece vencido a revolución arquitectónica. Más tarde o más tem- pasará a la historia, y este hecho fatal y justo nos alegra y nos entristece a un tiempo mismo, porque amamos con ternura lo pasado y lo futuro.

FLORIDO Y EMPARRADO.

ASÍ ERAN LOS BALCONES EN LAS CASAS SEÑORIALES.

El hombre que sorbía su sopa.....

por EDGARDO GARRIDO MERINO

Paris tiene un millar de buenos restaurantes. Desde los salones lujosos, con cubiertos a precios exagerados, blancas pecheras y sombreros de copa, hasta el figón umbroso de calles extraviadas, que frecuentan esos «caballeros de la luna», de gorrillas de charolina y rojo pañuelo al cuello.

Mi inquietud de hombre trashumante me empujó a todos los sitios. Ojos de curiosidad escudriñaron esos rincones de bullicio, a los que me impulsaba el afán enfermizo de las emociones. Me deleitaba con esas músicas vienesas que lloriquean sobre el pecho encarnado de los *tziganes*. Mi espíritu mariposeaba tras esa inspiración saltarina y romántica que huye del café cantante y se refugia en los sitios de moda.

Hoy, rumiando esas sensaciones del *boulevard*, me parecen pálidas ante el recuerdo melancólico de las tabernas de barrios bajos. Allí, en un ambiente de aguafuerte, esos fúnebres pianistas, de mustias melenas y fraques raídos, que tocan solamente por la propina de una copa de ajenjo...

Montmartre no me era desconocido. Sus grandes cafés, plenos de luces y de músicas, conocían mi cara tediosa al reflejarse en la luna de los espejos. Mis codos habíanse apoyado en muchos veladores, y mi boca bostezado con frecuencia ante las miradas impertinentes.

En estos cafés se sirve el *repas* a la carta, en reservados galantes, rociado con una discreta imitación del Château Laffite. Allí acuden las peripatéticas, rubias y delgadas, con sus vestidos *a la dernière*, sus sombreros enormes y un cimbreante andar de mujeres de noche. Yo no gustaba de estos cafés en los que Colombina tiene su feria. Tampoco de aquellos que unos estudiantes llenaban con la algarabía de sus risas y el humo de sus pipas. Yo necesitaba un rincón apacible para mis ensoñaciones, un refugio donde rumiar mis viejas ideas.

Busca buscando, di una mañana con un café casi solitario. Tenía un nombre atrayente: «A la femme blonde»... Y en efecto, a su entrada, próxima a unos grandes espejos del último Imperio, una mujer rubia atalayaba desde un kiosco que, más que «Caja», parecía la tribuna de un ateneo.

No sé por qué suspicacia comprendí que aquella mujer, rayana en los cuarenta años, se teñía los cabellos para justificar el nombre del establecimiento. Más tarde me lo confirmó el camarero con medias palabras, en las que retozaba esa malicia de los criados para con sus amos.

Madame Clemencia era obesa, con una cabeza de un rubio pajizo, unos ojos pequeñines y azulencos y una cara redonda y abotargada; carnosa toda ella... Desde su parapeto fisgoneaba la parroquia, vigilaba el ir y venir de los camareros y recibía el valor de las consumaciones.

Aquel café tuvo para mí una atracción especial. A su izquierda había un tablado minúsculo, adornado con unas candilejas y máscaras abigarradas que le daban el aspecto de un teatrillo infantil. En los buenos tiempos del café — unos veinte años atrás — aquel tablado servía para las bailarinas y *chanteuses*.

De vez en vez, algunos de esos poetas que hoy son académicos y van en automóvil a los paseos del *bois*, aparecieron antaño en el pequeño escenario para recitar poesías llenas de juventud y bohemia...

En aquel tablado se instalaba ahora la orquesta, reducida a tres ejecutantes: un viejecillo de cabeza reluciente y lentes de oro, que tocaba el piano; un hombre cincuentón y moreno, de cabellos revueltos y mirada hosca, muy encorvado sobre su violoncelo, y la violinista, una muchachita espigada, de cabellos castaños, recortados en melena, grandes ojos claros, que miraban al techo, y una boca muy grande, que reía por nada.

En los muros había cuadros para recrear la vista... Una litografía de una caricatura de Sem; una pareja de apaches danzando un baile canalla bajo un arco del Sena; unos perros y conejos con risas y gestos muy humanos, salidos del lápiz de Benjamín Rabier, y, por último, allá en mi rincón predilecto, bajo un espejo, un pierrot dibujado al carbón en un lienzo blanco.

El rostro enharinado; blanco y negro los calzones, como un tablero de ajedrez. Tocando una mandolina. Y en lo alto, sobre un tejado, un gato negro, de silueta esmirriada, riendo como un demonio bajo una luna llena, tan rechoncha como la dueña del café. Una letra informe, trazada al pie del dibujo, en gruesos caracteres bermejos, permitía leer: «Bonsoir, madame la Lune!»... Allí me refugié. Tomé un abono y, mañana y tarde, me instalaba bajo el «pierrot de la sere-

nata»... En mi rincón pasaba largos instantes meditativo, siguiendo con los ojos el movimiento del café. Gustaba de contemplarme en la luna verdosa de los espejos, alzado el cuello del gabán, las piernas estiradas y un tanto friolero y soñoliento en el aspecto.

Con un lápiz hacia un punto en el mármol, luego unos diez más circundando al primero y, más tarde, trazando rayitas, entre unos y otros, formaba una estrella o un sol caprichoso. Geometría disparatada que servía para acompañar al pensamiento en sus extrañas juglarías.

Recuerdo que en el mármol de los veladores había nombres entrelazados, grabados a navaja, como solemos ver en los árboles y bancos de los jardines ciudadanos. Una fecha, un nombre de mujer, o bien alguna estrofa de un poeta improvisado. Como una necrópolis de recuerdos...

Yo me sentía feliz con mi hallazgo. Allí podía leer o escribir, sin que nadie me fuera importuno, estirar las piernas, bostezar a mis anchas, tararear canciones y dar a mi espíritu libertad para que girase como un molino de viento. En una palabra, podía disfrutar a mi antojo.

Con mi bastón seguía el compás de la orquesta, dando golpecitos pedantes en ademán de batuta. Otras veces acompañaba un tango de moda silbando lastimosamente o golpeteando una cucharilla en el cristal de una copa. De la orquesta me sonreían, no sé si con cierta ironía, mas era el caso que nunca me parecieron las horas más volanderas que en ese reconfortable rincón...

Pero he aquí que a los cinco días entró al café un hombre alto, de unos sesenta años. Tenía un perfil aquilino, de judío, unos ojos blanquecinos y una barba erizada, de color ceniza. Era feo, repugnante. Los brazos muy largos, como los de un mono, el cráneo enjuto y pobre de pelo, cubierto por un gorro de piel. Esgrimía un bastón rústico, con el que golpeaba las sillas y los veladores.

A primera vista le tomé por un ciego. Estuvo hablando largos instantes con la muchacha de la orquesta. La violinista debía tener con él cierta confianza, pues le tiró varias veces de la barba y le aderezó la enorme corbata que cubría parte de su chaleco.

Era un tipo estrafalario. Fruncía las cejas al hablar y constantemente se arrancaba de un manotón la gorrilla de piel, para rascarse su lamentable cabeza de mono.

Dió un beso a la muchacha — en el que vi un gesto de impudicia — y la quedó mirando largamente, en un ademán extático; una especie de absorción cerebral, que denunciaba una intimidad que me pareció monstruosa.

Luego — aquí mi furor — vino a sentarse junto a mi mesa, bajo «mi pierrot», a profanar mi rincón con su ruda figura de aldea, su gorro peludo, ¡y esos ojos hueros y esas manos grandes y callosas!

Movía sus largas piernas, y sus botas, gruesas y claveteadas, enlodaban el suelo; fumaba una pipa renegrida, y echaba el humo hacia todos lados... y, cuando tosía, que era a cada instante, temblaba todo a su alrededor.

Figuraos que yo estaba semineurasténico. Si había preferido ese restaurante a muchos otros, era por su aislamiento, por su amable «rincón del pierrot».

Y, ahora, aquel intruso rompía el encanto de su silencio, ultrajaba mi retiro con la presencia de su figura rústica.

Yo prefiero un ladrón a un grosero. Y aquel hombre no era, por desgracia, un ladrón. Comía con la boca llena; tenía gestos de una glotonería irritante; hacía crujir el pan entre sus dientes voraces y, lo peor, ¡oh Dios mío!, sorbía la sopa ruidosamente, escandalosamente... Fruncía sus pobladas cejas, arrugábase todo él, temblaba como si le fueran a arrebatar la comida.

Glu... glu... glu... glu... el vino. Crac... crac... el pan. Grogc... grogc, la sopa... Y sus ojos grises, manchados de nubes, retorcíanse en una mirada girovaga, tornándose blancos, como los de un animal ahogado.

Grogc... grogc... ¡Cómo se deleitaba el muy cochino!

Y esto no fué una vez. Mañana y tarde repitióse la terrible escena. Al día siguiente, igual cosa. Un perro vagabundo rebuscando en un basural me parecía menos grosero. Era un cerdo hociqueando su pitanza. Quizá algo peor.

Mis nervios comenzaron a desequilibrarse. Perdí el apetito. El camarero traía y llevaba los platos extrañado de mi actitud.

Traté de echarlo a la broma, de no darle importancia. Pero en mi cerebro débil, la resistencia al análisis era contraproducente. Como quien en noches de insomnio trata de ahuyentar pensamientos para poder dormir. Mi deseo de no darle valor a las groserías de mi vecino hacía que éstas adquiriesen un mayor relieve. Aquello fué un martirio. Y, lo peor era que no podía menos de mirarlo, de estudiarlo de cerca como a un fenómeno de voracidad.

El parecía no darse cuenta. Comía el pan a bocados y seguía sorbiendo, al compás de los visajes más grotescos...

No sólo me impedía el comer sino el pensar. Cuando mi pensamiento se remontaba, él lo llamaba con un gruñido: grogc... grogc... Y mis ojos, involuntariamente, volvíanse hacia él. Empecé a odiarle. Le miré con ojos biliosos y le bauticé «mi enemigo».

Necesitaba calificarlo así para poder entablar una lucha sorda de mesa a mesa. El comía y yo le silbaba. Y agitaba el bastón como en promesa de futuros golpes, mas era inútil. Crac... crac... ¡Qué bien le sabía el pan!

Le odiaba. Y como le odiaba, me atraía. Cien veces estuve decidido a arrojarle mi vaso. El cuchillo en mis manos tenía una elocuencia asesina.

Me deleitaba, interiormente, en la idea de estrujarle el gaznate... Cómo me hubiera reído al ver muy pálida su cara de judío, caída como una calabaza entre mis manos nerviosas... con aquella barba ceniza y la corbata gigante, que le hacía parecer a un muñeco de cera del museo.

Al principio tuve intenciones de perder mi abono, de no volver más al «A la femme blonde». Pero aquello, aparte de perder mi dinero, era una derrota, era declararme vencido.

Entonces discurrí ponerme de soslayo. Pero fué inútil. Para mal de mis ojos, su cara se multiplicaba en los espejos. Si alzaba la vista la veía frente a mí.

Lleno de coraje, renuncié a mi «rincón del pierrot». Me hice sitio en otra mesa, dándole mis espaldas al turco. Sí, porque era un turco. Ya lo sabía por el diario que escapaba de su blusa y por la aspereza de algunas palabras dichas a la muchacha de la orquesta.

No me valió de nada. Tras mis espaldas le sentía sorber con estrépito.

Mi «enemigo» triunfaba. ¿Qué importaba no verle la cara si la evocaba mi imaginación enfermiza? El sorbía tras de mí y eso bastaba para que acudiese a mi mente la visión de sus ojos blanquecinos, sus mejillas arrugadas, su barba temblona...

Aquella tarde salí del café sin haber comido, con los nervios de punta, poseído de una inmensa furia. Eché a andar, deambulando por calles y plazas, sin rumbo, sin ideas, como impulsado por una voluntad extraña. Mis pies tenían una torpeza de beodo. Sentía un deseo de gritar, de correr; una congoja nerviosa que me estremecía como si hiciera frío.

Era una tarde otoñal. El cielo tenía un aspecto lechoso; amenazaba neblina. Los árboles eran escuetos, y sus retorcimientos me dolían en los nervios. Eran acacias marchitas, de ramajes finos y secos, tan enmarañados y sutiles que parecían rasguñar en el propio corazón al ofrecer, sobre el gris del cielo, la melancolía de sus siluetas.

Sin advertirlo llegué hasta las orillas del Sena, próximo a unas librerías de viejo... Las barracas sombrías y destartaladas, alumbradas con amarillentos mecheros y salpicadas de libros y de papeles que el viento movía, me devolvieron la tranquilidad.

Allí podía ahuyentar la visión de «mi enemigo». No era la primera vez que el rostro de una persona me obsesionaba. En las cámaras internas de nuestro cerebro hay milagros fotográficos de una fatídica insistencia. Esta vez la placa era la misma ante un mismo lente.

Llegué hasta el río. A lo lejos los puentes alzaban sus recios estribos de hierro. Sobre el agua negra, en la que comenzaban a llover las luces de la gran ciudad, flotaban barcazas inmensas y pequeños vapores que resoplaban como bueyes cansados.

La frescura del agua me produjo un efecto sedante. Me reí de mí mismo y fuí camino adelante, con las manos en los bolsillos, la cabeza erguida y creo que hasta silbando desenfadadamente.

De pronto sentí como que alguien posaba una mano sobre mí. Y, con esa angustia de los perseguidos, miré hacia atrás. Y le vi a él, a «mi enemigo» allí cerca, en la calzada, golpeando el suelo con su palo rústico, tosiendo, temblequeando...

De ese instante conservo un recuerdo confuso. Mis manos saltaron de los bolsillos en un arranque trágico...

Un deseo asesino anubló mi vista, zumbó mi sangre en las venas, y creí caer al suelo...

Cuando me repuse, el «enemigo» iba ya lejos, ignorante de todo, echada sobre una oreja la gorrilla de piel y envuelto en el humo de su pipa.

Aquella noche me senté en mi rincón, bajo «mi pierrot»...

El gato del tejado parecía más burlesco que nunca...

Eran las ocho y aun no llegaba «mi enemigo». Llegaron los de la orquesta, pero sin la muchacha. Empezaron a tocar... El reloj dió las nueve.

Me moví inquieto en mi silla; di dos palmadas, vino el camarero, y mi primera pregunta fué:

— ¿No ha venido el turco?

— No, señor, ni vendrá más — replicó. ¿Que no sabe usted? ¡Pobre hombre! Ha sido una desgracia. Al anochecer lo ha cogido un ómnibus en la Magdalena... Dicen que lo mató instantáneamente...

Me quedé aturdido. Mis nervios enfermos experimentaron un gran alivio, como desentumecidos por un calor extraño.

Una alegría intensa se apoderó de mí. No vendrá, no vendrá, mascullé en voz baja.

Me hice servir una buena cena, bajo «mi pierrot», y pedí una botella de Sauternes, como quien celebra una buena nueva.

Creédmelo, el café me parecía más risueño. Creía despertar de una pesadilla. Hasta me pareció más airosa madame Clemencia con sus mejillas fofas de mujer dormilona.

Aquella noche estuve alegre, fuí al «Moulin Rouge», y me acosté a la madrugada...

Al día siguiente tropecé en el *boulevard* de los Italianos con un pintor brasileño. Había sido mi compañero de viaje por tierras de Portugal. Me invitó a pasar unos tres o cuatro días en un hotelito que acababa de alquilar en los alrededores de París. Dos mil francos al año, construcción moderna, buena calefacción y un jardinillo en el que podía oficiar de horticultor. Acepté gustoso.

Atilio d'Alves vivía con una muchachita rubia, una de esas modistillas del Barrio Latino, que suelen merodear por los estudios de los pintores. Permanecí con ellos casi una semana.

Cuando regresé a París, me encaminé al «A la femme blonde». Era una mañana fría. Un sol mezquino lucía tras el escaparate.

¿Por qué me pareció que «mi» café estaba impregnado de una inmensa tristeza?

A la luz del sol todo parecía menos luciente, las caras menos alegres, como si algo faltase. El tablado, próximo a la orquesta, con su aspecto de teatro guignol, con sus máscaras de cartón y sus cortinitas rojas, daba al ambiente una nota rufianesca y ridícula.

En la orquesta vi a la violinista vestida de negro, con su carita triste vuelta al cielo, apoyando bajo su barba la reluciente caja del violín.

Entonces comprendí. Era la hija del turco, de «mi enemigo»...

Me bebí una cerveza, silenciosamente. Miré hacia el rincón y me pareció verle bajo el «pierrot de la serenata», haciendo crujir sus dientes y sorbiendo la sopa...

Sentí una melancolía intensa, como el mordisco de un remordimiento. Y evitando la risa diabólica del gato negro, con la cabeza baja, salí escapado del café.

ILUSTRACIONES DE LARCO.

FIRMAS AJENAS

ENTRE DOS CRISTOS

POR

J. MORENO VILLA

La mayor parte de las viejecitas del pueblo iban a rezarle al Cristo de la parroquia. Un Cristo que miraba de frente, con los ojos muy abiertos. Sus lagrimales enormes parecían pequeñas ensenadas. Era un Cristo cesáreo, algo brutal, pero muy peinado: todas las hebras de su bigote y de su barba partida se destacaban con perfecto orden y recalcada brillantez. En torno a su hermosa cabellera podían admirar las viejecitas un espléndido nimbo de oro rayado, con puntas estelares y flores de lis. La corona de espinas que fruncía la piel de su frente provocaba a intervalos fuentecillas de sangre que morían pronto en un coágulo. Era un Cristo recio y pulido, sajón. Sus devotas le miraban respetuosas al principio, pero luego le demandaban niñerías.

Las viejas restantes iban al santuario de Santa Tumba, atraídas por un Cristo en Getsemaní. Este Cristo no miraba de frente. Su diálogo, natural, sólo con Dios Padre era posible. No obstante, las viejecitas quedaban suspensas de aquel rostro casi en perfil, moreno, barbudo y enérgico.

Era un Cristo sarraceno, que bien pudo haber nacido en el mismo pueblo de ellas. Por esto les imponía menos respeto. Era como un antiguo vecino, abuelo, bisabuelo, tatarabuelo acaso de Pedro Madera, el herrador. No diremos que llegaban hasta la confianza con él; pero algunas acortaban la distancia más de lo conveniente y le soplaban al oído sus pequeñas angustias. Para eso la oreja era lo central en aquella testa de perfil; una oreja de pabellón enjuto, pero de gran concavidad, a fin de que abarcase todas las doloridas palabras que acudieran.

«Rosa la liviana», una de aquéllas, era concurrente al santuario de Santa Tumba, porque le gustaba más ser escuchada que ser examinada. «El Señor de Santa Tumba me oye, y el Señor de la parroquia me mira. Cuando yo era mozuela me gustaba más el Señor de la parroquia; pero luego encontré más alivio en el del Santuario», decía.

En este dicho flotaba una verdad relativa, nada más que relativa, como tuvimos ocasión de ver. Mientras «Rosa la liviana» no tuvo más que pequeños contratiempos y disgustos que confiar al oído acogedor del Nazareno; mientras que sus peticiones no requerían solución divina inmediata, marchó bien todo, porque el tiempo amortiguaba los obstáculos, y ella suponía que no era el tiempo, sino el Señor, quien ayudaba más. Pero una vez, «Rosa la liviana», no sabemos por qué motivo funesto y grave, llegóse al oído del Señor de Santa Tumba solicitando solución y respuesta inmediata, pues el caso era perentorio. Veinte años de trato amistoso tenía con él. No es extraño que le hablase de tú, y que, al hablarle, motease su monólogo con esas observaciones cariñosas, referentes a pequeños detalles físicos, que suelen usar las mujeres con las personas queridas. Añádase que Rosa era, en su expresión, un poco gitanesca.

«¡Por los pelitos negros y encaracolados de tu barba, escúchame! ¡Por el lunarcito de tu garganta, azul como el zafiro! ¡Por los ojazos, dulces como la miel, tristes como la tarde, hondos como la mar, con que miras a tu padre, óyeme y dile yo que yo te digo!»

Rosa conocía punto por punto, arruga por arruga, la cara del Señor; y en su fervorosa súplica hizo alusión a todos los detalles, confiada en que así vería Jesús lo mucho que le quería; pues, entre los hombres, nada conmueve tanto como ver que conocen de uno las notas más insignificantes y particulares. Pero el Nazareno del Huerto de las Olivas, si era todo oídos, no era todo ojos; no pudo interrumpir su diálogo con el Padre, ni mirar a Rosa. No pudo responderle.

Y Rosa, entonces, en un arranque fiero, sintiéndose desatendida en el momento más crítico de su existencia, se levantó con el orgullo herido de una emperatriz, y dejando el santuario de Santa Tumba encaminóse a la iglesia parroquial.

Como el pueblo era pequeño, no tardó cinco minutos en estar de rodillas delante del Cristo sajón, severo y exquisitamente peinado. Veinte años hacía que no le rezaba, que no le visitaba. Se acercó llena de respeto, casi de miedo. Desde la nave central de la iglesia, antes de alcanzar su capilla, estuvo atisbándole, previniendo la acogida.

Aguardaba que le recibiese con alguna piedad reflejada en los ojos. Pero, ¡ay!, los ojos del Cristo sajón no revelaban flexibilidad ninguna. Eran los ojos de siempre, los ojos severos, de un solo mirar.

Hincada de rodillas en la estera, «Rosa la liviana» hizo todo lo posible por entablar el diálogo con aquella faz impertérrita.

«¡Pero si yo no conozco a este Señor! Este Dios, pelo de mazorca, tan añascado y tan... ¡Vaya, que no le pido nada, que no me inspira confianza»,! decíase, callandito, la pobre mujer.

Y el Cristo, impasible; la mueca de su dolor, impasible; las gotas que saltaron una vez de la bahía de sus lagrimales, impasibles.

Rosa se distrajo, no sabemos con qué, si con un monaguillo apagaluces o con una señora que se acercó al altar. El hecho es que sus ojos se apartaron de la Santa Faz y acabaron por quedarse fijos en un punto inconcreto.

Era la llamada que hacían en su espíritu los graves conflictos que le amargaban la vida, los conflictos que le inducían a buscar ayuda en Jesús.

Calladas y lentas, comenzaron a rodarle las lágrimas. Una congoja infantil invadió su pecho. Cruzó las manos y extendió los brazos en busca de la imagen.

El miedo, la sensación del desamparo y la impotencia barrieron los obstáculos que le impedían hablar con el Cristo sajón.

Larga y conmovida fué su plegaria. Mas ni durante ella, ni después de acabada por agotamiento físico de la demandante, hubo la más leve modificación en la severa, ruda y alisada faz santísima.

«Rosa la liviana» tuvo de nuevo la sensación de la indiferencia ajena. Movida como por un espolonazo, irguióse y dijo, en frases cortas:

«Maldito lo que te importo yo ni nadie... Tú, como el otro... Tú, muchos ojos y pocos oídos. El otro, muchos oídos y pocos ojos... Nada quiero con los que miran y no oyen... Nada quiero con los que oyen y no miran... Nada, nada...»

Y aun le faltó que agregar algo a la pobre campesina. Ella no pudo notar que ni los ojos del Cristo sajón miraban hacia fuera, ni los oídos del Cristo sarraceno escuchaban las palabras ajenas. Los ojos del sajón miraban, pero hacia dentro. Los oídos del sarraceno escuchaban, pero sus palabras con Dios Padre. Y es que los Cristos no sirven de intermediarios, porque tienen su pasión propia. Eso queda para los santos.

ILUSTRACIONES DE ROSARIVO

Mis rosas

Mis rosas tienen dejos sagrados de otras rosas,
y yo pienso, al mirarlas, en rosas milagrosas.
¿Son rosas de Saaron?
¿Vinieron de Engadí?
Mis rosas tienen dejos de un lejano jardín.
¿Son hermosas mis rosas?
Acaso muy hermosas.
O quizá no lo sean... pero son misteriosas,
— sutiles, primorosas.
Son rosas que extasían, que arroban y embelesan,
que al espíritu hablan y en su aroma condensan
espíritu y esencia de muy lejanas rosas,
de rosas prodigiosas.
¿Son rosas de Saaron?
¿Vinieron de Engadí?
Mis rosas tienen dejos de un lejano jardín.

ROSAS BLANCAS

Estas rosas nacieron quizá en Gethsemaní.
Estas rosas tan blancas que inundan mi jardín,
parecen nebulosas.
Cobijan silenciosas
penumbras armoniosas.
Deslien en los largos y quietos corredores
una música blanca, como de surtidores.
Como alas rumorosas
de blancas mariposas
llevadas por el viento, posadas en el suelo,
formando remolinos,
alumbran los caminos
y al espíritu envuelven en vahos de consuelo.
Estas rosas vinieron... seguro... de Bethleem.

ROSAS ROJAS

Estas rosas obscuras, perdidas en la noche,
no alumbran los caminos,
no aclaran los destinos;
Sus cálices sangrientos, si desprenden el broche
de aromas esenciales,
no son confidenciales.
Son rosas violentas, frenéticas, audaces,
de volcánicas, locas fantasías falaces.
En llamas impetuosas
se encienden bajo el sol.
Son rosas dolorosas.
Son rosas de pasión.

ROSAS PÁLIDAS

Estas pálidas rosas, de colores humanos,
que ni alumbran de noche, ni se encienden al sol;
estas rosas modestas,
silenciosas y quietas,
que asoman por los cercos o trepan al balcón,
son rosas patriarcales,
de aromas pastorales:
Sus perfumes de frutas hacen pensar en huertas,
en amores caseros, en ventanas y puertas
abiertas y cordiales:
Son rosas familiares.

ROSAS ROSADAS

Estas rosas rosadas,
de gracia perfumadas,
sugieren pebeteros de nácar y cristal.
En leve y olorosa
caricia vaporosa
aduermen los sentidos, y el alma liberada
recorre milenarios caminos... arrobada.
Estas rosas rosadas
vinieron de Bethania:
En parábolas castas nos hablan de amistad,
y nos cuentan leyendas, fragantes, de otra edad.
Son rosas bondadosas.
Son rosas de piedad.

¿Y ESTAS ROSAS AZULES?

Un místico delirio tornó azules
rosas que blancas del amor nacieron:
Diz que un día en Florencia amanecieron
cantando enloquecidos los bulbules.
«¿Cómo así, bajo el sol, rosas azules?»
Y en lírico arrebato dirigieron
apóstrofes al sol, y estremecieron
las ramas de los quietos abedules.
La Vita Nova exulta en la alborada;
entonan las campanas su salterio,
y pasa Ella, de virtud ornada...
Flota una vaga exaltación de hechizo;
tiembla el Adusto, y sobre el gran misterio,
vierte su luz azul el Paraíso...

Pastora González de Lascano

ILUSTRACIÓN DE LÓPEZ NAGUIL

Medicina Maternal

Y me respondí: Esta madre, sabia en ternura, ignora casi todas las cosas del mundo. Fuera de su vivir laborioso y sencillo nada le importa; es una fuerza inconsciente, instintiva. Obedece mansamente a los impulsos de una sangre ansiosa de pasar a nuevas arterias. El amor hacia el hombre dió su fruto, y este amor hacia el hijo prepara la futura semilla. La sangre cuando se convierte en leche es más blanca que la raza más orgullosamente blanca. Así, poco a poco, merced a la generosidad de las madres, irán desapareciendo los signos que distinguen a las razas y la minuciosa nomenclatura que este pueblo emplea para distinguir los mestizamientos. «Salto atrás», «zambo» y otras denominaciones dejarán de tener sentido. Yo creo que entonces surgirá el tipo definitivo del ser humano verdadero, apto para vivir los ideales de la civilización. Entonces los pecados originales, las lacras hereditarias, es decir, todo cuanto la sangre roja transmite por encima de la blanca leche quedará definitivamente anulado gracias a la medicina materna. ¡Bálsamo curativo, vacuna amorosa, panacea universal, tu obra lentísima y segura es la esperanza del mundo! ¡Senos de madre, depuradores, que destiláis leves gotas de perfección, traed la paz! Esta madre, sabia en ternura, ignora casi todas las cosas del mundo. Pero mientras amamanta a su hijito medita sobre lo hermoso, lo fuerte, lo bueno y lo feliz que será él. Si las maternas bendiciones fuesen realizables, el mundo estaría lleno de seres perfectos. ¡Madres: que vuestra lenta y santa misión se cumpla!

RAUL P. OSORIO

SEÑORAS MARQUESA DE SALAMANCA, ORTIZ BASUALDO DE ALVEAR, PERALTA ALVEAR DE LÁINEZ;

SEÑORES ADOLFO CALDERÓN, ENCARGADO DE NEGOCIOS DE CHILE, JUAN J. SOCAS Y DR. NORBERTO LÁINEZ.

Fiesta Aristocrática y Benéfica en el palacio de la familia Paz

Siempre se distinguieron las damas de la aristocracia porteña por su temperamento altruista y por las iniciativas originales que ellas pusieron al servicio de la caridad.

Cuando el infortunio hiere a un pueblo hermano son las primeras en acudir solícitas en socorro de las infelices víctimas. Y merced a la actividad

SEÑORITA DOLLY RDBIRDSA.

SEÑORITA CARMEN DE BARY.

SEÑORITA ELINA DE LIMÓNEZ AZAÑA.

y al buen gusto que ponen en la preparación de estos festivales benéficos, siempre obtienen cuantiosas sumas.

Una de las fiestas de caridad que mayores beneficios ha producido es el baile organizado por la comisión que preside la señora Josefa Alvear de Errázuriz pro víctimas del terremoto de Chile.

Para mayor brillo del acto benéfico solicitó de doña Zelmira Paz de Gainza y de don Ezequiel P. Paz la cesión del

SEÑORITAS SARA PEARSON Y SUSANA QUIRNO GÓMEZ.

TRES VISTAS INTERESANTES DEL BUFFET TOMADAS POR NUESTROS FOTÓGRAFOS DURANTE UNO DE LOS PERÍODOS DE MAYOR ANIMACIÓN.

espléndido palacio que la familia posee, cedido entusiasta y gentilmente por sus dueños.

La realización del baile, pues, tuvo todos los caracteres de una primicia social. Puede decirse que aquellos salones han recibido la bendición de una virtud sublime: la caridad.

Todos los suntuosos departamentos de la planta baja del palacio fueron espléndidamente preparados para el baile. La gran riqueza arquitectónica y ornamental de la hermo-

UN MOMENTO DE DESCANSO COREOGRÁFICO EN LA TERRAZA.

sa mansión fué avalorada aun más por el derroche de flores con que una acreditada casa contribuyó al benéfico festejo.

No podía haberse elegido escenario más grandioso para el acto. Hay allí salones donde un puro estilo Régence despliega todas sus severas y elegantes galas. La amplia galería, un primor de rico nogal admirablemente tallado; el «hall» central, amplio museo de mármoles de pálidos coloraciones, artísticos bajorrelieves y otras delicadas suntuosidades de ornamentación; el regio comedor, copia fiel del estilo

SEÑORAS ELVIRA DE LA TORRE Y CRISTINA KEEN AMUCHÁSTEGUI.

Renacimiento francés, cuyos muebles deben admirarse como obras maestras de ebanistería histórica; la monumental escalinata, que resulta digna promesa del lujo exquisito prodigado en el palacio de la familia Paz, brillaban espléndidos, sobre todas las ponderaciones que pueda hacerse.

La noche del 5 de diciembre ha dejado recuerdo imborrable en los fastos sociales y caritativos porteños. Una concurrencia tan numerosa como distinguida acudió al palacio. La profusa iluminación de aquellos salones prestaba un refulgente marco a la belleza femenil y a la elegancia de las damas y señoritas.

Tres orquestas distribuidas en sitios «estratégicos» desarrollaron sus programas de danza, a los que hicieron amplios honores las parejas. El buffet, servido en el comedor Régence, dió motivos a interesantes reuniones, donde el ingenio y la galantería recibieron cumplido homenaje.

En la terraza y en el jardín, dos poéticos sitios propicios al descanso, también hubo interesantes «causeries».

La aristocrática reunión se prolongó hasta altas horas de la madrugada, sin disminuir en entusiasmo ni en brillo. El elemento juvenil hizo honores al arte de Terpsícore con incansables bríos.

Cabe decir que la gratísima velada ofrecida por mutuo acuerdo del altruismo y de la hospitalidad resultó un triunfo para sus organizadoras.

Merced a esto los perjudicados por la espantosa catástrofe recibirán agradecidos un alivio pecuniario y moral.

MARGARITA

GRUPO DE INVITADOS SABOREANDO LA TRADICIONAL COPA DE CHAMPAGNE.

SEÑORA LEONOR CABRAL DE VIVOT Y DOCTOR JOAQUÍN S. DE ANCHORENA.

FOTOGRAFÍAS DE VARGAS MACHUCA

PABLO DELLA COSTA

EN OTRA PÁGINA DE ESTE NÚMERO PUBLICAMOS UN ARTÍCULO PÓSTUMO DONDE EL GRAN PERIODISTA LUCE SUS FACULTADES LITERARIAS Y RESUME EL IDEAL ÉTICO DE UNA EXISTENCIA EJEMPLIFICADORA.

EDUARDO DEL SAZ

El viejo maestro de periodistas era tal y como él quiere que sean sus nietecitos. Leed la página póstuma que tituló con la dulce frase de Jesús. La muerte la ha convertido en un testamento moral. Dedicada a hijos de sus hijos, tiene inestimable valor para nuestros hijos y aun para nosotros. Encierra una profesión de fe lógica y firme, una lección de sutil pedagogía, un retrato espiritual. Es el fruto de una experiencia bien trabajada, bien combatida, muy ansiosa de buenos ideales. Fué don Pablo justamente conservador, como todos los conservadores políticos debieran serlo. A su peculio de tradiciones agregaba las ideas nuevas que él juzgase dignas. Por eso su patriotismo tuvo amplitud nobilísima y altura majestuosa. A ese patriotismo amigo de las demás patrias consagró sus magníficas dotes cerebrales. Y como era un periodista de verdad, de cuerpo entero, hizo mucho bien a su patria. Escribía minucioso y rápido, sobre cualquier tema, y sus artículos periodísticos tuvieron siempre argumentos, iniciativas, enseñanzas. Fué un periodista a la manera del padre Feijóo. Don Pablo Della Costa habíase formado a sí mismo, minucioso y rápido. Todos aquellos ilustres periodistas luchadores de la prensa porteña le concedieron un sitio en la mesa de trabajo, y no debió tal honra a la habilidad politicastra. Y el gran aprendiz se convirtió en camarada de los maestros. Hay periodistas que, cuando se encuentran dos a dos o tres a tres, cambian entre ellos la sonrisa de los augures. Don Pablo creía en la prensa como un buen sacerdote, creía en los augurios que formulaba, creía en la patria, creía en las tradiciones y en las conquistas. Y no se distinguió jamás como periodista cándido: una gentil astucia daba fuerzas mayores a su talento. Supo adivinar las tretas y las emboscadas, y prepararlas hábilmente contra sus adversarios. A la astucia unía las galas del humorismo, un humorismo finísimo de porteño. Conocí a don Pablo desde la fundación de esta revista, que al par de CARAS Y CARETAS fué el refugio gratísimo de sus últimos años. Aun nos parece verlo acá, decidor, juvenil, entusiasta. Era un florilegio viviente de anécdotas ingeniosas, un consejero suave, un amable amigo. Paseaba en torno de las mesas curioseándolo todo: fotografías, revistas, libros; y sabía opinar originalmente sobre todos los temas. Al abrir despaciosamente la puerta, saludaba con una frase ladina: *¿Contra quién es la cosa?* Antes de entregar sus colaboraciones nos las leía, preguntando, al final, si nos gustaba el artículo. Yo veo en estas ingenuas preguntas el vago temor que sentía de perder sus facultades. Pero hasta el fin inesperado y doloroso el viejo artista conservó su dominio sobre las ideas y las palabras. Don Pablo ha muerto en su ley, según dice la hermosa frase popular. El anciano periodista, que en su larga y útil carrera consiguió ver realizadas muchas de sus propias iniciativas, no ha logrado su última aspiración: la ley de jubilaciones periodísticas. Y, sin embargo, hubiera merecido descansar al amparo de una pensión que él ganó en cuarenta y siete años de trabajo ennoblecedor. Don Pablo ha muerto, y los periodistas dignos están de luto.

SOBRE LA PLÁSTICA EN LA LÍRICA

POR ELVIRA DE HIDALGO

La plástica — dicen los diccionarios — es el arte de moldear, de reproducir las formas, de formar figuras con barro, yeso y substancias similares. Según eso, la plástica se percibe por los ojos, y en los ciegos por el tacto. Esto parece tan natural que hasta resulta perogrullesco repetirlo. Y, sin embargo, no lo es.

Yo creo que aquellos sentidos no entran para nada, o entran muy poco, en la percepción de la plástica. Y atribuyo más importancia al oído. El oído es, en rigor, el sentido artístico, el sentido divino de los seres. Además es el sentido múltiple, polifásico, total, bifurcado, heteróclito, proteico, amplio, universal, cósmico. ¡Maravilloso sentido! Oye, ve, palpa, gusta, huele. Lo hace todo, aunque no lo parezca. La vista, el tacto, el gusto, el olfato, solamente son agentes suyos. Más bien, sus usurpadores, los usufructuarios de sus glorias. Por el oído apreciamos la música. Por el oído hacemos versos. Por el oído amamos. Por el oído damos un traspiés y caemos al suelo. Por el oído sabemos de la muerte. Por el oído vivimos. De aquí que el arte supremo sea la música. Todo es música. Lo que es bello, es bello sólo por lo que tiene de musical.

Ejemplos: El espectador que ve un cuadro y lo gusta, lo gusta no porque lo ve: lo gusta porque lo siente, porque oye su música. Los colores vibran dentro de su alma. La luz baila una danza inefable. Así, un cuadro es como un fonógrafo que reproduce la voz, el canto del alma del pintor, porque el pintor cuando pinta, canta. Ante las estatuas de Iván Mestrovic, para citar un caso concreto, se sienten, no se ven, sus gestos, sus ademanes, sus miradas, como si fueran un tropel de notas, un frenesí wagneriano de líneas. Aquellas viudas que él ha eternizado, cual acaso nadie igualará nunca, comunican al veedor un ritmo, un sensualismo melománico indescriptible. Así, una escultura es una caja de armonías que entrega, que devuelve el canto del escultor, porque el escultor cuando esculpe, canta.

Sólo son ciegos los ciegos sordos. Los ciegos que no han perdido el oído no son ciegos. Ellos miran con los oídos tan bien como si miraran con los ojos. Aquellos ciegos que caminan por la calle palpando la pared con su bastón, son unos farsantes. No persiguen otro fin que impresionar al transeúnte, a menos que deseen ponerle sobre aviso de su ceguera, pues si no hicieran tanto aparato, nadie, no viéndoles los ojos vacíos, se enteraría de ella. Si llevamos al ciego por un camino ignorado, en medio del cual hay un abismo, el ciego camina recto e inmutable, pero de pronto se detiene súbitamente ante el abismo, sin que nadie se lo advierta. Y es que oye la voz del abismo: es decir, que lo ve.

Todo arte, el arte en general, es de generación metamorfósica. Primero, es música: luego, visión. La visión se transforma en belleza. La belleza es el Arte. Ya hemos visto cómo la pintura y la escultura son música primariamente. Ahora, la música.

En cuanto un hombre escucha un trozo de Beethoven, cierra los ojos para oír mejor, para no distraer la atención, ya que los ojos son órganos sumamente veleidosos. En realidad, no cierra los ojos para mejor oír, sino para mejor ver. Concentra su visión en los oídos. Mientras menos sean los órganos que ven, mejor se ve. La prueba está en que cuando deseamos mirar bien un objeto en lontananza, cerramos un ojo, en la seguridad de así catarlo más a conciencia. Los tuertos, de tal modo, son unos grandes miradores. Pues así, luego de escuchar con los ojos cerrados, el hombre del ejemplo, un trozo de Beethoven, «ve» el cuadro: un claro de luna, una tempestad, la marcha de un ejército, el rumor de unas aguas bulliciosas, torrenciales. La música se convierte en plástica.

Tal es, también, la acción de la poesía. Comienza en música, arte lírica; acaba en una pintura, arte plástica. Pero la poesía suele pintar de modo que no la alcanza ni la pintura misma. El soplo de eternidad que pasa por algunos poemas antiguos y modernos se debe, en la mayoría de los casos, a la conjunción de esos dos valores. Gran maestro de ello fué Dante. ¿Quién que haya leído *El Infierno* no ha visto desfilar ante sus ojos atónitos aquellos condenados de carnes magras y espantosas muecas?

Desde Francesca hasta el conde Ugolino, todos esos desgraciados atraviesan como por un calidoscopio, en carne, por los tercetos del poema inmortal. En la poesía castellana pocos ejemplos de esa índole pueden ponerse. Sin embargo, Ramón del Valle Inclán, cuyo es el soneto que sigue, abunda en ellos:

ERA NOCTURNO EL POTRO. ERA EL JINETE
DE COBRE UN INDIO QUE NACIÓ EN TLAXCALA,
Y SU TORSO DESNUDO, COSELETE
DORADO Y FIRME, AL DE LA AVISPA IGUALA.

EL SOL EN EL OCASO, COMO UN LAURO,
A LA SIEN DEL JINETE SE OFRECIA.
Y VI LUCIR EL MITO DEL CENTAURO
EN LA HACIENDA DEL TRÓPICO, AQUEL DIA.

DE LA FÁBULA ANTIGUA UN VERDE BROTE
CORTABA EL INDIO SOBRE EL POTRO RUDO.
ERA EL CAMPO SONORO EN CADA BOTE.

ERA EL JINETE FRENTE AL SOL, DESNUDO.
Y CARA AL SOL PARTIÓ COMO UN AZOTE...
IBA A ROBARLO PARA HACER SU ESCUDO.

Abunda, se ha dicho; pero jamás ha alcanzado semejante grandeza. Esta es probablemente la pieza poética más plástica de nuestra poesía. Bien merece, por ello, un comentario cariñoso. Si este, que se ha tejido a su margen, no ha salido justo, que sirva siquiera de preámbulo a los que otros hagan.

ILUSTRACIONES DE BESARES

RETRATO DE DOÑA

Doña Josefa A. de Zeballos

OLEO DE

NICOLAS MICHAILOW

Conserve la historia con una KODAK

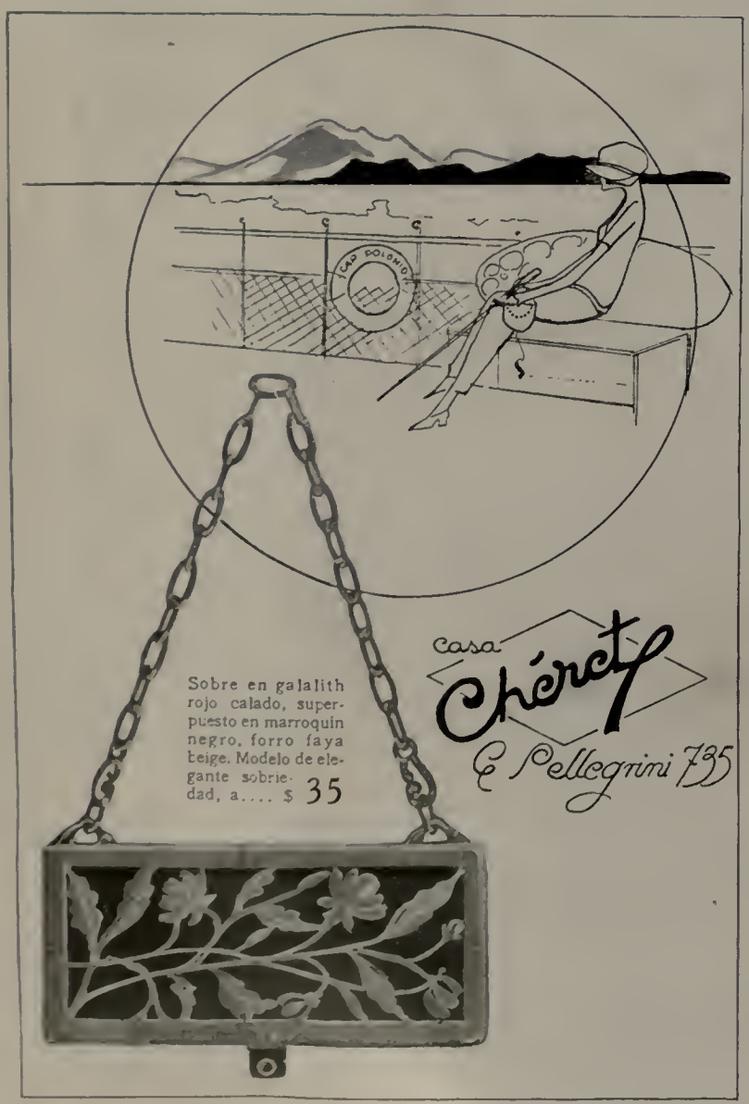
Hoy es la escena de la abuelita que lee un cuento de hadas a sus nietos. Mañana puede ser Paquito que juega a los soldados, o Isabelita con su muñeca, o una excursión familiar a la playa.

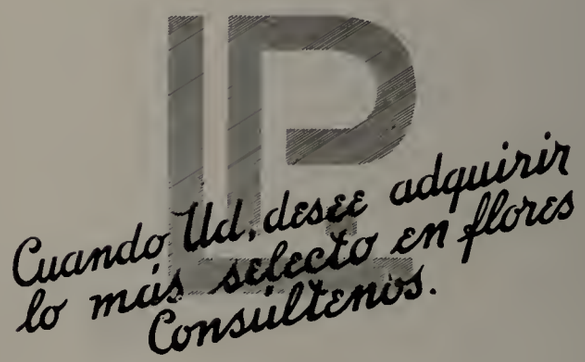
Siempre hallará usted nuevas e interesantes escenas dignas de ser fotografiadas con su Kodak.

Kodak Argentina, Ltd., Corrientes 2558, Buenos Aires

ROMA. BODA ARISTOCRATICA

EN LA IGLESIA DE JESÚS CELEBRÓSE RECIENTEMENTE LA BODA DE LA SEÑORITA DANIELA GARCÍA MANSILLA, SOBRINA DEL MINISTRO ARGENTINO ANTE LA SANTA SEDE, CON EL INGENIERO MARIO PALLAVICINO, ACTUANDO EN LA CEREMONIA EL NUEVO NUNCIO PONTIFICIO, MONSEÑOR BEDA CARDINALE.





FLORIDA esq. CANGALLO

U. T. 2081, Avenida.

Artículos
para
Obsequios

Florida, 664

Si tienes mucho dolor de cabeza antes de acostarte y te impide disfrutar de un sueño tranquilo, no tienes más que tomar un sello de NEVRALGINE MERICI y amanecerás al día siguiente con la cabeza despejada y con un bienestar general.

La «NEVRALGINE MERICI» hace desaparecer el dolor de cabeza más fuerte, la jaqueca más pertinaz, el ataque neurálgico más agudo, en **DIEZ MINUTOS.**

La «NEVRALGINE MERICI» no contiene antipirina.

La «NEVRALGINE MERICI» no ataca al corazón ni perjudica el estómago.

La «NEVRALGINE MERICI» domina los más crueles sufrimientos en **diez minutos.**

Pídase en las buenas Droguerías y Farmacias.

Rechazar toda caja que no lleve la estampilla Sanitaria con el nombre «NEVRALGINE MERICI».

REPRESENTANTES: **CAMPONOVO & Cía.**
LAVALLE, 477. BUENOS AIRES

EXPOSICION DE RIO DE JANEIRO

EN LA EXPLANADA QUE EXISTE FRENTE AL PALACIO DE FIESTAS, DURANTE UNA HERMOSA VISTA DE FUEGOS ARTIFICIALES.

ILUMINACIÓN EXTERIDR DEL PALACIO DE FIESTAS EN LA NOCHE DEL GRAN BAILE DADO EN HONOR DE LAS EMBAJADAS EXTRANJERAS.

EL DÍA DEL JAPÓN. ASPECTO DEL FABELLÓN INSTALADO POR EL IMPERIO DEL SOL NACIENTE DONDE EL PÚBLICO ADMIRA FRIMORES DE ARTE.

LA NOTABLE BANDA MILITAR MEJICANA DE MÚSICA DANDO UN CONCIERTO ANTE NUMEROSA CONCURRENCIA, EN EL DÍA DE MÉJICO.

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA

PLVS VLTRA

SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 — Buenos Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre (3 ejemplares).... $ m/n 3.—
Semestre (6 »).... » » 6.—
Año (12 »).... » » 11.—
Número suelto..... » » 1.—

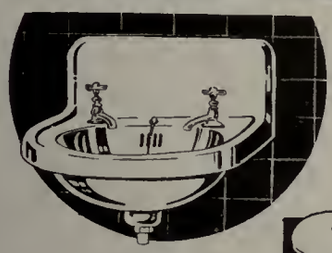
EXTERIOR

Año..... $ oro 5.—
Número suelto..... » » 0.50

Pueden solicitarse subscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la Administración.

PINTOS & Cía. - ESMERALDA, 532

BAÑOS
desde
$ 50.—



LAVATORIOS
desde
$ 35.—

BIDETS
desde
$ 45.—

CONSTRUCTORES Y ELECTRICISTAS

Materiales para instalaciones eléctricas y de cloacas, a precios sin competencia.

EN VERANO

debido al exceso de calor se pierde el apetito. Tome Vd. y déle a sus niños una copita de KALISAY, y se convencerá de que es el mejor aperitivo vino-quinado.

El KALISAY frappé o con soda helada es delicioso. Pruébelo Vd.

Las señoras y los niños lo prefieren.

21 AÑOS DE ÉXITO.

LAGORIO, ESPARRACH Y CIA.

LOS MALOS VINAGRES

son nocivos a la salud, por el ácido acético que contienen. Por eso debe pedir Vd. el mejor vinagre de vino, que es el «OMEGA». Por su pureza, obtuvo el 1er. premio de la Municipalidad de la Capital. El vinagre «OMEGA», de puro vino de producción argentina, es el condimento indispensable en una buena cocina.

LAGORIO, ESPARRACH Y CIA.

LA OPERETA "FRASQUITA"

BETTY FISCHER, LA CÉLEBRE ESTRELLA DE LA OPERETA VIENESA, HA REALIZADO EN «FRASQUITA» UNA DE SUS GRANDES CREACIONES, LOGRANDO HACERSE APLAUDIR POR AQUEL SELECTO PÚBLICO. — EN EL SEGUNDO, LA PROTAGONISTA DE LA OBRA CAMBIA DE INDUMENTARIA, LUCIENDO UN ELEGANTÍSIMO TRAJE DE SOIRÉE, QUE LA GENTIL FISCHER SABE LLEVAR CON LA DISTINCIÓN QUE LA CARACTERIZA.

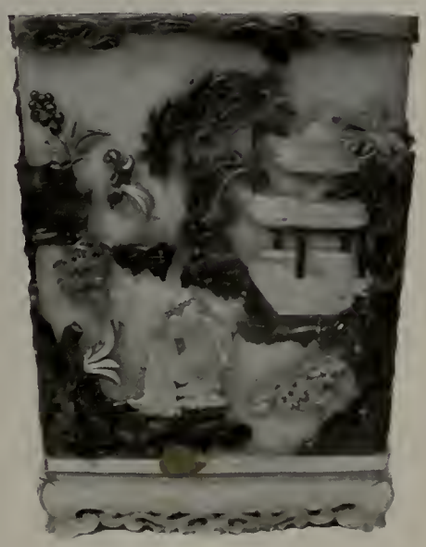
ÚNICOS IMPORTADORES: JOSÉ PERETTI Y CÍA. — BUENOS AIRES - MONTEVIDEO

LAS personas de gusto refinado que visiten Inglaterra no dejarán de apreciar — y de aprovechar — la combinación poco frecuente de lujo sin ostentación y servicio cortés con una tarifa verdaderamente módica, a la cual debe el Hotel Cecil su justo renombre.

La severidad y hermosura del decorado; el confortable mobiliario y la inmejorable cocina, junto con su céntrica ubicación para todo lo que vale la pena en Londres, hacen que el Hotel Cecil sea el rendez-vous de la élite cosmopolitana.

Cables
"Cecelia" Londres

HOTEL CECIL



Una jardinera, de blanco jade trasluciente, adornada muy ricamente en los cuatro lados con lapislázuli, malaquita, jade, verde, ágata, etc.

11 cm. en cuadro, 14 cm. de altura. Siglo XVIII. China.

By Appointment to
H.R.H. The PRINCE of WALES.

By Appointment to
H.M. KING GEORGE V.

By Appointment to
H.M. QUEEN ALEXANDRA.

El más hermoso y selecto surtido en Europa de

Jade Oriental
Laca roja antigua de China
Esmaltes cloisonné y porcelana
Obras de marfil japonesas

Retratos y paisajes ingleses del Siglo XVIII

Se agradece toda consulta. Pueden enviarse fotografias de muestra.

Todos los objetos antiguos garantizados con testimonio escrito.

SPINK & SON LTD.

Establecidos en el año 1772.

LONDRES : 5, 6 y 7, King Street, St. James's

Dirección Cablegráfica: JADEITE, PICCY, LONDON

Catálogos ilustrados de Jade, China, Laca y Cloisonné esmaltado, se enviarán gratis a ruego.

ESTE proyecto de «fumoir» chinesco, original de su Estudio Artístico, constituye, sin duda, una demostración más de la amplitud de los recursos de THOMPSON, desde que aún cuando se trata de un ambiente exótico, y por lo mismo de difícil concepción, THOMPSON considera haber salvado con felicidad las dificultades imaginables. Y en tal convicción, lo somete ahora al juicio público.

Thompson Muebles Ltda.

FLORIDA 833 BUENOS AIRES.

I N D I C E

CORRESPONDIENTE AL SEPTIMO TOMO

1922

NÚM.

SECCIÓN ARTÍSTICA

ALONSO (Juan).
Después del match, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 79
Nueva generación, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 79

ALVAREZ (Eduardo).
El responso del agua..... 69
Revelación..... 70
Aves del mar..... 70
Los ciegos de Jericó..... 71
El más fuerte..... 73
Un hombre absurdo..... 75
Dos sonetos..... 76
La coyunda del nombre..... 76
La voz del silencio..... 77

ANONIMOS.
Santa Agueda, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 72
Perspectiva del Vaticano, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 72
Profecías de Daniel, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 73

BALDISSEROTTO (Roberto).
Motivos femeninos, ilustración fotográfica..... 70

BEECHEY (William).
Jorge III, óleo (reproducción en cuatro colores..... 69

BESARES.
Lazo roto..... 79
Pinoquio y Pichichín..... 79
Sobre la plástica en la lírica..... 80

BERNARD.
Primavera, pastel (reproducción en tricromía)..... 75

CASSAT (Mary).
Maternité, pastel (reproducción en tricromía)..... 74

DELUCCHI.
Las novias de mi amigo..... 69
Yo, individuo, poeta, profeta y mixto 76
El drama de la helada..... 77
Huerto maduro..... 79

DERESKÉ.
Las sierras de Alta Gracia, fotografías 75

EL TINTORETTO.
Judith, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 73

ERLER (Fritz).
Amazona, óleo (reproducción en tricromía)..... 71

FANTIN LATOUR (E.).
Flores, óleo (reproducción en tricromía) 77

FLORENT (Villems).
La visita, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 74

FORTUNY.
Apuntes de un pueblo humilde..... 69

HEIN (Joseph).
Señora Magdalena Castro de Ortiz Basualdo, óleo (reproducción en tricromía)..... 74

HENNER.
Recogimiento, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 77

LARCO (Jorge).
Mi prima Julia, acuarela (reproducción en tricromía)..... 72
Griselidis..... 72
Baile ruso, acuarela (reproducción en dos colores)..... 72
No queda nada..... 73
Melodía áurea..... 74
La muerte de Vatel..... 76
El monólogo de don Juan..... 76
¿De dónde ha venido este picaflor?... 77
La muerte de la huertana..... 78
¿Para nada?..... 79
El hombre que sorbía su sopa..... 80

LENBACH.
Retrato de la princesa Grazioli, óleo (reproducción en cuatro colores).... 70

LOPEZ NAGUIL (Gregorio).
El caballero de la cabeza de cera.... 74
El que silbaba..... 75
Poema..... 76
El viaje supremo..... 77
Cuando me propuse descubrir el Orinoco 77
Mis rosas..... 80

MACAYA (Luis).
Un coche de segunda mano..... 71

MADRAZO (Federico).
Marquesa de Montpensier, óleo (reproducción en tricromía)..... 73

MANET (Eduardo).
Una dama, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 76

MONGE (Pablo).
La majestad de los lagos del sur, panoramas fotográficos..... 70

MENARD (René).
Baigneuses, pastel (reproducción en cuatro colores)..... 69

MICHAILOW (Nicolás).
Doña María Josefa A. de Zeballos, óleo (reproducción en cuatro colores).... 80

MONGRELL (José).
Mañana de sol, óleo (reproducción en tricromía)..... 80

MONTENEGRO.
Medicina maternal..... 80

NAGY (Segismundo de).
Don Juan B. Alberdi, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 80

NIETO (Anselmo Miguel).
Ramón del Valle Inclán, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 78

PELAEZ (Juan).
El árbol..... 75
Los últimos felices..... 75
Las rosas del mar..... 77
Mis tres flores..... 78
Lluvia dulce..... 79
La última diosa..... 79
Las voces familiares..... 80

PETRONE (Miguel).
Retrato al pastel (reproducción en tricromía)..... 76

PINTO (Octavio).
Las torres del rey don Pedro, óleo (reproducción en tricromía)..... 69

REIS (Carlos).
El gaitero, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 72
Los gaiteros, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 75

ROMERO DE TORRES (Julio).
Niñas de Santa María, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 70
Pensativa, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 77

ROSARIO.
El negocio del descubrimiento de América..... 79
Poemas de la Bella Estación..... 79
Entre dos Cristos..... 80

ROUBET (Ferdinand).
Retour de chasse, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 70

SIGALL.
Retrato..... 71

SIRIO.
Improntus..... 69
Poemas del hogar..... 69
El cuento sin argumento..... 70
La quimera..... 71
Huaco..... 71
La oratoria al alcance de todos..... 72
El plesiosaurio sintético..... 73
Un poco de filosofía e historia del deporte..... 73
Del panorama local..... 74
El zorro azul..... 74
Lámparas..... 75
Un libro..... 76
Mujer..... 76
Sínite párvulus..... 80

UNCETA (Marcelino de).
El 31 de mayo de 1906, óleo (reproducción en tricromía)..... 78

VILADRICH.
La niña del cántaro, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 79

VITTORIA.
La deseada..... 73
La ciudad y el campo..... 73
Pasad... pasad..... 74

WASTH RODRIGUEZ (J.).
La arquitectura colonial en el Brasil.. 75

ZORN (Anders).
En la ventana, óleo (reproducción en tricromía)..... 76

ZUBIAURRE (Valentín de).
En Castilla, óleo (reproducción en cuatro colores)..... 75

SECCIÓN LITERARIA

ADLER (Raquel).
Revelación..... 70

AMADOR (Fernán Félix de).
El cuento sin argumento..... 70
La casa colonial del arquitecto Martin S. Noel..... 73
El caballero de la cabeza de cera.... 74
El escultor José Fioravanti..... 76
XII Salón Nacional de Bellas Artes.. 77
El viaje supremo..... 77

AMORIM (Enrique M.).
Las novias de mi amigo..... 69

ARGUS.
La coyunda del nombre..... 76

AZNAR (Manuel).
La muerte de Vatel..... 76

BARREDA (Ernesto Mario).
Lazo roto..... 79

BARROETAVEÑA (F. A.).
Homenaje al soldado anónimo..... 70

BERNARDEZ (Juan Carlos).
La última diosa..... 79

BLOMBERG (Héctor Pedro).
Aves del mar..... 70

BUFANO (Alfredo R.).
El responso de agua..... 69
Las voces familiares..... 80

CAMPOAMOR DE LA FUENTE.
Lluvia dulce..... 78

CANCIO (Juan).
Un libro..... 76

CAPDEVILA (Arturo).
Poemas..... 76
Romances..... 80

DELLA COSTA (Pablo).
El que silbaba..... 75
Sínite párvulus venire ad me..... 80

DELLA COSTA (hijo) (Pablo).
Un coche de segunda mano..... 71

DIAZ USANDIVARAS (Julio).
Poemas de la Bella Estación..... 79

DI CARLO (Adelia).
Motivos femeninos..... 70

DOMINICI (Pedro César).
Las tristes. Las soñadoras..... 72

DORIA (Raúl).
Pedro César Dominici..... 72

DUBOIS (Enrique).
Un sarao en Belgrano..... 80

DUDELO (Jaime).
Asociación Española de Socorros Mutuos 78

DUPUY DE LOME (Consuelo Moreno de)
La próxima Conferencia Panamericana de Señoras..... 70
Señora Adela Unzué de Leloir y su residencia en Mar del Plata..... 74
En el palacio de los señores Errázuriz 76

DUPUY DE LOME (Emilio).
El teatro chileno en Buenos Aires.... 69
La embajada de España..... 78

EL SUIZO DE LA GUARDIA.
El Congreso eucarístico..... 79

ESCOBAR (Julio F.).
Roberto Casaux..... 72

FERNANDEZ (Juan Rómulo).
Huaco..... 71

FERNANDEZ DE LA PUENTE (J. L.).
El zorro azul..... 74

FRAGA (Antonio R. de).
Casa de Galicia..... 78

FRANCO (Luis L.).
Huerto maduro..... 79

GARAY (Benjamín de).
La arquitectura colonial en el Brasil. 75

GARCIA MERINO (Edgardo).
El hombre que sorbía su sopa..... 80

GIUSTI (Roberto F.).
Pinoquio y Pichichín..... 79

GONZALEZ ARRILI (B.).
No queda nada..... 73

GONZALEZ LASCANO (Pastora).
¿De dónde ha venido este picaflor?... 77
Mis rosas..... 80

NÚM.

GONZALEZ MARTINEZ (Enrique).
Lámparas..... 75

GRANDMONTAGNE (Francisco).
La oratoria al alcance de todos..... 72
Belisario Roldán en España..... 78
El negocio del descubrimiento de América..... 79

GUTIERREZ (Avelino).
Institución Cultural Española..... 78

GUTIERREZ (Ricardo).
Griselidis..... 72

HERRERA REISSIG (Julio).
Improntus..... 69

HIDALGO (Elvira de).
Sobre la plástica en la lírica..... 80

IBARBOUROU (Juana de).
Mujer. Una voz..... 76

IGLESIAS (Eugenio).
La voz del silencio..... 77

JIMENEZ RUEDA (J.).
El charro, la china y el jarabe..... 69

JORDAN (Luis María).
Los signos fatales..... 70

KULNER BEZOMILLA (Jorge).
El árbol..... 75

LAGORIO (Arturo).
Melodía áurea..... 74

LANUS (Adolfo).
Apuntes de un pueblo humilde..... 69
Impresiones de ayer y de hoy..... 72

LASCANO TEGUI (Vizconde de).
Judas el sugestionado..... 72
El más fuerte..... 73
El monólogo de don Juan..... 76
El presidente de la República, Marcelo T. de Alvear. Señora doña Regina Pacini de Alvear..... 78
El Canto al Trabajo..... 79

LEMAIRE (Pedro).
Reliquias y progresos..... 76
Vestigios del pasado..... 77

LOPEZ DE GOMARA (Justo S.).
España y América..... 78

LUGONES (Leopoldo).
Los ciegos de Jericó..... 71

MACHADO DE ASIS.
La deseada..... 73

MARGARITA.
Fiesta aristocrática y benéfica en el palacio de la familia Paz..... 80

MARTIN (Germán B.).
Las sierras de Alta Gracia..... 75

MISTRAL (Gabriela).
Poemas del hogar..... 69

MEDINA (Vicente).
Juventud soberana..... 71
Porque llevas amor en tu pecho..... 72
Mis tres flores..... 78
¿Para nada?..... 79

NÚM.

MONTEIRO LOBATO.
El drama de la helada..... 77
Rosalina Coelho Lisboa..... 79

MONTIEL BALLESTEROS.
Debilidad..... 69

MORA GUARNIDO (José).
Juan Cristóbal..... 73
El palacio de Carlos V..... 75

MORALES (Emilio B.).
La majestad de los lagos del sur..... 70

MORENO VILLA (J.).
Entre dos Cristos..... 80

NAMUKURÁ.
Richmond..... 75

OJEDA (José).
Teatro Colón. Temporada de 1922..... 73
Jacinto Benavente..... 74

OLIVERA LAVIE (Héctor).
La ciudad y el campo..... 73

OSORIO (Raúl P.).
«Plvs Vltra» en Estocolmo..... 71
Vestigios del pasado..... 76
Medicina maternal..... 80

PANIZZA (Delio).
Al héroe anónimo..... 70

PATECK (Clara).
Creaciones de la moda..... 69
Los interiores modernos..... 71
Pieles y terciopelos..... 73
La leyenda de José..... 76

PEÑA (Paulín de la).
Asociación Patriótica Española..... 78

PITA MARTINEZ (Lola).
Carnavalesca..... 71
Un poco de filosofía e historia del deporte..... 73

PAUL (Jean).
Sánchez Sorondo y Serapio Gozón..... 76

PEDRO (Valentín de).
Las rosas del mar..... 77

QUIROGA (Carlos B.).
Los potros..... 74

RODRIGUEZ PUJOL (Leopoldo).
Un hombre absurdo..... 75

ROLDAN (Belisario).
Del panorama local..... 74

ROXANA.
Bodas aristocráticas..... 73
Las madres..... 74
Damas de hoy, trajes de antaño..... 77
Las damas de la embajada española..... 78

RUAS (Enrique M.).
El plesiosaurio sintético..... 73

RUIZ LOPEZ (Rafael).
Los últimos felices..... 75

SALAVERRIA (José M.).
En el estudio de Sotomayor..... 70
Un museo romántico..... 72

NÚM.

Cuando me propuse descubrir el Orinoco 77
En casa del pintor Zuloaga..... 79
Mateo Inurria..... 80

SANCHEZ SORONDO (Matías G.).
Dos sonetos..... 76

SAZ (Eduardo del).
Gauchos andaluces..... 71
La tentación de Buda..... 76
Pablo Della Costa..... 80

SCHULTZ (Conrado).
Por las llanuras húngaras..... 72

SERRANO CLAVERO (V.).
La muerte de la huertana..... 78

SIMBOLI (Rafael).
Los Alpes..... 69
La coronación de Pío XI..... 72
Antonio Canova..... 75
La sala argentina en la Exposición de Venecia..... 76
El grandioso monumento al general Artigas..... 77

SINTIERRA (Juan).
En el camino de Monserrat..... 77

TAGLE (Carmen).
La quimera..... 71

TORRES LOPEZ (Ciro).
Salta..... 71

UNAMUNO (Miguel de).
Yo, individuo, poeta, profeta y mixto 75

ZAMACOIS (Eduardo).
Rincones venecianos..... 70
Pasad... pasad..... 74

NOTAS DE REDACCIÓN

Reliquias argentinas..... 69
Venecia..... 69
Un banquete original..... 69
Como las mariposas..... 69
La enseñanza del hogar..... 70
Benedicto XV. Pío XI..... 70
Shackleton..... 70
«Plvs Vltra» en Mar del Plata..... 70
Los cisnes negros..... 70
Carlos de Austria desterrado..... 70
El match Gaudin-Nadi..... 71
El helicóptero Pescara..... 71
Espejismo japonés..... 71
Majas infantiles..... 71
Dos huérfanos..... 71
El nuevo Pontífice..... 71
Ultimos momentos de Landrú..... 71
El misionero de Atacama..... 72
En la frontera nevada..... 72
De tierra adentro..... 72
Concurso de peinados..... 73
La miniaturista Charlotte Mohor..... 73
En honor de Portugal..... 73
Pro hambrientos rusos..... 73
Los pintores portugueses Carlos y Joao Reis..... 73
El Giulio Cesare..... 73
De tierra adentro..... 73
Los libros dijes..... 74
Recuerdos de Santa Teresa..... 74
Cruz Herrera..... 74
Ofelia Nieto..... 74
Miguel Fleta..... 74
Obras y proyectos..... 74
Prehistoria argentina..... 74
La moda en Chantilly..... 75
Por tierras riojanas..... 75
Richmond..... 75

NÚM.

Tres pintores argentinos en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid..... 75
La pasión en Oberammergau..... 75
Monumento a Alfonso XII..... 75
El dique de San Roque..... 76
El Instituto Bernasconi..... 76
Alfonso XIII y Marcelo de Alvear..... 76
Escuela Normal Profesional de Corrientes..... 76
Nuestros jugadores de polo..... 77
Anselmo Miguel Nieto. Julio Romero de Torres..... 77
Allá en el Sur..... 77
Mary y Douglas..... 77
Hospital Español..... 78
El doctor Avelino Gutiérrez..... 78
Club Español..... 78
Justo S. López de Gomara..... 78
Patronato Español..... 78
Correo de Galicia..... 78
La iglesia matriz de Rosario..... 79
Las tejedoras de Túnez..... 79
Monumento al genio musical del Brasil 79
Idilios de Hungría..... 79
Bodas de plata..... 80
Reliquias del pasado..... 80

RETRATOS

SS. MM. don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia..... 78
Don Alfonso XII y doña María Cristina de Ausburgo..... 78
Doctor Marcelo T. de Alvear y doña Regina Pacini de Alvear..... 78
S. A. la Infanta Isabel de Borbón..... 78
Señor Marqués de Amposta..... 78
Altamira Rafael..... 78
Alzaga, María Teresa Pearson de..... 71
Alzaga Unzué, Celia..... 70
Alzaga Unzué, Elena Peña de..... 70
Aranda, Augusto..... 78
Bafico, María García de..... 78
Bernárdez, Manuel..... 78
Blasco Ibáñez, Vicente..... 78
Cané, Miguel..... 78
Corral, Margarita Casado de..... 78
Cranwell Ocampo, Sara..... 79
Dánvila, Alfonso..... 78
Dánvila, Isabel..... 78
Díaz Vélez Escalada, Josefina..... 79
D'Ors, Eugenio..... 78
Durand, Iris..... 79
Francos Rodríguez, José..... 78
Frers, María Murga Lynch de..... 79
Gache, Alberto I..... 78
Gallardo, María Luisa Demarchi de..... 79
Gálvez, Manuel..... 78
Grandmontagne, Francisco..... 78
Gutiérrez, Avelino..... 78
Labougle, Lucrecia..... 72
Larreta, Enrique..... 78
Larreta, Josefina Anchorena de..... 80
Larreta Anchorena, Josefina..... 80
Luro Cambaceres, Susana..... 71
Mantilla, Agustina García Mansilla de 80
Maquieira Rodríguez, Julio..... 78
Marquina, Eduardo..... 78
Martínez de Hoz, María Julia..... 80
Maura, Sara Escalante de..... 71
Medina, Vicente..... 78
Nervo, Amado..... 78
Noel, Martín S..... 78
Ortega Munilla, José..... 78
Ortega y Gasset, José..... 78
Pi y Suñer, Augusto..... 78
Posada, Adolfo..... 78
Ramón y Cajal, Santiago..... 78
Reyes Oribe, Zelmira..... 76
Reyles, Carlos..... 78
Roca, Julio A..... 78
Rodó, José Enrique..... 78
Rojas, Ricardo..... 78
Rubén, Darío..... 78
Santamarina, Mercedes Quintana de..... 76
Solar Dorrego, Laura Pacheco de del. 76
Villamarín, José..... 78
Zemborain, Justa Dose de..... 71

186 4
186 A 6
vB

BINDING SECT. MAY 15 1969

AP
63
P53
año 7

Plus ultra

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY